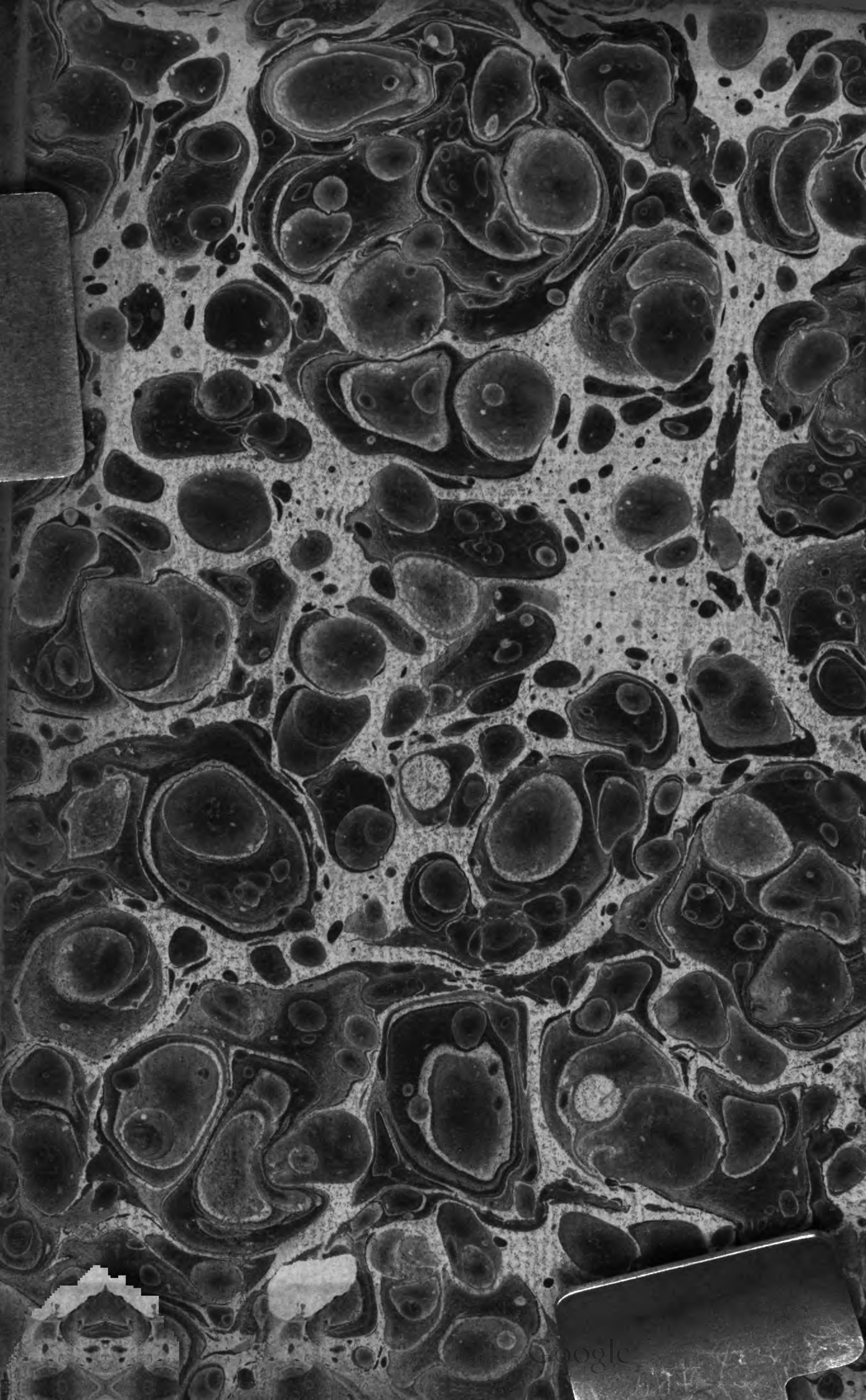
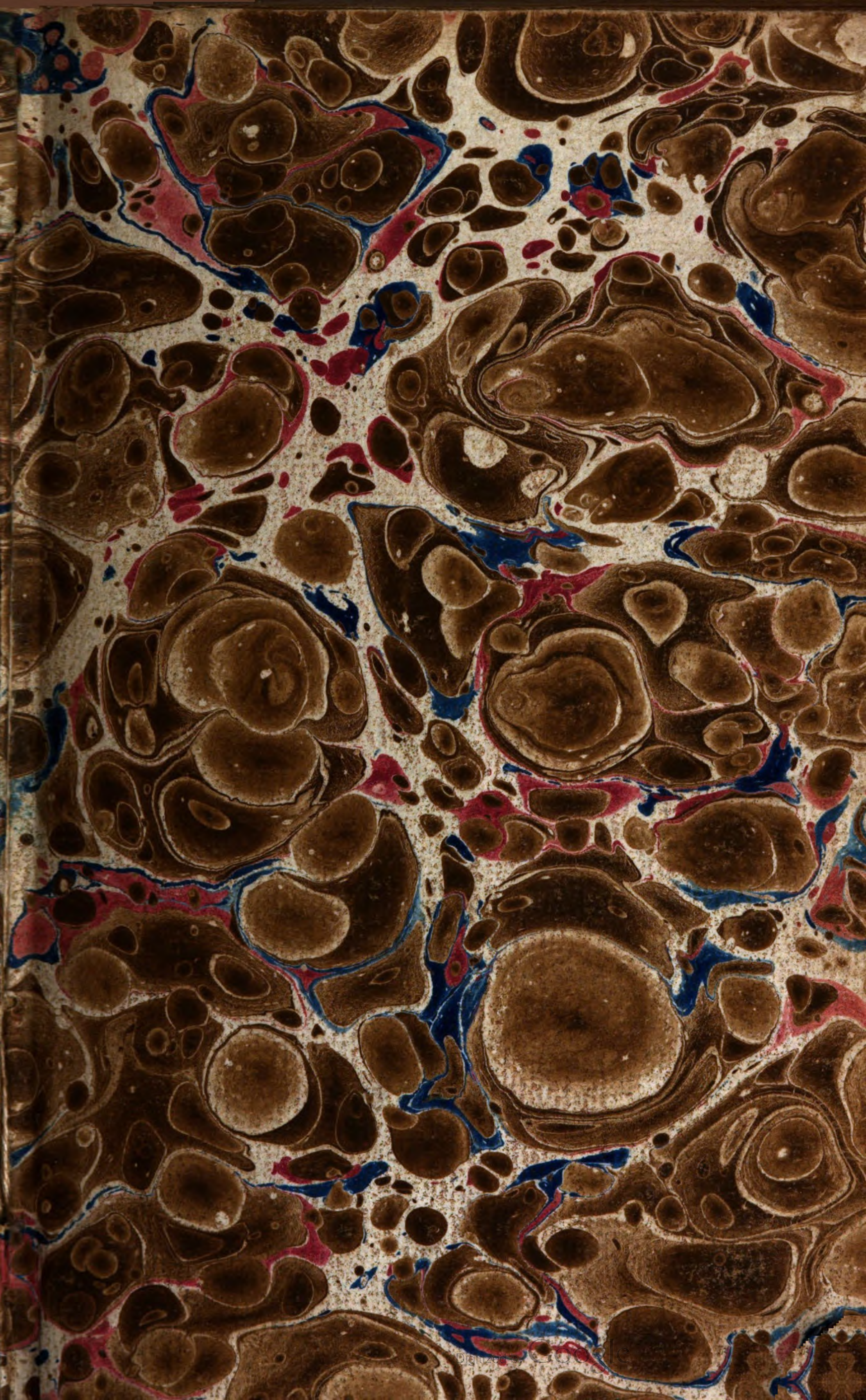






MEDITACIONES ESPIRITUALES.

TOMO I.



Varios Prelados de España han concedido 2320 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

MEDITACIONES ESPIRITUALES

DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

TOMO I.

MEDITACIONES DE LA VIA PURGATIVA

Y

PRINCIPIOS DE LA ILUMINATIVA, Ó PARA PURIFICAR EL CORAZON Y OBTENER LA PERFECTA IMITACION DE JESUCRISTO.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA.
calle Nueva de San Francisco, núm. 17.

1856.

Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde.

Enteramente ha sido desolada toda la tierra, porque no hay ninguno que considere en su corazon. *(Jerem.* **XII, 11).**

CENSURA.

Por comision del M. Iltre. Sr. D. Ramon de Ezenarro, Pbro., Doctor en Jurisprudencia, Dignidad de esta Santa Iglesia, y Vicario General del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Domingo Costa y Borrás, Obispo de Barcelona, he leido la obra cuyo título es: *Meditaciones espirituales* del V. P. Luis de La Puente, de la Compañía de Jesús.

Es esta una obra tan sólidamente escrita, que desde principios del siglo XVII hasta nuestros dias ha hecho constantemente las delicias, no ya solamente de los eclesiásticos, sino tambien de todos los fieles cristianos, así nacionales como extranjeros, que tratan de emprender y seguir el camino de la perfeccion. Los vastos y profundos conocimientos de aquel esclarecido Jesuita español resaltan en todas y cada una de las páginas de su inmortal obra, no menos que la adecuada y untuosa erudicion con que supo verterlos y ponerlos al alcance de todas las inteligencias. Muchos, incalculables y grandes son los frutos de salvacion que, de dos siglos y medio á esta parte, viene produciendo en las almas justas y pecadoras la asídua lectura de las MEDITACIONES del P. La Puente, y fue tal y tan general, ya desde que aparecieron estas, la aceptacion que merecieron en la Iglesia entera que, como las obras de la seráfica santa Teresa, de san Juan de la Cruz, del V. Luis de Granada y del V. Rodriguez, andan aquellas traducidas en todas las lenguas de Europa.

Inútil seria, pues, encarecer la suma utilidad de dichas MEDITACIONES tan universalmente reconocida; inútil tambien decir que pueden leerse *inofenso pede* ya en cuanto á la moral y buenas costumbres, ya en cuanto al dogma; pues basadas todas ellas en las sagradas Escrituras y tradiciones católicas, y adornadas con las mas puras máximas de los santos Padres y Doctores de la Iglesia, todo el mundo es testigo de lo cristalinas que son las aguas que por doquiera arrojan. ¡Ojalá viéramos tan generalizada entre los españoles la lectura de aquellas MEDITACIONES como se halla en el extranjero!

Barcelona 26 de junio de 1856.

FR. JAIME ROIG, *Pbro., Lector en Filosofía, de la Órden de Carmelitas Calzados exclaustrados.*

APROBACION.

Barcelona treinta de junio de mil ochocientos cincuenta y seis. En vista de la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima esta obra.

DR. EZENARRO, *Vicario General.*

AL LECTOR.

Las **Meditaciones espirituales** del V. P. Luis de La Puente, obra maestra de ascética, en la que se halla reunido de una manera admirable todo lo mas precioso de esta parte de la teología, sacado de las purísimas fuentes de las divinas Escrituras y tradicion católica, son una de las primeras obras que nos habíamos propuesto ofrecer á nuestros suscriptores para verlas generalizadas entre nuestros compatriotas. Una dichosa experiencia nos habia hecho conocer todo su mérito, y sentir cuán exacto es lo que dice el venerable Autor en el § XIII de su Introduccion, de que no solo son útiles para la lectura espiritual y para suministrar materia á la oracion y contemplacion, que es el fin principal para que fueron escritas, sino tambien que los predicadores *podrán ayudarse de ellas para los sermones y pláticas espirituales*. Son muchas las comunidades en Italia que no se sirven de otro autor para sus meditaciones, y predicadores hay que han predicado años enteros sin valerse cási de otro libro que de este.

En junio de 1848, seis meses antes de empezar la **Librería religiosa** sus publicaciones mensuales, estábamos ya preparando su edicion, corrigiendo las muchas faltas con que hàbia afeado á las antiguas la incuria de los editores, valiéndonos para ello, entre otras, de la primera edicion que en 1609 se hizo en Barcelona; verificando sus citas y colocándolas donde corresponden; dando á sus apartados una distribucion mas cómoda para servir de puntos de meditacion, y preparándolas de modo que, sin alterar el texto y aun conservándole todos sus arcaismos que no

son contrarios á su claridad é inteligencia, estuvieran en disposicion de ser mas provechosas á todos.

Una larga y penosa enfermedad nos obligó á suspender nuestros trabajos, y como estábamos todavía convaleciendo de ella en Monserrat, cuando las repetidas y apremiantes instancias de nuestros amigos nos obligaron á publicar el primer prospecto, despues de haberlo tenido tres dias en la mano de aquella sagrada Vírgen, bajo cuya proteccion está la LIBRERÍA RELIGIOSA, y en seguida su primer tomo; no hemos tenido despues jamás el tiempo y reposo necesarios para concluir nuestros trabajos sobre el Padre La Puente y darles la última mano. Encargamos á otros la realizacion de nuestro proyecto; pero tuvimos el sentimiento de que nuestras esperanzas quedasen frustradas.

Aprovechando, pues, ahora el descanso que el Señor nos proporciona en nuestro confinamiento, hemos logrado darles cima. No habiendo tenido á la mano nuestros libros, ni sido posible procurarnos todos los que necesitábamos, no hemos podido recurrir en muchas cosas á las fuentes, y por esto la presente edicion no podrá salir con toda aquella perfeccion que deseábamos, marcando en cursiva lo que el autor cita, y haciendo notar que ciertas citas pertenecen á otros autores de lo que se creia cuando escribió nuestro venerable Autor, segun lo ha hecho ver la crítica de los dos últimos siglos. Sin embargo esperamos que no será sin provecho nuestro trabajo, y que lo recibirán benignamente nuestros suscriptores, á quienes encarecidamente rogamos que hagan conocer á cuantos puedan este tesoro de riquezas celestiales; que animen á todos á procurárselo en vista de la extremada baratura á que se lo ofrecemos, porque *non quaerimus quae vestra sunt sed vos* (II Cor. XII, 14), á fin de que muchos se aprovechen. ¡Ojalá no sean inútiles nuestros desvelos, y que, mientras la incredulidad y herejía hacen esfuerzos inauditos para inocular su veneno en los corazones de los españoles, logremos nosotros arraigar en ellos la piedad cristiana, principio único de nuestra ventura eterna y aun temporal! —*Vale.*

El Director de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

INTRODUCCION

PARA LAS

MEDITACIONES,

EN QUE SE PONE UNA SUMA DE LAS COSAS QUE ABRAZA LA PRÁCTICA Y EJERCICIO DE LA ORACION MENTAL.

Es tan alto y soberano el ejercicio de la oracion mental, en la cual se meditan los misterios de nuestra santa fe y se trata familiarmente con Dios nuestro Señor, que su principal maestro no puede ser otro que el mismo Espíritu Santo; el cual, como dice san Juan (I *Ioan.* II, 27), es la uncion que enseña todas las cosas, por cuya inspiracion los santos Padres la aprendieron y nos dejaron escritos muchos avisos y documentos muy importantes para ejercitarla con provecho, siguiendo la mocion del principal Maestro, á quien ellos siguieron. Á cuya imitacion, aprovechándome de su doctrina y experiencia, haré aquí una suma de las cosas principales que la oracion mental abraza; la cual será breve, clara y distinta, para que todos puedan entenderla y reducirla á práctica; dejando las declaraciones y razones mas largas de lo que dijere, para lo que otros doctores han escrito. Mas para que conste de la verdad y autoridad que tiene lo que digo, así en esta Suma, como en las Meditaciones de este libro, alegaré las fuentes de donde lo he sacado que son tres: la primera, es la sagrada Escritura, que es la fuente principal de esta ciencia del espíritu, en la cual está encerrada la vida eterna (*Ioan.* v, 39), y los medios altísimos que hay para llegar á gustarla en esta vida y poseerla cumplidamente en la otra. La segunda fuente, es los santos Padres que fueron maestros de la teología mística, escogiendo los mas antiguos y mas ilustrados de Dios en ella, como fueron los santos Dionisio, Basilio, Agustin, Crisóstomo, Casiano,

Gregorio, Bernardo y otros tales; y con ellos tomaré tambien por guia á nuestro Padre y fundador san Ignacio, de gloriosa memoria, siguiendo el órden y traza que nos dejó en el libro que hizo de Ejercicios espirituales, cuya autoridad es muy grande, así porque creemos, no sin mucho fundamento, que le escribió con especial revelacion é inspiracion de Dios, del modo que el Espíritu Santo le iba interiormente platicando y enseñando estos ejercicios: como tambien por estar aprobado por el sumo pontífice Paulo III en una bula que concedió el año de 1548, y anda al principio del mismo libro, cuya aprobacion ha confirmado la experiencia con maravillosos efectos, que Dios nuestro Señor ha obrado y obra cada dia en los que ejercitan sus meditaciones, como largamente lo prosigue el P. Pedro de Ribadeneyra en la historia que escribió de la vida de este esclarecido Santo (*lib.* I, c. 8).

Solamente quiero añadir aquí de su libro, que el reino de los cielos, que está encerrado en su doctrina, es semejante, así como la divina Escritura de donde él se sacó, al grano de mostaza; el cual siendo el menor de las semillas, crece tanto, que se hace como un árbol, en cuyas ramas descansan las aves del cielo (*Matth.* XIII, 31, 32). Porque, si miramos la corteza y apariencia de este libro, es pequeño y breve, y está escrito con palabras llanas y sencillas; pero si miramos lo que encierra, es eficaz en la virtud, encendido en los afectos, elevado en los sentimientos, extendido en los discursos, dilatado en los varios modos de orar y contemplar; de tal manera, que sobre sus ramas pueden hallar descanso y pasto espiritual los que como aves del cielo vuelan muy alto por la contemplacion, teniendo, como dice san Pablo (*Philip.* III, 20), su conversacion y trato allá en los cielos. Todo esto se verá claramente por lo que irémos apuntando en esta breve introduccion, y mas largamente dirémos en las seis partes de este libro, las cuales son como seis ramas del árbol de estos soberanos ejercicios, cuya sombra será remedio de los tentados y afligidos, sus hojas serán salud de los enfermos en el alma (*Apoc.* XXII, 2); sus flores olorosas confortarán á los principiantes en la virtud, sus frutos dulces darán fuerzas á los que aprovechan en ella, y su copa será descanso de los perfectos; porque todos hallarán meditaciones y modos de orar acomodados á su estado, como luego verémos.

Y para que se vea como la piedad y soberanía de la teología mística se funda en la verdad rigurosa de la teología escolástica, la tercera fuente de lo que dijere serán los doctores escolásticos; de los cuales solamente alegaré al angélico doctor santo Tomás, porque él

solo vale por diez mil testigos, y su doctrina es cierta, segura y muy abonada, y con las verdades de la teología escolástica apunta muy altos pensamientos y sentimientos de la mística; porque ambas son muy hermanas, y en ellas se señaló este glorioso Doctor y su maestro san Agustin y su compañero san Buenaventura, de cuya doctrina tambien me aprovecharé. Y porque, sin embargo de haber tenido tan buenas guias, puedo como hombre errar en lo que escribiere, quiero que todo ello vaya sujeto á la correccion de la santa madre Iglesia, que es el fundamento y coluna de la verdad; de la cual, si por ignorancia ó descuido me apartare, desde luego revoco lo que hubiere dicho.

§ I.

Qué cosa es oracion mental.

La oracion mental de que aquí hablámos (*S. Ignat.* in 1. exercit. primae hebdom.; *S. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 1, *et alibi*) es obra de las tres potencias interiores del alma, memoria, entendimiento y voluntad, ejercitando con el divino favor sus actos cerca de los misterios y verdades que enseña nuestra santa fe católica, y hablando dentro de nosotros mismos con Dios nuestro Señor tratando familiarmente con él, pidiéndole sus dones, y negociando todo lo necesario para nuestra salvacion y perfeccion. De suerte, que la sustancia de la oracion mental consiste principalmente en estas cuatro cosas:

La primera es, con la memoria acordarse de Dios nuestro Señor, con quien se ha de hablar y negociar, y acordarse tambien del misterio que se ha de meditar, pasando brevemente por la memoria con claridad y distincion lo que ha de ser materia de la meditacion, de la manera que la fe lo enseña, y repartido por sus puntos, en la forma que despues pondrémos. Y porque esta memoria ó recordacion no sea seca, será bueno juntar con ella actos de fe, creyendo con la mayor viveza que pudiéremos las verdades de aquel misterio; porque Dios, que es suma verdad, las ha revelado, haciendo de la fe escalon para subir al perfecto conocimiento; porque, como dice Isaías (*cap.* II, *segun los LXX*), si no creeis, no entenderéis.

La segunda cosa es, con el entendimiento hacer discursos y consideraciones varias cerca de aquel misterio, inquiriendo y buscando las verdades que están encerradas dentro de él, con todas las causas, propiedades, efectos y circunstancias que tiene, ponderándolas muy en particular, de suerte, que el entendimiento forme un con-

cepto verdadero, propio y entero de la cosa que medita, y quede convencido y persuadido á recibir y abrazar aquellas verdades que ha meditado, para proponerlas á la voluntad, y moverla con ellas á ejercitar sus actos.

La tercera es, con la voluntad libre sacar varios afectos ó actos virtuosos, conformes á lo que el entendimiento ha meditado, unos en órden á sí mismo y otros en órden á Dios nuestro Señor, como son, aborrecimiento propio, dolor de pecados, confusion de su miseria, amor de Dios, confianza en su misericordia, alabanzas de Dios, hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, deseos de alcanzar las verdaderas virtudes y propósitos eficaces de hacer buenas obras y de mudar ó mejorar la vida, resignacion en la divina voluntad, ofrecimiento de hacer y padecer cuanto Dios ordenare y dispusiere, y otros semejantes; á los cuales llamamos afectos, porque se han de hacer con aficion y gusto de la voluntad, movida por lo que le ha mostrado el entendimiento; y en estos consiste lo que llamamos sustancial devocion, de la cual nace la paz y alegría espiritual del alma. Y á ellos, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 3; *q.* 180, *art.* 7 *ad* 1), se ordena principalmente la meditacion y contemplacion y los demás actos del entendimiento, que se ejercitan en la oracion mental; por lo cual dijo de ella san Juan Damasceno, que es *ascensus mentis in Deum* (*lib.* III, *de fide ortho. cap.* 24), una subida de nuestro espíritu á Dios, juntándonos con él por actual conocimiento y amor.

La cuarta cosa es, hacer peticiones á Dios nuestro Señor, trabando pláticas y coloquios con él en razon de pedirle lo que la voluntad ha deseado y el entendimiento ha visto, y todo lo demás que hemos menester; en lo cual consiste lo que propiamente llamamos oracion, que es peticion humilde, confiada y ferviente de las cosas que nos convienen y deseamos alcanzar de Nuestro Señor.

Estas peticiones y coloquios se han de enderezar unas veces al Padre eterno, otras á su Hijo unigénito Jesucristo, otras al Espíritu Santo y otras á toda la santísima Trinidad, alegándoles títulos y razones que les muevan á concedernos lo que les pedimos.

Estos títulos se pueden tomar de tres partes. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 17). Unos de parte de Dios, en cuanto Dios, es á saber, pidiéndole algo por su bondad, por el amor que nos tiene, por el deseo que tiene de nuestro bien, porque nos manda que le pidamos por la gloria de su santo nombre, para que sea alabado de todas sus criaturas; y finalmente, se puede hacer una como letanía de sus

perfecciones y atributos diciéndole: Concédeme, Señor, lo que te pido por tí mismo, por tu caridad, por tu misericordia, por tu liberalidad, por tu sabiduría, por tu omnipotencia, por tu inmensidad y eternidad, etc.

Otros títulos hay de parte de Jesucristo nuestro Señor, verdadero Dios y Hombre, es á saber, por su encarnacion y nacimiento, por su circuncision y presentacion al templo, por su huida á Egipto, por sus ayunos, por su hambre, frio y desnudez, y por todos los trabajos de su predicacion. Además, por los dolores, ignominias y tormentos de su pasion y muerte, alegando el sudor de sangre, la prision, los azotes, espinas, clavos, hiel y vinagre, con los demás: unas veces hablando con el Padre eterno, suplicándole me oiga por el amor que tiene á su Hijo, y por los servicios que le hizo y trabajos que por su amor padeció: otras veces hablando con el mismo Hijo de Dios, alegándole el amor que nos tuvo, y el oficio que tiene de redentor y abogado, y lo mucho que le costamos: otras veces hablando con el Espíritu Santo, pidiéndole lo mismo por el amor que tiene á Jesucristo nuestro Señor y por sus merecimientos. Y aquí tambien podemos hacer otra letanía de las virtudes del Redentor, alegando su humildad de corazon, su pobreza de espíritu, su mansedumbre, su obediencia, su paciencia, su misericordia y caridad, con las demás.

Otros títulos hay de parte de nuestra necesidad y miseria, alegando delante de Nuestro Señor, como David (*Psalm.* L, 7), que hemos sido concebidos en pecado; que tenemos terribles pasiones, fuertes enemigos, gravísimas ocasiones y peligros, y que nada podemos sin él. (*Psalm.* CXVIII). Que somos criaturas suyas, hechas á su imágen y semejanza; y que por esta causa el demonio nos persigue para destruirnos, y así que á él toca el ampararnos. Y en conclusion podemos hacer otro catálogo de nuestros pecados y miserias contándolas delante de Dios, y exagerándolas mucho, con dolor de nuestro corazon; porque cuanto mas las exageraremos, tanto mas provocamos la misericordia de Dios á que las remedie.

Además de esto, en algun caso pueden los varones perfectos alegar con humildad los servicios pasados, á imitacion del santo rey Ezequías, que pedia á Dios prorogacion de la vida, alegándole que habia andado delante de él con perfecto corazon. (IV *Reg.* XX, 3). Y lo mismo hizo Cristo nuestro Señor cuando oró á su Padre, acabado el sermon de la cena (*Ioan.* XVII, 4), como en su lugar verémos.

Estos tres géneros de títulos se pueden mezclar unos con otros, al modo que decia David (*Psalm.* XXIV, 11): Por tu nombre, Señor, perdonarás mi pecado, porque es grande.

Estas y otras razones semejantes se han de alegar en la oracion, mas para mover nuestro corazon á que pida con fervor, devocion y confianza, que para mover á Dios á que nos oiga; porque mucho mas desea Nuestro Señor oirnos y darnos el espíritu bueno, que le pedimos, que nosotros recibirle. Pues, como dice san Agustin (lib. de verb. Dni. serm. 5 *et* 29), no mandara Dios que le pidiéramos, si no quisiera y deseara darnos lo que pedimos, y, pidiéndole del modo dicho, cumplimos todo lo que nos manda el Apóstol cuando dice (*Philip.* IV, 6, *et* I *ad Tim.* II, 1), que nuestras peticiones se presenten delante de Dios, no á solas, sino acompañadas con tres maravillosos actos, conviene á saber (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 7), *con oracion* que levante nuestro espíritu y sus afectos á la presencia de Dios, *con obsecracion*, que alegue títulos para ser oidos, y *con hacimiento de gracias* por las mercedes recibidas, que nos disponga para recibir las que de nuevo pedimos.

Estas son las cosas principales que abraza la oracion mental, cuyo órden declaró san Agustin [1] (Lib. de spirit. et anima, *c.* 70) diciendo: *Meditatio parit scientiam, scientia compunctionem, compunctio devotionem, devotio vero perficit orationem.* La meditacion frecuente engendra ciencia y conocimiento de sí mismo y de Dios. La ciencia engendra afectos de compuncion por nuestros pecados y miserias. La compuncion despierta afectos de devocion con Dios, por sus grandezas y misericordias. Y la devocion perfecciona la oracion, haciendo que nuestro espíritu se junte amorosamente con Dios, y le pida las cosas decentes con el modo que conviene.

Resta que declaremos el modo como se ha de hacer cada cosa de estas, comenzando por lo que es mas propio y esencial á la oracion.

§ II.

Cómo se ha de hablar con Dios en la oracion mental.

Por lo que se ha dicho consta, que la esencia de la oracion mental propiamente consiste en hablar dentro de nosotros mismos con Dios nuestro Señor, para dos fines principales.

El primero es, para alabarle y bendecirle, por quien él es, y darle gracias por los beneficios y mercedes que nos hace, ejerci-

[1] Se cree ser de Alchero. *(Nota del Editor).*

tando aquel soberano modo de oracion que nos aconseja san Pablo (*Ephes.* v, 18-20; *Colos.* III, 16) diciendo: Llenaos del Espíritu Santo, hablándoos á vosotros mismos con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y tañendo en vuestros corazones á Dios, haciéndole gracias siempre por todas las cosas, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo á Dios Padre. En las cuales palabras apunta el santo Apóstol cuatro divinos afectos con que podemos hablar con Dios nuestro Señor dentro de nuestros corazones para el fin dicho; conviene á saber, salmos, himnos, cánticos espirituales y hacimientos de gracias.

Salmos interiores son los actos de amor de Dios con deseos y propósitos eficaces de servirle y obedecerle, ofreciéndose á guardar perfectísimamente sus mandamientos y consejos. Esta es la música que llama David (*Psalm.* XXXII, 2) salterio de diez cuerdas; porque así como quien toca el salterio ó arpa, menea todas sus diez cuerdas, ya unas, ya otras, ya todas juntas; así en la oracion, haciendo esta música á Dios, hemos de tener deseos fervorosos de ejercitar las virtudes de obediencia, humildad, paciencia, y las demás, ya una, ya otra, ya todas; y asimismo propósitos firmes de guardar los mandamientos de Dios y sus consejos, echando una vez mano de uno, y otras veces de otro, y otra de todos juntos.

Himnos son los afectos de alabanzas de Dios, contando todas las excelencias y perfecciones que tiene, y las obras que ha hecho, por las cuales es digno de que todas sus criaturas le alaben y glorifiquen. Unas veces puedo decir con los Serafines (*Isai.* VI, 3): Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de las batallas; y en lugar de esta palabra Santo, puedo poner otras semejantes, diciendo: Bueno, misericordioso, justo, sábio y poderoso eres, Dios y Señor mio, dignísimo de que los Serafines prediquen tu santidad y tus grandezas. Otras veces con los ancianos del Apocalipsis diré (*Apoc.* v, 12): Digno eres, ó Cordero de Dios, que fuiste muerto por nosotros, de recibir la virtud y divinidad, la sabiduría y fortaleza, la honra, gloria y alabanza, por todos los siglos, Amen. Otras veces, con los tres mancebos (*Dan.* III, 57) que estuvieron en el horno de Babilonia, convidaré á todas las criaturas, que alaben á Dios y le glorifiquen; y con David (*Psalm.* CII, 1) convidaré á mi misma alma y á todas sus potencias, que bendigan al Señor.

Cánticos espirituales son los afectos de gozo y alegría espiritual, gozándonos de que sea Dios quien es, y de los infinitos bienes que tiene en sí mismo, y de la gloria que le dan los Santos en el cielo, y

de los servicios que le hacen los justos en la tierra, y alegrándonos por la esperanza de los bienes eternos, y por la posesion que gozan los bienaventurados, diciendo aquello del Apocalipsis (*Apoc.* XIX, 6, 7): Aleluya, porque reina el Señor Dios nuestro todopoderoso: gocémonos y alegrémonos, y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha aparejado para ellas.

Accion de gracias son actos de agradecimiento por los beneficios que de Nuestro Señor hemos recibido, contándolos todos por menudo, y alabándole por cada uno de ellos. Y no solo tengo de darle gracias por los beneficios propios, sino tambien por los que hace á los Ángeles del cielo y á todos los hombres de la tierra, y á las criaturas insensibles, que no saben agradecérselos; y por los que hizo á los mismos demonios y á los condenados que no quieren serle agradecidos.

Con estos cuatro afectos podemos hablar con Nuestro Señor en la oracion, á fin de glorificarle y honrarle, procurando, como dice san Pablo (*Ephes.* v, 19), que el principio de estas nuestras hablas interiores sea el Espíritu Santo, y el medio ó medianero sea Jesucristo nuestro Señor, y el fin y persona á quien se endereza sea el Padre eterno; aunque tambien se pueden enderezar á todas tres Personas, como está dicho.

El segundo fin para que hemos de hablar con Dios nuestro Señor, es para pedirle nuevas gracias y dones celestiales en órden á nuestra salvacion y perfeccion á gloria suya. Estas peticiones y coloquios se pueden hacer de muchas maneras, conforme á la diversa disposicion del que ora y habla con Dios.

Unas veces hemos de hablar con él de la manera que un hijo habla con su padre, pidiéndole todas aquellas cosas que un buen hijo puede y debe pedir á un buen padre, con espíritu de amor y confianza. De esta manera hablamos con Dios en la oracion del Padre nuestro, á donde Cristo nuestro Señor declaró las cosas que se le han de pedir, como verémos en la meditacion que se hará sobre esta oracion en la parte III. (*Es la XIV*).

Otras veces hemos de hablar con Dios como un pobre miserable con un hombre rico y misericordioso, pidiéndole limosna. Con este espíritu oraba David (*Psalm.* XXIV, 16; XXXIX, 18) muy á menudo, llamándose pobre y mendigo, pidiendo limosna espiritual á Dios, que, como dice san Pablo, es rico para todos los que le llaman. (*Rom.* x, 12).

Otras veces hablarémos con Dios, como un enfermo habla con el

médico, declarándole su enfermedad, y pidiéndole remedio de ella; ó como un pleiteante, ó un reo habla con el juez, cuando le informa de su derecho, y le pide favorable sentencia, ó perdon de su delito; y en este caso el coloquio ha de ir acompañado con afectos de humillacion, de dolor de pecados, de propósitos de la satisfaccion y enmienda. De lo cual verémos adelante muchos ejemplos en las meditaciones de los milagros y parábolas de Cristo nuestro Señor.

Finalmente, otras veces podemos hablar con Dios con el espíritu que habla un discípulo á su maestro, pidiéndole luz y enseñanza de las cosas que no sabemos: ó como habla un amigo con otro, cuando razona con él sobre algun grave negocio, pidiéndole consejo, direccion y ayuda. Y si la confianza y el amor nos diere atrevimiento, podrá nuestra alma hablar con Dios como la Esposa habla con su Esposo con varios coloquios, de que está lleno el libro de los Cantares.

De todas estas maneras podemos hablar con Nuestro Señor en la oracion, vistiéndonos de los afectos dichos; una vez de uno, y otra de otro; porque todos caben en nosotros para con nuestro Dios, que es nuestro padre, nuestro médico, nuestro juez, nuestro amigo y esposo de nuestras almas. Verdad es que el acierto en estas peticiones y coloquios principalmente depende del Espíritu Santo, el cual, como dice san Pablo, pide por nosotros con gemidos, que no se pueden explicar (*Rom.* VIII, 26); porque con su inspiracion nos enseña, y mueve á pedir, ordenando las peticiones, y dispertando los afectos con que se han de hacer. Por lo cual dijo san Bernardo (*Serm.* 45 *in Cant.*), que la devocion es la lengua del alma, y quien la tiene sabe muy bien hablar y razonar con el Verbo eterno. Sin embargo de esto, de nuestra parte hemos de ayudarnos, y aprender á tratar y hablar con Dios, mirando el modo y el afecto con que unos hombres hablan con otros en los casos referidos.

Á lo cual añado, que aunque la oracion propiamente es plática y coloquio con Nuestro Señor, tambien podemos en ella hablar con nosotros mismos y trabar pláticas con nuestra misma alma. Unas veces exhortándonos, como dice san Pablo (*Colos.* III, 16), á nosotros mismos y avivándonos en los afectos y peticiones referidas; otras veces reprendiéndonos de nuestras culpas y tibiezas, avergonzándonos de lo mal que servimos á Dios.

De esta manera hablaba David con su alma muchas veces, diciendo (*Psalm.* XLI, 12): Ó alma mia, ¿por qué estás triste? y por qué me turbas? Espera en Dios, que todavía me queda tiempo de ala-

barle y confesar que es Salvador mio y Dios mio. Sujétate á Dios, alma mia, porque de él depende mi paciencia. (*Psalm.* LXI, 6). De estos coloquios hemos de hacer escalon para hablar con el mismo Dios, como le hizo el hijo pródigo cuando hablaba consigo mismo diciendo (*Luc.* XV, 17): ¿Cuántos jornaleros tienen abundancia de pan en la casa de mi padre, y yo perezco aquí de hambre? Quiero levantarme, ir á la presencia de mi padre y decirle: Padre, pequé contra el cielo y delante de tí: no soy digno de ser llamado tu hijo, tenme siquiera como uno de tus criados.

Finalmente, podemos en la oracion hablar tambien con la Vírgen nuestra Señora, con los Ángeles y Santos, para los mismos dos fines que se han dicho, ó para alabarlos y bendecirlos por la santidad y virtudes que tienen, y por los beneficios que nos hacen, ó para pedirles que nos ayuden y favorezcan en el negocio de nuestra salvacion. Para lo cual tambien podemos alegarles algunos títulos, que pusimos en el párrafo precedente, y otros especiales que hay para cada uno. Á la Vírgen santísima se ha de alegar, que es madre nuestra, y abogada de los pecadores, y que este oficio le encargó su Hijo para nuestro remedio, alegando tambien el amor que le tiene, y el deseo de que todos la amen y sirvan: suplicándola que haga con nosotros oficios de madre y abogada, y que muestre aquel amor y deseo en alcanzarnos lo que pedimos, para servir mejor al que tanto ama.

Asimismo al Ángel de nuestra guarda se le puede alegar que cumpla con el oficio que tiene de presentar á Dios nuestras oraciones, y procurar el buen despacho de ellas, y que le va su honra en que nosotros seamos buenos, y salgamos con la pretension del cielo; y que; pues no duerme el demonio para tentarnos, él no duerma, sino vele para defendernos. De la misma manera podemos hablar con los demás Santos que se ofrecieren en la materia de la meditacion, ó con quien tenemos devocion, mas para despertarla en nosotros que para moverles á ellos, porque como nos aman, y desean nuestra salvacion, están muy inclinados á solicitarla.

§ III.

De las virtudes que acompañan á la oracion mental; y de sus excelencias.

De lo dicho en los dos párrafos precedentes se sigue cuán excelente cosa sea la oracion mental, en la cual se ejercitan tantos y tan heróicos actos de las virtudes mas principales que hay en la vida

cristiana. Por lo cual con mucha razon dijo san Juan Crisóstomo (lib. II, de orando Deo *ad fin.*), que así como cuando entra la reina en una ciudad, entran con ella acompañándola muchas damas, y los grandes de la corte, sin otra innumerable gente de guarda que la sigue; así cuando la oracion entra en el ánima, entran con ella todas las virtudes, acompañando al espíritu de oracion. Unas virtudes van delante aparejando el camino, y disponiendo el alma para que ore debidamente, como es la fe, la humildad, la reverencia y pureza de intencion, y otras que despues dirémos, en cumplimiento de lo que dice el Sábio (*Eccli.* XVIII, 23): Antes de la oracion apareja tu alma, y no seas como hombre que tienta á Dios. Otras virtudes van por los lados, pegadas con ella, como es la caridad, la religion, devocion y sabiduría, con otros dones del Espíritu Santo, que esclarecen el entendimiento, y ayudan maravillosamente á la oracion, como se verá en la meditacion XXVII de la parte V. Otras innumerables virtudes se siguen despues de ella, como son fervientes deseos y propósitos de todo lo bueno, en materia de obediencia y paciencia, de templanza, modestia, castidad, y las demás. Y así las unas como las otras andan entretejiéndose con la oracion, y entre sí mismas ejercitando varios actos, que son adorno y atavío unos de otros. Porque la humildad se junta con la confianza y con la caridad; la caridad con la religion y con el agradecimiento; la religion con la obediencia y resignacion, y así hacen una música de muchas voces, con un concierto celestial y divino. Por lo cual muchos santos Padres dicen, que la oracion hace á los hombres semejantes á los Ángeles: no solo por ser obra de las potencias superiores, en que son semejantes á ellos, sino porque les comunica una vida angelical, llena de pureza y santidad. Por la oracion, cuando es perfecta, participan el amor ardiente de los Serafines, la plenitud de ciencia de los Querubines, la paz y quietud de los Tronos, el señorío de sí mismos de las Dominaciones, el poder contra los demonios de las Potestades, la magnanimidad para cosas maravillosas de las Virtudes, la discrecion en el gobierno de los Principados, la fortaleza en cosas arduas de los Arcángeles, y la obediencia en todas las cosas de los Ángeles; y finalmente la sabiduría, castidad y limpieza de los espíritus celestiales. Porque ninguna cosa, dice san Crisóstomo (*lib.* I de Precatione, *et hom. in Psalm.* IV), puede haber mas sábia, ni mas justa, ni mas santa, que el hombre que habla con Dios como conviene, de quien recibe abundantísimamente los dones y gracias, en que consiste la verdadera sabiduría, y perfecta justicia y

santidad. La razon de esto es, porque como Nuestro Señor es muy comedido, y nos inspira que oremos, habla con nosotros cuando le hablamos, y conversa familiarmente con los que entran dentro de su corazon á tratar y conversar con él; y la conversacion y habla de Dios no es de solas palabras, sino de obras; porque, como dice san Bernardo (*Serm.* 45 *in Cant.*), *Locutio Verbi est infusio doni;* el hablar Dios es comunicar dones, derramando sus gracias y virtudes en aquellos con quienes habla (I *Petr.* I, 8), llenándolos de la alegría espiritual que no se puede explicar, y de la paz que sobrepuja todo sentido. (*Philip.* IV, 7). Y por esto dijo David: Oiré lo que dentro de mí habla el Señor; porque hablará paz para su pueblo, y para sus santos, y para todos los que entran dentro de su corazon. (*Psalm.* LXXXIV, 9).

De aquí es, que en la oracion de tal manera hemos de hablar con Dios, que tengamos atencion á escuchar y oir lo que él nos habla con sus inspiraciones, para obedecerlas, y disponernos á recibir los dones que por ellas pretende comunicarnos, como verémos en la parte II, en la meditacion XXVI.

Por lo dicho consta la excelencia y necesidad de la oracion mental, de la cual dice Casiano (*Collat.* IX, *c.* 2), que tiene tanta trabazon con todas las virtudes, que ni ellas se pueden alcanzar, ni conservar perfectamente sin oracion, ni la oracion perfecta se alcanzará sin ellas; porque ella, dice, es el fin de todas, á quien van encaminados todos los trabajos que ponemos en ganarlas, por cuanto la oracion, de que aquí se trata, en su grado perfecto abraza la union con Dios, por medio del actual conocimiento y amor, con gran gozo en poseerle. De donde nace que, como dice san Juan Clímaco (*Grad.* 28), en la oracion paga Dios de contado el ciento por uno de lo que se deja ó se trabaja por su causa, con prendas grandes del premio último que ha de dar en la vida eterna. Muchas cosas pudiera decir de esta soberana virtud; pero déjolas, porque este libro se escribe para los que desean ejercitarla, por la grande estima que tienen de ella; y en los prólogos ó introducciones, que tendrá cualquiera de las seis partes de este libro, y en las mismas meditaciones, se dirán algunas cosas que descubran la excelencia de este soberano ejercicio, y los bienes que de él proceden.

§ IV.

De la materia de la oracion mental para la meditacion.

La materia de la oracion mental, en que las tres potencias del ánima, especialmente el entendimiento, han de ejercitar sus actos, es todo lo que Dios ha revelado en la divina Escritura, especialmente los misterios principales de nuestra fe, que en ella están mas expresados y encomendados.

Estos misterios se pueden reducir en general á tres órdenes, acomodados á los varios estados de los que meditan (*D. Dionis. c.* 3 de Eccles. Hierar. c. 5), entre los cuales, unos son pecadores que desean salir de sus pecados, ó principiantes que desean mortificar los vicios y pasiones de la vida vieja; y estos caminan por el camino que llamamos via purgativa, cuyo fin es purificar el alma de todos estos vicios, y alcanzar la limpieza de corazon. (*S. Ignat.* in annot. 10). Otros pasan mas adelante, y aprovechan en la virtud, los cuales andan en el camino que llamamos via iluminativa, cuyo fin es ilustrar el alma con el resplandor de muchas verdades y virtudes, y alcanzar grande aumento de ellas. (*Iacob.* IV, 8). Otros son ya perfectos y muy ejercitados, los cuales caminan por la via que llamamos unitiva, cuyo fin es unir y juntar nuestro espíritu con Dios con union de perfecto amor: (*Psalm.* XXXIII, 6; I *Cor.* VI, 17). Cada una de estas personas ha de tener materia de meditacion acomodada á su estado y pretension, de la cual pueda fácilmente sacar los afectos y propósitos que pide su necesidad.

Y aunque esta materia se pudiera reducir á tres órdenes de misterios, y verdades acomodadas á estos tres estados y vias que se han puesto; mas para mayor claridad la reducimos en este libro á seis partes, dando dos á los que comienzan, y dos á los que aprovechan, y otras dos á los mas perfectos, en esta forma:

Los pecadores que desean de veras convertirse á Dios, y mudar la vida, han de tomar por materia de meditacion sus mismos pecados, y todas las cosas que ayudan para conocer el número y gravedad de ellos, y las que causan aborrecimiento y dolor de haberlos cometido. Y por cuanto el temor suele ser principio de la justificacion, todo lo que despierta este temor es materia de meditacion acomodada para ellos, como son las postrimerías del hombre, muerte, juicio particular y universal, infierno, y otras cosas semejantes que se pondrán en la parte I, con algunos modos de orar acomodados

para hacer exámen de la conciencia, para confesar y comulgar, y alcanzar la perfecta justificacion, que es el fin de la via purgativa.

Los que están ya justificados y desean granjear las virtudes, y crecer en ellas, han de tomar por materia propia de su meditacion los misterios de la humanidad de Cristo nuestro Señor, mientras vivió en esta vida mortal; porque su vida y doctrina, su pasion y muerte fue un perfectísimo dechado de toda virtud para toda suerte de justos, aunque en diferente manera; porque, como dice san Agustin (Tract. v super 1 Canon. Ioan.), y despues de él santo Tomás (2, 2, *quaest.* 24, *art.* 9), la caridad, cuando ya está engendrada, y ha nacido por medio de la penitencia, tiene los tres estados que se han dicho, de niñez espiritual, de aumento y perfeccion.

Los recien justificados, que son principiantes y como niños recien engendrados en el ser de la gracia, han de tomar por materia de meditacion los misterios de la Encarnacion y niñez de Jesucristo nuestro Señor, de las cuales se trata en la parte II; y en sus meditaciones hallarán motivos bastantes, así para proseguir la jornada de la via purgativa, mortificándose y purificándose de los vicios y pasiones que les han quedado de la vida vieja, como para comenzar la jornada de la via iluminativa, granjeando virtudes contrarias á sus vicios, y acomodadas á su estado.

Los que aprovechan y van creciendo en la virtud, tienen dos caminos para ello, uno haciendo, y otro padeciendo; quiero decir, ó ejercitando por su eleccion varias obras de virtud, que pertenecen á la vida activa y contemplativa, ó padeciendo con gran perfeccion grandes trabajos, persecuciones y aflicciones venidas por mano ajena. Y este camino, aunque es mas áspero, es mas eficaz para crecer en las virtudes, y llegar á la cumbre de ellas.

Estos dos caminos anduvo con gran excelencia Cristo nuestro Señor; de quien dice san Agustin (*In Psalm.* 49), que sus ejercicios entre los hombres fueron: *Mira facere, et mala pati*, hacer cosas maravillosas, y padecer cosas penosas, y todas para nuestra enseñanza; de las cuales se trata en las meditaciones de la parte III y IV. Porque en la tercera pondrémos los misterios de lo que hizo y dijo los tres años de su predicacion, desde el Bautismo hasta la última entrada en Jerusalen. Y en la cuarta, los misterios de su pasion y muerte. Y aunque ambos misterios nos enseñan á hacer y padecer; mas lo uno resplandece mas en los primeros, y lo otro en los postreros; los cuales son mas poderosos para movernos á todo género de virtud con mayor excelencia y perfeccion.

Finalmente, los que llegan á estado de perfeccion, caminando por la via unitiva, tienen otros dos caminos para alcanzar la perfecta union de amor. El primero es, contemplando la vida gloriosa de Cristo nuestro Señor, y las obras maravillosas que hizo despues de resucitado, enviando sobre sus discípulos el Espíritu Santo, que es espíritu de amor. Y de estos misterios trata la parte V. El otro camino es, contemplando los misterios de la Divinidad y Trinidad de Dios, sus perfecciones y beneficios, de que trata la parte VI. Y estas dos partes últimas son mas propias de los perfectos, conforme á lo que dijo David (*Psalm.* CIII, 18): Los montes altos son para los ciervos; pero la piedra ó peña es morada de los erizos: dando á entender en sentido místico, como apunta Casiano (*Collat.* X, *c.* 11), que los varones perfectos, que como ciervos corren ligeramente en el camino del cielo, se apacientan con la consideracion de los misterios de la divinidad y gloria de Cristo, figurados por los montes altos; mas los hombres espinados como erizos, con las espinas de sus culpas é imperfecciones, ó afligidos con trabajos, toman por remedio la consideracion de su tierra y polvo, y de los misterios de la humanidad y humildad de Jesucristo nuestro Señor, figurado por la piedra, en cuyas llagas descansan, y con su doctrina y ejemplos se sustentan y aprovechan.

De lo dicho se sigue, que las meditaciones de estas seis partes son como seis alas de los Serafines que tiene Dios en la tierra semejantes á los que vió el profeta Isaías (*c.* VI), con las cuales se apartan de lo terreno y vuelan á lo celestial; y despues que se han purificado, ilustrado y perfeccionado á sí mismos, vuelan tambien á purificar, ilustrar y perfeccionar á otros, deseando que ardan todos con el amor que arden ellos; porque para todos estos fines ayudan estas meditaciones, y en todas deben ejercitarse todos, aun los muy aprovechados; pero con diferente fin y modo. Y la razon es, porque como en los tres grados que hay de almas, es á saber, vegetativa, propia de las plantas; sensitiva, propia de los brutos; y racional, propia de los hombres, la superior, además de sus propias obras, hace tambien las obras de la inferior, aunque con mas excelente modo; así tambien, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 24, *art.* 9 *ad* 3), en los tres estados de gente que se dedica á la oracion y servicio de Dios, los que aprovechan se han de ejercitar en las meditaciones y obras de los principiantes, y los perfectos en las de ambos; pero con modo mas perfecto, sacando de ellas el fruto que se pretende con mas ventajas; esto es, mas perfecta mortificacion de sí mismos, y

mas acendrado modo de imitar á Cristo nuestro Señor en sus virtudes.

Demás de esto, la experiencia enseña, que cuando un espíritu ó afecto grande de alguna virtud predomina en un alma, de cualquier cosa que medita toma ocasion para cebarle y aumentarle. Si predomina espíritu de humildad, ora medite en el infierno, ora en el cielo, ora piense en sus miserias, ora en las excelencias divinas, de todo sacará afectos de humildad. Y si predomina en el corazon espíritu de amor, aunque medite en el juicio é infierno, todo lo convierte en afectos de amor. Así tambien los principiantes, y los que aprovechan, y los perfectos, de cualquier cosa que mediten pueden sacar los afectos y propósitos que son conformes á su estado y necesidad.

De aquí es, que aunque de ley ordinaria se ha de guardar el órden propuesto, pero no hemos de ir tan atados á él, que no sea lícito mudarle; antes algunas veces es conveniente, porque algunos no pueden aplicarse á consideraciones de temor, y se mueven fácilmente con meditaciones de amor, y otros al contrario. Unos hallan devocion y aprovechamiento considerando los misterios de la niñez de Cristo nuestro Señor; otros considerando los misterios de su pasion; y unos en un misterio, y otros en otro; y es bien no violentarles demasiado ni sacarles de su consideracion, por pasarles á otra; en la cual no hallarán lo que deseaban. Y á esta causa ha proveido Nuestro Señor, que la materia de la meditacion sea tan copiosa y extendida, para que todos puedan hallar alguna que sea á su propósito.

§ V.

De la entrada en la oracion.

Consejo es del Espíritu Santo, que antes de la oracion aparejemos el alma, porque si vamos sin aparejo, será como tentar á Dios, pretendiendo el fin y fruto de la oracion sin poner los medios ordenados para alcanzarle. (*Eccli.* XVIII, 23). Para esto es necesario antes de entrar en la oracion llevar prevenida la materia que se ha de pensar, porque regularmente no será la meditacion atenta y recogida si la materia no va prevenida y bien dispuesta, repartida por sus puntos; al modo que la pondrémos aquí. Aunque no por esto se quita, que si Nuestro Señor por especial inspiracion nos moviere á pensar otra cosa, no podamos ocuparnos en ella, dejando para otro tiempo la que llevábamos prevenida, porque el impulso divino es la

principal causa de esta obra, á quien hemos de seguir; advirtiendo, que nó sea liviandad de ánimo y vaguedad del corazon, salpicar de una materia á otra sin bastante causa.

Presupuesto esto, antes de comenzar la meditacion se han de hacer las cosas siguientes: —1.ª Lo primero, se ha de levantar el corazon y las potencias del alma á Dios nuestro Señor, mirándole como está allí presente, con una vista interior, atenta, reverencial y amorosa; porque quien ha de hablar con algun príncipe, es necesario que vaya á su palacio, ó al lugar donde está, y se ponga en su presencia, porque con el ausente no podemos hablar; y pues Dios está presente en el cielo y en la tierra y en todo lugar asistiendo á todo, y viéndolo todo, cuando tengo de orar y hablar con él no he menester ir á buscarle á otro lugar, sino avivar la fe y mirar como está allí presente, persuadiéndome que cuando oro no estoy solo, sino que allí está tambien la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con quien hablo, y él me ve y me oye, y suele responder dentro del corazon con inspiraciones é ilustraciones, comunicando luz de verdades al entendimiento, y afectos fervorosos de devocion á la voluntad, é infundiendo dones y virtudes y otras gracias en el alma, como está dicho.

Unas veces puedo mirar á Dios como está al rededor de mí, cercándome por todas partes, y á mí dentro de él como están los peces dentro del mar; otras veces le puedo mirar como está dentro de mí por esencia, presencia y potencia, conociendo lo que hago, y ayudándome para que lo haga; y de esta manera se cumple lo que Cristo nuestro Señor dijo (*Matth.* VI, 6): Cuando orares entra en tu retrete; esto es, dentro de tu corazon, y cerrando la puerta de tus sentidos, ora á tu Padre celestial en este lugar secreto; y tu Padre, que está allí y te ve, te dará lo que pidieres.

Esta verdad de la presencia de Dios dentro de mí y al rededor de mí, donde quiera que estoy orando, he de avivar mucho, para que me mueva á reverencia y confianza y á la debida atencion; y si con esta consideracion me sintiere movido á estos y otros semejantes afectos de devocion, bien puedo detenerme á gozar de este bocado que Dios me da, el tiempo que durare, pues ya esto es oracion, y muy buena; pero lo ordinario será detenerme en este pensamiento espacio de un *Pater noster*, aunque la presencia de Dios no se ha de perder de vista en todo el tiempo de la meditacion, segun aquello de David (*Psalm.* XVIII, 15): La meditacion de mi corazon siempre es en tu presencia; pero con mas fervor se ha de renovar al tiempo de las pe-

ticiones y coloquios, derramando, como dice David (*Psalm.* CXLI, 3), nuestra oracion en la presencia del Señor.

2.ª Hecho esto, lo segundo tengo de hacer una grande y profunda reverencia á la majestad de Dios, hincando delante de él las rodillas del corazon y del cuerpo una y tres veces, como lo hacen los que entran en la presencia de los reyes: tengo de adorarle con espíritu, reconociéndole por mi Dios y Señor, Padre de inmensa majestad y Rey dignísimo de infinita reverencia, y con el cuerpo humillarme hasta pegar la boca con la tierra; y aun postrarme como lo hizo Jesucristo nuestro Señor en la oracion del huerto, de quien dice san Pablo (*Hebr.* V, 7), que fue oido del eterno Padre, por la grande reverencia que le tuvo, dándonos á entender lo que importa reverenciar á Dios en la oracion para que nos oiga.

3.ª Hecha esta humillacion, me hincaré de rodillas en el lugar señalado para orar: y luego será bueno persignarme con sentimiento de las palabras que entonces se dicen, pidiendo á Dios que por aquella señal me libre de los enemigos que suelen molestarnos en la oracion, diciendo con este afecto: *Per signum Crucis, de inimicis nostris libera nos Deus noster;* y luego añadiré: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti,* como quien quiere comenzar su oracion, no en virtud suya, sino en virtud de la santísima Trinidad. Algunos suelen decir luego la confesion general para comenzar con humillacion y cumplir, como dice el Sábio, que el justo en el principio de la oracion es acusador de sí mismo (*Prov.* XVIII, *iuxta* 70). Otros suelen comenzar con hacimiento de gracias, siguiendo el órden que da san Basilio, del cual dirémos en la parte I, en la meditacion del exámen de la conciencia.

4.ª Pero puesto que cada uno puede comenzar por lo que mas ayudare á su devocion, lo que generalmente conviene á todos es, comenzar con una breve oracion que sea como preparatoria para lo que se pretende, en la cual supliquemos á Nuestro Señor enderece aquella obra á su honra y gloria, y nos dé la gracia necesaria para hacerla como él quiere. Esta breve oracion tengo de hacer hablando con Dios nuestro Señor, á quien miro presente, diciéndole con grandes veras y muy de corazon: Yo te ofrezco, Señor, todo lo que aquí pensare, dijere y tratare, para que todo vaya ordenado puramente á gloria y honra tuya: y suplícote por quien tú eres, me ayudes en esta hora para que yo acierte á orar de la manera que tú quieres, para gloria de tu santísimo nombre y provecho de mi alma, Amen.

Este modo de oracion se puede enderezar á las tres Personas di-

vinas en esta forma: Unas veces al Padre eterno, diciéndole: Padre soberano, yo te ofrezco esta mi oracion, unida é incorporada con la de tu Hijo unigénito Jesucristo mi Señor, por quien te pido me ayudes á orar al modo que él oraba, para que mi oracion te sea agradable como fue la suya.

Otras veces se puede enderezar al Hijo de Dios, diciéndole como los Apóstoles (*Luc.* XI, 1): Redentor y Maestro mio, enseñadme á orar, y ayudadme para que ore con una atencion, pureza y fervor semejante al que Vós teníais cuando orábais á vuestro Padre, para que mi oracion le sea acepta como fue la vuestra.

Otras veces al Espíritu Santo, diciéndole aquello del apóstol san Pablo (*Rom.* VIII, 26): Espíritu santísimo, yo soy un ignorante y miserable pecador, no sé lo que tengo de orar ni pedir, como conviene: Vos, Dios mio, pedid en mí, moviéndome á pedir con gemidos inenarrables, para que mi oracion sea bien recibida, procediendo de tan noble principio como Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

De este modo se cumple lo que dice san Dionisio (*c.* III, de Divinis nom.), que todo acto teológico, que es el que mira á Dios y trata de él y con él, se ha de comenzar por oracion, invocando el favor de la santísima Trinidad, que está presente en todo lugar, entregándonos á ella con peticiones puras, con entendimiento sosegado y con afecto bien dispuesto para la union que en este santo ejercicio pretendemos.

§ VI.

Del modo de meditar y discurrir en la oracion, y cómo hemos de resistir á las distracciones que allí nos combaten.

La obra del entendimiento, que llamamos meditacion, es de las mas dificultosas que hay en la oracion mental; porque puesto caso que es cosa fácil pensando en varias cosas, salpicando de una en otra sin órden y concierto, pero es muy difícil pensar en una sola con atencion, teniendo fija la memoria y entendimiento en Dios, sin divertirse y derramarse á otras cosas; y así los grandes Santos suelen padecer esta molestia algunas veces, y se quejan de ella. Job decia de sí mismo (*c.* XVII, 11-12): Mis pensamientos se han desbaratado, atormentan mi corazon, y convierten la noche en dia, porque me quitan la quietud del recogimiento en que solia gastar la noche.

Y David clamaba á Dios, diciendo: Mi corazon me deja y se sale de mi casa, ten por bien, Señor, librarme de este trabajo. (*Psalm.* XXXIX, 13-14).

Este mismo daño experimentamos todos, y suele proceder de varias raíces y principios. Lo primero, del demonio, por impedirnos el fruto de la oracion: Lo segundo, de la imaginacion propia, que es libre y cerril, instable y mal domada. Lo tercero, de algunas aficiones no mortificadas, las cuales llevan tras sí los pensamientos, porque donde está el tesoro, allí está el corazon. Lo cuarto, de cuidados que punzan y parten el corazon en mil partes. Lo quinto, de flojedad y tibieza, por no hacerse fuerza ni aplicarse á este tan noble ejercicio. Lo sexto, de ignorancia, por no saber discurrir, ni meditar, ni buscar las verdades ocultas, ni ponderarlas de modo que muevan la voluntad y despierten afectos de devocion. Esta ignorancia se remediará con la traza y modo que aquí pondré, presupuesto el favor del cielo.

Lo primero, en la meditacion nos hemos de actuar muy bien en la verdad del misterio que la fe nos enseña, procurando creerle y entenderle como pasó verdaderamente y como está revelado. Lo segundo, hemos de inquirir las causas y raíces verdaderas de donde procedió la cosa que meditamos, excluyendo las causas falsas ó aparentes; luego hemos de discurrir buscando los fines verdaderos á que fue ordenada, excluyendo tambien otros que no lo son. Lo cuarto, se han de inquirir los efectos que proceden de la tal cosa, esto es, los provechos ó daños que trae consigo. Y lo último, algunas propiedades y circunstancias que la acompañan. Esto se entenderá claramente por este ejemplo: Si quiero meditar el misterio de la Encarnacion, primero tengo de actuarme bien y entender lo que la fe enseña, es á saber, que el Hijo de Dios juntó consigo en unidad de persona nuestra humana naturaleza, de modo que verdaderamente Dios es hombre y el hombre es Dios. Luego tengo de inquirir las cosas arriba propuestas, ponderando como las causas y raíces de esta obra no fueron nuestros merecimientos, sino sola la bondad y misericordia de Dios, y los fines fueron la redencion del mundo y la manifestacion de la divina bondad y caridad. Despues miraré los provechos que por ella nos vinieron; es á saber, perdon de pecados, destruccion de la muerte, entrada en el cielo, y otros tales. Además los daños que nos vinieran si esta no se hiciera; quedando todos enemigos de Dios, esclavos del demonio, condenados al infierno. Y finalmente las circunstancias de esta obra, cuanto al lugar,

tiempo y modo; y las propiedades del cuerpo y del alma que tomó Dios cuando encarnó.

En cada cosa de estas ha de hacer pausa el entendimiento, deteniéndose en cada una todo el tiempo que hallare devocion y gusto espiritual, sin ansia de pasar á otra, moviendo la voluntad á varios afectos de amor y confianza, como se ha dicho, haciendo peticiones y coloquios con Nuestro Señor, conformes á lo que se ha meditado y deseado; y despues que nuestro entendimiento hubiere ponderado bien una cosa de estas, puede pasar á otra con la misma quietud y sosiego de ánimo, y así proceder en las demás. De todo esto verémos ejemplos llanos en las meditaciones siguientes, especialmente en las primeras, que serán dechado de las demás.

Solamente advierto, que cuando el Espíritu Santo con especial inspiracion nos mueve á orar, todo es fácil y suave; porque él recoge la memoria, aviva los discursos, arroja lluvias de meditaciones, enciende los afectos, concierta las peticiones, ordena los coloquios, y hace perfectamente toda la obra de la oracion, cooperando nosotros sin trabajo. Mas cuando falta este socorro especial, es necesario que nosotros mismos, usando de nuestro libre albedrío con el socorro de la gracia que nunca nos falta, apliquemos nuestras potencias al ejercicio de sus actos en la forma que está dicho, con lo cual provocamos al Espíritu Santo para que nos ayude con especial socorro de sus inspiraciones; porque los varones espirituales que tratan de oracion no han de ser como navíos de alto bordo que no pueden navegar si no es con viento; ántes han de ser como galeras que navegan con viento y con remo; y cuando faltare el viento próspero de la divina inspiracion, han de navegar con el remo de sus potencias, ayudadas del divino favor, aunque no sea tan sensible. Y este modo de orar suele ser á veces mas provechoso aunque no sea tan gustoso, por lo mucho que se merece peleando contra las distracciones y sequedades del corazon; y si perseveramos remando y orando, á su tiempo vendrá Cristo nuestro Señor á visitarnos, con cuya visita cesará esta tempestad, como sucedió á los sagrados Apóstoles (*Matth.* XIV, 32) en un caso semejante, como despues verémos.

Las armas para pelear contra estas distracciones del corazon y sequedades del espíritu, principalmente son cuatro: La primera es humildad profunda, reconociendo nuestra flaqueza y miseria, y avergonzándonos de estar delante de Dios con tal distraccion, y acusándonos de las culpas pasadas y presentes, por las cuales somos cas-

tigados en ella; porque quien de esta manera se humilla en la oracion, en ella será ensalzado (*Luc.* xiv, 11).

La segunda es fortaleza de ánimo, haciendo una resolucion varonil de no admitir advertidamente pensamiento que nos aparte de lo que oramos, aunque sea de cosa que nos dé mucho gusto ó parezca muy importante; pues entonces ninguna lo es tanto como atender á lo que oro, y á Dios, delante de quien estoy para orar; y cuando, sin quererlo, me hallare distraido, volveré otra vez á atar el hilo del buen pensamiento y discurso comenzado; y si mil veces me distrayere, mil veces tornaré á lo mismo, sin perder el ánimo ni la confianza, acordándome que Abrahan (*Genes.* xv, 11-17), perseverando en ojear las aves importunas que acudian al sacrificio, vino á dormir un sueño misterioso, en que descubrió Dios grandes secretos y pasó como fuego por medio del sacrificio, en testimonio de que le aceptaba. (*D. Greg.* lib. XVI Moral. c. 19). Así yo trabajando con perseverancia en ojear los pensamientos importunos que inquietan el sacrificio de la oracion vendré con el favor de Dios á dormir el sueño quieto de la contemplacion, en el cual ilustre mi alma con su luz para que le conozca, y la encienda con el fuego de su amor para que le ame.

La tercera arma es la misma oracion, pidiendo á Nuestro Señor que dentro de nuestra alma edifique una ciudad de Jerusalen (*Psalm.* cxlvi, 2) que sea vision de paz, recogiendo los pensamientos y aficiones derramadas para que moren dentro de ella y se ocupen con quietud en la oracion, y lo mismo pediré á los santos Ángeles, que asisten á los que oran; y en este medio pondré mucha fuerza, porque la oracion es tan poderosa que puede alcanzar de Dios todas las cosas, y á sí misma con ellas, usando en medio de estas turbaciones de algunas breves oraciones á este propósito. Unas veces diré como David (*Psalm.* xxxix, 13-14): Mi corazon me deja, mal que me pese: líbrame, Señor, de la fuerza que padezco, y no tardes en ayudarme. Otras veces diré lo que él mismo decia (*Psalm.* cxlii, 6): Mi alma está delante de tí como tierra sin agua, óyeme con presteza porque mi espíritu desfallece. Otras veces clamaré con los Apóstoles en medio de la tempestad (*Matth.* viii, 25): Sálvame, Señor, porque perezco. Y como el ciego á quien el tropel de la gente impedia su oracion, levantaré la voz diciendo (*Luc.* xviii, 38): Hijo de David, ten misericordia de mí. Y si persevero clamando aunque sea con sequedad y violencia, no dejará Cristo nuestro Señor

de compadecerse de mí, como se compadeció de este ciego, como ponderarémos en su lugar.

La última arma ha de ser una grande confianza en Dios nuestro Señor, persuadiéndonos que, pues nos manda orar, nos dará gracia y ayuda para ello, con lo cual podamos resistir al demonio, tener á raya la imaginativa, reprimir las pasiones, moderar los cuidados, y echar de nosotros las tibiezas, de modo que no nos impidan el ejercicio de la oracion. Pero con esta confianza hemos de juntar diligencia, procurando, como dice Casiano (*Collat.* IX, *c.* 3, *et* X, *c.* 10), quitar antes de la oracion las cosas que no querríamos padecer en ella, imitando en esto la sagacidad de nuestro adversario, el cual, como dice san Nilo abad (*c.* 48, 49 *y* 50), ordena todas las tentaciones que pone entre dia á las personas espirituales, para impedirles la oracion, y el fruto de ella. Tiéntalas de gula, para que en la oracion estén pesadas y soñolientas; tiéntalas de impaciencia, para que estén turbadas; y de curiosidad de sentidos, para que estén distraidas; y de muchedumbre de negocios, para que estén inquietas; y de soberbia ó ingratitud, para que estén secas; y pues no hemos de ser menos prevenidos y cuidadosos de nuestro bien, que el demonio lo es de nuestro mal, razon es concertar las obras y ocupaciones del dia, de modo que todas ayuden á tener bien oracion: y con esto en alguna manera cumplirémos lo que Cristo nuestro Señor dijo (*Luc.* XVIII, 1): Conviene siempre orar, y no desfallecer; pues siempre ora quien todo el tiempo gasta en oracion, ó en aparejarse para ella. Con esta confianza tengo de entrar en la oracion mental, diciendo á los demonios aquello del salmo (*Psalm.* CXVIII, 115): Apartaos de mí, malignos, porque quiero meditar los mandamientos de mi Dios. Y á mis potencias, pensamientos y afectos, les diré lo del otro salmo (*Psalm.* XCIV, 6): Venid todos juntos, y adoremos á Dios, postrémonos á sus piés, y lloremos delante de él, porque el Señor es nuestro Dios, y nosotros somos su pueblo, y ovejas de su rebaño.

§ VII.

Del modo como nos hemos de ayudar de la imaginacion y lengua y las demás potencias para la oracion mental.

Aunque la oracion mental, como se ha dicho, es obra de las tres potencias supremas del alma, por la parte que es espíritu puro, y se llama mente, de donde esta oracion tambien se llama mental, con

todo eso ayudan para ejercitarla las otras potencias del alma, que son mas inferiores.

Entre las cuales la primera es la imaginativa, la cual así como impide notablemente la oracion, cuando está mal domada y es vagabunda; así tambien ayuda mucho cuando puede con facilidad formar dentro de sí algunas figuras ó imágenes de las cosas que se han de meditar; porque esto es como atarla á un solo lugar, y poner delante del alma espiritualmente la cosa que medita como si la tuviera presente. Segun esto, antes de comenzar la meditacion, es bueno procurar con la imaginacion hacer dentro de nosotros alguna figura ó imágen de la cosa que pretendemos meditar, con la mayor viveza y propiedad que pudiéremos. Si tengo de pensar en el infierno, imaginaré un lugar como un calabozo oscuro, estrecho y horrible, lleno de fuego, y las almas dentro de él, ardiendo en medio de aquellas llamas. Y si he de pensar en el Nacimiento, formaré una figura de un portal desabrigado, y á un niño envuelto en pañales, puesto en un pesebre; y así en lo demás, advirtiendo que esto se haga sin quebrar la cabeza; porque quien tiene mucha dificultad en hacer tales figuras, mejor es dejarlas, y usar solamente de las potencias espirituales, al modo dicho. Pero al contrario, los muy imaginativos han de estar sobre aviso, porque sus vehementes imaginaciones les pueden ser ocasion de muchas ilusiones, pensando que su imaginacion es revelacion, y que la imágen, que dentro de sí forman, es la misma cosa que imaginan; y por su indiscrecion suelen quebrarse la cabeza, y convierten en su daño lo que tomado con moderacion puede ser de provecho.

Tambien puede ayudar en la oracion la lengua, porque, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 83; *art.* 12), la oracion mental y la vocal, que se hace con palabras exteriores, no son contrarias, sino hermanas, que se ayudan una á otra. La oracion mental suele algunas veces prorumpir en la vocal, hablando palabras exteriores con Nuestro Señor, nacidas de la devocion y fervor interior (*D. August.* Ep. 121 ad Probam, *c.* 9), y la oracion vocal suele avivar el alma, para que tenga mas atencion en la mental; y así, cuando en ella nos sentimos distraidos ó secos, es buen remedio decir algunas palabras que nos despierten y recojan, ó hablando con Nuestro Señor, ó con nosotros mismos; porque como el cuerpo ayuda al alma, así las obras del cuerpo suelen ayudar á las almas, y la palabra exterior, y lo que dice la lengua, suele tocar al corazon. Esto, como advierte san Buenaventura (Processu. 7 Religionis, *c.* 3), se puede

practicar de dos maneras. La una es, componiendo cada uno las palabras como su necesidad ó su devocion se las dictare, sin reparar en que vayan bien ó mal concertadas; porque Nuestro Señor mas mira el concierto del corazon y el fervor de los afectos, que el de las palabras; y mas se aplaca con las razones toscas del hijo tartamudo y del pecador arrepentido, que con las muy compuestas del soberbio letrado. La otra manera es, diciendo alguna oracion compuesta por otro, como son las de la Iglesia ó de algun Santo, apropiándoselas á sí mismo, diciéndolas con tal afecto y sentimiento, como si él las fuera componiendo, al modo que dirémos en el párrafo IX.

Cuanto á los sentidos corporales, no se puede dar regla cierta, porque unos se hallan mejor teniendo los ojos cerrados, otros se ayudan con abrirlos, mirando al cielo ó alguna imágen: unos hallan estorbo en oir cualquier cosa; otros se encienden con oir algun canto ó música de la Iglesia: unos sienten devocion con darse frecuentes golpes en los pechos, como lo hacia san Jerónimo, á imitacion del publicano; otros la sienten con hacer muchas genuflexiones, como Simeon el de la coluna, que oraba hincando la rodilla con la cabeza hasta la tierra, y levantándose luego, repitiendo esto innumerables veces.

Lo mismo podemos decir de otros movimientos y composturas del cuerpo, como son, extender los brazos en forma de cruz, postrarse en el suelo, ponerse en pié fijo en un lugar ó pasearse por alguna parte, ó sentarse en algun asiento humilde: en todo lo cual se ha de escoger aquello que mas ayuda á la quietud y devocion del corazon, atendiendo á la flaqueza del que ora, y á la edificacion de los que están presentes, si el lugar es público, porque en tal caso aquella postura del cuerpo se ha de tomar, que no pueda ofender á los circunstantes.

§ VIII.

Del exámen de la oracion, y de los frutos que se han de sacar de ella.

Acabada la oracion, es muy provechoso examinar lo que en ella nos ha pasado, y aunque este exámen se deberia hacer despues de cualquier obra ó ejercicio de oracion vocal, sea rezo divino, ó rosario ó misa; pero en particular se debe hacer despues de la oracion mental retirada, en que se ha gastado una ó mas horas.

Lo primero, tengo de examinar si guardé las advertencias de las cosas que preceden á la oracion, como si previne la materia de la

meditacion, si me puse bien en la presencia de Dios, si le ofrecí con espíritu esta obra, y la pureza de intencion que en ella tuve, con lo demás, doliéndome de cualquier falta que hallare, proponiendo de enmendarme de allí adelante.

Lo segundo, he de examinar si estuve atento ó distraido, si devoto ó seco, si me contenté con solo discursos (porque esto no será oracion, sino estudio), ó si tuve buenos afectos y propósitos, si pedí y hablé con Dios en los coloquios con reverencia y confianza, ó sin ella; y si hallare que en todo me ha ido bien, daré gracias á Dios por ello, atribuyendo este buen suceso no á mis diligencias, sino á su gracia y misericordia; pero si hallare que me ha ido mal, examinaré la causa de esto, si fue alguna culpa mia, ó alguna pasion y aficion desconcertada, ó alguna remision y flojedad; y doliéndome de la culpa, propondré la enmienda con determinacion de mortificarme, y quitar lo que fue causa de este daño.

Lo tercero, he de examinar los movimientos, y las inspiraciones ó ilustraciones, y gustos espirituales que he sentido, mirando bien los efectos que han obrado en mí, para conocer si nacen de buen espíritu ó no, y tomar experiencia que me ayude á conocer la variedad de espíritus. Para lo cual ayudará saber las reglas que de esto se suelen dar, de las cuales se pondrán muchas en el decurso de estas meditaciones.

Lo cuarto, he de examinar los propósitos que hice en la oracion, para ver cuándo y cómo los he de poner en ejecucion; y generalmente he de examinar el fruto que saco de la oracion y trato con Dios, porque si mi oracion es árbol sin fruto, será maldita como la higuera (*Matth.* XXI, 19), y secarse ha luego; pero si lleva fruto, será bendita, y crecerá como árbol plantado á la corriente de las aguas. (*Psalm.* I, 3). Los frutos de la oracion son estos: reformar las costumbres; apartarnos de pecados, aunque sean muy ligeros; huir las ocasiones de ellos, y todo lo que es imperfeccion; domar las pasiones; enfrenar los sentidos; mortificar las inclinaciones siniestras; vencer las repugnancias y dificultades que siento en las virtudes; pelear valerosamente contra las tentaciones; alentarme á sufrir muchos trabajos con alegría; animarme á cumplir con prontitud la voluntad de Dios declarada en su santa ley, en los consejos evangélicos, y por las reglas y aranceles de mi estado y oficio. Además, procurar el aumento de las virtudes, imitando las de Jesucristo nuestro Señor, especialmente su caridad y humildad, su obediencia y paciencia en los trabajos, el amor á la cruz, y al desprecio y á la cas-

tigacion de la carne; y en particular cada uno ha de procurar la virtud que mas ha menester, atendida la calidad de su estado, sea modestia, ó castidad, ó fortaleza, ó alguna otra de las teologales ó morales, con una resolucion y propósito muy eficaz, como se pondrá en la meditacion XXIX de la parte I. Y cuando hiciere exámen de la oracion, tengo de apurar bien si he sacado alguno de estos frutos al modo dicho.

§ IX.

De varios modos que hay de orar en diversas materias, acomodados á diferentes personas y tiempos.

Está el gusto del hombre tan estragado en los ejercicios del espíritu, que fácilmente cobra tédio y fastidio si el manjar se le da guisado siempre de una misma manera, aunque sea muy precioso; como los israelitas se enfadaron del maná, con ser suavísimo, por ser siempre el mismo. (*Num.* XXI, 5). Á esta causa los Santos y maestros de espíritu han inventado varios modos de orar, guisando la oracion de muchas maneras, para que esta variedad quite el fastidio que podríamos tener de ejercitarla, cuando el espíritu de Dios nos va siempre renovando el gusto de ella, haciendo, como dice David (*Psalm.* XCV, 1), que siempre cantemos al Señor cantar nuevo.

En esto fue muy excelente el seráfico doctor san Buenaventura en muchos y muy largos tratados que hizo de estas materias; pero no lo fue menos nuestro glorioso Padre san Ignacio, poniendo en su pequeño libro, no solamente variedad de materia para la meditacion, sino varios modos de orar por exámenes de la conciencia, por aplicacion de los sentidos interiores del alma, por varias semejanzas y parábolas; y en especial enseñó tres modos de orar muy provechosos, acomodados á los que caminan por las vias arriba dichas, purgativa, iluminativa y unitiva, aunque todas tres son de gran provecho para todos.

El primer modo de orar es, por los mandamientos de Dios, y por los siete vicios capitales, que comunmente llamamos siete pecados mortales, y por las tres potencias del alma, y por los cinco sentidos, tomando todo esto por materia de meditacion y oracion. Este modo es propio de los que andan en la via purgativa, procurando limpiarse de sus pecados; y así lo declararémos en la parte I, haciendo especiales meditaciones de todas estas cosas, con las demás que pertenecen al modo de orar, examinando la conciencia, y apa-

rejándose para la confesion y comunion, con las cuales se alcanza la pureza del alma.

El segundo modo de orar es, por palabras, tomando por materia de meditacion algun salmo de David, ó algun sermon ó sentencia de Cristo nuestro Señor, ó alguna oracion ó himno de la Iglesia, rumiando cada palabra por sí, y sacando el espíritu y afecto que hay en ella; porque, como las palabras de la divina Escritura fueron dictadas por el Espíritu Santo, todas tienen algun misterio digno de ponderacion; y como la Iglesia es regida por el mismo Espíritu Santo, no dice palabra que no tenga mucho espíritu.

La forma de meditarlas es, mirando quién dice aquella palabra, á quién se dice ó endereza, á qué fin, con qué modo y espíritu se dijo, y qué es lo que se significa; es á saber, qué es lo que manda ó aconseja, amenaza ó promete, ó qué es lo que se pide ó pretende con ella, sacando de todo afectos conformes á lo que se hubiere ponderado.

Porque de otra manera se han de meditar las palabras que Dios dice al hombre, ó las que el hombre dice á Dios. Las primeras, como quien oye á Dios, que es su maestro, legislador, consejero, protector y galardonador, oyéndole con deseo de aprender lo que enseña, de ejecutar lo que manda, de seguir lo que aconseja, de temer lo que amenaza, y esperar lo que promete, y amarle por lo que dice.

Las segundas se han de rumiar con el espíritu con que las dijo el que las ordenó y conforme al fin á que van enderezadas. Lo cual se vé claramente en los Salmos de David, porque unos hizo con espíritu de alabar á Dios, y agradecerle los beneficios que habia hecho á su alma, ó á su pueblo: otros con espíritu de contricion, para pedirle perdon de sus pecados: y otros con espíritu de afliccion, junto con grande confianza para pedirle ayuda en las tribulaciones. Y asi para rumiarlos, y decirlos con provecho, nos hemos de vestir, como advierte Casiano (*Collat.* x, *c.* 11), del mismo espíritu con que se dijeron, como si nosotros mismos los hubiéramos compuesto para el mismo fin.

Y la misma experiencia nos enseña, que quien se siente alegre por los beneficios recibidos de Dios, dice con devocion los salmos de alegría, como es: *Benedic anima mea Domino: et omnia quae intra me sunt, nomini sancto eius*, etc. *Laudate Dominum de coelis*, etc. Y por entonces no halla tanto jugo en el salmo *Miserère mei Deus*. Y al contrario, quien está afligido con sus pecados, dice con devocion

el salmo *Miserere mei*, y no se aplicá por entonces á los salmos de alegría. Lo cual se ha de advertir para escoger por materia de meditacion las palabras y oraciones que frisan con el espíritu que sentimos, y con el fin que pretendemos.

Este segundo modo de orar es mas propio de los que caminan por la via iluminativa, pretendiendo el conocimiento y sentimiento de las verdades de la fe para crecer en el espíritu (*Medit.* XV *de la p.* I; VI *y* XII *de la p.* II; XIV *de la p.* III), y así pondrémos la práctica de él en la parte II y III, meditando por este modo la salutacion del Ángel, el cántico de la Vírgen, la oracion del *Pater noster*, y algunas sentencias y oraciones de Cristo nuestro Señor, cuyas palabras meditarémos siempre con mas atencion; porque, como dijo la Esposa (*Cant.* v, 19), sus labios destilan mirra primera, esto es, enseñan virtud excelentísima, la primera y mas aventajada de todas: y, como dijo san Pedro (*Ioan.* vi, 69), sus palabras son palabras de vida eterna. Y el mismo Señor dijo que sus palabras eran espíritu y vida; y así quien las medita como conviene, sacará abundancia de espíritu, y vida purísima de gracia, por la cual sea digno de la vida eterna.

El tercer modo de orar es por via de aspiraciones y afectos, que responden á las respiraciones del cuerpo, procurando que entre respiracion y respiracion salga de lo íntimo de nuestra alma algun afecto santo, ó algun gemido del espíritu, ó alguna breve oracion de las que llamamos jaculatorias, gastando todo el tiempo que hay entre una respiracion y otra en la ponderacion ó sentimiento, y gusto espiritual de lo que deseamos ó pedimos, ó de la cosa por que gemimos y suspiramos á Dios. Este modo es muy acomodado á los que caminan por la via unitiva, aspirando y anhelando á la union actual con Dios, y con este deseo procuran orar con la mayor continuacion y frecuencia que pueden; porque tan necesaria es la oracion para la perfecta vida espiritual del alma, como la respiracion para la vida del cuerpo, segun aquello de David (*Psalm.* cxviii, 131), que dice: Abrí mi boca y atraje el espíritu, porque deseaba tus mandamientos. Y en testimonio de esto, cuantas veces abren la boca para respirar, tantas querrian orar; y ya que esto no es posible, por nuestra flaqueza, toman á ciertos tiempos algun rato para este ejercicio, frecuentando de esta manera las oraciones jaculatorias, de que luego hablarémos, arrojándolas al cielo como dardos ó saetas que salen del corazon, como de un arco, con gran ímpetu de amor.

§ X.

De la contemplacion, y del modo como algunos pueden tener oracion mental sin muchedumbre de discursos.

Con lo que hasta aquí se ha dicho, quedan declarados los modos ordinarios que hay de tener oracion mental; los cuales son acomodados á toda suerte de personas que desean tratar con Dios, aunque no todas van de una manera: porque unas en su oracion tienen mas de discurso, y menos de afecto; otras al contrario, se contentan con pocos discursos, y se ocupan mas en afectos; y otras no han menester mas que una sencilla vista de la verdad, y con ella se mueven á todos los actos de devocion que se han referido, y estas gozan de lo que llamamos contemplacion; la cual, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 180, *art.* 3), es una vista sencilla de la verdad eterna, sin variedad de discursos, penetrándola con luz del cielo, con grandes afectos de admiracion y amor; á la cual ordinariamente no se llega, si no es por mucho ejercicio de meditaciones y discursos. Á la manera que una mujer, cuando pretende casarse con un hombre, gasta muchos dias en preguntar y averiguar quién es, inquiriendo su linaje, hacienda, condicion, salud, afabilidad, discrecion, virtud y las demás partes, discurriendo y pensando mucho sobre ellas: y en hallando que es á su gusto, le cobra amor y le toma por esposo; pero despues que ya le ha conocido y tomado por marido, no ha menester hacer nuevos discursos, sino con solo verle ó acordarse de él, ú oir su nombre, le ama, y desea darle contento, y estar siempre en su compañía. Y lo mismo pasa al discípulo que quiere escoger de nuevo algun maestro, y al criado que pretende tomar nuevo señor, y al amigo que desea trabar nueva y estrecha amistad con otro. Pues de esta misma manera los principiantes en la virtud y en el ejercicio de oracion han menester gastar mucho tiempo en meditaciones y discursos, inquiriendo quién es Dios, quién Cristo nuestro Salvador, sus perfecciones y virtudes, y sus obras maravillosas, moviéndose con estas consideraciones á amarle y tomarle por maestro, por señor, por amigo y esposo de sus almas. Pero despues que están muy ejercitados y enterados en esto, suele suceder algunas veces que una sencilla vista ó memoria de Dios sin nuevos discursos, baste para encenderles en su amor y en los demás afectos arriba dichos. Y aun algunos, con solo oir el nombre de Jesús, ó Padre, ó con oir el nombre de pecado mortal, infierno, ó cielo,

penetran en un momento lo que allí está encerrado con grandes afectos de amor ó dolor. Verdad es que, como nuestro entendimiento no hace mucha presa en las cosas que no percibe con los sentidos, fácilmente pierde la estima de las cosas espirituales y divinas, y se olvida de ellas, y así tiene necesidad de renovar á menudo las meditaciones y discursos que hizo al principio. De otra manera, ha de hallarse muy distraido y seco, si no es cuando Nuestro Señor, por especial favor, quiere sin ellos dar luz y noticia bastante para encender los afectos de amor, comunicando la gracia de la contemplacion.

De lo dicho infiero, para consuelo de algunas personas deseosas de tener oracion mental, y por falta de salud ú de otra causa no atinan á discurrir ni ahondar en lo que está encerrado dentro de los misterios de nuestra fe, que no se tengan por desahuciadas de lo principal que hay en este soberano ejercicio. Porque á los tales suele Dios conceder por título de su necesidad ó enfermedad lo que da á otros por título de muchos servicios y de largas meditaciones en que se han ejercitado; porque como es tan liberal y de buen contento, á ninguno pide mas de lo que conforme á su caudal puede darle, supliendo lo que le falta con sus divinas ilustraciones. Deben, pues, advertir las tales personas, que el fin de todas las meditaciones y discursos, que se pondrán en las seis partes de este libro, es alcanzar tres noticias ó conocimientos: uno de sí mismo y de sus innumerables necesidades y miserias de cuerpo y alma; otro de Jesucristo nuestro Señor, verdadero Dios y hombre, y de sus esclarecidas virtudes, especialmente las que resplandecieron en su nacimiento, pasion y muerte; y el tercero, de Dios trino y uno, y de sus infinitas perfecciones, y de los beneficios, así naturales como sobrenaturales, que de él proceden. Estos tres conocimientos andan encadenados entre sí, entrando y saliendo de uno á otro; subiendo de sí mismo y de Cristo á Dios; bajando de Dios á Cristo y á sí mismo; y de ellos, como dice santo Tomás (2, 2, *quaest.* 82, *art.* 3), nace la devocion, que abraza tres suertes de afectos que les corresponden en la voluntad.

Unos consigo mismos, confundiéndose por sus pecados y tibiezas, doliéndose de ellas, proponiendo la enmienda, y humillándose por la nada y culpa que tienen de su cosecha. Otros con Cristo nuestro Señor, compadeciéndose de sus trabajos, gozándose de sus virtudes, deseando imitarle en ellas, y pidiéndole gracia para ello. Otros con Dios nuestro Señor, admirándose de sus grandezas, alabándole por

ellas, agradeciéndole los beneficios que nos ha hecho, y ofreciéndonos muy de veras á servirle por ellos; mezclando con todo esto peticiones de las gracias y dones celestiales para sí y para toda la Iglesia y para otros prójimos, particularizando las cosas de que hay mayor necesidad. Presupuesto esto, cualquiera persona, deseosa de tener oracion mental, por flaca que sea, puede ponerse en la presencia de Dios vivo, que tiene cabe sí y dentro de sí; y renovando la noticia que tiene por la fe de las tres cosas dichas, ejercitar con sosiego los afectos que les corresponden. Unas veces confesando á Dios todas sus miserias una por una, con afectos de dolor y humillacion, pidiéndole que se las remedie. Otras veces pasando por la memoria las virtudes que resplandecen en algun misterio de Cristo nuestro Señor, su humildad, obediencia y paciencia, con afectos y deseos de imitarlas. Otras veces contando los beneficios que de Dios ha recibido con afectos de agradecimiento, ó acordándose de las infinitas perfecciones de Dios, de su bondad, misericordia y providencia, con afectos de alabanza y gozo. Y no será difícil, con el divino favor, sacar estos afectos, porque los misterios y verdades de nuestra fe son como pedernales que en tocándolos con el eslabon de cualquier sencilla consideracion arrojan centellas de amor; y si el alma está como yesca, bien dispuesta para recibirlas, luego levantan llamas de grandes sentimientos y afectos. Para hacer esto con mas facilidad, ayudará mucho haber leido primero alguna meditacion de las que se pondrán adelante, procurando recoger siempre en la memoria algunas verdades mas señaladas de nuestra fe, que sean cebo de estos sentimientos, al modo que decia la Esposa (*Cant.* I, 12): Hacecillo de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos le pondré; dando á entender que tenia recogidas muchas verdades de los misterios que pertenecen á su amado, las cuales ponia delante de sí, mirándolas sencillamente con los ojos del espíritu, y abrazándolas con los afectos encendidos del corazon, y aplicándolas á sí misma con los propósitos eficaces de la imitacion.

De estas se ha de tomar una vez una y otra vez otra por fundamento de la oración mental, á la manera que Cristo nuestro Señor, recogiéndose á orar en el huerto de Gethsemaní, tomó tres veces por tema y fundamento de su oracion estas breves palabras: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad sino la tuya. Y en la ponderacion y sentimiento de estas palabras gastó largo rato, como en su lugar verémos. (*Medit.* XXI *de la p.* IV).

§ XI.

De los modos extraordinarios de oracion mental, y de las muchas maneras como Dios se comunica en ella.

Por las cosas que se han dicho de la oracion consta llanamente, como dice san Agustin (*Epist.* 105), que es don del Espíritu Santo, prometido por Dios nuestro Señor á su Iglesia, cuando dijo: Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalen (*Zach.* XII, 10) *Spiritum gratiae et precum*. Espíritu de gracia y de ruego, sin el cual espíritu ninguno ora acertadamente, porque, como dice san Pablo, por nuestras solas fuerzas no somos poderosos para tener un santo pensamiento (II *Cor.* III, 5), ni sabemos lo que hemos de orar como conviene, si el Espíritu de Dios no nos enseña y nos mueve á ello. (*Rom.* III, 26). Para lo cual tiene varios caminos, guiando á unos por uno y á otros por otro, de tal manera que seria error intolerable pensar que todos han de ir por el mismo camino, por el cual yo soy guiado; porque el Espíritu de Dios *est unicus, et multiplex* (*Sap.* VII, 22), es uno y muchos: uno en la sustancia y fin principal que pretende; y vario en los medios y caminos que toma para que se alcance.

Estos caminos en general son dos: uno ordinario que abraza los modos de oracion de que hasta aquí hemos tratado. Otro extraordinario que abraza otros modos de oracion mas sobrenaturales y especiales [1], que llamamos oracion de quietud ó silencio; con suspensiones, éxtasis ó raptos, con figuras imaginarias de las verdades que se descubren, ó con sola la luz intelectual de ellas; con revelaciones y hablas interiores, y con otros innumerables modos que tiene Dios de comunicarse á las almas, de los cuales no se puede dar regla cierta, porque no tiene otra regla que el magisterio y direccion del soberano Maestro que los enseña á los que quiere y como quiere; porque tales modos de oracion no han de ser pretendidos ni procurados por nosotros, so pena de ser soberbios y presuntuosos, y por el mismo caso indignos de ellos; antes cuanto es de nuestra parte hemos de rehusarlos con humildad, por el peligro que hay de ser engañados de Satanás, transfigurado en ángel de luz. Pero cuando Dios los comunicare, hanse de recibir con humildad y agradecimiento, y con grande cautela y prudencia, siguiendo algunos avi-

[1] Vide D. Thom: 2, 2, q. 117, art. 1 ad 3, et art. 3; et q. 175, art. 1 et 2, ad 1 et 2.

sos que irémos dando en este libro, especialmente en la parte III, meditando el milagro en que Cristo fue tenido por fantasma. Y en la parte V, meditando las apariciones y revelaciones que Cristo nuestro Señor hizo á sus Apóstoles y discípulos; en donde pondrémos las señales y efectos que obra en el alma la visita de Dios y la venida del Espíritu Santo, y la alteza de vida á que levanta por medio de sus siete dones y de sus celestiales inspiraciones, que es lo que deberíamos todos desear y pretender.

Mas para que tengamos alguna luz de estos modos extraordinarios y maravillosos que tiene Dios de regalar las almas y comunicárseles en la oracion mental, apuntaré algunos en que tambien se tocan algunas cosas que pasan ordinariamente por todos y es bueno saberlas; y ayudarán para entender un modo de oracion ordinario, por aplicacion de los sentidos, de que despues hemos de tratar.

Para cuya declaracion advierto, que como el cuerpo tiene sus cinco sentidos exteriores, con que percibe las cosas visibles y deleitables de esta vida, y toma experiencia de ellas, así el espíritu con sus potencias de entendimiento y voluntad, tiene cinco actos interiores, proporcionados á estos sentidos, que llamamos ver, oir, oler, gustar y tocar espiritualmente; con los cuales percibe las cosas invisibles y deleitables de Dios, y toma experiencia de ellas. De donde nace la noticia ó conocimiento experimental de Dios que excede incomparablemente á todos los conocimientos que proceden de nuestros discursos; así como se conoce mucho mejor la dulzura de la miel (*Ex Casian. Collat.* XII, *c.* 13), gustando un poco de ella, que haciendo grandes discursos para conocerla (*Ex Gerson*, 3 *p.* Trac. de mystica Theologia, *c.* 2, de divinis nominibus); y así por estas experiencias se alcanza la teología mística, que es la sabiduría y ciencia sabrosa de Dios, al modo que dice san Dionisio del divino Hieroteo, que conocia las cosas divinas, no solo por la enseñanza de los Apóstoles, ni solo por su industria y discurso, sino por aficion y experiencia de ellas; la cual se ensalza por medio de estos cinco sentidos interiores, de los cuales hace mucha mencion la sagrada Escritura y los santos Padres, especialmente san Agustin (Lib. X Confes., et lib. de Spiritu et Anima, *c.* 9), san Gregorio, san Bernardo y otros, cuyos dichos largamente trae san Buenaventura en el Tratado de los siete caminos de la eternidad, en el camino sexto, de quien tomaré algo de lo que aquí dijere, presuponiendo que, como dice el glorioso san Bernardo (Lib. de dignit. et

natura amoris divini, *c.* VI, *et seqq.*; Serm. 21 in Cant.): *In huiusmodi non capit intelligentia, nisi quantum experientia attingit.* En muchas cosas de estas no alcanza la inteligencia mas de lo que percibe la experiencia; y por esto iré tambien apuntando cási la que tienen todos.

Primeramente, Dios nuestro Señor se comunica algunas veces por vista espiritual con sus ilustraciones, comunicando al entendimiento un modo de luz tan elevada, que por ella, como otro Moisés, mira y respeta al Invisible (*Hebr.* XI, 27), como si le viera; y aunque se queda con la virtud de la fe, mas queda tan ilustrada y perfeccionada cerca de sus misterios, que parece otra. Esta vista suele andar acompañada con un modo de alegría espiritual, que se llama júbilo, dando como saltos de placer y gozo por la novedad de las divinas grandezas que ha visto, conforme á aquello que está escrito en Job (*c.* XXXIII, 26): Hará oracion á Dios, y aplacarále, y verá su rostro con júbilo.

Á este modo de contemplacion ó vista interior nos convida el mismo Señor diciendo (*Psalm.* XLV, 11): Quietaos, y ved que yo soy Dios; que es decir: Cesad de pecados, y desocupaos de negocios terrenos, y atended con cuidado á la consideracion de mis obras, y vendréis á ver con grande luz que yo solo soy Dios, glorioso entre las gentes, y ensalzado en toda la tierra. Algo de esto comunica Nuestro Señor muy ordinariamente á sus siervos por unas ilustraciones repentinas, que á modo de relámpagos les descubren alguna verdad de nuestra santa fe (*Psalm.* CXII, 4, et XCVI, 9), con un modo muy diferente que antes la sentian; y aunque pasan presto, dejan el corazon muy encendido en varios afectos de amor de Dios ó dolor de pecados, segun lo pide la verdad que con aquella luz han visto. Con estas mismas ilustraciones toca tambien Dios nuestro Señor á los pecadores para convertirlos, descubriéndoles de repente la gravedad de sus pecados, el peligro de su condenacion, y otras semejantes verdades que les mueven y aficionan á mudar la vida, como dirémos largamente en la parte V, en la meditacion XXIX de la conversion de san Pablo.

El segundo modo de comunicarse Nuestro Señor es por el oido espiritual, hablando dentro del alma con sus inspiraciones unas palabras interiores, vivas y eficaces, y á veces tan distintas como las que se oyen con los oidos del cuerpo, con las cuales enseña alguna verdad, ó descubre su voluntad con tanta eficacia, que aficiona al cumplimiento de ella. Y á veces (*Cant.* V, 6), como dice de sí la Es-

posa, el alma se ablanda, enternece y derrite en amor de Dios; y la que tenia el corazon triste, desmayado, helado y duro para las cosas espirituales, con una de estas palabras interiores en un momento se pone alegre, confiada, encendida y blanda para lo que Dios quiere hacer de ella.

Y aunque estas palabras interiores suelen venir de un modo tan extraordinario, que solamente es conocido del que las oye; pero de otro modo ordinario pasan por todos, y se llaman inspiraciones; porque, como dice el glorioso doctor san Agustin (lib. de triplici habitaculo), la interior habla de Dios nuestro Señor es una secreta inspiracion, por la cual invisiblemente descubre al alma su voluntad ó su verdad. Con esta habla á los justos y á los pecadores, y mas á menudo á los muy espirituales, y los enseña, corrige, reprende ó exhorta, consuela y mueve á las obras de virtud y perfeccion. Y así David, como tan experimentado en sentir estas inspiraciones é impulsos divinos, decia: Oiré lo que hablará el Señor en mí (*Psalm.* LXXXIV, 9), deseando que Dios le hablase, y mostrándose aparejado para cumplir lo que le dijese.

Estos dos modos de oracion ó contemplacion, por vista y oido espiritual, tocó el santo Job cuando dijo á Dios (*c.* XLII, 5): Con el oido te oí, y ahora mi ojo te ve. En lo cual da á entender, como apunta san Gregorio (lib. XXXII Moral. *c.* 4), que es mas noble modo de conocer á Dios por la vista interior, que por el oido; porque el oido tiene mas de oscuridad con las tinieblas de la fe, y la vista mas claridad, mirando á Dios mas de cerca y como mas presente; aunque otras veces en la Escritura se declara la suprema contemplacion por modo de oido, como verémos en la introduccion de la parte III.

El tercer modo de comunicarse Dios interiormente es por el olfato espiritual, infundiendo en el alma un olor y fragancia de las cosas espirituales tan suave, que conforta el corazon, y le aviva para pretenderlas y buscarlas, corriendo, como se dice en el libro de los Cantares (*Cant.* I, 5), tras el olor de sus suavísimos ungüentos. Y el glorioso evangelista san Juan, como tan experimentado en este trato interior con Dios, solia decir: *Odor tuus, Domine, excitavit in nobis concupiscentias aeternas.* Tu olor, Señor, despertó en nosotros deseos y aficiones eternas. (*Ex D. Bonav.* sup. dist. 6). Olor llama un sentimiento muy espiritual de las cosas eternas, que no vemos y creemos, y esperamos alcanzar, del cual proceden fervorosos actos de esperanza con deseos encendidos de pretenderlas, y un aliento

y esfuerzo grande para poner los medios posibles por alcanzarlas con una grande alegría, que el apóstol san Pablo (*Rom.* XII, 12) llama gozo en la esperanza; porque como los perros por el olor siguen la caza con gran ligereza y gusto, y no paran hasta llegar al lugar donde está, y, si pueden, hacen presa en ella; así las almas que en la oracion reciben este sentimiento y olor de la divinidad de Dios nuestro Señor, y de su sacratísima humanidad, de su caridad y bondad, y las demás virtudes, corren con gran fervor y diligencia en la pretension de las cosas eternas que han olido, y no paran hasta poseerlas del modo que pueden en esta vida, con esperanza de poseerlas enteramente en la otra. De lo cual tenemos algun indicio en las personas á quien Dios llama para vida religiosa, y les da algun sentimiento y olor de la suavidad, seguridad y santidad que hallarán en ella, por lo cual atropellan mil dificultades, y no descansan hasta alcanzar lo que desean; y por esta misma causa, dice san Pablo (II *Cor.* II, 15), que los justos son buen olor de Cristo nuestro Señor, porque sus esclarecidos ejemplos nos confortan, y mueven á seguirlos, y á imitar á Cristo, de quien ellos principalmente proceden.

El cuarto modo de comunicarse Dios nuestro Señor es por el gusto espiritual, comunicando al alma tanto fervor y dulzura en las cosas del espíritu, que le parecen desabridas las de la carne; y como dice David (*Psalm.* LXXXIII, 3), la misma carne juntamente con el espíritu se alegra en Dios vivo y en todas sus cosas; y por la experiencia de esta dulzura y de sus maravillosos efectos viene á conocer la grandeza de Dios, la excelencia de su ley, de las virtudes y premios celestiales. Por lo cual dijo David (*Psalm.* XXXIII, 9): Gustad, y ved cuán suave es el Señor; que es decir, si gustais quién es Dios, y las obras que dentro de vosotros hace, por este gusto conoceréis cuán suave es, cuán bueno, cuán sábio, cuán poderoso, cuán liberal y misericordioso. Y de la misma manera podemos decir: Gustad, y ved cuán suave es su yugo y su ley; cuán suave es la obediencia y humildad; la paciencia, templanza, castidad y caridad, porque cada virtud tiene su propia dulzura. Por lo cual dijo el mismo David (*Psalm.* XXX, 20): ¡Oh Señor, cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen! Llámala grande y mucha, para significar que como en los manjares hay variedad de sabores, así tiene Dios en sus misterios y virtudes mucha variedad y grandeza de consuelos. Porque si el maná, siendo uno, tenia el sabor de todos los manjares, para regalar

con esta dulzura corporal á los justos (*Sap.* XVI), ¿qué mucho tenga Dios con eminencia la dulzura de todas las cosas para consolar á los que conversan con él por medio de la oracion? Y á unos la da meditando sus perfecciones, á otros meditando sus beneficios, y á otros meditando su santa ley; la cual, decia David (*Psalm.* XVIII, 11), que le sabia mas que la miel y el panal. Pero esta dulzura está reservada para los que temen á Dios y le reverencian, porque ellos solamente la gustan con mas abundancia; y aun despues de gustada no tienen, como dice Casiano (*Collat.* XII, *c.* 12), lengua para declararla, porque sobrepuja á todo lo que nuestro sentido alcanza. Verdad es que tambien da Dios parte de ella á los principiantes, y aun á los pecadores, para destetarlos de la leche de sus consuelos terrenos; pero muy mas copiosamente la da á los que por su amor se han mortificado en privarse de ellos.

El quinto modo de comunicarse Dios es por el tacto espiritual, tocando con sus inspiraciones amorosas lo mas íntimo del corazon, y juntándose el mismo Señor con el alma con tal blandura y aficion que no se puede explicar, si no es por las semejanzas de que hace mencion el libro de los Cantares, las cuales dejo porque nuestra grosería no se deslumbre con tanta ternura; pero todas van á parar en lo que dice el apóstol san Pablo (I *Cor.* VI, 17), que quien se junta con Dios se hace un espíritu con él; porque Dios interiormente le abraza con los brazos de su caridad, y le regala dándole interiores testimonios de su presencia, del amor que le tiene, y del cuidado que tiene de él, con grandes señales de paz y amistad muy familiar; y quien se siente así favorecido se abraza con el mismo Dios con los brazos del amor, diciendo lo que dice la Esposa (*Cant.* III, 4): Tenerle he, y no le dejaré. Aquí se ejercitan los coloquios tiernos, las peticiones con gemidos inenarrables, y los actos que llaman anagógicos, muy elevados en materia de espíritu, los cuales concede Nuestro Señor de su bella gracia á quien quiere; pero no se han de pretender, sino recibir cuando se dieren, como ya se ha dicho.

Estos son los modos extraordinarios de comunicarse Nuestro Señor por los sentidos interiores del alma. Á nuestra cuenta solo está, con la divina gracia, mortificar muy bien los cinco sentidos corporales, para que Dios nos abra estos espirituales; porque, como dice san Gregorio (lib. XXX Moral. ex D. Bonav. sup. dist. 4), si el sentido exterior se cierra, luego el sentido interior se abre. Y al contrario, dice san Agustin (lib. de Spiritu et Anima, c. 9), duerme el sentido interior, si se entrega á sus deleites el exterior. De-

más de esto podrémos usar otro modo mas fácil de aplicar los sentidos interiores del alma sobre los misterios de nuestra santa fe, cuya práctica se verá en la parte II en la meditacion XXVI, con el cual nos disponemos para que nuestro Señor, si fuere servido, nos comunique la parte que de lo dicho nos conviniere.

§ XII.

Del tiempo ordinario y extraordinario que se ha de dar á la oracion mental, y de las oraciones jaculatorias.

El tiempo que se ha de gastar en la oracion mental es de dos maneras: uno es ordinario para cada dia, mientras durare la vida y la salud; otro extraordinario, recogiéndose á ciertos tiempos por espacio de una semana, ó dos ó mas, gastándolas todas en estas meditaciones y ejercicios, lo cual se puede hacer por varios fines y varias ocasiones.

Lo primero, cuando uno está muy cargado de pecados, y desea hacer una verdadera confesion y perfecta conversion, es admirable medio retirarse ocho dias ó mas á un lugar recogido, gastando todo aquel tiempo en pensar sus pecados, y en las meditaciones que mueven á dolor de ellos, y á hacer una mudanza de vida muy perfecta.

Lo segundo, cuando una persona desea aprender esta ciencia mística del espíritu, y saber orar mentalmente, tratar con Dios, y ganar en esto algun uso y experiencia, es bien dedicar un mes ó mas á este ejercicio, hasta salir bien industriado; porque dado caso que el principal maestro de esta ciencia es Dios, pero tambien ayuda tener maestro visible que enderece, y tomar tiempo para aprender y practicar lo que enseñare.

La tercera ocasion es, cuando alguno desea tomar estado, y duda del que le conviene tomar para su salvacion y perfeccion, ó cuando desea comenzar alguna empresa grave del servicio de Dios, pero está dudoso de lo que Nuestro Señor quiere; ó si está cierto de ello, desea entrar con buen pié, y aparejarse con oracion, negociando el favor divino para tener buen suceso. En tales casos es muy conveniente tomar algun tiempo de recogimiento, así como Cristo nuestro Señor antes de comenzar á predicar se recogió cuarenta dias al desierto.

La cuarta ocasion es, cuando los que usan esta oracion mental se ven muy resfriados, distraidos y secos en ella, y juntamente se

hallan muy tibios en las cosas del divino servicio: en tales casos es medio muy eficaz para renovarse y entrar en fervor dedicar ocho dias á estas meditaciones, gastando en ellas la mayor parte del dia; y porque la tibieza cási ordinariamente se entra poco á poco por todos, es bien cada año recogerse ocho dias para esto.

Finalmente, aunque no haya tibieza alguna, es bien de cuando en cuando darse un hartazgo de Dios, para crecer en su amor, y aventajarse mas en su servicio, como lo acostumbraron muchos santos, los cuales por este camino llegaron á muy altos grados de santidad.

En cuanto al tiempo ordinario, no se puede dar regla general para todos, porque este tiempo se ha de medir con la salud y caudal, con el estado y oficio, y con las obligaciones y ocupaciones forzosas de cada uno. Pero atendiendo á todo esto, cuanto mas tiempo se pudiere dar á este ejercicio, sin faltar á las cosas sobredichas, será mejor. Ordinariamente convendria recogerse una hora por la mañana, ó á la noche; pues no sin causa Cristo nuestro Señor en la oracion retirada que hizo en el huerto de Gethsemaní gastó una hora, como se saca de la reprension que dió á san Pedro cuando le dijo (*Matth.* XXVI, 40): ¿No has podido velar una hora conmigo? Pero quien no pudiere por sus ocupaciones estar una hora, esté siquiera media; y si no pudiere ni aun media, gaste siquiera un cuarto de hora en la oracion mental, que llamamos exámen de conciencia, del modo que despues le pondrémos, y dé algun mas tiempo á la oracion los dias de fiesta, pues se instituyeron para vacar á Dios.

Cerca de este tiempo ordinario se ha de advertir mucho, que despues que uno tuviere señalado el que ha de gastar cada dia en la oracion, ora sea por regla de su estado, como le tienen algunos religiosos; ora por especial devocion y direccion de los Padres espirituales, ha de ser muy constante en gastar todo aquel tiempo enteramente en su santo ejercicio, sin dejar pasar ni un solo dia ni perder de la hora un solo credo, porque el demonio con gran solicitud inventa mil ocasiones, ya de achaques corporales, ya de cuidados y negocios con título de piedad, á fin de que interrumpamos la oracion; porque dejándola un dia por pereza ó por otro fin torcido, se viene á dejar despues otro y otro dia, y á veces para en dejarla del todo. Por lo cual dice san Crisóstomo (lib. I De orando Deo), que el justo ha de tener por cosa mas triste que la misma muerte ser privado de la oracion, á imitacion del santo profeta Daniel (*Dan.*, VI,

10), el cual tenia costumbre de orar tres veces al dia; y aunque el rey de Persia mandó que so pena de la vida ninguno por espacio de treinta dias orase á Dios, él no quiso dejar su acostumbrada oracion: *Ne tantillum quidem temporis sustinuit ab orando cessare.* Ni aun por un poquito de tiempo quiso cesar de orar, porque entendia que su vida espiritual estaba colgada de la oracion, y no queria por temor de la muerte del cuerpo poner á riesgo la vida del alma; la cual dice san Crisóstomo está como muerta cuando le falta la oracion, como el cuerpo queda muerto cuando le falta el alma. Y así como Daniel, aunque con ocasion de orar, se puso á peligro de muerte, porque fue echado en el lago de los leones; pero con efecto no murió, porque Dios le libró de aquel peligro cerrando las bocas de los leones, porque él abrió la suya para orar; así tambien podemos creer, que por cumplir la tarea de nuestra oracion, no perderémos vida ni contento, ni el buen despacho de otros negocios; antes por medio de la oracion nos disponemos para que Dios los tome á su cargo, y haga con su omnipotencia y sabiduría lo que nosotros no pudiéramos por nuestra flaqueza ó ignorancia; y si alguna vez por falta verdadera de salud, ó por causa legítima y urgente fuere forzoso interrumpir la oracion, pasado el impedimento hemos de volver luego á nuestro ejercicio, porque la interrupcion que comenzó por necesidad no prosiga por pereza.

Últimamente, para que ninguno se exima de este ejercicio tan soberano, añado que todos generalmente, así los que tienen tiempo señalado de oracion retirada, si quieren conservar su devocion, como los que no tienen este tiempo, para suplir esta falta deberian ejercitarse cada dia muchas veces en los actos de oracion mental ó vocal breves, que llamamos oraciones jaculatorias, de que hice mencion en el párrafo IX; en los cuales, como dice san Agustin (Epist. 121 ad Probam, *c.* 10; *Chrysost.* Homil. 79 ad Populum), se ejercitaban cada dia muchas veces los Padres del yermo, acordándose brevemente de Dios y de sus beneficios, ó de los propios pecados, y arrojando luego como dardo un fervoroso afecto al cielo, ó alguna peticion breve de alguna virtud, como seria, diciendo: ¡Oh Señor, quién nunca te hubiera ofendido! ¡Oh Dios mio, quién te amase! ¡Oh quién te obedeciese! Dame, Señor, limpieza de alma, humildad de corazon, pobreza de espíritu. Perdona, Redentor mio, mis pecados porque son muy graves.

Este modo de oraciones por ser breves son fáciles á todos y se pueden hacer con mas atencion y fervor, como lo advierte Casiano

(Lib. I De institutis, *c.* 10, et Collat. IX, *c.* 36); y por esta causa suelen ser muy eficaces para impetrar de Nuestro Señor lo que pedimos; porque, como dice san Basilio (In constitut. Monastic. *c.* 2), mas vale orar poco y bien con atencion, que orar mucho de otra manera; porque Dios no es vencido con la muchedumbre de oraciones, sino con el peso y fervor de ellas.

La brevedad de estas oraciones se ha de recompensar con la frecuencia, procurando por medio de ellas cumplir en alguna manera lo que Cristo nuestro Señor dijo (*Luc.* XVIII, 1): Conviene siempre orar y nunca faltar; esto es, no faltar ni en el tiempo señalado para la oracion, ni en el fervor de ella, ni en la confianza, ni en la frecuencia posible multiplicando estas oraciones jaculatorias; las cuales, como dice David (*Psalm.* LXXV, 11), son reliquias de los santos pensamientos que tuvimos por la mañana, haciéndonos fiesta y conservando la devocion todo el dia.

San Crisóstomo dice (Lib. I De orando Deo, *ad finem*), que por lo menos deberíamos ofrecer á Dios cada hora una de estas oraciones: *Ut orandi cursus cursum diei aequet*, para que el curso de la oracion iguale al curso del dia: de modo que, cuando el reloj da su hora, sirva de despertador para la oracion. Pero los fervorosos procuran mucha mayor frecuencia imitando á los santos monjes de Egipto, de quien dice Casiano (*lib.* III, *c.* 2, *et lib.* II, *c.* 11), que cuando trabajaban oraban tambien todo el dia: *Preces et orationes per singula momenta miscentes.* Mezclando con las obras de manos, oraciones y afectos por todos los momentos del dia; y por este atajo llegaban en breve á mucha santidad, y alcanzaban grandes merecimientos. Y no es mucho seamos muy codiciosos de este santo ejercicio, porque, como dice san Buenaventura (Opusc. de perfect. vitae, *c.* 5), en todo tiempo y en cada hora podémos ganar con la oracion cosa que vale mucho mas que todo el mundo. Y vese claramente ser así, porque si un hombre gastase todo el dia en hacer actos interiores de blasfemias, venganzas, odios de Dios, y propósitos de otros graves pecados, al fin del dia habria merecido terrible infierno. Luego si al contrario le gasta en actos interiores de esta oracion mental, frecuentando los buenos deseos y propósitos de agradar á Dios con peticiones de las virtudes, al fin del dia se hallará con increible ganancia de dones celestiales y del premio eterno; porque no es Dios menos liberal en premiar, que riguroso en castigar.

De estas oraciones jaculatorias pondrémos muchas en las medita-

ciones de este libro, especialmente en la parte III, ponderando las breves oraciones que hicieron á Cristo nuestro Señor algunos leprosos y ciegos, la Cananea, las hermanas de Lázaro, y otras semejantes.

§ XIII.

Algunas advertencias cerca de las meditaciones siguientes.

Para el buen uso de las meditaciones que se siguen, advierto que se pueden leer con varios fines, para los cuales tambien se han escrito.

El primer fin es, para ocupar un rato de tiempo en aquel nobilísimo y provechosísimo ejercicio que llamamos leccion espiritual; en la cual, como dicen los santos Padres (*Aug.* Serm. 22 ad fra.; *D. Isidor.* Lib. 3 De summo bono, *c.* 8; *D. Bern.* Serm. 20 ad sororem), Dios habla al corazon lo mismo que está en el libro, ilustrando el entendimiento con la luz de las verdades que allí están escritas, y encendiendo la voluntad con fuego de otros semejantes afectos. Y á esta causa en algunas meditaciones me alargo algo mezclando algunos avisos y reglas de perfeccion cerca de los vicios ó virtudes de que allí se trata, para que aprendan tambien la ciencia del espíritu los que las leyeren con este fin; los cuales han de leerlas con atencion y reposo, rumiando y ponderando lo que van leyendo, con sentimiento de ello: de modo que con la leccion junten algun modo de meditacion, suplicando primero á Nuestro Señor les dé luz, y les hable al corazon las palabras del libro, diciéndole aquello de Samuel (I *Reg.* III, 10): Habla, Señor, que tu siervo oye.

El segundo fin principal de leer estas meditaciones es, para recoger materia de oracion y contemplacion retirada y á sus solas con Nuestro Señor; porque, como dice san Bernardo (In scala claustralium, *c.* 10), la leccion dispone y ayuda para la meditacion, y sin ella, ó cosa equivalente, suele ser errada, vaga y distraida: y en tal caso solamente se han de leer los puntos que bastan para meditar en la hora señalada. Y porque á veces un punto es largo y abraza tres y cuatro consideraciones, cuyo número se apunta en el márgen, será bien repartir el tal punto en muchos, y recoger para la meditacion brevemente dos ó tres verdades de aquellas consideraciones para rumiarlas mas despacio; y si alguno quisiere recoger materia mas copiosa de meditacion, podrá de dos hacer una.

Pero hase de advertir, que aunque en ellas se pone la práctica de la oracion mental, ejercitando afectos, peticiones y coloquios, ninguno ha de ir atado á las palabras con que se dicen, sino él mismo las ha de inventar como se las dictare Nuestro Señor, y la luz de la verdad que considera, y el mismo sentimiento de devocion: la cual, como ya se ha dicho, es lengua del alma, y quien la tiene sabe muy bien hablar con Dios, y sin ella está como mudo, y entonces es bien aprovecharse de los coloquios que van aquí puestos, haciéndolos como propios.

El tercer fin de leer estas meditaciones puede ser para platicarlas á otros; porque á los maestros de espíritu y confesores pertenece dar semejantes puntos de meditacion á sus discípulos y penitentes, industriándolos en este modo de oracion cuando son capaces de ella; pero no han de darlas todas á todos, sino escoger las meditaciones, puntos y consideraciones que son mas acomodadas al estado y capacidad del que las recibe. Y además de esto, podrán tambien ayudarse de ellas para los sermones ó pláticas espirituales, que se suelen hacer en comun á los que viven en religion ó fuera de ella, con deseo de alcanzar la perfeccion propia de su estado.

Para todos estos fines he procurado que las meditaciones vayan fundadas y acompañadas con lugares de la divina Escritura, que se escribió para los mismos; y así van aquí declarados cási todos los cuatro Evangelistas, la mayor parte de los Actos de los Apóstoles, el principio del Génesis, y otros muchos lugares del Viejo y Nuevo Testamento. Y porque muchos de ellos pueden tener varios sentidos, he procurado escoger el mas recibido, segun la declaracion de los Santos de quien he sacado estas consideraciones, y tambien de lo que han experimentado otros varones espirituales á quien Nuestro Señor ha comunicado estos sentimientos.

De aquí es, que los que son amigos de variedad en estos ejercicios del espíritu hallarán en este libro varias meditaciones para diversos tiempos de Adviento, Cuaresma, domingos y fiestas principales del año, acomodándose en cada tiempo al espíritu que en él la Iglesia representa. Y porque muchos tienen devocion de tener meditaciones repartidas para los siete dias de la semana, tambien hallarán aquí variedad de ellas. Los que tratan de purificarse de vicios en la via purgativa, hallarán meditaciones de los siete pecados mortales, para cada dia la suya, y fácilmente pueden recoger otras de las siete cosas principales que hay en esta via; es á saber: meditacion de pecados, muerte, juicio particular, juicio universal, in-

fierno, purgatorio y gloria. Además, de siete insignes pecadores que convirtió Cristo nuestro Señor; es á saber: san Mateo, la Magdalena, la Samaritana, la Mujer adúltera, Zaqueo, el buen Ladron y Saulo.

Los que tratan de ganar virtudes en la via iluminativa hallarán meditaciones de las siete peticiones del *Pater noster,* de las ocho Bienaventuranzas, de las siete Estaciones en que se suma la pasion de Cristo nuestro Señor, de las siete palabras que habló en la cruz, y fácilmente pueden escoger siete parábolas ó siete milagros los mas insignes para los siete dias de la semana.

Los que tratan de union en la via unitiva, hallarán meditaciones de los siete atributos divinos en que principalmente se ceba esta union, es á saber, la bondad, caridad, misericordia, inmensidad, sabiduría, omnipotencia y providencia. Y si quieren meditar los beneficios divinos, hallarán meditaciones de las obras que hizo Dios los seis dias primeros del mundo y el descanso del dia séptimo. Además los siete premios de la gloria que Cristo nuestro Señor declaró en el sermon de las Bienaventuranzas, y los que prometió á los siete obispos del Apocalipsis. Y á este modo se hallarán varias meditaciones del Santísimo Sacramento y de la Vírgen nuestra Señora y para los quince misterios del Rosario. Todo lo cual se puede buscar fácilmente en las tablas que se pondrán al fin del libro.

Finalmente, cada parte de las seis que tiene este libro en que están varias meditaciones con varios modos de orar y contemplar, es como un convite de muchos y diversos manjares guisados de muchas maneras, los cuales se ponen en la mesa no para que cada convidado coma de todos, aunque los puede probar todos, sino para que coma principalmente del manjar que mas gusto le da, ó que es mas conforme á su complexion ó necesidad, dejando los demás para otros que hallarán gusto donde él no le halla, porque tienen otra complexion ó necesidad diferente de la suya; porque seria gran ignorancia en esta materia, querer llevar á todos por el modo de orar que á mí me da gusto, despreciando á los que van por otro. Y así cada uno guiándose parte por el consejo y direccion del maestro espiritual, parte por la experiencia de su consuelo y aprovechamiento, echará mano de las meditaciones y modos de orar que para este fin mas le hacen, aunque no es malo probar de todo (I *Thes.* v, 21), porque quizá Nuestro Señor me abrirá camino donde yo pensaba que le tenia muy cerrado.

De lo dicho concluyo que los que desean subir cada dia por la

escalera mística de Jacob (*Genes.* XXVIII, 12), que san Agustin llama escalera del paraíso, y san Bernardo escalera de religiosos, cuyos escalones son leccion, meditacion, oracion y contemplacion, hallarán en este libro materia y enseñanza para esta subida, confiando principalmente en la divina gracia, con cuyo favor todos podrémos subir y llegar á la union con el Señor, que está en su cumbre, convidándonos á subir por ella. Y para esto envia sus santos Ángeles, los cuales suben y bajan para bien nuestro: suben á presentar á Dios nuestros deseos y peticiones, y bajan con el buen despacho de ellas, y siempre nos animan á subir cada dia con grande perseverancia, hasta que entremos en el paraíso de nuestro Dios, donde le veamos y gocemos por todos los siglos de los siglos. Amen.

PARTE PRIMERA.

DE LAS MEDITACIONES DE LOS PECADOS

Y

POSTRIMERÍAS DEL HOMBRE,

CON LOS MODOS DE ORAR, PROPIOS DE LOS QUE CAMINAN POR LA VIA PURGATIVA, PARA PURIFICARSE DE SUS VICIOS.

INTRODUCCION.

DE LA PUREZA, QUE ES FIN DE LAS MEDITACIONES DE LA VIA PURGATIVA.

Entre las excelencias que tiene el uso frecuente de la meditacion y oracion mental, la primera, que abre camino para otras muchas, es purificar, como dice san Bernardo (Lib. I De consideratione, ad Eugen. *c.* 7), la misma fuente donde nace. Y porque nace de dos fuentes, una superior que es Dios con sus inspiraciones, y otra inferior que es el alma con sus potencias; su excelencia consiste en limpiar esta segunda fuente en virtud de la primera, purificando la memoria de olvidos culpables, el entendimiento de errores, la voluntad de torcidos quereres, los apetitos de sus pasiones desenfrenadas, los sentidos de sus demasías, la carne de sus regalos sensuales, y el alma de sus viciosas costumbres; por lo cual dijo el apóstol san Pedro (*Act.* xv, 9), que Dios purifica los corazones con la fe, no porque la fe sola baste para esto, sino porque la fe, avivada con la profunda consideracion de las verdades y misterios que revela, despierta los actos y afectos del alma que disponen con la divina gracia para la perfecta purificacion del corazon.

Y aunque esta excelencia se halla en todas las meditaciones de los misterios de nuestra santa fe; pero señaladamente resplandece en las

que pertenecen á la via purgativa, cuyo fin principal es mover la voluntad á los actos y ejercicios con que se alcanza la perfecta pureza, y se abren las zanjas para el edificio de las virtudes.

Estos se reducen á tres órdenes. El primero abraza los actos de conocimiento propio con desprecio de sí mismo, en que consiste la verdadera humildad, como dice san Bernardo (Tract. de decem grad. humilit.; Serm. 36 in Cant.). Y es de dos maneras: una es propia de justos que nunca pecaron, y procede del conocimiento de la nada que tenemos de nuestra cosecha, el cual se alcanza principalmente con las meditaciones que se pondrán en la parte VI. Otra es propia de los que han sido pecadores, y procede del conocimiento de los pecados y miserias en que hemos caido, y esta se alcanza con las meditaciones de esta parte I, cuyos actos son despreciarse á sí mismo, tenerse por digno de ser despreciado de todos, y cuanto es de su parte desearlo y procurarlo ejercitando algunas humillaciones, y aceptando las que le vinieren del modo que se irá practicando en las mismas meditaciones.

El segundo órden abraza los actos que disponen para nuestra justificacion, es á saber, temor de la divina justicia, esperanza en la divina misericordia, dolor perfecto de los pecados, riguroso exámen de la conciencia, confesion humilde y entera de mis culpas, satisfaccion con obras de penitencia para vengar en mí mismo las injurias que hice contra Dios, y otros semejantes.

El tercer órden abraza los actos que ayudan para quitar las raíces y reliquias de los pecados pasados, á fin de no volver mas á ellos, como son: la castigacion de la carne para sujetarla al espíritu, la mortificacion de los apetitos desenfrenados reduciéndolos al medio de la razon, abnegacion de la voluntad propia para que se conforme con la divina, aborrecimiento de sí mismo y de todas las cosas en que se ceba el amor propio, para que halle entrada dentro del corazon Dios nuestro Señor y su santo amor.

Estos son los pasos que se han de andar en la via purgativa para hacer una conversion muy perfecta, porque dado caso que, segun el consejo del Sábio (*Eccli.* XXXI, 27; XXXIII, 23), en todas nuestras obras hemos de ser diligentes y fervorosos, pero en ninguna más que en la obra de nuestra justificacion y los medios que se ordenan á ella, cumpliendo por lo menos lo que san Pablo nos encargó cuando dijo (*Rom.* VI, 19): Que empleásemos nuestras potencias en procurar la justicia y santidad con aquella diligencia que antes las empleamos en servir á la maldad. Y como dice san Agustin

(Praefat. in Psalm. XXXI): *Quales impetus habebas ad mundum, tales habeas ad Artificem mundi.* Procura tener tales ímpetus de amor al Artífice del mundo, como los tenias al mismo mundo, sirviendo al Criador con la aficion ferviente que solias servir á la criatura, llevando enteramente la imágen del Adan celestial, como llevaste la del Adan terreno. Y porque el santo Apóstol, como pondera san Gregorio (lib. XIX Moral. *c.* 10), dijo esto, condescendiendo con nuestra flaqueza, es razon que los fervorosos procuren ser mucho mas diligentes en lo bueno que antes eran en lo malo, cumpliendo lo que aconseja el profeta Baruch (*c.* IV, 28), cuando dice: Que nos convirtamos á Dios diez veces mas que nos apartamos de él. Así lo hicieron la gloriosa Magdalena, Zaqueo, Saulo y otros insignes penitentes, de cuyas conversiones maravillosas harémos especiales meditaciones en la parte III, en las cuales se podrán ejercitar los que hubieren pasado por las que aquí se pondrán, y aunque estas son mas propias de los que desean convertirse á Dios nuestro Señor fervorosamente, y de los principiantes en la virtud que pretenden purificarse de todas las reliquias y resabios de la vida vieja; mas como dice el Espíritu Santo (*Eccli.* V, 5; *Prov.* XXIV, 16), que ninguno pierda el temor del pecado perdonado, y que el justo cae siete veces al dia, razon es que tambien los justos de cuando en cuando renueven estas meditaciones para purificarse de los pecados presentes y asegurar mas el perdon de los pecados pasados, pues por esto nos dice el Eclesiástico (*c.* XVIII, 22), que no cesemos de orar ni de justificarnos hasta la muerte. Y Cristo nuestro Señor en el Apocalipsis (*c.* XXII, 11) dice que el justo se justifique mas, y el santo se santifique mas, creciendo cada dia en la pureza de la conciencia y en la santidad de la vida.

MEDITACION PRIMERA FUNDAMENTAL.

DEL FIN PARA QUE FUE CRIADO EL HOMBRE, Y LAS DEMÁS COSAS QUE LE SIRVEN.

—Esta primera meditacion es principio y fundamento de la vida espiritual; porque, como dice Casiano (*c.* 4 *et* 5), en su primera colacion del fin, ante todas cosas hemos de poner los ojos en el fin de nuestra vida y de nuestra profesion, así en el fin último que es el reino de los cielos, como en el fin y blanco mas cercano que es la

pureza del corazon, sin la cual no se alcanza este reino, porque el fin es regla de los medios, y conforme á él se han de regular y enderezar todas las obras de nuestra vida; y así en esta meditacion deben ejercitarse frecuentemente todos los que caminan por cualquiera de las tres vias arriba dichas, pues todas ellas van á parar á un mismo último fin. Y servirá tambien de ejemplo en que se vea puesto en práctica lo que queda dicho de la oracion mental.—

Habiendo, pues, hecho las tres cosas que dijimos en el párrafo V, antes de comenzar la meditacion para atar la imaginacion á un lugar, del modo que aquí se puede hacer, imaginaré á Dios nuestro Señor (*Apoc.* IV, 9; XXII, 13) sentado en un trono de infinita majestad, como un mar inmenso de donde salen los rios de las criaturas, volviéndose todas á él y trayéndolas él á sí como á su último fin y lugar de su perpétuo descanso. Luego humildemente le pediré lo que pretendo en esta meditacion, conviene á saber, luz celestial para conocer mi verdadero último fin, y enderezar segun él mi torcida vida, diciendo aquello de David (*Psalm.* XLII, 5): Envia, Señor, de lo alto tu luz y tu verdad, para que ellas me guien y me lleven á tu santo monte y á tus eternas moradas, pues me criaste para vivir en ellas. Hecho esto, comenzaré la meditacion en la forma que sigue.—

PUNTO PRIMERO.— 1. El primer punto será traer á la memoria el fin para que fue criado el hombre, que es para alabar, reverenciar y servir á su Dios, y por este camino salvar su alma, segun lo que san Pablo dijo á los romanos (*Rom.* VI, 22): Teneis por fruto la santificacion, y por fin la vida eterna, que es decir: El blanco y fin de vuestras obras en esta vida es servir á Dios con pureza y santidad (*Casian.* ubi supra); y el fin último á que se ordenan es alcanzar la vida eterna.—Sobre esta verdad ha de formar el entendimiento sus discursos para sacar á luz lo que está encerrado en ella, ponderando quién me crió y ordenó para este fin, y por qué causa: cuán soberano fin sea este, cuán mal le he pretendido en la vida pasada, cuán á peligro he estado de perderle, cuán graves daños se me seguirán si le pierdo, cuán grandes bienes si le alcanzo, y como es razon que de hoy mas le pretenda para alcanzarle. Con cada una de estas consideraciones moveré la voluntad á los afectos y actos que ella pide, de ésta manera:

Lo primero, tengo de ponderar como la infinita majestad de

[1] Ex P. Ign. in fundamento exercitiorum.

Dios, que no tiene necesidad de sus criaturas, no por mis merecimientos, sino por sola su bondad, me crió á su imágen y semejanza, no para que viviese á mis anchuras siguiendo mis antojos, ni para que buscase honras ó dignidades, riquezas ó regalos, ó alguna otra cosa criada, sino para que le reverenciase y alabase, para que le amase y obedeciese en esta vida mortal, y despues alcanzase la vida eterna. Y aunque bastara darme por fin el que mi naturaleza pedia, no se contentó Dios con esto, sino por sola su misericordia me ordenó y levantó á otro fin mas alto y soberano que es verle claramente y gozarle, y ser bienaventurado como lo son los Ángeles, y como lo es el mismo Dios, conforme á lo que dijo san Juan (*Ioan.* III, 2): Serémos en la gloria semejantes á Dios, porque le verémos como él es. ¡Oh caridad inmensa de nuestro soberano Dios! ¿Qué es esto, Señor, que haceis? ¿Á una criatura tan miserable como el gusanillo del hombre levantais á un fin tan alto, como es veros claramente en vuestra gloria? ¿Por ventura no estaba yo obligado á serviros de balde como esclavo? pues, ¿por qué me señalais tan esclarecido galardon? Bendita sea vuestra infinita misericordia, y os alaben los Ángeles por esta soberana merced. ¿Qué os daré yo, Señor, por tan grande beneficio? Yo me ofrezco de serviros toda mi vida de balde, sin pretender otro interés mas que serviros; porque servir á Dios es reinar. Y pues sois mi primer principio y último fin, dad luego principio á mi nueva vida, y ayudadme con vuestra gracia para que alcance el último fin de ella. Amen.

2. Despues ponderaré cuán mal he pretendido este fin en la vida pasada, viviendo como si fuera criado, no para servir á Dios, sino para servir á mis gustos, y buscar honras, regalos y riquezas, haciendo por esta causa innumerables pecados, como si el fin de mi vocacion hubiera sido, no la santidad (I *Thes.* IV, 7), sino la inmundicia; no la libertad de espíritu, sino la libertad de carne. ¡Oh miserable de mí, cuán ciego y errado he andado en lo que mas me importaba saber! ¡Oh cuán ingrato he sido á quien me crió para tan alto fin, y cuán mal he correspondido á quien tanto bien me hizo! ¡Oh Criador mio, quién nunca te hubiera ofendido! Perdona, Señor, mis yerros, por quien tú eres, y ayúdame á salir de ellos para que enderece lo restante de mi vida conforme al fin para que me la has dado.

3. Luego podré considerar los daños grandes que se me seguirán si pierdo este fin, pues no hay mayor pérdida que perder el alma, perder la divina gracia, perder la paz y alegría de la concien-

cia, y perder la bienaventuranza, con lo cual anda junta la eterna condenacion y la pérdida del mismo Dios. Pues, ¿qué me aprovechará ganar todo el mundo si pierdo mi alma y pierdo á Dios, en cuya comparacion el mundo es nada? (*Matth.* XVI, 26). Al contrario, si alcanzo este fin, alcanzo la posesion del mismo Dios, salvaré mi alma, tendré paz y alegría de corazon, seré amparado de la divina Providencia, hallaré quietud y descanso perpétuo como le hallan todas las cosas en su fin y centro. Pues siendo esto así, como es, anímate, ó alma mia, á buscar el fin para que Dios te crió, y pon en esto todos tus cuidados, pues no hay cosa que mas te importe. Conviértete á Dios que es tu descanso, porque fuera de él todo es tormento: si sirves á Dios, ¿qué mas quieres? Si tienes á Dios, ¿qué mas buscas? Si Dios es tu posesion, ¿qué te falta? Dale gusto en pretenderle, y confia de alcanzarle, porque ama á sus criaturas, y gusta de que alcancen el fin para que las crió. (*D. August.* Lib. I Confes. *c.* 1). Ó Dios infinito, centro de mi alma, conviérteme á tí para que descanse, pues me hiciste para tí, y mi corazon está inquieto hasta que llegue á tí. Ó Padre eterno, pues me criaste para que te amase como hijo, dame gracia, por quien tú eres, para que te ame como padre. Ó Hijo unigénito del Padre, y Redentor del mundo, pues me criaste y redimiste para que te obedeciese y te imitase, ayúdame para que siempre te obedezca y en todo te imite. Ó Espíritu santísimo, pues por tu bondad me criaste para que fuese santo, concédeme que lo sea para gloria tuya. Ó Ángeles del cielo, ó Santos bienaventurados que habeis alcanzado el fin para que fuísteis criados, suplicad á ese Señor de quien gozais, que yo tambien le alcance, subiendo á gozar de él en vuestra compañía por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. En concluyendo el primer punto, se ha de pasar al segundo, que es traer á la memoria el fin para que fueron criadas todas las demás cosas de la tierra, es á saber, para que ayuden al hombre á conseguir el fin último de su creacion, tomándolas por medio para servir á Dios nuestro Señor, y salvarse, segun lo que dijo el real profeta David de su pueblo: Dióle Dios las regiones de las gentes, y poseyeron las haciendas de los pueblos, para que guarden sus santos mandamientos y busquen su santa ley. (*Psalm.* CIV, 44).–Sobre esta verdad tengo de ponderar, lo primero, cuán liberal se ha mostrado Dios conmigo en criar tanta muchedumbre de criaturas tan bellas y maravillosas por mi respeto, y no solamente crió las necesarias para conservar mi vida, sino otras muchas para

mi regalo y entretenimiento, y para recreacion de mi vista, oido, olfato, gusto y tacto. Por lo cual tengo de darle muchísimas gracias, pues el bien que hizo á estas criaturas, mas le hizo á mí que á ellas, pues se lo hizo á ellas por mi respeto. Bendígante, Señor, todas estas criaturas tuyas, y mi alma te alabe y glorifique por todas ellas. Gracias te doy por el ser que das á los cielos y á los elementos, á los animales y á las plantas, y á los demás cuerpos de la tierra. Gracias te doy tambien por la hermosura de los colores, por la suavidad de los sonidos, por la apacibilidad de los olores, por la dulzura de los manjares, por la blandura de los vestidos y por todas las cosas que recrean mis cinco sentidos, pues las criaste para mí y para que te alabase y sirviese con ellas.

2. Luego ponderaré cuán bien cumplen las criaturas con el fin para que Dios las crió, sirviéndome y regalándome porque Dios se lo manda; y al contrario, cuán mal he cumplido y cumplo yo con mi fin, usando mal de ellas para ofender á Dios, poniendo en ellas mi último fin, como si fuera criado para gozar de ellas, haciendo fin de lo que era medio. Y si discurro por mis sentidos, hallaré que han estado amancebados con las criaturas, usando de ellas solo por su deleite y no para glorificar á Dios, que me las dió. Por lo cual justamente merecia que Nuestro Señor me las quitara, y que librara, como dijo por Oseas (*Osee,* II, 9), su trigo y vino, su lino y lana, de la servidumbre que tienen en mi poder, aprovechándome de ellas contra su inclinacion para ofender á su Criador. Ó Criador justísimo, ¡cómo no has hecho justicia del que tal agravio hizo á tus criaturas, usando de ellas contra tí! Ó alma mia, ¡cómo no te confundes de semejante alevosía! y cómo no te avergüenzas de tan gran vileza como has hecho, apocándote á poner tu último fin en cosa tan vil como es la criatura, con injuria del Criador! Ó Dios mio, ¡cuán ingrato he sido á tus soberanos beneficios; pues lo que me diste para servirte, lo convertí en ocasion de ofenderte! Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame para que de aquí adelante no use tan mal de lo que me diste para mi bien.

3. Tambien puedo considerar como estas criaturas fueron criadas, como dice la divina Escritura, para que por ellas conociese las perfecciones y excelencias del Criador, y le amase de todo mi corazon (*Sap.* XIII, 5; *Rom.* I, 20); y así puedo imaginar, que cada una me está dando voces y diciendo: Esta perfeccion que tengo, mejor está en Dios que en mí: él me la dió, conócele, ámale y usa de ella por su servicio, y con esta consideracion me provocaré á subir

de las criaturas visibles al Criador invisible, para unirme con él, como mi último fin.

PUNTO TERCERO. — 1. El tercer punto es una conclusion práctica sacada de lo dicho en los dos puntos precedentes; es á saber: El modo como tengo de usar de aquí adelante de las criaturas, y la indiferencia que ha de tener mi voluntad en el uso de ellas, no queriendo mas de lo que me ayudare para servir al Criador y alcanzar el fin para que fuí criado, procurando, cuanto es de mi parte, no querer mas riqueza, que pobreza; honra, que deshonra; salud, que enfermedad; vida larga, que corta; sino solamente lo que de esto mas conviniere para salvarme; pues en buena prudencia cae no tomar de los medios mas de lo que conviniere para alcanzar el fin, como de la medicina no se toma mas cantidad de la necesaria para la salud.

2. Con esta consideracion tengo tambien de entrar dentro de mi corazon y hacer anatomía de las inclinaciones y aficiones desordenadas que tiene á las riquezas, honras y regalos; á los padres, deudos y amigos, y á su propia salud y vida, procurando mover mi voluntad á que quiera mortificar la demasía en el amor de las criaturas, persuadiéndome á esto por la razon dicha y por otras que puedo adquirir con mi discurso, especialmente de la divina Providencia, la cual acude con mas cuidado á los que totalmente se resignan en las manos de Dios, arrojando en él, como dice san Pedro (I *Petr.* v, 7), todos sus cuidados por servirle con mayor perfeccion. Pues es certísimo que Cristo nuestro Señor cumplirá la palabra que nos dió cuando dijo (*Matth.* VI, 33): Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura, que fue decir: Buscad en primer lugar el reino de Dios, que es vuestro último fin, y su justicia, que son los medios para alcanzarle, y si esto hiciéreis, estad ciertos que la providencia de vuestro Padre celestial os proveerá de las cosas temporales necesarias para pasar la vida.

3. Y porque yo no puedo por mis fuerzas alcanzar esta resignacion, tengo de acudir al que me las puede dar, haciendo algun coloquio con Nuestro Señor y diciéndole muy de veras: Confieso, Dios mio, que mi corazon está muy pegado y asido á las criaturas con amor desordenado, y pues yo soy tan miserable y flaco, que puedo asirme á ellas, y no puedo desasirme, favorece con tu omnipotencia á mi flaqueza, destruyendo esta trabazon y arrancando de mí este desordenado amor, para que te ame y sirva con todo mi cora-

zon y con todas mis fuerzas, pues eres mi fin y mi descanso, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen. *La materia de estos tres puntos se tratará mas largamente en la parte VI.*

PUNTO CUARTO.—De los mismos principios se ha de sacar otra conclusion práctica, como fundamento de la via purgativa: conviene á saber, que tengo de aborrecer el pecado sobre todas las cosas aborrecibles del mundo, porque solo el pecado mortal es contrario á mi último fin, y por solo él se pierde. De suerte, que ni la pobreza, infamia, deshonra, dolor ó enfermedad, ni la vileza de linaje, ó rudeza de ingenio, ó falta de ciencias naturales, ni todas las demás miserias del mundo son contrarias derechamente á mi fin último, ni le perderé por ellas, sino solo por el pecado mortal; por el cual cuanto es de mi parte destruyo el verdadero último fin, que es Dios, negándole, como dice san Pablo (*Tit.* I, 16; *Philip.* III, 19), con las obras, y finjo otro último fin para mí mismo, que es la criatura, á la cual tomo por Dios. Y por esto dice el Apóstol (*Ephes.* V, 5), que los glotones tienen por Dios al vientre, y los soberbios á su gloria, y los avarientos hacen ídolo del dinero.

Esta verdad se ha de ir ponderando en las meditaciones siguientes, para movernos al aborrecimiento de tan gran mal como es el pecado, y á purificarnos de él con gran cuidado.

MEDITACION II.

DE LA GRAVEDAD DEL PECADO, POR EJEMPLOS DEL PECADO DE LOS ÁNGELES, DE ADAN Y OTROS PARTICULARES.

—El fin de esta meditacion es, conocer por ejemplos la gravedad del pecado para aborrecerle, y la terribilidad de la divina justicia en castigarle, para temerla y aplacarla con la penitencia, y la instabilidad del hombre en lo bueno para conocer su flaqueza y no fiarse de sí, sino humillarse delante de Dios; y todo esto se ha de pedir á Nuestro Señor á la entrada de la meditacion, suplicándole ilustre con su divina luz mi entendimiento para conocerlo, y mueva mi voluntad para sentirlo, con grandes afectos de contricion, y me ayude para que escarmiente en cabeza ajena, antes que el castigo venga por la propia.—Y para que esta meditacion y las siguientes hagan mayor impresion en el alma, he de formar primero con la imaginacion una figura de Jesucristo nuestro Señor, como juez sen-

tado en su tribunal á juicio, con un semblante severo, de cuyo trono sale un rio de fuego para abrasar los pecadores (*Dan.* VII, 10); y á mí mismo me imaginaré delante de él, como un reo muy culpado, atado con grillos y cadenas de innumerables pecados, temiendo y temblando, como quien merece ser condenado y abrasado con aquel terrible fuego. —

PUNTO PRIMERO. — 1. El primer punto es, traer á la memoria el pecado de los Ángeles, los cuales fueron criados de Dios en el cielo empíreo; llenos de sabiduría y gracia; pero usando mal de su libre albedrío, se ensoberbecieron contra su Criador, por lo cual fueron echados del cielo y arrojados en el infierno (*D. Thom.* 1 *p. q.* 63; *Isai.* XIV, 15; *Luc.* X, 18; II *Petr.* II, 4; *Apoc.* XIV, 8), perdiendo para siempre el fin y bienaventuranza para que fueron criados. – Sobre esta verdad, que la fe católica nos enseña, puedo discurrir ponderando tres cosas. La primera, cuán liberal fue Dios con los Ángeles, criándolos á su imágen y semejanza, y comunicándoles, sin sus merecimientos, muy esclarecidos dones de naturaleza y gracia. Por razon de los cuales podemos decir de todos lo que se dice de uno, que estaban adornados con nueve piedras muy preciosas (*Ezech.* XXVIII, 13); esto es, de nueve excelencias que Lucifer y los demás recibieron en su creacion, porque los hizo Dios puros espíritus, sin mezcla de cuerpo: inmortales, sin recelo de corrupcion: intelectuales, con gran delicadeza de ingenio: libres, sin que nadie pudiese forzar su voluntad: sábios, con plenitud de todas las ciencias naturales: poderosos, sobre todas las criaturas inferiores: santos, con los dones de la gracia, caridad y las demás virtudes: moradores del paraíso de los deleites, que es el cielo empíreo; y finalmente, capaces de ver á Dios claramente, con promesa de esta gloria si perseverasen en su servicio, lo cual pudieran hacer fácilmente y estaban obligados á ello, á ley de agradecidos, por estos nueve títulos.

2. Lo segundo, consideraré cuán ingratos fueron algunos de ellos contra Dios, envaneciéndose con estos dones y haciendo de ellos armas contra quien se los dió, no dándole la reverencia y obediencia que debian darle con humildad, empleando su libertad y fuerzas en ofender á quien por tantos títulos debieran servir. – Lo tercero, ponderaré cuán terrible se mostró Dios en castigarlos luego sin darles lugar de penitencia, privándolos por aquel solo pecado de los dones de gracia que les habia dado, y arrojándoles como rayos desde el cielo á los fuegos eternos del infierno (*Luc.* X, 18).

sin tener respeto, ni á la hermosura de su naturaleza, ni á la grandeza de su estado, ni á que eran criaturas suyas hechas á su imágen y semejanza, ni á que eran muy sábios, ni á que habian sido sus amigos; porque un solo pecado mortal basta para oscurecer todo esto, y es digno de tan terrible castigo. Lo cual, dice san Pedro (II *Petr.* II, 4), permitió y ordenó la divina justicia para nuestro ejemplo; porque si no perdonó á los Ángeles que pecaron, sino atados con las maromas de su pecado dió con ellos en el infierno, para ser allí atormentados, con ser tan nobles; ¿cuánto menos dejará de castigar á los hombres obstinados en su culpa, siendo tan viles? Y si los Ángeles, *Fortitudine et virtute maiores non portant adversum se execrabile iudicium,* con ser mayores que los hombres en la fortaleza y sufrimiento, no pueden sufrir el espantable juicio y castigo que en ellos se hace, llevándole con grande impaciencia y rabia; ¿cuánto menos podrán sufrirle los miserables y flacos hombres? ¡Oh cuán horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo (*Hebr.* x, 31); manos tan pesadas que ni los Ángeles pueden sufrirlas!

3. Estas tres cosas tengo de aplicar á mí mismo, ponderando cuán liberal ha sido Dios para conmigo, haciéndome innumerables beneficios; y yo cuán ingrato he sido con él, cometiendo innumerables pecados; y cuán merecido tengo que Dios me castigue como á los Ángeles y aun mucho mas, porque el pecado de aquellos fue uno, los mios muchos: el de aquellos fue pecado de solo pensamiento en materia de soberbia, los mios son de pensamientos, palabra y obra, en materia de soberbia y de lujuria, de ira y de otros vicios: el de aquellos no fue injurioso á la sangre de Jesucristo, porque no se derramó por ellos, los mios son injuriosos contra esta sangre del Hijo de Dios, que se derramó por mí en la cruz. Pues siendo esto así, ¿cuán justo fuera que Dios me hubiera hundido en los infiernos en compañía de los demonios, haciéndome participante de sus penas, pues yo quise serlo de sus culpas? Ó Dios de las venganzas, ¿cómo no te has vengado de un hombre tan malo como yo? ¿Cómo me has sufrido tanto tiempo? ¿Quién ha detenido el rigor de tu justicia, para que no castigase al que merecia terrible castigo? Ó alma mia, ¿cómo no temes y tiemblas considerando el espantoso juicio de Dios contra sus Ángeles? Si con tanta severidad castigó á criaturas tan nobles, ¿cómo no temerá semejante castigo una criatura tan vil y miserable como tú? Ó Criador poderosísimo, pues te has mostrado conmigo, no Dios de las venganzas, sino padre de misericordias,

ten misericordia de mí, perdonando mis pecados y librándome del infierno que tengo merecido por ellos.

PUNTO SEGUNDO.— 1. El segundo punto será, traer á la memoria el pecado de los primeros padres Adan y Eva (*Genesis*, III, 6; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 163 *et* 164); los cuales habiendo sido criados en el paraíso y en justicia original, quebrantaron el mandamiento de Dios comiendo la fruta del árbol que les habia prohibido so pena de muerte, por lo cual fueron echados del paraíso, é incurrieron en la sentencia de muerte, y en otras innumerables miserias, así ellos como sus descendientes.—Sobre esta verdad de la fe puedo discurrir, como sobre la pasada, considerando: Lo primero, cuán liberal fue Dios con nuestros primeros padres, criándolos por sola su bondad á su imágen y semejanza, y poniéndoles en un paraíso de deleites, dándoles su gracia y la justicia original, sujetando sus apetitos á la razon, y la carne al espíritu, librándolos de la mortalidad y penalidades á que segun su naturaleza estaban sujetos, y concediéndoles una vida dichosa y descansada: y todo este bien les hizo de pura gracia y misericordia, concediéndosele no solamente para sí mismos, sino para sus sucesores si perseverasen en su servicio. —Lo segundo, tengo de ponderar cuán ingratos fueron contra Dios y el motivo que tuvieron para ello; porque acudiendo la serpiente á tentar á Eva, y prometiéndola engañosamente que si comia de la fruta vedada no moriria, antes seria como Dios, teniendo ciencia del bien y del mal; ella se dejó engañar y comió la fruta, convidó con ella á Adan, el cual, por darla gusto, la comió tambien, atropellando el gusto de Dios por el de su mujer, sin hacer caso, ni de los beneficios que Dios le habia hecho, ni de los castigos con que le habia amenazado.

2. Luego ponderaré cuán terrible se mostró Dios en castigarlos, echándolos del paraíso, privándolos para siempre de la justicia original, sujetándolos á la muerte y á todas las miserias del cuerpo corruptible, en las cuales incurrimos todos sus hijos, porque todos pecamos en él y por su causa nacemos hijos de ira (*Rom.* V, 12; *Ephes.* II, 3) y enemigos de Dios y condenados á la misma muerte. Y lo que mayor grima pone es, que de este pecado original, que de él heredamos, proceden como de raíz los innumerables pecados que hay en el mundo, y las avenidas de miserias que le anegan. Por donde echaré de ver cuán terrible, espantoso y horrendo mal es el pecado mortal, pues uno solo priva de tantos bienes, acarrea tantos males y provoca tanto la ira de Dios, con ser mas inclinado á mise-

ricordia que á rigor de justicia. ¡Quién no temerá, ó Rey de las gentes! (*Ierem.* x, 7). ¡Quién no aborrecerá mal tan grande, como es tu ofensa! ¡Oh alma mia, si conocieses lo que haces cuando pecas como Adan, sin duda temblarias de la carga que echas sobre tí! ¡Oh pecado, cuán pesado eres para mí! (*Psalm.* XXXVII, 5). Tú me quitas la gracia, me robas las virtudes, me echas del paraíso, me condenas á muerte eterna, me sujetas á la muerte temporal, quitas la vida á mis hijos, que son mis obras, privándolas del merecimiento de la gloria, turbas el reino de mi alma, y le llenas de innumerables miserias. ¡Oh Dios mio, líbrame de mal tan grande! ¡Oh alma mia! huye del pecado, como dice el Sábio (*Eccli.* XXI, 2), mas que de las culebras y serpientes, pues uno solo es mas cruel y venenoso que todas ellas.

3. Demás de esto, tengo de hacer comparacion de mi pecado al de Adan, como en el punto precedente; porque yo miserable, siendo tentado del demonio, me dejé engañar de él, no una sino muchas veces: mi carne ha sido la Eva que me ha provocado á pecar, y mi espíritu, afeminado como Adan, por darla gusto, ha disgustado mil veces á Dios, quebrantando sus mandamientos, y ha llegado á tanto mi soberbia é ingratitud, que muchas veces he deseado ser como Dios, usurpando para mí lo que es propio de su deidad. Pues si tales castigos hizo Dios en mis primeros padres por un pecado de desobediencia y soberbia, fundado no mas que en comer una manza contra el precepto de Dios; ¿cuán graves castigos he merecido yo por tantas desobediencias y soberbias, y por tan innumerables culpas que he cometido contra él? ¡Oh cuán justo fuera, que al primer pecado me tragara la muerte, ó llovieran sobre mí todas las miserias del mundo!

4. Últimamente ponderaré cuán larga penitencia hicieron Adan y Eva por esta culpa, y cuán amargo fue aquel bocado para ellos y cuán caro les costó; pues habiendo vivido Adan mas de novecientos años, todos los gastó en llorar, gemir y padecer mil infortunios que el estado de su corrupcion traia consigo; pero al fin, como dice la divina Sabiduría (*Sap.* x, 2), por la penitencia alcanzó perdon. Y con este ejemplo me tengo de animar á gemir mis miserias y hacer penitencia de mis culpas, para que Dios me libre de ellas, imitando en la penitencia al que imité en la culpa, y suplicando á Nuestro Señor que me castigue cuanto quisiere en esta vida, con tal que me perdone y me libre de los tormentos de la otra.

Punto tercero. — 1. El tercer punto será, traer á la memoria

algun pecado mortal, como es perjurio, carnalidad ú otro semejante, por el cual están muchas almas ardiendo en el infierno y muy justamente, por haber injuriado á la majestad infinita de Dios. Tengo, pues, de bajar con la consideracion al infierno, que está lleno de almas, entre las cuales hallaré muchas que están allí ardiendo por un solo pecado; unas por un perjurio, otras por un pensamiento deshonesto consentido, y otras por otro de palabra ó de obra; y luego consideraré como todos estos condenados eran hombres como yo, y muchos de ellos cristianos como yo, y gozaron de los mismos Sacramentos y sacrificios, y de los sermones y libros sagrados de que yo gozo, y quizá en algun tiempo fueron santos y privaron mucho con Dios. Pero descuidáronse poco á poco y vinieron á caer en aquel pecado mortal, y por justos juicios de Dios les cogió la muerte en él, y fueron condenados por él justísimamente; porque, como dice Santiago apóstol (*c.* II, 10), quien cae en un solo pecado, quebrantando un mandamiento, es deudor de todas las penas eternas en su especie, como quien quebranta muchos, porque ofende á Dios de infinita majestad, que los mandó guardar todos.

2. Luego tengo de hacer comparacion de este pecado á los muchos mios, ponderando con cuánta mas razon merecia yo estar en el infierno, como están aquellas almas, por haber ofendido á Dios en aquel pecado una y muchas veces, y en otros géneros de pecados sin cuento. ¡Oh cuán justamente tenia merecido que la muerte me cogiera en cometiendo la primera culpa, sin que me diera Dios lugar para hacer penitencia de ella! ¿Qué os movió, Dios mio, á esperarme mas que á estos? ¿Y por qué no me arrojásteis en los infiernos, como á ellos? Confieso que merecia estar en su compañía; mas pues vuestra Majestad me ha esperado con tanta misericordia, yo propongo de hacer con vuestra gracia muy entera y verdadera penitencia.

3. Tambien puedo ponderar, como no es menor merced de Dios haberme preservado del infierno, deteniéndome que no bajase á los tormentos eternos, que si despues de bajado me sacara de ellos. Por lo cual puedo decir aquello de David (*Psalm.* LXXXV, 13): Te alabaré, Señor Dios mio, con todo mi corazon, glorificaré tu nombre para siempre, porque tu misericordia ha sido muy grande para conmigo, librando mi alma del infierno mas profundo. Y para saber estimar esta merced y corresponder á ella, como debo, tengo de hablar conmigo mismo, diciéndome: Si Dios sacase del infierno una de estas almas y la diese lugar de penitencia, ¡cuán rigurosa peni-

tencia haria! ¡Qué agradecida estaria á Dios y con qué fervor le serviria! Pues esto mismo has tú de hacer, atento que te ha hecho Dios tan singular merced, como es librarte del peligro antes de caer en él.

PUNTO CUARTO. — *De la gravedad de nuestras culpas, por las penas que Cristo nuestro Señor padeció por ellas.* — 1. El cuarto punto será juntamente materia de un dulce coloquio y de una devotísima consideracion para conocer la gravedad del pecado y la terribilidad de la divina justicia, por otro ejemplo bien diferente de los pasados; pero no menos eficaz que ellos, esto es, por los castigos que la divina justicia hizo en Jesucristo Señor nuestro, no por sus pecados, sino por los mios y por los de todo el mundo, para que yo entienda cómo castigará al hombre cargado de culpas propias, quien así castigó al que se cargó de las ajenas. Y cómo será castigado el esclavo culpado, pues tan terriblemente lo es el hijo inocente. Acordándome de aquella temerosa sentencia que dijo el Redentor á las hijas de Jerusalen (*Luc.* XXIII, 31): Si esto hacen en el árbol verde, ¿qué harán en el seco? Que fue decirme: Si con tanto rigor soy tratado yo, siendo árbol verde y lleno de fruta, ¿con qué rigor serás tratado tú, que eres árbol seco y sin fruto alguno?

2. Tengo, pues, de poner delante de mis ojos á Jesucristo crucificado, mirando su cabeza espinada, su rostro escupido, sus ojos oscurecidos, sus brazos descoyuntados, su lengua aheleada con hiel y vinagre, sus manos y piés agujereados con clavos, sus espaldas rasgadas con azotes y su costado abierto con una lanza, y ponderando como padece todo esto por mis pecados, sacaré varios afectos de lo íntimo de mi corazon, ya temblando del rigor de la justicia de Dios, que desenvainó su espada, como dijo el profeta Zacarías (*Zach.* XIII, 7), contra el varon que estaba unido con él en persona, ya llorando mis pecados que fueron causa de estos dolores, ya animándome á padecer algo en satisfaccion de mis culpas, pues tanto padeció Cristo Señor nuestro para pagarlas. Y finalmente le pediré perdon de ellas alegándole por título todos sus trabajos, con un amoroso coloquio, diciéndole: Ó dulcísimo Redentor, que bajásteis del cielo y subísteis á esa cruz para redimir los hombres pagando sus pecados con vuestros dolores, yo me presento delante de vuestra Majestad, lastimado por haber sido causa de vuestras terribles penas con mis graves culpas. En mí, Señor, estuvieran bien empleados esos castigos, pues yo soy el que pequé, no en Vos que nunca pecásteis. El amor que os movió á poneros en la cruz por mí

os mueva á perdonarme lo que hice contra Vos: por vuestras espinas os pido saqueis de mi alma las espinas de mis pecados: por vuestros azotes, perdonad mis hurtos: por vuestra hiel y vinagre, perdonad mis gulas: por los clavos de vuestras manos, perdonad mis málas obras, y por los de los piés, perdonad mis malos pasos. Ó Padre eterno, mirad el rostro de vuestro Hijo (*Psalm.* LXXXIII, 10), y pues ya castigásteis en él mis pecados, apláquese vuestra ira con estos castigos, y usad conmigo de vuestras misericordias (*Mich.* VII, 19), arrojando en el profundo del mar todas mis maldades, en virtud de la sangre que derramó por ellas. Amen. *Este punto se proseguirá largamente en toda la parte IV.*

MEDITACION III.

DE LA MUCHEDUMBRE DE LOS PECADOS, Y DE SU GRAVEDAD POR SER MUCHOS Y CONTRARIOS Á LA RAZON.

PUNTO PRIMERO.— 1. El primer punto es, traer á la memoria la muchedumbre de pecados que he cometido en toda la vida pasada; para lo cual tengo de discurrir todas las edades de ella, y por todos los lugares donde he vivido, y por los oficios y ocupaciones que he tenido, mirando lo que he faltado en cada uno de los siete pecados que comunmente llaman mortales, y en cada uno de los mandamientos de la ley de Dios y de su Iglesia, y en cada una de las leyes y reglas de mi estado y oficio. Para lo cual ayudará saber los modos de pecados que se pueden hacer en estas materias, como se pondrán en los primeros puntos de la meditacion XVIII y de las nueve siguientes; y esta memoria de los pecados no ha de ser seca, sino llorosa, llena de confusion y vergüenza, como la de aquel santo rey que decia (*Isai.* XXXVIII, 15): Pensaré delante de tí todos los años de mi vida con amargura de ánima.

2. En habiendo traido á la memoria estos pecados, haré de ellos en la oracion una humilde confesion delante de Dios, acusándome como Daniel de todos ellos (*Dan.* IX, 5), siquiera de los mas principales, hiriendo como el publicano mis pechos, diciendo: Acúsome, Señor, que pequé delante de tí en la soberbia, presumiendo de mí vanamente, hablando palabras jactanciosas, despreciando á mis prójimos, rebelándome contra tí, etc. Y á este modo proseguiré la acusacion en todos los siete pecados mortales, ó por los diez mandamientos.

3. Despues que hubiere confesado los pecados que conozco, tengo de creer que hay otros muchos que no conozco, á los cuales llama David pecados ocultos (*Psalm.* XVIII, 13); pero no son ocultos á Dios, que me ha de juzgar y castigar por ellos, y esto me ha de tener cuidadoso y afligido. Estos pecados me son ocultos por una de tres causas, ó porque me olvidé ya de ellos, ó porque eran muy sutiles, como soberbias interiores, juicios temerarios, siniestras intenciones, negligencias y omisiones, ó porque los hice con alguna ignorancia y error, ó por ilusion del demonio, pensando que hacia servicio á Dios; y juntando los pecados que conozco con los que no conozco, puedo creer que hacen una muchedumbre innumerable, y que son mas que los cabellos de la cabeza, como dijo David, y mas que las arenas de la mar, como dijo el rey Manasés (*Psalm.* XXXIX, 13. In oratione eius). De donde sacaré grande admiracion de la paciencia que ha tenido Dios en sufrirme; porque una injuria, ó dos, quien quiera las sufre; pero tantas y tan repetidas, y tan varias, y con tanta protervia, ¿quién las puede sufrir sino Dios? Verdaderamente, Dios mio, menester ha sido paciencia infinita como la vuestra para sufrir una infinidad de injurias como la mia; pero pues no os habeis cansado de sufrirme, tened por bien de perdonarme.

PUNTO SEGUNDO. — 1. De aquí subiré á considerar la gravedad de estos pecados, por su muchedumbre, aprovechándome de algunas semejanzas de que usa la divina Escritura. (*Matth.* XVIII, 6). Porque si el pecado es como una rueda de molino, ó de atahona puesta al cuello, con la cual es arrojado el hombre en el abismo infernal; siendo mis pecados tantos como las arenas del mar y cabellos de la cabeza, ¿qué carga tan inmensa será la suya? ¿Con qué ímpetu tan furioso caeré con ellos en el profundo del infierno? (*Apoc.* XVIII, 21). ¿Quién me podrá tener, si Dios no me tiene? ¿Y qué son tantos pecados, sino una cadena de hierro de innumerables eslabones, con que estoy atado y encadenado; la cual es tan larga, que llega al infierno (*Isai.* LVIII, 9), y de ella está tirando Satanás para llevarme consigo? Y si los pecados de los Ángeles, como dice san Pedro (II *Petr.* II, 4), fueron maromas que tiraron de ellos, y los arrancaron del cielo para el abismo del infierno, ¿cuánto mas fuertes maromas serán los mios, siendo tejidas de tan innumerables ramales?

2. Está asimismo mi alma cercada de esta muchedumbre (*Psalm.* XXI, 13), como de un ejército de perros, leones, toros y serpientes

y otras fieras que la espantan con sus bramidos y la despedazan con sus bocas y la desgarran con sus uñas, y como abejas la punzan y como gusanos la muerden y roen la conciencia.—Yo, finalmente, soy aquel siervo malo (*Matth.* xviii, 24), que debe á su señor diez mil talentos; es tan grave la deuda, que aunque le vendan cuanto tiene y á su mujer y á él mismo, no bastará para pagar la mínima parte de ella. Pues ¿qué haces, ó alma mia, con tanta carga de pecados? Si este ejército de fieras hizo á Cristo sudar sangre de congoja, ¿cómo tú no lloras lágrimas de sangre, de dolor y pena? ¡Oh Salvador misericordiosísimo! por el dolor y sentimiento que tuvísteis de mis culpas en el huerto de Gethsemaní, os suplico me ayudeis á sentirlas de modo que quede libre de ellas.

3. Á esto tengo de añadir otra circunstancia que agrava mucho mis pecados, que es la reincidencia en unos mismos, despues que Dios me los ha perdonado una vez y muchas; andando como en porfía con Dios, yo á pecar y él á perdonarme, y yo tornar de nuevo á pecar, como si no me hubiera perdonado, imitando, como dice el apóstol san Pedro (II *Petr,* ii, 22), al perro que come lo que vomitó, y al puerco que se torna á revolcar en el cieno de que se lavó. Por lo cual merecia que Dios me vomitara de sí para siempre y me sumiera en el lodazal del infierno, dejándome atado de piés y manos en poder de los verdugos infernales, como lo hizo con el siervo desagradecido que le debia diez mil talentos, y despues de perdonado le tornó á ofender. Pero con todo esto, fiado en la infinita paciencia y misericordia de Dios, tengo otra vez de volverme á él de veras, y postrado á sus piés decirle: Señor, ten paciencia conmigo, y yo con tu ayuda te pagaré toda la deuda de mis pecados; y si esta vez me perdonas, no volveré mas á ellos.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar la fealdad y vileza de estos pecados, en cuanto contrarios á la razon natural, aunque no hubiera infierno para ellos; porque siendo el hombre criado á semejanza de Dios, con el pecado se convierte en bestia (*Psalm.* xlviii, 13), y con su muchedumbre engendra dentro de sí costumbres bestiales y hábitos viciosos. Los apetitos prevalecen contra la razon y la carne contra el espíritu, y la esclava manda al que por derecho es señor, y el miserable espíritu es esclavo de su carne y de sus apetitos, y de otras muchas criaturas, con gran vileza; porque como dijo Cristo nuestro Señor, quien hace el pecado, siervo es del pecado (*Ioan.* viii, 34); y el que es vencido, dice san Pedro (II *Petr.* ii, 19), siervo es del que le vence, y como esclavo está su-

jeto al vencedor. Si soy ambicioso, soy esclavo de la honra y de todos los que me la pueden dar ó quitar. Si soy avariento, soy esclavo de la hacienda. Si gloton, soy esclavo del regalo. Si lujurioso, soy esclavo de la sensualidad y de las personas que me tienen robado el corazon y libertad : pues ¿qué mayor vileza puede ser que esta? ¿Qué esclavonía mas pesada que la del pecado, frecuentado por costumbre viciosa? Esto me ha de mover á grande aborrecimiento de mis pecados, y á echar de mí esta servidumbre, y restituir mi espíritu á su libertad, reduciéndome al servicio de mi Criador (I *Petr*. I, 19) y Redentor, á quien tengo de pedir, que pues me compró con su sangre (I *Cor*. VII, 23) para librarme de la esclavonía del pecado, y para que con este nuevo título fuese esclavo suyo, no permita que sea mas esclavo de mi carne, ni de mis vicios, ni del demonio, enemigo suyo.

MEDITACION IV.

DE LA GRAVEDAD DEL PECADO, POR LA VILEZA DEL HOMBRE QUE OFENDE Á DIOS, Y POR LA NADA QUE TIENE DE SU COSECHA.

—El fin de esta meditacion es conocer la gravedad que tiene la injuria de Dios, por ser tan vil el que le ofende : pues cuanto mas vil es el ofensor, tanto es mayor su atrevimiento y desvergüenza en ofender al supremo Emperador de cielos y tierra.—

PUNTO PRIMERO. — Lo primero, he de considerar lo que soy cuanto al cuerpo, ponderando como mi orígen es lodo y mi fin es polvo (*Genes*. III, 19), mi carne es flor (*Isai*. XL, 6; *Iacob*. IV, 15) y heno que presto se marchita, y mi vida es un soplo y vapor que presto se pasa; y con ser tan breve, está llena, como dice Job (*c*. XIV, 1), de muchas miserias y necesidades, de hambre, frio, dolor, enfermedades, pobrezas y peligros de muerte, sin tener seguro un solo dia de vida, ni de descanso, ni de salud; de tal manera, que no es posible librarme de estas miserias por mis fuerzas, si no es que Dios nuestro Señor con su proteccion y providencia me ampare y libre de ellas. Pues ¿qué mayor locura puede ser, que un hombre tan necesitado y miserable se atreva á ofender á su único remediador y protector? ¿Y qué desvarío puede ser mayor, que siendo la carne polvo y ceniza y un muladar hediondo y un enjambre de gusanos y la misma podredumbre, presuma injuriar al supremo Espíritu de inmensa majestad, ante quien tiemblan las Potestades y los

demás espíritus bienaventurados? Ó tierra y ceniza (*Eccli.* x, 9), ¿cómo te ensoberbeces contra Dios? Ó vaso de barro (*Isai.* XLV, 9), ¿cómo contradices á tu Hacedor? Ó carne miserable, si tanto temes al hombre que te puede quitar la vida temporal, sin hacerte otro mayor daño, ¿cómo no tiemblas de Dios que tambien te puede quitar la vida eterna y echarte en el fuego del infierno? Vuelve sobre tí, y siquiera por tu propio interés cesa de ofender al que de tantos males te puede librar. Con estas consideraciones tengo de confundirme grandemente y espantarme de mí mismo, que á tal locura he venido y en tal atrevimiento he dado; y suplicar á Jesucristo nuestro Señor, que por su carne santísima perdone los atrevimientos de la mia y la ponga en razon de aquí en adelante.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, consideraré lo que soy cuanto al alma, ponderando como he sido criado de nada (*Psalm.* XXXVIII, 6), y de mi cosecha soy nada, nada valgo, nada puedo, nada merezco, y luego me convertiria en nada, si Dios continuamente no me conservase; ni podria hacer cosa alguna, si Dios continuamente no me ayudase. (*Ioan.* XV, 5). Demás de esto, he sido concebido en pecado y con inclinacion á pecar. Por el desórden de mis apetitos y pasiones vivo sujeto á infinitas miserias de ignorancias y errores, rodeado de innumerables tentaciones dentro de mí y fuera de mí, por enemigos visibles é invisibles que de todas partes me cercan; y por la flaqueza de mi libre albedrío he consentido y consiento en ellos, cometiendo muchos pecados, por los cuales vengo á ser menos que nada; porque menos mal es no ser que pecar, y mejor me seria no haber sido (*Matth.* XXVI, 24) que ser condenado.

2. Y si es esto lo que soy, muy peor es lo que puedo ser por mi grande mutabilidad y flaqueza, porque por el hilo puedo sacar el ovillo, y por los movimientos interiores que siento á innumerables pecados de infidelidades, blasfemias, iras y carnalidades, saco que á todos estos pecados estoy sujeto, y caeria en ellos si Dios me dejase de su mano; y por lo que hacen y han hecho todos los pecadores del mundo, puedo colegir lo que yo haria dejado á mi libertad. Porque, como dice san Agustin (in Soliloq. *c.* 15), no hay pecado que haga un hombre, que no pueda hacer otro hombre; y así me tengo de imaginar como una fuente de todos los pecados que hay en el mundo, y como un perro muerto y hediondo que pone asco el mirarlo, ó como un cuerpo sepultado lleno de gusanos, que se va consumiendo y convirtiendo en polvo. Por todo lo cual me tengo de despreciar, y juzgarme por digno de ser despreciado de todos. —

Siendo, pues, esto así, ¿á dónde mas puede llegar mi desvarío, que de mi propia voluntad ofender á la majestad de Dios? Si soy nada de mi cosecha, ¿cómo me atrevo á ofender al que es el mismo Ser? ¿Y por qué me apoco tanto que me hago menos que la nada, indigno del ser que tengo? Si estoy sujeto á tantas desventuras como pueden venir por mi alma, ¿cómo no aplaco al que puede librarme de ellas? Ó Dios de mi alma, mirad por ella, pues la criásteis de nada; sacadla de esta nada, que es el pecado, y juntadla con Vos, para que por Vos tenga ser y vida de gracia, y alcance el ser bienaventurado de la gloria. Amen.

Punto tercero. —Lo tercero, consideraré la pequeñez de mi ser y de todo lo bueno que tengo, en comparacion de Dios, procediendo por sus grados. Mirando primero lo que soy yo en comparacion de todos los hombres juntos, y lo que soy en comparacion de los hombres y los Ángeles; y luego lo que todas las criaturas son en comparacion de Dios, ante quien, como dice Isaías (*c.* xl, 17), las gentes son como si no fuesen, son como nada y como cosa vacía de ser, son como una gota de agua (*Sap.* xi, 23), ó del rocío de la mañana, que cae en la tierra y apenas se echa de ver. Pues yo solo ¿qué seré delante de Dios? Como las estrellas no parecen en la presencia del sol y son como si no fuesen; así yo, por grandes bienes que tenga, soy como si no fuese en la presencia de Dios, y mucho menos que un arador en comparacion de todo el mundo. -Mi ciencia, mi virtud, mi poder, mi discrecion, mi fortaleza, mi hermosura y todo cuanto bien tengo y puedo tener, es como nada, en comparacion de lo que tiene Dios. Por lo cual con mucha razon dijo el Salvador (*Luc.* xviii, 19), que ninguno es bueno sino Dios; ninguno es poderoso, ni fuerte, ni hermoso, sino Dios; porque él solo es la misma bondad y sabiduría y omnipotencia, en cuya comparacion la que tienen las criaturas no merece este nombre. — Pues ¿en qué seso cabe que un hombre de tan poco ser se atreva á despreciar á Dios y ofenderle con tantos pecados? ¡Oh loco, qué has hecho! ¡Oh miserable de mí, que tal atrevimiento he tenido! Ó Dios inmenso, en cuya comparacion soy como si no fuese: por la infinita excelencia de tu ser, te suplico perdones mis pecados y me dés luz para que conozca la vileza en que por ellos he venido; concédeme que me aborrezca y desprecie y tenga en menos que nada, y haga penitencia como Job (*c.* xlii, 6), en ceniza y en pavesa, teniéndome por tal en tu presencia.

MEDITACION V.

DE LA GRAVEDAD DE LOS PECADOS, POR LA GRANDEZA DE LA INFINITA MAJESTAD DE DIOS, CONTRA QUIEN SE COMETEN.

—Esta meditacion es la mas eficaz para mover á la perfecta contricion y dolor de pecados, que procede del amor de Dios sobre todas las cosas, ponderando la gravedad del pecado, no solo por la bajeza del ofensor, sino por la alteza del ofendido; porque tanto es mayor la injuria, cuanto es mayor el injuriado, y como Dios es tan infinito en su ser y perfecciones, así el pecado por esta parte, como dice santo Tomás (1, 2, *q*. 78, *art*. 4), es tambien injuria como infinita.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar las infinitas perfecciones que tiene Dios en sí mismo, especialmente aquellas contra las cuales derechamente pelea el pecado, y de donde recibe mayor deformidad y gravedad.—Lo primero, ponderaré la infinita bondad de Dios, por la cual es sumamente amable de todas sus criaturas, y si fuera posible otro amor infinito, todo se le debia. Y es tan grande esta bondad, que es imposible verla claramente y no amarla sumamente, como lo hacen los bienaventurados. Pues ¡qué maldad puede ser mayor que aborrecer y despreciar á tan infinita bondad, y qué mayor injusticia que injuriar con desamor al que es digno de infinito amor! Ó bondad infinita, ¡cómo te he aborrecido y despreciado! ¡Oh quien nunca te hubiera ofendido! Pésame, Dios mio, del pecado, sobre todo cuanto me puede pesar, porque deseo amarte sobre todo cuanto se puede amar.

2. Lo segundo, ponderaré la inmensidad de Dios junta con su infinita sabiduría, por la cual está real y verdaderamente presente en todo lugar, viendo y contemplando todo lo que se hace, y á mí mismo tengo de mirarme dentro de esta inmensidad llena de ojos, y que dentro de ella hice todos los pecados pasados y hago los presentes, provocándole con ellos á enojo, asco y vómito, porque sus ojos (*Habac*. I, 13), como dice la Escritura, son tan limpios, que no pueden sin asco mirar la culpa, y su corazon tan puro (*Apoc*. III, 16), que le hace dar arcadas la maldad. Pues ¿qué ceguedad mayor puede ser, que vivir yo dentro de la inmensidad de Dios y á vista de la sabiduría de Dios, y con todo eso injuriarle con mis pecados? ¿Á qué mas puede llegar la desvergüenza del esclavo, que atropellar

la voluntad y honra de su Señor, estando en su presencia? Y ¿qué mayor atrevimiento que hacer esto, siendo el Señor poderoso para castigarle como merece su descortesía? Ó Señor, ¿cómo me has sufrido estar cabe tí y en tu presencia? ¿Cómo no has aniquilado á este descomedido y desleal esclavo! ¿Cómo no has apartado tus ojos de mí, ni me has vomitado y lanzado de tí para siempre? Pésame en el alma de mi desvergüenza y atrevimiento, y propongo con tu gracia de nunca mas hacer cosa indigna de tu presencia.

3. Lo tercero, ponderaré la soberana omnipotencia de Dios, por la cual está en todas las criaturas, dándoles el ser que tienen, y concurriendo con ellas á todas sus obras, de modo que sin el concurso de la omnipotencia de Dios no puedo ver, ni oir, ni hablar, ni menear mano ni pié, ni entender, ni querer, ni hacer otra alguna cosa. Y por consiguiente, cuando peco, me ayudo de la divina omnipotencia para pensar, decir ó hacer la cosa que le da disgusto; y es tanta su bondad y misericordia, que por conservar mi libertad no me niega este concurso, ni le niega á las criaturas de que uso para ofenderle: concurre con el manjar para que dé sabor á mi gusto, aun cuando peco en comerle, y con la hermosura de la criatura para que recree mi vista, aunque peque en mirarla. Pues ¡qué desatino es este, que haga yo guerra á Dios con el mismo poder de Dios! y que me aproveche de su ayuda, para hacer lo que es su injuria! Ó bondad omnipotente, ¡cómo das tan liberalmente tu concurso á quien tan mal usa de él! cómo no empleas esa omnipotencia en castigar al que tan mal se aprovecha de ella! Perdona, Señor, este atrevimiento que ha sido mayor de lo que puedo pensar, y me pesa de él mas de lo que puedo decir: y quisiera que me pesara mucho mas. Ó Dios infinito que muestras tu omnipotencia principalmente en perdonar (*Ecclesia* in collecta Dom. x post Pent.) y tener misericordia del pecador, perdóname y ten misericordia de mí, y ayúdame para que nunca mas use de tu infinito poder si no es para servirte. De este modo se pueden ponderar los atributos de la misericórdia, justicia, caridad de Dios, y otros que se tocarán en el punto siguiente.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar sumariamente los infinitos beneficios de Nuestro Señor, y quién ha sido Dios para conmigo, comparándolo con lo que yo he sido para con él y la gravísima injuria que es ofender á un infinito bienhechor. — Lo primero, ponderaré los beneficios de la creacion, conservacion y gobernacion, los cuales encierran bienes innumerables que tocan al ser natural de cuerpo y alma, y la ayudan para el ser sobre-

natural de la gracia; y con esta consideracion procuraré dolerme grandemente por haber ofendido á mi Criador, sin el cual no tuviera ser; á mi Conservador, sin el cual no puedo durar; y á mi Gobernador, sin cuya providencia no puedo vivir. Para esto, ayudará mucho ponderar todo lo que dijo Moisés á su pueblo en el cántico que hizo dándole en rostro con sus pecados, especialmente aquellas palabras (*Deut.* XXXII, 6): Pueblo necio é ignorante, ¿esta paga das al Señor? ¿Por ventura no es tu Padre, que te poseyó, te hizo y te crió? Dejaste á Dios que te engendró, y te has olvidado del Señor que es tu Criador y Salvador.

2. Lo segundo, ponderaré los beneficios de la redencion, donde entran la encarnacion del Verbo eterno, y todos los trabajos de la vida, pasion y muerte de Cristo nuestro Señor, mirándole como á padre, pastor, médico, maestro y salvador nuestro. De suerte, que con mis pecados he injuriado al que tiene todos estos títulos para conmigo. Y, como dice el Apóstol (*Hebr.* VI, 6), he crucificado dentro de mí á Jesucristo, he hollado al Hijo de Dios, pisado su sangre, despreciado sus ejemplos, atropellado sus leyes y preceptos, y he vivido como si tal redencion no hubiera pasado en el mundo para mí. Pues ¿cómo no te deshaces, ó alma mia, en lágrimas habiendo ofendido á tal Padre, á tal Maestro, á tal Pastor y Redentor? ¿Cómo no se te parte por medio el corazon de dolor, por haber ofendido con tus pecados al que murió por librarte de ellos? Ó Redentor mio, ¡cuánto me pesa de haberte ofendido! Perdona, Señor, mis ofensas; lava con tu sangre las manchas de mis culpas, y en virtud suya propongo, con tu gracia, de no volver mas á mancharme con ellas.

3. Á esto puedo ponderar los beneficios de la santificacion, donde entra el Bautismo y los demás Sacramentos, y especialmente el de la Penitencia, Eucaristía, las inspiraciones del Espíritu Santo, y otros innumerables beneficios manifiestos y ocultos; y tambien la promesa de los beneficios futuros en la glorificacion y resurreccion. De todos los cuales me tengo de hacer cargo, y con un grande pasmo admirarme de que haya correspondido á tantos beneficios con tan malos servicios, andando en competencia con Dios, él haciéndome mercedes y dándome grandes dones, y yo haciéndole injurias y cometiendo graves pecados, ponderando que cada pecado, en cierto modo, es un desagradecimiento infinito, por ser contra un bienhechor infinito, y contra infinitos beneficios que de su mano he recibido, dados con infinito amor, sin merecimientos mios.

4. Para exagerar mas la gravedad de mis culpas por este título,

será bien aprovecharme de algunas historias que hacen á este propósito, como es la de José (*Genes.* XXXIX, 9), que le pareció imposible pecar con la mujer de su señor, de quien tantos bienes habia recibido. Y la de Saul (I *Reg.* XIX, 6), que con ser cruel perseguidor de David, se amansó cuando oyó contar los grandes servicios que le habia hecho; y cuando vió que David pudiéndole matar, no le habia muerto, se compungió y dijo (I *Reg.* XXIV, 18): Mas justo eres tú que yo, porque tú me has hecho muchos bienes, y yo te he vuelto en retorno muchos males. Ó alma mia, ¿cómo puedes pecar contra tu Dios y Señor, de quien has recibido todo el bien que tienes? Ó Dios de mi corazon, ¡cuán mas justo eres tú que yo, porque tú no cesas de hacerme misericordias, y yo no ceso de hacerte ofensas! Tú pudiéndome quitar la vida y el ser, no lo haces, y yo no pudiendo quitártele, cuanto es de mi parte intento hacerlo. Tú cortaste la cabeza al gigante, y quebrantaste la cabeza de la serpiente por librarme de la muerte, y yo me sujeto á ella con ofensa tuya. ¿Quién hay que pudiendo matar á su enemigo no le mate? y tú quieres morir porque él no muera. Perdona, Señor mi bestial desagradecimiento, y ayúdame con tu copiosa gracia para que no torne á caer en tan horrenda miseria.

PUNTO TERCERO. —Lo tercero, se ha de considerar el motivo que tuve para pecar; porque sin duda crece la grandeza de la injuria cuando se hace por una causa y ocasion muy leve. Pues ¿por qué ofendí á Dios? Por un regalillo de la carne, por un puntillo de honra, por un interesillo de hacienda, por un gustillo de mi propia voluntad, finalmente por cosas vilísimas que pasan como humo, y son como si nó fuesen en comparacion de Dios. Y con ser tales, por ellas negué con mis obras á Dios vivo, y de ellas hice para mí ídolo (*Tit.* I, 16) y dios falso (*Ierem.* II, 12), estimándolas en mas que á Dios verdadero, crucificando dentro de mí á Cristo, por dar la vida á Barrabás que es el pecado. Ó Señor mio, ¡con cuánta razon decís á los cielos que se espanten, y á sus puertas que se rompan y quebranten de espanto, por dos males que hizo vuestro pueblo; y yo miserable pecador los he hecho infinitas veces, dejándoos á Vos fuente de agua viva, y cavando con trabajo aljibes rotos que no pueden retener el agua! ¡Oh trabajo mal empleado! oh trueque desatinado! Dejé á Dios infinito y á la fuente perpétua de infinitos y eternos bienes, por una nonada de bien temporal y perecedero, que es como aljibe roto, que sin sentir pierde el agua que tenia, y queda seco. Ó alma mia, si tan vil te parece el hecho de Esaú, que vendió

su mayorazgo por una escudilla de lentejas (*Hebr.* XII, 16); ¿cuánto mas vil será el tuyo que vendes el mayorazgo del cielo por un pequeño interés de la tierra? Aquel le vendió por conservar su vida, y tú por venderle incurres en la muerte. Y si aquel no halló lugar de penitencia para revocar la venta, justo fuera que tampoco tú le hallaras, pues fue tu culpa mas grave que la suya. Mas pues es mayor la divina misericordia, acude á ella con humildad, para que deshaga con su gracia la venta mala que tú hiciste por tu culpa.—Finalmente, en esta meditacion y en las siguientes, tengo de hacer grande hincapié en esta verdad, que es increible desvarío creer con la fe lo que creo, y vivir de la manera que vivo; esto es, creer que el pecado es tan malo, como hemos dicho, y con todo eso cometerle: creer que Dios es tan bueno y tan justiciero, y sin embargo de esto ofenderle; y así en lo demás.

PUNTO CUARTO.—El cuarto punto será, prorumpir con estas consideraciones en una exclamacion con afecto vehemente, lleno de espanto de que las criaturas me hayan sufrido, habiendo yo ofendido tan gravemente á su Criador y Bienhechor. ¿Cómo los Ángeles, que son ministros de la divina justicia, no han desenvainado su espada de fuego contra mí? (*Genes.* III, 21). ¿Cómo me han guardado y cómo han abogado por un tan mal hombre como yo? ¿Cómo el sol, luna y estrellas me han alumbrado con su luz y conservado con sus influencias? Cómo han ayudado á mi sustento los elementos, las aves del aire, los peces del mar, los animales y plantas de la tierra? Confieso que no merezco el pan que como, ni el agua que bebo, ni el aire con que respiro, ni soy digno de levantar los ojos al cielo; antes merecia que de allá bajaran rayos de fuego que me abrasaran como á Sodoma y Gomorra, ó que la tierra se abriera y me tragara vivo como á Datan y Abiron; y que se inventaran nuevos infiernos para castigar mis graves pecados. Y pues no han sido bastantes para enfrenarme la bondad, sabiduría, inmensidad, omnipotencia, largueza, beneficencia y caridad de Dios, era justo que su justicia saliera á vengar los agravios hechos á estas divinas perfecciones y á estos soberanos beneficios, y que diera licencia á todas las criaturas, como se la dará el dia del juicio, para que tomaran venganza de mí (*Sap.* V, 18), por las injurias que hice al Criador, y á ellas por ofenderle á él. Pero, Dios mio y Criador mio, ya que por vuestra misericordia habeis tenido por bien de sufrirme, añadid este beneficio á los pasados, teniendo por bien de perdonarme. Amen.

MEDITACION VI.

DE LA GRAVEDAD DEL PECADO POR COMPARACION Á LAS PENAS TEMPORALES Y ETERNAS CON QUE ES CASTIGADO.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la gravedad del pecado mortal, por comparacion á todas las penas y miserias que hay en esta vida, ponderando como es causa de estos males temporales, castigándole Dios justísimamente con ellos. Para cuya prueba puedo discurrir por los bienes exteriores, que llamamos de fortuna, y por los que tocan al cuerpo, los cuales destruye el pecado. —Lo primero, destruye las haciendas, quitándolas Dios á los pecadores, porque usan mal de ellas, como despojó á los egipcios de sus joyas, y á los jebuseos y cananeos de sus tierras. –El pecado tambien destruye la honra, porque quien quita, cuanto es de su parte, la honra á Dios y á su prójimo, merece perder la suya. El sumo sacerdote Helí y sus hijos perdieron por esto la honra del sacerdocio con la vida, diciéndoles Dios: *Qui contemnunt me, erunt ignobiles*. Los que me desprecian serán abatidos. (I *Reg*. II, 30). –El pecado destruye el cetro y el imperio. Por la desobediencia quitó Dios (I *Reg*. XIII, 15) á Saul el reino que le habia dado; y Nabucodonosor (*Dan*. IV, 22) por la jactancia perdió el suyo, viviendo siete años como bestia, cortando Dios aquel árbol tan vistoso, porque sus pecados no merecieron que estuviese en pié. Y es justo castigo que no tenga dignidad, ni mando en la tierra, quien no se rinde al Rey de la tierra y cielo: y que no tenga preeminencia sobre hombres, quien por el pecado se hace semejante á las bestias.

2. Demás de esto, el pecado destruye la salud, castigando Dios á los pecadores con muchedumbre y variedad de enfermedades, llagas de piés á cabeza (*Isai*. I, 6); porque no merece tener salud quien la emplea en ofender al que se la dió; y quien tiene su alma enferma, pudiendo sanarla, digno es de tener el cuerpo enfermo, sin que pueda sanarle: como el tullido, que en treinta y ocho años no pudo sanar en la probática piscina donde otros sanaban. (*Ioan*. v, 5). — El pecado quita el contento y alegría, causando tristeza mortal que seca los huesos y da una vida peor que la misma muerte. Como aquella ciudad que decia: Llenado me ha Dios de amarguras (*Thren*. III, 15), y hame embriagado con ajenjos. Y como el miserable rey Antíoco (I *Mach*. VI, 11), que dijo: ¿Á cuánta tribulacion

y á qué olas de tristeza he venido yo, que era alegre y amado en mi señorío?—El pecado quita la vida, causando la muerte por mil medios desastrados. Por los pecados de Faraon y de su reino, mató un Ángel en una noche todos los primogénitos; y otro dia anegó todo su ejército de innumerables hombres. Y otro Ángel en el campo de Senacherib mató ochenta mil hombres; y muchos israelitas perecieron en el desierto con varios géneros de muertes.

3. Finalmente, el pecado causa aquellos tres males terribles (II *Reg.* xxiv, 12) que ofrecieron á David para que escogiese uno en castigo de su culpa, hambre, guerra y pestilencia, con los cuales perecen innumerables hombres con suma miseria y rabia. Y asimismo por los pecados vienen los temblores de la tierra, las tempestades del mar, los diluvios, fuegos, rayos, granizos, piedras y otros tales castigos; porque como el pecado es injuria del Criador universal, todas las criaturas son instrumentos para su venganza. — Luego aplicaré todo esto á mí mismo, mirando los males y miserias que padezco, y entenderé que todas me han venido justamente por mis pecados, para que conozca y vea por experiencia, como dice Jeremías (*Ierem.* ii, 19), cuán malo y amargo es dejar á Dios y no temerle. Y así del horror que tengo á estas penas sacaré horror de las culpas, diciéndome á mí mismo: Pues tanto temes las miserias temporales, ¿cómo no temes la culpa, que es causa de ellas? Si tiemblas de la pobreza y deshonra, ¿por qué no tiemblas del pecado, de donde ambas proceden? Y si huyes la enfermedad del cuerpo, ¿cómo no huyes la enfermedad del alma, pues aquella para en muerte temporal, y esta en muerte eterna? Ó Dios eterno, esclaréceme con tu luz soberana, para que por el temor que tengo de los males del cuerpo, aprenda á temer los males del alma.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como el pecado es un mal incomparablemente mayor que todos los males temporales que se han dicho; ni con ellos se puede pagar la mínima parte de la pena que un solo pecado mortal merece, ponderando algunas razones claras, que traen los Santos, de esta verdad. – La primera, porque todos los males que se han dicho privan de bienes criados, que son muy limitados; pero el pecado priva de un bien infinito, que es Dios (*D. Thom.* 1 *p. q.* 48, *art.* 6), y como solo Dios se llama por excelencia bueno, porque las demás cosas criadas, aunque tengan alguna bondad, comparada con la de Dios, es como si no fuese; así solo el pecado se puede llamar absolutamente malo, y la malicia de las demás miserias es como si no fuese, en su com-

paracion : ni todás juntas bastarán á darme apellido de malo, si me falta el pecado, y por este sólo seré malo, aunque me falten las otras miserias.—De aquí es, que si se juntasen en mí todas las penalidades de esta vida, pobreza, deshonra, enfermedad, dolor, tristeza y persecucion, con todos los tormentos que han padecido los Mártires, no igualan con la miseria de un pecado mortal, y de buena gana me tengo de ofrecer á pasar por todas, antes que cometerle, á imitacion de aquel insigne mártir Macabeo (II *Mach.* VI, 23), que respondió á los que le amenazaban con graves tormentos si nó quebrantaba un mandamiento de la divina ley : *Praemitti se velle in infernum*, que antes se dejaria echar en el infierno; esto es, que antes se dejaria matar y hacer pedazos, y hundir mil estadios debajo de tierra con terribles dolores é ignominias, que hacer tal pecado. Ó Mártires gloriosísimos que os ofrecísteis á padecer tan graves tormentos por no hacer un solo pecado, queriendo mas perder la vida, que admitir, ni por un instante, la culpa, suplicad á vuestro Rey eterno y soberano que me conceda tal caridad y fortaleza, que por huir la culpa estime en poco cualquier pena.

2. En confirmacion de esto ponderaré, como excede tanto al mal de la pena el mal de la culpa, que Dios nuestro Señor, con ser infinitamente bueno, puede ser autor y causa de cualquier pena; antes, como dijo el profeta Amós (*c.* III, 6), no hay mal de estos en la ciudad, que Dios no le haya hecho, porque esto no le hace malo, ni es contrario á su bondad; pero es imposible que sea autor ni causa de culpa por mínima que sea, porque esto seria contra su bondad : la cual, como dice el profeta Habacuc (*c.* I, 13), no puede mirar á la maldad, aprobándola ó compaciéndose en ella.—Y por la misma razon, haciéndose Dios hombre, pudo tomar sobre sí todos cuantos males de sola pena hay en el mundo (*D. Thom.* 3 *p. q.* 14 *et* 15); pero es imposible que en él se hallase mal de culpa : y Cristo nuestro Señor se ofreciera á padecer los tormentos y deshonras que padeció y otros muy mayores, si fuera necesario, solo por no hacer un pecado; y á su imitacion he yo de hacer lo mismo, doliéndome del yerro en que hasta aquí he vivido. Ó Dios purísimo que estando libre de culpas y de penas, tomando nuestra naturaleza, te cargaste de penas para descubrir el aborrecimiento que tienes á las culpas, cárgame aquí de tormentos, con tal que para siempre me libres de pecados.

3. De aquí procede otra tercera razon, que declara mucho la gravedad de la culpa; porque Dios nuestro Señor, con su infinita sa-

se ha puesto porque sea menester hacer esta comparacion; pues nunca el infierno está sin culpa, ni puede haber caso en que se pueda escapar el infierno por no hacer un pecado, sino para que se vea por aquí cuán grave mal es un pecado, y cuán digno es de ser sumamente aborrecido mas que el infierno y aunque no hubiera infierno. Por lo cual, dice san Ambrosio (Lib. III de Offic. *c.* 5), que no hay pena mas grave que la llaga de la conciencia; ni hay juicio mas riguroso que el doméstico, con el cual cada uno se juzga por culpado. Y cuando el justo, dice, tuviera el anillo de Giges, con el cual pudiese hacér lo que quisiese, sin ser visto, no pecaria, porque no se aparta de la culpa por temor del castigo, sino por el horror que tiene á la maldad y por el amor de la virtud.

—Lo que en esta meditacion se ha dicho en general, se verá mas claramente por lo particular que se dirá en las siguientes de las postrimerías del hombre, y en los castigos especiales que corresponden á los siete pecados mortales.—

MEDITACIONES DE NUESTRAS POSTRIMERÍAS

PARA MOVERNOS AL ABORRECIMIENTO DE LOS PECADOS.

—Las meditaciones de las postrimerías del hombre, que son muerte y sepultura, juicio particular y universal, infierno, purgatorio y gloria, son eficacísimas para movernos al aborrecimiento de nuestros pecados y al propósito eficaz de nunca mas volver á ellos. Por lo cual dijo el Eclesiástico (*c.* VII, 40): En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías, y nunca pecarás. Y por la misma razon dijo Moisés á su pueblo (*Deut.* XXXII, 29): Ojalá supiesen y entendiesen y se previniesen para sus postrimerías; dando á entender, que nuestra verdadera sabiduría, inteligencia y providencia, está en meditar y rumiar bien las cosas que nos han de suceder al fin de la vida, y prevenirnos para ellas; y en especial la meditacion de la muerte, como la experiencia nos lo enseña, es muy provechosa para todos los que caminan en cualquiera de las tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva; en la cual deberian todos ejercitarse frecuentemente, aunque con diferentes fines. Los principiantes para purgarse de sus pecados, antes que la muerte los saltee y coja desapercibidos. Los que aprovechan para darse prisa á granjear las virtudes, viendo que el tiempo de merecer es brevísimo y de repente le corta la muerte. Los perfectos para despreciar todas las cosas criadas, con deseo de unirse por amor con su Criador; y así apuntarémos consi-

deraciones que puedan aprovechar á todos, pero mas especialmente las que ayudan al fin de la via purgativa, de que ahora tratamos. —

MEDITACION VII.

DE LAS PROPIEDADES DE LA MUERTE.

—En esta meditacion considerarémos algunas propiedades de la muerte, y los fines que pretendió Dios en ellas para nuestro provecho, reduciéndolas á tres, que son las mas principales. —

Punto primero. — 1. La primera propiedad de la muerte es, ser certísima, sin que ninguno se pueda escapar de ella en el tiempo que Dios tiene determinado. (*Hebr.* IX, 27). —En lo cual se ha de ponderar lo primero, que Dios nuestro Señor desde su eternidad tiene determinados los años de nuestra vida y señalado el mes (*Psalmus* XXXVIII, 6), el dia y la hora en que cada uno ha de morir, sin que sea posible, como dice Job (c. XIV, 5), pasar de él un punto: ni hay rey ni monarca que pueda añadirse á sí ó á otro un momento de vida sobre lo que Dios ha determinado. Y así como entré en el mundo el dia que Dios quiso, y no antes; así tambien saldré de él el dia que Dios quisiere, y no despues. Para que entienda, que cualquier dia que vivo le recibo de gracia, y los que he vivido han sido de gracia; pues pudiera Nuestro Señor haberme señalado plazos de vida mas cortos, como señaló á otros que murieron en el vientre de sus madres, y en su niñez. Y pues mi vida está tan colgada de Dios, justo es gastar todo el tiempo de ella en servicio de quien me la da, teniendo por sumo desagradecimiento emplear un solo momento en ofenderle.

2. Lo segundo, he de ponderar qué Dios nuestro Señor en este su decreto acortó ó alargó los dias que podian vivir algunos hombres, segun su natural complexion, por los secretos fines de su soberana providencia; porque á unos por sus oraciones ó de otros Santos alarga los dias de la vida: como al rey Ezequías añadió quince años porque con lágrimas se lo pidió. (III *Reg.* XX, 6). Y lo mismo ha sucedido en los difuntos que milágrosamente han resucitado. Á otros acorta los dias de la vida por uno de dos fines, ó por su salvacion, arrebatándoles, como dice el Sábio (*Sap.* IV, 4, 11), en su mocedad, antes que la malicia trastornase su juicio, y la ficcion engañase su alma; ó al contrario en castigo de sus graves pecados, ó por atajarles los pasos, porque no añadiesen otros mayores. Por lo cual, dijo

David (*Psalm.* LIV, 24), que los varones de sangre, esto es, los muy malos y crueles, no dimediarán sus dias. Y aun algunas veces los acorta en castigo de culpas que parecen ligeras; como le sucedió al Profeta (III *Reg.* XXIII, 24), que engañado de otro comió en el lugar donde Dios le habia mandado que no comiese. De todo esto sacaré propósito firme de concertar los dias de mi vida, de modo que no los acorte Dios por mis pecados, diciéndole con David (*Psalmus* CI, 25): No me llames, Señor, en medio de mis dias con muerte apresurada: acuérdate que tus años son eternos, y compadécete de los mios que son tan pocos.

PUNTO SEGUNDO. — 1. La segunda propiedad de la muerte es, que cuanto al dia, lugar y modo, es ocultísima á todos los hombres y manifiesta á solo Dios. — En lo cual ponderaré lo primero, como no podemos saber el dia ni la hora en que hemos de morir (*Matth.* XXIV, 42), ni el lugar, ni la ocasion ó coyuntura en que nos ha de coger la muerte, ni el modo como hemos de morir, si será con muerte natural, por enfermedad y por qué género de enfermedad, ó si será con muerte violenta, por fuego ó agua, ó á manos de hombres ó de fieras, ó por algun rayo ó teja de algun tejado que caiga sobre nosotros. Esto solo sabemos, que vendrá de repente la muerte ó la enfermedad y ocasion de ella; y que cuando uno está mas descuidado le saltea como ladron que viene de noche á escalar la casa y robar la hacienda: así, dice Cristo nuestro Señor, vendrá el Hijo del hombre á escalar vuestra casa, que es el cuerpo, y robar y sacar de él el alma y hacer juicio de ella. (*Luc.* XII, 40).

2. Lo segundo, ponderaré los fines que tuvo Nuestro Señor en esta traza de su providencia (*Eccli.* IX, 10); es á saber, para obligarnos á estar siempre en vela, temiendo esta hora, previniéndonos para ella, haciendo penitencia de nuestros pecados antes que la muerte nos ataje, y dándonos prisa á merecer y trabajar antes que se acabe la luz (*Ioan.* XII, 35), y se muera la candela de improviso, y nos quedemos á oscuras. Esto concluia Cristo nuestro Señor en las parábolas que puso de esta materia. Unas veces decia (*Matth.* XXV, 13): *Vigilate, quia nescitis diem, neque horam.* Velad en todos los dias y en todas las horas, porque no sabeis el dia ni la hora de vuestra muerte. Otras veces decia (*Luc.* XII, 40): Velad, porque no sabeis la hora en que vuestro Señor ha de venir; y estad aparejados, porque en la hora que no penseis vendrá el Hijo del hombre. Con estas palabras me exhortaré á mí mismo á menudo, diciéndome: Ciñe tu cuerpo con la mortificacion de tus vicios y pa-

siones, y toma en tus manos hachas encendidas de virtudes y buenas obras, y está siempre en vela esperando la venida de Cristo, porque vendrá cuando menos pienses; y la hora que tú tuvieres mas olvidada, será quizá la que él tiene señalada; y si no te halla muy apercibido has de hallarte muy burlado.

3. Lo tercero, ponderaré como todas las muertes repentinas y arrebatadas que han sucedido y suceden cada dia son recuerdos que Nuestro Señor me da de esta verdad, para que tema y me apareje; porque la muerte que pasa por cualquier hombre, puede tambien pasar por mí. Y así, cuando veo ú oigo decir, que de repente unos mueren á espada, otros á manos de sus enemigos, y otros echándose á dormir sanos durmieron el último sueño de la muerte; de todo esto he de sacar temor y aviso, porque será posible venga por mí tal modo de muerte arrebatada. Para lo cual he de ponderar mucho, que cualquier pecado mortal es merecedor de que me castigue con esta muerte la divina justicia, si no hago penitencia, como lo avisó Cristo nuestro Señor, á propósito de dos casos semejantes que sucedieron en su tiempo, matando Pilatos de repente á ciertos galileos, y cayéndose la torre de Siloé sobre diez y ocho hombres. ¿Pensais, dice, que estos hombres eran los mayores pecadores de Galilea ó de Jerusalen? (*Luc.* XIII, 3). *Non dico vobis, sed nisi poenitentiam habueritis, omnes similiter peribitis?* Dígoos, que no es así, sino esto sucedió para que entendáis que si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis de la misma manera; que es decir: Cuando viéreis morir algunos de repente y con muerte desastrada, no os asegureis vanamente, diciendo que esto les sucedió por ser grandes pecadores; porque os digo de verdad, que cualquier pecador, aunque no sea tan grande, si no hace penitencia, es digno de este castigo, y vendrá á perecer como estos perecieron. Pues si esto es así verdad, como lo es, ¿cómo no tiemblo de estar una hora en pecado mortal, de cualquier modo que sea? ¿Quién me puede asegurar de que no vendrá por mí el castigo que tan justamente tengo merecido? ¿Quién me ha exceptuado de esta general amenaza que hace Cristo nuestro Dios á todos los pecadores? ¡Oh pecador miserable, ten misericordia de tu alma (*Eccli.* XXX, 24), procurando aplacar á Dios con la penitencia, antes que te coja de repente tan horrenda miseria!

PUNTO TERCERO.—La tercera propiedad de la muerte es, que no sucede mas que una vez, conforme al dicho del apóstol san Pablo (*Hebr.* IX, 27): *Statutum est hominibus semel mori.* Estatuto y de-

creto es de Dios, que todos los hombres mueran una vez. De donde se sigue, que el daño y yerro de la mala muerte, con ser el sumo de todos, es irremediable por toda la eternidad; así como el acierto de la buena muerte es perdurable por la misma eternidad. De suerte, que si una vez muero en pecado mortal, no hay medio para remediar este daño; porque, como dice Salomon (*Eccli.* XI, 3), donde quiera que cayere el árbol cuando le cortaren, al septentrion ó al mediodía, allí se quedará para siempre jamás. — Y si cae al septentrion del infierno, por la obstinacion en la culpa, no hay remedio para volver á cobrar la gracia, ni escaparse de la pena. Así como si cae al mediodía del cielo, con la perseverancia en la gracia, no hay temor de volver otra vez á la culpa, ni de perder la gloria. Con la viva consideracion de esta verdad y de las pasadas, tengo por una parte de espantarme de mí mismo, como creyendo esto con tanta certeza de fe vivo con tanto descuido de mi salvacion, y con tanto olvido en cosa que tanto me importa; y por otra parte alentarme á procurar con suma presteza la penitencia y enmienda de la vida, y el fervor de ella, suplicando humildemente á Nuestro Señor que corte el árbol de mi vida en tal tiempo y lugar, y en tal ocasion, que no caiga al lado del infierno, sino al lado del cielo. Y juntamente examinaré, como dice san Bernardo (Ser. 49, ex parvis), á qué lado caeria si Dios me cortase ahora; y procuraré asegurar mi buen suceso, haciendo frutos dignos de verdadera penitencia; con los cuales el árbol se inclina á la parte de la gloria; y siendo entonces cortado, será trasplantado en ella.

— Los engaños prácticos que padecen los hombres acerca de las tres verdades que se han dicho se pondrán en la meditacion XII. —

MEDITACION VIII.

DE LAS COSAS QUE CAUSAN CONGOJA Y AFLICCION AL QUE ESTÁ CERCANO Á LA MUERTE.

— Las cosas que me pueden dar pena y causar grande congoja en la hora de la muerte se pueden reducir á tres órdenes, unas pasadas, otras presentes, y otras por venir. Y para sentirlas mejor, he de hacerme presente á aquella hora, como si estuviese en la cama desahuciado de los médicos y sin esperanza de vida. Lo cual no es dificultoso de persuadir, pues es posible que cuando estoy diciendo ó leyendo ó pensando en esto, no me falte mas que un dia de

vida, y pues algun dia ha de ser el último, puedo imaginar que es el dia presente. —

Punto primero. — 1. Lo primero, consideraré la grande pena y afliccion que me causará la memoria de todas las cosas pasadas, discurriendo por las mas principales.-Lo primero, me afligirá grandemente la memoria de los pecados pasados y de todas las libertades, carnalidades, venganzas, ambiciones y codicias que he tenido en el discurso de mi vida. Á mas las tibiezas en el servicio de Dios, las negligencias y omisiones, y todas las demás culpas cuando no están muy lloradas y enmendadas. Tengo de imaginar que se hace entonces de todos mis pecados un ejército, como de toros, leones, tigres y otras fieras que me despedazan el corazon (*Psalm.* XXI, 13): ó como un ejército de terribles gusanos que roen y remuerden mi conciencia, sin que las riquezas, ni los deleites de que gocé, sean parte para cerrar sus crueles bocas, porque pasado el deleite de la culpa, no queda sino el acedía de la pena; y despues que bebí el vino dulce del deleite sensual, soy forzado á beber la amargura de sus heces. Entonces se cumple lo que dice David (*Psalm.* XVII, 5): Me han cercado dolores de muerte, y los arroyos de la maldad me han congojado, dolores de infierno me han cercado por todas partes, y lazos de la muerte me han apretado sin pensar. ¡Oh qué dolores tan amargos! oh qué arroyos tan furiosos! oh qué lazos tan estrechos serán estos, de los cuales ni me podré librar por mis solas fuerzas, y apenas sabré aprovecharme de ellos, porque la amargura de estos dolores me provocará á desconfianza; la furia vehemente de estos arroyos me turbará el juicio; y la estrechura de estos lazos me apretará la garganta, para no pedir perdon de mis pecados, aprovechándose de todo esto el demonio para que no salga de ellos. Ó alma mia, llora y confiesa bien tus pecados en vida, porque no te inquieten ni atormenten en la muerte. No digas (*Eccli.* v, 4): He pecado, y ninguna cosa triste me ha sucedido, porque se pasará presto la alegría y vendrá de golpe la tristeza. No pierdas de todo punto el miedo del pecado que tienes por perdonado, porque no te retoñezca en la muerte el pecado que lloraste mal en la vida. Estos y otros avisos, que apunta el Eclesiástico en su capítulo v, he de sacar de esta consideracion, con ánimo de comenzar luego á ponerlos por obra.

2. Lo segundo, ponderaré como entonces no solamente me atormentará y afligirá la memoria de los pecados, sino tambien la pérdida del tiempo que tuve para negociar un negocio tan importante

como el de mi salvacion, y haber dejado pasar muchas ocasiones que Dios me ofreció para ello. Entonces desearé un dia de los muchos que ahora desperdicio durmiendo, jugando y parlando por entretenerme, y no se me concederá. Entonces me afligirá no haber frecuentado los santos Sacramentos, ni los ejercicios de oracion; no haber respondido á las divinas inspiraciones, ni oido sermones, ni ejercitado obras de penitencia, y no haber dado limosnas á pobres para ganar amigos que me reciban en las eternas moradas; ni haber sido devoto de los Santos, que en aquel aprieto pueden ser mis valedores y abogados. Entonces haré grandes propósitos de hacer lo que no hice cuando pude, deseando vivir para cumplirlos; y quizá todos serán sin provecho, como los del miserable rey Antíoco, cruel perseguidor de los hebreos, el cual, estando á la muerte, aunque hacia grandes promesas y plegarias á Dios, dice la Escritura (II *Mach.* IX, 13), que oraba este malvado al Señor, de quien no habia de alcanzar misericordia. No porque faltase á Dios misericordia, sino porque faltaba al miserable la verdadera disposicion para recibirla, porque todos aquellos propósitos nacian de puro temor servil, y eran como torcedor para alcanzar salud, como si pudiera engañar á Dios como engañaba á los hombres.

3. De esta consideracion he de sacar, como la hora de la muerte es hora de desengaños, en la cual juzgaré de todas las cosas diferentemente que ahora, teniendo, como dice el Eclesiastés (*c.* II, 11), por vanidad lo que antes tenia por cordura; y al contrario, teniendo por cordura lo que antes tenia por vanidad. Y así la verdadera cordura está en proponer con eficacia lo que entonces querria haber hecho, y cumplirlo luego; porque ley ordinaria es, que quien bien vive, bien muere, y quien vive muy mal, raras veces acierta á morir bien. Y en especial haré un gran propósito de no perder punto de tiempo, ni dejar pasar ocasion de mi aprovechamiento, acordándome de lo que dice el Eclesiástico (*c.* XIV, 14): No te prives del buen dia, ni dejes pasar partecica del buen don, aprovechándote de todo para gloria del que te lo da.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, consideraré la gran afliccion que sentirá mi alma en dejar todas las cosas presentes (*Psalm.* XLVIII, 12); si las poseo con mala conciencia ó desordenada aficion; para lo cual me tengo de persuadir que en aquella hora, por fuerza y mal que me pese, tengo de dejar tres suertes de cosas. — Lo primero, he de dejar las riquezas, dignidades, oficios, regalos y posesiones que tuviere, sin poder llevar conmigo cosa alguna; y cuanto tuviere ma-

yores bienes, tanto será mas amargo el dejarlos. Porque la muerte, como dice el Eclesiástico (*c.* XLI, 1), es muy amarga para el que tiene paz con sus riquezas y dignidades, y está con deseo de vivir para gozar mas tiempo de ellas: y los pecados que hizo en procurarlas, ó usar mal de ellas, aumentarán esta amargura, ordenándolo así la divina justicia para que las cosas que fueron instrumento de sus viciosos deleites en vida, sean sus verdugos y atormentadores en la muerte. Entonces se cumplirá lo que está escrito en Job del pecador (*c.* XX, 14): El pan que comió con mucho sabor se le convertirá dentro del estómago en hiel de áspides, vomitará las riquezas que tragó, y se las sacará Dios por fuerza de sus entrañas: la cabeza del áspid le chupará la sangre, y la lengua de la víbora le morderá, que es decir: Los deleites se le convertirán en hieles, las riquezas le harán dar arcadas; pero no tendrá ánimo para disponer de ellas, ni dejarlas hasta que la muerte se las quite por fuerza, atormentándole las serpientes y víboras del infierno por haberlas ganado y poseido con pecado.

2. Lo segundo, en aquella hora forzosamente tengo de apartarme de mis padres y hermanos, amigos y conocidos, y de todas las personas que amo, ora sea con amor natural, ora con otro amor lícito ó ilícito; y como no se deja sin dolor lo que se posee con amor (*D. Greg.* I Moral. 13), y cuanto es mayor el amor con que es poseido, tanto mayor dolor se siente en dejarlo, será grandísimo el dolor que sentiré con el apartamiento de tantas personas y cosas como están pegadas á mi corazon. Y con estas ansias diré lo que el otro rey (I *Reg.* XV, 32): *Siccine separat amara mors?* ¿Así nos aparta la muerte amarga? Qué ¿es posible que tengo de dejar personas que tanto amo? que no tengo mas de verlas y gozarlas? Ó muerte amarga, ¡cómo amargas tanto mi corazon, apartando de mí con tanta tristeza lo que poseia con tanta alegría!

3. Últimamente, en aquella hora mi alma se ha de apartar de su cuerpo, con quien ha tenido tan estrecha y antigua amistad; y por consiguiente se ha de apartar de este mundo y de todas las cosas que hay en él, sin esperanza de verlas ni oirlas, ni gustarlas ó tocarlas para siempre. Y si tengo desordenado amor á mi cuerpo y á mi vida, y á las demás cosas de este mundo visible, es fuerza que sienta grandísimo dolor en apartarme de ellas: lo cual fácilmente puedo experimentar por lo mucho que siento cuando me quitan la hacienda, ó la honra y fama, ó me destierran de mi tierra y me fuerzan á vivir apartado de los mios, peregrinando entre extraños,

ó cuando me cortan algun miembro del cuerpo; porque todo esto junto y de tropel sucede en la muerte con otro modo mas penoso, que es sin esperanza de volver mas á poseerlo en esta vida.—Con cada una de estas tres consideraciones, ponderando despacio lo que se apunta en ellas, entraré dentro de mí mismo, y examinaré si tengo amor desordenado á cualquiera de las cosas referidas. Y si se hallare procuraré arrancarle con la fuerza de esta consideracion, y con el ejercicio de la mortificacion, porque esto es morir en vida y con provecho, ganando por la mano á la muerte para no sentir la muerte, como lo hacen los religiosos que dejan todas las cosas por Cristo nuestro Señor, á quien he de suplicar me ayude para esto, diciéndole (*Sap.* III, 1): Ó Dios eterno, en cuya mano están las almas de los justos, y por tu proteccion no les toca el tormento de la muerte, quita de la mia el amor desordenado de todas las cosas visibles para que no sienta tormento en apartarse de ellas. Ó alma mia, si quieres que no te toquen estas tres amarguras de la muerte, no ames las cosas que te puede quitar la muerte; porque si no las poseyeres con amor, las dejarás en la muerte sin dolor.

4. Tambien tengo de ponderar en estas consideraciones, cuán grande locura es por cosas que tengo de dejar tan presto, ofender á Dios, y poner á riesgo mi salvacion eterna, determinándome valerosamente á desviarme luego de cualquier persona ó cosa que me ponga en este peligro, muriendo á ella, antes que por su causa muera á Dios; y apartándola de mí, antes que me aparte de Dios (*Matth.* x, 34; *Luc.* XII, 51): pues por esto dijo Cristo nuestro Señor, que vino á poner cuchillo y division en la tierra, apartando de los hombres todas las personas y cosas que les impiden su salvacion. Ó dulce Redentor, pon luego en mi mano el cuchillo de la mortificacion para que aparte de mí lo que me puede apartar de tí, muriendo á todo lo criado para vivir á tí, mi Criador, por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, he de considerar la grande afliccion y congoja que me ha de causar en aquella hora el temor de la cuenta que tengo de dar á Dios, y del riguroso juicio en que tengo de entrar, y el no saber la sentencia que se pronunciará en el negocio de mi salvacion.—En lo cual he de ponderar la terribilidad de este temor, por tres causas. La primera, porque el mal que se teme es el supremo de todos, y es mal eterno y sin remedio, y estoy ya á las puertas de él. La segunda, porque la sentencia que se ha de dar es definitiva é irrevocable, y al punto se ha de ejecutar sin

resistencia. La tercera, porque la causa de mi parte es muy dudosa, por cuanto me consta de la culpa que cometí, y no de la verdadera penitencia que hice; y la conciencia me acusa de haber ofendido al Juez, y no sé si le tengo aplacado; porque ninguno sabe si es digno de odio ó de amor (*Eccli.* IX, 1); y aunque yo no halle culpas en mí, puede ser que las halle Dios. (II *Cor.* IV, 4). Por todas estas causas el temor será entonces terribilísimo; porque si los que traen pleito sobre algun negocio en que les va toda su hacienda, honra ó vida, tienen grandísimo temor el dia que esperan la sentencia; ¿cuánto mayor le tendré yo cuando esté cerca el dia en que se ha de dar la sentencia definitiva de mi salvacion ó condenacion? Y si entonces suelen temer los muy santos, ¿cuánto mas temeré yo, miserable pecador?

2. Esta congoja y temor suele crecer por la sagacidad y astucia del demonio, el cual en aquella hora acude á tentar con mas furia viendo que le queda poco tiempo (*Apoc.* XII, 12), y así encarama grandemente todo lo que puede provocar á desesperacion, agrava con demasía los pecados, y exagera el rigor de la divina justicia contra ellos. Me dirá, que quien vivió mal, no ha de morir bien; y que quien no se aprovechó de la divina misericordia, ha de caer en manos de su justicia, y que si el justo apenas se salvará, ¿qué será del malo y pecador? (I *Petr.* IV, 18). Y como es mentiroso y padre de mentiras, y falso acusador de los hombres, si Dios no le ata las manos y limita su poder, me pondrá mil falsas imaginaciones y acusaciones, con embaimientos y visajes horrendos que me turben y hagan trasudar, y pasar mayores congojas que las de la misma muerte.—Estos son los temores que me han de afligir en aquel último trance, si no me prevengo con tiempo para impedir la vehemencia de ellos. Lo cual he de hacer entrando dentro de mí, y mirando si ahora me cogiese la muerte, qué cosa me daria mas temor, y tratar de remediarla con tiempo. Y si no queria que la muerte me cogiese en el estado presente, tengo de procurar salir luego de él; porque no es lícito ni seguro vivir en el estado en que no querria morir.

3. Concluiré esta meditacion, poniendo delante de mis ojos á Cristo nuestro Señor, desnudo y enclavado en la cruz á punto de espirar, y con gran fervor le suplicaré que por su muerte me dé buena muerte, y que si el demonio viniere á mi muerte, como vino á la suya, me libre de él, me dé tan grande confianza que pueda como él decir en aquella hora: Padre, en tus manos encomiendo mi

espíritu. Ó Padre misericordioso (*Psalm.* CXVIII, 109), mi ánima está ya en mis manos á punto de salir de ellas, con peligro de dar en las de sus enemigos; recíbela tú en las tuyas para que no se pierda la obra de tus manos, por la cual fueron enclavadas en la cruz. Yo me ofrezcó á imitar tu pobreza y desnudez en la vida para que tus manos me reciban en la muerte, y me lleven consigo al descanso de tu gloria. Amen. Tambien se han de hacer coloquios con la Vírgen nuestra Señora, y con el Ángel de la guarda y otros Santos, pidiéndoles favor para aquella hora, porque en vida se negocia lo que entonces ayuda.

—Para todo esto aprovechará un modo de aparejarse para bien morir, que se pondrá en la parte IV en la meditacion LI, sacado de lo que Cristo nuestro Señor hizo en su muerte. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 59, *art.* 5). Y tambien lo que se dirá en la parte V, en la meditacion XXXIV del glorioso tránsito de Nuestra Señora.—

MEDITACION IX.

DEL JUICIO PARTICULAR QUE SE HACE DEL ALMA EN EL INSTANTE DE LA MUERTE.

—En esta meditacion se ha de presuponer la verdad de nuestra fe, que todos los hombres, como dice san Pablo (II *Cor.* v, 10), hemos de ser presentados ante el tribunal de Cristo para que cada uno dé razon de lo que hizo viviendo en este cuerpo, así de lo bueno como de lo malo; y este juicio se hace invisiblemente despues de la muerte, porque (*Hebr.* IX, 27): *Statutum est hominibus semel mori, et post hoc iudicium.* Decreto es de Dios infalible, que todos los hombres mueran, y despues se siga el juicio; y como ninguno se escapa de lo primero, tampoco de lo segundo.–Ante este tribunal de Cristo me tengo de presentar en la oracion, imaginando á este soberano Juez sentado en trono de fuego, como le vió Daniel (*c.* VII, 9), para representar la terribilidad de su ira contra los malos, ó en trono blanquísimo de luz muy resplandeciente, como le vió san Juan (*Apoc.* XX, 11), para representar su infinita sabiduría y pureza, y la clemencia que tiene con los buenos; y de ambas figuras me puedo aprovechar al modo que se verá en el punto que se sigue.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se han de considerar las personas que asisten en este juicio, mirando las calidades y semblan-

tes de cada una. Estas son por lo menos cuatro.–La primera, es el alma que ha de ser juzgada, la cual estará sola, desnuda de su cuerpo y de todas las cosas visibles, vestida solamente de sus obras. Porque aunque se hallen á la muerte muchos deudos y amigos y muchas personas religiosas; pero en el punto que sale del cuerpo, ninguno la puede hacer compañía, ni favorecerla. Tan sola estará el alma del rey como la del labrador, la del rico como la del pobre, la del letrado como la del idiota; porque las dignidades y riquezas se quedan acá; y aunque tenga consigo las ciencias, no se hace allí caso sino de las obras (*Apoc.* XIV, 7), por donde veré cuán gran desatino es procurar con tanta solicitud lo que no me puede ayudar en aquel trance, con pérdida de lo que mas me importa.

2. Á los dos lados del alma, como se saca de la divina Escritura (*Zach.* III, 1; *Psalm.* CVIII, 6; *D. Greg.* hom. 39 in Evang.), estarán por lo menos el Ángel de la guarda y el demonio, con diferentes semblantes, conforme á los barruntos que tienen de lo que ha de suceder. Puedo imaginar, que á los malos asiste el demonio á su mano derecha, muy alegre por la presa que espera, y el Ángel al lado izquierdo con un semblante triste por la pérdida que teme: al contrario será en los buenos, pero siempre el demonio estará con su semblante feroz y horrendo.–La cuarta persona es el Juez, que es el mismo Dios, el cual ha de hacer este juicio invisiblemente, aunque dará señales de su presencia imprimiendo terrible miedo y horror en el malo, y paz y consuelo en el bueno. Y como es infinitamente sábio, no puede engañarse en lo que juzga; y como es sumamente bueno, no puede torcer de la justicia; y como es todopoderoso, ninguno puede resistir á su sentencia; y como es supremo Juez, no hay de su tribunal apelacion ni suplicacion, y su sentencia siempre es definitiva é irrevocable; porque, como todo lo que se puede ver en este pleito, lo ve y comprende en la primera vista, es supérflua la revista.

3. Ponderando estas cosas, imaginaré que mi alma está delante del tribunal de un tan recto Juez, como es Dios nuestro Señor, para ser juzgada; y un rato considerando mis pecados para moverme á temor, miraré al Juez indignado contra mí, con un rostro severo y un ánimo inexorable, y miraré á Satanás que está á mi lado derecho muy contento y como victorioso, aplicándome á mí lo que dice el real profeta David (*Psalm.* CVIII, 6): Prevalezca el pecador contra él, y el diablo esté á su mano derecha: cuando fuere juzgado, salga condenado, y la oracion que hiciere aumente su pecado. Otro

rato, para moverme á confianza, miraré al Juez benigno para conmigo con un rostro amoroso y apacible, y al Ángel de mi guarda á mi lado derecho alegre por mi victoria, imaginando qué está diciendo en mi favor contra el demonio lo que refiere el profeta Zacarías (*Zach.* III; 2): Reprímate el Señor, ó Satanás; reprímate el Señor. ¿Por ventura este pobrecito no es un carbon sacado del fuego para que no se acabase de quemar? Pues ¿qué le quieres? Ó justísimo Juez y misericordiosísimo Padre, confieso que soy carbon negro y feo, por mis culpas, medio abrasado con el fuego de mis pasiones. Lávame, Señor, y blanquéame con el agua viva de tu gracia, y con ella mata este fuego que me quema, para que el dia de la cuenta el demonio me deje, y el Ángel me ampare; tu misericordia me reciba, y tu justicia me corone. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar el tiempo y lugar en que se hace este juicio. El tiempo es el instante de la muerte; porque dado caso que por especial dispensacion de Dios se haya visto comenzar visiblemente un poco antes de la muerte en varios casos que han sucedido para nuestro ejemplo (*S. Juan Clim. c.* 7; *S. Greg.* IV Dialog. *c.* 37); pero de ordinario se hace invisiblemente en el mismo instante que el alma deja de informar su cuerpo, sin dilacion alguna. Y en el mismo momento se concluye todo el juicio, se hace la acusacion, y se da la sentencia y se ejecuta. Este momento he de traer siempre delante mis ojos, como principio que ha de ser de mis bienes ó males eternos; diciendo: *O momentùm à quo aeternitas.* Ó momento de donde comienza la eternidad; ¿quién se puede olvidar de tí sin grande peligro? y quién se puede acordar de tí sin grande espanto? Acuérdate, ó alma mia, de este momento, y procura no perder un momento de tiempo, pues en cada uno puedes merecer la vida que siempre ha de durar.

2. El lugar de este juicio es donde quiera que le coge la muerte á cada uno, sin que haya necesidad de ir al valle de Josafat, ni á otro lugar señalado; porque como el Juez está en todo lugar, así en todo lugar tiene su tribunal y hace este juicio, en la tierra y en el mar, en la cama y en la plaza, para que en todo lugar tema, pues no sé si aquel será el de mi juicio. Y porque la muerte mas ordinariamente sucede dentro del aposento y en la cama, cuando estoy en estos lugares he de imaginar algunas veces que allí está el tribunal y trono de Dios para juzgarme; y el Ángel bueno y malo para asistir al juicio, porque este santo pensamiento refrenará las demasías de la carne que brotan con la soledad del lugar.



3. De estas dos consideraciones he de sacar un grande [illegible] ofender á Dios, porque quizá el tiempo y lugar en que h[illegible] pecado será tambien el tiempo y lugar en que Dios haga su [illegible] como la mujer de Lot (*Genes.* XIX, 26), que en el mismo punto y puesto que volvió á mirar á Sodoma, se convirtió en estatua de sal. Y como dice san Pablo (I *Cor.* XI, 29), que quien come indignamente el cuerpo de Cristo nuestro Señor, come juicio para sí; así cuando bebo la maldad como agua (*Iob*, XIV, 16), bebo juicio para mi alma, y quizá la bebida será tan mortal, que al punto se ejecute este juicio.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la tela y órden de este juicio; esto es, los acusadores y testigos, la probanza y exámen riguroso que se ha de hacer de todas mis obras para juzgarme segun ellas.—Primeramente, los acusadores serán tres: el primero será el demonio, á quien san Juan (*Apoc.* XII, 10) llama acusador de nuestros hermanos, cuyo oficio es acusarlos delante de Dios de dia y de noche; pero en este juicio postrero con mayor odio y rabia me acusará de todos los pecados que hice por su persuasion, consintiendo á sus tentaciones, y aun añadirá falsas acusaciones, no mas que por sospechas; así porque no conoce las intenciones, como porque su ira y malicia le ciegan para que tenga por verdadero lo que es falso. Por tanto, alma mia, resiste siempre al demonio y no admitas cosa suya, para que cuando venga á juicio contra tí no halle cosa propia de que asirte ni culpa verdadera de que acusarte.— El segundo acusador será la propia conciencia de cada uno, la cual tambien será testigo y valdrá por mil, porque sus pensamientos darán latidos contra nosotros; y ellos, como dice el Apóstol (*Rom.* II, 15), nos han de acusar ó defender en aquella hora. Y como en la confesion yo mismo de mi voluntad soy reo, acusador y testigo contra mí, para que me absuelva el sacerdote; así entonces lo seré por fuerza, para que me juzgue Dios, y condene por lo que acá no hubiere perdonado.

2. Finalmente, el mismo Ángel de la guarda será el tercer testigo y en cierto modo acusador contra mí, por las rebeldías que tuve á sus inspiraciones y consejos. De donde sacaré lo mucho que me importa consentir siempre con las inspiraciones y buenos dictámenes de estos dos fieles compañeros, conciencia y Ángel, y rendirme á ellos cuando en esta vida me acusan y reprenden, porque despues en la otra no me condenen, conforme al consejo de Cristo nuestro Señor que dice (*Matth.* V, 25): Consiente de presto con tu

adversario, cuando andas con él por el camino y vas á parecer delante del príncipe (*Luc.* XII, 58), porque si entonces no te compones con él, te entregará al juez, y el juez al verdugo, y te echará en la cárcel, de la cual no saldrás hasta pagar el postrer maravedí. Ó Príncipe del cielo, á cuyo tribunal camino para ser juzgado; concédeme que tome tu consejo saludable, consintiendo siempre con estos dos buenos adversarios, para que, libre de la culpa, lo sea tambien del verdugo y cárcel eterna. Amen.

3. Pero sobre todo, he de ponderar el exámen rigurosísimo del mismo Juez, en el cual hay dos cosas terribles: La primera es de ser universal de todas mis cosas, haciéndome cargo de todos los pecados de obra, palabra y pensamiento, aunque no sea mas que ocioso (*Matth.* XII, 36); y de las omisiones y negligencias de mi vida, de la ingratitud y mala correspondencia que tuve á los beneficios divinos, así generales como especiales, como son Sacramentos, inspiraciones, etc. Además, me hará cargo de las malas circunstancias que mezclé con mis buenas obras. Pues por esto dice (*Psalm.* LXXIV, 3), que cuando llegue su tiempo, juzgará las mismas justicias, haciendo muy riguroso exámen de las obras que parecen buenas.—La segunda propiedad de este exámen es, que será evidente al mismo examinado; porque la probanza de todos los cargos será una luz clara con que descubrirá Dios á mi alma todos sus pecados, sin dejar ninguno; aun los que tenia olvidados ó pensaba que no lo eran. Y por esto dice por un Profeta (*Sophon.* I, 12), que escudriñará á Jerusalen con candelas; que es decir, no solamente juzgaré á los malos que viven en Babilonia, sino á los justos que viven en Jerusalen; y encenderé tanta luz para escudriñar sus almas, que ellos mismos vean los rincones de sus conciencias. ¡Oh qué afligida se hallará mi pobre alma con tan estrecho y riguroso exámen! ¡oh qué asombrada quedará con la evidencia de tan cierta y clara probanza! Ó Dios eterno, no entres en juicio con tu siervo; porque ninguno de los que viven, será en tu presencia justificado. Teme, ó alma mia, aunque no halles en tí culpas graves; porque quien te ha de examinar y juzgar es Dios (I *Cor.* IV, 4), que ve mas que tú y las puede hallar. Examínate con el mayor rigor que pudieres, y haz juicio riguroso de tí por las culpas que hallares (I *Cor.* XI, 31); porque si te juzgas con dolor, no serás mas juzgada para tu condenacion.

—Estos son los principales propósitos que debo sacar de esta consideracion, procurando cumplirlos cuando hago exámen de la con-

ciencia cada noche, ó para confesarme, como dirémos en las meditaciones XXVIII y XXXI.—

4. Últimamente, he de ponderar que en este exámen tambien descubrirá Dios al alma justa todas sus buenas obras, palabras y deseos, y aun las que tenia olvidadas, ó dudaba si habian sido buenas. Allí verá sus obediencias y penitencias, sus oraciónes y mortificaciones, alegrándose mucho con esta vista; pues por esto dijo la voz del cielo (*Apoc.* XIV, 13), ser bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras irán con ellos. Y con esta consideracion, comparando el exámen de buenos y malos, me animaré á vivir tal vida, que en el postrer exámen sea de Dios aprobada.

Punto cuarto.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, en el instante de la muerte, por su justa sentencia priva y desnuda á la miserable alma del pecador de las gracias y dones sobrenaturales, que le habian quedado despues del pecado, para que sin ellas entre en el fuego del infierno. La terribilidad de esta sentencia, y la pena que el condenado padecerá en este trance, puedo ponderar lo que sucede á un sacerdote que ha hecho un delito, por el cual merece ser quemado; y por no afrentar la dignidad sacerdotal con tan infame castigo, le degrada primero un obispos quitándole una por una las vestiduras sacerdotales, diciendo: Pues te hiciste indigno de la honra de sacerdote, te quitamos la vestidura sacerdotal y te privamos de la honra que tenias, y así degradado, le relajan al brazo seglar y ejecutan en él la pena de fuego que merece. De esta manera puedo imaginar que Cristo nuestro Señor (I *Petr.* II, 25), obispo y pastor de nuestras almas, degrada el alma del pecador, á quien dió en el Bautismo la dignidad del sacerdocio espiritual, y le adornó con vestiduras sacerdotales, privándole de ellas, porque con el pecado se hizo indigno de esta honra, desnudándose él mismo la principal vestidura de la gracia y caridad.

2. Lo primero, en aquel instante le quitará Dios la lumbre de la fe, que era su espiritual cíngulo, diciéndole: Porque te hiciste indigno de este cíngulo y no te ceñiste con él, ajustando la vida con lo que creias, yo te le quito para que permanezcas en perpétuas tinieblas, atado de piés y manos.—Luego le quitará la virtud de la esperanza, diciéndole: Porque te hiciste indigno de esta virtud; por no aprovecharte bien de ella, yo te quito la esperanza de las ayudas que te habia ofrecido para llevar el yugo suave de mi ley, y la

estola y prendas de inmortalidad y vida eterna que te habia dado, y te arranco el manípulo del llanto y penitencia para que no esperes de mí perdon de pecados, y te desnudo el amito de mi proteccion para que nunca mas goces de ella.–Tambien le quitará las gracias gratis dadas, que tuviere de profecía y hacer milagros, diciéndole: Porque te hiciste indigno de estas gracias, usando de ellas para tu honra vana, atropellando mi santa ley, yo te despojo de ellas y de todo lo que fuere gracia, porque para tí no habrá ya sino rigor de justicia. De esta manera quedará la desventurada alma con infame desnudez, cumpliéndose en ella la terrible amenaza de Ezequiel (*Ezech.* XXIII, 26): Te desnudarán todas tus vestiduras, te quitarán los atavíos de tu gloria, y te dejarán desnuda y llena de confusion. ¡Oh qué terrible confusion padecerá la desventurada alma, cuando se vea desnuda de lo que antes la adornaba! Ó Redentor del mundo, príncipe de los pastores y obispo de nuestras almas, no degrades ni desnudes la mia de las vestiduras que la diste en el Bautismo: vísteme de nuevo con la vestidura de tu gracia, que yo perdí por mi culpa, para que pueda librarme de esta desnudez y confusion eterna.

3. Luego he de ponderar, como el alma se queda con una de estas vestiduras, que es el carácter ó señal del Cristianismo, que la dieron en el Bautismo, y el de la Confirmacion y Sacerdocio (*D. Thom.* 3 *p. q.* 63, *art.* 5 *ad* 3), si recibió estos dos Sacramentos; pero esto será para su mayor tormento, porque los paganos y moros, que estuvieren con el cristiano en el infierno, mirando la señal del edificio que comenzó y no acabó, mofarán de él, diciéndole: Ó loco y desatinado, que tuviste tanto bien en las manos y le dejaste perder por tu culpa, ¿cómo no acabaste tu edificio, pues tantas ayudas tuviste para ello? Si nosotros fuéramos cristianos, procuráramos huir de la miseria que tenemos: ¿quién te engañó y te trajo con nosotros?

4. Finalmente, el ánima será desnudada de las virtudes morales y políticas que en esta vida ganó (*D. Thom.* in addit. *q.* 98, *art.* 1 *ad* 3; *ibid. art.* 7); quedará sin prudencia, ni justicia, ni fortaleza, ni otra alguna; y si la dejaren algunas ciencias que adquirió con su industria, será para mayor pena por no haber negociado con ellas la ciencia que la habia de librar de tanta miseria. De este modo se cumplirá en ella aquella temerosa sentencia de Job (*c.* XX, 14): El pan que comiere se convertirá dentro de su vientre en hiel de áspides, vomitará las riquezas que tragó, y se las sacará

Dios por fuerza. Ó alma mia, mira no vomites por tu voluntad las riquezas de la gracia y caridad que recibiste; porque despues te harán vomitar por fuerza la fe y las virtudes que ganaste; y las ciencias que ahora ganas con deleite, se convertirán en hieles de áspides para atormentarte.–Estos son los frutos principales que he de sacar de estas consideraciones, procurando negociar con los talentos que Dios me hubiere dado, porque el dia de la cuenta no me los quite Dios como al siervo perezoso (*Matth.* xxv, 28), dejándome solamente aquellos que como áspides y dragones han de morder mi corazon cruelísimamente, por lo mal que me aproveché de ellos.

Punto quinto.—Lo quinto, se ha de considerar la última sentencia que en el mismo instante de la muerte pronuncia Cristo nuestro Señor contra el pecador, intimándosela con una voz interior y espantable, diciéndole á solas las palabras que dirá despues á todos los malos en el juicio universal: Apártate de mí, maldito de mi Padre, al fuego eterno que está aparejado para Satanás y sus ángeles, que es decir: Vete de aquí, abominable pecador, que no mereces estar en mi presencia, ni entrar en mi gloria: vete al fuego eterno que tus pecados merecen, en compañía de Satanás, á cuyo brazo infernal te relajo, para que te lleve consigo.–Dada esta sentencia, en el mismo instante desampara Dios al alma, y el Ángel de la guarda se va, diciéndola, como á Babilonia (*Ierem.* li, 9): Harto hice por curarte, procurando tu salvacion, y no quisiste; pues yo te dejo en poder de quien tomará de tí la venganza que tu rebeldía merece. Y al mismo punto, con grande regocijo, arrebatará el demonio la desventurada alma, sin admitir ni oir suplicaciones ni ruegos, y dará con ella en los infiernos. De suerte que el pecador, en un abrir y cerrar de ojo, desde la cama donde estaba con gran regalo, rodeado de muchos amigos y parientes, muere, como dice Job (*c.* xxi, 13), en un punto, con muerte al parecer dichosa y sosegada; pero en el mismo punto baja al infierno, pasando de un extremo de bienes temporales á otro extremo de males eternos. ¡Oh qué sentirá la desventurada alma en aquella primera entrada en el infierno, cuando vea lo que dejó y lo que halla; cuando vea y sienta la cama de fuego, los colchones de gusanos (*Isai.* xiv, 11), la compañía de demonios y los demás tormentos, sin esperanza de salir de ellos! Ó justo Juez, ten misericordia de mí: *Et cum veneris judicare, noli me condemnare.* Cuando vinieres á juzgar, no me quieras condenar. Ó alma mia, teme esta sentencia de condenacion eterna, y vive de manera que merezcas ser libre de ella.

PUNTO SEXTO.— 1. Lo sexto, se ha de considerar la sentencia que se dará al justo, diciéndole invisiblemente Cristo nuestro Redentor con una voz amorosa (*Matth.* xxv, 34): Ven, bendito de mi Padre, á recibir el reino que te tengo aparejado desde el principio del mundo. Ven, ó siervo bueno y fiel, alégrate; que pues fuiste fiel en pocas cosas, yo te daré posesion de muchas: entra en el gozo de tu Señor. Y al mismo punto el demonio se va corrido, y el Ángel de la guarda recibe el alma, acudiendo otros Ángeles para acompañarla, como acudieron por el alma de Lázaro el pobre, y todos con gran regocijo la llevan al cielo á gozar de aquellos bienes eternos, cuando no tiene que purgar en el purgatorio. ¡Oh qué gozo tendrá el alma en aquella primera y tan deseada entrada! La que antes estaba llena de dolores, humillada con desprecios y turbada con temores, en un punto se verá muy otra, trocada toda su pena en gloria y su llanto en gozo, en compañía de Ángeles, en lugar de descanso, y engolfada en la vista de su Dios.

2. Consideradas estas cosas, haré comparacion de buenos á malos, y veré como la muerte de los malos, como dice David (*Psalm.* xxxiii, 22), es pésima y abominable, fin de sus descansos y principio de sus tormentos; y al contrario (*Psalm.* cxv, 19), la de los buenos es preciosa en los ojos de Dios, fin de sus trabajos y principio de sus descansos; y con esto me animaré á procurar una buena muerte, en que reciba una buena sentencia, alentándome á la penitencia y al ejercicio de las virtudes, confiando en la benignidad del Juez que me sentenciará con misericordia, si en vida me aprovecho de ella.

3. Concluiré con un coloquio á la Vírgen santísima, la cual en aquella hora no se entremete en este juicio, porque en saliendo el alma del cuerpo se cierra la puerta de la intercesion y del perdon, y se abre la de la justicia rigurosa; suplicándola, que desde luego abogue por mí y me negocie esta buena sentencia, alcanzándome obras dignas de ella. Para lo cual ayudará decir con espíritu las postreras palabras que la Iglesia pone en la oracion del Ave María, y las que dice en otro himno: *Maria mater gratiae, mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et mortis hora suscipe.* María, madre de gracia, madre de misericordia, del enemigo nos defiende y en la hora de la muerte nos recibe. Ó Vírgen soberana, pues sois abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Hijo; aplacad con vuestra intercesion su ira, alcanzándome lugar de verdadera penitencia, antes que se pase el tiempo de hacerla. Y pues la

sentencia que se da en la muerte es irrevocable, negociad, Madre clementísima, que me sea favorable, para que pueda ver al fruto bendito de vuestro vientre Jesús, y gozar de él en vuestra compañía por todos los siglos. Amen.

—Para el intento de esta meditacion, es muy á propósito lo que se dirá en la parte III, en la meditacion XXIV, meditando la muerte del rico avariento y de Lázaro el pobre: la cual es una viva estampa de lo que aquí se ha meditado.—

MEDITACION X.

DE LO QUE SUCEDE AL CUERPO DESPUES DE LA MUERTE Y DE LA SEPULTURA.

—*Qué es mortificacion.*—Uno de los principales provechos que debemos sacar de las meditaciones de la muerte, es aquel noble ejercicio de virtud, muy parecido con ella, que llamamos mortificacion, lo cual no es otra cosa que una muerte de nuestras pasiones y aficciones desordenadas, quitándolas la vida que tienen en nosotros mismos, procurando reprimirlas y sepultarlas hasta que se conviertan en polvo y nada; al modo que dijo David (*Psalm.* XVII, 38): Perseguiré á mis enemigos y los prenderé, y no cesaré hasta que desfallezcan, los desmenuzaré hasta derribarlos y ponerlos debajo de mis piés. Por esta causa dijo san Ambrosio (De bono mort., *c.* 3), que la vida del justo era imitacion de la muerte; porque su continuo estudio es matar la vida carnal, que siente dentro de sí, privándose de todas las cosas que su carne y voluntad propia desordenadamente codician, y reprimiendo las codicias que brotan, hasta quedar como muerto para todo lo que es pecado conforme á lo que dice san Pablo (*Rom.* VI, 11; *Colos.* II, 20): Teneos por muertos al pecado y por vivos á Dios, y pues estais con Cristo muertos á las cosas de este mundo, no querais tocar ni palpar lo que ha de ser para vuestra perdicion, sino mortificad vuestros miembros que viven en la tierra; esto es, las obras de la vida terrena, la inmundicia, concupiscencia, avaricia y las demás.—

—La práctica de esta mortificacion á semejanza de la muerte, irémos poniendo en esta meditacion, cuyo fin será la imitacion de la misma muerte. Y aunque en ella procedemos por los afectos de temor que son mas propios de la via purgativa, pero de suyo mas eficaces son los del amor, de quien se dice (*Cant.* VIII, 6), que es

fuerte como la muerte y duro como la sepultura; porque mata, sepulta y deshace todo lo que es contrario á su amado, como en su lugar verémos. De camino tambien en esta meditacion pondrémos en práctica un modo de meditar muy provechoso, espiritualizando las cosas exteriores que se perciben con los sentidos, aplicándolas á las interiores, y sacando de ellas reglas y avisos de perfeccion.—

PUNTO PRIMERO.— 1. El primer punto será, considerar cuál quedará mi cuerpo despues de muerto, desamparado ya del alma, ponderando especialmente tres miserias. – La primera, que pierde el uso de sus miembros y sentidos, sin poder jamás ver, ni oir, ni hablar, ni meneárse de un lado, ni gozar de los bienes de esta vida mortal. Ya no le inmutan las cosas hermosas, ni las músicas suaves, ni los olores apacibles, ni los manjares sabrosos, ni las cosas blandas. Todo esto es para él como si no fuese; porque perdió los instrumentos que tenia para gozar de ello, y le servirá muy poco todo lo que ha gozado. La segunda miseria es, quedar descolorido y desfigurado, feo, horrible, yerto, helado y hediondo, caminando con gran prisa á la corrupcion. De modo, que quien poco antes recreaba la vista con su hermosura, pone horror con su fealdad. De donde resulta la tercera miseria, que todos lo dejan solo en el aposento, en poder de los que le han de amortajar; y sus mismos amigos y domésticos no ven la hora de echarle de casa, y tienen por género de piedad negociar esto con presteza.

2. De esta consideracion sacaré cuán acertado será en vida hacer de grado algo de lo que despues ha de ser por fuerza y sin provecho, tratándome como muerto al mundo, y á todo lo que es carne y sangre, procurando imitar la muerte en otras tres cosas semejantes á las dichas, mortificando mis sentidos y privándome de los deleites de ellos, no solamente de los ilícitos, sino de algunos lícitos no necesarios; de modo que, como muerto no tengo de tener piés, ni manos, ni ojos, ni oidos, ni gusto, ni lengua para todo lo que es pecado, ó falta contra la perfeccion que profeso. Y en esta razon las cosas hermosas y apacibles de esta vida han de ser para mí como si no fuesen, poniéndolas debajo de mis piés; mirando, como dice san Gregorio (hom. XIII in Evang.), no á lo que ahora son, sino á lo que presto serán, pues por mas que vistas á la carne de brocado y seda, carne se queda. ¿Y qué es carne, sino heno? y qué es su gloria (*Isai.* XL, 6), sino flor del campo, que con un soplo se marchita?

Finalmente he de seguir la virtud con un ánimo tan generoso,

que como el muerto no se queja de que todos huyan de él y le dejen, así no se me dé nada de que el mundo me deje, huya de mí y me aborrezca como á muerto y crucificado; antes he de tener por dicha lo que dice David (*Psalm.* XXX, 12): Los que me miraban, huyeron de mí, olvidáronme de corazon como si estuviera muerto: fuí semejante á un vaso quebrado, oyendo muchos desprecios de los que estaban cabe mí. ¡Oh si muriese en mi corazon, para no sentir que los hombres me tratasen como muerto! oh si yo estuviese tan muerto y crucificado á todo lo que es mundo, que el mundo tambien me tuviese por crucificado y muerto! (*Galat.* VI, 11). Concédeme, ó dulce Jesús, que por la ley de tu gracia muera á la ley de la culpa, para vivir á Dios, gustando de estar enclavado contigo en tu misma cruz (*Ibid.* II, 19); de modo que ya no viva yo, sino tú en mí, por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. El segundo punto es considerar el vestido, cama y aposento que se apareja para mi cuerpo muerto. El vestido por la mayor parte es cási lo peor de la casa, y bien sencillo; porque no es mas que una pobre sábana por mortaja, sin otros aderezos de seda y oro mas preciosos, y si algo de esto me ponen para llevarme á enterrar, antes de entrar en la sepultura me lo quitan.—La cama es la dura tierra, y como dice el profeta Isaías (*Isai.* XIV, 11), los colchones serán la polilla; los cobertores, los gusanos; las cortinas y almohadas, los huesos de otros muertos.–Y á este talle será la casa y aposento, porque no es otro que una estrecha huesa de siete piés de largo, que se fabrica en media hora; porque las demás fábricas suntuosas de los sepulcros, de nada sirven al triste cuerpo, ni es capaz de gozar de ellas. De todo esto sacaré confusion y vergüenza grande, por la vanidad y sensualidad con que deseo la curiosidad del vestido, la blandura de la cama, y la anchura de la habitacion, alentándome á mortificar las demasías que en esto tuviere, y á llevar con paciencia cualquier cosa que de esto me faltare; pues lo que ahora tengo, por poco que sea, me viene muy ancho, y es mucho comparado con lo que me espera.

—*Los votos de religion son imitacion de la muerte.*—Pero en particular si soy religioso ó deseo ser perfecto, puedo sacar de aquí grandes motivos para serlo con excelencia, procurando que mi vida sea una continua meditacion, é imitacion de la muerte en las tres cosas propias de este estado.–

2. Lo primero, en la desnudez de todas las cosas, á que me obliga la perfecta pobreza. De suerte, que como el muerto pierde el domi-

nio de todas sus riquezas, y pasan á sus herederos ó á los pobres, y no siente que le dejen desnudo, ó le dén el peor vestido, ó le entierren en lugar despreciado; así yo no me contentaré con dejar todas las cosas que poseia, y darlas á los pobres, por seguir al desnudo Jesús, sino tambien llevaré de buena gana la falta que tuviere de lo necesario, y gustaré de que me dén lo peor, cuanto al vestido, cama, aposento y casa, sin quejarme de ello mas que se queja el muerto; porque (*Iob*, I, 21) si salí desnudo del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á ella, no es mucho que viva desnudo al modo dicho, conformando el medio de la vida con la entrada y salida de ella.—Lo segundo, imitaré la muerte renunciando todos los deleites sensuales, á que me obliga la perfecta castidad. De modo que, como en la muerte se deshacen los matrimonios, cesan los cuidados de mujer, hijos y familia, y se hace un divorcio general de todas las cosas de la tierra y de los deleites de la carne; así yo con el voto de la castidad gustaré de estar como muerto á todas estas cosas y á los cuidados de ellas, como si en el mundo no las hubiera para mí, ó yo no estuviera vivo para ellas.

3. Lo tercero, imitaré al muerto en la perfecta obediencia, porque como el cuerpo muerto se deja menear y llevar donde quiera, y tratar como quiera sin resistencia ni repugnancia ó queja, ni tiene voluntad para escoger la mortaja ó sepultura, ni cosa alguna, tomando solamente lo que otros le dan, así yo, en todo lo que no es pecado, me dejaré gobernar de mis prelados y mayores, obedeciendo á cuanto me mandaren, alto ó bajo, dulce ó amargo, fácil ó difícil, sin replicar ni contradecir ó repugnar á cosa alguna, ni tendré voluntad propia para escoger esto ó aquello, sino, como muerto á mi voluntad propia, seguiré la ajena, tomando lo que se me diere con humildad.—Estos son los propósitos que he de sacar de esta consideracion de la muerte, alentándome á ponerlos por obra; pues no es mucho por cincuenta años (aunque quizá no serán cincuenta dias) anticipar de esta manera la muerte por asegurar la vida eterna, donde cincuenta mil millones de años poseeré las riquezas de Dios, gozaré de sus deleites y tendré perfecta libertad, libre de toda miseria. ¡Oh dichosa muerte, á la cual se sigue tan dichosa vida! Ó dulce Jesús, cuya vida fue una continua muerte para darnos ejemplo de una santa y perfecta vida, concédeme que á tu imitacion viva y muera desnudo de todas las cosas terrenas, mortificado á todas las deleitables, y obediente á toda humana criatura por tu amor: téngame siempre como muerto á todo lo visible, para que mi vida

(*Colos.* III, 3) esté escondida contigo en Dios por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. El tercer punto es, considerar la jornada del cuerpo hasta la sepultura; ponderando lo primero como seré llevado en unas andas ó ataud en hombros de otros hasta la iglesia; y el que poco antes paseaba las calles mirando á una y otra parte, y entraba en la iglesia registrando cuanto pasaba en ella, ahora va en piés ajenos, ciego, sordo y mudo, siendo motivo de llanto por su miseria. Y así, para reprimir los brios de mi carne, procuraré cuando me levanto de la cama acordarme que algun dia otros me levantarán para nunca mas volver á ella. Y cuando bajo las escaleras de mi casa, diré: Dia vendrá en que otros me bajen por aquí, para nunca mas subir. Y cuando voy por la calle, ó entro en la iglesia, imaginaré que presto me llevarán por la misma calle, y entraré en aquella iglesia para nunca mas salir. - Luego consideraré el acompañamiento con que soy llevado á enterrar, cantando unos, llorando otros, y siguiéndome muchos por honrarme con piedad, ponderando cuán poco se le dará á mi cuerpo que le hagan poca ó mucha honra. Y mucho menos á mi alma, si está en el infierno, antes le dará mayor pena esa honra, si la supiese.

2. Luego miraré como me echan en la sepultura y me cubren con tierra, poniéndome una losa encima, donde mi cuerpo será comido de gusanos y convertido en polvo, y muy presto seré olvidado de todos, como si nunca hubiera sido en el mundo. Y cuando haya de mí mucha memoria y muy honorífica, muy poco se le dará á mi alma, si no goza de Dios; como le aprovecha poco á Aristóteles ó Alejandro Magno ser alabados en el mundo, estando con terribles tormentos en el infierno; y como dice un Santo: ¡Ay de tí Aristóteles, que donde no estás eres alabado, y donde estás eres atormentado!

— De estas consideraciones sacaré algunos desengaños, persuadiéndome á no hacer caso de las vanas honras de esta vida, y á humillarme y ponerme en mi estima debajo de los piés de todos, como gusano y polvo que de todos es pisado y desechado, y asimismo á no despreciar á los pobres y pequeñuelos, pues en la muerte seré presto igual con ellos. Y hablando con mi alma, la diré: Mira bien en qué ha de parar esa carne que tienes. Mira á quién regalas, á quién adornas, y sobre quién fundas torres de viento; pues todas son como un poco de polvo que levanta el viento de la superficie de la tierra, y luego torna á caerse en ella. (*Psalm.* I, 4).

Avergüénzate de sujetarte á tan vil carne, y procura sujetarla como á esclava, para que te ayude á negociar la vida eterna. Ó Dios eterno, esclarece los ojos de mi pobre alma con tu soberana luz para que vea el triste fin de su miserable cuerpo, y desprecie lo que tiene presente, con la vista de lo que está por venir.

3. Finalmente, consideraré como no puedo saber si me cabrá en suerte tan honrosa sepultura, ó si permitirá Nuestro Señor en castigo de mis pecados, que sea sepultado en los vientres de los peces y de las fieras; ó, como dice Jeremías (*c.* XXII, 19), en la sepultura de los jumentos, siendo comido de cuervos ó perros como la desventurada Jezabel (III *Reg.* IX, 36), lo cual tengo bien merecido por mis pecados; porque á vida bestial debida es sepultura de bestias, y así, cuanto es de mi parte, aborreceré la pompa vana de los sepulcros mundanos, deseando en vida y en muerte escoger para mí el lugar mas humilde de la tierra.

— Tambien puedo espiritualizar lo que se ha dicho en estos tres puntos, aplicándolo al alma muerta por el pecado, la cual queda fea y espantable, inhabilitada para hacer obras merecedoras de vida eterna, llevándola sus pasiones á enterrar en el profundo de los males, cubriéndola con la losa de la obstinacion, hasta que baja á la sepultura oscura y horrenda del infierno. Todo lo cual me há de mover á compasion, porque si lloro el cuerpo de quien se ausentó el alma, mas razon es llorar el alma de quien se ausenta Dios. (*Ex D. August.*). Y pues diera vida al cuerpo muerto, si pudiera, razon es que procure la vida del alma por los medios que Dios me ha dado para ello, antes que con el cuerpo muera tambien sin remedio el alma. ¡Oh Dios eterno, no permitas que en cuerpo vivo traiga alma muerta! Vivifícala con tu gracia, para que cuando el cuerpo muera ella alcance la vida eterna. Amen.

— De esta consideracion se dirá en la parte III, en la meditacion XXXIX, XL y XLI, meditando los tres difuntos que Cristo resucitó. —

MEDITACION XI.

DE LA MEMORIA DE LA MUERTE, Y DEL POLVO EN QUE NOS HEMOS DE CONVERTIR EN LA SEPULTURA.

— Esta meditacion se fundará en las palabras de que usa la Iglesia el miércoles de Ceniza (*Genes.* III, 19): *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* Acuérdate, hombre, que eres pol-

vo, y que te has de convertir en polvo; las cuales dijo Nuestro Señor á Adan despues que pecó, intimándole la sentencia de muerte que merecia su pecado. Y de camino nos declara lo que fuimos, lo que serémos y lo que somos, diciendo que todo es polvo. —

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, aunque pudiera criar el cuerpo de Adan de nada, como crió su alma, no quiso sino hacerle de una materia por una parte vilísima y groserísima, y por otra parte visible y palpable, que es el polvo y lodo de la tierra, para que viendo cada dia con sus ojos corporales este lodo (*Genes.* II, 7), se acordase continuamente de su orígen y principio para dos fines. El primero, para que se humillase profundamente, y entendiese que de suyo merece ser despreciado, pisado y hollado como lodo, y que no tiene por qué envanecerse, aunque tenga grandes biénes, pues todos se fundan en polvo. Y el segundo, para que se moviese á amar y servir á su Criador, tan amoroso y poderoso, que de tan vil polvo le levantó á tanta alteza, como es ser hombre, con la imágen y semejanza del mismo Dios.

2. De suerte, que el polvo y lodo han de servir de despertadores que me traigan á la memoria mi orígen y la materia de que fuí formado, imaginando cuando los viere, que me dan voces y me dicen: Acuérdate que eres polvo, humíllate como polvo: ama, sirve y obedece al Criador que te sacó del polvo. Y cuando me envanezco con los dones que tengo, he de imaginar que me dan voces, reprimiendo mi vanidad, diciéndome: ¿De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? (*Eccli.* X, 9). ¿Por qué te engries, vaso de barro? (*Isai.* XLV, 9). Escarmienta en el olvidadizo Adan, que olvidado de su polvo presumió ser como Dios, y se rebeló contra su Hacedor. Ó Hacedor omnipotente, no permitas en mí tan perjudicial olvido, porque no caiga en tan grave daño. Esclarece mis ojos para que mire con espíritu el lodo de que fuí formado, y abre mis oidos para que oiga sus clamores, imprimiéndolos en mi corazon para que nunca me olvide de ellos. Amen.

— De este punto se dirá largamente en la parte VI, en la meditacion XXVI. —

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, viendo el olvido de Adan y su soberbia, le condenó á muerte y á que se convirtiese en el polvo de que fue formado; en lo cual principalmente pretendió tres fines para bien suyo y nuestro. El primero, para castigar con esto su pecado, y para que todos

echásemos de ver cuán grave mal es la culpa, pues basta para destruir y convertir en polvo una fábrica tan hermosa y rica como es el hombre, porque si Adan no pecara, no muriera, sino fuera trasladado al cielo en cuerpo y alma con toda su entereza y perfeccion; más por su pecado el alma es forzada á dejar el cuerpo, y el cuerpo se desmorona y convierte en menudo polvo, conforme al dicho del Apóstol (*Rom.* v, 12): Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte.

2. El segundo fin fue, para que la memoria de la muerte, y de qué nos hemos de convertir en polvo, fuese medicina mas eficaz de nuestra soberbia, pues no bastó para humillarnos habernos hecho de polvo. De modo, que el polvo y lodo de la tierra, que veo y palpo, no solamente es despertador que me trae á la memoria el orígen de donde comencé, sino el fin en que tengo de parar; y cuando le miro, he de imaginar que me está dando voces, diciéndome: Acuérdate que te has de convertir en tierra y polvo, y que has de ser pisado y hollado como yo. Pues ¿de qué te ensoberbeces? Hoy eres carne, presto serás polvo; ¿de qué te engries? Ó Padre de misericordias, gracias te doy porque el castigo de mi culpa hiciste medicina de mi soberbia. Concédeme que no sea sordo á estas voces que me da el polvo, para que el castigo de padre piadoso no se convierta en castigo de juez severo.

3. El tercer fin fue, para que el temor de este castigo y de este polvo en que ha de parar la carne sea aguijon de nuestra tibieza para hacer penitencia por los pecados cometidos, y freno de nuestros brios sensuales para enfrenar nuestras pasiones. De modo, que si no bastare para nos aguijar y enfrenar la memoria del soberano beneficio que Dios nos hizo en sacarnos del polvo de la tierra, baste siquiera la memoria de que cuando menos pensarémos, hemos de convertirnos en polvo, y así recabe el temor lo que no recaba el amor. Por tanto, alma mia, toma el consejo del Profeta (*Mich.* I, 10), que dice: En la casa del polvo cúbrete de polvo; y pues vives en carne que es de polvo y has de morar presto en la casa del polvo, que es la sepultura, cúbrete de ceniza y polvo, haciendo penitencia de tus pecados, y con la memoria de este polvo polvorea las cosas dulces de esta vida, para que no te lleven tras sí á la muerte eterna.

PUNTO TERCERO.— 1. De aquí subiré á considerar el espíritu que está encerrado en estas palabras, ponderando como no sin causa no me dicen: Acuérdate que fuiste polvo, sino que lo eres de presente, para significar que de mi naturaleza corrupta soy tierra y polvo,

porque soy inclinado á cosas terrenas, á riquezas, honras y regalos de la carne, y como polvo soy instable y mudable, dejándome mover de los vientos de cualquier tentacion, especialmente de vanidad: y si no me refreno, me convertiré en tierra y polvo, siguiendo mis inclinaciones y convirtiéndome en hombre terreno, ambicioso, sensual y vano. Por lo cual me tengo de humillar grandemente, y temblar de mi flaqueza y mutabilidad y del peligro en que vivo.

2. Luego ponderaré, como de estos daños me podré librar con la divina gracia, acordándome que así yo, como las cosas terrenas que amo, se han de acabar y convertir en polvo. Y con este espíritu, cuando viere un hombre rico y poderoso, cuyas riquezas y grandeza me lleva los ojos tras sí; para que no me derribe la avaricia y ambicion, me acordaré que es polvo, y su oro y plata es tierra, y todo se convertirá en ella. Y si veo alguna persona hermosa, para que no me tiente y venza la lujuria, tambien me acordaré que ella y su adorno es polvo, porque en esto ha de parar. Y con este espíritu aplicaré estas palabras á todas las cosas de la tierra, diciéndome á mí mismo: Acuérdate que esto que ves y codicias es polvo, y se ha de convertir en polvo y ceniza; y si lo amas desordenadamente, serás polvo y tierra como ello es. Por tanto ama solo á Dios y los bienes celestiales, para que en virtud de su gracia pueda decirse de tí: Cielo eres y en cielo te convertirás, transformándote con él amor en el cielo que amas.

Punto cuarto.—Lo cuarto se ha de considerar, como Dios nuestro Señor me dice cada dia por medio de los muertos y de sus calaveras y huesos estas mismas palabras: Acuérdate que eres polvo y que te has de convertir en polvo; para que se impriman mas fuertemente en mi corazon y saque de ellas mayor provecho. Esto puedo ponderar, trayendo á la memoria aquella memorable sentencia del Eclesiástico, que abraza el sentido y espíritu de las palabras dichas (*c.* XXXVIII, 23): *Memor esto iudicii mei, sic erit et tuum: mihi heri, et tibi hodie.* Acuérdate de mi juicio, porque tal será el tuyo; ayer por mí, hoy por tí. Y porque el difunto tuvo dos juicios, uno de su cuerpo por el cual fue condenado á convertirse en polvo y gusanos; otro del alma por el cual recibe sentencia conforme á sus merecimientos, de ambos dice que nos acordemos. Y así en viendo algun difunto ó las calaveras y huesos de los finados, he de imaginar que me dicen: Acuérdate que donde tú te ves, me ví, y donde me veo te has de ver: ayer se acabó mi vida, hoy quizá se acabará la tuya: ayer me convertí en polvo, hoy comenzará por tí lo mismo: ayer

doblaron por mí las campanas, hoy quizá doblarán por tí las mismas: ayer dí cuenta á Dios de mis obras, hoy la darás tú de las tuyas: ayer recibí sentencia segun mis merecimientos, hoy la recibirás tú segun los tuyos. Mira bien que todo esto será hoy (*Hebr.* III, 13), porque todo el tiempo de tu vida es como un dia, y quizá para tí no habrá mas que hoy, y no llegarás á mañana. Ó alma mia, oye las voces que te dan los difuntos; atiende á la leccion que te leen sus huesos secos; mira bien el juicio que pasó por ellos, pues tal ha de ser el tuyo; vive como ellos quisieran haber vivido; aparéjate como quisieran haberse aparejado; pasea en vida muchas veces esta carrera por donde pasaron, para que cuando llegue tu hora la corras de tal manera, que alcances la vida eterna. Amen.

MEDITACION XII.

DE LOS ENGAÑOS Y DAÑOS GRAVÍSIMOS QUE TRAE EL OLVIDO DE LA MUERTE, Y EL MODO COMO SE HAN DE REMEDIAR.

— *De la parábola del rico codicioso.* —Esta meditacion fundaré en lo que Cristo nuestro Señor dice de un hombre rico, el cual, habiendo cogido copiosos frutos de su heredad, echaba trazas dentro de sí mismo de ensanchar sus graneros para recogerlos y guardarlos; y hablando con su alma, la dijo: *Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años, descansa, come y bebe y date á placer.* Y luego le dijo Dios: *Necio, esta noche te pedirán y sacarán el alma; las cosas que allegaste ¿cuyas serán?* (*Luc.* XII, 19). En persona de este rico tan olvidado de su muerte, se representa lo que pasa por los que tienen semejante olvido, especialmente cuando son ricos, sanos y mozos; lo cual he de aplicar á mí mismo, en la forma que se sigue. —

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se han de considerar tres grandes engaños que trae consigo el olvido de la muerte, por razon de los cuales Dios nuestro Señor llamó necio á este rico.–El primer engaño es, prometerme muchos años de vida, y echar trazas de lo que tengo de hacer en ellos, como si esto dependiera solamente de mi voluntad y no de la de Dios, el cual quizá tiene trazado de quitarme la vida en la misma noche ó dia en que pensaba que sería muy larga, y con esto deshace mis trazas, y descubre como eran muy erradas. Por lo cual me reprenderé con las palabras de Santiago apóstol (*c.* IV, 13), diciéndome: ¿Cómo te atreves á decir, mañana iré

á tal ciudad y estaré allí un año, negociaré y saldré con ganancia; y no sabes lo que será de tí mañana? Porque tu vida es un vapor que presto se deshace. Mas razon fuera que dijeras: Si Dios quisiere y viviere, haré esto ó aquello; porque de otra manera te hallarás burlado si Dios ha trazado lo contrario.

2. El segundo engaño es, prometerme no solamente larga vida, sino asegurarme que tendré salud, fuerzas y contento con los bienes que poseo, y que ellos tambien durarán tanto como yo. De donde procede, que con la obra exhorto mi alma y la digo: *Requiesce, comede, bibe et epulare.* Descansa, come, bebe, date á banquetes y placeres, que nada te faltará. Lo cual es gravísimo engaño, porque todo esto depende de Dios, el cual me puede quitar los bienes antes que se me acabe la vida; y cuando no los quite, me puede quitar la salud y fuerzas, como dice el Eclesiastés (*c.* v, 16) de modo que no goce de ellos.

3. El tercer engaño es, olvidarme de proveer lo necesario para la otra vida, como si no hubiera mas que esta presente; y esta fue la mas calificada necedad de este rico; porque habiendo proveido á su alma de tantos bienes para pasar esta vida temporal, totalmente se olvidó de proveerla de los bienes necesarios para la vida eterna; por lo cual es forzoso que la desventurada alma que en esta miserable vida comia, bebia y banqueteaba, despues padeciese perpétua hambre y sed, y eterna miseria.—Ponderando estos tres engaños, examinaré si está mi alma engañada con ellos, y la exhortaré á lo contrario de este rico diciéndola (*Prov.* XXVII, 1): Alma mia, no te prometas largos años, porque quizá no acabarás el presente, no te glories del dia de mañana, porque no sabes lo que parirá el dia que está por venir. No te dés al descanso, sino al trabajo; no á comidas y banquetes, sino á ayunos y lágrimas. Ten cuidado de la vida eterna que te espera; porque despues de la muerte no hay lugar de merecer el descanso y hartura que ha de durar. Ó Dios eterno, líbrame, por tu infinita bondad, de estos miserables engaños, antes que la muerte me coja en ellos. Exhorta tú mi alma á las obras que te agradan, para que de hoy mas se aparte de todas las cosas que te ofenden. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar los graves daños que padecen en la muerte los que han tenido estos engaños toda la vida, sacándolos de las palabras que Dios nuestro Señor dijo á este rico: *Stulte, hac nocte animam tuam repetent à te; et quae parasti cuius erunt?* Necio, esta noche te pedirán por fuerza el alma;

los bienes que allegaste, ¿cuyos serán? Á donde se tocan cuatro graves daños, por los cuales con mucha razon dice David (*Psalm.* xxx, 22), que la muerte de los pecadores es muy mala. — El primer daño es, morir en su misma necedad, sin caer en la cuenta de ella hasta que no tiene remedio; porque tarde ó temprano, buenos y malos vendrán á desengañarse; pero en diferente manera, porque los malos duran en su engaño hasta la muerte, y entonces con la experiencia de sus tormentos y miserias caen en la cuenta de que vivieron engañados, y se llaman á sí mismos: *Insensati* (*Sap.* v, 4), hombres sin seso y sin juicio. Mas los buenos desengáñanse en vida con la lumbre de la fe, y apercíbense para la muerte antes de verse en ella. Por tanto, alma mia, toma por maestra de tus desengaños esta lumbre divina, si no quieres que lo sea la experiencia de la miseria eterna; y escarmienta en cabeza ajena, antes que venga este daño por la tuya.

2. El segundo daño es, morir de noche, esto es, con muerte repentina y apresurada en medio de su delito, porque muchas veces cuando están sanos y contentos, como este miserable rico, les intima Dios la sentencia de muerte y juntamente la ejecuta, pasando de la noche temporal á la eterna, y de las tinieblas interiores del corazon á las exteriores del infierno. (*Matth.* VIII, 12). Con este temor pediré muy de veras á Nuestro Señor me avise de tal manera el peligro de mi muerte, que me dé lugar para disponerme á ella, como avisó al rey Ezequías por medio del profeta Isáias (*Isai.* XXXVIII, 1), diciéndole: Ordena tu casa, porque morirás. Mas para esto no he de esperar revelaciones del cielo, sino mi profeta Isaías ha de ser la lumbre de la fe y de la razon; la inspiracion de Dios; la experiencia de las muertes de otros; la enfermedad grave que me saltea; y el aviso del médico cuando me dice que tengo peligro. Y generalmente, pues no tengo un dia cierto de vida, y cada dia puedo esperar la muerte, cordura es imaginar que hoy me dice Dios: Ordena hoy tu alma, porque quizá morirás mañana; y hacerlo luego así.

3. El tercer daño es, morir por fuerza y con violencia, pidiéndoles y arrancándoles el alma á su pesar. En lo cual ponderaré la diferencia que hay entre los justos desengañados y los pecadores engañados; porque los justos ofrécense de su voluntad á la muerte cuando Dios quiere que mueran, y dícenle con David (*Psalm.* CXLI, 8): Saca, Señor, de esta cárcel á mi alma, para que alabe tu santo nombre; y (*Psalm.* xxx, 6): En tus manos encomiendo mi espíritu, pues

tú me redimiste, Dios de la verdad. Y aunque la naturaleza rehusa algo la muerte, pero prevalece contra ella la gracia; y en pidiéndoles Dios el alma, se la dan con gran resignacion; pero los malos aborrecen la muerte y llévanla con impaciencia. Y por esto se dice que los demonios, ministros de la divina justicia, les piden y arrancan el alma contra su voluntad. Ó Dios eterno, concédeme que viva tan descarnado de todas las cosas de esta vida, que no sea menester sacarme el alma por fuerza. Pídemela, cuando quisieres, que aparejado estoy á dártela de buena gana en cualquier dia que la pidieres.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la terribilidad de aquella lastimosa pregunta, que hace Dios nuestro Señor: *Las cosas que allegaste, ¿cuyas serán?* En la cual se representa el último daño de los que viven olvidados de la muerte, al modo dicho, que es dejar de repente con gran pena los bienes que tenian, sin gozarlos, ni disponer de ellos, ni saber á quién vendrán; esto es decirles: Los bienes que allegaste, ¿cuyos serán? ¿Cuya será la casa en que vives, y la cama en que duermes, y los ricos vestidos con que te atavias, y los tesoros de oro y plata que tienes en tus arcas? ¿Cuyos serán los criados que ahora te sirven, y los amigos que ahora te entretienen, y el oficio y dignidad por la cual todos te honran? Ó miserable de tí, que atesorabas, sin saber para quién allegabas tus tesoros (*Psalm.* xxxviii, 51); porque tu desventurada alma, para quien los recogias, ya no podrá mas gozar de ellos.

2. Esta pregunta tengo de hacer á mí mismo, examinando el género de bienes que en esta vida he atesorado, y diciéndome: Los bienes que allegaste en vida, ¿cuyos serán en la muerte? ¿Por ventura serán de tu alma, ó del heredero que no conoces? (*Eccli.* i, 18). Si son bienes temporales, cierto es que no serán tuyos; porque en muriendo el rico, nada llevará consigo (*Psalm* xlviii, 18), ni bajará con él la gloria que tenia: pero si son bienes espirituales de virtudes y buenas obras, tuyos serán, porque estos acompañan á los que mueren en el Señor (*Apoc.* xiv, 13), y no los desamparan hasta ponerlos en el trono de su gloria. Por tanto, alma mia!, trabaja por atesorar bienes que en vida y en muerte siempre sean tuyos, sin que nadie pueda privarte de ellos.

3. Á semejanza de esta pregunta haré tambien otra á mí mismo, diciéndome: Esta alma que tienes ahora en tu cuerpo, ¿cuya será? ¿Por ventura será de Dios ó del demonio? ¿Será de Cristo, que la redimió, ó de Satanás, á quien ella se sujetó? Si estoy en pecado

mortal, y muero en él, sin duda será del demonio: él vendrá á pedírmela, y la arrebatará, porque es suya por la culpa; pero si estoy en gracia de Dios, y en ella persevero, será de Dios, y él vendrá por ella para llevarla consigo. Por tanto haz luego penitencia de tus pecados, porque si viniere hoy el príncipe de las tinieblas, no halle en tu alma cosa suya, y así la deje (*Psalm.* CXVIII, 94). Ó Rey del cielo y de la tierra: *Tuus sum ego, salvum me fac,* Tuyo soy; sálvame: tuya es mi alma porque la criaste, y tuya porque la redimiste; sea tambien tuya, santificándola con tu gracia, para que sea perpétuamente tuya, coronándola con el premio de tu gloria. Amen.

PUNTO CUARTO. – *De la horrenda muerte del rey Baltasar.* — 1. Por conclusion y confirmacion de lo que se ha dicho en estos tres puntos, consideraré un terrible ejemplo y estampa de ello en el rey Baltasar (*Dan.* V, 25), el cual estando comiendo y bebiendo en un banquete, vió de repente los dedos de una mano que escribian en la pared estas palabras: *Mane, Thecel, Phares.* Contó, pesó, dividió. Las cuales declaró Daniel en esta forma: Contó Dios tu reino, y llegó su fin. Te pesó en su peso, y te halló falto. Dividió tu reino, y entrególe á los medos y persas. Y así sucedió aquella misma noche, siendo muerto miserablemente.

2. Aplicando esto á mí mismo si vivo en semejante olvido, he de imaginar que de repente llegará un dia ó una noche, en la cual Dios nuestro Señor con los dedos de su omnipotencia escribirá en la pared de mi conciencia la sentencia de estas tres palabras. – La primera, Dios ha contado los dias de tu vida, y los que has de gozar de tu reino, de tu hacienda, honra, dignidad y oficio, y ya están cumplidos, y este dia de hoy será el postrero. – La segunda, te ha pesado en su peso, examinando tus obras sin dejar ninguna (*Apoc.* III, 2), y halló que estaban faltas, y que no eran obras llenas, porque no habias cumplido todas tus obligaciones. – La tercera, Dios ha dividido y apartado de tí tu reino, tu hacienda y dignidad, y los bienes que tenias, y los ha entregado á tus enemigos, ó á los extraños, y á otros que gocen de ellos. Tambien ha dividido tu cuerpo y alma, y el cuerpo ha entregado á los gusanos para que le coman, y el alma á los demonios para que la atormenten; y en la misma hora que se intime esta sentencia, la ejecutará Dios, sin haber quien le resista. ¡Oh qué temblores sentiré entonces, mas terribles que los del rey Baltasar! oh qué clamores y quejidos, qué turbaciones y agonías de muerte afligirán á mi pobre alma, con tanto mayor tormento, cuanto fue mayor su olvido! Acuérdate, Dios mio, de mí por tu

misericordia, y estampa en mi alma la memoria de estas tres sentencias, de modo que me acuerde siempre de la cuenta que has hecho de mis dias, y del postrero, que ha de ser fin de ellos, para que viva con tanto cuidado que el dia del juicio, cuando me pusieres en tu peso, no me halles defectuoso, sino entero y lleno en todas mis obras; y aunque dividas de mí el reino de la tierra, no me excluyas del reino de tu cielo. Amen.

MEDITACION XIII.

DEL JUICIO UNIVERSAL, CUANTO Á LAS SEÑALES Y COSAS QUE PRECEDERÁN Á SU DIA.

PUNTO PRIMERO. — *De las causas del juicio.* — 1. Por fundamento de esta materia se ha de considerar la verdad del artículo de la fe; que nos enseña que además del juicio particular, que se hace de cada hombre en la hora de la muerte, habrá otro universal de todos los hombres juntos á la fin del mundo; el cual juicio será público y visible, ordenado por la divina Providencia por muchas causas. — La primera, para confirmar la sentencia que se dió en el juicio particular, y manifestar al mundo su justicia; y juntamente suplir lo que allí falta. Porque en la muerte solamente se hace juicio del alma y no del cuerpo, y á veces sucede ser el alma condenada en el juicio de Dios, y el cuerpo ser llevado á la sepultura con grande honra; ó al contrario, ser el alma llevada con gran gloria al cielo, y el cuerpo con grande ignominia á la sepultura. Y pues cuerpo y alma se aunaron en servir, ó en ofender á Dios, justo era hubiese un dia en que se hiciese juicio de ambos. Con lo cual alentaré mi carne para que sirva al espíritu, pues tambien ha de ser con él juzgada.

2. La segunda causa es, para volver Dios por la honra de los justos oprimidos en esta vida, y mucho mas por el buen crédito de su gobierno, para que todos vean que ha sido sábio y santo en cuanto ha ordenado y permitido. De modo, que ni los buenos se quejen mas de que la virtud fue oprimida (*Psalm.* LXXII, 18), ni los malos se glorien de que el vicio fue ensalzado: y finalmente queden confundidos los juicios temerarios de los que se abalanzaron á juzgar lo que no sabian. Por lo cual dijo el Apóstol (I *Cor.* IV, 5), no juzguemos antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual descubrirá los secretos que están en tinieblas, y manifestará lo que está escondido en los corazones.

3. La tercera causa es la gloria de Jesucristo nuestro Señor, para que no solamente se descubra en el cielo á los buenos, sino tambien en la tierra, donde fue patente su ignominia, se manifieste á los malos; y los que vieron su humillacion, vean el premio de ella. Y á esta causa el lugar del juicio será el valle de Josafat (*Joel*, III, 2), cercano á Jerusalen y al monte de las Olivas, para que en el mismo lugar donde fue juzgado, condenado y crucificado por nuestros pecados, le vean todos con suma honra (*Act.* x, 42), ser juez de vivos y muertos; y el que subió á los cielos á vista de unos pocos discípulos, baje, como dijeron los Ángeles (*Act.* I, 11), á vista de todo el mundo para juzgarlos á todos. Por estas causas la memoria del juicio me puede mover á gozo, agradecimiento y alabanza, glorificando á Dios por la soberana providencia con que le trazó para tan altos fines: y convidando con David (*Psalm.* xcv, 11; xcvii, 9) á todas las criaturas, que se regocijen y dén palmadas de placer, porque el Señor ha de venir á juzgar la tierra, y juzgará á todos los pueblos y á sus príncipes con justicia y equidad, deshaciendo agravios, sin aceptar personas.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se han de considerar las señales que precederán al juicio, como Cristo nuestro Señor las cuenta en su Evangelio (*Matth.* xxiv, 7; *Marc.* xiii, 24; *Luc.* xxi, 25), ponderando su muchedumbre y terribilidad; las cosas que significan, los efectos que causarán en los hombres; el modo como sucederán, y juntamente las causas porque suceden. - Lo primero, se ha de ponderar su muchedumbre, porque todas las criaturas, como dice el Sábio (*Sap.* v, 18), se armarán para tomar venganza de los enemigos de su Criador, y todo el universo peleará por él contra los desatinados pecadores, y como todas han sido instrumento de la divina misericordia para hacerles grandes beneficios, así entonces serán instrumentos de la divina justicia para hacerles grandes daños, y con mucha razon, porque usaron mal de ellas con injuria de su Criador. Y aunque ahora disimulan este agravio, entonces le manifestarán con terribles señales.

2. Lo segundo, ponderaré su terribilidad, discurriendo por algunas de ellas. El sol se oscurecerá, la luna se convertirá en color de sangre, las estrellas ó cometas caerán del cielo como rayos, las virtudes del cielo se moverán, porque harán un ruido espantoso, como el relej que se suelta para dar la hora; la tierra temblará espantosamente abriéndose por muchas partes, como volcanes; el mar se alborotará con terribles olas; los vientos encontrándose unos con

otros levantarán terribles tempestades; en el aire sonarán espantosos truenos, con relámpagos y rayos temerosos, y parecerán visiones espantables y mónstruos horrendos, mucho mas horrendos que en Egipto y en Jerusalen. (II *Mach.* v, 2). Los animales, fieras y serpientes, andarán descarriados, discurriendo por varias partes con aullidos, bramidos y silbos lastimosos.

3. Pero por muy terribles que sean estas señales, afligirán mucho mas por la terribilidad de las cosas que significan, y los hombres aprenden, porque todas son un dibujo de los males espantosos que esperan, y el mundo será un retrato del infierno. Las tinieblas del sol amenazan las tinieblas eternas, en castigo de las tinieblas del alma. La sangre de la luna es señal de la ira de Dios que tomará venganza de ellos, porque se mancharon con sangre de pecados. La caida de las estrellas del cielo es señal de la desventurada caida que darán del cielo de la Iglesia al abismo del infierno, porque ellos se despeñaron de lo alto de la gracia á lo profundo de la culpa. La furia de los elementos y animales pronostica la terribilidad de las furias infernales contra ellos, porque vivieron vida de bestias sin tener órden ni concierto en las pasiones.

4. De aquí resultará que los hombres se secarán de temor y espanto, así por los males que experimentan, como por los que esperan, apoderándose de ellos el espíritu triste que seca los huesos. (*Prov.* XVII, 22). ¡Oh cuán diferentemente se habrán en este caso los que tienen buena y segura conciencia, y los que la tienen mala é inquieta! porque dado que todos temerán, pero el temor de los buenos será mezclado con grande confianza en la divina Misericordia; y así los consuela Cristo nuestro Señor, diciendo (*Luc.* XXI, 28): Cuando comenzaren á suceder estas cosas, abrid los ojos, y levantad vuestras cabezas, porque son señales de que se acerca vuestra redencion, el fin de vuestros trabajos y el principio de vuestros descansos; pero el temor de los malos estará lleno de desesperacion, con grande impaciencia, porque, como dice el Sábio (*Sap.* XVII, 10), la mala conciencia aumenta su temor y pena. Y si ahora, como dice David (*Psalm.* XIII, 5), tiemblan de miedo donde no hay que temer, ¿cuánto mas temblarán donde hay tanto por que temblar, comenzando desde luego el temblor y crujir de dientes, que han de tener para siempre en el infierno? Ponderando todas estas cosas, y cada una de ellas, me exhortaré al temor de Dios y al aborrecimiento de mis pecados, diciéndome: ¿Cómo no temes, alma mia, la ira de Dios omnipotente, que cuanto ahora es mas misericordioso,

tanto será entonces mas justiciero? ¿Por qué no abrazas con amor los Sacramentos y señales de su gracia, antes que te salteen las señales terribles de su ira? Si han de temblar entonces las columnas del cielo, ¿por qué no te fortificas con vida celestial, para que no caigas, aunque temas? Ó Dios infinito (*Psalm.* CXVIII, 120), enclava con tu santo temor mis carnes, haciéndome temer tus terribles juicios. Séquense mis huesos con tristeza de haberte ofendido, antes que me seque el temor desaprovechado. Cúbrase mi rostro de vergüenza por mis pecados, para que entonces levante la cabeza con alegría, por la redencion que espero de ellos. Amen.

PUNTO TERCERO.—*Del fuego que abrasará el mundo.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar el terrible fuego que se levantará de todas cuatro partes del mundo para abrasar y consumir las cosas de la tierra, y renovar y purificar lo que ha de quedar en él. (*Psalmus* XLIX, 3).—Acerca de este fuego se han de ponderar principalmente tres cosas á nuestro propósito. La primera, que ha de abrasar y deshacer sin resistencia y con gran presteza los palacios y florestas, los tesoros de oro y piedras preciosas, los animales, aves y peces, y á todos los hombres que hallare vivos (*Psalm.* XCVI, 3; II *Petr.* III, 10), sin que ninguno pueda escaparse. Y en esto parará la gloria y belleza de este mundo visible, que tanto aman y aprecian los mundanos. Cumpliéndose lo que dice Joel (*Joel*, II, 3), que delante de Dios vendrá un fuego tragador, y despues de él llamas abrasadoras; y la tierra, que era huerto de deleites, quedará hecha un desierto, ni habrá cosa que se escape de ellas. (I *Cor.* VII. 31). Ó alma mia, ¿por qué no aborreces la figura de este mundo que pasa tan de corrida, y ha de tener fin tan desastrado? Tiembla de este fuego que ha de abrasar sus riquezas, para que no cebes con ellas el fuego de tus codicias.

2. Lo segundo, ponderaré que este fuego, como dice el libro de la Sabiduría (*Sap.* XVI, 24), será cruelísimo contra los malos, y mas blando con los buenos que entonces hubiere vivos; á los cuales servirá de purgatorio para purificarles de las culpas y reliquias de ellas, y para aumentarles el merecimiento y la corona que presto han de recibir. Pero á los pecadores atormentará terriblemente, como principio del infierno que les espera en castigo de su rebeldía. De aquí es, que este fuego durará en el mundo hasta que se concluya el juicio universal, partiéndole Dios, como dice David (*Psalmus* XXVIII, 7), la virtud para que alumbre sin daño los cuerpos de los escogidos, y atormente los cuerpos de los reprobados. De modo,

que luego en resucitando sientan el horrendo fuego en que han de parar; el cual dada la sentencia, como un rio furioso los arrebatará, y bajará con ellos al infierno. Entonces se cumplirá en buenos y malos lo que dice el Profeta (*Malach.* IV, 1): Vendrá el dia del Señor encendido como horno de fuego, y todos los soberbios serán como paja, y el dia del Señor los abrasará hasta la raíz. Pero á vosotros que temeis mi nombre nacerá el sol de justicia, y en sus plumas tendréis salud, saltaréis como becerricos, y hollaréis á los malos que estarán como ceniza debajo de vuestros piés. Ó alma mia, compara este horno de fuego con este sol de justicia; estas llamas que ciegan, con estos resplandores que alumbran; estas cenizas de tormentos, con estas plumas de alivios; este arder como paja, con este saltar de placer como becerrico; y escoge tal modo de vida, que te libre de tantos males y te negocie tantos bienes. Ó Dios eterno de cuya presencia saldrá este (*Dan.* VII, 10) rio de fuego para castigo de los malos, y sale otro rio de (*Apoc.* XXII, 1) agua viva para refrigerio de los buenos; lávame y purifícame con el agua de este segundo, para que sea libre del fuego del primero. Amen.

PUNTO CUARTO.—Lo cuarto, se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor dice del dia que (*Matth.* XXIV, 36) tiene señalado para este juicio; es á saber, que ninguno le sabe sino Dios, y que vendrá de repente (*Luc.* XXI, 24), para lo cual trae dos semejanzas. Así como, dice, en tiempo de Noé estaban los hombres comiendo y bebiendo, comprando y vendiendo, casándose y ocupándose en sus negocios, hasta que entró Noé (*Genes.* VII) en el arca, y entonces comenzó de repente el diluvio que los anegó. Y en tiempo de Lot de la misma manera, estando muy descuidados los sodomitas, en saliendo Lot de la ciudad de Sodoma, bajó del cielo fuego que los abrasó; así será la venida del Hijo del hombre á juzgar, porque estando los hombres muy metidos en bodas y pasatiempos, comenzará el diluvio de las tribulaciones, y se levantará el fuego que los abrasará, y serán innumerables los que se condenarán, exceptos unos pocos que como Noé y Lot serán salvos. Y pues lo mismo sucede en muchas tribulaciones, pestes y mortandades que nos asaltan de repente, he de procurar vivir tan bien apercibido, que merezca ser salvo, tomando el consejo que Cristo nuestro Señor infirió de este suceso, diciendo (*Luc.* XVII, 33; XXI, 36): Quien quiere salvar su alma, piérdala, esto es, mortifique la vida carnal, porque perdiéndola de esta manera, la vivificará con vida espiritual, y estará seguro el dia de este juicio. Ó Juez soberano, vivifícame con tu gra-

cia para que, como otro Noé, me salve en el arca de tu Iglesia. Arráncame de la Sodoma del mundo, aunque sea por fuerza, como á Lot, para que libre de los fuegos que le abrasan, salve mi alma en el monte alto de tu gloria. Amen.

MEDITACION XIV.

DE LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS Y VENIDA DEL JUEZ; Y DE LAS COSAS QUE HARÁ ANTES DE DAR LA SENTENCIA.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar la resurreccion de los muertos, para que los hombres con alma y cuerpo parezcan en este juicio. Acerca de este artículo de nuestra fe se ha de ponderar: — Lo primero, como un Ángel, con una voz espantosa á manera de trompeta (*Ioan.* v, 28), citará y llamará todos los muertos para que resuciten y vengan á juicio, diciendo (I *Thes.* IV, 15): *Surgite mortui; et venite ad iudicium.* Levantaos, muertos, y venid á juicio. Y será esta voz tan poderosa, en virtud de la omnipotencia de Dios, que en un momento resucitarán todos los muertos. Y como dice san Juan (*Apoc.* xx, 13), el mar dará los cuerpos que en él perecieron, la tierra los que tragó vivos, y la muerte, los que deshizo y consumió despues de muertos; y aunque se hayan convertido en polvo, la divina omnipotencia los formará en un momento con toda la entereza de miembros que han de tener. Y en el mismo momento subirán las almas del infierno, y bajarán las del cielo, y cada una se juntará con su cuerpo, el mismo que antes tenia. De suerte, que á esta voz del Arcángel, y á su citacion á juicio, obedecerán todos sin resistencia, excusa ó tardanza, aunque hayan sido reyes, papas y monarcas del mundo. Ó alma mia, acuérdate muchas veces de esta poderosa voz, suene esta trompeta en tus oidos; teme esta terrible citacion y aparéjate para ella; obedece á la voz de Dios y á la de su Arcángel visible, que te dice (*Ephes.* v, 14): Levántate tú que duermes, y resucita de entre los muertos, é iluminarte ha Cristo; porque no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta, resucite y viva.

2. Lo segundo, ponderaré el cuerpo que darán al alma del condenado que subió del infierno, y lo que sentirá verse metida dentro de él. Daránla un cuerpo (*Apoc.* IX, 6) por una parte pasible, y por otra parte inmortal, para que siempre padezca y nunca muera: un cuerpo feo, hediondo y espantable, que sea cárcel eterna de la des-

venturada alma, y nuevo infierno estar en ella. ¡Oh qué maldiciones se echarán uno á otro en aquella primera entrada! Maldito seas, cuerpo, dirá el alma, que por regalarte y por serme rebelde he padecido tantos tormentos, y para siempre los he de padecer contigo. Maldita seas, alma, dirá el cuerpo, que por no me mortificar y domar con tu libre albedrío, tengo de padecer contigo tan horrendo tormento. De esta manera los dos miserables compañeros que se juntaron en esta vida para buscar sus deleites, bebiendo con ellos innumerables culpas, entonces se juntarán y trabarán como espinas para punzarse (*Nah.* I, 10), y ser verdugos de sí mismos, y aumentar uno á otro sus terribles penas.

3. Lo tercero, ponderaré brevemente el cuerpo que darán al alma del bienaventurado que bajó del cielo, y el gusto con que entrará dentro de él. Daránle un cuerpo inmortal, impasible, resplandeciente, y en todo perfecto y muy glorioso. ¡Oh qué bendiciones se echarán uno á otro! oh qué parabienes dará el alma á su querido cuerpo! Bendito seas, dirá, porque me ayudaste á merecer la gloria que he gozado. Bendito, porque te dejaste mortificar y porque te rendiste á obedecer, cumpliendo con alegría todo lo que Dios mandaba. Alégrate, porque ya pasó el tiempo del trabajo, y es llegado el tiempo del descanso. (I *Cor.* XV, 43). Fuiste sembrado y sepultado en la tierra con ignominia: ya has tornado á vivir con nueva gloria; glorifica á Dios conmigo, pues has de reinar conmigo. Finalmente, haciendo comparacion de lo que ha de suceder á buenos y á malos, diré á mi mismo cuerpo: Anímate á padecer en esta vida mortal, para que te quepa la dichosa suerte de resucitar á vida bienaventurada.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la venida del Juez á juzgar; su salida del cielo; la majestad de su persona; el acompañamiento que trae; su estandarte real; su trono glorioso; los semblantes de su rostro, y (*Matth.* XXIV, 30) los asesores que tiene á su lado. - Primeramente, ponderaré como Cristo nuestro Señor real y verdaderamente saldrá del cielo, y vendrá segunda vez al mundo para juzgarle, con traje muy diferente del que trajo la primera vez; porque en esta segunda venida vendrá en un cuerpo glorioso y resplandeciente, coronado con corona de gloria y de inmortalidad, con tanto resplandor, que el sol, luna y estrellas no darán luz en su presencia, y con tanta majestad, que Ángeles y hombres, justos y pecadores, y los mismos demonios se le sujeten y adoren, y, mal que les pese, le reconozcan por su Dios y Señor; porque entonces cumplirá

el Padre eterno la promesa que le hizo de sujetarle todas las cosas, y poner á sus enemigos debajo de sus piés (*Psalm.* CIX, 1; I *Cor.* XV, 26), y que toda (*Philip.* II, X) rodilla se hinque en su presencia, y que toda lengua confiese que Cristo Jesús está en la gloria de Dios Padre. Ó Salvador mio, muy justo es que la segunda venida descubra la gloria que encubrísteis en la primera. Concededme, Señor, que imite la humildad de la primera, para que goce la gloria de la segunda.

2. Luego ponderaré el acompañamiento que trae; porque, como profetizó Enoc (*Cathol. Judae*, *v.* 4), vendrá el Señor con millares de Santos, rodeado de todo el ejército celestial (*Dan.* VII, 10), con sus tres jerarquías y nueve coros, tomando á lo que piamente se puede creer, cuerpos aéreos, resplandecientes como el sol (*Matth.* XVI, 27; XXV, 31), descubriendo en ellos la hermosura y excelencia de su jerarquía y coro. — Delante vendrá, como se deduce del Evangelio (*Matth.* XXIV, 30), la bandera del Hijo del hombre, que es el estándarte real de la santa cruz, con un resplandor admirable; la cual, con ser una misma, será vistosa y deleitable á los justos, que en esta vida la abrazaron y se preciaron de ella; crucificando su carne con sus vicios y concupiscencia; mas será horrible y espantosa para los malos que no creyeron en ella, ó la aborrecieron (*Philip.* III, 18), siendo sus enemigos, por tener por Dios á su vientre, y así en viéndola llorarán amargamente, porque en ella verán la justa causa de su condenacion. Ó alma mia, sigue la bandera de la cruz en esta vida, para que la veas con paz y seguridad en la otra. Llora la enemistad que has tenido con ella, para que la veas entonces con alegría.

3. Lo cuarto, ponderaré como en llegando Cristo nuestro Señor al valle de Josafat, se sentará en un trono excelentísimo, hecho de una nube muy hermosa y resplandeciente, y con ser uno mismo su divino rostro, será apacibilísimo para los buenos, y terribilísimo para los malos; tanto, que de solo verle quedarán llenos de temblor y confusion. Y de las llagas sacratísimas de sus piés, manos y costado, saldrán rayos de luz y resplandor amoroso hácia los buenos, los cuales con la vista corporal de estas llagas recibirán especial consuelo, viendo lo mucho que este Rey soberano les amó, recibiéndolas por ellos. Pero de las mismas llagas saldrán rayos de ira y como de fuego contra los malos, los cuales, como dice la Escritura (*Zach.* XII, 10), llorarán amarguísimamente, viendo cuán mal se aprovecharon de ellas. Pero mucho mas llorarán los judíos y gentiles (*Apoc.* I, 7),

que con tanta crueldad las hicieron. Ó dulcísimo Jesús, por tus sacratísimas llagas te suplico me dés alas como de paloma (*Psalmus* LIV, 7) para volar á ellas, y morar en ellas mientras viviere, gimiendo mis pecados, por cuya causa las recibiste, para que el dia del juicio las mire con alegría, y por ellas me admitas en tu gloria. Amen.

4. Luego ponderaré como al lado de Cristo nuestro Señor se pondrá otro trono de grande gloria para su santísima Madre, porque es muy justo que en este juicio esté sentada como otra Bersabé (III *Reg.* II, 19) al lado del verdadero Salomon, no para abogar por los pecadores, porque ya pasó ese tiempo, sino para que se confundan de no haber querido valerse de tan santa madre y de tan poderosa abogada como tenian; y para que los buenos se alegren de verla presente, y ella quede honrada delante de todo el mundo, por las humillaciones que sufrió en esta vida de aquellos que no la conocieron y la ultrajaron en la pasion de su Hijo. Ó Vírgen soberana, gózome de la gloria que tendréis este dia: ayudadme con vuestra intercesion, para que entonces me goce de vuestra vista.

5. Finalmente, al rededor del trono de Cristo nuestro Señor estarán sus Apóstoles (*Matth.* XIX, 28) para juzgar, como se lo prometió, las doce tribus de Israel y las naciones del mundo, condenando con su vida ejemplar la vida mala de los pecadores, y aprobando la sentencia del supremo Juez, y en su nombre declarando la justicia de ella. Y como muchos santos Padres afirman, tambien estarán sentados en tronos de gloria los pobres de espíritu, que á imitacion de los Apóstoles dejaron todas las cosas por Cristo. (*Isai.* III, 14). ¡Oh cuán pasmados quedarán los tiranos y emperadores que martirizaron á los Apóstoles, cuando los vean con tanta gloria sublimados! oh cuán honrados estarán los pobres religiosos que en este mundo vivian despreciados! Ó Juez soberano, si así honrais á los pobres (*Iob,* XXXVI, 6) voluntarios, yo abrazo con gran voluntad la pobreza, no tanto por mi honra, cuanto por la gloria que á Vos se os sigue de ella.

PUNTO TERCERO. – *La division de buenos y malos.* — Lo tercero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, para hacer su juicio, apartará los buenos de los malos, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. (*Matth.* XIII, 49). Á los buenos pondrá á su mano derecha, y á los malos á la izquierda.

1. Acerca de lo cual se ha de ponderar primeramente, como este mundo y la Iglesia es ahora como un rebaño de ovejas y cabritos;

esto es, de buenos y malos, mezclados de tal manera, que no siempre se conoce quién es oveja de Cristo, ó cabron de Satanás; y por esta ignorancia muchas veces honramos al pecador como á justo, y despreciámos al justo teniéndole por pecador. De donde tambien procede que justos y pecadores no siempre tienen el lugar que merecen; porque muchas veces los malos ocupan la mano derecha y el lugar mas empinado de la tierra, y los buenos están á la mano izquierda, en el lugar mas desechado del mundo. Por lo cual dijo Salomon (*Eccle.* III, 16; X, 5): Ví un grande mal debajo del sol, que en el trono del juicio estaba la impiedad, y en el lugar de la justicia la maldad, y dije en mi corazon: Dios ha de juzgar al bueno y al malo, y entonces se verá quién es cada uno.

2. Llegado, pues, este tiempo, Cristo nuestro Señor, para deshacer estos engaños y agravios, apartará el trigo de la zizaña (*Matth.* XIII, 30; III, 12), el grano de la paja, los buenos peces de los malos, y los corderos de los cabritos; y á los buenos pondrá á su mano derecha, levantados, como dice san Pablo (I *Thes.* IV, 16), en el aire, para que todo el mundo los conozca y honre como á Santos; y á los malos pondrá á la mano izquierda, dejándolos en la tierra para que todos los conozcan y desprecien como á pecadores. ¡Oh qué confusion tan grande será la de los malos que en esta vida tenian la mano derecha y la grandeza, cuando se vean á la mano izquierda en tanta bajeza! oh qué envidia tan rabiosa tendrán de los buenos, cuando los vean tan honrados y á sí tan despreciados! ¿Qué dirá el príncipe y el señor, cuando vea en mas alto lugar á su esclavo? qué el prelado y el maestro, cuando vea que le es preferido el súbdito y el discípulo? Todos á una dirán aquello de la Sabiduría (*c.* V, 4): Nosotros, locos y sin seso, teníamos su vida por locura y su fin por afrentoso: mirad como son contados entre los hijos de Dios, y su suerte es entre los Santos; luego hemos errado el camino de la verdad, y la lumbre de la justicia no nos alumbró, ni el sol de la inteligencia nació para nosotros. Ó Sol de justicia, esclarece los ojos de mi alma con tu lumbre celestial, para que vea la ceguedad de estos miserables, y escarmiente con tiempo en la miseria de ellos.

3. Al contrario, estarán los buenos muy contentos de verse al lado derecho de Cristo, y Cristo nuestro Señor muy alegre de verlos á su lado, porque entonces á la letra se comienza á cumplir visiblemente lo que dice David (*Psalm.* XLIV, 10): Asistió la reina á tu mano derecha con un vestido de oro, labrado con maravillosa variedad. ¡Oh qué gloriosa estará allí aquella congregacion de justos,

como reina, que presto será en el reino de su esposo, gozándose de verse á la mano derecha de su amado, adornada de virtudes! En esta vida estuvo muy humillada con desprecios, y ahora se ve en un punto ensalzada con grandes honras. ¡Oh dichoso el que se sienta en el postrer lugar del mundo! porque entonces le dirá Cristo (*Luc.* XIV, 10): *Amice, ascende superius.* Amigo, sube mas arriba, sube sobre los soberbios de la tierra, y luego subirás conmigo á los tronos del cielo. Ó alma mia, escoge en esta vida lugar bajo entre los hombres, para que el dia del juicio te dé Cristo lugar alto entre los Ángeles. No hagas caso de la mano derecha ó siniestra que tienes en el mundo, sino de la que has de tener en el tribunal de Cristo, procurando vivir con tal pureza, que merezcas estar á su mano derecha. Amen.

4. Últimamente, si quiero saber la mano que me cabrá el dia del juicio, he de mirar si soy oveja ó cabron; esto es, si oigo la voz de Cristo mi Pastor: si tengo mansedumbre y humildad: si sufro con paciencia las adversidades é injurias, y si reparto con otros liberalmente de mis bienes; ó al contrario, si soy soberbio y vengativo: si busco mi provecho temporal con daño de mi prójimo y con pérdida del bien espiritual: y haciendo reflexion sobre esto, procuraré ser oveja de este soberano Pastor, confiando que me pondrá con gran prosperidad á su mano derecha.

Punto cuarto. – *De la publicacion de las conciencias.* — 1. El cuarto punto será, considerar la publicacion que se hará en el juicio de todas las conciencias de los buenos y malos delante de los hombres y de los Ángeles, descubriendo, como dice el apóstol san Pablo (I *Cor.* IV, 5), las cosas que estaban escondidas con tinieblas, y manifestando las secretas, que estaban encerradas en los corazones, con una luz especial que Dios comunicará para que sean vistas. – En lo cual ponderaré, como Dios nuestro Señor en aquel dia abrirá, como dice la sagrada Escritura (*Dan.* VII, 10), y desplegará los libros de las conciencias que por el tiempo de esta vida estuvieron cerrados, de modo, que todos leerán lo que está escrito en el libro de la conciencia de cada uno; y cada uno lo que está escrito en el libro de la conciencia de todos; y conforme á lo contenido en los libros se hará el juicio (*Apoc.* XX, 12), y pronunciará la sentencia, para que todos vean la rectitud de la divina justicia, y juntamente para honra de los buenos y confusion de los malos. De donde sacaré, cuánto me conviene mirar bien lo que escribo en el libro de mi conciencia, porque ahora puedo escribir lo que quisiere, y encubrirlo como

quisiere; pero en aquel dia, mal que me pese, saldrá todo á luz; y si el libro de mi conciencia estuviere bien escrito, conforme al libro de la vida, que es Cristo Jesús, mi libro, como dice Job (*c.* XXXI, 35), será mi defensa, mi honra y mi corona. Pero si fuere contrario al de Jesucristo, él será mi acusador, mi deshonra y condenacion. Ó piadosísimo Salvador, cuyo libro se ha de abrir el dia del juicio, para que tu vida sea como ley y regla viva por la cual se haga juicio de la nuestra, no permitas que yo escriba en el libro de mi conciencia cosa que sea contraria al tuyo; y si alguna vez por mi flaqueza lo escribiere, ayudadme á borrarlo con la penitencia, para que el dia de la cuenta, viéndome tú conforme contigo en la vida, me hagas tambien conforme en la gloria. Amen.

2. Pero particularizando mas lo que ha de pasar en esta publicacion, ponderaré como entonces se han de publicar los pecados secretos del corazon y los feos de la obra, que se cometieron en el rincon, y los que por vergüenza se callaron en la confesion, ó se encubrieron con excusas y solapamientos. Á mas se manifestarán las dañadas intenciones, las traiciones encubiertas, las hipocresías y todas las obras que parecian santas, y de verdad eran malas. Allí serán conocidos los criados infieles, los amigos falsos, los cristianos fingidos, con grandísima confusion por verse descubiertos, porque si tanto siento que mi pecado se publique delante de diez hombres, ¿cómo sentiré que se publiquen todos juntos delante de todos los hombres y de los Ángeles? Ó alma mia, ¿cómo te atreves á pecar en secreto, si crees que tu pecado se ha de publicar y ver delante de todo el mundo? ¿Cómo puedes en la confesion encubrir la culpa por vergüenza, si tienes fe de esta confusion que has de padecer por haberla callado? Acuérdate de lo que dice tu Redentor (*Luc.* XII, 2): *Nihil opertum est, quod non reveletur: neque absconditum, quod non sciatur.* No hay cosa encubierta, que no venga á ser descubierta; ni cosa escondida, que no venga á ser sabida: y cesa de hacer la culpa que no querrias fuese manifestada.

3. Luego ponderaré, como Dios nuestro Señor manifestará las buenas obras de los justos, por mas secretas que hayan sido, los puros pensamientos, los santos afectos, las intenciones tan ocultas, que no supo la mano izquierda lo que hacia la derecha, y las obras exteriores que encubrieron por humildad, y las que el mundo tuvo por malas, y por ellas les calumnió y condenó. Con lo cual quedarán grandemente honrados y ensalzados. ¡Oh cuán feo y abominable parecerá allí el vicio, y cuán hermosa y apacible la virtud! ¡Oh

cuán honrado y acreditado quedará entonces el obedecer y humillarse, y el sufrir las injurias callando, sin excusarse, ni volver por sí! Dichosos los que abrazan estos ejercicios virtuosos, pues tal gloria recibirán por ellos. Encubre, ó alma mia, tus buenas obras con humildad, para que no las robe la soberbia, porque á su tiempo las descubrirá el Señor con grande gloria.

4. Últimamente ponderaré, como el justo Juez en aquel dia descubrirá tambien las buenas obras que hicieron los malos, y las malas que hicieron los buenos; pero con diferente fin y suceso, porque las obras buenas de los malos resucitarán en mayor ignominia suya, por no haber perseverado en el bien, perdiendo el premio de ellas, por haberlas mezclado con muchas malas. Y cuando vean los avisos y buenos consejos que dieron á los escogidos, quedarán mas avergonzados, porque no los tomaron para sí, ni se aprovecharon de ellos. Al contrario, cuando publicare Dios los pecados que hicieron los justos, tambien publicará la penitencia que hicieron, y los bienes que de ellos sacaron; de tal manera, que no les sean ocasion de confusion, sino motivo de alabar á Dios, que los perdonó y les libró de tal miseria, por su grande misericordia. Y todo redundará en mayor confusion de los malos, viendo en tanta honra á otros que hicieron los mismos ó mayores pecados que los suyos, por haber hecho con tiempo penitencia de ellos.

PUNTO QUINTO. – *De la acusacion y cargos contra los malos.* — 1. El quinto punto será, considerar las terribles acusaciones y cargos que de esta publicacion resultarán contra los malos en favor de los buenos; porque primeramente el demonio (*Apoc.* XII, 10), acusador y calumniador de los hombres, en este dia, que es el postrero de su oficio, le hará con grande vehemencia, exagerando los pecados de los malos, como dice san Basilio (Orat. 3 de amore erg. Deum, ex prox.), para confundirlos mas delante de todo el mundo; porque volviéndose al Juez, le dirá: Yo no crié á estos, ni les dí la vida, ni el sustento, ni los bienes de que gozaron: no padecí ni morí por ellos, ni les prometí premio eterno, y con todo eso me sirvieron y obedecieron, dejándote á tí, que hiciste por ellos todas estas cosas. Por tanto mios son de justicia, porque los vencí, y se me rindieron, y me estimaron mas que á tí. Esto dirá el soberbio Satanás, como quien desea triunfar á su modo rabioso de Cristo nuestro Señor, y vengarse de él en sus criaturas. ¡Oh qué burlados y corridos se hallarán los malos por haberle obedecido! Huye, alma mia, de obedecer á quien tan mal pago te ha de dar. Vuelve por la honra de

Cristo, que te crió y redimió, burlando de su enemigo en esta vida, porque no burle de tí en la otra.

2. Lo segundo, ponderaré los terribles cargos que interiormente les hará el mismo Cristo, trayendo á la memoria de cada uno los beneficios que les ha hecho. Yo, dirá, te crié á mi imágen y semejanza, y tú la manchaste con muchos pecados: redimíte con mi sangre preciosa, y hollástela con tus malos pasos: díte el sacramento del Bautismo, haciéndote miembro de mi Iglesia, y profanástele viviendo con escándalo en ella: ofrecíte el sacramento de la Penitencia, para restituirte mi gracia, y tú escogiste durar en la culpa: convidéte con mi cuerpo y sangre para tu sustento, y tú le despreciaste por las ollas de Egipto: llaméte con muchas inspiraciones, y tú con pertinacia fuiste rebelde á ellas: amenacéte con castigos, regaléte con beneficios y animéte con promesas de grandes premios, y no hiciste caso de todos ellos. Ó miserable hombre (*Isai.* v, 4), ¿qué mas pude hacer por tí de lo que hice? Y tú, ¿qué mas pudiste hacer contra mí de lo que hiciste, estimando en mas tu honra que la mia? Ó Ángeles y ministros mios, juzgad vosotros, y ved ¿qué pude hacer por esta viña, qué no hiciese, y esperando que llevase uvas, no ha llevado sino agraces? Ponderando esto, diré con gran sentimiento aquellas palabras de David (*Psalm.* vi, 2): Ó Señor, no me arguyas con tu furor, ni me reprendas con tu ira: corrígeme con tu misericordia, cuando haya lugar de enmienda.

3. Á esta reprension de Cristo ayudarán los mismos Ángeles de la guarda, alegando lo mucho que hicieron para desviar á los malos de su mala vida, y la rebeldía que ellos tuvieron en contradecirles. – Tambien los justos, que están presentes, les acusarán: unos, porque desecharon sus consejos: otros, porque recibieron de ellos grandes agravios; y otros, por el peligro en que se vieron por sus malos ejemplos. – Todo esto oirán y verán los miserables en lo interior de su alma y de su desventurada conciencia, la cual, como dice el Apóstol (*Rom.* ii, 15), será la mas terrible acusadora de todos, porque convencida con la evidencia de la verdad, y viendo la razon que todos tienen en acusarla, no tendrá que responder, sino mucho de que acusarse. ¡Oh cuánto mejor les fuera haberse acusado de su voluntad en esta vida y con provecho, que no acusarse entonces por fuerza y sin remedio! Ó dulce Jesús, concédeme que dignamente me acuse de mis pecados delante de tí y del confesor que me ha de absolver, porque no me acusen de ellos en el juicio para condenarme.

MEDITACION XV.

DE LAS SENTENCIAS EN FAVOR DE LOS BUENOS, Y CONTRA LOS MALOS, Y DE SU EJECUCION.

—La forma de las sentencias que Cristo nuestro Señor pronunciará (á lo que se cree con voz sensible) (*Abul. q.* 333 in Matth.; *Iansen. Soto, et alii*) en favor de los buenos y contra los malos, está expresada en el santo Evangelio, comenzando por la de los buenos; para que se entienda cuán mas inclinado está Dios nuestro Señor á premiar, que á castigar.—

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, sentado en el trono de su gloria, mirando hácia los buenos, con voz blanda y amorosa les dirá (*Matth.* xxv, 34): *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que está aparejado para vosotros desde el principio del mundo, porque tuve hambre; y me disteis de comer,* etc.

—Esta sentencia meditarémos por palabras, ponderando el misterio que tiene cada una, conforme al segundo modo de orar que se puso en el párrafo IX de la Introduccion; pero no harémos mas que apuntar las consideraciones de estos premios, porque despues se han de poner mas á la larga.—

Venite.—La primera palabra es, venid; en la cual se ha de ponderar por qué causas les dijo: Venid, de dónde han de venir y á dónde.—Les dice venid, para traerles á la memoria la primera vocacion con que les llamó para que le siguiesen, diciéndoles (*Matth.* xi, 28; xvi, 24): Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, que yo os recrearé, y si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Y porque oyeron esta vocacion, les llama con otra semejante palabra, como si dijera: Pues venísteis tras mí abrazando la cruz y mortificacion por seguir mi vida, venid á recibir el premio siguiéndome en la gloria.—Venid del monte (*Cant.* iv, 8) Líbano de mi Iglesia, en la cual fuísteis bautizados y lavados con lágrimas de penitencia, y crecísteis como cedros en toda virtud. Venid de la grande tribulacion (*Apoc.* vii, 14), donde habeis estado lavando y blanqueando vuestras estolas en mi preciosa sangre. Venid de las cuevas de leones y moradas de tigres, en cuya compañía habeis vivido padeciendo grandes persecuciones.—Salid de en medio de ellos, y venid á ser coronados, y á recibir el

premio que habeis merecido por las muchas victorias que habeis ganado. Ó alma mia, oye con presteza la voz de Cristo, con que te llama á imitar su vida, para que seas digna de oir esta dulce voz con que te llamará á recibir la corona.

2. *Benedicti Patris mei.*—La segunda palabra es, benditos de mi Padre. Llámalos benditos, para que todos entiendan la inmensidad de beneficios que les ha hecho, hace y hará por toda la eternidad, cumpliendo lo que dijo (*Psalm.* XXIII, 4) el Salmista, que el inocente y puro de corazon recibiria la bendicion del Señor y la misericordia de Dios su salvador.—Y no dice: Venid, benditos de Abrahan, Isaac y Jacob, ni benditos de Moisés ó de los Patriarcas y Profetas, sino benditos de mi eterno Padre, el cual os ha bendecido con todo género de bendicion celestial (*Ephes.* I, 3), comunicándoos los bienes de su gracia y ahora enteramente los de su gloria. Y no dijo benditos de Dios, sino de mi Padre, para que se entienda que todas estas bendiciones procedieron del amor paternal que Dios les tuvo por respeto de su Hijo.—Y porque su bendicion es eficaz, y hace luego lo que dice, con esta dulce palabra les llenará de una nueva y extraordinaria alegría.

3. *Possidete paratum vobis regnum à constitutione mundi.*—Lo tercero les dice: Poseed el reino que está aparejado para vosotros desde el principio del mundo; en las cuales palabras se ha de ponderar qué reino sea este, cuánto tiempo há que se aparejó, cómo se aparejó para los buenos, y cómo se les da su posesion; en todo lo cual resplandece la infinita caridad de nuestro Padre celestial, porque primeramente quiso que la herencia y mayorazgo de sus hijos fuese un reino tan soberano, que por excelencia merece nombre de reino, porque no es reino terreno sino celestial, cuyas riquezas son infinitas, y sus deleites inestimables, y hacen bienaventurados á sus poseedores.—Este reino les aparejó desde su eternidad, predestinándoles por su misericordia para que reinasen con él. Y desde el principio del mundo crió el cielo empíreo, para que fuese ciudad real, y morada de estos reyes bienaventurados.—Y con gran ternura añade aquella palabra, *vobis,* para vosotros, como quien dice: No se aparejó este reino principalmente para los Ángeles, y en defecto suyo para vosotros, entrando en lugar de los que perdieron las sillas de este reino; sino igualmente se aparejó para todos los justos, Ángeles y hombres, y para vosotros, para vuestras almas y para vuestros cuerpos.—Venid, pues, á tomar la posesion pacífica de este reino, tan noble y tan antiguo, de la cual nunca seréis echados. Entrad en

los gozos de mi Padre, los cuales nunca os serán quitados: sentaos (*Apoc.* III, 21) á reinar conmigo en mi trono, como estoy sentado con mi eterno Padre en el suyo. Ó Padre amorosísimo, gracias te doy por tan soberano reino como aparejaste para tus escogidos, para mostrar en ello las riquezas infinitas de tu gracia y caridad. Concédeme, Señor, que apareje mi alma de tal manera, que tú reines en ella por tu gracia, y despues la lleves á poseer este reino eterno de tu gloria. Amen.

4. *Esurivi enim, et dedistis mihi manducare*, etc.—Luego declara el Juez la razon de su sentencia, y los méritos porque les da su reino, diciendo: Tuve hambre y dísteisme de comer; tuve sed y dísteisme de beber; era peregrino y me hospedásteis; estaba desnudo y me vestísteis; estaba enfermo y me visitásteis; y estando preso y cautivo, venístes á estar conmigo para darme libertad. Y admirándose los justos de que por obras pequeñas les diese un reino tan grande, y de que estimase tanto estas obras de misericordia, como si á su misma persona se hubieran hecho, le preguntarán no tanto con palabras, cuanto con afectos y sentimientos de grande admiracion: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y sediento, y te dimos de comer y beber? y cuándo te vimos peregrino, desnudo, enfermo y cautivo, y usamos contigo de tal misericordia? Luego les responderá el Señor: Dígoos de verdad, que lo que hicísteis por uno de estos pequeñuelos hermanos mios, por mí lo hicísteis, porque yo estaba en ellos; y aunque pequeñitos, me precio de tenerlos por hermanos. ¡Oh dichosos pobres, á quien tiene por hermanos el Juez que los ha de juzgar y el Rey eterno que los ha de galardonar, premiando tambien á los otros porque hicieron bien á ellos! ¡Oh dichosas las obras de misericordia, cuyo objeto principal es Cristo y cuyo premio es su reino! ¡Oh bienaventurados los misericordiosos, pues en este dia alcanzarán tan gran misericordia!

5. Últimamente ponderaré, que aunque Cristo nuestro Señor en el Evangelio solamente da por razon de la sentencia las obras de misericordia con los prójimos, tambien declarará las demás obras buenas de obediencia y mortificacion necesaria para entrar en el cielo. Y como la voz de Dios es de virtud infinita, mentalmente declarará á cada uno, de modo que lo entiendan todos, las obras especiales por las cuales les da su reino. Al mártir dirá: Ven, bendito de mi Padre, á poseer el reino que está aparejado para tí; porque derramaste tu sangre por mí. Y á la vírgen dirá: Ven, bendita de mi Padre, por la virginidad que guardaste con limpieza de cuerpo y al-

ma. Y al religioso: Ven, bendito de mi Padre, porque dejaste todas las cosas por seguirme; y á este modo puedo discurrir por los demás estados de los justos. ¡Oh qué contento causará en todos la dulce voz de esta regalada sentencia, con la cual dará Dios cumplido gozo y alegría á sus oidos, y se regocijarán los huesos que estaban humillados! (*Psalm.* L, 10). ¡Dichosas las ovejas que oyen en esta vida la voz de su Pastor, y siguen sus pisadas! porque este dia, puestas á su mano derecha, oirán la voz con que las llama á las delicias eternas. Ó Pastor soberano, ayúdame con tu copiosa gracia, para que te obedezca de tal manera, que sea digno de oir tan favorable sentencia. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como volverá el Juez su rostro airado hácia los malos, y con una voz espantable les dirá: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está aparejado para Satanás y sus ángeles, porque tuve hambre y no me dísteis de comer*, etc. Esta sentencia se puede ir ponderando por palabras como la pasada, porque en ella se declaran todos los géneros de penas que hay en el infierno, de los cuales harémos despues mas larga consideracion.

Discedite à me. — La primera palabra es, apartaos de mí, en la cual les condena á la pena eterna que llaman de daño, que es destierro perpétuo del cielo, y privacion de la vista de Dios para siempre. Y para mas lastimarlos, mostrándoseles tan glorioso les dice: Apartaos de mí que soy vuestro Dios, vuestro primer principio y vuestro último fin. Apartaos de mí que soy vuestro Redentor, y me hice hombre por vuestra causa, y recibí estas llagas por vuestro remedio; y aunque os convidé con el perdon, no le aceptásteis. Por tanto, apartaos para siempre de mi amistad, de mi proteccion, de mi reino, de mi paraíso, de mi vista clara y del rio copioso de mis deleites.

2. Y porque quien se aparta de Cristo, tambien se aparta de los que andan juntos con Cristo, en decirles: Apartaos de mí, les dice tambien, apartaos de las jerarquías y coros de mis Ángeles: apartaos de mis Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes; y apartaos de la dulce compañía de mi santa Madre que lo quiso ser vuestra y no quisísteis valeros de ella. Harto hizo por traeros á mi servicio y á mi casa, y vosotros por vuestra mala voluntad os apartásteis y alejásteis de ella. Pues en castigo de esto, yo por mi justa voluntad os destierro y aparto de mí y de todos los mios, sin esperanza de tener jamás parte en mí ni en cosa mia. Ó Salvador mio, no venga tal

castigo sobre mí, que para siempre me apartes de tí : castígame con la pena que quisieres, con tal qué siempre esté cabe tí, unido contigo por amor. Amen.

3. *Maledicti.*—La segunda palabra es, *malditos*, con la cual por ser eficaz, arroja sobre ellos todas las maldiciones y desventuras eternas que por sus pecados han merecido. Será maldita su alma y maldito su cuerpo; malditas sus potencias y malditos sus sentidos. (*Deut.* XXVIII, 45). Vendrá sobre ellos la maldicion del hambre y sed; de la enfermedad y dolor; de la infamia y deshonra. Malditos en la ciudad donde han de vivir, en la casa en que han de morar, en la compañía que han de tener, y en todas las cosas que les han de suceder.

4. Y no les llama malditos de su Padre, como llamó á los buenos benditos de su Padre : para que entiendan que la bendicion originalmente nace de Dios, Padre nuestro; el cual, cuanto es de su parte, quisiera que ellos tambien fueran benditos; pero la maldicion originalmente nació de ellos mismos y de sus culpas, conforme á lo que dice David (*Psalm.* CVIII, 18) : Amó la maldicion, y vino sobre él : no quiso la bendicion, y alejóse de él : vistióse de la maldicion, como de vestidura que cubria todo su cuerpo, y como agua entró en lo interior del alma, y como aceite se empapará dentro de sus huesos. ¡Oh qué rabia y coraje sentirán los desventurados oyendo esta horrenda palabra de su eterna maldicion! oh qué envidia tan rabiosa traspasará sus entrañas, viendo que Dios bendice á los buenos, sin dejar para ellos ni una sola bendicion! Si Esaú, viendo que su hermano menor Jacob le habia cogido la bendicion (*Genes.* XXVII, 34), *Irrugiit clamore magno*, bramó con grande grito, y con lágrimas irremediables decia á su padre : ¿Por ventura no reservaste para mí siquiera una bendicion? Cuando estos reprobados figurados por Esaú vean que los escogidos figurados por Jacob han negociado la bendicion del Padre celestial, y que ni una sola queda para ellos, ¡qué gritos y qué bramidos levantarán! ¡Con qué rabia confirmarán ellos su misma maldicion, maldiciendo el dia en que nacieron y la leche que mamaron, deseando no haber nacido antes que oir tan tremenda maldicion! Ó dulcísimo Jesús, que subiendo á la cruz tomaste sobre tí la maldicion (*Galat.* III, 13) de la ley para librarnos de la maldicion de la culpa y de la pena eterna; favoréceme con tu misericordia para que no venga por mí tan terrible miseria. Amen.

5. *In ignem aeternum.*—La tercera palabra es, id al fuego eterno, en la cual les condena á la pena que llaman de sentido, que es

el fuego eterno, como quien dice : No os aparto de mí para que volvais á la anchura y libertad de vida que soliais tener ni para que vivais á vuestro gusto en la sobrehaz de la tierra, sino para que bajeis á la cárcel oscura del infierno y ardais en los terribles fuegos que hay en ella ; y esto no por tiempo de diez años ó diez mil, sino por todo el tiempo que durare el fuego que es eterno y hará su oficio de atormentaros por toda la eternidad. ¡Oh qué afliccion causará tan espantosa palabra en los desventurados pecadores, viéndose condenados á volver otra vez á la cárcel y fuego de donde su alma habia subido, para que arda tambien el cuerpo en las llamas que ardia el alma!

6. *Qui paratus est.* —Añade el Juez, que este fuego estaba ya aparejado, para traerles á la memoria que la divina justicia, como aparejó reino para premiar á los buenos, así aparejó fuego para castigar á los malos ; y aunque estaba escondido á los ojos del cuerpo, ya se le reveló para que le viesen con los ojos de la fe, y procurasen escaparse de él. Con estos ojos he yo de penetrar la tierra, y ver el terrible fuego que el dia de hoy está en su centro aparejado para castigo de mis pecados si no hago penitencia de ellos, acordándome de lo que dice Isaías (*Isai.* XXX, 33) : *Praeparata est ab heri Thopheth,* etc. El Rey eterno desde ayer, esto es, muy de atrás y desde el principio del mundo aparejó un lugar horrendo, profundo y dilatado, lleno de fuego y de mucha leña, y el soplo del Señor, como arroyo de piedra azufre, le está encendiendo. Llámale Thopheth, al modo que Cristo nuestro Señor le llama Gehenna (*Matth.* V, 22), que era un lugar de terribles fuegos, donde eran quemados los niños que sacrificaban al ídolo Moloch (IV *Reg.* XXIII, 10) ; para avisarnos que por los hornos, volcanes y lugares horribles de fuego y humo y piedra azufre, que vemos sobre la tierra, saquemos de rastro la terribilidad del fuego que tiene Dios aparejado debajo de ella para los que sacrifican sus almas al demonio. Ó Rey eterno, que aparejaste cielo é infierno para regalar en el uno á los buenos con soplo blando de caridad, y atormentar en el otro á los malos con soplo ardiente de ira ; visítame con el soplo de tu divina inspiracion para que siempre me acuerde de estos dos lugares, y me apareje con tu gracia con tal modo de vida, que alcance el primero, y me libre del segundo. Amen.

7. *Diabolo, et angelis eius.* —Díceles tambien, que este fuego está aparejado para Satanás y sus ángeles, para que entiendan que van condenados á la compañía perpétua de los demonios, pareándolos

con ellos, para que imiten en la pena á los que imitaron en la culpa; y pues se hicieron del bando de Lucifer y de sus malos ángeles, tengan su castigo con ellos y por medio de ellos, siendo sus verdugos los que fueron sus tentadores. Pero no les dijo : Id al fuego que está aparejado para vosotros, como dijo á los buenos : Venid al reino que os tengo aparejado, para zaherirles con la gran misericordia que quiso hacerles; porque no pretendió hacer infierno para castigar los hombres, si ellos no se hicieran dignos del castigo por su pecado; y si no fueran impenitentes como los demonios, no les echara en el fuego eterno que aparejó para ellos. Ó Dios de las venganzas y juntamente Padre de las misericordias, pues deseas mas perdonar los pecadores con misericordia, que castigarlos con venganza; dame lugar de verdadera penitencia para que no sea castigado con los demonios impenitentes. Amen.

8. *Esurivi enim, et non dedistis mihi manducare.* — Luego declara el Juez la justa razon de su sentencia diciendo : Porque tuve hambre y no me diste de comer, ni ejercitásteis conmigo las demás obras de misericordia. Y queriendo los condenados excusarse de no haber faltado en tales obras con Cristo, les dirá : Lo que no hicísteis con uno de estos pequeñuelos, no lo hicísteis conmigo, porque yo estaba en ellos; y lo que con ellos no hicísteis, tampoco lo hiciérais conmigo. Porque quien no ama al prójimo que ve con sus ojos, ¿cómo amará á Dios que es invisible? Y quien se olvida de la imágen de Dios que tiene presente, ¿cómo se acordará del mismo Dios que tiene por ausente? – Tambien ponderaré que en la razon de la sentencia pone Cristo nuestro Señor las culpas que parecen menores; para que se entienda con cuánto mas rigor castigará las culpas mayores, y así tambien hará mencion de ellas, y en especial declarará á cada uno, entendiéndolo todos, la causa porque le condena, diciendo á los lujuriosos : Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, por las lujurias y carnalidades en que vivísteis. Y á los perjuros y blasfemos : Apartaos de mí porque profanásteis mi santo nombre, habiendo yo tenido tanto cuidado de honrar el vuestro, etc.

9. Lo tercero, ponderaré que los malos el dia del juicio alegarán para su descargo algunas obras gloriosas que hicieron, diciendo á Cristo (*Matth.* VII, 22) : Señor, Señor, ¿por ventura no profetizamos en tu nombre, y echamos muchos demonios, hicimos grandes milagros? pues ¿cómo nos apartas de tí? Pero el Señor les responderá : Nunca os conocí : apartaos de mí, obradores de maldad, que es decir : Conozco esa fe y gracias que tuvísteis porque yo os las dí;

pero usásteis mal de ellas, mezclándolas con graves pecados, y fuera razon que profetizando á otros, profetizárais á vosotros mismos; y echando los demonios de los cuerpos ajenos, los echárais de las almas propias; y haciendo obras milagrosas, hiciérais tambien obras virtuosas. Mas, pues no lo hicísteis, no os conozco ni apruebo, y aunque me llameis Señor, no os quiero por criados, pues no me fuísteis obedientes. De donde sacaré, que si entonces no se hace cuenta de la profecía y gracia de hacer milagros sin virtudes; menos cuenta se hará de la nobleza, riquezas, dignidades, ciencias y otras cosas muy menores, pero muy estimadas de los hombres; porque á todos generalmente les dirá: No os conozco, apartaos de mí, obradores de maldad.

10. En oyendo los condenados el trueno de esta espantosa sentencia, caerá sobre ellos una mortal y rabiosa tristeza; porque si las señales del juicio, que como relámpagos preceden á este trueno, secarán sus huesos de temor, ¡qué temblor causará el mismo trueno, qué afliccion el rayo y qué tormento el fuego! (*Psalm.* LXXVI, 19). O Juez soberano, envia los relámpagos de tus divinas inspiraciones sobre la tierra de mi alma, para que contemplando lo que ha de pasar en tu juicio, tiemble y se estremezca, y mude la vida, para que tú mudes la sentencia. Muda mi corazon con tu mano derecha, para que en aquel dia no me pongas á la izquierda. *Et cum veneris iudicare, noli me condemnare.* Cuando vinieres á juzgar, no me quieras condenar. Perdóneme ahora tu misericordia, para que entonces no me condene tu justicia.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la ejecucion de estas sentencias; de la cual dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* XXV, 46): *Et ibunt hi in supplicium aeternum, iusti autem in vitam aeternam.* Los malos irán al castigo eterno, y los justos á la vida eterna.—Lo primero, consideraré la ejecucion de la sentencia dada contra los malos; porque en el punto que se diere, sin dilacion alguna, á vista de los buenos se abrirá la tierra debajo de sus piés, y arrebatando de ellos los demonios, unos y otros bajarán á los infiernos, y luego la tierra se tornará á cerrar, quedando para siempre sepultados en aquel abismo de fuego. Entonces se cumplirá la maldicion que está escrita en el salmo (*Psalm.* LIV, 16): Venga sobre ellos la muerte, y bajen vivos al infierno. Y lo que dice san Juan en su Apocalipsis (*Apoc.* XX, 14), que el diablo y la muerte y el infierno y todos los que no estaban escritos en el libro de la vida fueron echados en el estanque de fuego y piedra azufre, donde serán ator-

mentados de dia y de noche por todos los siglos de los siglos con el Antecristo y su falso profeta. Y esta es la muerte segunda, amarga y eterna, que comprende las almas y cuerpos que murieron la primera muerte de la culpa y la muerte corporal que de ella se siguió. ¡Oh qué rabia tan furiosa tendrán los condenados, viendo que no pueden resistir ni impedir la ejecucion de esta sentencia! oh qué envidia tan amarga penetrará sus entrañas, viendo la gloria de los buenos de quien se apartan! oh qué tristeza tan desesperada recibirán con esta segunda muerte y en la primera entrada de aquel hediondo estanque infernal! oh qué agonías tan rabiosas, viéndose cubiertos con montes de tierra, cerrados con cerraduras eternas y atados de piés y manos con cadenas de perpétua damnacion! Entonces verán por experiencia cuán malo y cuán amargo fue (*Ierem.* II, 19) haberse apartado de su Dios y haber dejado su santo temor. Teme, ó alma mia, la terribilidad de esta muerte segunda para que huyas la maldad de la muerte primera. Entra con el espíritu en estas aberturas de la tierra (*Isai.* II, 19); escóndete dentro de ellas mirando con quietud lo que allí pasa para que temas la ira del Todopoderoso y escapes de su furor.

2. Tambien ponderaré como se alegrarán los buenos, segun dice David (*Psalm* LVII, 11), viendo la venganza que la divina justicia toma de los malos. Y aunque entre los condenados esté el que fue su padre ó madre, hermano ó amigo, no recibirán pena, sino alegría por ver la mucha razon que tiene Dios en lo que hace, y así cantarán el cántico que cantó Moisés (*Exod.* XV, 5), cuando los gitanos fueron hundidos en el mar; y el cántico del Cordero que refiere san Juan (*Apoc.* XV, 3), diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopodero; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de todos los siglos. ¿Quién no temerá, Señor, y engrandecerá tu nombre? porque tú solo eres piadoso, y tus juicios son á todos manifiestos.

3. De aquí subiré á ponderar el modo de la ejecucion de la sentencia de los buenos, mirando como todos los bienaventurados se levantan sobre los aires siguiendo á su capitan Jesús, cantando mil cantares de alegría, glorificando á Dios por haberles librado de tantos y tan graves peligros, con aquellas palabras del Salmista (*Psal.* CXXIII, 6): Bendito sea el Señor, que nos libró de los dientes de nuestros enemigos. Nuestra alma ha sido librada como pájaro del lazo de los cazadores: el lazo se rompió, y nosotros quedamos libres; porque pusimos nuestra confianza en el nombre del Señor, que hizo el cielo y

la tierra. De esta manera penetrarán todos los cielos hasta llegar al cielo empíreo, donde Cristo nuestro Señor los pondrá en los tronos de gloria que han de tener, reinando con él con suma paz y gozo por toda la eternidad. ¡Oh dichosos trabajos de la vida virtuosa, que tan bien premiados son en la vida eterna! Alégrate, alma mia, con la esperanza de tales premios, y abraza con gran fervor estos trabajos.

4. *Conclusion de lo dicho.* — Lo que resta por conclusion de lo dicho es, considerarme, como dice san Bernardo (Serm. 11 ex parvis), en este mundo como en un lugar medio entre cielo é infierno, y que estoy aquí al modo que están los novicios en la casa de probacion, probándome Dios con los preceptos que me pone y con los trabajos que me envía; pero ayudándome con su gracia para que salga bien probado. Si pruebo mal siguiendo el partido del demonio, por sentencia de Dios irrevocable seré echado del mundo al infierno; pero si pruebo bien cumpliendo la voluntad de Dios, por sentencia suya seré llevado del mundo al cielo. Por lo cual sumamente me conviene mirar cómo vivo, para que salga de este mundo bien probado. Ó Dios eterno, que hiciste la tierra como casa de probacion para ejercitar á los hombres que ordenaste para el cielo (*Psalm.* XXV, 2); pruébame tú y ejercítame previniéndome con tu misericordia, para que te obedezca de manera, que el dia del juicio me apruebes y admitas en tu reino. Amen.

MEDITACION XVI.

DEL INFIERNO, CUANTO Á LA ETERNIDAD DE LAS PENAS Y Á LA TERRIBILIDAD DEL LUGAR, Y DE SUS MORADORES Y ATORMENTADORES.

PUNTO PRIMERO. — *Qué es infierno.* — 1. Lo primero, se ha de considerar lo que es infierno del modo que la fe nos lo enseña, para que sabiendo su definicion temblemos de oir su nombre. Infierno es una cárcel perpétua, llena de fuego y de innumerables y muy terribles tormentos, para castigar perpétuamente á los que mueren en pecado mortal. Infierno, otrosí, es un estado eterno en el cual los pecadores, en castigo de sus pecados, carecen de todos los bienes que pueden desear para su contento, y padecen todos los géneros de males que pueden temer para su tormento. De suerte que en el infierno se junta la privacion de todos los bienes que en esta vida gozan los hombres, y en la otra los Ángeles; y la presencia de todos los

males que en esta vida afligen á los hombres, y en la otra á los demonios.

2. Esto puedo ponderar discurriendo por todos los males y miserías que padezco ó veo padecer á otros, aumentándolos y eternizándolos con la consideracion; porque todo lo que en esta vida se padece es poco y dura poco tiempo, pues tiene fin; pero lo que se padece en el infierno es muchísimo y durará por infinita duracion, que compite con la de Dios, porque durará cuanto Dios durare. Si aquí padezco hambre y sed, entenderé que en el infierno tendré otra hambre y sed incomparablemente mayor, y demás de esto, eterna. Si padezco algun dolor ó deshonra, ó pobreza ó tristeza, ó falta de amigos, etc., todo esto padeceré en el infierno con tanto exceso, que lo de acá es como pintado y como un soplo; pero lo de allá todo será terribilísimo, y nunca se ha de acabar; porque despues de haber durado cincuenta mil años, quedan otros cincuenta mil millones que pasar, y pasados estos, quedan otros y otros sin cuento. Y con haber estado Cain en el infierno mas de cinco mil años, es como si hoy comenzara. Y cási dos mil años há que el rico avariento arde y pide una gota de agua, y siempre arderá y la deseará. Pues ¿qué locura es, ó alma mia, por no padecer en esta vida tan pequeños trabajos y tan breves ponerte á peligro de padecer males tan grandes y tan largos? ¿Cómo no tendrás paciencia en lo poco y breve que ahora padeces, pues mereces padecer tanto y tan eterno por tus pecados? Ó Dios eterno, ilústrame con tu soberana luz para que por los males presentes conozca la terribilidad de los eternos tormentos, y viva de manera que merezca ser libre de ellos. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar las causas y circunstancias de esta eternidad, ponderando como cuanto hay en el infierno es eterno. – Lo primero, el condenado es eterno no solamente cuanto al alma, sino cuanto al cuerpo; porque será inmortal, ni se podrá matar á sí mismo, ni otro le podrá matar, ni Dios le querrá aniquilar. Y aunque él mismo desee la muerte, ella huirá de él, Dios no le cumplirá este deseo; antes las rabias por deshacerse le darán terrible tormento, viendo que no puede alcanzar lo que desea. (*Apoc.* IX, 6). – Lo segundo, el lugar de la cárcel es eterno, sin que pueda arruinarse; porque la tierra, en cuyo medio está el infierno, durará para siempre. (*Eccles.* I, 4). El fuego tambien será eterno; porque el soplo eterno de Dios, como dice el profeta Isaías (*Isai.* XXX, 33); servirá de piedra azufre que le irá conservando, sin tener necesidad de otra leña. Ó si sirve de leña la piedra azufre,

tambien será eterna; porque el mismo soplo de Dios la conservará. Y el fuego, que tiene virtud de abrasar y consumir, tiene allí por la omnipotencia de Dios partida su virtud (*Psalm.* XXVIII, 7), porque abrasa y no consume; y así siempre dura lo que siempre abrasa.

2. Lo tercero, el gusano que allí muerde será eterno, sin que haya quien le pueda matar, como Cristo nuestro Señor lo dijo. (*Marc.* IX, 45). Porque la podredumbre de donde se engendra, que es la culpa, nunca se acaba, y la viva aprension de ella y de la pena nunca cesa, y así la cruel mordedura que hace en la conciencia no tendrá fin. – Lo cuarto, el decreto de Dios es eterno é inmutable, porque está resuelto de no revocar la sentencia definitiva que dió ni librar del infierno al que una vez entra. *Quia in inferno nulla est redemptio.* Porque en el infierno ni hay redencion de cautivos, ni rescate de presos, ni precio para ello; por cuanto la sangre de Jesucristo no pasa allá. Y si cuando estaba fresca y se derramó en el monte Calvario no sacó del infierno á ningun condenado, tampoco le librará ahora. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 52, *art.* 6).

3. Finalmente, todas las penas serán eternas (*Ex D. Thom.* 1, 2, *q.* 87, *art.* 3 *ad* 1, *cum August. et Greg. quos citat*); porque las culpas tambien lo serán, por cuanto en el infierno no hay perdon de pecados, ni penitencia verdadera, ni satisfaccion que se acepte, ni la sangre de Jesucristo se les aplica. De donde procede, que quien quiere morir sin penitencia de sus pecados virtualmente quiere permanecer en ellos para siempre, y que sus pecados sean eternos; y así merece que la divina justicia le castigue con penas eternas. Y de aquí es, que aunque el pecador muera con verdadera fe y esperanza, entrando en el infierno se las quitan, no solo por ser indigno de ellas, como arriba se dijo, sino porque ya no le queda objeto de esperanza (*Medit.* IX, *punt.* 4), ni para alcanzar perdon de pecados, ni para ser oido en sus peticiones, ni para salir de su miseria, ó alcanzar su bienaventuranza. Pues ¿cómo, alma mia, no temes este ser eterno obligado á miserias eternas? ¿cómo no te atemoriza este fuego? ¿este soplo? ¿este gusano? y este decreto de Dios inmutable y sempiterno? Mira que ahora mudará Dios la sentencia, si tú mudas la vida con la penitencia. No aguardes á que tu culpa se haga eterna, porque tambien lo será la pena.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la continuacion é invariabilidad de las penas que anda junta con la eternidad. – Ponderando como las penas de tal manera durarán para siempre, que serán continuas, sin interrupcion é invariables, sin dimi-

nucion; de modo que aunque duren millones de años, no habrá ni un solo dia de vacaciones, ni cesará la pena por una sola hora ni por un momento, ni la pena sustancial se menoscabará, ni tendrá un mínimo alivio (*Luc.* XVI, 24); como se vió en el rico avariento [1], á quien negó Abrahan tan pequeño refrigerio como era tocarle la lengua con el dedo mojado en agua: antes se les acrecentarán nuevas penas accidentales con las nuevas entradas de otros condenados; y la mudanza que acá suele ser de alivio, si la hubiere en el infierno, será para nuevo tormento; porque si los lujuriosos, como se dice en Job (*c.* XXIV, 19), pasan de los ardores del fuego á las aguas de la nieve, será para que el ardor les congoje mas, por la guerra que trae con el frio, y el frio les cause mayor temblor y crujir de dientes batallando con el ardor.

2. Finalmente, con ser los tormentos tan largos y continuos no se gana costumbre en el padecer, de modo que cause alivio, antes cada dia se hacen como nuevos, y con nueva impaciencia reverdecen. Porque como la soberbia de estos desventurados que aborrecen á Dios crece siempre, segun dice el profeta David (*Psalm.* LXXIII, 23), así crece la ira y envidia, la impaciencia, furor y rabia. Pues ¿qué dices, alma, y qué haces, si tienes fe viva de tales penas? cómo no se te acaba el aliento considerando tanta terribilidad? tanta duracion? tanta continuacion? tanta inmutabilidad y eternidad? Si estando en cama blanda sientes á par de muerte pasar una larga noche en vela y con dolor, esperando con ansias el alivio de la alborada; ¿cuánto mas sentirás estar en cárcel oscura, en cama de fuego, en perpétua vigilia y con terrible pena en una noche tan larga y prolija, que no espera alivio de alborada, porque será eterna? Ó justicia del Todopoderoso, ¡quién no tiembla en tu presencia! Líbrame, Señor (*Psalm.* VI, 2), de tu ira, y no me castigues con tu furor; ampárame con tu misericordia porque no caiga en tan espantosa y eterna miseria. Amen.

PUNTO CUARTO. — Lo cuarto, descendiendo á lo particular, se ha de considerar la terribilidad del lugar que llamamos infierno.

1. Porque lo primero es un lugar debajo de la tierra, oscuro y lleno de tinieblas mas espesas que las de Egipto, donde nunca entra luz de sol, luna ó estrellas. Y el fuego, aunque abrasa, no alumbra, sino ahuma y ciega la vista; porque Nuestro Señor divide (*Psalmus* XXVIII, 7) la llama del fuego para los malos, quitándole lo bueno que tiene y dejándole lo malo. – Además, el infierno es un lugar

[1] **Parece deberia decir *Epulon* en este y otros puntos. *(Nota del Editor)*.**

estrechísimo, sin las praderías y florestas de la tierra. Porque dado caso que el infierno, como dice Isaías (*c.* xxx, 33), es muy hondo, extendido y dilatado, y ensancha mucho sus senos (*Ibid. c.* v, 14); pero son tantos los hombres que han de bajar á él, que apenas cabrá á cada uno el lugar de una muy estrecha sepultura, y estarán todos apretados como ladrillos en un horno de fuego sin poderse rebullir.

2. Demás de esto, es lugar destempladísimo, con calores excesivos, sin que haya resquicio por donde pueda entrar viento que le refresque. Y á esta causa san Juan en su Apocalipsis (*c.* xix, 20; x, 9) le llama siempre estanque de fuego y piedra azufre; porque como los peces están en estanque de agua sumidos y como presos, sin poder salir de allí, así estarán los condenados en el estanque ardiente de terrible fuego mezclado con piedra azufre derretida y de abominable olor. — Y de aquí es tambien que el infierno es un lugar hediondísimo, porque los cuerpos de los condenados echarán de sí un sudor insoportable con abominable hedor. — Y finalmente, estará cerrado por todas partes con cerraduras eternas, sin que puedan salir de él ni por fuerza ni por maña. Y si por dispensacion de Dios sale alguno, consigo lleva la pena, y luego vuelve á donde salió, y despues del juicio nunca se dará tal dispensacion. ¡Oh cuán blando te pareceria cualquier calabozo si ponderases bien la terribilidad del infierno! Ó buen Jesús, ayúdame á llorar amargamente mis pecados (*Iob*, x, 21), porque no vaya á esta tierra tenebrosa cubierta de sombra de muerte, y tierra de desesperados.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar la miseria, desventura y desconcierto de los moradores de este lugar, que están presos en esta cárcel, ponderando como carecen de todos los buenos respetos que hay de bondad, discrecion, nobleza, parentesco, amistad y lealtad; y están vestidos de todos los contrarios respetos con extraña abominacion, porque en el infierno hay todas suertes de personas: unos fueron ángeles de varias jerarquías y coros, hermosos, poderosos y muy lucidos; otros fueron emperadores, reyes y príncipes, con varios estados y títulos de nobleza; otros fueron sábios, filósofos elocuentes y letrados en várias ciencias; otros cortesanos, comedidos, afables, liberales, agradecidos y bien acondicionados; otros parientes, deudos y afines, padres é hijos, hermanos ó primos, etc. Otros muy amigos y conocidos, compañeros y vecinos; pero en entrando en el infierno se pierden todos estos respetos, sin haber, como dice Job (*c.* x, 22), órden ni concierto, sino confusion y horror. Todos

se hacen enemigos mortales, llenándose unos contra otros de ira, rencor, envidia, impaciencia y rabia, sin que uno pueda ver á otro, ni decirle buena palabra. El padre aborrece al hijo, y el hijo al padre; el señor al vasallo, y el vasallo al señor, maldiciéndose unos á otros, y mordiéndose con furor; y en especial los que se amaron en esta vida con amor desordenado, y fueron compañeros en las culpas, se aborrecerán mucho mas, y crecerán sus penas con la rabia de verse juntos, porque como los carbones encendidos, cuando están juntos, uno enciende al otro; así estos carbones infernales encendidos con el fuego de sus iras avivarán los ardores de los compañeros.

2. Á esto se añade la imaginacion penosísima de que por fuerza, y mal que les pese, han de estar eternamente juntos, sin poder huir ni apartarse, porque huyendo de uno que mucho aborrecen dan en otro peor, y así tendrán una perpétua y cruel guerra, sin que haya quien les ponga en paz ni quien los consuele, porque ninguno irá allá de la tierra que pueda, ni del cielo bajará quien quiera, porque ningun bueno se dignará de entrar en tan infame lugar, tanto, que Cristo nuestro Señor cuando bajó á los infiernos no entró en este lugar, ni les dió alivio alguno. Pues ¿qué sentirán los príncipes cuando se vean emparejados con los plebeyos, y tratados de ellos con tal desvergüenza y odio? ¿Qué tormento será vivir por fuerza con mis enemigos que actualmente me aborrecen y maldicen, sin poder tapar á ellos las bocas ni á mí los oidos? ¿Qué pena será nunca ver persona que bien me quiera, ni quien se compadezca de mis males, sino antes los acreciente? Ó alma mia, funda todas tus amistades en verdadera caridad (*Casian. Collat.* XVI, *c.* 2), porque ésta sola es eterna y no perece, y sin ella las demás perecerán. Ten, cuanto es de tu parte, paz (*Rom.* XII, 18) con todos los hombres, porque no entres en compañía de tantos malos.

PUNTO SEXTO. — 1. Lo sexto, se ha de considerar la terribilidad de los atormentadores y verdugos infernales. – Lo primero, generalmente en el infierno cada uno de los condenados es verdugo de todos, y todos son verdugos de uno, diciendo y haciendo cosas que les atormentan, como está dicho. – Demás de esto, los demonios son terribles atormentadores de los hombres, vengándose en ellos por la rabia que tienen contra Dios y contra Jesucristo; y así los atormentan con visiones espantables, con imaginaciones horribles y con todos los modos que puede inventar su fiera crueldad.

2. Allende de esto, el tercer atormentador y mas cruel es el gusano de la conciencia, el cual muerde (*Marc.* IX; 49) y morderá eter-

namente con terrible crueldad, porque acordándose el malaventurado de los pecados que hizo y de recuerdos que tuvo para salir de ellos, y que pudiera librarse de aquellos tormentos, y que por culpa de su perverso libre albedrío entró en ellos, él mismo será verdugo de sí mismo, y se morderá y querrá despedazar con increible amargura y rabia, cumpliéndose aquí aquel castigo de quien dice san Agustin (Lib. I Confes.): Mandástelo, Señor, y así se cumple, que el ánimo desordenado sea pena de sí mismo, porque sus pecados son sus verdugos; y sus pasiones desenfrenadas son sus atormentadores. De modo que él mismo es pesadísimo para sí, y no se puede sufrir á sí mismo. Aprende, pues, alma mia, á oir el latido de la conciencia, y haz paces con este buen adversario (*Matth.* v, 25) que te punza cuando pecas; porque en el infierno ladrará y morderá como perro rabioso, vengando la injuria que la hiciste cuando en esta vida la atropellaste.

3. El cuarto atormentador será la mano invisible de Dios que descarga sobre los condenados, usando de su omnipotencia contra ellos; los cuales, como saben esto, vuelven su rabia contra él, diciendo horrendas blasfemias, y deseando que dejase de ser; pero todo se les convierte en aumento de dolor y pena. Ó mano pesadísima del Omnipotente, ¿quién te podrá sufrir? ¡Oh cuán horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo y enojado! Aparta, Señor, muy léjos de mí la mano de este castigo, y tócame con la de tu misericordia, para que libre de estos temores goce de tí por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA PENA DE LOS SENTIDOS Y POTENCIAS INTERIORES, Y DE LA PENA DE DAÑO QUE SE PADECE EN EL INFIERNO.

—Como el pecador abraza dos grandes males que son, apartarse de Dios, fuente de agua viva, y convertirse á las criaturas por gozar de sus deleites perecederos; así en el infierno es castigado con dos suertes de penas: una que llaman de daño, por el primer mal, y otra que llaman de sentido, por el segundo, y de esta comenzarémos por ser mas fácil de sentir.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar la pena que padecen los sentidos exteriores del condenado cuando tiene cuerpo, porque conforme á las leyes de la divina justicia (*Sap.* XI, 17): ***Per quae quis peccat, per haec et torquetur***, cada uno será atormentado por

las mismas cosas en que peca; y pues el pecado entra por los sentidos, su castigo ha de ser en ellos. Esto se puede ponderar discurriendo por todos cinco. – La vista será atormentada viendo cabe sí á sus enemigos, y padeciendo visiones horribles que les pondrán delante los demonios, tomando ellos estas espantables figuras para atormentarles con ellas, sin que puedan cerrar los ojos para no verlas, en castigo de los pecados que hicieron con este sentido. – El oido estará siempre oyendo blasfemias contra Dios, maldiciones y palabras injuriosísimas y otros sonidos asperísimos á modo de aullidos y bramidos espantosos, sin poder cerrar los oidos, en castigo de lo que con ellos pecó. – El olfato estará oliendo cosas hediondas como piedra azufre, y sobre todo el abominable hedor que saldrá de los cuerpos de los condenados y del suyo mismo.

2. El gusto en la garganta y lengua gustará cosas amarguísimas mas que hieles y ajenjos amargos, con terribles arcadas y congojas de estómago (*Ierem.* IX, 15; XXIII, 15); y por otra parte padecerá una hambre canina y una sed rabiosa, deseando como el rico avariento una gota de agua (*Luc.* XVI, 24), y no se les dará, en castigo de los pecados de la gula. – El tacto en todo el cuerpo padecerá grandes tormentos, desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza; de modo que allí se juntarán los dolores de ojos, oidos y muelas, costado, corazon y gota, y los demás que en esta vida atormentan. Pues si tanto dolor causa en esta vida la pena de un solo sentido, ¿cuánto dolor causará la pena que de tropel entra por todos cinco? ¡Oh desventurados deleites sensuales, cuyo fin son tan terribles amarguras! – Con esta consideracion tengo de alentarme á llorar los pecados que con estos cinco sentidos he cometido, pesándome de la libertad que les he dado, y proponiendo de mortificarlos y enfrenarlos (*Ierem.* IX, 25), porque no entre la muerte y el infierno por ellos.

PUNTO SEGUNDO. – *Del fuego del infierno.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar la pena del fuego, el cual es tan terrible, que en su comparacion el de acá es como pintado, porque es instrumento de la divina justicia y de su omnipotencia, para castigar y atormentar, no solamente los cuerpos, sino almas solas y espíritus puros. Las propiedades de este fuego son: – La primera, que se entraña (*D. Thom.* 1 *p. q.* 64, *art.* 4 *ad* 3) con el condenado con tal trabazon, que á donde quiera que va el demonio es atormentado de este fuego, y podemos decir que consigo lleva el fuego infernal, porque lleva la pena que recibe de él. – La segunda, que con ser uno mismo, ator-

menta desigualmente á los condenados, y á los mayores pecadores atormenta mucho mas, y á los menores menos. Y á un mismo condenado en una parte de su cuerpo le atormentará mas que en otra, cuando aquella fue instrumento especial de su pecado. Á unos atormentará mas en la lengua, porque fueron murmuradores y perjuros: á otros en la garganta, porque fueron glotones y bebedores; y todo esto obra la omnipotencia y justicia de Dios, que le toma por instrumento para ello.

2. La tercera es, que carece de lo que suele dar alivio, y tiene lo que es puro tormento; porque, como ya se ha tocado, abrasa y no luce; quema y no consume; siempre arde y nunca se menoscaba, porque Dios le conserva. Y aunque los miserables condenados, segun dice el Profeta (*Malach.* IV, 1), son como paja, porque luego prende en ellos este fuego sin resistencia, pero nunca acaba de quemar esta paja: y la llama que sale de ella echa tanto humo, que ciega pero no ahoga; atormenta pero no mata. Pues ¿qué será ver un condenado metido y sumido en un pozo de fuego y en una inmensidad de llamas, con alaridos y gemidos, sin hallar refrigerio ni esperanza de alivio? ¡Oh cuán terrible mal es el pecado! pues siendo Dios infinitamente misericordioso, viendo padecer tormentos tan terribles al que es criatura suya, redimida con la sangre del Cordero, no tiene compasion de él, ni le saca de aquel fuego, antes desde su cielo se le está mirando y gozándose de que padezca, conforme al órden de su justicia. Ó alma mia, oye lo que este Señor dice (*Isai.* XXXIII, 14): ¿Quién de vosotros podrá morar con el fuego tragador? ó quién podrá morar con los ardores sempiternos? Si no te atreves á tocar el fuego tan ligero de esta vida, ¿cómo no tiemblas del fuego espantoso de la otra? Contempla con atencion este fuego, para que su temor consuma el fuego de tus codicias, si el fuego del divino amor no bastare, por tu tibieza, á consumirlas.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la pena que padecen las potencias interiores del alma, discurriendo por todas ellas. - Primeramente, la imaginativa será atormentada con horrendas imaginaciones (*D. Thom.* in addit. q. 94), mas terribles que las que padecen los muy melancólicos en sueños, y que las que padecieron los egipcios; de las cuales, dice el Sábio (*Sap.* XVII, 4) que eran horribles y espantables, con visajes monstruosos y tristísimos de fieras y dragones, y con bramidos y silbos que le causaban grande pavor y espanto. - De aquí es que los apetitos serán atormentados con la furia de sus mismas pasiones, que de tropel saldrán con gran ve-

homenesía; conviene á saber, temores, tristezas, tédios, agonías, iras, desesperaciones, envidias y rabias, con una guerra entre sí tan cruel, que se despedazarán unos á otros.

2. La memoria intelectual será atormentada con la continua y fija recordacion de las cosas pasadas que poseyó, y de las presentes que padece, y de las que están por venir en la eternidad, sin que pueda pensar ni acordarse de cosa que le dé alivio, ni divertirse á no pensar en sus miserias. Y si se acuerda de los deleites que tuvo en el mundo, es para mayor tormento. De suerte que su memoria será como un mar alborotadísimo, con innumerables olas de pensamientos mas amargos que las hieles, yéndose unos y viniéndose otros, sin dejarle tener un punto de descanso. – El entendimiento estará entenebrecido, sin poder discurrir ni entender cosa que le dé gusto: estará lleno de errores y engaños, ponderando y encaramando sus males, y juzgando con pertinacia que le hace Dios agravio, quejándose de él, como de injusto. – La voluntad estará obstinada y endurecida en sus pecados, y en el odio de Dios y de sus Santos, y de todos los hombres, sin poderse ablandar, ni mudar, ni arrepentir de lo que hace; y deseando hacer su propia voluntad, nunca la podrá hacer en lo que ha de ser su alivio, porque ya le ataron de piés (*Matth.* xxii, 13) y menos para echarle en aquellas tinieblas; sin tener libertad para ejercitar obras de luz ni de alegría. Por lo cual la voluntad propia, no cumplida, será infierno de sí misma, en castigo de las veces que en esta vida se cumplió contra la voluntad divina.

3. Finalmente, imaginaré que el corazon de un condenado es como un mar amarguísimo en el cual entran diez rios de penas terribilísimas; cinco por los cinco sentidos exteriores; y otros cinco por las cinco potencias interiores, en castigo de los pecados que hicieron contra los diez mandamientos de la divina ley y contra cualquiera de ellos; pues, como dice el Apóstol (*Iacob.* ii, 10), quien quebranta uno, pasará por el mismo género de penas que quien los quebranta todos. Pues ¡qué mayor desdicha puede ser, que las potencias que me dió Nuestro Señor para gozarle y ennoblecerme se conviertan en mis crueles verdugos para atormentarme y confundirme! Ó Dios inmenso, ayúdame á mortificar y labrar las potencias que me diste, y sea yo su verdugo en esta vida, para que ellas no sean mis verdugos en la otra.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar la pena que llaman de daño, la cual es infinita, por privar de un bien infinito

que es Dios. De suerte que estos miserables estarán para siempre desterrados del cielo, y privados de la bienaventuranza y fin para que fueron criados, y de la vista clara de Dios, del amor beatífico y del rio de deleites que de todo esto procede; todo lo cual les dará terrible pena y tristeza, especialmente á los que tuvieron en esta vida fe de ello. Porque dado caso que su entendimiento esté oscurecido para entender otras cosas, no lo estará para ponderar y apreciar esta, trazándolo así la divina justicia para su mayor tormento. – La terribilidad de esta pena se puede ponderar por dos caminos. – El primero es, por lo que sienten aquí los santos varones que tienen luz del cielo para conocer la grandeza de la gloria y el sumo bien que es ver á Dios; los cuales tienen por suma pena carecer de esta vista, y tiemblan de solo pensarlo, como se apuntó en el tercer punto de la meditacion VI. – El segundo camino es, por lo que sienten los mismos condenados carecer de este sumo bien, no en cuanto es bien honesto, porque no áman á Dios ni cosa santa, sino en cuanto carecen de lo que habia de darles sumo y eterno descanso, y librarles de tan horrible tormento. Esto puedo rastrear por algunas semejanzas de las cosas de esta vida; porque si tanto sienten los hombres que les quiten un gran mayorazgo á que tenian algun derecho, ¿cuánto mas sentirán que les quiten el mayorazgo eterno del cielo á que pudieran tener derecho, si no le perdieran por su pecado? Y si la privacion de los bienes y deleites finitos y limitados tanto lastima el corazon; ¿cuánto mas lastimará la privacion de un bien infinito en quien están con eminencia todos los bienes y deleites criados? Y si la muerte es la mas terrible entre las cosas terribles, porque aparta el alma del cuerpo y de este mundo visible; ¿cuánto mas terrible será la muerte eterna, en que se aparta el alma de Dios, de su su reino y mundo invisible? Así como (I *Cor.* II, 9) ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni en el corazon del hombre puede caber grandeza de los bienes que tiene Dios aparejados en el cielo para los que le aman; así tambien no es posible imaginar la terribilidad de los males que están encerrados en carecer para siempre de tales bienes. Ó Dios infinito, descarguen sobre mí todas las demás penas de sentido, como sea sin pecado, con tal que no me castigues con esta pena de daño privándome por mi culpa de tu amorosa vista.

2. Con esta pena se junta tambien carecer de la vista y compañía de Cristo nuestro Señor, de su Madre benditísima, de los nueve coros de Ángeles y de todos los bienaventurados. Lo cual dará muy mas terrible pena á estos miserables, despues que el dia del juicio

vieren parte de la gloria de esta bienaventurada compañía, y fueren apartados de ella, cuya memoria durará en ellos para siempre con una envidia y rabia furiosa.

3. Finalmente, por los males terribles que padecen sacarán los bienes excelentísimos de que carecen, porque barruntan que Dios será tan liberal en premiar como terrible en castigar, y que tiene tantos deleites en el bellísimo lugar del cielo como tormentos en aquel miserabilísimo lugar del infierno; y verse privados de tantos bienes acrecentará sus males. – Con estas consideraciones echaré hondas raíces en los afectos del temor de Dios y del aborrecimiento de mis pecados, acompañándolos con una gran confianza en la divina misericordia, de que me ha de librar de esta extrema miseria; y así lo pediré á Nuestro Señor, diciéndole: Confieso, Dios mio, que yo soy aquel desventurado pecador (*Isai.* XXVI, 10) que en la tierra de los santos cometí innumerables pecados, por los cuales no merezco ver vuestra gloria, ni ser admitido á la compañía de los que gozan de ella. Pésame de las culpas con que he merecido tan graves penas. Perdonadlas, Señor, por vuestra misericordia, para que no se pierda vuestra hechura, ni carezca del fin para que fue criada. No pueble yo el infierno, no sea cebo de aquel fuego eterno, no me dejeis caer en estado que os aborrezca y maldiga; porque en el infierno, ¿quién os alabará? (*Psalm.* VI, 6). No, no, Señor, no ha de ser así, sino siempre os tengo de amar y bendecir, y despues de esta vida me habeis de poner en otra donde os ame y alabe por todos los siglos de los siglos. Amen.

SÍGUENSE OTRAS MEDITACIONES Y MODOS DE ORAR, PARA ALCANZAR LA PUREZA DEL ALMA Y LA PERFECTA MORTIFICACION DE SUS VICIOS Y PASIONES.

— Para alcanzar la perfecta pureza del alma; que es el fin principal de la via purgativa, se ordenan algunos modos de orar, que se pusieron en el párrafo IX de la introduccion de este libro; de los cuales el primero tiene por materia de meditacion los siete vicios capitales ó principales, que comunmente llamamos siete pecados mortales; y los diez mandamientos de la ley de Dios, y las tres potencias y cinco sentidos del hombre. Y es muy provechoso para conocer mas en particular la muchedumbre y gravedad de nuestros pecados, y para saber examinar la conciencia, así en órden á la confesion sacramental, como en órden al exámen cotidiano que se ha de hacer cada noche. Y finalmente, ayuda mucho para ahondar en

el propio conocimiento, y descubrir las raíces de nuestras culpas, y aplicar los remedios de ellas.—

En primer lugar pondré las meditaciones de los siete vicios capitales (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 84, *art.* 4), porque en ellos, como en siete cabezas, están encerrados virtualmente los demás vicios. Y por la misma causa nuestra principal batalla ha de ser contra ellos; porque quien los vence perfectamente vence al dragon de las siete cabezas (*Apoc.* XII, 3), que hace guerra á los santos, y destruye las siete naciones (*Deut.* VII, 1) de enemigos que impiden la entrada en la tierra de promision, no terrena sino celestial, como largamente lo prosigue (*Casian. lib.* V; *Id. Collat.* V, c. 6) Casiano en los libros que hizo de ellos. De aquí es, que el fin principal de estas meditaciones no ha de ser conocer solamente la malicia y fealdad de estos vicios, y aborrecerla, sino poner luego manos á la obra, y mortificar las pasiones y aficiones desordenadas que han echado raíces en el corazon; porque, como dice san Basilio (*Reg.* VII, *ex fusis*), no se vencen los vicios, ni se ganan las virtudes con solas consideraciones, sino con fuertes ejercicios de mortificaciones; para los cuales ayuda la meditacion y oracion, moviendo nuestra voluntad á que quiera mortificarse, y alcanzando de Nuestro Señor fuerzas para ello. Y aunque es verdad que todos los pecados mortales se quitan juntos y de un golpe con la contricion y confesion, en la cual no se perdona un pecado mortal sin otro, pero las costumbres viciosas que quedan en el alma, y las pasiones del apetito en que se fundan, se han de mortificar por sus partes y poco á poco; por lo cual dijo Moisés á su pueblo, hablando de las siete naciones arriba dichas (*Deut.* VII, 22): *Ipse consumet nationes has in conspectu tuo paulatim, atque per partes. Non poteris eas delere pariter.* Dios consumirá y destruirá estas naciones poco á poco y por sus partes, y no podrás destruirlas todas juntas, trazándolo así la divina Providencia para nuestro ejercicio y humillacion; porque durando mas la guerra será mas segura y mas provechosa la victoria. Á esta causa harémos meditacion especial de cada uno de estos vicios, enseñando el modo de hacerle guerra con actos contrarios; para lo cual se irán ponderando en cada uno tres cosas. La primera, los modos que hay de pecar en cada vicio, poniendo no solamente los pecados graves sino tambien los ligeros, para que los deseosos de perfeccion conozcan por menudo las cosas que han de mortificar. La segunda será, los daños que se siguen de tal vicio, y los castigos temporales con que Dios suele castigarle, y los eternos que en especial le corresponden en la otra vida. La ter-

cera será, los grandes favores y premios de que gozan los que valerosamente le mortifican y abrazan la virtud contraria, declarando algunos actos y excelencias de ella, para que temor y amor nos animen á la mortificacion.

MEDITACION XVIII.

DE LA SOBERBIA Y VANAGLORIA.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar qué cosa es soberbia, y qué modos hay de pecar en ella, ponderando cuán contrarios son á toda buena razon, cuán injuriosos á Dios, cuán perjudiciales al prójimo, y cuánto daño hacen á la virtud; porque todo eso se descubre en cada uno, como se va poniendo. – La soberbia es un apetito desordenado de excelencia, y es de dos maneras (*Casian. lib.* XII, *c.* 2; *Collat.* v, *c.* 12): una es carnal y mundana, que pone su excelencia en bienes corporales, como es hacienda, linaje, hermosura, oficio honroso, etc. – Otra soberbia es espiritual, que se ceba en los bienes espirituales de ciencias y virtudes. Tiene cuatro actos. – El primero, atribuirse á sí mismo lo que es de Dios como si fuera suyo, debido á su naturaleza, ó adquirido por propia industria, sin reconocer á Dios por autor de ello. – El segundo, ya que piense ser de Dios lo que tiene, atribuir á sus propios merecimientos lo que es pura gracia. – El tercero, pensar de sí que tiene muchos mas bienes de los que de verdad tiene, así en virtud como en letras, ó en otros dones naturales ó adquiridos, complaciéndose de ellos consigo mismo. – El cuarto (*D. Greg.* lib. XXXIV *Moral.* *c.* 16; XXXIII, *c.* 7; *Psalm.* XI; *Isai.* X, 13) es, pensar que es singular y excelente sobre todos en los bienes que tiene, ó desear vanamente serlo, para que todos se le rindan y sujeten.

2. De la soberbia nacen otros (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 132) muchos vicios con varios actos de pecados, los cuales podemos reducir á siete, como siete cabezas de este dragon infernal. – El primero, es su hija primogénita la vanagloria, que es un apetito desordenado de ser conocido, estimado y alabado de los hombres (*D. Basil.* de Constit. Monastic. *c.* XI; Orat. 17); cuyos actos son, gloriarse de lo que tiene como si no lo hubiera recibido de Dios; gloriarse de lo que de verdad no tiene, ó de cosa indigna de gloria, por ser mala ó vilísima; desear vanamente agradar á los hombres, diciendo ó haciendo sus cosas porque le alaben; alegrarse vanamente cuando es alaba-

do, saboreándose en oir sus alabanzas, aunque sean falsas lisonjas. Esta vanagloria es mas abominable en materia de virtudes, porque es veneno dulce y ladron secreto que las roba y destruye. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 112; *Ierem.* XLVIII, 14; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 131).–El segundo vicio es jactancia, cuyos actos son, alabarse á sí mismo, diciendo los bienes que no tiene, ó exagerando los que tiene con demasía y blasonando de ellos, ó descubriendo sin necesidad los que debiera encubrir.

3. El tercero es ambicion, deseando desordenadamente honras y dignidades, cuyo desórden consiste en desear las que no merece, ó en procurarlas por malos medios ó con demasiada aficion, teniendo por fin no mas que la honra mundana.–El cuarto es presuncion, presumiendo de sí grandes cosas, mayores de lo que puede, y arrojándose á ellas temerariamente por vanidad.–El quinto es hipocresía, fingiendo la virtud y la buena intencion que no tiene, para ser tenido por santo, y haciendo las obras buenas con fingida bondad para este fin.–El sexto es protervia en su propio juicio, anteponiéndole al de los otros, aunque sean superiores, en las cosas que fuera bien rendirse al parecer ajeno, por no ser engañado.–El séptimo es desprecio de los demás, haciendo poco caso de ellos, primero de los menores, luego de los iguales, despues de los mayores, hasta llegar á despreciar al mismo Dios. Porque la soberbia, como dice David (*Psalm.* LXXV, 23), siempre va creciendo, y así brota otros innumerables pecados, discordias, desobediencias, maldiciones y blasfemias.

4. Como fuere pensando estos vicios, he de mirar los pecados que en cada uno he cometido, haciendo de ellos una humilde confesion en la presencia de Dios, diciéndole: Acúsome, Dios mio, que estoy lleno de soberbia: cuanto hago es por vanagloria; mis palabras huelen á jactancia; mis obras y deseos están emponzoñados con ambicion. ¡Oh quién nunca hubiera caido en tales culpas! perdonadme, Señor, y libradme de ellas. Tambien me reprenderé á mí mismo con las reprensiones que pone la divina Escritura, diciéndome (I *Cor.* IV, 7): O vil hombrecillo, ¿qué tienes que no hayas recibido? y si lo has recibido, ¿de qué te glorías como si fuera tuyo? ¿Ya estás harto? ya te tienes por rico? ya quieres reinar á solas, como si no tuvieses necesidad de otros? Si esto piensas, mira que te dirá Dios lo que dijo al otro soberbio, que eres ciego (*Apoc.* III, 17), pobre, desnudo y miserable. Ciego, porque no te conoces; pobre de virtudes; desnudo de buenas obras, y miserable con graves culpas. ¿De

qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? (*Eccli.* x, 9). De qué te engries, vil gusanillo? Huye, huye de la soberbia; porque siendo pobre y soberbio, serás de Dios aborrecido. (*Eccli.* xxv, 3).

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar los terribles castigos que ha hecho Dios y hace en algunos soberbios en esta vida, y los que hará en todos en la otra.–Estos castigos se apuntan en aquella sentencia tan repetida en la Escritura (*Matth.* XXIII, 12): Quien se ensalzare será humillado. En la cual se encierran tres castigos terribles de los soberbios; es á saber, privarlos de la excelencia que tienen, negarles la que desean, y en su lugar darles la bajeza y confusion que temen; lo cual se verifica en muchas maneras, y se puede ponderar en varios ejemplos que han sucedido. Los Ángeles por la soberbia perdieron las excelencias de la gracia, y no alcanzaron las preeminencias en las sillas de la gloria, y fueron echados del cielo empíreo al abismo del infierno. (*Isai.* XIV, 15). Con este ejemplo he de atemorizarme, al modo que Cristo nuestro Señor atemorizó á sus Apóstoles, cuando se jactaban de que los demonios les obedecian, diciéndoles: Ví á Satanás que caia del cielo como un rayo. (*Luc.* x, 17). Como quien dice: Así caeréis vosotros, si fuéreis soberbios; porque la soberbia de ángeles hace demonios, y de apóstoles hará diablos. Por semejantes castigos pasaron Adan, Nabucodonosor, Ciro, Herodes y otros que apetecieron ser como Dios, y no le dieron la gloria que le debian.

2. De aquí subiré á ponderar como el mayor castigo que Dios hace en esta vida por un pecado es, permitir por su causa otros muchos, y quitar los favores especiales de su gracia que preservaran de ellos (*D. Bern.* Serm. 54 in Cant.; *D. Greg.* lib. XI Moral. *c.* 8); y de este modo castiga la soberbia, la cual es causa de las sequedades, desconsuelos y desamparos interiores que nos suceden, y por ella permite Dios graves caidas en lujurias é infidelidades. Y Ananías y (*Act.* v, 5) Safira, como dice san Basilio (Orat. 17 de humilit. et vanagl.), vendieron por vanagloria su hacienda por ser tenidos por perfectos, y por esto permitió Dios que se quedasen con la mitad del precio, por lo cual murieron repentinamente, perdiendo con la vida la honra que deseaban. Lo cual puso gran miedo á toda la Iglesia, y me le ha de poner á mí; porque el castigo de pocos ha de ser escarmiento de muchos; y si soy soberbio quizá seré yo uno de estos pocos castigados, si no me enmiendo.

3. Luego ponderaré como por lo menos no podré escaparme de los terribles castigos de la otra vida, adonde todos los soberbios pa-

decerán especial confusion con terrible vergüenza de verse tan despreciados; y los que acá pretendian el primer lugar tendrán allá el postrero á los piés de Lucifer, rey de los soberbios; y los mismos demonios me escarnecerán, diciéndome por mofa aquello de Isaías (*Isai.* XIV, 10): *Et tu vulneratus es sicut et nos, nostri similis effectus es, detracta est ad inferos superbia tua.* Tú has sido llagado y castigado como nosotros; te han hecho semejante á nosotros en la pena como lo habias sido en la culpa; derribada ha sido tu soberbia hasta los infiernos y hasta lo mas profundo de sus lagos. Pues ¿qué mayor locura puede haber que buscar con soberbia la excelencia, cuyo fin es eterna confusion? Y ¿qué mayor disparate, que por gloria que pasa en un soplo, obligarme á ignominia que nunca se acaba? Ó soberbia, ¡cómo eres viga gruesa en el ojo, cegándole neciamente para que no vea su propio daño! Ó humilde Jesús, quitad esta gruesa viga de mis ojos, porque no caiga por su causa en tan graves daños.

PUNTO TERCERO. — 1. El tercer punto es, considerar los grandes bienes que alcanzaré si mortifico la soberbia y abrazo la humildad, especialmente para el fin que pretendo de purificar mi alma. Estos bienes se encierran en la promesa que hizo Cristo nuestro Señor, diciendo, que quien se humillare (*Matth.* XXIII, 12) será ensalzado; en la cual pone tres grandes bienes que hace á los que de verdad se humillan, librándoles de las miserias en que han caido, conservándoles las gracias y excelencias que han recibido, y levantándoles de nuevo á otras mayores: y así los que se humillan con corazon contrito, por haber pecado, son ensalzados de Cristo en lo mismo que se humillan, porque les perdona sus pecados, aparta de ellos los castigos que merecian, dales su gracia y caridad, levántalos á la dignidad de hijos de Dios, oye sus oraciones, y llénalos de grandes dones; porque Dios resiste á los soberbios, y da su gracia á los humildes. (*Iacob.* IV, 6). El rey Acab (III *Reg.* XXI, 29), porque se humilló delante de Dios, se libró del castigo que le habia amenazado. El Publicano quedó justificado por su humildad (*Luc.* XVIII, 14), siendo reprobado el Fariseo por su soberbia.

2. De la misma manera los justos humillándose, son ensalzados de Dios en la misma justicia, aumentándoles la santidad, los dones de gracia, y la honra y gloria que merecen por ella. Y por esto dice el Sábio (*Eccli.* XXIII, 20): Cuanto fueres mayor, tanto mas humíllate, y hallarás gracia delante de Dios, como la halló la Vírgen nuestra Señora, y fue ensalzada á ser Madre de Dios (*Luc.* I,

30); y el mismo Hijo de Dios se hizo hombre por destruir la soberbia, y dar ejemplo de humildad; y porque se humilló mas que todos los hombres (*Philip.* II, 8), fue ensalzado sobre todos los cielos. Por tanto, alma mia, huye de la soberbia, siquiera por huir tu daño, y abraza la humildad, siquiera por tu provecho. Porque ley general es, de la cual no serás exceptuada, que quien se ensoberbece será humillado, y quien se humillare será ensalzado. Cumple lo que es tuyo, humillándote por tus pecados, y Dios hará lo que es suyo, ensalzándote con sus dones.

3. Últimamente, examinaré qué grado de soberbia predomina en mi corazon, y qué vicio de los arriba dichos le tiene rendido, y luego procuraré varonilmente mortificarle, ejercitando actos contrarios, quitando las ocasiones de tropezar, y aplicando el exámen particular que pondrémos despues, comenzando por la mortificacion y humillacion en las cosas exteriores, què es mas fácil; porque, como dice el glorioso san Bernardo (Serm. 2 in Quad.): *Nihil facilius est volenti, quam humiliare semetipsum:* Ninguna cosa hay mas fácil al que quiere, que humillarse á sí mismo: porque si quiero engrandecerme, muchos me contradirán; pero si quiero humillarme, no habrá quien me contradiga, y humillándome vendré á ser humilde, porque la humillacion es único medio para alejarme de la soberbia (*Bern.* Epist. 87) y alcanzar la virtud de la humildad.

MEDITACION XIX.

SOBRE EL VICIO DE LA GULA Y VIRTUD DE LA TEMPLANZA.

Punto primero. — 1. La gula es un apetito desordenado de comer y beber (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 148): pécase en ello de cinco maneras. — Lo primero, comiendo manjares prohibidos por la Iglesia, ó quebrantando sus ayunos, ó los que estoy obligado á guardar por voto especial, ó por obligacion del estado (*D. Greg.* lib. XXX Moral. *c.* 16) regular. — Lo segundo, tomando el manjar ó bebida en demasiada cantidad ó con grave daño de la salud corporal, ó de la espiritual, que se impide por esto; ó bebiendo hasta perder ó turbar el juicio. — Lo tercero, procurando manjares y bebidas de tal calidad, que sean muy regalados y preciosos, más de lo que pide mi persona y estado, por solo regalo y sensualidad. — Lo cuarto, comiendo mas veces de lo que conviene, fuera de tiempo y en ocasión que puede hacerme daño, ó en lugar no conveniente, ó contra la prohibicion

ó regla de mi religion.—Lo quinto, comiendo con demasiado afecto, saboreándome en lo que como por solo deleite, y con modo inmodesto y apresurado, sumido todo en lo que estoy, haciendo con pensamientos y palabras de sensualidad.

2. Por estos cinco actos he de examinarme y acusarme delante de Dios, llorando mis caidas y diciendo: ¡Ay de mí! que cási siempre peco, cuando como y bebo, sirviendo mas á mi sensualidad que á mi necesidad, y buscando mas el deleite de mi carne que la conservacion de mi vida; y cuando pago la deuda al cuerpo, pago tributo de culpa al demonio. Compadécete, Dios mio, de mi flaqueza, y socórreme con tu gracia, para que no me arrastre la gula. Con este sentimiento he de hacer grandes propósitos de mortificar este vicio, guardando las reglas de la templanza en las cinco cosas dichas (*D. Basil.* Lib. de vera virginit.; *D. Bern.* Serm. 30 in Cant. Ad Fr. de Monte Dei); es á saber, en el precepto, cantidad, calidad, tiempo y modo, procurando tomar de la comida y bebida la cantidad bastante, huyendo de dos extremos, que ni sea tanta que me cargue, ni tan poca que no me sustente. Y en la calidad, contentándome con manjares ordinarios, antes groseros que delicados, huyendo cualquier singularidad, si no es en caso de manifiesta necesidad; pero en el modo he de procurar lo que dice el Espíritu Santo, no dejarme arrastrar del apetito (*Eccli.* xxxi, 20): de modo, que comiendo el cuerpo, sea el espíritu comido y absorto del manjar; sino con señorío de corazon daré alguna comida al espíritu, que modere la codicia de la carne. Para moverme á todo esto, ayudarán las consideraciones de los puntos siguientes.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar los castigos de este vicio, reduciéndolos á tres órdenes: unos, que proceden de la misma gula, como malos frutos de mal árbol; otros, que Dios nuestro Señor ha añadido y añade en esta vida, para descubrir lo que este vicio le desagrada; y otros, que tiene guardados para la otra vida.—Primeramente, la gula es castigo de sí misma, y de contado paga con la pena el deleite de su culpa, porque carga el cuerpo, quita la salud, acorta la vida y apresura la muerte. (*Luc.* xxi, 34). A mas, aflige el espíritu, entorpece el entendimiento, inhabilita para la oracion y trato con Dios, hace incapaz de los consuelos espirituales, porque se deja llevar de los carnales, y acobarda el corazon para cosas grandes del divino servicio (*Casian. lib.* V, *c.* 13; 20; *Collat.* v); porque quien se ve rendido á este enemigo, que es el mas flaco, pierde el ánimo de acometer á otros mas fuertes.

2. Demás de esto, por la gula ha hecho Dios terribles castigos. Por comer de una manzana contra (*Genes*. III, 6) el divino precepto Adan y Eva, perdieron el estado de la inocencia y fueron echados del paraíso. Los israelitas, que desearon desordenadamente comer carnes en el desierto, cuando tenian, como dice David (*Psalm*. LXXVII, 30), el bocado en la boca, vino la ira de Dios sobre ellos, y el lugar de su hartura (*Num*. XI, 34) se llamó sepultura de su gula. Y otra vez estos mismos se pusieron á comer y beber (*Exod*. XXXII, 6), y de allí se levantaron á idolatrar, permitiendo la divina justicia que los que tomaron por Dios á su vientre, adorasen un becerro, por lo cual fueron pasados á cuchillo veinte y tres mil de ellos. Y lo que mas admira, un santo profeta, porque comió en el lugar que Dios le habia prohibido, fue muerto de un leon (III *Reg*. XIII, 24), sin que valiese para excusarle, ni los milagros que habia hecho, ni la obediencia que primero habia tenido, ni la necesidad que padecia, ni haber sido engañado por otro que parecia de su misma profesion.

3. Finalmente, en la otra vida padecerán los glotones particular tormento en la lengua (*D. Basil*. Serm. de abdicatione rerum; *Luc*. XVI); como el rico avariento, qué comia espléndidamente, vino á padecer tanta sed en el infierno, que pidió ser refrigerado de Lázaro con la punta del dedo mojado en agua, y no se le concedió. Y así todos padecerán allí hambre canina, sed rabiosa, bascas y amarguras de hieles eternas, conforme á la sentencia (*Apoc*. XVIII, 7) dada contra Babilonia: Cuanto tuvo de regalo, tanto reciba de tormento y lloro. Pues, alma mia, ¿qué haces? cómo no lloras tus glotonerías? cómo no te enmiendas de ellas? Mira que la hartura y embriaguez temporal será castigada con hambre y sed eterna. Y si vendes como Esaú (*Genes*. XXV, 33; *Hebr*. XII, 16), por un vil manjar el mayorazgo del cielo, quizá no tendrás lugar de recobrarlo. Mira los que han sido castigados por este vicio, y escarmienta en cabeza ajena, antes que la pena venga por la propia.

PUNTO TERCERO.–*De la templanza y ayuno.*— 1. Lo tercero, he de considerar los grandes bienes y premios que recibiré de Dios si mortifico la gula, y abrazo perfectamente la templanza y el ayuno, reduciéndolos á otros tres órdenes, contrapuestos á los tres castigos de la gula: unos son propiedades suyas, como buenos frutos de buen árbol; otros añade Nuestro Señor para mostrar lo mucho que esta virtud le agrada; otros son premios del cielo con que la galardona. –Porque primeramente la abstinencia premia de contado la pena que

trae á los principios, porque alivia el cuerpo, preserva de enfermedades, conserva la salud, alarga la vida, recrea el alma, habilítala para la oracion, y para recibir los consuelos del cielo, quita las armas á su enemigo, que es la carne, y sujétala al espíritu, para que ose acometer empresas gloriosas del divino servicio.

2. Demás de esto, como Dios es tan liberal y compasivo, no consiente que vivamos sin algun deleite; y (*Bern.* ad Fratr. de Monte Dei) así á los que se quitan los manjares del cuerpo recrea con los del alma, y por los consuelos sensuales les da los espirituales. De modo, que no pierdan el consuelo, sino le mejoren, traspasándole de la carne al espíritu. Á estos comunica ilustraciones celestiales, como á Daniel, y les da esclarecidas victorias, como á sus tres compañeros contra Nabucodonosor, y los levanta á muy alta contemplacion, como á Moisés y Elías, dándoles parte de su gloriosa Transfiguracion (*Matth.* XVII, 3), en premio de su ayuno y mortificacion.

3. Finalmente, los premia Dios en el cielo con una especial hartura, sentándolos con Cristo á su mesa, para que coman y beban en su reino de los manjares que come el mismo Dios. Por tanto, alma mia, si deseas llegar á grande santidad en la tierra, y alcanzar grandes premios en el cielo, comienza por la templanza y ayuno, por el cual Dios reprime los vicios, levanta el (*Ecclesia* in Praefat. Quadr.; *Galat.* V, 24) espíritu, concede virtudes, y corona con premios. Ó dulce Jesús, pues todos los que son de tu bando han de crucificar la carne con sus vicios y codicias, concédeme que mortifique la mia, como tú mortificaste la tuya. Por la sed que padeciste en la cruz, y por la hiel y vinagre que te dieron en ella, te suplico me dés una templanza tan perfecta, que comiendo y bebiendo satisfaga mi necesidad sin servir al deleite; y un ayuno tan estrecho, que aplaque tu ira, como (*Ionae*, III, 7) los ninivitas; satisfaga por mis pecados, espante á los demonios, alegre á los Ángeles, y me haga participante de tus dones por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XX.

SOBRE EL VICIO DE LA LUJURIA, Y VIRTUD DE LA CASTIDAD.

PUNTO PRIMERO. — Lujuria es un apetito desordenado de deleites sensuales (*D. Thom.* 2, 2, quaest. 153) contra el órden que Dios ha puesto en ellos.

1. En este vicio se peca lo primero, por pensamiento, consintiendo con la voluntad en hacer este pecado, ó saboreándose en pensar cosas deshonestas, con delectacion que llaman morosa, deteniéndose voluntariamente en este deleite, ó siendo tibio en resistirle, ó en quitar la ocasion de donde nace. – Lo segundo, se peca por la palabra, diciendo cosas feas: por el oido, gustando de oirlas, ó de oir músicas y cantares deshonestos: por la vista, mirando cosas que provocan á deshonestidad, ó viendo semejantes representaciones, ó leyendo libros que tratan de estas cosas: por el olfato y gusto, oliendo ó comiendo y bebiendo cosas que provocan á lujuria, teniendo en todo esto por fin el deleite sensual.

2. Lo tercero, se peca por la obra, consumada de muchas maneras: si á sus solas, es polucion; si con soltera, es fornicacion; si con casada, adulterio; si con vírgen, estupro; si con parienta, incesto; si con religiosa ó contra voto de castidad, es sacrilegio; si con persona de su mismo sexo, es sodomía; si con bestia, bestialidad: los tocamientos consigo ó con otros, por el mismo fin del deleite, se reducen al pecado de la obra. En este punto no se ha de hacer en la oracion mucha páusa, desmenuzando las particulares circunstancias de estos pecados, porque no sean ocasion de nuevas tentaciones; y así mas se ha de llorar que pensar en ellos, diciendo: ¡Ay de mí! qué vida es tan bestial y hedionda, que tengo vergüenza de mirarla y temor de revolverla, porque no me inficione de nuevo con su mal olor. Mírala, Dios mio, con ojos de misericordia, para que de los mios salgan fuentes de lágrimas con que me purifique de tantas inmundicias.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, consideraré otros tres géneros de castigos que corresponden á la lujuria, como dijimos de la gula: y muy mayores, por ser mayor pecado. – El primer castigo, es innumerables miserias que trae consigo este vicio, permitiendo Nuestro Señor que el ángel de Satanás (II *Cor.* xii, 7), que con el aguijon de la carne derriba á los lujuriosos, les dé tambien crueles bofetadas, atormentando sus cuerpos con mil zozobras y enfermedades penosas, asquerosas y vergonzosas, con infamias y con otros mil tormentos, hasta consumir la hacienda, salud, contento y vida. Y como san Pablo (I *Cor.* v, 3) entregó un cristiano incestuoso á Satanás, para que corporalmente le atormentase; así quien se entrega á este vicio entrega su cuerpo y espíritu á este cruel verdugo, que, aunque comienza (*Prov.* xxiii, 31) con deleite, al fin muerde como culebra, y derrama su ponzoña como basilisco.

2. Demás de esto, ha hecho Dios terribles castigos para mostrar la ojeriza que tiene con este vicio. Por el cual principalmente vino el diluvio que anegó al mundo, y el fuego que abrasó á Sodoma y la grande matanza que hizo Moisés en sus israelitas (*Num*. xxv, 9), pasando en un dia veinte y cuatro mil á cuchillo: y como Finees con gran celo matase públicamente á un público fornicario, gustó tanto Dios de este castigo, que cesó luego la matanza. Por el pecado de la polucion mató Dios á un (*Genes*. xxxviii, 9) nieto del patriarca Jacob, y los hijos del sacerdote Helí, por sus carnalidades, murieron desastradamente. (I *Reg*. ii, 34; iv, 11). Sabido es cuán caro le costó á Sanson pecar con Dálila; y á David el adulterio con Bersabé; y á Salomon haberse aficionado con demasía á mujeres extranjeras. Pues si tales varones fueron vencidos de la lujuria, y pasaron por su causa tan terrible pena, ¿cómo tú no huyes de ella? ¿Por ventura eres mas fuerte que Sanson, ó mas sábio que Salomon, ó mas santo que David (*D. Hieron*. in Reg. Monac. de castit.), ó mas privilegiado que ellos para no caer como cayeron, ni ser castigado como ellos lo fueron?

3. Pero en el infierno padecerán los lujuriosos tormentos excesivos, abrasando el fuego infernal con especial tormento las partes del cuerpo que fueron instrumento del pecado. La imaginacion, que se saboreaba en pensar estas carnalidades, padecerá representaciones horrendas, y los cinco sentidos, que fueron cinco fuentes del deleite, serán cinco balsas de increible tormento. Finalmente, de piés á cabeza estarán sumidos en el estanque de fuego y piedra azufre, porque vivieron rendidos á los olores y blanduras de su carne. Ó alma mia, considera bien las llamas del fuego infernal, para que huyas las llamas del fuego carnal. Como un clavo echa á otro; así el temor del un fuego echará de tí el amor del otro. De aquí he de sacar un propósito tan firme de huir este vicio, que no se vence si no es huyendo, que huya tambien de tomar en la boca su nombre, conforme á lo que san Pablo dijo á los efesios hablando de la inmundicia y fornicacion: *Nec nominetur in vobis*. Ni aun se nombre entre vosotros, porque su nombre no traiga á vuestra memoria la cosa que significa. Y porque hay dos modos de vencer este vicio: uno contentándose con los deleites lícitos del matrimonio; otro, mucho mas perfecto, absteniéndose tambien de ellos; de este segundo modo será principalmente el punto que se sigue.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar seis actos que abraza la perfecta mortificacion de la lujuria, y la soberana vir-

tud de la castidad, cuando ha llegado á tener su debida perfeccion; y otros seis favores y premios muy gloriosos que Dios concede por ellos. Por razon de los cuales la (*Ex D. Bonav.* in Dieta salutis, *tit.* 4, *c.* 4) castidad es comparada en la Escritura al lirio ó azucena, que tiene seis hojas muy blancas y blandas, y dentro de ellas seis varicas con sus pezoncicos dorados y encendidos como fuego, significando por las hojas estos seis actos ó grados de pureza, y por las varicas los seis favores, todos fundados en oro y fuego de caridad, con los cuales esta virtud se hace muy amable, y la mortificacion muy suave, y con este fin se han de ir ponderando.

—*Actos de perfecta castidad.*—El primer acto de castidad es, tener pureza en la vista y oido, cerrando las puertas de estos sentidos para que no entre por ellos cosa que despierte algun mal pensamiento ó fea imaginacion. De suerte, que mi vista sea (*Iob,* XXXI, 1) casta y casto el oido, castificando estos sentidos, para que ellos guarden la castidad.—El segundo acto es, pureza en el uso de las cosas deleitables al sentido del olfato, gusto y tacto, apartándome con gran rigor de todas las cosas dulces y blandas que dañan á la castidad (*D. Basil.* Lib. de vera virginit.; I. *Petr.* III, 2), haciendo que sea casta la comida y bebida, casto el vestido y la cama, y castos todos los tocamientos, huyendo como del fuego los que no son tales.

2. El tercero es, pureza en las palabras, pláticas y conversaciones; en las risas, semblantes y meneos del cuerpo; y en los trajes y adornos exteriores, castificando todo esto de modo, que en todo resplandezca honestidad y decencia cristiana, cercenando cuanto desdijere de ella.—El cuarto acto es, pureza en las amistades, y en el trato familiar y amoroso con criaturas, huyendo con sumo cuidado cualquier familiaridad demasiada con persona ocasionada á tiznar la castidad, no dando ni recibiendo donecillos que sean lazos ó tropiezos para faltar en ella.—El quinto acto es, pureza en apartarse de todas las ocasiones así exteriores como interiores, que provocan á cualquier cosa que deslustre ó desmorone la castidad. Y así el perfectamente casto huye de la secreta soberbia (*D. Greg.* Lib. XI, Moral. *c.* 8), por la cual deja Dios caer en manifiesta lujuria. Huye de la ira, porque enciende la sangre y altera la carne. Huye de la ociosidad, porque abre la puerta á la carnalidad. Y finalmente huye de lugares y personas con cuya compañía puede peligrar la limpieza (*Eccli.* III, 27); porque quien ama el peligro perecerá en él.

3. El sexto y supremo grado de castidad es, pureza en todos los

pensamientos del corazon y en los movimientos y alteraciones de la carne, teniéndola sujeta y rendida á la razon, no solamente en vigilia, sino tambien cuanto es de nuestra parte en los mismos sueños, procurando no dar ocasion para que el demonio nos burle en ellos con feas representaciones ó alteraciones. Estas son las seis hojas blanquísimas de esta celestial azucena (*Cant.* II, 2; *Casian.* XII, *c.* 11), aunque nace entre las espinas de muchas tentaciones y tribulaciones que padece el continente, primero que llegue á ser tan perfectamente casto (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 155); pero si confio en la divina omnipotencia y misericordia, podré alcanzarla. Para lo cual ayudará la profunda consideracion de los seis favores y premios que luego dirémos.

— *Favores y premios de la perfecta castidad.*— 1. El primer favor que Dios nuestro Señor me hará, si con ánimo generoso me resuelvo á pelear contra los brios de la carne, y abrazar la perfecta castidad, es enviar Ángeles que asistan conmigo y me ayuden en esta guerra para que salga con la victoria; porque cuanto uno es mas puro, tanto, dice san Ambrosio (Lib. I de virginib. ad soror. Quo sanctior quisque, eo munitior), está mas guardado y rodeado de Ángeles, los cuales gustan de conversar con las vírgenes y castos, por la semejanza que tienen con ellos; y como estando los tres mancebos castos en el horno de fuego de Babilonia (*Dan.* III, 49), bajó un Ángel con ellos, que apartó la llama, y con un viento húmedo refrescó el horno; así á los que están metidos en el horno de las tentaciones sensuales, con propósito de no consentir en ellas, acuden los Ángeles con su favor, para que estas llamas no les abrasen, ni les toquen en la parte superior del alma, y con un viento y rocío del cielo apagan el ardor de la carne, provocándoles á glorificar á Dios por la victoria que les ha dado contra ella. Y así, cuando me viere apretado con estas tentaciones, he de llamarlos diciéndoles: Ó Ángeles gloriosos, guardas de las vírgenes, protectores de los castos, amigos y compañeros de los hombres puros, venid á favorecerme para que el fuego que me cerca no me abrase. Esparcid la llama que arde dentro de mi carne; para que no toque ni dañe al espíritu, y negociadme el viento del divino Espíritu para que refresque los ardores de mi carne.

2. El segundo favor es, asistir el mismo Dios con particular proteccion á la guarda de los castos, los cuales con su pureza no solamente se hacen semejantes á los Ángeles, sino al mismo Señor de los Ángeles, fuente de toda pureza (*D. Basil.* in lib. De vera vir-

ginit.), el cual gusta de tratar familiarmente con los castos y admitirlos á su amistad. Ó Dios eterno, que te apacientas entre los lirios (*Cant.* II, 16) y azucenas; porque tu pasto y gusto es conversar con las almas castas, castifica la mia, para que te dignes de morar y conversar con ella. De estos dos favores he de sacar un medio eficacísimo para vencer las tentaciones cuando me cogen de repente y á solas, levantando luego los ojos del alma al Ángel que está presente; y mucho mas á la presencia del mismo Dios, avergonzándome de hacer delante de ellos lo que no haria delante de los hombres; y con esta consideracion responderé á la tentacion lo que dijo la casta Susana á los deshonestos viejos que la solicitaban (*Dan.* XIII, 22): Mas quiero morir, que pecar en la presencia de mi Dios.

3. El tercer favor es, por las bodas carnales, que renuncio, admitirme á las espirituales (*Osee,* II, 20), desposándose espiritualmente con mi alma con desposorio de fe, misericordia y caridad, y comunicándome deleites tan soberanos del espíritu, que olvide los de la carne, cumpliendo la palabra que de esto dió, diciendo: Que quien dejase por su amor la mujer, renunciando la facultad que tenia para casarse, le daria ciento tanto en esta vida (*Matth.* XIX, 20); esto es, un deleite tan grande, que exceda cien veces al que tuviera siendo casado; porque la dulzura de la castidad es (*Casian. Collat.* XII, *c.* 12-13) tan excelente, que no es posible conocerla, si no es probándola. Ó Esposo de las almas castas, concédeme tal virtud por la cual la mia pueda ser esposa tuya. Ó alma mia, pues tan amiga eres de deleites, renuncia liberalmente los viles deleites de la carne, para que puedas gozar los dulcísimos deleites del espíritu.

4. El cuarto favor es, por los hijos carnales, que pudiera tener, darme abundancia de hijos espirituales, incomparablemente mejores, llenándome de buenas obras, de ricos merecimientos y de muchas almas ganadas para Cristo, por mi ejemplo y palabra, de las cuales sea padre y madre en el espíritu, cumpliendo lo que prometió por su Profeta, cuando dijo: No diga el que por mi amor se ha hecho casto (*Isai.* LVI, 3), soy árbol seco y sin fruto, porque yo le daré en mi casa, y dentro de los muros de mi Iglesia un lugar y un nombre muy mas excelente que los que tienen hijos, un nombre sempiterno que nunca perecerá. ¡Oh dichoso el casto, á quien Dios concede la soberana dignidad de hijo y de padre; hijo, por la singular gracia de adopcion; y padre en el espíritu, por los copiosos frutos de bendicion!

5. El quinto favor abraza muchas gracias y privilegios muy sin-

gulares que les concede en testimonio de lo mucho que ama la castidad; porque como los castos se levantan sobre las leyes ordinarias de la naturaleza, viviendo en carne como si no tuvieran carne; así quiere Dios algunas veces levantarlos sobre las leyes ordinarias de la gracia, honrando su castidad. La Vírgen nuestra Señora, por el voto raro que hizo de virginidad, fue levantada á la dignidad de Madre del mismo Dios. El evangelista san Juan por su pureza fue muy querido de Cristo nuestro Señor, de quien recibió extraordinarios favores en la cena y en la cruz y grandes revelaciones; en las cuales tambien por esta causa fueron muy esclarecidos Elías, Eliseo, Daniel y otros hijos de profetas: y el fuego de Babilonia no tocó á los tres mancebos, porque habian vencido el fuego de la lujuria.

6. El último favor es aquel singular privilegio de seguir en la gloria al Cordero donde quiera que fuere (*Apoc.* XIV, 4; *Aug.* De vera virginit. *c.* 27); porque quien le imita en esta vida, abrazando su virginidad y pureza, le imitará tambien en la otra, participando de su excelentísima gloria, unido con particular gozo á su dulce compañía. Ó Cordero purísimo, concédeme que siga tu pureza en el cuerpo y en el espíritu, para que en saliendo de esta estrecha cárcel del mundo, me dilate y alegre contigo por tu espacioso cielo. Amen.–Con la consideracion de estos seis favores me tengo de armar para resistir á los combates que me sucedieren contra la castidad, diciendo lo que dijo el casto José á la mujer que le solicitaba: Habiéndome Dios hecho tantos beneficios, y prometiéndome, si soy casto, tales favores (*Genes.* XXXIX, 9): *Quomodo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* ¿Cómo puedo yo hacer este mal y pecar contra mi Dios? Ó Señor del cielo y de la tierra, antes quiero dejar no solamente la capa, como José, sino la honra, hacienda y vida, que ofenderte; porque á José, por su castidad y lealtad, le hiciste virey de Egipto; pero á mí por la mia, me harás rey en tu cielo.

MEDITACION XXI.

DE LA AVARICIA.

PUNTO PRIMERO. — 1. Avaricia es una codicia desordenada de las riquezas y bienes temporales: pécase en ella de muchas maneras.–Lo primero, deseando tomar lo ajeno contra el décimo mandamiento de la ley de Dios, ó tomándolo por la obra, ó reteniéndolo

contra el séptimo de no hurtar.—Lo segundo, usando mal de lo propio con escasez, y no repartiéndolo cuando obliga la ley de la justicia ó de la caridad y misericordia con los necesitados, teniendo entrañas duras con ellos.—Lo tercero, buscando estos bienes con demasiadas ansias poniendo todo el corazon en ellos, atropellando por esta causa los mandamientos de Dios y de su Iglesia y las obligaciones del estado. De donde nacen muchas culpas que son hijas de la avaricia; es á saber, mentiras, fraudes, perjurios, violencias, tiranías, crueldades, pleitos, discordias y otras innumerables. Por lo cual dijo el Apóstol (I *Tim.* VI, 10), que la codicia es raíz de todos los males.

2. Lo cuarto, se peca haciendo contra el voto de la pobreza quien le tiene, usurpando para sí, sin licencia del superior, lo que otros le dan, ó enajenando lo que le han dado, ó escondiéndolo; usando de lo que tienen en uso prohibido, ó con modo propietario; esto es, con aficion tan desordenada como si fuera propia, entristeciéndose y quejándose de que se lo quiten, aunque sea por justo título.—Lo quinto, se peca haciendo las obras buenas, principalmente por interés temporal, ó por el solo dejar las obligatorias, atropellando las reglas de su estado y oficio.—Hecho este exámen, miraré si tengo alguna cosa que sea ídolo á quien adore mi avaricia; pues, como dice san Pablo (*Ephes.* V, 5), la avaricia es servidumbre y adoracion de los ídolos. Y si hallare en mi poder tal cosa, ó en mi corazon tal aficion y deseo de ella, confesaré mis culpas delante de Dios nuestro Señor, con grande vergüenza de haber codiciado cosa contra él, proponiendo arrancar la aficion; y si puedo, tambien desapropiarme de lo que es causa de ella. Para lo cual me ayudarán las consideraciones siguientes.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar los daños y castigos de la avaricia, reduciéndolos á los tres géneros que se han dicho.—Lo primero, ponderaré como la avaricia, segun dice san Pablo (I *Tim.* VI, 9-10), es raíz de dos suertes de males en que se suman todos los de esta vida; conviene á saber, culpas y penas, pecados y dolores; los cuales se juntan para castigar á la madre que los engendra y sustenta; y así ella es verdugo de sí misma, poniendo al codicioso en grandes congojas y aflicciones, por ganar ó por conservar sus riquezas, con una miserable servidumbre y esclavonía de ellas. Es tambien lazo de Satanás con que le arrastra por espinas y abrojos de tentaciones, nieblas en la fe, remordimientos de conciencia y de cuidados que le punzan, y al fin le ahorca como á Judas en-

tre cielo y tierra; porque ni le deja gozar los bienes de la tierra ni que alcance los del cielo.

2. Á estos castigos añade Dios otros algunas veces, para mostrar el horror que tiene á este vicio y á los que pecan por alguna de las cinco maneras dichas. De cada una pondré un ejemplo. Achan (*Josue,* VII, 25), porque tomó ciertas cosas de Jericó contra el precepto de Josué, fue por mandado de Dios apedreado, y toda su hacienda abrasada. Nabal, vencido de su codicia, negó á David la limosna que le pedia (I *Reg.* XXV, 10); y porque tuvo entrañas duras con el necesitado, murió endureciéndosele el corazon como piedra. Jezabel (III *Reg.* XXI, 5), con deseo desordenado de haber la viña de Nabot, le hizo matar para tomársela, y ella fue arrojada de una ventana y comida de perros. Ananías y Safira (*Act.* V, 5; *Aug.* Serm. 27 de verbis Apost.; *Vide Belarm.* tom. I, lib. II de Monach. c. XX), porque habiendo hecho voto de pobreza, se quedaron con la parte del precio en que habian vendido su heredad, murieron desastradamente. Giezi, vencido de codicia, pidió dineros á Naaman (IV *Reg.* V, 20), por la salud que Eliseo profeta le habia dado, y quedó leproso por ello. Finalmente Judas (*Ioan.* XII, 6), arrastrado de su avaricia, dió entrada á Satanás; y no contento con hurtar lo que daban á su Maestro, le vendió, y se ahorcó. Ó alma mia, ¿cómo no temerás vicio tan feroz que acomete y derriba reyes y plebeyos, ricos y pobres, seglares y religiosos, criados de profetas y primitivos cristianos y á uno de los doce Apóstoles?

3. Sobre estos castigos quedan los eternos en el infierno, á donde los avarientos padecerán gravísimo dolor con la aprension de su terrible necesidad, viendo que les falta todo cuanto deseó su codicia; y cuanto acá fueron mas ricos y codiciosos, tanto allá estarán mas lastimados; como el rico avariento, cuya abundancia paró en horrenda miseria. Ó Dios omnipotente, rico en hacer misericordias, líbrame de esta codicia, de la cual nacen tantas miserias; mas quiero sin ella padecer necesidades temporales, que por ella caer en las eternas.

PUNTO TERCERO. — *De la pobreza de espíritu y liberalidad.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar los grandes bienes que están encerrados en la perfecta mortificacion de la avaricia. — Y porque hay dos modos de mortificarla, uno quedándome con el dominio de mis cosas y mortificando solamente la aficion desordenada á ellas, en que consiste el primer grado de la pobreza de espíritu, con la cual anda la virtud de la liberalidad que reparte de sus bienes cuándo y cómo

conviene, y la virtud de la misericordia que con ellos remedia las necesidades de los pobres; otro modo es dejando todas las cosas que tengo y podria tener, para desarraigar mas las aficiones de ellas, en que consiste la pobreza voluntaria de la religion. Ambos modos encierran grandes bienes, porque generalmente á todos los pobres de espíritu prometió Cristo nuestro Señor (*Matth.* v, 3) el reino de los cielos, así el reino de la otra vida como el que se goza en esta (*Rom.* xiv, 17), que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. De suerte que si mortifico y venzo la codicia, gozaré tres grandes bienes: justicia, con abundancia de buenas obras; paz sin ruido de turbaciones; y gozo espiritual libre de tristezas y congojas, porque habré quitado la raíz de todos los males que impide estos bienes.

2. Demás de esto, si vencida la codicia fuere liberal con Dios en dar por su amor de lo que tuviere, Dios será liberalísimo conmigo en darme de sus bienes, así de los temporales que me convinieren, como de los espirituales en esta vida y en la otra. Porque él dijo (*Luc.* vi, 38): Dad, y os darán; medida buena, llena y apretada y colmada, hasta que sobre y se vierta, pondrán en vuestro seno, donde estará muy segura y muy amada. Y dice *dabunt*, darán, para significar que nuestras dádivas son causa de que Dios nos dé esta medida, con las cuatro condiciones que puede tener cuando es muy copiosa. Y añade que con la medida que midiéremos nos medirán, porque creciendo nuestra liberalidad con los prójimos, crecerá la liberalidad de Dios con nosotros: al modo que quien siembra mucho coge mucho. Por tanto, alma mia, sé liberal con Dios y con otros por su amor: y Dios por sí y por otros será liberal contigo; porque el alma que bendice, será bendecida: la que da, será enriquecida; y la que embriaga (*Prov.* xi, 25), será embriagada, recibiendo mucho porque da mucho.

3. De aquí subiré á ponderar los grandes bienes que recibiré si abrazo el segundo modo de mortificar la codicia, dejando todas las cosas por Cristo y dándolas á los pobres; porque como esta es mucha mayor liberalidad con Dios, así Dios será mucho mas liberal conmigo, cumpliendo la promesa que hizo de darnos en esta vida (*Matth.* x, 29) cien doblado de lo que le damos y despues la vida eterna, con un especial premio de darnos el dia del juicio tronos de grande gloria, para juzgar las tribus de Israel y las naciones del mundo. ¡Oh dichosa pobreza que es premiada con tanta riqueza! ¡oh bienaventurada liberalidad cuyo galardon es medida tan copiosa! ¡oh si mortificase el amor de las riquezas terrenas para alcanzar las

divinas, poseyendo en Dios todas las cosas! Ó dulcísimo Jesús, que veniste del cielo á la tierra á darnos ejemplo de pobreza, para que por ella subiésemos de la tierra al cielo, y escogiste morir desnudo en una cruz, saliendo del mundo sin tener cosa del mundo, dame aborrecimiento de las riquezas temporales para que te sirva con perfeccion y alcance las eternas. Amen.—De estas consideraciones he de sacar un propósito muy firme de mortificar la codicia en todas las cosas que se dijeron en el primer punto, guardando algun modo de pobreza conforme á mi estado. Lo primero, viviendo contento con lo que tuviere aunque sea poco, sin codiciar lo ajeno ni lo demasiado. Lo segundo, en usar bien de ello, siendo liberal con los necesitados. Lo tercero, en quitar el demasiado amor de ello poseyéndolo como si no lo poseyese. (I *Cor*. VII, 31). Lo cuarto, en gustar de padecer á tiempos falta de alguna cosa, por imitar en algo la pobreza de mi Redentor, procurando finalmente servirle, no porque me dé bienes temporales, sino porque es digno de ser servido, con esperanza de que me dará los eternos. Amen.

MEDITACION XXII.

DE LA IRA É IMPACIENCIA.

PUNTO PRIMERO. — 1. Ira es un apetito desordenado de vengar sus injurias (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 158; 1, 2, *q.* 48), ó un encendimiento desconcertado del corazon, por las cosas que suceden contra nuestro gusto, de donde proceden tres suertes de pecados.—Unos de pensamiento, como son odios del prójimo, propósitos de vengarse de él, deseos de que le suceda algun mal, gozo de que le haya sucedido, tristeza de su bien y saborearse con deleite en las venganzas.—Otros pecados son de lengua, es á saber, palabras vengativas é injuriosas en presencia ó murmuraciones en ausencia: maldiciones, palabras altas y desentonadas con muestras de cólera: contiendas y porfías en las disputas por salir con la suya, y otras semejantes.—Otros pecados son de obra contra el quinto mandamiento, como es matar, herir ó maltratar al prójimo contra razon y justicia, y hacer algo por solo vengar su injuria ó pedir esta venganza á los jueces, no por amor de la justicia sino por rencor y odio: no perdonar al injuriador que me pide perdon, dando exteriores muestras de enemistad contra él. Á mas las discordias, pleitos, rencillas, cismas, bandos y

guerras, nacen de la ira, con otros muchos pecados que acompañan á estos.

2. Finalmente, con la ira anda junta la impaciencia por los males que nos suceden, contra la salud, honra ó hacienda, entristeciéndonos demasiado por el deseo vehemente y desordenado de librarnos de ellos. De donde suelen proceder muchos pecados contra Dios y contra el prójimo, y contra sí mismo; como son quejas de Nuestro Señor porque le aflige con asomos de blasfemia; poca conformidad con su voluntad, desconfianzas, tédios de la vida, deseos impacientes de la muerte; poner las manos en sí mismo con rabia; ser mal acondicionado con los otros, áspero é intratable, dándoles ocasion de indignacion, y teniendo poca paz con los domésticos hasta airarse con las bestias y cosas insensibles, como se airó Jonás (*Ionae*, IV, 9) contra la hiedra que se secó cuando el sol le fatigaba. Mirando estos pecados y hallándome culpado delante de Dios en ellos, convertiré la ira (*Psalm.* IV, 5) contra mí solo porque pequé, suplicando á Nuestro Señor me ayude para vencerla. Ó Dios infinito, cuya ira es terrible, pero justa, contra los que se airan sin medida, esclarece los ojos de mi alma, para que considerando los terribles castigos que nacen de tu santa ira, refrene los malos ímpetus que nacen de la mia.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, consideraré los daños y castigos de este vicio, así los que él trae consigo, como los que Dios con su justicia le añade en esta vida y en la otra.–Primeramente, la ira destruye la semejanza con Dios, cuyas obras son con gran tranquilidad (*D. Greg.* Lib. V Moral. *c.* 30), inquieta la conciencia, tapa la fuente de la divina misericordia, ahoga el espíritu de la devocion y los consuelos del Espíritu Santo, el cual mora y descansa en los humildes y quietos de corazon, y huye de los iracundos, en quien mora el espíritu malo; porque la ira furiosa es frenesí del alma, locura breve y demonio voluntario, que se apodera del espíritu con los visajes que el demonio hace cuando se apodera del cuerpo.–Demás de esto, como Nuestro Señor es Dios de las venganzas, ejercítalas con rigurosa justicia contra los que se vengan con ira, y matan ó agravian á sus prójimos. Por lo cual se dió sentencia contra los dos primeros iracundos y homicidas que hubo en el mundo, Cain y Lamech, y todos sus imitadores, que de Cain se tomase venganza siete veces, y de Lamech, que no escarmentó en Cain (*Genes.* IV, 24), setenta veces siete; esto es, venganza muy cumplida que abrace todos los géneros de pena que hay en esta vida.

2. Pero sobre todo ponderaré lo que Cristo nuestro Señor dijo

en su Evangelio contra este vicio (*Matth.* v, 22): Quien se airare contra su hermano, será culpado en el juicio: y quien le dijere Raca, será culpado en el concilio, y quien le llamare necio, digno es del fuego del infierno. De suerte que en comenzando la ira á señorearse del corazon, se comienza en el tribunal y consejo de la santísima Trinidad á tratar de la venganza, creciendo el rigor del castigo como crece la gravedad del pecado. Si la ira queda en el corazon, será condenada á menor castigo: si sale fuera dando señales de ella con escarnio ó meneos exteriores, con mas consejo será mas castigada; pero si llega á decir palabra grave é injuriosa, y mucho mas si sube á vengarse por la obra, ya está dada la sentencia de fuego eterno contra ella, con el cual se junta en el infierno el mismo fuego de la ira, para ser cruelísimo verdugo del alma; porque allí lo que mas atormenta es la ira, impaciencia y rabia. Y aunque el fuego del purgatorio y del infierno sean el mismo, aquel es llevadero por la paciencia; pero este es insufrible por la ira. (*August.* in Psalm. CXLIX). Y así los iracundos é impacientes tienen dos infiernos, uno en esta vida con el poco sufrimiento de los males temporales, y otro despues con la rabia por los eternos. Ó pacientísimo Jesús, líbrame de la ira é impaciencia; pues no hay mayor infierno que vivir rendido á ella.

3. De estas consideraciones sacaré dos propósitos muy importantes para la perfecta mortificacion de este vicio.—El primero, de huir cualquier movimiento de la ira, aunque venga vestido con capa de justicia y celo, temiendo que con el celo de corregir ó castigar los vicios ajenos no se mezcle afecto de venganza propia. (*D. Doroth.* Serm. 8).—El segundo, será de reprimir con presteza cualquier ímpetu de ira antes que crezca. Porque de una centella, dice el Espíritu Santo (*Eccli.* XI, 34), se levanta un grande fuego, y al principio es cosa fácil apagarle: y se apagará si reprimo las palabras (*Psalm.* XXXVIII, 2) y señales exteriores de ira, premiándome Nuestro Señor la mortificacion de aquello exterior, con darme victoria de lo interior.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, consideraré los grandes bienes que trae la perfecta mortificacion de la ira, abrazando las dos virtudes que la resisten, mansedumbre y paciencia; porque la primera refrena la ira para no agraviar á nadie: la segunda para sufrir los agravios que recibe. La primera sirve para hacernos afables con todos: la segunda para que suframos de todos. De donde proceden tres grandes bienes para hacernos perfectos en todo lo que pertene-

ce á nosotros mismos, á nuestros prójimos y á Dios. –Primeramente, la mansedumbre y paciencia nos dan señorío y posesion quieta y pacífica de nosotros mismos y de nuestras pasiones (*Matth.* v, 4); porque los mansos poseen la tierra de su corazon, y con la paciencia poseemos nuestras almas (*Luc.* xxi, 19), y alcanzamos paz de conciencia, con alegría cordial de espíritu.

2. Á mas, la mansedumbre nos hace amables y la paciencia nos hace admirables. Porque quien hace sus obras con mansedumbre es amado, dice el Sábio (*Eccli.* iii, 19), mas que la honra y gloria, que tanto aman los hombres: y quien tiene valor para reprimir su ira y sufrir el agravio, acredita su persona y edifica á los prójimos; porque mejor (*Prov.* xvi, 32) es y mas admirable el paciente, que el fuerte; y el que vence su ánimo, que quien conquista el mundo. Mayor milagro es en cierta manera sufrir injurias con alegría, que resucitar muertos á la vida. (*Casian. Collat.* xii, *c.* 13). –Tambien la mansedumbre y paciencia nos hacen amables á Dios, y nos dan entrada al trato familiar con su Majestad, así como sin ellas nos cierra la puerta. Moisés, por su grande mansedumbre, tuvo estrecha familiaridad con Dios: y como dice san Dionisio (Epist. 8 ad Demophilum), por un poquito que faltó en ella, se le menoscabó el espíritu que habia recibido. Y si quiero orar á Dios en todo lugar (I *Tim.* ii, 8), y levantar las manos puras al cielo, ha de ser habiendo mortificado la ira y la contienda, aliviándome con las alas de la mansedumbre y paciencia.

3. Finalmente, si soy manso y sufrido, participaré con excelencia el espíritu de Jesucristo nuestro Señor, el cual se esmeró en estas dos virtudes, dándonos raro ejemplo de ellas en su vida y pasion, como cordero mansísimo y pacientísimo, para que nos fuésemos tras él. Y á dos apóstoles (*Luc.* ix, 55) que con espíritu de ira y venganza, coloreado con celo, desearon que bajase fuego del cielo sobre los samaritanos, les dijo: No sabeis cuál sea vuestro espíritu. Como quien dice: El espíritu de mis discípulos no ha de ser de ira, sino de mansedumbre; no de venganza, sino de sufrimiento. Ó manso y paciente Jesús, que siendo maldecido (I *Petr.* ii, 23) no maldecias; y padeciendo injurias, no amenazabas; y recibiendo gravísimos desprecios, correspondias con divina mansedumbre ó callabas con admirable silencio; ayúdame para que á imitacion tuya venza la ira, reprima la impaciencia, abrace la mansedumbre; y armado con la paciencia, sufra de buena gana los trabajos, para que llegue á gozar contigo de los eternos descansos. Amen.

MEDITACION XXIII.

DE LA ENVIDIA.

PUNTO PRIMERO. — 1. Envidia es tristeza desordenada del bien del (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 36) prójimo, en cuanto sobrepuja y oscurece el nuestro. Nace de la soberbia y trae por acompañada la ira, y así la acompañan los actos de estos dos vicios. Los mas ordinarios son, aborrecer al prójimo porque sus cosas me contristan: gozarme de verle caido: pesarme de verle ensalzado: oir con pena sus alabanzas y con gozo sus vituperios: murmurar de él y de sus cosas, procurando apocarlas y hundirlas, poniendo medios para salir con ello.

2. Cébase la envidia en toda suerte de bienes y males, de donde podemos tomar cuatro modos de envidia.—La primera envidia y mas grosera es, por ver aventajados á otros en bienes temporales de hacienda, honra, dignidades, privanzas con príncipes, hermosura en el cuerpo, y otras excelencias semejantes. Esta es propia de los mundanos y nace de la soberbia, que en la meditacion XVIII llamamos mundana.—Otra envidia mayor se ceba en letras, ciencias, habilidades y artes, y en las excelencias que tocan al entendimiento, la cual acomete á los que profesan estudios, y anda mezclada con porfías y contiendas y con otros medios ilícitos, para salir cada uno con su propia honra y apocar ó desdorar la ajena.—Otra envidia mucho mayor se ceba en las virtudes y bienes espirituales, entristeciéndose de que otros tengan excelencia en ellos y sean honrados y alabados como santos. Esta procede de la soberbia que llamamos espiritual, y acomete á los que tratan en virtud, y es muy familiar á principiantes y á hipócritas.

3. Finalmente, cuando esta crece, llega al supremo grado que se llama envidia de la gracia y caridad fraterna, y es uno de los pecados (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 36, *art.* 4 *ad* 2; *q.* 14, *art.* 2), que llaman contra el Espíritu Santo, entristeciéndose de que el prójimo sea virtuoso y tenga gracias y dones del divino Espíritu, deseando que no las tuviese. De donde procede el pecado gravísimo del escándalo, que es decir ó hacer algo para que el prójimo pierda la gracia y caridad, cual fue la envidia del diablo contra el hombre: por la cual dice el Sábio (*Sap.* II, 24) que entró la muerte en el mundo, á quien imitan los que son de su bando. Y esto deberia bastar para aborre-

cer vicio tan abominable que me hace imitador de Satanás. Y así, confundiéndome de los pecados que en esta materia he cometido, diré á mí mismo: Pues has sido llamado para imitar á Cristo, no imites á su enemigo, porque si le imitas en la envidia serás partici-cipante en la muerte, que entró por ella.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré los innumerables males de culpa y pena, que nacen de la envidia por justo castigo de Dios, para que ella misma sea verdugo cruelísimo del que la tiene, así en esta vida como en la otra. -Primeramente, la envidia es un soplo venenoso de la serpiente infernal, por el cual lanza todo su veneno junto, induciendo á gravísimos pecados, oscureciendo la razon, embraveciendo el alma, alterando el cuerpo y pudriendo los huesos (*Prov.* xiv, 30), y mucho mas destruyendo las virtudes fuertes del corazon. Y por otra parte es como enfermedad incurable ó muy dificultosa de curar, porque como es vicio infame y de ánimos viles, tenemos vergüenza de manifestarle al médico espiritual, y con cualesquier sucesos, aunque sean contrarios, prósperos ó adversos, se ceba y aumenta.

2. Todo lo cual se puede ponderar por algunos ejemplos que trae la Escritura, en todo estado de personas, conforme á los grados que dijimos de la envidia. Cain (*Genes.* iv, 8), por envidia de que Dios aceptó el sacrificio de su hermano Abel, le mató con engaño y crueldad: quiso encubrir á Dios su pecado, y desconfió del perdon y remedio. Los hermanos de José (*Genes.* xxxvii, 24), por envidia le empozaron, y vendieron por esclavo, y aunque se les humilló no se aplacaron. Coré, Datan y Abiron (*Num.* xvi, 31), por envidia de Aaron y Moisés, quisieron usurpar su dignidad y alborotar el pueblo, por lo cual se abrió la tierra y los tragó vivos. Saul, por envidia persiguió á David con tanta obstinacion, que vivió como endemoniado, y se mató como desesperado. Finalmente los judíos (*Matth.* xxvii, 5), por la envidia que tuvieron á Cristo nuestro Señor, cometieron los mayores pecados, y padecieron los mayores castigos que han sucedido en el mundo.

3. De aquí pasaré á ponderar los castigos del infierno, á donde los envidiosos con rabia increible se convertirán contra sí mismos, mordiendo sus carnes, y el cruel gusano que muerde sus conciencias aguzará sus dientes con la envidia, acordándose de los bienes que perdieron y otros alcanzaron, especialmente despues que el dia del juicio vean la gloria de los buenos, á quien acá despreciaron. Finalmente, la envidia es tan mala y cruel, que todas las cosas convierte

en su daño: de los bienes ajenos saca espíritu de tristeza que seca sus huesos (*Prov.* XVII, 22), y de los males ajenos saca tal modo de alegría, que se hace con la culpa participante de ellos, y así en el infierno bienes y males ajenos serán tormentos propios. Pues siendo esto así, ¿cómo no tiemblo de esta fiera bestia? ¿Cómo me atrevo á morar con este basilisco que con la vista me mata y atormenta? ¡Oh con cuánta verdad me cuadra aquello del Apóstol (*Catholic. Iud. v.* 11): Ay de mí que como malo he seguido los caminos de Cain, persiguiendo por envidia á mis hermanos; y como Balaan les he dado malos consejos para derribarles en pecados; y como Coré he pretendido ensalzarme hundiéndoles á ellos! Merecia, Dios mio, que la tierra me tragara como á Coré; y que pereciera miserablemente, como Balaan; y que me echaras de tu presencia para siempre, como á Cain, imitando en la pena á los que imité en la culpa. Mas en esto por tu gracia me aparto de Cain, confesando que tu misericordia es mayor que mi maldad; y así espero alcanzar entero perdon de ella.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, consideraré los grandes bienes que están encerrados en la perfecta mortificacion de la envidia y en abrazar la caridad fraterna. — Ponderando primeramente los actos de esta caridad, en cuanto contrarios á la envidia. El primero es, resistir á los malos movimientos, de modo que aunque sienta acometimientos de tristeza por el bien del prójimo, no consienta con ellos. (*Bern.* Serm. 49 in Cant.). Otro mejor es gozarme de los bienes que tiene, y darle el parabien como si fueran propios. El tercero mas perfecto es desear que haya muchos que tengan las excelencias que yo tengo; y aun mayores si Dios así lo quisiere, gozándome de ello por esta causa como si fueran mias.

2. Para moverme á tan excelentes actos he de ponderar, como es generosidad de ánimo cristiano querer mas el gusto de Dios que el mio, y la gloria de Dios mucho mas que la mia, y que esta se dilate á muchos y en muchas cosas. Y pues Dios quiere y se glorifica de que otros tengan mayores dones naturales ó sobrenaturales que los que yo tengo, justo es que yo guste de esto. No tengo de ser como Josué, criado de Moisés, que tenia envidia que otros profetizasen, sino como el mismo Moisés que decia (*Num.* XI, 29): ¡Quién me diese que profetizasen todos, que todos fuesen sábios, prudentes y santos, y que todos sirviesen y glorificasen á Dios! Ni tengo de ser como los discípulos del Bautista, que (*Ioan.* III, 26) tenian envidia de que Cristo bautizase, y todos se fuesen tras él, sino como el mis-

mo Bautista que decia : Conviene que Cristo crezca y yo me deshaga; gózome de que mi prójimo sea ensalzado y yo humillado, y así conviene, pues Dios así lo quiere.

3. Además de esto, la caridad fraterna, al contrario de la envidia, de todas las cosas saca bien para sí, porque gozándome de los bienes del prójimo los haré propios; y doliéndome de sus males me libraré de ellos, porque con tales actos me dispongo para que Dios me dé los unos, y me libre de los otros, en la forma que mas me conviniere.—Finalmente, con esta caridad, cuyo fruto es paz y gozo en el Espíritu Santo, comenzaré desde la tierra á gustar lo que hay en el cielo, á donde todos los bienaventurados están contentos, y los menores participan la gloria que tienen los mayores, por el gozo que reciben con ella; y así yo participaré del bien y gozo de todos mis prójimos, teniendo tantos motivos de alegría cuantos bienes hubiere en ellos. Ó alma mia, comienza luego á ejercitar en la tierra la vida que esperas gozar en el cielo. Si envidia has de tener, sea envidia santa de los buenos (*Galat.* IV, 18), imitándoles en lo bueno, procurando aventajarte sobre todos, no para ser mas honrada sino para que Dios sea en tí mas glorificado por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LA ACIDIA Ó PEREZA.

PUNTO PRIMERO.— 1. La acidia, que comunmente llamamos con el nombre de pereza, es una tristeza desordenada y tédio fastidioso de los ejercicios virtuosos. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 35). Pécase en ella de muchas maneras, por muchos vicios que trae en su compañía.-El primero, es temor demasiado de los trabajos y asperezas de la virtud, huyendo de ella por esta causa : de donde procede la tristeza y tédio de sus ejercicios, y hacerlos con enfado.-El segundo, es pusilanimidad (*Id. ibid. q.* 133) y cobardía en acometer cosas arduas del divino servicio, escondiendo por esta causa los talentos que Dios me ha dado, y no usando de ellos cuando la ley de la justicia ó caridad me obliga.-El tercero, es pereza y flojedad en el cumplimiento y observancia de la ley de Dios, de los consejos evangélicos, de los estatutos y reglas de mi estado y oficio, haciendo estas cosas á poco mas ó menos con quiebras, dilaciones y repugnancias por miedos y á mas no poder, con fines bajos é intenciones serviles y rateras.-El cuarto, es inconstancia en proseguir las obras de virtud, y

llevarlas á cabo con instabilidad en ellas, salpicando de una en otra por quitar el enfado, hasta dejar el bien comenzado, volviendo atrás como el perro al vómito.

2. El quinto, es desmayo (*Ibid. q.* 20, *art.* 4) y desconfianza de salir con la pretension de las virtudes y con la victoria de las tentaciones, hasta caer en el abismo de la desesperacion. — El sexto, es (*D. Greg.* Lib. XXXI Moral. *c.* 31) rencor é indignacion contra las personas espirituales, porque me dan en rostro sus virtudes y buenos ejemplos, ó porque siento mucho los avisos y correcciones que recibo de ellos. — El séptimo, es ociosidad, perdiendo el tiempo precioso que Dios me dió para trabajar. Además sueño demasiado y somnolencia en las obras buenas, especialmente en los ejercicios (*Casian. lib.* X, *c.* 2) espirituales de oracion, leccion, misa, sermones y pláticas de Dios, por el poco gusto que hallo en ellas. — El octavo, es vagueacion en diversas cosas ilícitas y vanas por entretenerme, como son distracciones voluntarias de pensamiento é imaginacion, parlería y soltura de lengua en palabras ociosas; juegos vanos; vista de representaciones profanas; curiosidad de sentidos; vagueacion del cuerpo, callejeando por varias partes por gastar el tiempo y recrearme, apeteciendo mudanzas, sin tener estabilidad en cosa alguna si no es en ser mudable.

3. Finalmente, á este vicio tocan todos los pecados de omision y las negligencias en las cosas del divino servicio, las cuales son innumerables, y apenas hallaré obra buena que no tenga alguna de estas faltas ó en el principio ó en el medio ó en el fin; por lo cual me tengo de acusar grandemente delante de Nuestro Señor, diciéndole: Confieso, Dios mio, que en solo este vicio he pecado tantas veces, que no tienen número mis pecados; y así todos juntos los arrojo en la muchedumbre sin número de tus infinitas misericordias, para que remedies la muchedumbre sin número de mis miserias.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, he de considerar los gravísimos daños de la acidia y pereza: unos que nacen de ella misma, y otros añadidos por justo castigo de Dios en esta vida y en la otra. — Los primeros son gravísimos, porque la tibieza es penosa y peligrosa (*D. Bern.* Serm. 3 et 5 de Ascens.), sombra de muerte y muy cercana al infierno, vacia el corazon de consuelos celestiales, llénale de tristezas, y abre la puerta á innumerables tentaciones del demonio; el cual viene á morar muy de asiento en el alma que halla ociosa y vacante (*Luc.* XI, 25), trayendo consigo otros siete demonios peo-

res, que son la muchedumbre de los pecados, porque todos se recogen en el alma perezosa y ociosa (*Eccli.* XXXIII, 29); la cual, segun dice Salomon (*Prov.* XXIV, 30), á semejanza de viña ó heredad que no se labra, ni tiene valladar ó cerca, está llena de ortigas de pecados y de espinas de pasiones y amarguras, es pisada y hollada de los demonios y de los varios pensamientos que como pasajeros entran y salen por ella; de donde resulta extraña pobreza de los bienes espirituales y mendiguez desaprovechada; porque quien no (*Prov.* XX, 4) aró ni trabajó en el invierno de esta vida, mendigará en el estío de la muerte, y no hallará quien le dé lo que pide: como las cinco vírgenes (*Matth.* XXV, 9) que, echándose á dormir por pereza, mendigaron aceite para sus lámparas, y no hubo quien se le diese.

2. Demás de esto, los justos padecen gravísimos daños con la tibieza; la cual es como carcoma de las virtudes, polilla de las buenas obras, acíbar de las conciencias, destierro de las divinas consolaciones, diminucion de los merecimientos, y aumento de sus trabajos, porque los tibios en la virtud andan llenos de temores y de deseos: los (*Prov.* XVIII, 8; XXI, 25) temores les oprimen, y los deseos les atormentan: trabajan mucho y medran poco, porque la carga de la divina ley les pesa mucho, y merecen poco en llevarla, á causa de la mucha repugnancia y tédio con que la llevan; y así viven en peligro de dejarla, cayendo en la maldicion de Jeremías, que dice (*Ierem.* XLVIII, 10): Maldito sea el que hace la obra de Dios con negligencia y fraude. Y en la otra muy terrible que Cristo nuestro Señor amenazó á un obispo tibio diciéndole (*Apoc.* III, 16): Que si no se enmendaba, le vomitaria y lanzaria de sí y del cuerpo místico de su Iglesia.

3. Finalmente, como el siervo flojo (*Matth.* XXV, 18), que enterró el talento de su señor, perdió lo que tenia, y fue arrojado en las tinieblas exteriores, donde hay perpétuo llanto y crujir de dientes; así será castigado el perezoso en el infierno con pena muy proporcionada á su pereza, quitándole el talento de la fe y esperanza que tenia sepultado. Y porque amó la ociosidad, y temblaba del trabajo, vivirá en perpétuas tinieblas, no obrando, sino padeciendo, temblando y dando diente con diente, por la terribilidad del tormento que padece. Ó Dios eterno, por cuya sentencia los cobardes y (*Num.* XIV, 23) perezosos perecieron en el desierto, sin entrar en la tierra que les habias prometido, confieso que por mi pereza merezco ser echado de tu casa, excluido de tu reino, y atado de piés y manos ser arrojado en el abismo. Pésame, Señor, de la tibieza pa-

sada, líbrame de ella por tu misericordia, para que merezca entrar en la tierra de promision eterna. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, consideraré los bienes grandes que alcanzaré si venzo la acidia y pereza abrazando la alegría espiritual y el fervor en el servicio de Dios. – Porque primeramente las obras de virtud me serán fáciles y suaves: trabajaré poco y medraré mucho, creciendo mucho en poco tiempo (*Matth.* XX, 9): como los obreros que vinieron tarde á la viña, trabajaron con tanto fervor que merecieron tanto premio en una hora, como los tibios que habian trabajado muchas, sufriendo el peso del dia y del estío, el cual peso no sintieran si hubieran trabajado con fervor; porque la alegría del espíritu hace la carga de la ley muy ligera y su yugo muy suave. Y demás de esto aumenta los merecimientos, dobla los talentos recibidos, causa grande paz en el alma, y asegura mucho la perseverancia para alcanzar la gloria.

2. Tambien puedo ponderar, como Dios nuestro Señor gusta grandemente de que le sirva con fervor y alegría, porque como él es esencialmente la misma alegría, y todas las obras que hace, y las mercedes que nos da, es con grande alegría (*Psalm.* CIII, 31), gozándose en hacernos bien, justísimamente me manda (*Psalm.* XCIX, 2) que yo le sirva y le dé cuanto me pide, no con tédio y tristeza, ni por fuerza y con repugnancia, sino con fervor y alegría de corazon (II *Cor.* IX, 7): *Hilarem enim datorem diligit Deus*, porque Dios ama al dador alegre. Á este hace grandes mercedes, y oye las peticiones y deseos de su corazon (*Psalm.* XXXVI, 4); y finalmente le da á gustar la alegría que se goza en el cielo, porque cumple alegremente la divina voluntad en la tierra. Y así con grandes veras he de pedir á Dios nuestro Señor este espíritu nobilísimo de alegría en su servicio, diciéndole con David (*Psalm.* L, 14): Vuélveme la alegría de tu salud, y confírmame con tu espíritu principal. Ó Salvador del mundo, que te alegráste como (*Psalm.* XVIII, 7) gigante para correr tu carrera con ser muy áspera, concédeme la salud y alegría del espíritu que me ganaste, para que corra de tal manera mi carrera, que merezca ganar la corona eterna. Amen.

MEDITACION XXV.

SOBRE LOS DIEZ MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS.

(Santo Tomás, 1, 2, q. 100, art. 4 y sig.).

—Para el fin de esta meditacion ayudará mucho formar con la imaginacion una figura semejante á la vision que tuvo el profeta Zacarías (*Zach.* v, 2), en que vió un volúmen, ó pergamino extendido, que tenia diez codos de ancho y veinte de largo, donde estaban escritos los pecados del que hurta, y del que jura con mentira, y la maldicion que por ellos le vendrá; el cual volúmen vino volando á su casa, y la destruyó hasta consumir toda su madera y piedra. De esta manera imaginaré delante de mí un gran libro ó pergamino muy ancho y largo, y en una parte de él miraré escritos mis juramentos, hurtos, murmuraciones, y los demás pecados que he cometido contra los diez mandamientos de la ley Dios; porque como los voy escribiendo en el libro de mi conciencia, los va Dios escribiendo en el libro de su justicia, para castigarlos á su tiempo. Y en la otra parte miraré escritas todas las maldiciones y castigos que amenaza Dios á los que quebrantan estos diez mandamientos, ó alguno de ellos, haciendo comparacion de los pecados á los castigos, en el número, gravedad y duracion; porque si mis pecados fueren muchos, serán muchos los castigos; y si fueren muy graves y largos, los castigos serán muy graves y tan largos, que serán eternos. Y porque los castigos, cuando se miran muy distantes atemorizan poco, imaginaré que este libro de la divina justicia viene volando con suma ligereza á dar sobre la casa de mi alma; y quizá está ya muy cerca, y se asentará hoy sobre ella, cogiéndome de repente la muerte ó el castigo; porque si yo doy prisa á los pecados, tambien Dios apresurará los castigos, y asolará cuerpo, alma, honra, hacienda y cuanto tenga. Con esta saludable aprension suplicaré á Nuestro Señor esclarezca mi alma para que conozca los pecados que están escritos en este libro, y los castigos que he merecido, ayudándome con su gracia á llorarlos amargamente, para que con mi penitencia borre los pecados, y su misericordia borre tambien las maldiciones que habia escrito contra ellos.—

—Presupuesto esto, comenzaré la meditacion discurriendo por los diez mandamientos de la ley de Dios, advirtiendo que, como dice Casiano (*Collat.* xiv, *c.* 11; *S. Bonav.* Opusc. de dieta salutis, *tit.* 3,

et Serm. de 10 praeceptis, *t.* 2), los mandamientos divinos tienen dos sentidos, uno literal y otro espiritual. El primero sirve para la gente ordinaria, que no pretende mas que salvarse. El segundo para los que desean mayor perfeccion, y no se contentan con huir lo que es pecado mortal ó venial, sino tambien desean huir lo que es imperfeccion contra el fin del precepto, y conforme á este segundo sentido declararé los modos de pecar en cada mandamiento. —

Punto primero. — 1. Lo primero, he de considerar las cosas que Dios manda y prohibe en su santa ley, y los modos de pecar contra ella, discurriendo por los diez mandamientos, y por lo que espiritualmente dentro de sí encierran. – El primer mandamiento manda las obras principales que pertenecen á la virtud de la fe, esperanza, caridad y religion; es á saber, adorar un solo Dios; creer firmemente todas las cosas que ha revelado á su Iglesia; esperar las que ha prometido, y amarle mas que á todas las cosas criadas. Contra esto puedo pecar: lo primero, con idolatría ó infidelidad, adorando falsos dioses, ó negando lo que Dios ha revelado, ó dudando de ello: y á semejanza de esto, tambien se peca, como dice la divina Escritura (I *Reg.* XV, 25), adorando el ídolo de mi propio juicio y propia voluntad, rebelándome contra la de Dios, ó teniendo por Dios al vientre (*Philip.* III, 19), ó al dinero, ó negando á Dios con las obras, y no guardándole la debida lealtad. – Lo segundo, peco con desconfianza de alcanzar el cielo ó el perdon de mis culpas, ó de que oirá Dios mis oraciones, como lo ha prometido; y al contrario, presumiendo de alcanzar esto sin poner los medios que Dios manda para ello. – Lo tercero, con odio ó falta de amor amando alguna criatura mas que á Dios, ó atropellando la voluntad de Dios por cumplir la de la criatura, ó siendo tibio en amarle con todo mi corazon, ánima, mente y fuerzas, olvidándome mucho de él y de sus beneficios.

2. El segundo mandamiento prohibe cualquier falta en la verdad, justicia, reverencia y necesidad del juramento; de modo que no jure diciendo algo contra lo que siento, ó prometiendo algo sin intencion de cumplirlo, ó cosa que sea mala, ó no cumpliendo la buena, ó jurando sin necesidad ni utilidad, y sin mirar bien lo que digo, ó sin la reverencia que se debe al soberano nombre de Dios, siempre que se toma en la boca. Pécase tambien quebrantando el voto, ó dilatando el cumplirle sin causa, ó siendo flojo en su guarda, desdiciendo de la perfeccion que profeso.

3. En el tercero de santificar las fiestas, puedo pecar haciendo

en ellas alguna obra servil de las prohibidas, ó no oyendo misa entera, ó no asistiendo á ella con la debida reverencia y atencion, ó gastando estos dias en cosas indignas de la fiesta y del fin para que se instituyeron de orar y glorificar á Dios.

4. El cuarto manda que honremos á nuestros padres carnales, y les sustentemos en sus necesidades, y les obedezcamos sus preceptos justos, y del mismo modo á los padres espirituales, prelados y superiores, obedeciendo á sus ordenaciones, sin ir contra ellas, ni con protervia de juicio, ni con desgana de la voluntad, ni con dilacion en la ejecucion; y adelgazándolo mas por la humildad, he de tener á todos por superiores (*Philip.* II, 3), honrando á todos, y sujetándome á toda humana criatura por el Criador (I *Petr.* II, 13).

5. El quinto de no matar, prohibe todo lo que se dijo en la meditacion XXII, de la ira. Y espiritualizando los modos que hay de matar: -Lo primero, mato mi alma por la culpa, quitándola la vida de la gracia. -Lo segundo, ahogo el espíritu; esto (I *Thes.* V, 19) es, las inspiraciones del Espíritu Santo, atropellando los buenos deseos que me inspira. -Lo tercero (*Hebr.* VI, 6), crucifico dentro de mí á Cristo, y piso su sangre, haciendo obras por las cuales hubiera de ser crucificado otra vez, si la primera no bastara. -Lo cuarto, mato las almas de mis prójimos con el escándalo, siéndoles tropiezo con mi mal ejemplo, ó no socorriéndoles con la correccion ó consejo, ó limosna espiritual cuando la caridad me obliga: como se dice, matar al pobre quien no le socorre con las obras de misericordia corporales. *Pasce fame morientem: si non pavisti occidisti.* (San Ambrosio).

6. El sexto de no fornicar, prohibe todo lo que se dijo en la meditacion XX, de la lujuria; pero hay otros modos de fornicacion y adulterio espiritual, dejando á Dios, que es verdadero esposo de las almas, por juntarme con amor desordenado con alguna criatura (II *Cor.* II, 17), ó adulterando las obras y las palabras de Dios, haciéndolas y diciéndolas, no por agradarle, ó por engendrar hijos espirituales que le agraden, sino por mi deleite ó provecho temporal; ó finalmente, andando muy olvidado de Dios, y divertido en cosas ociosas.

7. El séptimo de no hurtar, prohibe todo lo que se dijo en la meditacion XXI, de la avaricia; y demás de esto espiritualmente robo (*D. Basil.* Serm. de abdicat. rer.) y destruyo muchas cosas ajenas contra la voluntad de su dueño, porque robo á Dios su gloria, y me alzo con sus dones; desperdicio el tiempo que habia de gastar en su servicio: no le pago las deudas que le debo, por razon de mis

pecados ó por razon de sus beneficios, satisfaciendo por los unos, y agradeciéndole los otros. Robo la voluntad que le entregué por el voto de obediencia, y usurpo su autoridad entremetiéndome á juzgar los secretos de mis prójimos, que tocan á su tribunal. Y de la misma forma destruyo la caridad y riquezas espirituales de mis prójimos, ayudando al capitan de ladrones, el demonio, que siempre se ocupa en robarlas.

8. El octavo de no levantar falso testimonio, prohibe todos los pecados de lengua que van contra la honra y fama del prójimo, de que hice mencion en la meditacion XXII, de la ira; á mas, juzgar temerariamente sus cosas ó sospechar mal de ellas, echándolas á la peor parte sin bastante fundamento; engañarle con cualquier modo de mentira ó fingimiento, cual es el de la hipocresía, adulacion, lisonja, cumplimientos mundanos y ofrecimientos sin ánimo de cumplirlos. Y espiritualizando este precepto, levanto á Dios falsos testimonios cuando siento bajamente de su bondad y misericordia, de su justicia y providencia; y cuando por mis malas obras infamo y desacredito su ley y su doctrina (*Isai.* LII, 5; *Rom.* II, 24), y soy causa de que su santo nombre sea blasfemado entre las gentes, ó menos estimado y reverenciado entre los fieles. Á mas, miento á Dios cuando no cumplo la palabra que le dí ni el propósito que hice de hacer algo en su servicio. Los preceptos 9.° y 10 están declarados en el 6.° y 7.°

9. Despues que hubiere considerado estos pecados, he de hacerme cargo de ellos delante de Nuestro Señor, con gran dolor y vergüenza de haberlos hecho; y aunque no hubiese quebrantado mas que uno solo, puedo tenerme, como dice el apóstol Santiago (*c.* II, 10), por reo y culpado de todos, porque en cada pecado hallaré lo que espiritualmente se prohibe en todos; pues un solo pecado mortal, al modo que se ha dicho, es como idolatría, infidelidad, odio, adulterio, hurto, falso testimonio y homicidio; y así, reprendiéndome á mí mismo, puedo llamarme con estos nombres infames, diciendo: Idólatra, infiel, adúltero, ladron, falsario y homicida, ¿cómo te has atrevido á injuriar de tantas maneras á un Dios de tanta majestad? ¿Cómo no quebrantas con dolor tu corazon, por haber quebrantado los mandamientos tan justos de tu Señor? Ó Dios de mi alma, ¡quién pudiera decirte con David (*Psalm.* CXVIII, 136): Avenidas de agua salieron de mis ojos, porque no guardaron tu santa ley! Dame estas lágrimas tan copiosas, para que lave mis innumerables culpas.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar las maldiciones que Dios echa á los quebrantadores de su ley, y los terribles castigos con que les amenaza en esta vida y en la otra. -Esto se puede ponderar primeramente, discurriendo por el terrible catálogo que de estas maldiciones hace Moisés en dos capítulos del Deuteronomio (*Deut.* XXVII, 15; XXVIII, 59), diciendo al pueblo, que si quebrantaba la ley de Dios vendrian sobre él estas maldiciones, y que le comprenderian. Serás maldito en la ciudad y en el campo: maldito el fruto de tu vientre y el de tu ganado: enviará Dios sobre tí hambre y pestilencia: te castigará con pobreza, calentura, frio, ardor, estío, aire corrupto y podredumbre, hasta que perezcas. El cielo que está sobre tí será de bronce; y la tierra que huellas será de hierro. Lloverá polvo sobre tu tierra, y sobre tí bajará del cielo ceniza; te entregará en manos de tus enemigos; y tu cuerpo muerto será manjar de las aves del cielo y de las bestias de la tierra; y á este modo va siguiendo otras horrendas maldiciones; y despues de haberlas contado, como si fueran pequeñas, dice: Aumentará Dios estas plagas, añadiendo otras mayores; y porque la maldicion de Dios no es de palabra sola, sino de obra, ninguno de los que quebrantan su ley se podrá escapar de la que Dios le echare.

2. Y finalmente á todos comprenderá la última que Cristo nuestro Señor les echará el dia del juicio (*Matth.* XXV, 44), cuya terribilidad ya se ha declarado. Los efectos de estas maldiciones experimentó el miserable pueblo hebreo en su tiempo, y muchas de ellas experimentamos en el nuestro, las cuales juntamente son avisos para que nos enmendemos; porque el deseo de este divino Legislador no es enredarnos con estas maldiciones, sino atemorizarnos para que guardemos su ley, y seamos libres de ellas. Ó Legislador justísimo, confieso ser muy justo que sea para mí el cielo de bronce y la tierra de hierro, sin que me venga favor de tierra y (*Isai.* XXX, 9) cielo. Merezco que cerreis vuestros oidos para no oir mi oracion, porque yo cerré los mios para no oir vuestra ley. He bebido como agua la maldad (*Iob*, XV, 16); y así es razon que la maldicion entre como agua en mis entrañas (*Psalm.* CVIII, 18). Mas acordaos, Señor, que os sujetásteis á la maldicion que la ley echó al que moria crucificado (*Galat.* III, 13), por librarnos de las maldiciones que la ley amenazaba. Aplicadme, pues, el fruto de vuestra muerte, perdonándome las culpas que contra vuestra ley he cometido, y librándome de las maldiciones que por ellas he merecido.

3. Tambien puedo ponderar los castigos que hace Dios en los

que quebrantan los diez mandamientos de su ley, como se representan en las diez plagas de Egipto, con las cuales son muchas veces castigados los que son rebeldes al mandamiento de Dios, como Faraon y sus vasallos lo fueron, viniendo sobre ellos ranas, moscas y mosquitos, pestes y langostas, truenos, rayos y granizos, y tinieblas muy espesas; y hasta (*Exod.* XIII, 15) el mismo Ángel de Dios con su espada desenvainada entra por sus casas, matando sus primogénitos, y destruyendo las cosas que mas aman, hasta que últimamente el mar de las tribulaciones que da paso franco á los justos, los anega y ahoga por sus pecados, bajando como plomo al profundo del infierno, donde serán derretidos y atormentados en el fuego eterno.

4. Y porque no pensemos que estas plagas solamente tocaron á los antiguos antes de la venida de Cristo, cuando Nuestro Señor se llamaba Dios de las venganzas; tambien en el Apocalipsi (*Apoc.* VIII, 2; XV, 7; XVI) se hace mencion de ellas; porquè la divina Providencia, que es benigna con los guardadores de su ley, es rigurosa contra los que la quebrantan, y tiene á punto siete Ángeles con siete trompetas terribles, y otros siete con siete copas llenas de su ira é indignacion, las cuales derraman sobre la tierra, hiriendo á los pecadores con espantosas plagas. Ó alma mia, ¿cómo no tiemblas de traspasar la ley que tiene tan terribles y celosos vengadores? cómo no te espantan los sonidos de estas trompetas? cómo no te causan horror los vinos horribles de estas copas? cómo no te pasma la terribilidad de estas plagas? Ó misericordiosísimo Jesús, que recibiste cinco llagas en la cruz, y de piés á cabeza estuviste llagado en ella; cura con tu sangre preciosa las llagas de mis culpas, para que sea libre de tan horrendas plagas.

5. Últimamente puedo ponderar algunos particulares castigos que amenaza Dios en la Escritura á los que quebrantan algunos especiales mandamientos, como es decir (*Eccli.* XXIII, 12): El que mucho jura, estará lleno de maldad, y en su casa nunca faltará plaga. Donde se ponen dos gravísimos daños de este vicio, que es, llenar la casa del hombre de culpas y penas, de llagas espirituales y corporales, y asolarla hasta los cimientos, como consta por la maldicion del volúmen que pusimos al principio de esta meditacion. (*Zach.* V, 4). Á mas, contra el que desprecia á su padre y madre, dice, que los cuervos le saquen los ojos, y las águilas se los coman (*Prov.* XXX, 17); porque este tal no es digno de vida larga, sino de muerte infame; y en la otra vida los cuervos y águilas infernales le sacarán los ojos, cegándole con obstinacion, y comiéndole las entra-

ñas con dolor. Y á este modo se pueden ponderar otros castigos, sacados de lo que se ha dicho en las siete meditaciones precedentes.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar, las bendiciones que derrama Dios sobre los que guardan su ley; así bendiciones corporales como espirituales, y así temporales como eternas. - Esto puedo ponderar. Lo primero, discurriendo el catálogo que de ellas hace Moisés en el mismo Deuteronomio (*Deut.* XXVIII, 1), diciendo á su pueblo, que si guardaba la ley de Dios, vendrian sobre él todas estas bendiciones, y le comprenderian. Serás, dice, bendito en la ciudad y en el campo; bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra y de tu ganado; benditos serán tus graneros, y lo que sacares de ellos; benditas serán tus entradas y salidas, y todas las obras de tus manos. El Señor abrirá sus tesoros excelentísimos para enriquecerte, y su cielo para que envie sus copiosas lluvias; te hará cabeza y no piés; serás superior y nunca inferior, y delante de tí caerán tus enemigos; el Señor te levantará para que seas pueblo santo suyo, y todos te respetarán viendo que eres favorecido de su santo nombre. Estas y otras bendiciones va prosiguiendo Moisés, las cuales, aunque son temporales, acomodadas al estado y condicion de aquel pueblo imperfecto; pero son señal de otras muy mayores y espirituales que da Dios al pueblo cristiano, aunque tampoco le faltan estas temporales con un modo mas excelente. Porque la providencia de nuestro Padre celestial, como su mismo Hijo nos lo prometió (*Matth.* VI, 33), toma á su cargo repartirlas del modo que conviene, dándolas por añadidura á los que guardan su ley; porque quien abre su mano para llenar de (*Psalm.* CXLIV, 16) bendicion á los brutos, mejor la abrirá para llenar á los hijos.

2. De aquí subiré á ponderar las bendiciones espirituales que da Dios á los que guardan la ley, en cuya guarda ha encerrado con gran excelencia los tres géneros que hay de bien; es á saber, bien honesto, útil y deleitable, de los cuales hace otro dulce catálogo David en el salmo XVIII. Porque lo primero, la ley de Dios es purísima y santísima, convierte las almas, llénalas de sabiduría y de todas las virtudes. Además, es provechosísima para alcanzar todos los bienes que se pueden desear, no solo para el alma, sino para el cuerpo, como es, salud, vida larga, sustento y prosperidad (*Prov.* III, 1); y así es mas deseable que el oro y que las piedras preciosas, y que todos los tesoros de la tierra. Además, es dulcísima mucho mas que la miel y el panal, y alegra los corazones con una alegría ma-

yor que la que pueden dar todas las cosas dulces de esta vida.

3. De aquí es, que á los principiantes previene Dios con bendiciones de dulzura (*Psalm.* xx, iv), para que comiencen á correr con alegría por el camino de sus mandamientos. Á los que aprovechan, da su bendicion dulcísima este divino Legislador (*Psalm.* LXXXIII, 8), para que crezcan de virtud en virtud hasta la cumbre de la perfeccion, y sobre las cabezas de los justos perfectos derrama copiosa bendicion, (*Prov.* x, 6), dándoles á gustar algo de lo que han de gozar en la gloria. Y finalmente les dará el dia del juicio la suprema bencicion, diciéndoles (*Matth.* xxv, 34): Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tengo aparejado, como ya ponderamos.

4. Considerando estas bendiciones, y comparándolas con las maldiciones que se dijeron en el punto precedente, he de sacar principalmente tres afectos muy importantes. El primero, gran dolor de haber quebrantado ley tan santa, tan provechosa y tan suave, haciéndome indigno de sus celestiales bendiciones, incurriendo en los tres males contrarios á los tres bienes que se han dicho; porque con el quebrantamiento de la ley andan juntos los vicios que manchan cuerpo y espíritu; todos los daños temporales y eternos que padecen cuerpo y alma, y todas las tristezas y amarguras que afligen nuestro corazon.

5. El segundo afecto es de confianza, esperando firmemente que si guardo la ley de Dios alcanzaré las bendiciones que me promete, acordándome de aquellas memorables palabras del Eclesiástico (*Eccli.* xxx, 3), que dice: *Homo sensatus credit legi, et lex illi fidelis.* El hombre cuerdo cree á la ley de Dios, y la ley le será fiel. Que es decir: El justo y la ley guárdanse fidelidad. El justo es fiel en obedecer á la ley, y la ley es fiel en premiar al justo: ella le defiende en sus peligros; consuélale en sus adversidades; enderézale en sus prosperidades; aconséjale en sus dudas; favorécele en sus negocios; hace que sean oidas sus oraciones; ayúdale en la vida; ampárale en la muerte, y despues le corona en la gloria. Ó alma mia, sé fiel á la ley de Dios, y la ley será muy fiel para ti. No faltes en hacer lo que te manda, y ella no faltará en hacer lo que te promete. Alaba á tu soberano Legislador con salterio de diez cuerdas (*Psalm.* XXXII, 2), guardando sus diez mandamientos, y serás luego participante de sus promesas. No digas como los malos israelitas: Vana cosa es servir á Dios, y ¿qué provecho me viene de guardar sus mandamientos? (*Malach.* III, 14). Conviértete de veras á este Señor, con dolor de

haberlos quebrantado, y verás por experiencia la diferencia que hay entre el justo y el pecador, y entre los que guardan su ley, y la quebrantan.

6. El tercer afecto ha de ser, grande amor y estima de la ley de Dios, procurando, como dice Salomon (*Prov.* VI, 21; VII, 5), escribirla en las tablas de mi corazon, que son las tres potencias de mi alma. En la memoria, para acordarme siempre de ella. En el entendimiento, para meditar continuamente en ella. Y en la voluntad, para amarla, y dar, si fuere menester, la vida por ella; y como dijo Moisés á su pueblo (*Deut.* VI): Meditaré en ella, sentado en mi casa y andando por el camino; al acostar y al levantar; la pondré como señal en mis manos para obrarla; y la traeré delante mis ojos, para guiarme por ella, diciendo con David (*Psalm.* CXVIII, 97): Ó Señor, como he amado tu santa ley, todo el dia es materia de mi meditacion. Ó Legislador dulcísimo, que haciéndote hombre pusiste luego esta ley en medio de tu corazon (*Psalm.* XXXIX 9), y con tu gracia la escribes (*Ierem.* XXXI, 33) en los corazones de tus escogidos; escríbela tambien en el mio, de modo que nunca se borre, para que sea digno de estar escrito en el libro de la vida, sin ser jamás borrado de él por todos los siglos. Amen.

7. *Conclusion de lo dicho.* — De todo lo que se ha dicho en esta meditacion recogeré una breve suma de los títulos que hay, así para sentir gran dolor por haber quebrantado la ley de Dios, como para animarme á guardarla con perfeccion. – El primero es, por ser justa y santa y abrazar todo género de bienes con grande excelencia. – El segundo, por librarme de las maldiciones y plagas temporales y eternas que amenaza. – El tercero, por gozar de las innumerables bendiciones que promete en esta vida y en la otra. – El cuarto y principal, por ser quien es el Legislador que la dió, es á saber, Dios infinitamente bueno, sábio y poderoso, y bienhechor infinito, de quien depende todo mi bien, así temporal como eterno; y esta sola razon bastará para moverme á amar ley dada por tal Padre, y para sentir mucho haberla quebrantado. – El quinto título es, porque el mismo Legislador, haciéndose hombre, la puso en medio de su corazon, y vino á cumplirla con entereza, sin dejar una gota, ni tilde, para moverme con su ejemplo al perfecto cumplimiento de ella.

8. El sexto es, por la fidelidad de la ley con los que la guardan, y por la experiencia que tengo de cuán bien me va cuando la guardo, sintiendo grande paz y serenidad de conciencia, grande alegría y confianza en Dios; y al contrario, cuán mal me va cuando

la quebranto, trayendo quebrantado el corazon con culpas, temores demasiados, remordimientos de conciencia, y otras muchas miserias. — Y finalmente, porque en la hora de la muerte no habrá cosa que mas pena me dé, que haber quebrantado la ley de Dios, ni cosa que mas gusto me dé, que haberla guardado; porque de esto depende mi condenacion ó salvacion. De aquí concluiré con lo que concluyó su libro el Eclesiastés (*c.* XII, 13), dicendo: Teme á Dios, y guarda sus mandamientos, porque esto es todo hombre, que es decir: en esto consiste todo el ser de hombre, y el cumplimiento de las obligaciones que tiene todo hombre; y quien en esto falta, falta en la entereza y perfeccion de hombre, haciéndose como bestia.

MEDITACION XXVI.

SOBRE LOS CINCO SENTIDOS Y POTENCIAS EXTERIORES.

Punto primero. — 1. El primer punto, será traer á la memoria los pecados que he cometido con mis cinco sentidos, y con las potencias exteriores del cuerpo, acusándome de ellos delante de Nuestro Señor. — Primeramente, con los ojos he pecado, gustando de ver cosas hermosas, vanas, curiosas y dañosas, por sola vanidad, ó curiosidad, ó sensualidad, con inmodestia y libertad de carne y desedificacion de otros. De suerte, que muchas veces peco en las cosas que veo, ó en la intencion con que las miro, ó en el modo de mirarlas, trayendo los ojos altaneros, meneándolos á una y otra parte con liviandad. Los oidos he tenido abiertos para oir pláticas vanas y curiosas, novedades impertinentes, lisonjas y alabanzas propias, murmuraciones y detracciones de otros, sin reprenderlas ó atajarlas, ni aun mostrar mal rostro cuando estaba obligado á ello. Y gustando tanto de oir estas cosas, disgusto de oir pláticas buenas, y oigo con pesadumbre los sermones, y los avisos y correcciones de los que tienen obligacion á dármelas. — Con el olfato, gusto y tacto he pecado en muchas cosas de la gula y lujuria que se han referido en las meditaciones de estos vicios.

2. Pues ¿qué diré de los pecados de la lengua? Porque unas palabras he dicho contra el respeto debido al nombre de Dios; otras contra la honra y fama del prójimo; y otras en grave daño de mi alma, como consta de lo que se ha puesto en los primeros puntos de las meditaciones precedentes. Otras palabras han sido viciosas por faltar en las debidas circunstancias, hablando cosas indecentes á mi

estado y profesion, ó en lugares y tiempos prohibidos, como seria hablar mucho en la iglesia, ó misa, ó sermon, con ofension de otros, ó cuando por mis reglas, si soy religioso, estoy obligado á guardar silencio, ó cuando hablo con mal modo, apresurado, precipitado, muy afectado y desentonado. De suerte que, mirando los pecados de mis palabras, puedo afirmar lo que dice el apóstol Santiago (*c.* III, 6), que mi lengua ha sido: *Universitas iniquitatis:* un mundo y universo de maldades donde se han recogido todas juntas, y un fuego que ha encendido y abrasado la rueda de mi nacimiento por todo el discurso de mi vida.

3. Con estos pecados puedo juntar otros de inmodestia y desórden en el uso de los demás miembros y potencias exteriores, como son risadas demasiadas, escarnios y mofas, meneos con liviandad de cabeza, piés ó manos, y andar afectado, entonado ó muy apresurado, con indecencia, y otros tales que muestran poca gravedad; de los cuales dijo el Sábio (*Eccli.* XIX, 27), que el vestido del cuerpo, la risa de los dientes, y el andar del hombre, descubren quién es, y la virtud que tiene.—Ponderando estos pecados, he de confundirme grandemente por haber usado tan mal de las potencias que Dios me dió, aprovechándome de ellas para solo mi gusto, regalo y honra. Ó gran Dios, ¿cómo has sufrido en mí tan gran desórden? Ó miserable hombre, ¿cómo te has atrevido á intentarle contra Dios?

Punto segundo. — 1. Luego consideraré los graves daños que me vienen por estos sentidos mal guardados é inmortificados. Porque primeramente ellos son las puertas y ventanas, por las cuales, como dice el profeta Jeremías (*c.* IX, 21), entra la muerte de la culpa en la casa de mi alma, y destruye la vida de la gracia, y ahoga el calor vital de la caridad, y por ellos entran las tentaciones de los demonios, los cuales como ladrones roban la casa de mi conciencia, despojándola de los dones de Dios y de las virtudes. Por lo cual dijo el mismo Profeta (*Thren.* III, 51): Mi ojo robó mi alma: y como el ojo robó á Eva la justicia original, á Dina la virginidad, á David la castidad y la justicia; así me roba unas veces la templanza, otras la obediencia, y otras la devocion. Y lo mismo hace el oido y la lengua; porque como la ciudad cercada de enemigos, si las puertas se quedan abiertas y sin guarda, es entrada y saqueada (*Prov.* XXV, 28), y destruida; así es el alma que no guarda sus sentidos.

2. Estos tambien dan entrada á las imágenes y figuras de las cosas visibles, que inquietan la imaginacion y la memoria con distracciones y vagueaciones; y alborotan los apetitos con el descon-

cierto de las pasiones, y turban el corazon, echándonos fuera de él. Y por esto tambien es verdad que mi ojo roba mi alma; porque me roba la atencion, el pensamiento y la aficion, haciendo que el alma no esté tanto dentro de mí, cuanto fuera, en la cosa que piensa y ama. Y yo mismo tambien me salgo por estas puertas fuera de mí mismo á vaguear por todo el mundo; y tras mí se sale el espíritu de la devocion, oracion y contemplacion. De manera, que cuando quiero volver á entrar dentro de mí, no acierto, ni hallo quietud en mi propia casa, por los alborotos que experimento en ella. Y de aquí proceden innumerables defectos y daños en la oracion, y la privacion de los favores del cielo; porque no gusta Dios de poner el licor de sus dones en vaso que no tiene cobertor (*Num.* XIX, 15), ó está por cinco partes agujereado.

3. Finalmente son grandes los castigos que ha hecho Dios en los que han tenido notable descuido en guardar sus sentidos y lengua, dándoles libertad contra los preceptos y consejos de la divina ley; como se puede ver por los que se han contado en las meditaciones precedentes. Por lo cual dijo el Eclesiástico (*c.* XXVIII, 28): Cerca tus oidos con espinas, y no quieras oir la mala lengua; haz puerta para tu boca, y cerradura para tus orejas; y mira no deslices por la lengua, y caigas delante de tus enemigos, y tu caida sea irremediable, causándote la muerte; unas veces la temporal, y otras la eterna en el infierno; á donde los cinco sentidos, como ya se ponderó, padecerán terribles tormentos en castigo de sus desenfrenados gustos. Por tanto, alma mia, cierra las puertas y ventanas de tus sentidos, si no quieres que la muerte y la turbacion entre por ellos. Tapa y enfrena tu boca para que no te mate tu propia lengua. Cerca tus oidos con espinas, para que no te espinen las lenguas ajenas, sacando de lo que oyes culpas propias.

Punto tercero. – *Mortificacion de los sentidos.* — 1. El tercer punto será, considerar los bienes grandes que trae consigo el santo enfrenamiento y mortificacion de los sentidos. – Lo primero, porque además de cerrar la puerta á tantos males como se han dicho, la abre para que entre en el alma el espíritu de Dios que mora de buena gana en almas mortificadas á su carne, y á los deleites de los sentidos; y tambien la abre para que entre en ella el espíritu de la oracion, y devocion, y de la contemplacion; porque Nuestro Señor gusta de conversar con las almas que son huertos cerrados, y allí las habla al corazon, consolándolas y comunicándolas sus dones. Y á esta causa para orar nos manda entrar dentro del retrete de nues-

tro corazon y cerrar tras nosotros la puerta de los sentidos (*Matth.* VI, 6); porque no entre cosa que turbe nuestra oracion, é interrumpa la conversacion que tenemos con nuestro Padre celestial.

2. Demás de esto, los sentidos cuando hacen sus actos segun la voluntad de Dios, que es el fin de su mortificacion, son puertas y ventanas por donde entra la vida; y lo que ven y oyen, gustan y hablan, les ayuda para alcanzar la vida espiritual de la gracia, y el aumento de ella. De donde tengo de inferir lo que dice Santiago apóstol (*c.* IV, 10), que como de una fuente por un caño no nace agua dulce y amarga; así no ha de salir de una misma lengua bendicion y maldicion; palabras buenas con que bendiga á Dios, y palabras malas con que maldiga al prójimo; sino todas han de ser palabras buenas, agradables á Dios, provechosas al prójimo y dulces para mi conciencia. Y de la misma manera, por unos mismos ojos y oidos no ha de entrar la vida y la muerte; sino siempre han de estar cerrados para todo lo que es ocasion de muerte, y abiertos para lo que me ha de dar la vida, y en esto consiste su perfecta abnegacion.

3. Á esto he de añadir, que la modestia y mortificacion de los sentidos es testimonio y señal de la virtud interior, edifica mucho á los prójimos, y echa de sí tanta fragancia, que llena la casa de la Iglesia, y religion, de buen crédito y nombre (*S. Amb.* Lib. II de virginibus): y como la buena portada honra la casa, y da gana de entrar dentro á ver lo que hay en ella; así la modestia y compostura de los sentidos y miembros exteriores, es hermosísima portada de la virtud y vida religiosa; y la hace tan amable, que pone ganas de entrar á gozar de lo interior que dentro tiene encerrado, por lo cual dijo san Pablo (*Philip.* IV, 5), que nuestra modestia fuese manifiesta á todos los hombres, porque Dios está cerca y presente á nosotros, y en presencia de tan poderoso Rey todos sus criados hemos de estar muy modestos.

4. Finalmente, los cinco sentidos recibirán en el cielo, como despues se verá en la meditacion LIII de la parte VI, particulares coronas de gloria, con grandes gustos en premio de las mortificaciones que padecieron en la tierra; y así, con la esperanza de todos estos bienes me alentaré á mortificarlos con gran fervor.—Concluiré esta meditacion con un dulce coloquio con Cristo nuestro Señor crucificado, ponderando la mortificacion de sus cinco sentidos, que padeció en la cruz; la cual por una parte fue santísima, echando rayos resplandecientes de admirables virtudes; y por otra parte fue penosísima, con mezcla de terribles dolores, padeciéndolos por los

pecados que yo cometí con mis cinco sentidos. Y discurriendo como sus ojos fueron oscurecidos con salivas; sus oidos atormentados con blasfemias; su olfato con el olor del Calvário; su gusto con la hiel y vinagre; su tacto con los azotes, espinas y clavos; compadeciéndome de todo esto le diré: Pésame, ó dulce Salvador, de las culpas que hice con mis cinco sentidos, por las cuales fueron tan terriblemente atormentados los vuestros; y por los dolores de ellos os suplico perdoneis los muchos pecados de los mios. Con la sangre que salió de vuestras cinco llagas preciosas lavad las manchas que han salido de estas mis cinco fuentes apostemadas. Cese ya, Señor, su corriente abominable, y ayudadme con vuestra gracia á detenerla, para que imitando la mortificacion que ejercitastes en la vida y padecistes en la muerte, merezca alcanzar vuestra gloria. Amen.

MEDITACION XXVII.

SOBRE LAS POTENCIAS INTERIORES DEL ALMA.

PUNTO PRIMERO. — 1. El primer punto será, considerar los vicios y pecados que tienen su particular asiento en el entendimiento, y los daños que proceden de ellos, examinando la parte que me cabe de cada uno, los cuales se pueden reducir á siete. — El primero es (*D. Thom.* 2, 2; *q.* 74), ignorancia de las cosas que estoy obligado á saber, como son las que debo creer, pedir, recibir y obrar; las cuales se encierran en el Credo y oración del Padre nuestro, en los Sacramentos y en los Mandamientos de Dios, y en las demás obligaciones propias del estado y oficio de cada uno; porque mal las puedo cumplir si no las entiendo. Y, como dice san Pablo (I *Cor.* XIV, 38), quien ignora será ignorado, diciéndole Dios: No te conozco. Con este vicio frisa mucho el olvido culpable de Dios y de su ley, y de las cosas que puedo y debo tener memoria; y de él podemos tambien decir: Que quien se olvida será olvidado; y que si yo culpablemente me olvido de Dios y de sus cosas, Dios se olvidará de mí y de las mias.

2. El segundo vicio (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 53) es, imprudéncia ó precipitacion y falta de consideracion en las cosas que tengo de hacer ó decir, arrojándome á ellas con ímpetu de pasion, sin primero considerar si son lícitas ó ilícitas, ó sin tomar sobre ellas el consejo conveniente. De donde proceden innumerables yerros y defectos en to-

das las materias de virtud.—El tercer vicio es (*Id. ib. q.* 60, *art.* 3), temeridad en juzgar los dichos y hechos de los prójimos, condenándolos ó sospechando mal de ellos, sin bastante fundamento, en lo cual agravio á Dios nuestro Señor, usurpando su autoridad, y entreteniéndome á juzgar lo secreto, que es propio de su tribunal; y tambien agravio á mi prójimo, condenándole sin razon bastante para ello; y á mí me daño, porque de ordinario vengo á caer en lo que temerariamente quise juzgar.—El cuarto vicio es (*Id. ib. q.* 53, *art.* 5), inconstancia y mutabilidad en lo bueno que he determinado, mudando fácilmente parecer; de donde procede no cumplir los buenos propósitos que he hecho, ni guardar la palabra que he dado á Dios ó á los hombres, y dar fácil crédito á las tentaciones del demonio y á los engaños halagüeños de la carne. Y con esta instancia anda junta la mutabilidad de pensamientos, dejándome llevar de la imaginativa loca que enloquece el entendimiento y le trae desatinado en pensar varias cosas sin concierto. De aquí tambien procede la mutabilidad en los buenos ejercicios, salpicando de unos en otros, por solo mi antojo y por quitar el fastidio con la novedad de ellos.

3. El quinto vicio por el contrario es (*Casian. Collat.* XVII, *c.* 25, 27), protervia y pertinacia en mi propio juicio y parecer, sin quererle doblegar, ni rendir al juicio de los mayores ó mas sábios, á quien debo obedecer y dar crédito. Este es el ídolo de las discordias, de donde nacen muchos pecados de desobediencia y rebeldía contra los prelados; muchas porfías y contiendas en las disputas, y grandes errores é ilusiones del demonio; porque, como se dice en Job (*c.* XVIII, 7), mi propio consejo es mi despeñadero.—El sexto vicio es, astucia ó prudencia de carne (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 55, *art.* 3), ó sabiduría del mundo, inventando con sagacidad medios para salir con mis intentos carnales ó mundanos: de donde nacen los fraudes y engaños con palabras ó con obras é hipocresía. Con este vicio suele andar junta la estulticia, necedad ó torpeza del entendimiento en juzgar y sentir de las cosas de Dios y de los bienes espirituales del alma, teniendo baja estima de ellos, midiéndolos con las reglas vanas del mundo y no con las de Dios; porque, como dice el Apóstol (I *Cor.* II, 14), el hombre animal no percibe las cosas que son del divino Espíritu, porque las tiene por necedad, y blasfema (*Judae, ep. cath. v.* 10) de ellas porque no las entiende.

4. El séptimo vicio es, curiosidad (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 167), deseando desordenadamente saber lo que no me conviene, como es desear saber cosas dañosas á mi alma ó que exceden mi capacidad,

por malos medios, ó las que son inútiles y vanas y desdicen de mi estado y profesion; ó aunque sean convenientes, deseo saberlas con aficion desordenada y por solo fin de curiosidad ó vanidad, contra lo que dice el Apóstol (*Rom.* XII, 3): No querais saber mas de lo que conviene, sino sabed con moderacion.—Estos son los siete vicios del entendimiento, en los cuales, sí bien me examino, me hallaré muy culpado, y de ellos me tengo de acusar humildemente delante de Dios, sacando de aquí cuál estará mi pobre alma, si tan miserable está su entendimiento, que es el que la guia; porque, como dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* VI, 23), si el ojo está oscurecido, todo el cuerpo estará en tinieblas; y si (*Id.* XV, 14) un ciego guia á otro ciego, ambos caerán en el hoyo, cayendo de las tinieblas interiores en las exteriores del infierno. Y así con grande cuidado he de procurar, parte con la penitencia, parte con la mortificacion, purificarme de estos siete vicios (*Psalm.* XI, 7), para que sea mi entendimiento como plata siete veces purgada, suplicando al Espíritu Santo me purifique de ellas con sus siete dones. Ó espíritu divino (*Isai.* XI, 2), esclarece mi alma con el don de la sabiduría contra mi ignorancia y torpeza. Dame el don de consejo contra mi imprudencia, el don de entendimiento contra mi temeridad, el don de ciencia contra la protervia de mi juicio, el don de fortaleza contra mi mutabilidad, el don de piedad contra la prudencia de carne, y el don de temor contra la curiosidad, para que libre de estos vicios y esclarecido con estos dones (*Rom.* VI, 4) comience una vida nueva, espiritual y perfecta, siguiendo tu divina inspiracion, sin jamás apartarme de ella. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. El segundo punto será, considerar los pecados que nacen de mi propia voluntad, y los daños que me vienen por seguirla, ponderando bien lo primero, qué es voluntad propia, porque solo esto basta para aborrecerla. Voluntad propia es, la que solamente atiende á querer su propio gusto, dejando el de Dios y el de los prójimos. Y llámase propia, porque siendo mi voluntad hechura de Dios, criada para conformarse con la divina, yo me alzo con ella, y la apropio á mí solo como si fuera mia, y uso de ella para querer solamente lo que me da gusto. Pues ¿qué hurto hay mas injusto y qué robo mas tirano, que hurtar y robar á Dios la voluntad que él me dió, y alzarme con ella contradiciendo siempre á la suya? Y ¿qué maldad hay mas horrenda, que entrando en batalla mi voluntad con la de Dios, la mia quede vencedora y la de Dios vencida, atropellando lo que Dios quiere por lo que yo quiero? Ó Dios



omnipotente, por tu infinita misericordia no permitas en mí injusticia.

2. Luego ponderaré como la voluntad propia es raíz de (*Cassian. Collat.* XIX, *c.* 8) todos los vicios y pecados que hago, y de cuantos se hacen en el mundo, los cuales podemos reducir á tres cabezas. –El primero es, desobediencia general á todo lo que manda Dios por sí mismo ó por sus ministros. De modo que la propia voluntad es capital enemiga de todas las leyes divinas y humanas, y con mas especialidad de las religiosas, porque toda la religion se funda en la mortificacion de la propia voluntad; y si esta vive, la religion muere; y si la religion ha de vivir, la voluntad ha de morir. –El segundo vicio es, malear y torcer la intencion en lo bueno que hace, haciéndolo no porque es voluntad de Dios, sino por otros fines de su propio gusto vano, interesal ó sensual (*Bern.* Serm. 71 in Cant.); por lo cual lo bueno convierte en malo, y lo que pudiera agradar á Dios hace que le desagrade, como el mismo Señor lo dijo por Isaías (*Isai.* LVIII, 3): Desagrádame vuestro ayuno, porque en él se halla vuestra propia voluntad. –El tercer vicio es, apropiarse á sí todas las cosas que puede; sin reparar en el daño que hace á otros. De donde nacen innumerables injusticias, avaricias, crueldades, contiendas, pleitos, agravios y discordias, atropellando todas las leyes de justicia y de misericordia con los prójimos, y las de la caridad, de quien dice san Pablo (I *Cor.* XIII, 5), que no busca las cosas que son suyas; y así la propia voluntad es veneno y destruccion total de la caridad.

3. De aquí es, que como la voluntad propia es reina y capitana de todos los vicios y pecados, así es pobladora de los infiernos y cebo de los fuegos eternos. Y por esto dice san Bernardo (*Serm. de Resurr.*): Cese la propia voluntad, y no habrá infierno; porque si cesa la propia voluntad, no habrá pecado, para cuyo castigo sea menester el infierno. Y demás de esto, si algun infierno hay en esta vida, la voluntad propia lo es para sí misma, porque todas las miserias de esta vida en tanto causan demasiada afliccion y tristeza, en cuanto son contrarias á la propia voluntad; y si esta cesare, conformándonos con la divina, lo que es infierno se convertirá en purgatorio, y en aumento de merecimiento y de corona en el cielo. Por lo cual dice san Ambrosio (*Lib.* I *de vocat. Gent. c.* 2), que la voluntad propia en las codicias es ciega; en las honras hinchada; en los cuidados congojosa; en las sospechas inquieta: mas codiciosa de gloria que de virtud, y mas amadora de fama que de buena con-

ciencia; y mucho mas miserable gozando de las cosas que ama, que si careciera de ellas, porque su experiencia aumenta su miseria. De todo esto concluiré, cuán grande ha sido mi miseria en haberme sujetado á la voluntad propia contra la divina, llorando mi ceguedad, y proponiendo firmemente de aborrecerla y negarla, á imitacion de Cristo nuestro Señor que bajó del cielo (*Ioan.* v, 30), no á cumplir su voluntad, sino la del que le envió. Y estando con las tristezas y agonías de la muerte dijo á su Padre (*Luc.* XXII, 42): No se haga mi voluntad sino la tuya. Ó Maestro soberano, confieso que no soy digno de llamarme tu discípulo, por no haberme aprovechado de tu ejemplo. Vengan tristezas y agonías de muerte sobre mí, por las veces que he dicho contra tí: No se haga tu voluntad sino la mia. Aparta, Salvador mio, de mi boca tan maldita palabra, y favoréceme con tu gracia para mortificar mi propia voluntad, en razon de cumplir (I *Cor.* x, 24) enteramente la tuya: busque yo de aquí adelante, no lo que es mio, sino lo que fuere tuyo y de mis prójimos, pretendiendo su provecho y tu gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. El tercer punto será, considerar los pecados y desórdenes de las otras potencias interiores del alma, que son la imaginacion y apetitos sensitivos, con los daños que de ellos proceden. — Lo primero, ponderaré como mi potencia imaginativa es como una sala pintada con muchas imágenes y figuras, unas feas, otras profanas, y otras ridículas, monstruosas y disparatadas, entreteniéndose en pintarlas y saboreándose en mirarlas, y solicitando al entendimiento para que las mire, y arrebatándole muchas veces tras sí para que piense en ellas. De donde nacen originalmente muchos pecados, que llaman delectacion morosa, en materia de carnalidades, venganzas, ambiciones y avaricias, deleitándome con la imaginacion de estas cosas como si las tuviera presentes.

2. Luego ponderaré (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 23, *art.* 4), como mis potencias apetitivas son como un mar turbadísimo, combatido de once olas de pasiones encontradas entre sí mismas, es á saber, amor y odio, deseo y huida, tristeza y gozo, esperanza y desesperacion, temor y audacia, y la ira. Las cuales por la mayor parte aplico á lo malo con gran desórden, porque amo lo que habia de aborrecer, y aborrezco lo que habia de amar: deseo lo que debiera huir, y huyo lo que debiera desear; alégrome de lo que habia de entristecerme, y entristézcome con lo que habia de alegrarme. De donde nacen graves pecados (*Amb.* Lib. I. *Offic.* c. 4), porque los apetitos con

estos afectos solicitan la voluntad y la llevan tras sí para que consienta con ellos.

3. De aquí es, que estas pasiones son armas y lazos de los demonios para combatirnos y enlazarnos en graves culpas; y en viendo que se levanta alguna pasion se alegran de verla, y luego se aprovechan (*Rom.* VII, 15) de ella para urdir su tentacion. De suerte que yo mismo doy á mi enemigo las principales armas con que me combate, persigue y destruye. Demás de esto, ellas mismas son verdugo y tormento de mí mismo, porque traen dentro de mí guerra contra el pobre espíritu, molestándome para que quiera lo que no querria, por hacer lo que quiere mi carne. Y entre sí tambien andan encontradas, porque la pasion del deleite me hace desear lo que aborrece la codicia de la honra; y el deseo de la honra lo que huye la pasion de la avaricia. Y, como dice el Sábio (*Prov.* XIII, 4), siempre quiero y no quiero: quiero la virtud porque es buena, y no la quiero porque es trabajosa; quiero el vicio porque es deleitable, y no le quiero porque es deshonesto. Y estos quereres de mis pasiones son verdugos de mi miserable corazon. ¡Oh! con cuánta razon puedo lamentarme á mí mismo diciendo á Nuestro Señor (*Iob*, VII, 20): ¿Por qué me has puesto tan contrario á tí? Y ¿cómo soy tan pesado y molesto para mí? ¡Oh desdichado hombre! ¿Quién me librará de este cuerpo tan mortal? Favorézcame, Señor, tu gracia, para librarme de tanta miseria. (*Rom.* VII, 24). De esta consideracion he de sacar un propósito muy esforzado de mortificar las pasiones, juntamente con la voluntad propia, porque esta aviva las pasiones, y las pasiones avivan á ella; y así han de morir á la par para quedar vencidas, siguiendo en esto el consejo del Eclesiástico (*c.* XVIII, 30), que dice: No te vayas tras tus pasiones y codicias, y apártate de tu propia voluntad; porque si concedes á tu alma sus concupiscencias, te harán risa de tus enemigos.

—Para la ejecucion de esto ayudarán los exámenes que se pondrán en las meditaciones siguientes.—

MEDITACION XXVIII.

EN QUE SE PONE UN MODO DE ORAR, HACIENDO EXÁMEN DE LA CONCIENCIA CADA NOCHE.

—Uno de los medios mas eficaces para purificar el alma de vicios, es el uso continuo de examinar la conciencia cada dia antes de acos-

tarse (*Basil.* Serm. 1 de instit. Monach.; *Chrys.* Hom. in Psalm. IV; *Bern. et alii*), lo cual con grande encarecimiento nos encomiendan los santos Padres y maestros del espíritu. La forma de hacer este exámen, que nuestro glorioso padre san Ignacio enseñó por cinco puntos, es la mas provechosa de cuantas yo he visto, porque abraza un modo de orar excelentísimo para toda suerte de personas.—

—Para cuya inteligencia brevemente advierto, que cada dia de nuevo nos cargamos de dos deudas para con Nuestro Señor, aunque muy diferentes, y por muy diversos títulos.—La primera deuda es, por los innumerables beneficios que de él recibimos. La segunda, por los innumerables pecados que contra él cometemos. La primera se paga con agradecimiento. La segunda con dolor; y es justo que cada dia, al fin de él, las paguemos ambas, comenzando por la primera deuda, así porque dispone para pagar bien la segunda, como porque, como dice san Basilio (De constitut. Monastic. *c.* 2), cuando vamos á la oracion, no hemos de entrar siempre pidiendo luego lo que es de nuestro propio provecho; porque parece damos á entender que vamos allí principalmente por nuestro interés, sino algunas veces hemos de comenzar por las alabanzas de Dios, dándole gracias por las mercedes que nos ha hecho; porque con esto damos á entender, que principalmente buscamos la gloria de Dios, y que la estimamos en mas que todas las otras cosas. Además, la misma accion de gracias nos servirá, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 83, *art.* 7), de título para impetrar lo que pidiéremos; porque de buena gana da Dios lo que le pedimos, cuando ve que le agradecemos lo que nos ha dado.—Demás de esto, habiendo de revolver el albañar hediondo de mis pecados, porque no me causen desesperacion y tristeza que me sorba y consuma, es bien prevenirme, como dice san Bernardo (Serm. 11 in Cantic. *c.* 48), con la memoria de los beneficios de Dios, alabándole por ellos, y tomando, como dice Isaías, este freno de alabanza que me pone en la boca, para que no me despeñe y perezca. Y aunque es verdad, como dice san Buenaventura (In Spec. discipl. *part.* II, *c.* 6), que no siempre es necesario guardar este órden de comenzar la oracion; pero en el ejercicio presente viene muy á propósito por las razones dichas.—

PUNTO PRIMERO.—El primer punto será, traer brevemente á la memoria los beneficios que he recibido de Nuestro Señor, así generales como especiales, y en particular los que en aquel dia me ha hecho, dándole gracias muy de corazon por todos ellos, reconocien-

do cuán grandes son, así por la grandeza del que los da con tanto amor, como por la vileza del que los recibe sin sus merecimientos. Y así contándolos uno por uno, puedo decir: Gracias te doy, Dios mio, porque me criaste de nada, y me has conservado la vida hasta hoy. Gracias te hago, porque me redimiste con tu sangre preciosa, y me hiciste cristiano y miembro de tu Iglesia. Bendito seas, porque hoy me has dado de comer y de vestir, y me has librado de grandes peligros de cuerpo y alma, y dádome muchas buenas inspiraciones, ayudándome á cumplir algunas obras de obligacion, etc. Todo lo bueno que en mí hay, tuyo es, y á tí se debe la gloria de ello; y por ello te doy gracias, cuantas puedo, con todo el afecto de mi corazon. Y suplico á los coros de los Ángeles y á todos los espíritus bienaventurados, que te alaben por mí y te dén gracias por estas mercedes que me has hecho.

—De este punto se ha de decir largamente en la parte VI.—

Punto segundo.—El segundo punto será, pedir á Nuestro Señor con gran instancia luz para conocer mis pecados y gracia para dolerme de ellos, alegándole tres títulos de mi grande necesidad y miseria en esta parte.—El primero es, grande olvido de mi memoria.—El segundo, grande ceguedad de mi entendimiento.—El tercero, grande frialdad de mi voluntad. De donde procede que el demonio me tiene fuertemente atado con una cuerda tresdoblada de mis pecados; la cual dificultosamente puedo romper, porque de unos pecados me olvido con la facilidad que los hago; otros no conozco por ignorancia; y los que conozco, no los lloro como debo, por mi grande tibieza. Por tanto, Dios mio, con vuestra inspiracion remediad mis olvidos; con vuestra luz alumbrad mis tinieblas; y con vuestro fuego de amor desterrad mis frialdades, para que conozca mis culpas, y las llore de modo que alcance perdon de ellas.

Punto tercero.—Hecha esta peticion, levantaré mi corazon á Dios mirándole como á juez que me ha de juzgar con gran rigor, escudriñando, como dice Sofonías (*c.* I, 12), los rincones de Jerusalen, que es mi alma y sus potencias, con candelas, descubriendo todas las culpas que hubiere en ellas, aunque sean muy menudas; y examinando, como dice David (*Psalm.* LXXIV, 3), no solamente las injusticias sino tambien las justicias y obras buenas, con las cuales suelen mezclarse circunstancias malas.—Con esta consideracion, lleno de un santo temor en la presencia de Dios, comenzaré á examinar todos los pecados que he cometido en aquel dia, por pensamiento, palabra y obra, y por omision ó negligencia; y con mas atencion

procuraré averiguar si tengo algunos de los que llama David (*Psalm.* XVIII, 13) pecados ocultos, por haberlos cometido con ignorancia ó inadvertencia culpable, ó por ilusion y engaño del demonio, teniéndoles por obra de virtud, como si tuviese por celo lo que es ira. — Para este exámen ayudará mucho lo que se dijo en los primeros puntos de las meditaciones sobre los siete vicios capitales, y sobre los mandamientos, sentidos y potencias del alma, porque allí está puesto todo lo que puede ser materia de un exámen muy menudo y diligente. El modo de hacerle será, dividiendo el dia en partes, y mirando lo que hice en las dos horas primeras del dia; luego en las otras dos, apartando lo precioso de lo vil; y si hallare algo bueno, lo atribuiré á Dios con agradecimiento, y lo malo atribuiré á mi libertad estragada; y de todo junto haré una humilde confesion delante de Dios, con vergüenza y confusion muy profunda, cumpliendo aquello de David (*Psalm.* XXXI, 5): Yo, dije, confesaré al Señor mi injusticia contra mí, que es decir: yo me determiné de confesar mis pecados delante de Dios, no para excusarme, sino para acusarme; no aligerando mis culpas, sino agravándolas, y ponderando mucho la injusticia que hice contra Dios en cometerlas (*Psalm.* XXIV, 11), porque este es el camino para alcanzar perdon de ellas.

Punto cuarto. — El cuarto punto será, procurar un gran dolor de los pecados, que llegue á ser contricion, doliéndome de ellos, principalmente por ser ofensas de Dios, sumo bien mio, á quien deseo amar y amo sobre todas las cosas, porque con este dolor tan perfecto se perdonan las culpas, haciendo propósito de confesarlas á su tiempo; como sucedió al mismo David, el cual en diciendo: Yo confesaré mi injusticia contra mí, luego añade: Y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Y apenas hubo dicho delante de Natan, profeta (II *Reg.* XII, 13), esta palabra: Pequé contra el Señor, cuando le respondió el Profeta: El Señor tambien ha perdonado tu pecado. De suerte, que si en el exámen de la noche digo á Dios de todo mi corazon: Pésame, Dios mio, de haberte ofendido, porque te amo sobre todas las cosas criadas; y antes quisiera haberlas perdido que haber pecado; y con tu gracia propongo de confesar todas mis culpas, con determinacion de nunca mas volver á ellas, al punto quedo justificado. Y si aquella noche me muriese de repente, sin poderme confesar, aunque hubiese hecho muchos pecados mortales, no me condenaria por ellos, por donde se ve la importancia de este dolor antes de acostarme; porque si he pecado mortalmente, y la muerte me saltea durmiendo, como ha salteado á muchos, con este dolor

me salvaré, y sin él me condenaré. – Para provocarme á esta contricion, ayudará mucho comparar lo del primer punto con lo del tercero; esto es, los grandes beneficios que en este dia Dios me ha hecho, con los pecados que yo he cometido, avergonzándome de haber ofendido á un Dios tan bueno y tan bienhechor mio, y doliéndome de haber respondido á tales beneficios con tales ofensas. Para lo cual sirven las meditaciones que hemos puesto de los pecados, especialmente la V, y lo que se dirá en la meditacion XXXI.

PUNTO QUINTO.—El quinto punto es, hacer un propósito muy eficaz, con la divina gracia, de enmendarme el dia siguiente, y no caer en culpas semejantes, con las veras que dice David (*Psalm*. CXVIII, 106): Juré y determiné de guardar tus mandamientos *in aeternum*, no un dia ni dos, sino por toda la vida y por toda la eternidad. Y para que este propósito sea tal, demás de lo que se dirá en la meditacion siguiente, es necesario haber examinado las ocasiones que tuve de caer, por razon de tal lugar, ó tal persona, ó tal negocio, y proponer juntamente apartarme de esta ocasion, si puedo dejarla; y si no, proponer de tener mayor cautela, y entrar en ella con prevencion. Mas porque nuestros propósitos son muy flacos y mudables, si Nuestro Señor no los fortifica (*Philip*. II, 13) y establece con su gracia, tengo de suplicarle que pues me dió tal propósito, tambien me dé gracia para cumplirlo, y acabaré con la oracion del *Pater noster*, haciendo páusa con sentimiento en las tres últimas peticiones que contiene, formando un amoroso coloquio de esta manera: – Reconozco, Dios mio, las dos deudas de que estoy cargado, por tus beneficios y por mis pecados; todo cuanto aquí he hecho es poco para pagarlas; por lo que me falta, te ofrezco la sangre preciosísima de tu Hijo, derramada con infinito amor y agradecimiento, y con excesivo dolor y pena. Por la cual te suplico perdones las deudas de mis pecados, y me ayudes para no volver mas á ellos. No permitas que caiga en las tentaciones que me acometieren; mas líbrame de todo mal, por la gloria de tu santo nombre. Amen.

MEDITACION XXIX.

EN QUE SE PONE OTRO MODO DE ORAR EN TRES TIEMPOS DEL DIA, HACIENDO EXÁMEN PARTICULAR DE UN VICIO, PARA ARRANCARLE DE RAÍZ.

—Demás del cuidado general que debemos tener con limpiar el alma de todos sus vicios y pecados, es muy conveniente, como di-

cen los santos Padres, especialmente Casiano (*Collat.* v, c. 15), poner particular estudio en arrancar uno, el que mas daño suele hacernos; porque con este cuidado tan especial se vencerá mas fácilmente; y vencido este, podemos tomar á pechos la victoria de otro hasta vencerlos todos. Al modo que las siete naciones, enemigas de los israelitas, fueron vencidas poco á poco y por sus partes. Para este fin enseñó nuestro glorioso padre san Ignacio un modo de hacer exámen particular de un vicio, en el cual está encerrado otro modo de orar muy provechoso, repartido en tres tiempos del dia; es á saber, á la mañana, al mediodía y á la noche; los cuales son muy celebrados en la sagrada Escritura, por lo que de sí dice David (*Psalm.* LIV, 18): Á la tarde y á la mañana y al mediodía contaré á Dios mis miserias, esperando que me oirá y librará de ellas. Y de Daniel dice la Escritura (*Dan.* VI, 10) que en tres tiempos del dia hincaba las rodillas y adoraba á Dios, haciendo delante de él confesion de las alabanzas divinas y de los pecados propios. Segun esto, dividirémos este modo de orar en tres puntos que sirvan para los tres tiempos dichos. —

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, á la mañana, en vistiéndome, hincado de rodillas como Daniel, y puesto en la presencia de Dios, le adoraré dándole gracias por la vida, quietud y sueño que me dió la noche pasada, y por los peligros de que me libró; de camino iré tambien examinando, si despues de acostado, durmiendo ó velando, me ha sucedido algo que sea culpa, doliéndome de ello muy de corazon. — Luego haré un ofrecimiento á Nuestro Señor de todas las cosas que aquel dia hiciere, ordenándolas puramente á su honra y gloria, pidiéndole perseverancia en esta pura intencion hasta el fin del dia y de la vida, y suplicándole acepte mis obras en union de las que su Hijo unigénito le ofreció en esta vida por mí. — Despues de esto haré un propósito muy valeroso y determinado de apartarme en aquel dia, con la divina gracia, de todo género de pecado; al modo que decia David (*Psalm.* C, 8), que á la mañana mataba todos los pecadores de la tierra, no con cuchillo de acero, sino con el propósito muy acerado y fuerte de destruirlos todos, en cuanto eran contrarios á Dios, deseando que en la ciudad de mi alma no viva cosa que le ofenda. Pero en particular he de proponer con mas fuerza apartarme de aquel vicio que deseo desarraigar de mi corazon, concibiendo un santo odio contra él, por el daño que me hace.

2. Para que este propósito sea eficaz, ayudará mucho no tomar las cosas á bulto, y sin reconocer las dificultades que tienen, sino

prevenirlas con los ojos de la prudencia; y por la mañana imaginar todas las dificultades, pesadumbres, desprecios y ocasiones de tropezar, que probablemente se me pueden ofrecer en aquel dia atenta la calidad de mi persona, estado y oficio, y los negocios y personas con quien he de tratar. Y habiéndolas visto, procuraré aceptar de buena gana, por amor de Dios nuestro Señor, todo lo que sucediere contra mi gusto, proponiendo, con la divina gracia, por tales ocasiones no faltar en la humildad y paciencia, ni admitir cosa que sea culpa, fundando este propósito no en mis fuerzas, sino en las que Dios me dará, y en algunas razones fuertes que me convenzan y aficionen á ejecutarle: al modo que Cristo nuestro Redentor, en el huerto de Getsemaní, puso delante de sus ojos todos los tormentos que el dia siguiente habia de padecer, y aceptándolos con grande amor, luchó contra los temores y tristezas, con razones y oraciones, como en su lugar verémos (parte IV).

3. Y si los muy fervorosos quieren pasar mas adelante, y aventajarse mas en la virtud, pueden tomar el consejo que un santo abad, como refiere Casiano (*Collat.* XIX, *c.* 14), dió á los que por vivir en soledad no tienen ocasiones de ejercitar la humildad y paciencia, los cuales deberian imaginar terribles dolores, injurias, desprecios y tormentos, venidos por mano de sus enemigos ó de sus compañeros, con título de piedad; cuales fueron los que han padecido los Mártires y santos Confesores, y aceptarlos todos muy de corazon, y aun desear que se le ofrezcan y pedirlos á nuestro Padre celestial con aquellas palabras de David (*Psalm.* XXV, 2): Pruébame, Señor, y tiéntame: abrasa mi corazon y mis renes, porque tu gran misericordia está delante de mí, y en ella confio que me has de ayudar, y con esta confianza puedo decirle: ¡Oh si en este dia me hiriese alguno en un carrillo, cuán de buena gana por tu amor le ofreceria el otro! Ó si alguno me dijese alguna palabra injuriosa, ó me levantase algun falso testimonio, ¡cuán de corazon callaria y lo sufriria por tu amor! ¡Oh si mis prelados me mandasen alguna cosa muy áspera y dificultosa, para que mostrase el amor que te tengo en cumplirla! Con estos propósitos se van aumentando mucho las virtudes, y el corazon queda esforzado para resistir á los vicios, aunque los imperfectos y tibios han de ir con tiento en tales pensamientos, porque quizá por su flaqueza se les convertirá en lazo de tentacion lo que habia de ser medio de su aprovechamiento.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, al mediodía antes de comer, puesto en la presencia de Dios y habiéndole pedido luz para cono-

cer mis culpas, examinaré las que he cometido aquella mañana en aquel vicio particular; y si fueren muchas, tengo de avergonzarme por no haber cumplido el propósito que hice, ni guardado la palabra que dí á Dios, acusándome de infiel, inconstante y mudable, y doliéndome de la culpa que en esto he tenido, por ser contra un Dios que tan fiel y constante es en hacerme mercedes, y en cumplir lo que propone hacer para mi bien. Tengo de reprenderme, como dice Casiano (*Collat.* XIX, *c.* 14), diciéndome á mí mismo: ¿Tú eres el que esta mañana proponias cosas grandes, y te ofrecias á padecer injurias muy terribles? Pues ¿cómo te ha derribado una ocasioncilla tan ligera? Proponias de matar á todos los enemigos de Dios, ¿y te has rendido al menor de ellos? Avergüénzate de tu cobardía, humíllate delante de Dios, y torna de nuevo á proponer, confiando con mas viveza en su misericordia, para que ayude tu grande flaqueza. Tambien examinaré la causa y ocasion de haber faltado para huir de ella, ó prevenirme para ella, proponiendo en todo la enmienda para lo que resta del dia.

2. Puédome tambien acordar en este tiempo, como Cristo nuestro Señor al mediodía fue crucificado, y perseveró gran parte de la tarde padeciendo gravísimos dolores en la cruz con grande constancia, hasta que espiró, y en agradecimiento de este beneficio tengo de proponer ser muy constante en no dar gusto á mi carne ni á mi voluntad en aquel vicio, hasta que él muera en mí y yo muera peleando contra él para vencerle. Otras veces puedo acordarme como tambien Cristo nuestro Señor al mediodía subió sobre todos los cielos á gozar el fruto de sus trabajos; y con esta consideracion alentarme á pelear de nuevo contra mis pasiones, y en ambas consideraciones puedo decirle aquello de los Cantares (*Cant.* I, 6): Ó amado de mi alma, muéstrame con tu luz celestial el lugar donde al mediodía descansas y apacientas tus ovejas, para que fije allí mi corazon y mis deseos, y no ande vagueando mas en busca de los vicios.

PUNTO TERCERO. — 1. Á la noche, antes de dormir, haré otro exámen semejante al que hice antes de comer, confiriendo las veces que falté á la mañana con las que falté á la tarde: y si estas fueren menos, daré gracias á Dios por esta enmienda que ha habido, pues de su mano ha venido; pero si fueren mas, me confundiré de ver que en lugar de ir adelante vuelvo atrás; pero no tengo de desmayar, sino proponer de nuevo la enmienda muy de corazon, porque con tal modo de batalla se viene á conseguir la victoria. Pues

por esto dijo el Espíritu Santo (*Prov.* XXIV, 16), que el justo cae siete veces y se levantará: dando á entender, que cayendo y levantándose, vendrá con el divino favor á quedar en pié. Esta misma comparacion he de hacer de las faltas de un dia á las de otro, como lo aconseja san Basilio (Serm. de abdic. rer.), y de una semana á las de otra, como lo aconseja san Doroteo (*D. Dorot.* Serm. 10), aprovechándome para tener memoria de ellas de apuntarlas en dos rayas para cada dia de la semana, poniendo en la una tantos puntos cuantas veces falté á la mañana, y en la otra los de la tarde.

2. Tambien ayudará darme un golpe en los pechos en cayendo en esta falta. Lo uno, para tener memoria de las veces que he faltado, por las veces que me he dado tal golpe. Y lo otro, para moverme luego á dolor de la falta y alcanzar perdon de ella. Porque tambien en este sentido dijo el Espíritu Santo: Siete veces cae el justo y se levanta; dando á entender, que cuando cae tiene luz para conocer que ha caido; y si cae cuando es de dia, no aguarda á levantarse á la noche; antes si siete veces cae, siete veces se levanta luego que ha caido, doliéndose de la caida y proponiendo la enmienda; y de esta manera la frecuencia de las caidas se convertirá en frecuencia de oracion y de buenos afectos y propósitos que reparan el daño de la caida con nueva gracia. Otros modos de hacer exámen y reflexion sobre nuestras obras se pondrán en la parte VI, en la meditacion XXVII de lo que dijo Dios acabada toda la obra de la creacion del mundo.

MEDITACIONES

PARA ANTES DE LA CONFESION Y COMUNION.

—Como la pureza del alma, que es el fin de la via purgativa, se alcanza perfectamente con el uso de los dos sacramentos de la Confesion y Comunion, será bien poner aquí algunas meditaciones con las cuales nos aparejemos para recibirlos dignamente, y enseñar de camino á los principiantes el modo como se ha de hacer este aparejo, poniéndoles estima de la frecuencia de estos dos remedios que Dios nos ha dejado para nuestra salvacion.—

MEDITACION XXX.

DE LAS EXCELENCIAS DEL SANTO SACRAMENTO DE LA CONFESION: DE LAS VIRTUDES QUE EN ÉL SE EJERCITAN, Y DE LAS GRACIAS QUE SE RECIBEN.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar la grande merced que hizo Dios á su Iglesia y á mí (*D. Thom.* 3 *p. q.* 8, *art.* 6 *et* 7), como miembro de ella, en haber instituido el santo sacramento de la Penitencia, ponderando algunas cosas que descubren la grandeza de este beneficio y me animan al uso de él. Lo primero, siendo propio de solo Dios perdonar (*Isai.* XLIII, 25) los pecados, quiso poner esta potestad en manos de los sacerdotes, asegurándonos que aprobaria en el cielo la sentencia que ellos diesen en la tierra. (*Ioan.* XX, 23). Y ordenó que estos sacerdotes fuesen hombres sujetos tambien á pecados y necesitados del mismo remedio, para que se compadeciesen mas de los pecadores: y la potestad que les dió fue tan ámplia, que ningun pecado reservó para sí solo, por grave que fuese, ni les limitó el número de los pecados, ni las veces que habian de perdonar: antes dijo á san Pedro (*Matth.* XVIII, 22), que no solamente perdonase siete veces, sino setenta veces siete; esto es, sin número ni tasa. En todo lo cual resplandece la bondad de este gran Dios y las ganas que tiene de perdonarnos. Ó Padre misericordioso, setenta y siete veces y millares de veces mas te alaben los Ángeles del cielo por el favor que haces á los pecadores que vivimos en la tierra. Cuantas veces podemos pecar, tantas veces nos quieres perdonar si te pedimos perdon, porque tu misericordia es mayor que nuestra miseria. Confiadamente acudiré á pedir perdon de la injuria, pues tan liberalmente me le ofrece el mismo que es injuriado.

2. Lo segundo, ponderaré como este Juez soberano, habiendo de hacer juicio estrechísimo de nuestras vidas al fin de ellas y al fin del mundo, quiso misericordiosamente conmutar este juicio riguroso de nuestros pecados en el juicio misericordioso que hiciéremos de ellos en este Sacramento: de modo que, como dice el Apóstol (1 *Cor.* XI, 31), si aquí fuéremos juzgados y absueltos, no serémos mas juzgados ni condenados por aquellos pecados, pues por esto, dice la Escritura (*Nah.* I, 9) que no juzga ni castiga una cosa dos veces.

3. Finalmente, este Sacramento, conforme á la profecía de Za-

carías (*c.* XIII, 1), es una fuente de agua viva que tiene Dios en su Iglesia para lavar las inmundicias de nuestras culpas; para sanar las enfermedades y llagas de nuestros vicios; para restituirnos la vida de la gracia, la hermosura de la caridad y el resplandor de las virtudes, y para reparar los merecimientos perdidos y remediar los demás daños de nuestros pecados. Y es fuente perenne y patente, porque nunca se agota, ni Dios la cerrará mientras vivimos; antes desea que luego en pecando, acudamos á lavarnos en ella. ¡Oh! bendita sea la fuente de la divina bondad, de donde nace esta fuente de tanta misericordia. (*Isai.* XII, 3). Acude, alma mia, por agua á esta fuente del Salvador; vé con tristeza por razon de tu culpa, y con gozo por la esperanza de lavarte en ella.

—De este punto se tratará mas largamente en la meditacion IX de la parte V.—

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar cuán excelente obra sea el acto de la confesion para aficionarnos mas á ejercitarla y frecuentarla, ponderando como Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento en su Iglesia, para que los fieles tomasen ocasion de sus mismos pecados para ejercitar excelentes actos de virtudes, con los cuales reparasen los daños que les vinieron por ellos, y aun sacasen nuevas ganancias. Estos actos principalmente son siete.—El primero es de fe, creyendo firmemente que el perdonar pecados, que es propio de solo Dios, se ha comunicado á los sacerdotes, poniendo en sus manos las llaves del cielo (*Matth.* XVIII, 18), con las cuales abran sus puertas, para que de allá bajen las gracias y dones celestiales que justifican los pecadores, y los pecadores puedan entrar dentro á gozar del reino que se promete á los justos.—El segundo acto es de esperanza humana; porque la confesion de su propio delito, que en los tribunales del mundo es medio para condenar al reo, en este tribunal del cielo es medio para absolverle.—El tercer acto es de caridad, á quien pertenece dolerse grandemente por haber ofendido á la infinita bondad de Dios, y perdido su gracia y amistad, deseando repararla para amarle y servirle muy de veras.—El cuarto es de heróica humildad, humillándose no solamente delante de Dios, sino delante de los hombres, descubriendo á sus ministros las cosas secretas que le han de humillar y causar grande vergüenza y confusion, abrazando este desprecio por amor de Dios, y gustando de que otros le tengan en la figura que él mismo se tiene.

2. El quinto es de excelente obediencia en materia tan ardua

como se ha dicho, y en sujetarse al confesor como á superior, con ánimo de obedecerle en lo que para este fin ordenare. —El sexto es de justicia muy levantada, ejercitando sus actos al modo que se dirá, de acusador, reo, testigo, juez y ejecutor, y sujetándose al juicio del ministro de Dios, no por fuerza, sino de grado, con ánimo de pasar por su sentencia y con celo de vengar en sí mismo las injurias que hizo contra Dios, y de reparar y restituir los daños que hubiere hecho al prójimo. —El séptimo es de esclarecida fortaleza, venciéndose á sí mismo, y la vehemente inclinacion que tienen los hombres á encubrir sus culpas, defenderlas y excusarlas como Adan, de quien todos la heredaron: por lo cual, como apunta el santo Job (*c.* xxxi, 33), quien se vence en esto es mas que hombre, y á veces no es menester menos fortaleza para confesar con humildad el pecado cometido, que para no cometerle. Porque, como dice san Gregorio (Lib. XXII *Moral. c.* 10), se suele padecer mayor guerra en manifestar la culpa cometida, que se padeciera en resistir para no cometerla; y así no es menos admirable quien con humildad confiesa bien sus culpas, que quien ejercita otras virtudes.

3. Estos siete actos tan heróicos acompañan la confesion, y la hacen de grande merecimiento delante de Dios y de grande gloria delante de los Ángeles y de los cuerdos confesores, y he de procurar ejercitarlos con gran espíritu, para que el fruto y la gracia sea mas copiosa, diciéndome á mí mismo aquello del Eclesiástico (*c.* xiv, 16): Da y recibe, para justificar tu alma; y pues Dios te quiere dar perdon de los siete pecados mortales y la gracia con sus siete dones, dale tú estos siete actos, con que te dispongas para recibirlos. Bosteza siete veces, como el niño á quien resucitó el profeta Eliseo (IV *Reg.* iv, 35), brotando estos siete afectos, para que Dios te resucite á nueva vida y te levante á la cumbre de ella.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las gracias y mercedes que hace Dios á los que se confiesan recibiendo el Sacramento con la disposicion debida: las cuales podemos reducir á tres, en que san Pablo pone el reino de Dios, diciendo (*Rom.* xiv, 17), que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, el cual reino se promete á los que hacen verdadera penitencia. (*Matth.* iii, 2). Primeramente les concede la justicia, que es la gracia de la justificacion, justificándoles de todos sus pecados, haciéndoles sus amigos é hijos adoptivos, herederos de su cielo. Con esta gracia les da la caridad y las virtudes infusas (*Aug. in illud Psalm.* xcv: Confessio et pulchritudo in conspectu eius), y los dones del Espíritu Santo y la ver-

dadera hermosura del alma; la cual anda junta con la humilde confesion. Y si llegan á la confesion con justicia, allí se la aumenta, comunicándoles mayor gracia, cumpliendo lo que se dice en el Apocalipsis (*Apoc.* XXII, 11): El justo justifíquese mas, procurando no cesar de justificarse mas hasta la muerte. (*Eccli.* XVIII, 22).

2. Lo segundo, les concede la paz sobrenatural; no solamente porque los reconcilia consigo mismo, sino porque en premio de la gloriosa victoria que alcanzan de sí mismos, venciendo las dificultades de la confesion, les da tres victorias de sus enemigos, destruyendo unos, haciendo huir á otros, y sujetándoles los demás. Destruye los pecados, arrojándolos en el profundo del mar (*Mich.* VII, 19), huyen los demonios y sus tentaciones; porque no hay cosa que mas les espante, que manifestar las llagas de la conciencia al médico que las ha de curar: y las pasiones de la carne comienzan á rendirse al espíritu; porque, como dice el Sábio (*Prov.* XVI, 7), cuando los caminos del hombre agradaren á Dios, hará que sus enemigos tengan con él paz. Y así es gran medio para vencer las tentaciones y pasiones, manifestarlas al confesor y padre espiritual; porque mientras están encubiertas, el demonio está en paz y nosotros en terrible guerra (*Casian. Collat.* II, *c.* 10 et 11; *Bonav.* in Spec. discip. *p.* II, *c.* 3); pero en descubriéndolas él huye y nosotros quedamos en paz.

3. Lo tercero, concede el gozo en el Espíritu Santo, desterrando los temores y tristezas que nacen de la mala conciencia, llenándoles de alegría con la nueva del perdon, conforme á lo que dice David (*Psalm.* L, 10): Darás á mi oido gozo y alegría, y se regocijarán los huesos humillados; porque quitándoles la carga pesadísima de los pecados que les aplomaba, y el espíritu de la tristeza que los secaba y consumia, reverdecen y levantan cabeza con la esperanza del perdon y con las prendas que reciben de la vida eterna.— Con esta consideracion he de resolverme á ejecutar todo lo necesario para la confesion, por muy penoso, vergonzoso y trabajoso que me parezca; acordándome que todo es poco en comparacion del grande bien que Dios me promete, y del eterno mal de que me libra. Y si considero lo que Cristo nuestro Señor hizo por el perdon de mis pecados, qué dolores, qué afrentas y qué trabajos sufrió por ellos, luego me parecerá poco lo que Dios me pide para perdonarlos. Y si tambien pondero lo mucho que Dios pudiera pedirme si quisiera usar de su rigor, pues merecia dolores, afrentas y trabajos eternos, luego veré que me pide muy poco. Y así puedo imaginar

que me dicen aquellas palabras que dijeron á Naaman leproso sus criados: Padre, si alguna cosa muy pesada te mandara el profeta Eliseo (IV *Reg.* v, 13), fuera razon hacerla por sanar de la lepra; ¿cuánto mas habiéndote dicho una cosa tan fácil, como lavarte siete veces en el Jordan? Ó alma mía, cuando Dios te mandara muchas cosas muy ásperas y pesadas, para sanar de la lepra de tus culpas, era justo que las hicieras con gran presteza y prontitud; cuánto mas diciéndote una cosa tan hacedera, como es: Confiesa tus pecados, y sanarás. Lávate, pues, siete veces en el Jordan de la penitencia, acompañando tu confesion con los siete afectos que se han dicho, y quedarás limpia de la lepra de tus pecados. Préciate, á semejanza de Job (*c.* XXXI, 33), de no esconder como hombre frágil tu pecado, ni encubrir dentro de tu seno la maldad. Toma el consejo del Sábio, que dice (*Eccli.* IV, 24): Por la salud de tu alma no te avergüences de confesar la verdad; porque hay una vergüenza que trae nuevo pecado, y otra que trae grande honra y gloria. Si vencido de la vergüenza callas tu pecado, le aumentas; pero si con vergüenza le confiesas, alcanzarás corona de grande gloria, por la victoria que ganaste confesando la culpa.

MEDITACION XXXI.

DEL APAREJO PARA RECIBIR EL SANTO SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

—El fin de esta meditacion es, hacer antes de confesarme un juicio de mí mismo tan perfecto, que allane todas las dificultades que puede haber en el juicio sacramental que ha de hacer el confesor, para estar seguro en el último juicio que hará de mí el supremo Juez. En este juicio tengo de hacer yo mismo oficio de acusador, testigo, juez y verdugo. Al modo que dice san Gregorio (Lib. XXV *Moral.* c. 20), que *conscientia accusat, ratio judicat, timor ligat, dolor excruciat.* La conciencia ha de acusarme de todos mis pecados, sin dejar ninguno. La razon ha de juzgar lo que merezco por ellos; sentenciando que soy digno de grande castigo por haberlos cometido. El temor de Dios y de su riguroso juicio me ha de atar y poner muy rendido á pasar por cualquier pena que la razon dictare, y el confesor me pusiere. El dolor como verdugo me ha de atormentar, quebrantando y desmenuzando mi corazon por las ofensas que hice á mi Criador. Estos cuatro actos judiciales he de hacer dentro de la sala de mi corazon, avivándolos con las consideraciones que á esto

se ordenan; y mucho mas con la memoria de la presencia de Dios, juez de vivos y muertos, á quien tengo de mirar sentado en el trono de su majestad, al modo que se dijo en la meditacion IX; porque la vista de este rectísimo Juez será causa de que los haga con gran diligencia. Y por esta causa en la divina Escritura se encomienda mucho que nos examinemos y juzguemos delante de Dios (*Iob*, XXIII, 3; XXXV, 4; *Isai*. XLIII, 26), y que le traigamos á nuestra memoria, para que acompañe nuestro juicio. —

PUNTO PRIMERO. — Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiso que nuestros mismos actos fuesen partes de este Sacramento (*D. Thom.* 3 *p. q.* 90, *art.* 2); conviene á saber, la contricion, confesion y satisfaccion, que responden á los tres modos que hay de pecar, por pensamiento, palabra y obra, para que yo mismo concurra á la gracia de mi justificacion; y pues yo pequé con mis actos, con ellos mismos me disponga para recibir el perdon; y pues Nuestro Señor ha querido ennoblecer mis actos, haciéndolos instrumento de su gracia, razon es que yo los ejercite con la mayor excelencia que pudiere, procurando, como dice el Sábio (*Eccli*. XXXIII, 23), ser en ellos muy excelente, pidiendo á las tres divinas Personas particular favor para cada uno. Al Espíritu Santo, á quien se atribuye la caridad, pediré la contricion de corazon, suplicándole encienda en mi alma el fuego de su amor; del cual proceda tal dolor, que consuma toda la escoria de mis pecados. Al Hijo de Dios, que es palabra del eterno Padre, á quien se atribuye la sabiduría, pediré luz para conocer mis culpas y palabras humildes para confesarlas, de modo que quede limpio de ellas. Al Padre eterno, á quien se atribuye la potencia, pediré fuerzas para las obras de la satisfaccion con perseverancia, hasta pagar todas las penas que debo por las culpas. O Trinidad beatísima, asiste en mi corazon y en mis labios, para que dignamente confiese todos mis pecados y alcance cumplido perdon de ellos. Amen. –Luego he de considerar todo lo necesario para ejercitar estos tres actos con gran perfeccion, discurriendo por cada uno.

PUNTO SEGUNDO. –*De la contricion.* — 1. Cuanto al primer acto, que es dolor de los pecados, he de procurar que sea el mas perfecto que pudiere, no contentándome con el dolor imperfecto, que llaman atricion y procede del temor de las penas del infierno, sino procurando el dolor perfecto, que llaman contricion y procede del amor de Dios sobre todas las cosas, como arriba se dijo. Y este dolor ha de ser el mayor que pudiere, porque es medida de la gracia que se

da en este Sacramento, de tal manera, que si el dolor es imperfecto y pequeño, la gracia será poca; si es perfecto y grande, la gracia será mucha; y cuanto mas creciere el dolor, tanto mas crecerá la gracia; y si ningun dolor hubiese, ninguna gracia se daria. Y así la parte principal de este aparejo consiste en la perfeccion del dolor, al cual me tengo de mover con las consideraciones que se pusieron en la meditacion V, y con algunas semejanzas que trae la divina Escritura, para movernos á lágrimas de amor.

2. Unas veces me dice que llore con amargura, como la madre llora la muerte de su unigénito, en quien tenia puesto todo su amor y descanso (*Ierem.* VI, 26); así lloraré la muerte espiritual de mi alma que es única y de razon ha de ser muy querida, y yo mismo con crueldad la he muerto por la culpa, y sujetádola á la muerte eterna. Y pues tanto siento la pérdida de las cosas que amo, mucho mas he de sentir esta, que es la mayor de todas, y aquí son bien empleadas las lágrimas; porque la madre, por mas que llore, no dará vida al hijo muerto; pero yo con lágrimas de contricion alcanzaré vida para mi alma muerta. Ó Dios infinito, pésame grandemente de la injuria que te he hecho, matando con la culpa el alma que me has dado; y pues mas es tuya que mia, ten misericordia de ella. (*Psalm.* XXI, 21). Libra mi alma del cuchillo de la muerte, y á mi única del perro del infierno, para que viva para tí y confiese tu santo nombre. Amen.

3. Tambien lloraré mis pecados, porque con ellos maté (*Zach.* XII, 10) al Hijo unigénito que por excelencia merece este nombre, Jesucristo mi Señor, á quien dentro de mí mismo he crucificado otra vez (*Hebr.* VI, 6); y cuanto es de mi parte, he dado ocasion para que fuese muerto. Ó Hijo unigénito del Padre, pésame sumamente de mi culpa, por haber sido con ella causa de tu muerte. Vuelve, Señor, á vivir en mi alma con tu gracia; pues moriste por darla vida. – Otras veces me dice que llore como la esposa á quien se le murió su querido esposo, de quien estaba colgado todo su remedio, y queda viuda, pobre y desamparada. (*Ioel,* I, 8). Así lloraré yo mis pecados, por los cuales perdí á Dios, esposo de mi alma, y con él perdí las joyas de su gracia y caridad y los dones que habia dado, y queda como viuda, sin poder engendrar hijos de buenas obras merecedoras de vida eterna; y desamparada, sin la proteccion especial de tan dulce Esposo. ¡Oh si mi corazon se quebrantase y desmenuzase con la fuerza del dolor por haber perdido tal Esposo, tales joyas y tan amorosa proteccion!

4. Y si todavía viere que mi corazon está duro, y no se enternece con las consideraciones de amor, tomaré las de temor que se pusieron arriba, para que el temor, como dice san Bernardo (*Bern.* Serm. XVI in Cant.), me avive y abra la puerta al amor: *Excitetur, ut excitet.* Despiértese el temor, para que me despierte. Teme, alma mia, el rostro del Juez á quien temen las potestades del cielo. Teme la ira del Omnipotente, la faz de su furor, el estruendo del mundo que ha de perecer, el fuego que le ha de abrasar, la voz del Arcángel y la palabra asperísima de la sentencia final. Teme los dientes del dragon, el vientre del infierno, los bramidos de las fieras que están aparejadas para tragar, el gusano que siempre roe, el fuego que siempre quema, el humo, la piedra azufre, el torbellino y las tinieblas exteriores. ¡Oh quién diese agua á mi cabeza y fuentes de lágrimas á mis ojos, para prevenir con ellas el llanto eterno, el crujir de dientes, las ataduras de piés y manos, el peso de las cadenas de fuego que oprimen, que aprietan, que abrasan y nunca consumen! Con estas lágrimas de temor he de disponerme para pasar á las de amor; porque, como dice san Agustin (Tract. in illud I *Ioan.* IV: Caritas perfecta foras mittit timorem), el temor ha de ser como el aguja que entra por el paño, no para quedarse dentro, sino para que entre el hilo, con el cual se junten las partes que están desunidas; así el temor ha de servir para que entre la caridad, y junte los afectos del alma, empleándolos en amar á Dios y llorar la ofensa que le ha hecho.

Punto tercero. – *De la confesion.* — 1. En órden al segundo acto, que es la confesion, presupuesto el exámen y averiguacion de los pecados, al modo que se ha dicho en el punto tercero de la meditacion XXX, el primer propósito ha de ser confesarlos todos enteramente, por mas afrentosos que sean, venciendo la vergüenza que me estorbare con las consideraciones que se pusieron al fin de la meditacion pasada, diciéndome á mí mismo: Mas vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon. Si no padeces ahora esta pequeña confusion, mayor la padecerás el dia del juicio. Y pues Dios sabe bien todas tus maldades, ¿qué mucho las sepa su ministro, que en su nombre las ha de perdonar? Ea, pues, da gloria á Dios y confiésate, porque tu confesion no será como la de Acan para morir, sino como la de David para vivir. (*Iosue*, VII, 25). Con este ánimo es bien, como advierte san Buenaventura (De puritate conscient. *c.* 1), comenzar la confesion por el pecado que mas vergüenza me causa; porque venciendo en el principio al mayor de los enemigos, será fá-

cil vencer á los demás: como vencido el gigante Goliat, huyeron los filisteos.

2. El segundo propósito ha de ser de manifestar mis pecados, no solamente con entereza (*D. Thom. q.* 9 *add. art.* 4), sino con toda la humildad que pudiere, haciendo una confesion de todos, clara, pura, sencilla, desnuda y bien intencionada; no excusando mis pecados ni aligerándolos, no echando la culpa al prójimo como Adan, ni al demonio como Eva, sino á mí mismo como David (*Psalm.* XXXI, 5; XXIV, 11), confesando mi maldad contra mí, y diciendo que es muy grave. Pero tambien he de huir el extremo de exagerar tanto mis culpas, que parezca fingida confesion, para ser honrado y tenido por humilde, porque la vanagloria por muchas vias suele acometer estas obras de humildad, buscando en ellas su honra. (*Bern.* De grad. humilit. simulata confessio.).

3. El tercer propósito (*D. Bonav. ubi supra, c.* 3) ha de ser de oir la reprension del confesor con gran silencio y humildad, sin interrumpirle, aunque sea muy áspera; al modo que el santo rey David oyó la terrible reprension del profeta Natan (II *Reg.* XII, 3), reconociendo su culpa, y diciendo: Pequé contra el Señor; porque aquí se verificará lo que dice el Eclesiástico: Oye callando (*c.* XXXII, 9); y por la reverencia que en esto muestras, *accedet tibi bona gratia*, se te añadirá buena gracia; y ¿qué gracia mas buena, que la que aquí se me da, que es la gracia del mismo Dios? —Para todo esto me ayudará no mirar al sacerdote como hombre, sino como á lugarteniente de Dios, y al mismo Dios en él, respetándole con reverencia interior y exterior; pues por esto quiso su Majestad que el confesor absolviese, no rogando por el perdon, sino mandando y sentenciando como Dios, diciendo: Yo te absuelvo. (*D. Bonav.* In spec. *p.* II, *c.* 3). Ó alma mia, pues esperas oir esta palabra de vida eterna, ¿qué mucho padezcas alguna vergüenza temporal? Muestra en la correccion humilde (*Eccli.* XX, 4) arrepentimiento, y quedarás libre del pecado voluntario. Descubre una vez todos tus pecados (*Ezech.* XVIII, 22), pues ha prometido Dios olvidarse de ellos.

PUNTO CUARTO. -*De la satisfaccion.*— 1. En órden al tercer acto de la satisfaccion, he de hacer un propósito muy eficaz de obedecer al confesor en todo lo conveniente que me mandare, así para medicina de mis enfermedades espirituales, como para satisfacer por las injurias que he hecho contra Dios; porque justo es que el enfermo obedezca al médico en las cosas que son necesarias para alcanzar la salud, y para salir del peligro y ocasion cercana de perderla; y tam-

bien es justo que el deudor pague lo que debe á su acreedor. Y pues Dios me quiere perdonar la culpa y mudar la pena eterna en temporal, razon es animarme á recibir de buena gana la penitencia que el confesor señalare para pagarla, diciendo (*Psalm.* xxxvii, 19) con David: *Ego in flagella paratus sum.* Aparejado estoy para los castigos que merecen mis pecados, y mi dolor estará siempre conmigo, yo confesaré mi maldad: *Et cogitabo pro peccato meo,* y tendré siempre cuidado de mi pecado, procurando que ni mi memoria se olvide de él, ni mis ojos cesen de llorarle, ni mis manos de castigarle, hasta que del todo esté borrado.

2. Para esto me ayudará considerar la terrible penitencia que Cristo nuestro Señor hizo en satisfaccion de mis pecados. ¿Qué disciplina mas rigurosa pudo ser que la de sus azotes? qué cilicio mas áspero, que las puas de sus espinas y las puntas agudas de sus clavos? qué vigilia mas penosa que la de la noche de su pasion? qué cama mas dura que la de su cruz? y qué ayuno mas terrible, que sufrir hambre y sed todo el dia, y despues desayunarse con hiel y vinagre? Ó alma mia, pues tanto padeció Cristo para satisfacer los pecados que no hizo, padece tú algo por los que tú hiciste. Haz (*Matth.* iii, 8) frutos dignos de penitencia; porque el árbol que no lleva tales frutos como Cristo, no tendrá parte con Cristo. – Tambien ayudará mucho la consideracion de las penas del purgatorio, que luego pondrémos, porque es grande locura no querer pagar la deuda hasta que el acreedor me ejecute y eche en la cárcel con costas y décimas, pagando en el purgatorio con terribles penas lo que en esta vida puedo pagar con mis cortas satisfacciones, y con grandes provechos; porque es tanta la liberalidad de Dios, que premia con nueva paga lo mismo que hago para pagar la deuda, galardonándolo con aumento de gracia y gloria.

3. Finalmente, he de hacer otro propósito muy eficaz de enmendar la vida y no volver mas á los pecados cometidos, porque si este propósito faltase, la contricion seria fingida, la confesion sacrílega, la satisfaccion de poco provecho, y la absolucion de ningun efecto, porque no se perdonan las culpas al que tiene propósito de volver á ellas; y aunque la culpa fuese venial, no será perdonada si no hay propósito de enmendarse de ella.—Con este aparejo, conservando estos santos afectos y propósitos, puedo llegarme seguramente á este santo Sacramento, poniendo por obra lo que llevo determinado, con deseo de renovar mi vida y hacer una gran mudanza en ella, imaginando que habla conmigo (*Ierem.* xxxi, 21) aque-

llo del profeta Jeremías: Súbete sobre una atalaya, pon delante de tí tus amarguras, llorando amargamente tus pecados, endereza tu corazon al camino derecho por donde solias andar: *Et da cor tuum super humeros tuos:* Pon tu corazon sobre tus hombros, tomando con amor el yugo de la obediencia, para cumplir lo que Dios y sus ministros te mandaren.

MEDITACION XXXII.

DEL HACIMIENTO DE GRACIAS DESPUES DE LA CONFESION.

—Acabada la confesion de los pecados y recibida la absolucion, es muy conveniente dar un rato de tiempo á la confesion de las alabanzas, por la merced que Dios me ha hecho, porque ambas confesiones quiere Nuestro Señor de nosotros, conforme al dicho del profeta Oseas (*Osee*, XIV, 2): Conviértete, Israel, á tu señor Dios, pues has caido por tu maldad. Tomad con vosotros palabras y convertíos al Señor, diciéndole: Quita, Señor, de nosotros todo pecado: recibe nuestro buen propósito, y te ofrecerémos becerros de nuestros labios; esto es, en lugar de los becerros que antiguamente se ofrecian en sacrificio, te ofrecerémos ahora becerros de palabras, confesando nuestras culpas para que las perdones, y confesando tus misericordias, cuando las hubieres perdonado. Este sacrificio de alabanza, como dice David (*Psalm.* XLIX, 23), honra mucho á Dios, y en él consiste el camino y medio para alcanzar la perfecta salud; la cual se confirma al agradecido, y suele debilitarse mucho en el ingrato. Para esto ayudará, ponderar lo mucho que agradó á Cristo nuestro Señor el leproso samaritano (*Luc.* XVII, 16), que yendo á presentarse al sacerdote, sanó en el camino de su lepra, y luego volvió á darle gracias por la salud que le habia dado; y al contrario, le desagradaron mucho los nueve compañeros que, habiendo recibido el mismo beneficio, no volvieron á reconocerle y á dar á Dios la gloria que le debian, como ponderarémos en la meditacion de este milagro (XXXIV *de la parte* III).—

—Acabada, pues, la confesion, me recogeré delante del santísimo Sacramento en la iglesia ó en otro lugar acomodado, y puesto en la presencia de Dios vivo, avivaré la fe de la merced que me ha hecho en que con mis oidos corporales haya oido aquella favorable sentencia y muy dulce palabra: Yo te absuelvo; palabra poderosa para ha-

cer lo que significa, y para dar gozo á mis oidos, y regocijo á mis huesos humillados. Y confiando en la bondad y misericordia de Dios, que habrá dado por buena esta sentencia, procuraré ejercitar los tres actos de agradecimiento; que son, reconocer el beneficio, alabar á Dios por él, y ofrecerle algun servicio. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 107, *art.* 2).—

Punto primero.—Lo primero, revolveré por mi corazon la muchedumbre de beneficios que en este santo Sacramento he recibido; de los cuales hizo un catálogo breve David, por via de alabanza, en el salmo cii, y se pueden reducir á seis.—El primero es, perdonarme todos mis pecados, no solamente los confesados, sino tambien los olvidados y los que sin culpa mia no pude conocer.—El segundo es, sanar las enfermedades espirituales de mi alma, como son vicios y pasiones, tristezas y temores y otras aflicciones, poniendo moderacion en todas, segun la razon.—El tercero es, librarme de la muerte eterna, á que estaba condenado por mi culpa, y de la muerte amarguísima que trae consigo la privacion de la divina gracia.—El cuarto es, coronarme con misericordia y obras misericordiosas, favoreciéndome para ganar victoria de las tentaciones con que he sido y fuere combatido; y librándome de otras innumerables miserias, y ofreciéndome su ayuda para no volver á ellas.—El quinto es, llenar mi deseo de bienes, dándome su gracia y la caridad con las demás virtudes ó nuevo aumento de ellas.—El sexto es, renovar mi juventud como el águila, desnudándome de las obras y costumbres del hombre viejo, vistiéndome las del hombre nuevo, restituyéndome al primer fervor del espíritu, con nuevo gozo de mi corazon, para ejercitar nuevas obras de virtud con gran perfeccion. Estos beneficios concede Nuestro Señor, cuanto es de su parte, á los que debidamente se confiesan; y tanto son mayores beneficios, cuanto se dan mas de balde, sin nuestros merecimientos; y por esta parte ha de ser mas agradecido el verdadero penitente. Y con este espíritu exageraré grandemente la infinita liberalidad de Dios para conmigo, y con un silencio de admiracion me daré por vencido de ella.

Punto segundo.—Luego prorumpiré en un cántico de alabanza con grande afecto, diciendo las palabras de este salmo: **Bendice, ó alma mia, al Señor, y todas las cosas que están dentro de mí alaben su santo nombre. Bendice, ó alma mia, al Señor, y no quieras olvidarte de las mercedes que te ha hecho. Él perdona todos tus pecados y sana todas tus enfermedades; redime tu vida de la muerte, y te corona con misericordia y obras misericordiosas; llena de bienes**

tu deseo, y renueva como águila tu juventud. No me ha castigado segun mis pecados, ni me ha dado la pena que mis culpas merecian; cuanto dista el Oriente del Occidente, tanto alejó de mí todas mis maldades. Como el padre se compadece de sus hijos, así el Señor tiene compasion de los que le temen, porque conoce bien nuestra flaqueza y la masa de donde fuimos formados. Ó Dios de mi alma, si tan grandes son las misericordias que me has hecho, ¿qué haré yo para no ser corto en agradecerlas? Deseo proseguir con tu ayuda lo que has comenzado en mí por tu misericordia. Y pues me has perdonado los pecados, nunca mas volveré á ellos; pues me has librado de la muerte, no me sujetaré otra vez á ella; pues me has coronado con misericordias, yo te daré la gloria de todas mis coronas. Añade, Señor, esta misericordia á las pasadas, que llenes mi deseo de tus bienes celestiales, dándome gracia para cumplir lo que te ofrezco; y mudando mi fortaleza de tal manera, que con gran fervor camine, corra y vuele como águila renovada (*Isai.* XL, 31), hasta alcanzar la eterna corona de la gloria. Amen. — Á este modo se pueden hacer otros cánticos de alabanza, convidando á los Santos que fueron grandes pecadores, que glorifiquen por mí á Dios, por haberme perdonado mis pecados.

PUNTO TERCERO. — 1. Finalmente, en órden al tercer acto de agradecimiento, he de hacer tres cosas. – La primera, confirmarme mucho en los propósitos de la enmienda, imaginando que me dice Cristo nuestro Señor lo que dijo al otro enfermo al tiempo que estaba en el templo dando gracias por la salud recibida (*Ioan.* V, 14): *Ecce sanus factus es: jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.* Mira que ya estás sano, no quieras mas pecar, porque no te suceda otro mal peor; porque la recaida suele ser peor que la caida. Y si como perro (II *Petr.* II, 22) vuelvo á comer lo que vomité, tras esta comida entrará el primer demonio con los otros (*Luc.* XI, 26) siete espíritus peores que él; y esta segunda entrada será mas dañosa que la primera. Y por lo menos he de temer mucho la caida cercana á la confesion; porque si el mismo dia caigo en los mismos pecados, será señal de que mi conversion fue tibia é imperfecta, aunque haya sido verdadera; y me podrán decir aquello del Eclesiástico (*c.* XXXIV, 30): Quien se lava por haber tocado al muerto, y luego torna á tocarle, ¿de qué le aprovecha haberse lavado? Y el hombre que ayuna por sus pecados, y luego vuelve á cometerlos, ¿de qué le sirve su humillacion? La oracion de este, ¿quién la oirá? Esto he de ponderar para moverme á temor, y no para dar en desconfianza; porque no

es ajeno de hombres caer siete (*Prov.* XXIV, 16) veces y levantarse otras tantas.

2. La segunda cosa que debo hacer, es cumplir luego toda la penitencia, si se puede cumplir, y si no, alguna parte de ella, con espíritu y con afecto de obediencia y amor, por pagar algo de lo mucho que debo á Dios, deseando tener muchas fuerzas para hacer mucho mas por quien tanto bien me ha hecho. Y diciendo [illegible] con el deseo aquello del otro siervo (*Matth.* XVIII, 26): Ten, Señor, paciencia en esperarme, y yo procuraré pagarte toda la deuda que te debo.

3. La tercera cosa es, en agradecimiento de la merced recibida en este sacramento de la Penitencia, disponerme con gran fervor para recibir el de la sagrada Comunion, pues para este fin, entre otros, se ordena, conforme á lo que dice David (*Psalm.* CXV, 12): ¿Qué daré al Señor por todas las cosas que me ha dado? Recibiré el cáliz de la salud, é invocaré su santo nombre.

—El modo se pondrá en la meditacion que se sigue.—

MEDITACION XXXIII.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR, PARA ANTES DE LA COMUNION.

—De las excelencias y provechos del santísimo Sacramento del altar dirémos en la parte IV, entre los misterios de la Cena, y mas largamente en la parte VI, entre los beneficios divinos. Ahora en esta meditacion solamente apuntaré algunas consideraciones para comulgar con reverencia y devocion, en las cuales se ha de poner los ojos en ponderar estas cuatro cosas: es á saber, la grandeza del Señor que viene á visitarnos; la vileza del hombre á quien viene á visitar; el modo amoroso como viene, y los fines de su venida, haciendo comparacion de lo uno con lo otro, para que resplandezca mas la soberanía de este beneficio.—

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar las grandezas de este Señor, que está encerrado en este santo Sacramento, actuando con viveza la fe de todas, así las que le convienen en cuanto Dios, como las que tiene en cuanto hombre.—Lo primero, discurriré por las grandezas de su divinidad, y por las obras que hace en cuanto Dios, ponderando como el que está allí es el mismo Hijo (*Joan.* I, 18) unigénito, que está en el seno del eterno Padre, resplandor (*Hebr.* I, 3) de su gloria, y figura de su sustancia, tan eter-

no, inmenso, infinito y omnipotente como el Padre; y la misma sabiduría, bondad y fortaleza, por quien todas las cosas fueron criadas y se conservan. Allí tambien está el gobernador del mundo, el santificador de las almas, y su glorificador; el que es principio y último fin de todas las criaturas. Y con ser un Señor de tanta majestad, que no cabe en cielos ni en tierra, no contento con haberse hecho hombre por nuestro remedio, quiso humillarse y estrecharse mas, y quedarse con nosotros en este Sacramento visible, para consolarnos y ampararnos con su presencia; y para que tuviésemos en la tierra algun trono visible de su gracia á donde acudir, como dice el Apóstol (*Hebr.* IV, 16), con grande confianza de alcanzar misericordia, y ayuda en el tiempo conveniente para remedio de todos nuestros males. Ó Verbo divino, que estás en el seno inmenso de tu soberano Padre, ¿cómo vienes á morar en el seno estrecho de un hombrecillo? Ó Rey de gloria, que estás en tu cielo, sentado en trono de infinita majestad, ¿cómo te has humillado á estar en la tierra en trono de tanta bajeza? Tu infinita caridad ha sido causa de esta humillacion para ensalzarme, y provocarme á que te ame por obra de tanto amor. ¡Oh si te amase como me amas! oh si me humillase como te humillas, para poderte honrar y servir como mereces! Á este trono quiero acudir por remedio de mis males, confiando que llenarás mi deseo con tus bienes.

2. Lo segundo, discurriré por los misterios de su santísima humanidad, y por las obras maravillosas que en ella hizo, y por los oficios que ejercitó, ponderando como en este Sacramento está el mismo que estuvo nueve meses en el vientre de la Vírgen nuestra Señora, enriqueciéndola con admirables dones de su gracia; y desde allí en casa de Zacarías santificó al Bautista, y llenó de Espíritu Santo al hijo y á la madre: y pues la misma bondad y omnipotencia tiene en este Sacramento, los mismos efectos podrá obrar en mi alma. Además, el que está allí es el que estuvo reclinado en el pesebre, y fue adorado de los pastores y magos, pagándoles este servicio con muy copioso galardon; y si aquí le adoro con la misma viva fe, recibiré la misma gracia. Además, allí está el que anduvo por el mundo enseñando, predicando, curando enfermos, resucitando muertos, y haciendo bien á todos con innumerables milagros.

3. Y en especial ponderaré, como es el mismo que fue por mi remedio preso, azotado, coronado de espinas, escarnecido y crucificado; y estando clavado en la cruz, rogó por sus enemigos, perdonó al ladron, y le prometió su paraíso. Y pues él mismo en persona

está en el santísimo Sacramento representando su pasion, y con la misma sangre que derramó en ella, tambien podrá y querrá hacer conmigo los mismos efectos. Finalmente, el que despojó al infierno, resucitó glorioso, y está sentado á la diestra de su eterno Padre; y el que despues vendrá á juzgar el mundo, este mismo con la misma gloria está en este Sacramento; porque no contento con tener su corte y trono en el cielo, quiere tambien tener otro trono en la tierra, para consuelo de los que vivimos en ella. Y allí hace con nosotros los oficios que solia hacer en el mundo, de maestro, médico, redentor, pastor y sumo sacerdote, deseando que acudamos á él con la misma fe y confianza que si le viéramos en su carne mortal y visible; pues realmente es el mismo, aunque cubierto con accidentes de pan y vino. Ó Redentor dulcísimo, ¿qué gracias te podré dar por las entrañas de misericordia con que vienes cada dia á visitarnos de lo alto? ¿Cómo no acudiré confiadamente á tí, pues tú vienes del cielo solo para mí? Yo te adoro y glorifico en ese venerable Sacramento, y con el espíritu me arrojo á tus piés, como la Magdalena, para que me perdones; y toco tu sagrada cobertura, como la mujer que padecia flujo de sangre, para que me cures; y palpo tus soberanas llagas, como Tomás (*Ioan.* xx, 27), para que me ilustres y avives mi fe, con la cual digo y confieso, que tú eres mi Señor y mi Dios, digno de suma honra y gloria, por todos los siglos. Amen. —Con semejantes afectos de admiracion, amor, alabanza, agradecimiento, fe y confianza han de ir mezcladas todas las consideraciones de este divino Sacramento, juntando con ellos peticiones de lo necesario para dignamente recibirle.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar el modo regalado y amoroso como Cristo nuestro Señor viene á visitarme, siendo yo tan miserable y abominable pecador. – Primeramente ponderaré, como bastara para mi salud que yo mirara á este santísimo Sacramento, como bastó á los israelitas heridos de las serpientes, para que sanasen de las heridas, mirar una serpiente de metal puesta en un palo, que era figura de este Salvador (*Num.* xxi; *Ioan.* iii, 14). Ó bastara siquiera tocarle con la mano, como la mujer (*Luc.* viii, 44) que padecia flujo de sangre quedó sana con tocar solamente el ruedo de su vestidura, y era demasiada honra la que se me hacia en darme tal licencia. Pero la caridad de este gran Dios no se contentó con esto, sino tambien quiere juntarse conmigo con la union mas íntima y penetrativa que una cosa corporal puede juntarse con el hombre, porque en forma de manjar entra por mi boca y pasa por

mi garganta, y hace su morada y asiento dentro de mi pecho, mientras duran las especies del Sacramento; y así renueva aquel famoso milagro, de quien dijo Jeremías (c. XXXI, 22): Una cosa nueva ha hecho Dios en la tierra: *Foemina circumdabit virum.* Una mujer traerá dentro de sí á un varon perfecto en la sabiduría y santidad, que es Cristo; porque cada dia, cualquier mujer y cualquier persona que comulga, trae dentro de sí por entonces á este varon, perfecto en la edad, tan grande y hermoso como está en el cielo.

2. Pero mucho mayor novedad me parecerá esta, si pondero la vileza de la persona que dentro de sí le trae, y la bajeza y estrechura horrible de la casa donde entra. Ó Varon soberano, Adan celestial, y hombre nuevo, ¿qué invenciones de amor tan nuevas son estas que haceis para mi regalo? ¿Sabeis por ventura en qué casa entrais? Mirad que soy un vaso de maldad, cueva de basiliscos y casa de perdicion. Pues ¿cómo quereis entrar en tal vil posada? Y ¿cómo yo me atreveré á hospedaros en ella? Mi lengua es un mundo de maldades; ¿cómo tocaré con ella al que es fuente de todos los bienes? Mi garganta es una sentina de gulas y embriagueces; ¿cómo ha de pasar por ella el Autor de la pureza y santidad? Mi pecho es un albañar de malos pensamientos y deseos; ¿cómo aposentaré dentro de él al que es la misma caridad? Ó Rey soberano, ¡cuán bien os cuadra ser Padre de misericordias! Pues quereis morar en casa llena de tantas miserias, renovadla, Señor, primero, limpiadla y adornadla, para que sea digna morada vuestra. Ó Dios infinito (*Psalmus* CXLIII, 5), *Inclina coelos tuos, et descende.* Inclina tus cielos y baja. Y pues tú quieres bajar, y humillarte á morar dentro de mí, ¿qué mucho se humillen y bajen los cielos tambien? Vengan las virtudes celestiales á mi alma; venga la fe viva, la esperanza cierta y la caridad muy encendida; venga la humildad, la obediencia y devocion, y conviertan en cielo la que ha de ser morada del Rey de los mismos cielos.

3. Semejantes coloquios he de hacer con las tres divinas Personas, suplicándolas me hagan un hombre nuevo, renovado en el espíritu, para recibir á este nuevo Adan celestial que quiere aposentarse en mi alma; y especialmente diré al Espíritu Santo: Ó Espíritu santísimo, que purificaste y adornaste el alma de la Vírgen santísima para que fuese digna morada de su Hijo, purifícame tambien, y adórname con tu gracia, pues ha de entrar en mí el mismo Dios que entró en ella.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar los fines

que pretende Cristo nuestro Señor en esta venida, suplicándole que luego en entrando los ponga en ejecucion, sin que sea parte mi indignidad para estorbarlo. Esto se puede ponderar, discurriendo por algunos de los oficios que hizo este Señor en el mundo, los cuales viene á ejercitar en mi alma. – Lo primero, viene como Salvador á perdonarme mis pecados, aplicándome el precio de la sangre que derramó por ellos. – Lo segundo, viene á curar perfectamente todas mis enfermedades espirituales, como médico que entra en casa del enfermo, y se acerca á él para aplicarle los remedios. – Lo tercero, viene como maestro, para ilustrarme con la luz de sus inspiraciones, y enseñarme el camino de la virtud y perfeccion. – Lo cuarto, viene como sumo sacerdote, para aplicarme el fruto del sacrificio sangriento que por mí ofreció en la cruz, y moverme á que le ofrezca sacrificio de corazon contrito y humillado, hostia de alabanza y holocausto de amor. – Lo quinto, viene como manjar para sustentarme, como á niño, con la leche de sus regalos; y para unirse conmigo con union de perfecto amor; y para darme beso de paz, de reconciliacion y perfecta amistad, cumpliendo el deseo del alma, que decia: Béseme (*Cant.* I, 1) con el beso de su boca, haciendo paz conmigo. Y á este modo puedo discurrir por los demás oficios, imaginando que viene como pastor á recogerme, como protector á defenderme, como fuego consumidor á purificarme y encenderme.

2. Juntamente como fuere ponderando estos oficios que Cristo nuestro Señor quiere hacer dentro de mí, ponderaré la necesidad grande que yo tengo de ellos, mirándome como un hombre cautivo del demonio por mis pecados; enfermo de varias pasiones; ignorante con muchos errores; flaco, pobre y necesitado de sustento para mi alma, y de tener paz con mi Criador, y de ser regido, amparado y favorecido de mi Salvador. Y haciendo comparacion de él á mí, y de sus esclarecidos oficios á mis innumerables miserias, prorumpiré por una parte en afectos de admiracion, y por otra en deseos fervorosos de su venida, diciéndole: Ó Dios de inmensa majestad, ¡cómo no salgo de mí considerando esta traza de tu infinita caridad! Elías (III *Reg.* XXVII, 21; IV *Reg.* IV, 34) y Eliseo se encogieron á sí mismos, juntándose con un niño muerto para resucitarle; y tú te estrechas mucho mas á un bocado de comida, para juntarte conmigo, y resucitarme á una nueva y fervorosa vida. Bastara que con tu palabra mandaras lo que quisieras, y luego se hiciera; ó que algun criado tuyo, como Giezi, me tocara con tu báculo para que yo viviera; pero no quieres sino venir en persona á sanarme, avivarme y regalarme.

Ven, pues, Salvador mio, y no quieras tardar; ven, y desharás las miserias de tu siervo. Despierta tu omnipotencia y ven, para que (*Isai.* LXIV, 1) luego me hagas salvo. ¡Oh si rompieses los cielos y vinieses, para que con tu venida los montes de mis pasiones se deshiciesen, y derritiesen en tu amor todas mis entrañas! Ó cielos (*Isai.* XLV, 1), enviad este rocío; ó nubes, lloved á este Justo; ó tierra de los vivos, brota para mí al Salvador. Ó Salvador dulcísimo, ven á mi alma, que está ansiosa de recibirte; quita de ella los estorbos de tu entrada; ejercita en ella los oficios que pretendes con tu venida; júntate presto conmigo, porque deseo verme unido contigo, único y sumo bien mio, por todos los siglos de los siglos. Amen.

3. Este género de deseos fervorosos se ha de ejercitar mucho en este punto, porque Cristo nuestro Señor quiere ser recibido con deseo y hambre de su venida; y tanto mas entra en provecho esta comida, cuanto se come con mayor hambre. Y para esto ayudarán otros lugares de la divina Escritura, semejantes á los que se han traido, en que los santos Padres declaraban el ferviente deseo que tenian de la venida del Mesías para la redencion del mundo. Con estos deseos he de juntar otros de llevar la mayor limpieza de corazon que pudiere (II *Cor.* VII, 1), procurando, que así como el cuerpo vá á comulgar, ayuno de todo manjar corporal, de tal manera, que desde la media noche no ha de haber comido ni bebido cosa alguna, por pequeña que sea; así tambien el alma vaya aquel dia ayuna de todo pecado, de tal manera, que en cuanto fuere posible, desde la noche antes no haya sido manchada con alguna inmundicia de carne ó espíritu; ni de su boca haya salido palabra ociosa; ni de su corazon pensamiento malo; porque siendo Cristo nuestro Señor la misma limpieza, debida cosa es recibirle con la mayor que nos fuere posible. Y si por nuestra flaqueza cayéremos en alguna culpa, hémonos de purificar (II *Cor.* XI, 28) primero de ella por medio de la confesion, lo cual es obligatorio si fuese mortal, ó por medio de la contricion, cuando es ligera, y ha poco que nos confesamos.

MEDITACION XXXIV.

DE LA COMUNION ESPIRITUAL, QUE ES DISPOSICION PARA LA COMUNION SACRAMENTAL, Y PARA OIR MISA CON PROVECHO.

— La comunion espiritual es un ejercicio de excelentes actos interiores, por los cuales, como dice santo Tomás (3 *p.* *q.* 80, *art.* 1

ad 3), sin recibir el Sacramento, se participa el fruto del Sacramento, que es la union con Cristo; y sirve para dos tiempos y por dos fines.–El primero es, para aparejarse debidamente antes de la comunion sacramental, adornando el alma con actos de virtudes proporcionados á este celestial convite.–El segundo es, para cada dia para oir misa con provecho. Porque así como el sacerdote, cuando dice misa, juntamente ofrece el sacrificio y recibe el Sacramento; así cuando yo oigo misa, es bien que haga otras dos cosas semejantes. –La primera es, ofrecer aquel sacrificio en hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y en satisfaccion de mis pecados ó de los de mis difuntos; y para impetrar de Dios las mercedes que le pido para mí y para toda la Iglesia, porque para todo esto se ordena este sacrificio, como se dirá en la meditacion XV en la parte IV.–La segunda es, recibir tambien el Sacramento espiritualmente, comiendo con el deseo á Cristo nuestro Señor, por medio de los actos de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, conforme á lo que el mismo Señor dijo (*Joan.* VI, 35): Yo soy pan de vida: quien viene á mí, no tendrá hambre; y quien cree en mí, no tendrá sed. El modo de esta comunion, disponiéndose para la sacramental, es el que se sigue.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se han de ejercitar actos de fe cerca de este misterio, ponderando brevemente primero la excelencia y firmeza de las cuatro colunas en que esta fe estriba; conviene á saber, que no le faltó á Dios sabiduría infinita para inventar este medio de nuestro sustento espiritual, ni bondad para quererle, ni omnipotencia para ejecutarle; y pués Dios es verdad infalible en todo lo que revela, y ha revelado este misterio, debo creerle con toda certeza, mucho mayor que si le viera con los ojos corporales.—Sobre este fundamento, la fe ha de ejercitar sus actos, negando el juicio que procede de los sentidos, y creyendo firmemente que debajo de aquellas especies de pan y vino está Jesucristo, verdadero Dios y hombre, con toda la entereza, gloria y majestad que tiene en el cielo. Y como allá convida y harta á los bienaventurados con la vista clara de su divinidad y humanidad; así acá nos quiere convidar, y llenar nuestros deseos de bienes con la vista por viva fe de sí mismo encerrado en este Sacramento. Y para esto la fe se ha de ayudar de la meditacion y contemplacion, penetrando lás grandezas de este Señor, como se dijo en el primer punto de la meditacion precedente.

2. Los actos de fe se han de ejercitar en esta forma: Creo que debajo de este velo está encubierto Jesucristo mi Señor, su cuerpo,

su alma, su sangre y su divinidad. Creo que está allí presente el Hijo de Dios vivo, infinito, eterno, inmenso, todopoderoso, sábio y santo, y la misma sabiduría y santidad. Creo que está allí mi salvador, mi maestro, mi padre, mi juez y mi glorificador: el que por mí nació en un portal, y fue azotado, coronado de espinas y crucificado. Todo esto creo, porque él mismo lo ha revelado; y estoy certísimo que supo, pudo y quiso hacerlo. Ó Rey mio y Dios mio, aunque no te veo con claridad, bástame saber que estás ahí, para que te reverencie, adore y gorifique, como si te viera. Gózome de tenerte presente, gracias te doy porque te dignas de estar conmigo; aviva, Señor, mi fe, para que guste de estar siempre contigo. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se han de ejercitar actos de esperanza, estribando en las mismas cuatro colunas que la fe; conviene á saber, en la infinita sabiduría, bondad y omnipotencia de Dios, y en la fidelidad que tiene en cumplir todo lo que promete; pues sabe, puede y quiere cumplirlo. Sobre este fundamento ha de ejercitar la esperanza sus actos, ayudándose de la oracion, que pide y alcanza lo que ella espera y desea. Y lo que aquí ha de esperar y desear, es el cumplimiento de las promesas que Cristo nuestro Señor hizo á los que dignamente le reciben en este Sacramento, como se puede sacar del cap. VI, 50, de san Juan, diciendo así: Espero, Salvador mio, que si como este pan vivo, nunca moriré, viviré para siempre, permaneceré en tí, y tú en mí, unido tú conmigo, y yo contigo. Espero que como tú vives por tu padre, así viviré yo por tí; y por tu medio alcanzaré la vida eterna, y tú me resucitarás el dia postrero. Ó Pan de vida, yo me llego á recibirte con grande confianza de que has de vivificar mi espíritu, confortar mi corazon, alegrar mi alma, fortalecer mis potencias, castificar mi carne, y mudarme en otro varon, porque no te mudaré yo en mí, sino tú me mudarás en tí (*Aug.* Confes. l. VII, c. 10). Ó Salvador dulcísimo, aumenta en mí la confianza, para que sea digno de alcanzar tu soberana promesa.

2. Pero mas adelante ha de pasar la esperanza, esperando en la bondad y omnipotencia de este Señor, que no está atada al Sacramento, que me puede conceder todos estos bienes por solo el vivo deseo de recibirle; y así mirando á este divino Sacramento, puedo ejercitar estos actos de fe y confianza. Unas veces como el Centurion le diré: Señor, no soy digno de que entres en mi pobre morada; mas di una sola palabra, y esa basta para que mi ánima sea salva.

(*Matth.* VIII, 8). Otras veces le diré (*Num.* XXI, 9): Si mirar la serpiente de metal bastaba para sanar los heridos, tambien bastará que yo te mire con viva fe, y que tú me mires con tu misericordia, para que me libres de toda miseria. Otras veces, como la mujer que padecia flujo de sangre, diré dentro de mí mismo: Si tocare aquella vestidura que cubre á mi Señor, sin duda seré salvo. (*Luc.* VIII, 44). Y si la sombra de su Apóstol sanaba á los enfermos (*Act.* V, 15), ¿cuánto mas la sombra de su divino Sacramento sanará mi alma enferma? Con esta confianza deberia entrar en la iglesia, asistir á la misa, y mirar á la sagrada hostia y cáliz cuando se alza; porque, como dice san Bernardo (Serm. 32 in Cant.), la grande fe alcanza grandes cosas; y cuanto mas se dilatare el afecto de la confianza, tanto mas alcanzarémos de la divina misericordia.

PUNTO TERCERO. – *Actos de caridad.* — 1. Últimamente, la caridad ha de ejercitar sus actos, con los cuales espiritualmente se une y junta con Cristo nuestro Señor, con la union de amor que se pretende en la comunion de este santo Sacramento. Los principales son, gozarme de la bondad, caridad, omnipotencia y liberalidad de Cristo, que resplandece en este convite; alegrarme de verme tan amado de él, que se me dé por manjar; desear siempre estar unido con él por actual conocimiento y amor, para serle semejante en todas sus virtudes; desear que todos le conozcan, amen y reverencien en este soberano Sacramento, y gocen de los bienes que en él están encerrados; y ofrecerme muy de veras á tener en todas las cosas un mismo querer y no querer con el que él tiene, poniendo mi gusto en cumplir el suyo. Ó Salvador mio dulcísimo, donde quiera que estás, eres sumamente amable; en este Sacramento eres dignísimo de ser amado con todas las fuerzas del amor. ¡Oh quién te amase con todo mi corazon y con toda mi alma, con todo mi espíritu y con toda mi fortaleza! Ámete yo por la bondad que aquí descubres; por el amor que aquí me muestras; por los beneficios que aquí me haces; por los males de que me libras; por los bienes que me prometes, y por lo mucho que deseas que yo te ame. Cumple, Señor, este deseo que tienes y el que yo tengo, concediéndome que te ame como quieres ser amado, uniéndome contigo con union de perfecta caridad, que permanezca hasta la vida eterna. Amen.

—Otras muchas meditaciones, con varios modos de aparejarse para comulgar, se pondrán en las partes que se siguen, siguiendo el órden de la historia evangélica. —

MEDITACION XXXV.

PARA DAR GRACIAS DESPUES DE LA COMUNION.

—Despues de haber comulgado, es importantísimo saber gozar de la dulce presencia del Huésped que hemos recibido; porque no hay tiempo mejor para negociar con él, que cuando le tenemos dentro de nosotros; porque tambien aquí es verdad lo que él dijo, que mientras está en el mundo abreviado de cada hombre, es luz del mundo (*Ioan.* IX, 5, *et* XII, 25); y así nos conviene caminar mientras dura esta luz, antes que se esconda, y nos comprendan las tinieblas. Y como este divino Sacramento es tan soberano beneficio, y tan alto don de la divina liberalidad, se ha de agradecer con el mayor agradecimiento que nos fuere posible, aplicando aquí lo que dice el Sábio (*Eccli.* XIV, 14): No dejes pasar el dia bueno; *Et partícula boni doni non te praetereat*: y no se te pase ni una partícula del buen don, aprovechándote de la buena suerte que te ha cabido; porque como estimamos en mucho cualquiera partecita de este Sacramento, por estar en ella todo Cristo; así hemos de estimar cualquier partecita del dia y tiempo que le tenemos dentro de nosotros, pues en cada una puede hacernos grandes mercedes si con ánimo devoto y agradecido nos disponemos á recibirlas. Especialmente, que este Sacramento, como dice san Dionisio (De Eccli. Hierar. *c.* 3; *D. Thom.* 3 *p. q.* 65, *art.* 3), es la consumacion, cumplimiento y perfeccion de todos los otros, y el medio mas eficaz que Dios nos ha dado para nuestra perfeccion. Y pues le tenemos presente para comunicárnosla, razon es ensanchar el vaso del corazon para recibirla. Para este fin se han de ejercitar aquí con mas fervor los tres actos de agradecimiento que se pusieron en la meditacion XXXIV, gastando el tiempo, no tanto en nuevas consideraciones, pues bastan las puestas, cuanto en nuevos afectos y cánticos de alabanza y accion de gracias en esta forma.—

Punto primero.— 1. Lo primero, he de avivar mucho la fe de la presencia de este Señor, que está dentro de mí, mirando al Invisible, como si le viera, y ponderando brevemente como es el mismo Señor de quien tantas grandezas concebí cuando me aparejaba para comulgar. Y pues donde está el Rey está la corte, puedo pensar, como dice san Gregorio (Lib IV Diál. *c.* 58), que está rodeado de millares de cortesanos del cielo; en cuya compañía postrado en es-

píritu ante sus piés, y admirado de que un Dios tan grande esté aposentado en un lugar tan humilde, prorumpiré primero en afectos de humildad y reverencia, y de confusion propia; ya diciéndole con san Pedro (*Luc.* v, 8): Apártate, Señor, de mí, y sal de este miserable navichuelo, porque soy gran pecador. Ya como santa Isabel le diré (*Luc.* I, 43): ¿De dónde á mí, que venga á visitarme mi Dios y mi Señor? Ó Dios eterno (*Psalm.* VIII, 5), ¿quién es él hombre, para que te acuerdes de él? ó el hijo del hombre, para que le visites? Hicístele menor que los Ángeles, por estar vestido de vil carne; y ¿vienes del cielo acompañado de Ángeles para hospedarte en ella? Ó Dios y Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra, despues que la hiciste morada tuya como el cielo!

2. Luego prorumpiré en afectos de alabanza y agradecimiento, usando de algunos cánticos de la Iglesia. Unas veces diré como los Serafines (*Isai.* VI, 13): Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos, que se ha humillado á morar en este templo de mi alma, lleno de humo y niebla. Otras veces con los mozos hebreos que acompañaban á Cristo el dia de Ramos, le diré (*Matth.* XXI, 9): Ó Rey de Israel y Salvador del mundo, bendito sea el que ha venido de las alturas á visitarme, sin yo merecérselo. Otras veces con los mancebos que estaban en el horno de Babilonia (*Dan.* III, 52), convidaré á todas las criaturas que alaben al Señor por esta merced que me ha hecho. Pero á imitacion de este cántico puedo hacer otro, convidando para lo mismo á los nueve coros de los Ángeles, y á los coros de los Patriarcas y Profetas, de los Apóstoles y Evangelistas, de los Mártires y Doctores, Pontífices y Confesores, Sacerdotes y Levitas, Vírgenes y Viudas, y á todos los Santos y Santas del cielo, en esta forma: Bendígante, Señor, tus Ángeles, Arcángeles y Principados; alábente y glorifíquente *in saecula*. Bendígante tus potestades, Virtudes y Dominaciones; alábente y glorifíquente por todos los siglos. Bendígante los Tronos, Querubines y Serafines; alábente, etc. Bendecid, Patriarcas y Profetas, al Señor; alabadle y glorificadle para siempre. Bendecid, Apóstoles y Evangelistas, al Señor; alabadle, etc. De este modo puedo proseguir por todos los Santos.

3. Tambien como David (*Psalm.* CII, 1), puedo convidar á todas mis potencias y sentidos, y á todos los pensamientos y afectos de mi corazon, para que todos juntos vengan á adorar y glorificar á este Señor, por la parte que todos tienen en este soberano beneficio. Bendígante, Señor, mis ojos, porque te han visto en este Sacramento; y mis lábios, porque te han tocado; y mi lengua y paladar,

porque te ha gustado; y mi pecho, porque es morada tuya; y todos mis huesos digan (*Psalm.* XXXIV, 10): Señor, ¿quién hay semejante á tí? Mi memoria brote tus alabanzas; mi entendimiento te engrandezca; mi voluntad te ame; mis apetitos te codicien, y todos se deshagan en tu presencia, cantando la gloria de tu venida.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Luego tengo de traer á la memoria los oficios de Cristo nuestro Señor, y los fines que tuvo en venir á visitarme, alegrándome y gozándome de tener dentro de mí á mi Redentor, médico y maestro, y todo mi bien, y con grande afecto le abrazaré en espíritu con los brazos de la humildad y caridad, diciendo aquello de los Cantares (*Cant.* III, 4): He hallado al que ama mi alma, tendréle, y no le dejaré; por ninguna causa me apartaré de su dulce compañía; y por ningun trabajo ni tribulacion dejaré su amistad (*Rom.* VIII, 38): siempre le tendré conmigo hasta que me lleve á la casa de mi madre, que es la celestial Jerusalen, donde le goce con perfecta seguridad.

2. Luego, como David (*Psalm.* CXLI, 3), derramaré en presencia de este Señor mi oracion, y delante de él pondré todas mis necesidades y miserias, contándoselas, como si no las supiese; porque gusta de oirlas, pidiéndole que haga su oficio en remediarlas, pues vino para esto, y venida de tan gran Príncipe no ha de ser en vano. Y así puedo decirle: Yo, Señor, estoy enfermo de graves enfermedades y pasiones; la soberbia, ira, sensualidad y codicia me tienen postrado: Vos sois médico todopoderoso, y habeis venido á mi alma para curarme, curadme como podeis, y dejadme sano; decid en esta entrada lo que dijisteis entrando en casa de Zaqueo (*Luc.* XIX, 9): *Hodie salus domui huic facta est:* Hoy se ha hecho salud en esta casa. Y pues vuestro decir es hacer, así será como lo decís. Estoy tambien lleno de ignorancias y errores, en tinieblas y oscuridad de muerte. Vos sois mi maestro, mi luz y mi guia; enseñadme, alumbradme y guiadme, pues para esto fue vuestra venida. En estas y otras peticiones semejantes gastaré otro rato, luchando (*Genes.* XXXII, 26), como Jacob, con este Ángel del gran consejo con lucha de oraciones, suplicándole que no se vaya sin echarme su bendicion muy copiosa.

PUNTO TERCERO. — 1. Últimamente he de hacer algunos ofrecimientos á este Señor, en agradecimiento de la merced que me ha hecho, convidándole, pues me convida. Pues por esto dijo en el Apocalipsis, que entrando dentro del alma, cenaria (*Apoc.* III, 20) con ella y con él, porque ella cena de los dones celestiales que este Se-

ñor la comunica, y él cena de los fervorosos afectos y propósitos que ella le ofrece. Y así en comulgando he de convidar á Cristo nuestro Señor, mirando lo que le agrada, y ofreciéndole aquello de que gusta. —En especial le ofreceré mi corazon, que es la principal cosa que él me pide. (*Prov.* xxiii, 26). Y pues él me da el suyo, ¿qué mucho le dé yo el mio con determinacion de no admitir cosa que sea contraria á su amor, ni pensamiento que me aparte de él? Tambien le ofreceré mi cuerpo en hostia viva, santa y agradable (*Rom.* xii, 1) á sus ojos, con deseo de traer siempre conmigo su mortificacion y las señales de su pasion, proponiendo particularmente de mortificar y hacer guerra cruel á la pasion que mas me impide el servirle como debo. Y demás de esto, será bien convidar aquel dia á Cristo en sus pobres, haciéndoles alguna limosna, conforme á mi posibilidad.

2. Y si soy religioso, puedo ofrecerle de nuevo perpétua obediencia á su santísima voluntad, castidad purísima, y pobreza de espíritu, conformes á mi estado. Y siempre ofreceré algo que pueda cumplir el mismo dia, procurando gastarle todo en estos ejercicios de agradecimiento é imitacion, diciendo como la Esposa (*Cant.* i, 12): Ramillete de mirra será hoy mi Amado para mí, entre mis pechos le traeré. Y como el Apóstol (*Galat.* ii, 20): Vivo yo, mas no yo, porqué dentro de mí tengo al mismo Cristo, que vive en mí, con cuya virtud caminaré, como otro Elías (III *Reg.* xix, 8), al monte de Dios Horeb, subiendo de virtud en virtud, hasta ver con claridad al que recibo en este santo Sacramento. Concluiré con un coloquio á este Señor, suplicándole que, aunque consumidas las especies sacramentales se vaya, segun la presencia corporal, se quede siempre conmigo, segun la presencia espiritual, despertando mi memoria para que siempre me acuerde de él, ilustrando mi entendimiento para que siempre piense y medite en él, y encendiendo mi voluntad para qué siempre esté unida con él, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXVI.

DEL PURGATORIO, PARA ALENTARNOS Á LAS OBRAS DE PENITENCIA.

—El fin principal de esta meditacion, es alentar á los que caminan por la via purgativa al ejercicio de las obras penales, para pagar las penas que deben por sus culpas; y tambien se podrá ejercitar el dia de la Conmemoracion de los difuntos para compadecernos de ellos y ayudarles.—

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor ha ordenado, que cualquiera que muriere, habiendo cometido pecado mortal ó venial, aunque se le haya perdonado la culpa, si no ha pagado tambien la pena que le corresponde, no entre en el cielo, hasta pagarla en una cárcel (*Zach.* IX, 11; *D. Thom.* in Add. *q.* 69 *et* 70) debajo de la tierra diputada para esto, que llamamos purgatorio, á la cual es llevada el ánima del justo por su Ángel, para que pague allí toda la deuda (*Matth.* v, 26) hasta el postrer maravedí. —Sobre esta verdad de nuestra fe ponderaré lo primero, cuán justo es Dios nuestro Señor, y cuán grande la rectitud de su justicia, aunque mezclada con misericordia, porque ninguna culpa quiere dejar sin algun castigo; y por esto en el sacramento de la Penitencia, cuando perdona la culpa mortal, conmuta la pena eterna en alguna temporal, mostrando en ello su infinita misericordia en perdonar la pena terribilísima que habia de durar para siempre, y la justicia en pedir satisfaccion con otra pena mas ligera que dure poco. Con esta consideracion me alentaré á conformarme con su justicia, pues tan copiosa es conmigo su misericordia, trocando millones de años de fuego muy terrible en muy pocos de penitencia voluntaria. Y así todo lo que en esta vida puedo padecer, me ha de parecer poco y cási nada en comparacion de lo que habia merecido, y me ha perdonado.

2. Lo segundo, ponderaré como esta pena temporal, si no se paga en esta vida con alguna contricion muy crecida ó con algunas obras penales, forzosamente se ha de pagar en la otra, así porque se guarde el órden de la divina justicia; como porque es Dios tan amigo de pureza, que no quiere admitir en su cielo al que no está muy purgado, no solo de las culpas sino de las penas, que son reliquias de ellas; porque la Iglesia glorificada, como dice san Pablo, no ha de tener (*Ephes.* v, 27) mancha ni ruga, ni otra semejante fealdad, y así deberia procurar tal pureza en esta vida, que no tuviese que purgar en la otra. Ó Cordero (*Apoc.* VII, 14) de Dios, en cuya sangre los justos lavan y blanquean sus almas, para ser admitidas en tu reino, concédeme, por virtud de tu preciosa sangre, tan gran dolor de mis culpas, que tambien quede libre de las penas, para que suelta mi alma de la cárcel de este cuerpo, no sea detenida en la cárcel del purgatorio. Amen.

3. De aquí pasaré á ponderar, cuán grave mal sea un pecado venial, pues con él es imposible poder entrar en el cielo hasta haberse primero purificado; porque allá, como dice san Juan (*Apoc.*

xxi, 27), ninguna cosa manchada podrá entrar. Y tambien veré lo mucho que Dios le aborrece, pues á sus mismos amigos, aunque sean muy santos, les detiene presos hasta que se purifiquen; y los humilla tanto, que les da por cárcel un lugar oscuro debajo de la tierra y cercano al infierno, descubriendo con esto cuán pesada carga es la de cualquier culpa ó pena que de ella resulta, pues da con nosotros en abismo tan profundo. De todas estas consideraciones sacaré un grande aborrecimiento de los pecados veniales, por el bien de que me privan, por la cárcel que me amenazan, por el peso con que me agobian, y sobre todo por el aborrecimiento que Dios les tiene, como luego se ponderará mucho mas.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar lo mucho que sienten las almas y sentirá la mia la oscuridad y tinieblas de aquella cárcel, que es carecer de la vista de Dios, y cuán terrible pena es esta, semejante á la que llaman pena de daño, ponderando las causas de este sentimiento y dolor. – La primera es, porque allí está muy viva la fe de quién es Dios; y de cuán bueno, cuán hermoso y poderoso es; y como es nuestro último fin y bienaventuranza eterna, quitadas muchas de las nieblas y dudas que acá tenemos. Y esta viveza de la fe atizará el deseo de ver á su último fin; y por consiguiente, acrecentará la pena de la dilacion en verle; porque, como dice el Sábio (*Prov.* xiii, 12), la esperanza que se dilata aflige el corazon.

2. La segunda causa es, porque el amor de Dios está allí en su punto, y desea sumamente ver á su amado para unirse con él; y no tiene cosa que le divierta ni entretenga, como se entretiene en esta vida, con merecer nueva gloria, aumentar su perfeccion y aprovechar á los prójimos, todo lo cual cesa en el purgatorio. Y si con todo esto algunos santos tienen acá tantas ansias de ver á Dios, que se afligen mucho con la dilacion del cumplimiento de su deseo, y gimiendo dicen con David: ¡Ay de (*Psalm.* cxix, 5) mí! que se ha dilatado mucho mi destierro, y ha mucho que mi alma peregrina en la tierra; ¿con cuánto mayor sentimiento dirán esto las almas que están detenidas en purgatorio, amando, penando y no medrando? – La tercera causa de esta pena es, la suspension en que están las almas, sin saber cuánto tiempo ha de durar esta cárcel y esta dilacion de ver á Dios; y aunque están conformes con la divina voluntad, no dejan de tener por todo esto grande pena, considerando que originalmente nace de su culpa, y de la negligencia y descuido que tuvieron, así en satisfacer por sus pecados, como en desear ver á Dios.

Pues como fue revelado á santa Brígida (*Blos. in Monili spirit. c.* 13), por esta tibieza culpable hay un modo de pena en la otra vida que llaman purgatorio de deseo, con la cual es castigado el que fue tibio en el deseo de ver á Dios.

3. Tambien se aumenta esta pena por carecer de la vista de Cristo nuestro Señor, de la Vírgen santísima, de la dulce compañía de los Ángeles y Santos del cielo, y de la vista de las demás cosas que creen y esperan ver, porque de todas tienen fe muy viva, confirmada con la experiencia de su inmortalidad y del mismo purgatorio que padecen. La gravedad de esta pena puedo rastrear por la que tiene un hombre noble y cuerdo cuando está preso en una cárcel de inquisicion muy oscura, sin ver luz del cielo mas que por una saetera, y sin comunicar con sus deudos, amigos ó conocidos; y sin saber lo que pasa en el mundo, ni cuánto tiempo durará su prision. Y aunque es de creer que el Ángel de la guarda acude de cuando en cuando á consolar el alma de quien tuvo cuidado; pero no podemos imaginar que le responde lo que el ciego Tobías respondió á san Rafael (*Tob.* v, 12): ¿Qué gozo puedo tener estando sentada en tinieblas, sin ver la luz del cielo, ni á mi dulce Criador y Redentor? Ó alma mia, pues tienes fe de esta pena que te espera en el purgatorio, si no pagas aquí lo que debes por tus culpas, no dilates la paga porque no te dilate Dios su clara vista. Desea con gran fervor ir á verle, quitando de tí todo lo que puede dilatar el cumplimiento de este deseo, para que acabada la vida se acabe la pena, y entres luego en el descanso de la gloria. Amen.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la pena que llaman de sentido, que padecerá mi alma en el purgatorio, atormentada de su terrible fuego. —Esto se ha de ponderar lo primero, porque este fuego es el mismo que el del infierno, en cuya comparacion el de esta vida es como pintado. Además, porque atormenta milagrosamente como instrumento de Dios, y de Dios airado, que tiene la mano muy pesada cuando venga su injuria. Y como el fuego derrite la plata para purificarla de la escoria, así este fuego, como dice un profeta (*Malach.* III, 2), derretirá, esto es, afligirá terriblemente las almas para purificarlas de la escoria que trajeron del mundo: y mientras hubiere que purificar, será continuo el dolor; porque ni hay sueño, ni distraccion, ni cosa que temple su furia, como lo hay en esta vida. De donde concluyen los Santos, que (*Aug. in Psalm.* XXXVII; *Greg.* in Psalm. III Poenitent.; *D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 6 *ad* 3) los dolores del purgatorio exceden en lo que es pena y tor-

mento á los dolores que padecen en esta vida los pecadores, y á los que padecieron los Mártires, y aun á los que padeció el mismo Rey de los mártires Jesucristo nuestro Señor, á quien tengo de decir humildemente: Ó Redentor dulcísimo, no me castigues con tu furor en el fuego del infierno; y hazme tan puro en esta vida, que no tenga necesidad del fuego del purgatorio.

2. De esta consideracion he de sacar tres afectos y propósitos muy importantes. El primero es, un gran temor de Dios y del rigor de su justicia; porque si bien lo pondero, no me ha de espantar tanto que la majestad de Dios esté mirando arder las almas del infierno sin compadecerse de ellas, porque son sus enemigas y le están aborreciendo, cuanto que vea arder á las del purgatorio padeciendo penas muy terribles, y á veces por culpas muy ligeras; y con amarlas mucho y ser amado de ellas, las deja arder y penar, hasta que paguen todo lo que deben. ¿Quién no te temerá, ó Rey de las gentes, si así quemas al árbol fructuoso por unas pocas espinas que mezcló con la buena fruta? ¿Cómo quemarás y atormentarás al árbol seco y estéril, que no llevó sino espinas de graves pecados?–El segundo propósito es, de satisfacer en esta vida por mis pecados y abrazar de buena gana cualesquier penitencias y aflicciones, pues todas son como nada en comparacion de estas otras, porque en esta vida lo que se padece es poco y por poco tiempo, y muy provechoso para crecer en virtud y merecer aumento de gracia y gloria; mas en el purgatorio padécese mucho sin provecho para los fines dichos. Y así he de suplicar á Nuestro Señor, que si yo me descuidare de esta paga, él me purifique con el fuego de trabajos (*Malach.* III, 2), para pagar aquí con medra lo que despues he de pagar sin ella. Ó Salvador mio, que prometiste de purificar los hijos de tu Iglesia como se purifica el oro y plata por el fuego, purifícame como quisieres en esta vida, para que vaya á gozar de tí en saliendo de ella. Amen.

3. El tercer propósito es, de huir cuanto fuere posible pecados veniales, pues no son otra cosa, como dice el Apóstol, sino leña (I *Cor.* III, 12), heno y paja con que se ceba el fuego que me ha de abrasar en el purgatorio. Lo cual es gran desatino, si tengo ojos de fe para verlo; porque si viese á un hombre cortar leña de un monte y traerla á su casa; y preguntándole para qué la trae me respondiese que para encender fuego en que le quemasen, tendríale por loco; pues ¿cuánto mas loco soy yo, haciendo con tanto gusto cosas que no servirán sino de leña para cebar el fuego terrible que me ha

de quemar en el purgatorio? Ó alma mia, que estás fundada sobre tan precioso fundamento, como es Cristo Señor nuestro, edifica sobre él obras (*D. Thom. ibid.*) de gran valor; oro de caridad, plata de inocencia y piedras preciosas de sólidas virtudes, que permanezcan contigo hasta la vida eterna. Mira no mezcles con ellas obras que han de perecer, leña de avaricia, heno de sensualidad y paja de vanidad, amando con algun desórden los bienes de esta vida; porque todo esto será cebo del fuego que abrasará en la otra. Ó buen Jesús, líbrame de semejante locura, preservándome de estos pecados con tu gracia.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar dos cosas señaladas que hay en las ánimas del purgatorio. La primera es, la grande resignacion que tienen en la voluntad de Dios, cuanto á la gravedad y duracion de sus penas, y la grande paciencia con que sufren sus tormentos y los aceptan, gustando de que Dios sea justo y las castigue como merecen, y las purifique en aquel horno de fuego, para que apuradas puedan entrar en el cielo. De donde aprenderé á tener paciencia en mis trabajos, si quiero que para mí sean purgatorio y no infierno; pues siendo menores son mas provechosos para pagar mis deudas con ellos, y son trazados por la justicia de Dios para el mismo fin. Y pues cuanto hay en Dios es amable (*Cant.* v, 16), si le amo de veras he de gozarme de que sea justiciero, y que tenga lugar señalado para castigar mi pecado, pues tan digno es de castigo.

2. La segunda es, las grandes ansias que tienen estas almas de ser ayudadas de los fieles que viven en la tierra con sacrificios, oraciones, limosnas, ayunos y otras obras satisfactorias. Á mas con indulgencias y otros sufragios, para salir presto de aquellas penas é ir á gozar de Dios. Lo cual me ha de mover á favorecerlas en cuanto pudiere, aunque lo quite de mí por dárselo á ellas. Porque si viese arder mi amigo en un grande fuego, y pudiese sacarle de allí sin daño mio y sin quemarme yo, crueldad seria no sacarle. Pues si con la fe veo á estas almas arder en tan terrible fuego, y puedo librarlas con misas, indulgencias y otras buenas obras, caridad será grande ser cuidadoso en esto.

3. Y si lo que querria para mí he de querer para mi prójimo, justo es hacer lo que pudiere para librar al que pena en purgatorio, como yo querria que otros lo hiciesen por mí cuando esté allá. — Especialmente que con este cuidado me hago digno de que Dios le tenga entonces de inspirar á otros que me ayuden, porque los mi-

sericordiosos alcanzarán misericordia (*Greg.* Lib. IV Moral. *c.* 57) en el género de cosas en que ellos la tuvieren. Y las mismas almas, cuando llegan á ver á Dios, son muy agradecidas á los que las favorecieron en sus trabajos, y solicitarán el favor de Dios para nosotros en los nuestros. Y aunque me quito la satisfaccion de la obra que aplico al difunto; pero en dársela de limosna aumento el merecimiento, porque crece la caridad, quitándome lo que yo habia menester por socorrer al necesitado. —Por todas estas razones, dice la divina Escritura (II *Mach.* XI, 46), que es santo y saludable el cuidado de orar por los difuntos, para que les seán perdonadas las penas de sus pecados, porque de este cuidado se siguen los bienes que se han dicho á los que por ellos oran.

—Con esta meditacion queda concluido todo lo que pertenece á la via purgativa, y á la pureza, que es su propio fin; cuyos defectos, si algunos tuviere en esta vida, se remedian en el purgatorio de la otra, para entrar con entera pureza en la gloria, que es la última postrimería de los justos; de la cual se harán meditaciones al fin de la parte VI, por ser el postrero de los beneficios divinos, y el último término de la via unitiva, en el cual los justos descansarán unidos con su Dios por todos los siglos de los siglos. Amen. —

PARTE SEGUNDA.

DE LAS MEDITACIONES

QUE PERTENECEN Á LA VIA ILUMINATIVA,

SOBRE LOS MISTERIOS DE LA ENCARNACION É INFANCIA DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR HASTA EL BAUTISMO.

CON ELLAS VAN MEZCLADAS MEDITACIONES DE LA VIDA DE NUESTRA SEÑORA, HASTA EL MISMO TIEMPO.

INTRODUCCION.

DE LA PERFECTA IMITACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, QUE ES FIN DE ESTAS MEDITACIONES.

Las meditaciones que pertenecen á la via iluminativa, de que se comienza á tratar en esta parte II, tienen por materia los misterios de la vida de Cristo nuestro Señor, desde que encarnó hasta que murió en la cruz. Los cuales, como consta de lo que se dijo en la introduccion de este libro, en el párrafo IV, se dividen en tres partes: unos de su encarnacion y niñez; otros de su predicacion, y otros de su pasion y muerte; despues de la cual se siguió la vida glorificada, que pertenece á la via unitiva, aunque con ella tambien frisan mucho los misterios de la pasion, en la cual Cristo nuestro Señor descubrió la fineza de su amor, como en su lugar verémos. Todos estos misterios ordenó la divina Sabiduría, para que con apacible variedad fuesen sustento espiritual de las almas que caminan á la perfeccion, á las cuales entra este soberano Rey en la bodega de sus preciosos vinos. (*Cant.* I, 3; II, 4). Y de estos misterios, como de vasijas celestiales, saca el fervoroso vino del amor y de otros

16*

afectos muy encendidos, con que las alegra, sustenta y embriaga, ordenando en ellas la caridad, por el órden que el mismo Señor ejercitó sus actos, á los cuales nos convida y exhorta diciendo: Vine á mi huerto (*Cant.* v, 1), segué mi mirra con las demás especias aromáticas; comí el panal con mi miel, bebí mi vino con mi leche; comed, amigos, bebed y embriagaos los muy amados, que es decir: He venido por la encarnacion al huerto de mi Iglesia; y en entrando en el mundo, segué mirra de muchas amarguras y mortificaciones que padecí en mi niñez, con especias aromáticas de muy olorosas virtudes. Prediqué mi doctrina, y púsela por obra con tanto gusto como quien comia panal con su miel. Me embriagué con el vino de mi amor, hasta quedar desnudo y muerto en una cruz, gustando de beber el cáliz de mi pasion, como quien bebe vino con su leche. Por tanto, amigos y amados mios, aparejad el huerto de vuestras almas, porque deseo hacer en ellas otras tres cosas semejantes, haciéndolas tambien vosotros con mi gracia para imitar mi vida. Lo primero, segad mirra y especias aromáticas de virtudes que mortifiquen vuestras pasiones, y os preserven de la corrupcion de vuestros pecados, imitando con esto mi pureza. Luego comed mi panal con su miel, meditando la excelente doctrina que prediqué, figurada por la cera del panal que alumbra; pero no la habeis de comer sola, sino con la imitacion de las heróicas virtudes que en sí encierra, figuradas por la miel que sustenta con dulzura. Y finalmente, bebed y embriagaos con el vino de mi perfecto amor, mezclado con la leche que os daré de mis divinas consolaciones; con las cuales fácilmente renunciaréis las aficiones de todas las cosas terrenas, hasta quedar, si fuere menester, desnudos en otra cruz, por imitar mi desnudez, y amarme como os amé.

Estos son los tres principales ejercicios de la caridad bien ordenada en sus tres estados, de principio, aumento y perfeccion. Y estos mismos, en la forma y grado que se han puesto, son los fines principales á que se ordenan las meditaciones de la infancia, predicacion y pasion de Cristo nuestro Señor, de que tratan las tres partes que se siguen. Entre las cuales las de esta parte II, que son de su niñez, tienen esta excelencia, que nos mueven á amarle con mas ternura, y á imitarle con mas dulzura; porque así como haciéndose niño por nosotros, se acomodó, como dice Isaías (*c.* VII, 15), á comer el manjar propio de niños, que es leche y miel; así tambien á los que meditan los misterios de su niñez, especialmente á los principiantes, suele dar con mas abundancia la leche y miel de

las consolaciones divinas, para destetarles de las terrenas, y alentarles á la imitacion de sus heróicas virtudes.

Para conseguir estos fines hemos de procurar por medio de estas meditaciones conocer á Jesucristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, con un conocimiento cierto, propio, entero y perfecto, que llegue á entender y penetrar la infinita dignidad de su persona, y las inestimables riquezas y tesoros de su gracia, con grande estima y aprecio de ellos. Porque en este conocimiento (*Ioan.* xvii, 3), como dijo el mismo Señor, está la vida eterna, por cuanto de él, como de semilla, proceden los medios para alcanzarla; y con su soplo se enciende en la meditacion el fuego de caridad que nos abrasa en su amor (*Psalm.* xxxviii, 4); del cual nace la fortaleza de corazon para imitar su vida con tanta perfeccion, que, como dice san Gregorio Niseno (Serm. de perf. forma hom. christiani), el cristiano se pueda llamar *alter Christus*, otro Cristo, en la humildad y paciencia, y en las demás virtudes, al modo que decimos de un hombre sábio, que es otro Salomon.

El modo de meditar estos misterios para salir con lo que pretendemos, ha de ser llevando puestos los ojos en cuatro cosas para ponderarlas con atencion (*S. Pater Ignat.* in primo exerc. sec. et tertiae hebdom.).–La primera es, mirar las personas que intervienen en el misterio, con las excelencias y afectos interiores que hay en ellas.–La segunda es, considerar las palabras que dicen, y el fin y modo con que las dicen.–La tercera es, mirar las obras que hacen y las virtudes que en tales obras resplandecen.–La cuarta es, considerar las cosas que padecen, con todas sus circunstancias, ponderando los fines y motivos de ellas. Y de todas cuatro cosas he de sacar siempre algun provecho para mí mismo, animándome á imitar lo que puede ser imitado, con los demás afectos y coloquios que dijimos al principio de este libro. Todo esto se ha de hacer en cada uno de los puntos que tuviere la meditacion, siguiendo el órden de la historia, como en el progreso de ella se verá. Y porque entre las personas á quien tocan muchos de estos misterios, especialmente los de esta parte II, es muy principal la Vírgen nuestra Señora, hemos de atender muy principalmente á sacar de estas meditaciones conocimiento y amor suyo, é imitacion á sus heróicas virtudes, subiendo de la imitacion de la Madre á la imitacion de su Hijo; pues nos puede decir mucho mejor que san Pablo (I *Cor.* xi, 1): Imitadme á mí, como yo imito á Cristo.

Para disponernos mejor á la pretension y estima del fin que se ha

dicho, ayudará mucho, como fundamento de estas meditaciones, la que se sigue de la vocacion, para imitar á Cristo nuestro Señor, imaginándole á semejanza de un rey (*S. P. Ignat.*, in princip. secundae heb.) muy excelente, escogido por Dios, el cual hiciese gente para hacer guerra á sus enemigos, convidando á sus vasallos que le siguiesen, prometiéndoles que gozarian con él los despojos de la victoria, si le acompañaban en la pelea.

MEDITACION FUNDAMENTAL.

DE LA INFINITA EXCELENCIA DEL REY CELESTIAL, JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DEL LLAMAMIENTO QUE HACE CONVIDANDO Á TODOS LOS HOMBRES PARA QUE LE SIGAN.

PUNTO PRIMERO.—*Excelencias de Cristo en cuanto rey.*— 1. Lo primero, se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor es rey excelentísimo, escogido por el Padre eterno para que rija y gobierne los hombres, mandando á todos que le obedezcan como á su propio rey y legítimo señor, segun que lo dijo él mismo por David (*Psalm.* II, 6): *Dios me ha escogido para ser rey de Sion su santo monte, y predicar á todos su precepto.*—Sobre esta verdad tengo de ponderar lo primero, la infinita caridad del Padre eterno en la eleccion de este soberano Rey: porque queriendo dar rey á los hombres, escogió el mejor que nos podia dar, el cual por una parte fuese verdadero hombre, de nuestra naturaleza, para que fuese delante de nosotros con el ejemplo, y nos tratase con blandura y compasion; y por otra parte fuese verdadero Dios, Hijo suyo unigénito, para que pudiese remediarnos y ayudarnos con su infinito poder; porque, como dice san Leon papa (*Serm.* 1 *de Nativ.*), si solamente fuera hombre, no pudiera darnos remedio; y si solamente fuera Dios, no pudiera darnos ejemplo.

2. De aquí subiré á considerar las excelencias de este Rey, en quien concurren todas las calidades que puede tener un rey perfectísimo, como consta (*Psalm.* XLIV, 5; *Jerem.* XXIII, 5) por las que le atribuyen los Profetas. Pero principalmente ponderaré su infinita sabiduría, con que conoce nuestras necesidades y miserias; su omnipotencia, para remediarlas; su misericordia, en compadecerse de ellas; su bondad y caridad, en querer darlas remedio; su providencia, en mirar con cuidado por nuestro bien; su mansedumbre y afabilidad, en tratarnos como á hermanos; su liberalidad y magnificen-

cia, en repartir con nosotros de sus riquezas, y darnos cuanto tiene, hasta su mismo cuerpo y sangre; su justicia y prudencia, en el gobierno, enderezándonos con grande entereza y rectitud; y finalmente su eternidad, con perpétua firmeza en su imperio celestial, sin que jamás se haya de acabar.

3. Y para enterarme mas en todo esto, haré comparacion de los reyes terrenos con este Rey celestial (*Isai.* x, 1), porque aquellos ponen tributos y pechos á sus vasallos, y se los piden con rigor: este se los quita todos, y paga sus deudas con amor; aquellos empobrecen á los suyos por enriquecerse á sí: este se empobrece á sí, para enriquecer con su pobreza á los suyos (II *Cor.* VIII, 9); aquellos yerran muchas veces el gobierno por ignorancia, pasion ó malicia: este siempre acierta, porque es infinitamente sábio, justo y bueno; aquellos ponen leyes muy pesadas á sus súbditos (*Matth.* XI, 30), y ellos se excusan de cumplirlas: este pone leyes muy suaves, y con su ejemplo les anima á que las cumplan: aquellos finalmente son reyes temporales, que se acaban con la muerte, y sus imperios, aunque sean de oro (*Dan.* II, 35) y plata, ó de bronce ó hierro, vendrán á perecer, porque se fundan en piés de barro; pero este es Rey eterno, y su reino nunca tendrá fin, porque se funda en Dios.—De estas tres consideraciones y de cada una de ellas he de sacar varios afectos de alabanza, gozo y agradecimiento, con grandes propósitos y ofrecimientos de hacer mucho en servicio de este soberano Rey; unas veces en esta razon hablaré con el Padre eterno; otras con el mismo Rey su Hijo, y otras conmigo mismo, exhortándome á todo esto. Ó alma mia, alaba y glorifica al Padre celestial, por haberte dado Rey tan poderoso, sábio y santo. Gózate con la buena dicha que te ha cabido en tener Rey tan amoroso, con quien puedes alcanzar privanza y amistad estrecha. Si tanto estiman los hombres privar con los reyes de la tierra, ¿cuánto mas debes estimar privar con el Rey del cielo? Ó Rey soberano, gózome de las grandezas que teneis tan infinitas, por las cuales os suplico me tomeis debajo de vuestro amparo; porque siendo Vos el que me regís, nada me podrá faltar. (*Psalm.* XXII, 1).

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar el razonamiento que este soberano Rey hace á todos sus vasallos, en razon de cumplir el precepto de su Padre (*Psalm.* II, 6), diciéndoles: Mi justísima voluntad es, hacer guerra á mis enemigos los demonios, mundo y carne, y á todos los vicios y pecados, y triunfando de ellos, entrar en el reino de mi Padre. Por tanto, quien me qui-

siere seguir en esta empresa, viva como yo, y reinará como yo: imíteme en la pelea, y sin duda tendrá parte en la victoria. Esto se funda en lo que el mismo Señor dijo por san Juan (*Ioan.* XII, 26): *Quien me quisiere servir, sígame: y á donde yo estoy, estará el que me sirviere.* Que es decir: Quien se ofrece á mi servicio, ha de vivir del modo que yo vivo, y así gozará del premio eterno que yo gozo.

2. Sobre este llamamiento discurriré, ponderando la suavidad y eficacia de él, y las grandes razones que toca para moverme á que le oiga, y para que siga á este Señor.—Lo primero, por ser el que me llama un Rey de tan grande majestad, y tan bienhechor y dadivoso, que por mil títulos me tiene obligado á su servicio.—Lo segundo, porque la empresa es muy justa y de grande provecho mio, mas que suyo, pues se ordena á destruir mis enemigos, de quien tanto daño recibo.—Lo tercero, porque él va delante peleando, y bajó del cielo á darme ejemplo de esto, y no es mucho que un vil soldado haga lo mismo que hace su capitan y rey; pues Gedeon y Abimelech, en diciendo á sus soldados (*Iudic.* VII, 17; IX, 48): Haced lo que viéreis que hacemos, al punto fueron obedecidos.—Lo cuarto, por la seguridad que nós promete de la victoria, y el grande premio que nos dará venciendo.—Lo quinto, por la grande gloria y honra que de esto se seguirá, así á él como á su padre y á todos sus vasallos. Ó Rey eterno, gracias te doy por la suavidad con que nos llamas, trayéndonos á tu servicio con cuerdas de Adan (*Osee,* XI, 4), tejidas de tan eficaces razones. ¡Oh si todos las entendíesen con tu divina luz, para que todos te siguiesen con ardiente caridad!

Punto tercero.— 1. Lo tercero, consideraré varias suertes de hombres que hay en el mundo, á cuya noticia llega esta vocacion. La primera es, de aquellos que se hacen sordos á este llamamiento, y embaucados con los bienes de esta vida, no quieren seguir á este Rey, ponderando la ingratitud y deslealtad de estos miserables, compadeciéndome de su sordera, y doliéndome de que el número de estos sea grande: porque, como dice san Bernardo (Serm. 21 in Cant.), todos los cristianos desean llegar donde está Cristo, y pocos quieren ir tras Cristo: todos querrian el premio de los que le siguen, y muchos no quieren el trabajo de seguirle; los cuales en castigo de su desobediencia no llegarán á gozar de su dulce compañía, como los que fueron llamados al convite, y se excusaron (*Luc.* XIV, 24): á los cuales juró el Señor, que nunca mas gustarian de su cena, diciéndoles tambien aquello de la divina Sabiduría (*Prov.* I, 24): Porque

os llamé y no me oísteis, yo me reiré de vuestra perdicion, castigando vuestra rebeldía con muerte eterna.

2. La segunda suerte es, de aquellos que quieren seguir á este Rey, y acompañarle en esta guerra, pero cortamente, contentándose con guardar sus preceptos, queriendo quedarse con sus riquezas y dignidades, y gozar los deleites lícitos del matrimonio; porque no tienen ánimo para mayor perfeccion, como no le tuvo aquel mancebo que habia guardado los mandamientos de Dios desde su niñez; y diciéndole Cristo (*Matth.* XIX, 21), que si queria ser perfecto, vendiese lo que tenia, y lo diese á pobres, y le siguiese, se puso triste y no quiso hacerlo, contentándose con hacer lo que solia. Estos, aunque hacen lo que basta para salvarse, pero como su imitacion es corta, así su galardon será corto; y es género de cortedad, que el soldado, cuanto es de su parte, no imite á su capitan en cuanto puede, pues el capitan hace por él mas de lo que está obligado.

3. La tercera suerte es, de aquellos que con ánimo generoso se ofrecen á seguir este Rey en todo y por todo, guardando sus preceptos y tambien sus consejos, como él los guardó, viviendo en pobreza, castidad y obediencia, renunciando las riquezas, y los deleites lícitos del matrimonio, y su propia libertad, por imitar perfectamente á su Señor. Estos son los religiosos, los cuales, como imitan con mas perfeccion á Cristo, así recibirán de él mas precioso galardon (*Matth.* XIX, 29): uno en esta vida, que es el ciento tanto, y otro despues en la vida eterna. Á este modo de vida fuera razon nos ofreciéramos todos, no tanto por el interés temporal y eterno que trae consigo, cuanto por la infinita obligacion que tenemos de amar y servir á este gran Rey. Y porque, como dice el Sábio (*Eccli.* XXIII, 38), es grande gloria seguirle con perfeccion; y tanto será mayor la gloria, cuanto mas de cerca le siguiéremos, procurando ser perfectos, como lo es nuestro Padre celestial (*Matth.* V, 48), y el Rey y Maestro que para nuestro ejemplo nos ha dado. De aquí es, que los que no hubieren sido llamados con especial vocacion á tal modo de vida, han de mostrar la voluntad que tienen de servir á este soberano Rey, diciéndole con David (*Psalm.* CVII, 2): Aparejado está, Señor, mi corazon, aparejado está: héme aquí aparejado para cumplir tus preceptos, y aparejado tambien para guardar tus consejos: yo me ofrezco por tu amor á seguirte en pobreza y castidad, dejando mi libertad y cuanto tengo por tu gloria, si te dignares llamarme para tal modo de vida.

4. Á estas tres suertes de personas se puede añadir otra cuarta de aquellos que son llamados de este Rey celestial, no solamente para imitarle en la pobreza, castidad y obediencia, sino tambien para ser instrumentos suyos en llamar á otros, y con su favor pelear, no solo contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus prójimos, ayudándoles á su salvacion, y convidándoles, como dice la Sabiduría (*Prov.* IX, 3), para que suban al alcázar y muros de la ciudad, esto es, á lo mas alto de la cristiana perfeccion. En esta suerte entran aquellos religiosos, cuyo fin, á imitacion de los Apóstoles, es atender no solamente á su propia salvacion y perfeccion, sino á la de otros; –cual es el fin de nuestra Compañía de Jesús, cuyos religiosos profesamos ser compañeros de Jesús en esta empresa; –y los que de esta manera son llamados, han de estar contentísimos con su vocacion, considerando la alteza de ella, y dar muchas gracias al que los llamó, ofreciéndose con gran corazon á cualesquier trabajos y peregrinaciones entre fieles ó infieles, hasta derramar la sangre, si fuere menester, por la gloria de Dios y por la salvacion de las almas, diciendo aquellas palabras del profeta Isaías (*Isai.* VI, 8): Veisme aquí, Señor, enviadme donde quisiéreis, y como quisiéreis, porque aparejado estoy para hacer cuanto me mandáreis.

5. *Conclusion de lo dicho.*—De lo que se ha dicho en esta meditacion infiero el espíritu con que hemos de entrar en las meditaciones siguientes, procurando cada uno imitar á Cristo nuestro Señor perfectísimamente, conforme al estado que ha escogido. Si es religioso, siguiendo su propio instituto con perfeccion; si tiene estado de continencia, ó sacerdocio, cumpliendo todas sus obligaciones con entereza; y si es casado, desnudando su corazon de las aficiones desordenadas á las cosas que posee, conforme á la regla del Apóstol, que dice (I *Cor.* VII, 29): Los que tienen mujeres, sean como si no las tuviesen; los que compran y poseen, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como si no usasen de él, haciendo todas sus cosas de modo que por ellas ni pierdan á Cristo, ni aflojen en su amor y servicio. Pero los que no han tomado estado, y desean escoger el que mas les conviene para su salvacion y perfeccion, han de tener por fin mirar lo que Cristo nuestro Señor les inspira, para imitarle en aquel grado de perfeccion á que se sintieren movidos; –para lo cual les ayudarán las meditaciones VI, VII y VIII de la parte III.—

MEDITACION I.

DEL DECRETO QUE HIZO LA SANTÍSIMA TRINIDAD, DE QUE LA SEGUNDA PERSONA DIVINA SE HICIESE HOMBRE PARA REMEDIAR EL LINAJE HUMANO, PERDIDO POR EL PECADO DE ADAN.

—Á la entrada de esta meditacion, y de las siguientes, que tratan de este misterio, será bien imaginar á Dios nuestro Señor, trino y uno, sentado en un trono de infinita majestad, cercado, al modo que le vió san Juan (*Apoc.* IV, 3), del arco del cielo, símbolo de su infinita misericordia, con los tres colores de su infinita bondad, sabiduría, y omnipotencia, con las cuales gobierna todas las cosas; y quiere, sabe y puede remediar nuestras miserias. Luego imaginaré á todos los hombres, y á mí entre ellos, por el pecado de Adan, tendidos en tierra, despojados, llagados y medio muertos, cual estaba el miserable hombre que cayó en manos de ladrones camino de Jericó (*Luc.* X, 30): y á las tres divinas Personas, que los estaban mirando, compadeciéndose de ellos, y entrando en consejo sobre el medio que tomarán para remediarlos.—Con esta santa presentacion, postrado en espíritu delante de este trono, y adorando á la beatísima Trinidad, le suplicaré humildemente, me ilustre con su divina luz, para que conozca la alteza del consejo que tomó para nuestro remedio, de modo que me aproveche. Y la vista amorosa de su celestial arco me ha de alentar para llegarme, como dice san Pablo (*Hebr.* IV, 16), con grande confianza al trono de su gracia, esperando alcanzar misericordia y ayuda en el tiempo conveniente, cual es este de la oracion.—

Punto primero.—1. El primer punto y fundamento de los siguientes será, considerar el decreto que hizo Dios nuestro Señor en su eternidad, de remediar el linaje humano que se perdió por el pecado de Adan, ponderando las causas que le movieron á ello (*D. Thom.* 3, *p. q.* 1, *et art.* 1, 2; *q.* 4, *art.* 1): unas de parte de su infinita misericordia, y otras de parte de nuestra miseria, y del modo lastimoso como incurrimos en ella.—Primeramente consideraré, como habiendo Nuestro Señor criado dos suertes de criaturas á su imágen y semejanza, para que le sirviesen y alabasen; es á saber, Ángeles y hombres: Ángeles en el cielo empíreo, y hombres en el paraíso terreno: y habiendo visto que gran parte de los Ángeles pecaron, y tambien los hombres, determinó mostrar la terribilidad de su justicia ri-

gurosa en castigar los Ángeles, flechando contra ellos el riguroso arco de su ira, y arrojándolos luego del cielo al infierno (II *Petr.* II, 4), sin darles lugar de penitencia; pero con los hombres, aunque merecian el mismo castigo, quiso mostrar las riquezas (*Sap.* XI, 24; XII, 10) de su misericordia infinita, determinándose á remediarlos y sacarlos de las miserias en que habian caido, dándoles medios para alcanzar perdon de su pecado. Porque en ninguna cosa resplandece tanto la misericordia de Dios, como en perdonar pecados, y compadecerse de sus mismos enemigos; y no era razon que la misericordia dejase de mostrarse en cosa que tanto la engrandece. Y así lo hizo con los hombres, conforme á lo que dice san Pablo (*Tit.* III, 4, 5): Se ha manifestado la benignidad y clemencia de Dios nuestro Señor, en que nos hizo salvos, no por obras de justicia que hicimos, sino por su grande misericordia. Por la cual todos los hombres debemos dar infinitas gracias á este Señor, viendo que con ser criaturas tan viles, y mereciendo ser desamparadas por su justicia, nos amparó con su misericordia; dejando á los Ángeles, que eran mas nobles que nosotros. Ó Dios eterno, verdadero padre de misericordias, ¿con qué te pagarémos tan soberano beneficio como este, que sin merecerlo nos dés remedio para alcanzar perdon de nuestro pecado? Alábente por esta merced los Ángeles que quedaron en el cielo; reconózcanla, y aprovéchense de ella los hombres que viven en la tierra, y mi alma se derrita en amor tuyo, cantando la muchedumbre y grandeza de tu misericordia, por la cual te suplico perdones mis pecados, ayudándome para nunca mas volver á ellos. Esta consideracion he de aplicar á mí mismo, ponderando que, aunque Dios nuestro Señor, por su misericordia ha hecho decreto de perdonar á los pecadores, y con efecto perdona á los rendidos, pero con los rebeldes usa de su rigurosa justicia, condenándolos como á los demonios; y así he de procurar no resistir á la divina misericordia, por no caer en manos de su justicia.

2. Luego ponderaré las causas que en alguna manera movieron á la divina misericordia para compadecerse de nuestra miseria: una fue, porque Adan con su pecado no solamente hizo daño á sí mismo, sino tambien á todos sus descendientes, los cuales habian de nacer pecadores, condenados á muerte y cárcel eterna, incurriendo estos daños, no por su propia voluntad personal, sino por la que tuvieron en su primer padre. (*Rom.* V, 12). Y como Dios es tan misericordioso, no pudo sufrir su clemencia que toda su obra pereciese sin remedio por culpa de uno; y que todo este mundo visi-

ble, que habia sido criado para el hombre, quedase frustrado de su fin sirviendo al pecador; por lo cual se determinó de remediarle. De donde sacaré dos motivos para confiar en la divina misericordia, alegándolos por títulos para que remedie mi miseria, como lo hacia David. Uno, que fuí concebido en pecado (*Psalm.* L), del cual nacen originalmente todas mis miserias. Otro, que (*Psalm.* CXXXVII, 8) soy obra de sus manos; por lo cual no (*Sap.* XI, 25) he de ser despreciado ni aborrecido, pues no aborrece lo que hizo. Ó Padre misericordiosísimo, pues conoces la masa de que tus hijos somos formados, la cual salió de tí buena, y por Adan se hizo mala, compadécete de nosotros, remediando el daño que Adan hizo, para reformar lo bueno que tú hiciste. Mis manos han borrado en mí lo que hicieron las tuyas; reparen las tuyas con tu copiosa gracia lo que hicieron las mias por mi grande culpa.

3. Otra causa fue, porque el hombre pecó siendo tentado é inducido del demonio, parte por envidia que tuvo de su bien, parte por la rabia que tenia contra Dios, deseando vengarse del Criador en criatura que de él era tan favorecida, y en quien estaba su divina imágen estampada. Por esto el mismo Dios, movido á compasion, quiso tomar por suya la causa del hombre, determinándose á remediarle porque su enemigo no quedase para siempre victorioso. Y así le dijo en pecando Adan (*Genes.* III, 15): Yo pondré enemistad entre tí y la mujer, y entre tus descendientes y los suyos, y ellos te quebrantarán la cabeza, venciendo á quien los venció, y triunfando de quien de ellos triunfó. Con lo cual tambien me da esperanzas de que se compadecerá de mí, y tomará mi causa por suya, pues el demonio ahora me persigue con la misma envidia y rabia; y así le puedo decir con David (*Psalm.* LXXIII, 22): Levántate, Señor, y vuelve por tu causa, ayudándome con tu gracia á quebrantar la cabeza de la serpiente, pues siempre me persigue porque te aborrece.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar el admirable decreto que hizo la santísima Trinidad, de que la segunda Persona, que es el Hijo de Dios, se hiciese hombre para redimir el linaje humano perdido por el pecado de Adan, ponderando las causas que le movieron á ello: unas de parte de nuestra grande necesidad y miseria, y otras de parte de su infinita bondad y misericordia. — Primeramente consideraré, como la santísima Trinidad, viendo en su eternidad muchos medios que tenia para remediar los hombres; ó perdonándolos con pura y sola misericordia, criando otro

nuevo hombre que satisfaciese por ellos; ó, encargando esto á los Serafines, no quiso escoger el medio que era mas fácil, ni menos perfecto; ni encargar está obra á otro, sino escogió el mejor medio que era posible, trazando que el Hijo de Dios se hiciese hombre para remediar á los hombres. De suerte, que no pudo darnos mejor remediador, ni mas poderoso remedio, ni mas copiosa redencion, queriendo que, á donde abundó el delito, abundase infinitamente mas la gracia. (*Rom.* v, 20).

2. Para ponderar mas esta verdad, miraré lo que el primer hombre hizo contra Dios, comparando los pensamientos y trazas del uno con las del otro. Adan trazaba con soberbia levantarse contra el mismo Dios, queriendo usurpar su divinidad y sabiduría, y el señorío de todas las cosas; por lo cual merecia que Dios le aborreciera y humillara, y que aniquilara su naturaleza pervertida. Pero Dios, con su infinita bondad, no solamente quiso perdonar esta injuria, sino para ello escogió un medio de suma honra y provecho para el hombre, y de suma humillacion y trabajo para Dios; porque con ser el Verbo divino de infinita grandeza y majestad, no reparó, como dice san Pablo (*Philip.* II, 6-7), en deshacerse y humillarse á tomar forma de siervo, y vestirse la naturaleza mortal y pasible de su mismo enemigo, y juntándola consigo en unidad de persona, para sacarle de la suma miseria en que estaba por la culpa, y levantarle á la suma honra y dicha que podia tener por su gracia. Pues, como dice san Agustin (Serm. 9 de Nativ.), Dios se hizo hombre, para hacer al hombre Dios: para que en virtud de Dios humanado, los hombres fuesen dioses por participacion.

3. Finalmente, mirando este soberano decreto, me admiraré con grande pasmo de la infinita bondad y misericordia de Dios. Y unas veces con Moisés la engrandeceré, diciendo (*Exod.* XXXIV, 6): ¡Oh Señor, Señor Dios, misericordioso, clemente, hacedor de misericordias y verdadero, que haces misericordia por millares de generaciones, y perdonas la maldad, los delitos y pecados, y no hay quien tenga inocencia si de tí no la recibe. Otras veces, como los Serafines (*Isai.* VI, 3), cubriré con las alas el rostro y piés de Dios, venerando esta junta de su divinidad y humanidad, y á voces diré: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos, llena está la tierra de su gloría, por la grandeza de su misericordia. Otras veces daré gracias á este Señor, por esta merced tan gloriosa, diciéndole: Ó Dios eterno, gracias te doy por esta soberana traza que intentaste para mi remedio, tomando sobre tí mi bajeza, para comuni-

carme tu grandeza. Concédeme que yo me humille para servirte, como tú te humillaste para remediarme; y que haga yo lo sumo que pudiere por tu servicio, como tú hiciste lo sumo que podias para mi remedio! Ó alma mia, haz por tu Dios todo lo que puedas, pues todo es poco para lo mucho que le debes. Aprende á estimar á Dios, como él te estima; y pues te há levantado á tanta grandeza, no hagas cosa que desdiga de ella. (*S. Leo,* Serm. 1 de Nativ.).

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar como en esta obra de la Encarnacion pretendió juntamente Dios nuestro Señor descubrirnos la infinita excelencia de todas sus perfecciones y virtudes, empleándolas con la suma perfeccion que era posible, en grandísimo provecho nuestro. Esto se puede ponderar, discurriendo brevemente por las mas principales.–Lo primero, mostró su infinita bondad en comunicarse á sí mismo con la mayor comunicacion que podia, dando su ser personal á una naturaleza humana, y emparentando de esta manera con todo el linaje de los hombres.–Mostró su caridad en unir consigo esta naturaleza con tan estrecha union, que uno mismo fuese hombre y Dios, para que todos los hombres fuesen una cosa con Dios por union de amor, dándoles liberalmente y de balde la cosa que mas amaba y estimaba, y con ella todas las demás cosas. (*Rom.* VIII, 32).–Mostró su infinita misericordia, hermanándola maravillosamente con la justicia; porque no pudo ser mayor misericordia, que venir personalmente Dios á remediar nuestras miserias, y hacerse capaz de tristeza, para tener verdadera compasion de ellas.–Ni pudo ser mayor justicia, que pagar el mismo Dios humanado nuestra propia deuda, pasando por la pena de muerte que mereció nuestra culpa; ni pudo ser mayor hermandad, que aplicar á los demás hombres por misericordia la paga que Dios hombre mereció de justicia, dándome confianza de alcanzar todas las cosas que me convienen, pues todas las ganó este Señor de justicia, y me aplica sus merecimientos por su infinita misericordia.

2. Además, mostró su inmensa sabiduría en inventar modo como juntar cosas tan distantes, como son Dios y hombre, eterno y temporal, impasible y pasible (*Damas.* Lib. 3 de Fid. orthodoxa, *à principio*), y en dar traza para desatar el nudo dificilísimo de nuestras culpas, perdonándolas la divina misericordia, sin perjuicio de la justicia.–La omnipotencia mostró en hacer por el hombre lo sumo que podia, en razon de honrarle y enriquecerle; porque entre todas las cosas divinas, ninguna hay mayor que hacerse Dios hombre.–Mostró finalmente su santidad y todas sus virtudes, imprimién-

dolas en Dios humanado para que fuese dechado visible de todas, animándonos con su ejemplo á imitarlas, y ayudándonos con su gracia á procurarlas, sin que haya quien pueda excusarse de ello. Porque si Dios ama á los prójimos, ¿quién no los amará? Si Dios hace bien á sus enemigos, ¿quién hará mal á los suyos? Si Dios se humilla, ¿quién se ensoberbecerá? Si Dios padece y sufre, ¿quién será impaciente y mal sufrido? Y si obedece Dios, ¿cómo no obedecerá el hombre?

3. Estas siete perfecciones divinas que resplandecen en esta obra, me han de ser motivo para alabar á Dios cada dia siete veces, y siete mil si pudiese, deseando amarle y servirle con la mayor perfeccion que me fuere posible. Porque si antes de hacerse Dios hombre pedia que le amásemos con todo nuestro corazon y alma, espíritu y fuerzas (*Deut.* VI, 5); ¿con cuánta mas razon me pedirá ahora tal grado de amor y fervor en su servicio? Y pues la prueba del amor son las obras (*D. Greg.* Hom. 36 in Evang.), he de mostrar en ellas este amor, procurando imitar las excelentísimas perfecciones que descubrió en esta obra; es á saber: su bondad, caridad, liberalidad, misericordia, y las demás que son imitables, y especialmente las virtudes que este Dios encarnado ejercitó en el mundo para nuestro ejemplo. Ó Trinidad beatísima, ¿qué gracias te daré por haber descubierto con esta obra las infinitas grandezas que tenias encubiertas en tu pecho? ¿Qué te daré que no sea poco, por dádiva tan soberana? ¿Cómo te amaré y serviré por ella? Héme aquí dedicado todo á tu servicio, con deseo de amarte como me amaste, y de imitar las virtudes que me descubriste. Y pues me has dado lo que es mas, dame tambien lo que es menos, dándome que te ame por el don infinito que me diste. Amen.

MEDITACION II.

DE LA INFINITA CARIDAD DE DIOS, QUE RESPLANDECE EN EL MISTERIO DE LA ENCARNACION, Y DE LOS GRANDES BIENES QUE POR ÉL NOS VIENEN.

— Aunque todas las divinas perfecciones resplandecen, como queda dicho, en el decreto de la encarnacion; mas sobre todas campea la caridad, de la cual será esta meditacion (dejando las otras para la parte VI), fundada en lo que Cristo nuestro Señor dijo á Nicodemus (*Ioan.* III, 16): *Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, para que cualquiera que creyere en él, no perezca, sino al-*

cance la vida eterna. En las cuales palabras sufrió el Salvador tres cosas principalísimas de este soberano misterio; conviene á saber, la fuente principal de donde procedió su grandeza, sus fines y efectos admirables. —

PUNTO PRIMERO. –*Así amó Dios al mundo.*— 1. Lo primero, se ha de considerar la infinita grandeza de la persona que nos amó y nos hizo este soberano beneficio, y la infinita vileza del que es amado, á quien se hizo esta merced, comparando lo uno con lo otro. Lo primero, ponderaré como el orígen de este soberano beneficio fue la infinita caridad y amor de Dios; el cual para su provecho y bienaventuranza no tenia necesidad de amar á nadie fuera de sí mismo, porque con solo verse y amarse es infinitamente bienaventurado. Pero con todo eso, de pura gracia quiso amar las criaturas, y hacerlas bien solamente porque es bueno, y por mostrar en ellas las riquezas de su bondad, conforme á lo que dijo el Apóstol (*Ephes.* II, 4): Dios, que es rico en misericordia, nos amó por su excesiva caridad, que es decir: no nos amó porque tuviese necesidad de nosotros, ni porque se lo mereciésemos de justicia, sino porque su misericordia se compadeció de nuestra miseria, y su caridad quiso salir de sí para amar á otros.

2. Lo segundo, ponderaré como pasó mucho mas adelante la infinita caridad de Dios en querer tambien amar al mundo, siendo quien era. Mundo llamo la muchedumbre de los hombres pecadores que pecaron en Adan, y de él contrajeron la mancha de la culpa original, y despues por su propia voluntad cayeron en gravísimos pecados actuales, por los cuales eran indignísimos de ser amados, y merecian sumamente ser aborrecidos. De suerte que no solamente amó Dios á los hombres cuando no eran, y por consiguiente ni eran amigos ni enemigos; sino tambien los amó cuando eran enemigos rebeldes y desagradecidos á otros innumerables beneficios que les habia hecho, para descubrir con esto los infinitos tesoros de su misericordia y caridad.

3. Lo tercero, haré comparacion de lo que Dios hace en el cielo, á lo que los hombres hacen en la tierra, ponderando como Dios ama al mundo que le aborrece, y el mundo aborrece al Dios que le ama. El mundo se emplea en ofender á Dios, y Dios desea emplearse en hacer bien al mundo, admirándome de la maldad abominable del mundo, y de la infinita bondad y caridad de Dios. Ó Dios de infinita majestád, ¿cómo te dignas de amar á mundo de infinita vileza? Pues conoces quién es el mundo, ¿cómo no le aborreces? cómo

no le hundes y aniquilas? Bendita sea tu inmensa caridad, en cuyo seno cabe amor de tan ingrata criatura. Muéstrala, Señor, conmigo en hacer que te ame como me amas, y te sirva como mereces. Estas tres cosas he de aplicar á mí mismo, poniéndome á mí en lugar del mundo, que como ingrato y desconocido á Dios, y no por eso Dios ha dejado de amarme, deseando hacerme bien para que de corazon le amase.

PUNTO SEGUNDO. — *Que le dió á su Hijo unigénito.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar la infinita grandeza del don que Dios dió al mundo, que fue su Hijo unigénito. En lo cual se ha de ponderar: lo primero, como el amor de Dios no es amor de solas palabras y buenas razones, sino amor de obras, haciendo bien á los que ama; y cuanto mas ama, tanto mayores bienes da al amado. De aquí es, que para mostrar la infinita grandeza de su amor, nos dió la cosa mas preciosa que podia darnos, que es su mismo Hijo, de igual dignidad con su Padre, y un mismo Dios con él, queriendo se hiciese hombre como nosotros, para que dentro de un hombre morase la plenitud de Dios, de la cual todos participasen. (*Colos.* II, 9). Y á esta causa Cristo nuestro Señor, queriendo engrandecer la grandeza del divino amor, dijo: Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito (*Ioan.* I, 1), como quien dice: no pudo amarle mas, que en darle á su Hijo, y no cualquiera sino el Hijo natural, el unigénito, y solo. Y en lugar de aquella palabra amó, puedo poner otras semejantes, diciendo: Así estimó Dios al mundo, así le honró, así le glorificó y ensalzó, así le enriqueció y le amparó, que le dió á su Hijo unigénito; y esto de balde y de pura gracia, porque no hubo quien pudiese merecer tan infinito don.

2. Luego ponderaré á quién se dió don tan precioso, que es á un mundo perverso, ingrato y desconocido; y tan bestial, que viniendo este gran Unigénito de Dios á vivir en él (*Ioan.* I, 10), *mundus eum non cognovit;* el mundo no le conoció, ni le estimó, ni le reverenció como debia, ni supo agradecerle la honra y el bien que de él recibia. Y así, comparando lo que Dios hace por los hombres, que es darles á su Hijo, y lo que los hombres hacen contra Dios, que es ofenderle y desconocer su don, me admiraré grandemente de la infinita caridad de Dios, deseando amarle muy de veras por esta merced, procurando mostrar con obras mi amor; en que como Dios me dió el único Hijo que tenia, así yo le dé la única alma que tengo, y mi único corazon, empleando mi memoria, entendimiento y voluntad, con todos mis sentidos y potencias, en amar y servir á tal Pa-

dre, que dió tal Hijo á tal mundo. Ó Padre eterno, gracias te doy cuantas puedo por el infinito amor que nos tuviste, dándonos la cosa mas amada y preciada que tenias. Deseo amarte como me amas, dándote la cosa mas preciosa que en mí tengo: recibe mi corazon en prendas de este amor, para que de hoy mas no te ame con sola palabra y lengua, sino con obras y con verdad (I *Ioan.* III, 18), buscando siempre tu gloria, sin mezcla de cosa profana. Amen.

PUNTO TERCERO. – *Para que cualquiera que creyere en él, no perezca, sino alcance la vida eterna.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar el fin para que Dios dió al mundo este Hijo unigénito, y los infinitos bienes que de este don resultan á los hombres. En lo cual se ha de ponderar, como el Hijo de Dios vino al mundo, como él mismo dijo (*Ioan.* XII, 47), *Ut salvificem mundum*, para salvar al mundo con una perfectísima salvacion, la cual consiste en dos cosas. – La primera, en quitarle todas las cosas que son causa de que perezca y se condene, perdonándole los pecados, librándole de la esclavonía del demonio, y de la cárcel eterna del infierno, y de todas las demás miserias que andan anejas con la culpa, y son causa de volver á ella. – La segunda, en darle la vida de la gracia, con todas las virtudes sobrenaturales que la acompañan, y despues la vida eterna. Y en estas dos cosas se encierran otras innumerables que adelante se irán diciendo.

2. Y finalmente, para echar el sello á la grandeza de este beneficio, quiere Dios que se extienda á todos los hombres del mundo, de cualquier estado y condicion que sean, sin excluir, cuanto es de su parte, á ninguno de cuantos quisieren creer en él con fe viva; los cuales no perecerán, sino todos alcanzarán la vida eterna. Y siendo esto así, tambien se extiende á mí este beneficio, y puedo aplicar á mí todas estas palabras, diciendo con toda verdad: Así me amó Dios que me dió á su Hijo unigénito; para que creyendo en él con viva fe no perezca, sino alcance la vida eterna. Ó Hijo unigénito del Padre, ¿qué gracias te daré por haber venido al mundo para librarnos de tantos males, y llenarnos de tantos bienes? Tú perdonas nuestros pecados, despojas el infierno, abres las puertas del paraíso, vences al demonio, triunfas del mundo, domas nuestra carne, atajas nuestros peligros, consuelas nuestras tristezas, avivas nuestras obras, aumentas nuestros merecimientos, nos das perseverancia en tu gracia, y despues nos coronas con tu gloria. Nada de esto tuviéramos sin tí, y todo lo tenemos ahora por tí, pues por tí bajan del cielo todas las bendiciones y misericordias que llenan la tierra. Bendito sea

el Padre que te nos dió para nuestro remedio; y bendito seas tú su Hijo, que veniste á remediarnos. Remédiame, Señor, con eficacia, para que no perezca, sino alcance por tí la vida eterna. Amen.

3. Por lo que se ha dicho en esta meditacion y en la precedente consta, que las causas y motivos de la Encarnacion pueden reducirse á tres órdenes encadenados entre sí. Uno de parte de las divinas perfecciones, para manifestarlas. Otro de parte de nuestras miserias, para remediarlas. Y el tercero, de parte de las riquezas sobrenaturales de gracia y gloria, para comunicarlas. De estas tres cosas hemos de tejer una fortísima cuerda de tres ramales, con que atarnos fuertemente con el Verbo divino encarnado, juntándonos con él con perfecto amor; pues tantos motivos tenemos para amarle, cuantas son las divinas perfecciones que nos descubrió, y las miserias de que nos libró, y las gracias y virtudes que nos mereció.

MEDITACION III.

DEL DECRETO QUE HIZO DIOS DE NACER DE MUJER; Y DE LA ELECCION DE NUESTRA SEÑORA PARA SER SU MADRE; Y DE LAS SINGULARES GRACIAS QUE POR ESTO LA CONCEDIÓ EN EL INSTANTE DE SU CONCEPCION.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como habiendo Dios determinado de hacerse hombre, aunque pudiera tomar cuerpo de varon perfecto como el de Adan, no quiso sino nacer de mujer (*D. Thom.* 3 *p. q.* 31, *art.* 4), como dice san Pablo, y tener madre como los demás hombres; y así lo reveló al principio del mundo, diciendo á la serpiente, que un descendiente de la mujer quebrantaria su cabeza. Á esta determinacion le movieron muchas causas, en que descubrió su infinita caridad para nuestro provecho.—La primera, para que la divina bondad, que tan amiga es de comunicarse á sus criaturas, se dilatase mas y á mayores grandezas en ambos sexos de la naturaleza humana, levantando un varon á la infinita dignidad de Hijo natural de Dios, y levantando una mujer á la dignidad de Madre de Dios, que, como dice santo Tomás (1 *p. q.* 25, *art* 6 *ad* 4), tambien en alguna manera es infinita. Con lo cual nos da prendas, que sin acepcion de personas hará bien á todos, porque, segun dice el Apóstol (*Galat.* III, 28), en Cristo Jesús no hay diferencia de hombre á mujer, de libre á esclavo, ni de grande á pequeño.

2. La segunda causa fue, para que como nuestra perdicion comenzó por un hombre y una mujer, así nuestra redencion tuviese

principio de otro hombre y de otra mujer; principalmente de Cristo, como cabeza y único medianero nuestro, y padre del siglo futuro. Y luego de su Madre, como de su ayudadora en la obra de nuestra redencion; á los cuales acudiesen los hombres por remedio de sus necesidades, con la confianza que suelen acudir á su padre y madre. Y en especial Cristo nuestro Señor quiso tener madre, para que ella fuese tambien madre y abogada de los pecadores; los cuales, si por pusilanimidad temiesen acudir á él (*Ansel.* Lib. de excel. Virg. c. 6), por ser no solamente hombre y abogado nuestro, sino tambien Dios y juez muy justo, acudiesen confiadamente á su Madre, á quien no pertenece ser juez, sino abogada; y ella, como madre llena de misericordia y piedad, abogase por todos. Por donde se ve, cuán grandes ganas tiene Dios de nuestra salvacion, y de que tengamos confianza de alcanzarla, pues tantos medios tan suaves y eficaces inventó para ello. Gracias te doy, Padre eterno, por habernos dado padre y madre de nuestra naturaleza, por cuyo medio seguramente podemos negociar tu gracia. Gracias te doy, Verbo divino, por haber querido tener madre, que juntamente lo fuese nuestra, por la cual hallásemos entrada en el trono de tu infinita misericordia, para que no nos condene tu rigurosa justicia. – La última causa fue, porque gustó Dios de hacerse niño por nosotros, y de tener madre en la tierra, á quien obedecer y sujetarse, como los demás hombres, para darnos ejemplo de humildad y de otras virtudes, —como se verá en la meditacion IX, y en otras siguientes.—

Punto segundo.—Lo segundo, se ha de considerar la eleccion de la Vírgen nuestra Señora para ser madre de Dios, ponderando como la santísima Trinidad, entre innumerables mujeres que vió en su eternidad, puso los ojos graciosamente en la Vírgen, y la escogió para las grandezas que dijimos en el punto precedente; es á saber, para ser madre del Verbo divino encarnado, y su cooperadora en la redencion del mundo; madre y abogada de los hombres, y á quien el mismo Dios en cuanto hombre se sujetase y obedeciese. Esta (*Vide Suarez*, t. 2, in 3 part. disp. 1) eleccion, como dicen los santos Padres, fue la raíz de las otras grandezas de esta Señora; y de ello tuvo siempre grande estima y agradecimiento, viendo que habia sido de pura gracia y sin merecimientos suyos; porque como Dios la escogió para ser madre, pudiera escoger á otras muchas mujeres, y hacer tales como á ella. Pero yo he de gozarme de que le cupiese esta buena suerte, y darla el parabien de ella, diciéndola: Ó Vírgen santísima, gózome de que hayais sido escogida

para dignidad tan soberana, como es ser madre del mismo de quien sois hija. Y pues con esta dignidad os dan tambien ser madre y abogada de los pecadores, mostraos ser madre nuestra en favorecernos, y abogad por nosotros para que seamos dignos hijos de quien Vos sois madre.

PUNTO TERCERO. – *De la predestinacion de* NUESTRA SEÑORA.— 1. De aquí he de subir á considerar, como Dios nuestro Señor en su eternidad, escogiendo á esta Señora para ser madre suya, juntamente la escogió para ser vaso excelentísimo de su misericordia, en quien depositase todas las grandezas de gracia y gloria que convenian á Madre de tal Hijo. Y (*D. Thom.* 3 *p. q.* 7, *art.* 10. *ex August.* Lib. de nat. et gratia, c. 36) por consiguiente, las mayores que se concediesen á pura criatura, por lo cual se dice de ella, que es (*Cant.* VI, 9): *Electa ut sol*, escogida como el sol; porque como el sol es único y singular en sus excelencias entre todas las estrellas, así la Vírgen fue escogida para ser única y singularísima en los dones de gracia entre todas las puras criaturas, de modo que ninguna la igualase en ellas. – Esto puedo ponderar en general, por lo que dice san Pablo, que nos escogió Dios (*Ephes.* I, 4), *Ut essemus sancti, et immaculati in conspectu eius in caritate*, para que fuésemos santos y puros sin mancilla en su presencia por la caridad. En todo lo cual tuvo eminencia la eleccion de la Vírgen nuestra Señora. – Lo primero, fue escogida para ser santa con todos los grados de santidad, y en todo género de gracias y virtudes que se habian de dar á las demás criaturas, y con mucha mayor excelencia que á ellas. Porque, como dice san Jerónimo (Serm. de Assumpt. *t.* 9), las gracias que están repartidas entre los otros Santos, todas juntas con gran plenitud se dieron á María, porque habia de nacer de ella el Autor de todas las gracias, Cristo Jesús; el cual, como es Santo de los Santos, quiso santificar á la que habia de ser su tabernáculo (*Psalm.* XLV, 5), para que entre las puras criaturas fuese como Santa de las Santas, superior á todas en la santidad.

2. Lo segundo, fue escogida para ser pura y sin mancilla con todos los grados de pureza que se podian hallar en pura criatura, sin que tuviese mancha de culpa ni rastro de ella; porque, como dice san Anselmo (De concept. Virg. *c.* 18), convenia que la Vírgen resplandeciese con tal pureza, que despues de Dios no la hubiese mayor, por cuanto habia de ser madre del que es la misma pureza; el cual, como en cuanto Dios tiene Padre puro y limpio de todo pecado, por su divina esencia, así en cuanto hombre queria tener Ma-

dre pura y limpia con semejante pureza, por especial gracia, para que la Madre de la tierra se pareciese tambien al Padre del cielo.

3. Lo tercero, fue escogida para ser santa y sin mácula, no como quiera, sino en la presencia de Dios; esto es, para que con santidad y pureza no fingida, sino verdadera, no exterior solamente, sino tambien interior, anduviese en la presencia de Dios: *in conspectu eius in caritate;* así en la presencia de su divinidad, mirándole y agradándole en todas sus obras, como fiel hija, como tambien en la presencia de Dios humanado, regalándole y sirviéndole como madre, amándole por ambos títulos con encendidísima caridad, y allegando con tales servicios innumerables y muy esclarecidos merecimientos, por los cuales la comunicase despues su amorosa presencia y clara vista con mayor excelencia de gloria que á todos los demás escogidos. Todo lo cual procedió de la infinita caridad con que la santísima Trinidad la amó sobre todos, y la predestinó para tanta gloria. El Padre, porque habia de ser madre de su propio Hijo. El Hijo, porque habia de ser su propia madre. Y el Espíritu Santo, porque habia de obrar en ella la concepcion de este Hijo, Dios y hombre verdadero.

4. Este es el fin de la eleccion y predestinacion de la Vírgen, por la cual he de alabar á la santísima Trinidad, y gozarme de la gloria que de aquí resulta á la que tengo por madre. Y pues Dios nuestro Señor tambien me ha llamado por su infinita caridad para ser santo y sin mancilla en su presencia, he de tomar á la Vírgen por dechado de todo esto, para imitarla en las tres cosas que se han dicho, y por abogada, para que me las alcance de su Hijo, procurando yo de mi parte, como dice san Pedro (II *Petr*. I, 10), hacer cierta mi vocacion y eleccion con buenas obras. Ó Vírgen soberana, gózome de que seais escogida como el sol, en quien no hubiese oscuridad de culpa, sino grande resplandor de gracia, y despues esclarecida lumbre de gloria, excediendo á los demás Santos, como el sol á las estrellas. Haced conmigo oficio de sol, alumbrando mis tinieblas, para que sea puro y resplandeciente como estrella del firmamento (*Dan*. XII, 3), luciendo en perpétuas eternidades. Ó Dios eterno, por cuya caridad sin nuestros merecimientos fuimos escogidos para ser limpios y santos en tu presencia, gracias te doy por haber escogido á esta Vírgen con eleccion tan soberana; y por ella te suplico limpies mi alma de sus culpas, y la adornes con tus virtudes para que viva siempre en tu presencia y alcance la vida eterna. Amen.

PUNTO CUARTO. – *Concepcion de* NUESTRA SEÑORA. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar, como llegado el tiempo en que Dios queria hacerse hombre para asentar la primera piedra de este edificio, crió á la Vírgen que habia de ser su madre; y en el mismo instante de su concepcion la comunicó excelentísimas gracias y singulares privilegios, cuales era razon que tal Hijo diese á su propia madre, habiéndola escogido por su voluntad y con grande caridad, y siendo riquísimo y poderosísimo para enriquecerla con los tesoros de su gracia. Estos privilegios reducirémos á cuatro, ponderando brevemente algunas razones de ellos, y el modo en que podemos participarlas. – El primer privilegio que le concedió, fué preservarla de la culpa original en que habia de caer por ser hija de Adan, santificando su alma en el primer instante de su creacion, cuando la juntó con el cuerpo. De modo, que como Dios nuestro Señor en un mismo instante dió al sol el ser y la luz; y á los Ángeles y á los primeros padres Adan y Eva dió juntamente la naturaleza y la gracia, así en un mismo instante crió y santificó el alma de la Vírgen, y la hizo escogida como el sol, sin que la tocasen las tinieblas del pecado. La razon de esto, además de la dicha en el punto precedente, fue, porque Cristo nuestro Señor venia al mundo para redimir los hombres y librarlos de toda culpa, especialmente de la original; lo cual podia hacer en dos maneras, ó sacándolos de la culpa despues de haber caido en ella, ó preservándolos de caer. Y este segundo modo es mucho mas excelente, y en él resplandece mas la omnipotencia y misericordia del Redentor; porque como no hay mayor miseria que la mancha del pecado, como arriba se dijo, así no hay mayor misericordia que preservarnos de ella, de modo que ni por un instante nos toque.

2. De aquí es, que para gloria del Redentor y de su redencion, era muy conveniente usar de esta misericordia con la que habia de ser su madre, redimiéndola con el mejor modo de redencion que era posible, preservándola de la infamia y miseria de la culpa original al tiempo que habia de caer en ella, honrándola y hermoseándola con su gracia para que la Madre fuese semejante al Hijo en la pureza, siendo los dos concebidos sin pecado; él por derecho, y ella por privilegio; él como redentor del mundo, y ella como su ayudadora en la obra de la redencion. Ó Hijo de Dios vivo, que te hiciste hombre, naciendo de la Vírgen por hacer una Iglesia gloriosa, sin mancha ni ruga, ni otra imperfeccion (*Ephes.* v, 27): gracias te doy cuantas puedo, por haber querido que tu Madre, por especial gra-

cia, gozase desde su concepcion la limpieza de culpa que los demás escogidos alcanzan en la gloria. Ó Madre gloriosísima, gózome de la pureza con que entrais en el mundo resplandeciendo con la luz de la gracia, como entró vuestro Hijo el sol de justicia. Bien podeis decir en esta primera entrada, lo que él dijo en la suya : Que estais aparejada para cumplir la voluntad de Dios, y que en medio de vuestro corazon está impresa su ley (*Psalm.* XXXIX, 8), que es su gracia y caridad. Y pues tal favor os concedió mi Redentor para que le ayudeis en su oficio, suplicadle me aplique su redencion con excelencia, perdonándome las culpas cometidas y preservándome de las que puedo cometer, con tan grande horror de los pecados que ni por un instante quiera estar en ellos. — Este es el principal fruto que he de sacar de esta consideracion, mirando al espejo sin mancilla (*Sap.* VII, 26) de la santísima Vírgen, para imitar su limpieza con la mayor perfeccion que pudiere, acordándome de lo que dijo Dios á su pueblo : Sé perfecto y sin mácula en mi presencia. (*Deut.* XVI, 13).

3. El segundo privilegio fue, quitarla el *fomes peccati:* la raíz, semilla y cebo del pecado, que es la rebeldía de la carne contra el espíritu, y de la sensualidad contra la razon, para que la casa de su alma con todos sus moradores, que son las potencias, tuviese perpétua paz y concordia, porque habia de ser moradora del Príncipe de la paz, cuya habitacion, como dice David (*Psalm.* LXXV, 3), es en la misma paz. De suerte, que esta Señora nunca sintió la guerra interior que todos sentimos y gemimos; porque su carne no codiciaba contra el espíritu, ni el espíritu hallaba dificultad en gobernar la carne (*Galat.* V, 17) : la ley de los apetitos no contradecia á la ley de la razon, ni la razon tenia trabajo en domar las pasiones de los apetitos; antes con sumo gusto se unian y concordaban en sujetarse á la ley (*Rom.* VII, 22) eterna de su Dios. Ó Princesa de la paz, sea para bien la paz interior de que gozais sin haber pasado por la guerra; alcanzadme, Señora, que se modere la guerra interior que padezco, para que goce algo de vuestra paz.

4. El tercer privilegio fue, confirmarla en gracia con un modo singularísimo, de tal suerte, que por todo el tiempo de su vida nunca pecase actualmente ni por obra, ni por palabra, ni por pensamiento alguno, asistiendo Nuestro Señor con particular providencia con ella en todas obras, para que todas fuesen, como dice san Pablo de la Iglesia, obras gloriosas y puras (*Ephes.* V, 27), con los tres grados que hay de pureza; esto es, sin mancha de pecado mortal, y sin ruga de pecado venial, y sin imperfeccion alguna, dejando no sola-

mente lo malo, sino lo imperfecto y menos bueno, escogiendo siempre lo que tenia por mejor y estampando en cada obra la gloriosa pureza que tiene la Iglesia triunfante. Este modo de pureza, en el grado que me es posible, he de procurar y pedirle á Nuestro Señor, diciéndole (*Psalm.* XLV, 5): Ó Dios eterno, que santificaste el tabernáculo de tu Madre, asistiendo sin mudanza en medio de ella y madrugando cada dia muy de mañana para ayudarla en todas las obras que hacia, santifica tambien mi alma. Asiste siempre con ella, y madruga, previniéndome con tu gracia, para que mis obras sean puras, sin mancha ni ruga, ni cosa que te desagrade. Amen.

5. El cuarto privilegio fue, llenarla en aquel instante de gracia y caridad, y de las otras virtudes y dones del Espíritu Santo, con tanta abundancia y plenitud, que excedia á los Ángeles y Serafines del cielo, para que fuese digna madre de Dios y digna reina de las jerarquías angélicas (*Hebr.* I, 4), haciéndola tanto mejor y mas santa que ellos, cuanto era mejor el nombre que pensaba darla de madre, que el que ellos tenian de siervos y ministros en su casa: de suerte que la Vírgen comenzó su carrera por donde los Ángeles acabaron la suya; y estando en la tierra tenia mas grados de santidad que los que vivian en el cielo, sacando lo que es propio de aquel estado, cumpliéndose en ella lo que dice David de la ciudad de Dios (*Psalm.* LXXXVI, 2), que sus fundamentos son sobre los montes altos, porque los principios de su vida fueron mas empinados en santidad, que la cumbre donde llegaron los grandes Santos de la Iglesia. ¡Oh qué contento recibiria la santísima Trinidad mirando la excelencia de esta Niña! El Padre eterno se holgaria de tener tal hija. El Hijo de Dios se alegraria viendo tan bella á la que habia de ser su madre. Y el Espíritu Santo se regocijaria en tener tal esposa; y todos tres entraron en ella por gracia, y moraban en ella con sumo gozo. ¡Oh Ángeles del cielo que adorásteis despues al Hijo de Dios cuando entró en el mundo, venid á reverenciar en este punto á la que ha de ser su Madre y vuestra Reina! Ó Reina de los Ángeles, desde ahora os saludo en el vientre de vuestra madre con las palabras que despues os dirá el ángel san Gabriel: Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú entre las mujeres, porque en el primer instante de tu concepcion hallaste gracia delante de Dios sobre todas ellas. Pedidle, Señora, que limpie mi espíritu, enfrene mi carne, modere mis pasiones, y me llene de su gracia para que comience á servirle con gran fervor y perseverancia, hasta que alcance la corona. Amen.

MEDITACION IV.

DE LA VIDA DE NUESTRA SEÑORA HASTA LA ENCARNACION, EN QUE SE TRATA DE SU NATIVIDAD, PRESENTACION AL TEMPLO, Y DESPOSORIOS CON SAN JOSÉ.

PUNTO PRIMERO.–*De la natividad de* NUESTRA SEÑORA.— 1. Lo primero, se ha de considerar, como cumplidos nueve meses despues de la concepcion de la Vírgen, nació en casa de sus padres para gozo de todo el mundo, como dice la Iglesia, ponderando el gozo que tendria la santísima Trinidad, viendo nacida á esta Niña tan querida suya, por la cual pensaba obrar cosas tan gloriosas para su gloria y bien nuestro; y así es de creer que en este dia comunicaria á los Ángeles del cielo, y á los justos de la tierra, y á los santos Padres del limbo una nueva de alegría accidental (aunque no todos sabrian la causa de ella) como pronóstico del gozo que recibirian con la venida de Dios al mundo, cuya madre habia de ser aquella Niña. De la manera que la aurora cuando nace, causa cierto modo de gozo y alivio en los vivientes, como señal del nacimiento del sol. Porque si muchos se gozaron en la natividad de san Juan, porque era lucero y precursor de Cristo, muchos mas sin comparacion se holgarian con el nacimiento de la Vírgen que habia de ser su madre. Y con esta consideracion me moveré á afectos de alabanza y gozo dando el parabien á la santísima Trinidad del nacimiento de esta Niña; al Padre eterno, porque le ha nacido tal hija; al Hijo de Dios porque ha nacido la que ha de ser su madre; al Espíritu Santo, porque le ha nacido tal Esposa. Ó Trinidad beatísima, sea para bien el nacimiento de esta querida vuestra, repartid conmigo el gozo que dais á otros, pues tambien nace para mí.

2. *La devocion con la Vírgen es señal de predestinacion.*—De aquí tambien tengo de sacar otro motivo de grande gozo espiritual, ponderando, qué así como el nacimiento de la Vírgen causó alegría en el mundo porque era señal de la venida del Salvador á redimirle, así tambien cuando la devocion de la Vírgen nace en un alma, causa en ella grande gozo, porque es grande prenda de que vendrá Dios á ella, y la salvará; y por esto dijo san Anselmo (De excel. Virg. c. 1), que ser muy devoto de Nuestra Señora era señal de estar predestinado para el cielo, porque con su devocion entran

los efectos de la predestinacion, negociándolos ella para sus devotos. Ella, como madre, nos solicita las inspiraciones del cielo, la vocacion de Dios, la gracia de la justificacion, la victoria de las tentaciones, la preservacion de las caidas, el aumento de los merecimientos, la perseverancia en la gracia y la corona de la gloria, como en el discurso de las meditaciones siguientes se verá. Ó Vírgen soberana, que por mandato de Dios echais raíces en los escogidos para el cielo (*Eccli.* xxiv, 15), echad en mi alma tan hondas raíces de vuestra devocion é imitacion, que sean prendas de mi eterna predestinacion. Amen.

PUNTO SEGUNDO. – *Del nombre de María.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar como los padres de esta Señora la pusieron por nombre (*Luc.* i, 27) María, á lo que se cree por revelacion de Dios, así como reveló el nombre del Bautista; y por consiguiente, con el nombre pretendió declarar las grandezas de la Niña; y como eran muchas, así escogió un nombre que tuviese muchas significaciones en diversas lenguas, pues nacia para bien de todos (*S. Bonav.* in Spec. B. Virg. *c.* 3, *n.* 24); porque María quiere decir Estrella del mar ó Mar amargo; Señora ó ensalzada; Ilustrada ó ilustradora, ó maestra del pueblo, y todo esto se halla en la Vírgen. – Es Estrella del mar (*Num.* xxiv, 17), porque es luz, consuelo y guia de los que navegan en el mar de este mundo, combatidos de muy grandes olas y tempestades, de tentaciones, y peligros de su condenacion; los cuales por las oraciones de la Vírgen, con sus ejemplos, y con los favores que les hace, se alegran y esfuerzan (*S. Bern.* Serm. 2 in Missus), y atinan con el camino, y llegan al puerto de salvacion.

2. Es Mar amargo por diferentes títulos; es Mar, por la inmensidad de gracias celestiales que abraza dentro de sí, comunicadas por la liberalidad del que la escogió por madre. Es amargo, por la inmensidad de amarguras que padeció en la pasion de su Hijo, porque suele Dios igualar las medidas de los regalos y de los trabajos, y así lo hizo con esta Vírgen. – Es Señora, y ensalzada, porque fue con eminencia señora de sus potencias y apetitos, y de su imaginacion y sentidos, mandándolos á todos con gran imperio, como está dicho. Es tambien Señora de los Ángeles, ensalzada sobre todos ellos; y ¡qué mucho! pues en cierto modo fue tambien Señora del mismo Dios, mandándole ella en cuanto hombre, y obedeciéndole él como hijo que estaba sujeto á su madre. (*Luc.* ii, 51). – Es Ilustrada ó ilustradora, porque recibió de Dios grande luz de celestial sabiduría, no solamente para sí misma, sino para ilustrar á otros; y así fue maes-

tra de los Apóstoles y de todos los fieles, como despues verémos.

3. Con estas breves consideraciones despertaré en mi alma varios afectos de gozo y confianza, y gran devocion al nombre de María, suplicando á la Vírgen haga conmigo los oficios que su nombre significa. Ó Vírgen sacratísima, con mucha razon puedo decir que vuestro nombre, así como el de vuestro Hijo, es (*Cant.* I, 2) óleo derramado, porque alumbra, conforta, sana, y regocija mi corazon. Derramad sobre mí este óleo tan precioso con larga mano; y pues sois Estrella del mar, guiadme y amparadme en mis tentaciones y peligros. Pues sois Mar de gracias y de amarguras, repartid conmigo de ellas; pues no es menor gracia recibir de Cristo dones, que dolerme con amargura de sus penas. Sed Vos mi maestra, ilustrando mis ignorancias, ayudándome á ser señor de mis pasiones, guiándome por las sendas de la perfeccion, para que con la invocacion de vuestro santo nombre llegue á la cumbre de ella. Amen. – Tambien se puede aquí considerar como esta Niña benditísima, en comenzando á tener uso de razon, ora haya sido en el vientre de su madre, por especial privilegio, como le tuvo san Juan Bautista, ora cerca de los tres años antes de ser presentada al templo, luego comenzó con gran fervor á negociar con las gracias y dones que habia recibido, por los medios que se dirán en el punto cuarto. (*Vide Suarez*, 2, disp. 3, sect. 7).

PUNTO TERCERO. – *Presentacion de Nuestra Señora al templo.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar que siendo la Vírgen de poca edad, á lo que se cree de tres años, por inspiracion de Dios fue presentada al templo por sus padres, para que se dedicase y ocupase allí en el divino servicio con otras doncellas que profesaban lo mismo. Cerca de esta presentacion se han de poner los ojos en tres Personas que intervinieron en ella. – La primera fue, la majestad de Dios, que escogió á esta Niña bienaventurada, y la inspiró este recogimiento en el templo, mostrando su providencia paternal con ella, en sacarla del bullicio y tráfago del mundo y traerla á su casa y templo, porque habia de ser casa á donde él encarnase, y templo vivo donde viviese. Y así con grande amor la diria al corazon aquellas palabras del Salmo (*Psalm.* XLIV, 11): Oye, Hija, y ve: inclina tu oreja y olvídate de tu pueblo, y de la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura. Oyó la Vírgen esta voz é inspiracion de Dios: vió la merced que en esto la hacia; inclinó su oreja á obedecer y cumplir con presteza lo que la mandaba; olvidóse totalmente de su pueblo, y renunció la casa de su padre terreno por dar gusto al Padre celes-

tial, que la llamó hija; y fue tanto lo que con esta nueva obediencia y humildad creció su hermosura, que el Rey de los cielos y tierra se aficionó á ella, y se gozó de haberla escogido para ser su madre. De aquí sacaré cuán grande merced hace Dios al que con eficacia inspira y saca de las ocasiones y peligros del mundo, y le hace dejar su tierra y la casa de su padre para servirse de él; y cuán justo es que obedezcamos todos á tal inspiracion, cuando la sintiéremos, pues es señal de amarnos Dios como á hijos muy queridos, sacándonos como sacó al santo Abrahan del fuego de los caldeos, y como sacó al justo Lot del incendio de Sodoma.

2. Lo segundo, se puede ponderar la devocion de san Joaquin y santa Ana, padres de la Vírgen; los cuales, como santos no solamente no estorbaron los buenos deseos de su Hija, sino que la ganaron por mano, y movidos por inspiracion del mismo Dios le ofrecieron el fruto único de su vientre, volviéndole lo que les habia dado, teniéndose por dichosos de que Dios se sirviese de su Hija y privándose de ella por dársela á él. Lo cual harian no con menor espíritu que Ana (I *Reg.* I, 28) madre de Samuel ofreció su hijo á Dios, porque sabian cuán agradable le seria esta ofrenda. De donde tambien puedo aprender á ofrecer á Dios con espíritu y fervor la hija única y mas querida de mi alma, que es la libertad, y la primera de sus aficiones, que es el amor, con determinacion de no querer mas de lo que él quisiere, y amar solamente lo que él amare; ofreciéndome á darle cualquier cosa mia que me pidiere.

3. Lo tercero, ponderaré la devocion de la misma Vírgen en esta presentacion; porque en diciendo sus padres que la querian llevar al templo, se llenó de alegría diciendo aquello de David (*Psalm.* CXXI, 1): Me he alegrado por las cosas que me han dicho; porque tengo de ir luego á la casa del Señor. Pero en llegando al templo comenzó á subir sus quince gradas con gran fervor y espíritu, proponiendo de subir por todos los grados de la virtud hasta lo supremo de la perfeccion, cumpliendo lo que dijo David (*Psalm.* LXXXIII, 6): Bienaventurado el varon á quien tú ayudares, el cual trazó subidas y crecimientos dentro de su corazon en este valle de lágrimas, en el lugar que para esto escogió: subirá de virtud en virtud hasta ver al Dios de los dioses en Sion. Ó Niña varonil y bienaventurada, á quien Dios favoreció con su ayuda y madrugó muy de mañana para ayudarla; ¡cuán fervorosos propósitos haceis dentro de vuestro corazon, y cuán bien trazais los crecimientos de virtud en este lugar que habeis escogido para vuestra morada! subid en hora bue-

na por estas gradas de virtud en virtud, porque entrada teneis para ver por la contemplacion á Dios todopoderoso en esta ciudad santa de Sion.

4. En habiendo subido la Vírgen al templo, postrada en tierra adoró á la divina Majestad, y se presentó y ofreció á su perpétuo servicio, porque su intencion no fue ofrecerse por un año ó por diez, como las demás doncellas, sino para siempre, con propósito, cuanto era de su parte, de servirle toda la vida en su santo templo. ¡Oh cómo se agradaria Dios de esta ofrenda! ¡con qué gusto la aceptaria, y qué retorno de gracias y dones la volveria por ella! Diria la Vírgen: Veisme aquí, Señor, vengo á vuestra casa para ser perpétua esclava vuestra; recibidme en vuestro servicio, porque no quiero otra suerte mas gloriosa que serviros. Á esto la responderia Nuestro Señor dentro de su corazon (*Cant.* v, 1): Ven, Esposa mia, entra dentro de mi huerto, porque quiero poner en ti mi trono: tú has de ser el sol donde tengo de asentar mi morada, y salir de ella, como esposo de su tálamo. (*Psalm.* XVIII, 6). Adórnale con flores de virtudes, porque presto llegará el tiempo de celebrar mis bodas. Á imitacion de esta Señora tengo yo de presentarme delante de Dios, y ofrecerme á su servicio como esclavo perpétuo, con determinacion de nunca apartarme dél.

PUNTO CUARTO. — *De la vida que hizo en el templo.* — 1. Lo cuarto, consideraré la vida excelentísima de esta Niña en el templo, porque primeramente, como crecia en la edad, crecia en el espíritu delante de Dios y de los hombres; y como dice san Ambrosio (Lib. II de Virginib.), cada paso del cuerpo acompañaba con ejercicio y aumento de virtud, creciendo como la luz de la mañana hasta el perfecto dia (*Prov.* IV, 18), porque el Espíritu Santo la solicitaba con sus inspiraciones, y ella cooperaba con todas las fuerzas que tenia, procurando, como dice el Sábio (*Eccli.* XXXIII, 23), ser en todas sus obras muy excelente, con cuatro excelencias. — La primera, que con cada una crecia en la caridad y santidad. — La segunda, que todas eran obras llenas con la intencion y plenitud de perfeccion que podia, segun sus fuerzas. — La tercera, que en cada obra tenia gran sabiduría y discrecion, con singular constancia, hasta llevarla al cabo. — La cuarta, que con cada una mezclaba mucha variedad de afectos y virtudes, para crecer juntamente en todas. Por estas cuatro excelencias se admiraban los Ángeles y decian (*Cant.* VI, 9): ¿Quién es esta que camina como la mañana, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército de muchos escuadrones

concertados? ¿Quién es esta Niña que camina de virtud en virtud, creciendo como la luz de la mañana, sin parar ni volver atrás? hermosa como luna llena, con plenitud de gracias, sin menguar en ellas? escogida como el sol, sin haber en la tierra otra que la iguale? ¿Y quién es esta que siendo doncella, flaca en la naturaleza, está firmísima en la gracia, por tener dentro de sí el ejército de todas las virtudes, concertadas con el órden de la invencible caridad? Esto decian los Ángeles con afecto de admiracion: y Dios se regalaba en ver su fervor; y los hombres que la miraban se edificaban de ver tanta santidad en tan tierna edad. Pero yo, admirándome y gozándome de lo mismo, juntamente me confundiré, mirando cuán léjos estoy de ello por mi tibieza, deseando salir de ella para imitarlo.

2. Luego ponderaré, como esta Niña gastaba gran parte del dia en subir y bajar por aquella escala (*Genes.* XXVIII, 12) mística de Jacob, que llegaba desde la tierra al cielo, en cuya cumbre estaba Dios, cuyos (*D. Bern.* in Scal. Claustral.) escalones, como arriba se dijo, son leccion, meditacion, oracion y contemplacion. Un rato del dia gastaba en la leccion de las sagradas Escrituras, con grande consuelo de su alma, abriéndola Dios el sentido, para que las entendiese y penetrase. De aquí subia á la meditacion, confiriendo consigo misma lo que habia leido, y buscando nuevas verdades que ilustraban su alma y la encendian con el fuego del amor y devocion. De aquí subia otro rato por el escalon de la oracion, pidiendo fervorosamente á Dios los dones de su gracia, no solamente para sí misma, sino para sus compañeras y para todo el pueblo. Últimamente subia el escalon de la contemplacion, donde se detenia mucho tiempo, uniendo su ánima con Dios, de quien recibia tanta suavidad y dulzura y tan extraordinaria abundancia de dones celestiales, que ninguno los puede saber sino Dios que se los daba y ella que los recibia, gozando de aquel maná escondido, cuyo sabor ninguno alcanza, si no es quien le recibe. (*Apoc.* II, 17). Y en estos ejercicios era visitada de los Ángeles que andan por esta escalera, consolando á los que suben por ella, y mucho mas á esta Vírgen, cuya pureza era mayor que la suya, y viéndola subir, decian con admiracion aquello de los Cantares (*Cant.* III, 6): ¿Quién es esta que sube por el desierto, como varica de humo oloroso, salido de mirra é incienso y de todo género de polvos aromáticos? ¿Quién es esta Niña que vive en el desierto de este mundo y en la soledad de este templo; y sube, no como vara sino como varica pequeña y humilde en sus ojos; pero olorosísima y graciosísima en los de Dios, en los

cuales siempre va subiendo y creciendo con la mirra de la mortificacion y con el incienso de la oracion y con el ejercicio continuo de todas las virtudes?

3. Finalmente, en bajando esta escalera, se ejercitaba esta Señora en obras de manos para servicio del templo y en provecho de sus compañeras, mezclando sus obras exteriores con oracion, pues por esto se dice de ella (*Cant.* IV, 11), que sus vestiduras olian á incienso. Ó Vírgen soberana, vara que nacísteis de la raíz de Jesé y subísteis á vuestro amado como varica y pebete muy oloroso, alcanzadme que sea yo tambien pequeño en la humildad, y cuidadoso en subir por la escalera de la oracion, por donde Vos subísteis, hasta unirme con Dios, bajando tambien á ejercitar las obras de mortificacion para conmigo, y las de piedad para con mis prójimos, creciendo en todas las virtudes, y dando á todos olor de buen ejemplo, por el cual glorifiquen á Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO.—*Del voto de virginidad.*— 1. Lo quinto, se ha de considerar como en este tiempo hizo esta soberana Doncella otra ofrenda á Dios nuestro Señor muy nueva, pero muy agradable, que fue el voto de perpétua virginidad, ofreciéndole por especial inspiracion del Espíritu Santo (*D. Thom.* 3, *p. q.* 28, *art.* 4), y con extraordinaria devocion; porque la grandeza del amor que tenia á Dios, la movia á desear entregarle todo su corazon y tomarle por esposo, ocupándose totalmente en pensar en él y en darle gusto, sin (I *Cor.* VII, 34) dividirse en otras cosas como se dividen los casados; y como ella sabia que era mas preciosa la virginidad con voto que sin él, no se contentó con solo tener el propósito de guardarla, sino hizo voto particular de ello, porque siempre quiso hacer lo mejor, lo mas firme y seguro, y lo que glorifica mas á Dios nuestro Señor.

2. Entonces se cumplió lo que dijo de ella su Esposo (*Cant.* IV, 12): Huerto cerrado eres, hermana mia, huerto cerrado y fuente sellada. Llámala dos veces huerto cerrado, porque tuvo perfecta castidad en el alma y en el cuerpo, confirmándola con voto perpétuo, el cual servia de cerradura para su mayor seguridad, añadiendo por guardas la humildad, modestia, silencio y abstinencia, por razon de las cuales tambien la llama huerto; para que se entienda que su virginidad no era estéril, sino acompañada con muchas flores de virtudes y con excelentes frutos de buenas obras; unas que hermoseaban el alma, otras que adornaban el cuerpo, para que

(I *Cor*. VII, 34) fuese *sancta corpore et spiritu*, santa en el cuerpo y en espíritu. ¡Oh cuán agradable era este huerto al divino Esposo! Recreábase con la vista y olor de las flores de sus virtudes: comia de los dulces frutos de sus buenas obras: gozábase de haberle tan bien cerrado con el voto, gustando mucho de la cerradura y guardas que tenia; y así le regaba con grande abundancia de consolaciones y dones celestiales, haciendo en él una fuente y pozo de aguas vivas de sus gracias, cerrado con su divina proteccion.

3. De este heróico ejemplo de la Vírgen sacaré un entrañable deseo de la castidad, ofreciéndome á guardarla con la mayor perfeccion que me fuere posible segun mi estado, tomando á la Vírgen por mi patrona y defensora en esta empresa, diciéndola aquel verso que canta la Iglesia: Vírgen singular, entre todos pura, líbranos de culpas y haznos mansos y castos. Amen. Y á su imitacion cerraré el huerto de mi cuerpo y alma, si Dios me inspirare á ello, con cerradura de voto; y si no pudiere cerrarle de esta manera, pondré como gente de guarda las demás virtudes que guardan la castidad.

PUNTO SEXTO. — *De su desposorio con san José.* — 1. Lo sexto, se ha de considerar como acercándose mas el tiempo de la encarnacion, la Vírgen nuestra Señora, por revelacion de Dios, fue desposada con un varon justo, por nombre José (*Matth*. I, 18; *Luc*. I, 27), certificada de que no peligraria su castidad, á lo cual ella obedeció prontamente. Sobre lo cual ponderaré las causas por que quiso Dios nuestro Señor que su Madre fuese desposada, en las cuales descubre la providencia que tiene de los suyos. — La primera fue, para encubrir el misterio de la encarnacion y el parto de la Vírgen, hasta su tiempo. Y tambien con esto volvió por la honra de su Madre, para que no la tuviesen por adúltera. — A mas, para que tuviese quien la sustentase y sirviese en sus trabajos y acompañase en sus peregrinaciones, y para que su Hijo tuviese ayo que le criase y mirase por él.

2. Y finalmente, para tener ocasion de engrandecer á san José, levantándole á tal dignidad, como es ser esposo de la Madre de Dios y ayo de su mismo Hijo. (*D. Thom*. 3 *p*. *q*. 29). Ó Padre amantísimo, gracias te doy por el cuidado que tienes de tus hijos y domésticos, mirando por su honra y por su alivio y sustento, previniendo con tiempo el remedio de lo que puede molestarlos, y buscando ocasiones para engrandecerlos. ¡Dichoso el que está debajo de tu proteccion y amparo! Mira, Señor, por mí, pues soy hechura tu-

ya, para que siempre me ocupe en servirte, pues te empleas siempre en gobernarme.

3. Lo segundo, se ha de ponderar en la Vírgen la grande fe y confianza que tuvo en Dios, de que su castidad no peligraria en el casamiento. Además, la obediencia tan grande que mostró en aceptar este estado que tanto ella rehusaba, negando su voluntad y resignándola en la de Dios; en lo cual tengo de imitarla conforme á mi estado, persuadiéndome que por obedecer á Dios, si me fio de él con viva fe, no perderé virtud, ni consuelo, ni cosa de cuantas con razon puedo desear para mi salvacion. Porque Dios sabe y puede juntar virginidad con desposorio, contemplacion con ocupacion, y la hermosura de Raquel con la fecundidad de Lia, sin que la una reciba daño de la otra.

PUNTO SÉPTIMO.–*Del fervor con que deseaba la encarnacion.*— 1. Lo séptimo, se ha de considerar los encendidos deseos que tenia la Vírgen de la venida de Dios al mundo; los cuales tanto mas crecian, cuanto mas se acercaba el tiempo de la encarnacion, inspirándoselos el Espíritu Santo, cuya propiedad es, cuando quiere conceder alguna cosa á los escogidos, inspirarles vivos deseos de ella, para que con el deseo y la oracion se dispongan á recibirla.–Demás de esto solicitaba á la Vírgen su misma caridad, con sus dos nobilísimos actos: amor de Dios y del prójimo; celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas; porque como amaba mucho á Dios, deseaba verle ya hecho hombre, para conocer mas sus grandezas y ver sus obras maravillosas, y conversar con él familiarmente. Diríale aquello de los Cantares: ¡Quién me (*Cant.* VIII, 1) diese, hermano mio, que te viese yo á los pechos de mi madre, para que te halle fuera y te bese, y ninguno me desprecie! Te asiré y te entraré en la casa de mi madre y en el retrete de la que me engendró; allí me enseñarás, y yo te daré á beber vino escogido y zumo de mis granadas. ¡Oh quién fuese tan dichosa que te viese ya hecho hombre, mamando á los pechos de alguna mujer, y te hallase fuera desde el cielo, conversando visiblemente con los hombres en la tierra, para que yo te diese beso de paz y le recibiese de tí! Entonces procuraria conversar contigo y oir tu doctrina en este templo, y convidarte con lo que mucho deseas, dándote todo mi amor con muchos afectos y obras de caridad.

2. Con esto se juntaba, que su celo la comia las entrañas viendo las ofensas de Dios y la perdicion de los hombres, y así clamaba con grandes gemidos y oraciones, pidiendo á Dios que viniese á re-

mediarlos, repetiria con grande afecto las oraciones de David y de Isaías, de que usa la Iglesia en el Adviento, diciendo á Dios (*Psalm.* LXXIX, 3; LXXXIV, 8; *Isai.* LXIV, 1; XLV, 8): Despierta, Señor, tu potencia, y ven para hacernos salvos. Muéstranos tu misericordia, y danos tu Salvador. ¡Oh si rompieses los cielos y vinieses! Enviad, cielos, vuestro rocío, y nubes, lloved al Justo; ábrete, ó tierra, y brota al Salvador.

3. Finalmente, pudo tanto la oracion de la Vírgen con Dios nuestro Señor, que con estar el mundo tan perdido, como verémos luego, y desmereciendo mucho los hombres esta merced, ella sola se contrapuso á los deméritos de todos, y con sus merecimientos y oraciones fue parte para que el Hijo de Dios apresurase su encarnacion, sin hacer caso de la indignidad del mundo. ¡Oh eficacia maravillosa de la oracion de la Vírgen! Gózome, Señora mia, de que podais tanto con Dios, que le hagais salir de paso y apresurar su venida; pedidle que apresure tambien venir á visitarme; y para que sea digno de su visita, suplicad al divino Espíritu me inspire deseos fervorosos de ella. Amen.

MEDITACION V.

DEL TIEMPO QUE ESCOGIÓ DIOS PARA ANUNCIAR Y EJECUTAR EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

— Tres tiempos pudo escoger Dios nuestro Señor para ejecutar el decreto de su encarnacion.-El primero (*D. Thom.* 3 *p. q.* 1, *art.* 5), al principio del mundo, luego que Adan pecó.-El segundo, al medio de su duracion, que el profeta Habacuc llama en medio de los años (*Habac.* III, 2).-El tercero, cerca del fin. Pero la divina Sabiduría escogió el primer tiempo para prometer este misterio, en cuanto remedio del pecado. El segundo, para ejecutarle. Y todo lo restante, para recoger copiosos los frutos que de él habian de nacer, ordenándolo así para nuestro bien, por las causas que se ponderarán en los puntos siguientes. —

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, luego que Adan y Eva pecaron, quiso revelarles el misterio de su encarnacion en remedio de su pecado y de las penas que por él habian merecido, para mostrar en esto la grandeza de su caridad y misericordia con los hombres. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 2, *art.* 7

ex Genes. III). — Esta resplandeció, en que viniendo como juez á tomar cuenta á Adan y Eva de su desobediencia, y á declararles la sentencia de muerte en que habian incurrido por ella, juntamente como Padre misericordioso les promete, no solo hacerse hombre por ellos, sino morir para librarlos de la muerte, pretendiendo con esto, que con la fe de este Remediador no desconfiasen de la divina misericordia, ni del perdon de su pecado, sino que luego le procurasen con la penitencia, doliéndose de haber ofendido á quien tanto amor les mostraba. De suerte, que cuando Dios echaba á nuestros primeros padres y á todos sus descendientes del paraíso terrenal, entonces les promete quien les abra las puertas del paraíso celestial; y cuando les carga de maldiciones por la culpa, les ofrece al Autor de todas las bendiciones celestiales, por sola su gracia; y cuando están vencidos del demonio, les asegura que nacerá de ellos un hombre que les libre de su tiranía. *Ipsa conteret caput tuum.* Ó Padre de misericordias y Dios de toda consolacion, gracias te doy porque en medio de tu ira te acuerdas de tu infinita misericordia. (*Habac.* III, 2). Y cuando todos los hombres, por el Adán primero, merecíamos ser malditos, nos prometiste el Adan segundo, por quien fuésemos benditos. Muestra, Señor, conmigo esta misericordia, librándome de las maldiciones que merezco por mis pecados, y llenándome de las bendiciones que tu Hijo me ganó con sus merecimientos. Ó Hijo de Dios vivo (*Apoc.* XIII, 8), Cordero muerto desde el principio del mundo, porque desde entonces se publicó la muerte, y dió á los hombres que pecaron la verdadera vida; gracias te doy por esta merced que nos hiciste, por la cual te suplico me apliques el fruto de ella, para que libre de la muerte de la culpa, alcance por tí la vida de la gracia. Amen.

2. Tambien ponderaré la infinita misericordia de Dios en no dilatar esta promesa de nuestro remedio muchos dias, ni aun horas, sino en el mismo dia que pecó Adan, vino á darle aviso de su yerro y de su remedio, porque desea grandemente que el pecador, ya que peca por flaqueza, no se detenga ni un solo dia en su pecado, por el grande daño que de ello le resulta, sino que luego se convierta y haga penitencia. Todo esto he de aplicar á mí mismo, considerando como muchas veces Nuestro Señor, cuando he pecado, en lugar de castigarme con justicia, me previene con inspiraciones, ofreciéndome el perdon con misericordia; por lo cual debo darle muchas gracias y procurar en el mismo dia que pecare levantarme luego por la penitencia. De modo que, como dice san Pablo (*Ephes.*

IV, 26), el sol no se ponga sin quitar de mí la ira y la soberbia, y cualquier otra culpa.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar la conveniencia del tiempo que Dios escogió para ejecutar el decreto de su encarnacion (*Galat.* IV, 4), á fin de que campease mas su infinita misericordia. Para esto he de mirar el estado en que estaba el mundo cuando Dios vino á remediarle, discurriendo por los pensamientos, palabras y obras de los hombres, comparándolas con las de Dios; las cuales, como dice Isaías (*Isai.* LV, 9), eran tan diferentes cuanto el cielo y la tierra están distantes.—Primeramente levantaré los ojos al cielo y miraré á la santísima Trinidad en el trono de su gloria, considerando los pensamientos que tenia y las trazas que estaba dando de remediar entonces al hombre por medio de la encarnacion del Verbo divino; y así como las tres divinas Personas, cuando quisieron criar á Adan, dijeron (*Genes.* I, 26): Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza; así ahora dirian: Remediemos al hombre que criamos, reparando la imágen y semejanza que le dimos. ¡Oh qué gusto tan grande tendrian en esta plática! qué alegría por haber llegado el tiempo de ejecutar su determinacion! y qué regocijo en apercibirse cada Persona para lo que de esta obra le tocaba! El Padre para enviar á su Hijo al mundo. El Hijo para venir y juntar su divina persona con nuestra naturaleza. Y el Espíritu Santo, para obrar esta soberana union. Gracias te doy, ó Trinidad beatísima, por el gusto con que tratas de mi remedio. ¡Oh si tratase yo con mucho gusto de todo lo que toca á tu servicio!

2. Luego bajaré los ojos á ver lo que entonces pasaba en el mundo, considerando como habia llegado al abismo de las maldades. Los gentiles habian crecido tanto en las idolatrías, que se hacian adorar como dioses. Los judíos estaban llenos de hipocresías, avaricias, ambiciones y otros innumerables pecados. La tierra, toda estaba anegada con un diluvio de inmundicias y carnalidades, alcanzándose, como dice Oseas (*Osee*, IV, 3), una ola de sangre á otra. Todo esto estaba Dios mirando desde su cielo (*Psalm.* XIII, 2), sin que se le encubriese nada; y aunque tanta muchedumbre de pecados le provocaba á grande saña, no fueron parte para que dilatase su determinacion. Antes este Dios misericordiosísimo, como dijo el profeta Habacuc (*Habac.* III, 2), cuando habia de mostrar mas su ira, se acordó de hacernos mayor misericordia; y en lugar de anegar otra vez el mundo con otro diluvio ó abrasarle con fuego, como á Sodoma, quiere anegarle con abundancia de misericordias y abra-

sarle con el fuego de su amor, dándole su propio Hijo para que le remedie, y viniendo el Hijo á remediarle. ¡Oh caridad infinita, cuyas llamas no pudieron ser anegadas con las muchas aguas de los rios de innumerables pecados, antes crecieron con mayores muestras de amor, haciendo la mayor de todas las mercedes al que cada dia se hacia mas indigno de ellas! Gracias te doy, ó amantísimo Señor, por este amor que nos mostraste, por el cual te suplico, que si yo, como malo, mereciere tu ira, tú, como tan bueno no dejes de favorecerme con la grandeza de tu misericordia. – Esta consideracion he tambien de aplicar á mí mismo, ponderando como ha sucedido muchas veces, que cuando yo estaba actualmente ofendiendo á Dios con mis obras, entonces estaba Dios haciéndome grandes beneficios, y trazando de hacerme otros mayores, como es sacarme del mundo para la religion, ú otro semejante, por lo cual he de darle muchas gracias.

3. De aquí puedo tambien subir á ponderar, cuánto resplandece la infinita misericordia de Dios en haber aguardado á hacerse hombre cuando estaba Judea en tal disposicion, que los hombres por su mala vida le habian de aborrecer y perseguir por envidia, hasta quitarle la vida, tomando de aquí ocasion para redimirlos con su muerte. Ó sabiduría infinita de Dios, ¡cuán contraria eres á la del mundo, pues tratas de remediarle cuando has de tener mayores ocasiones de padecer por su remedio! ¡Oh cuán contrarias á esta son las trazas de mi carne, que huye las ocasiones de trabajo, y busca las que son para su descanso! Desbaratad, Señor, mis trazas, para que siga las vuestras, abrazando el trabajo como Vos le abrazásteis para mi ejemplo.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las causas por que Nuestro Señor dilató tantos millares de años su venida al mundo, ponderando especialmente dos para mi provecho. – La primera es, para que en este tiempo los hombres, por la experiencia de sus innumerables y gravísimos pecados, conociesen la extrema necesidad que tenian de su Remediador. El cual, como venia del cielo para médico de nuestras dolencias, aguardó á que creciesen y se manifestasen, para que tambien se manifestase su infinita sabiduría y omnipotencia en curar tan graves enfermedades con tan proporcionados remedios. Por esta causa, cuando la soberbia creció tanto en el mundo, que el hombre queria usurpar la grandeza de Dios, quiso Dios tomar forma de hombre, para curar tan abominable soberbia con tan profunda humildad. Y cuando hervia la codicia de

riquezas, honras y regalos, entonces quiere Dios vestirse de pobreza, desprecios y dolores, para curar tan encendida codicia de bienes temporales con tan encendido desprecio de ellos. Ó Médico soberano, gracias te doy por haber venido en tal coyuntura á curar nuestras enfermedades con tan preciosas medicinas. Mira, Señor, que han crecido mucho mis llagas; no dilates mas el remediarlas, para que se descubra en mí la grandeza de tus misericordias.

2. La segunda causa de esta dilacion fue porque quiere Nuestro Señor que sus dones, especialmente cuando son muy grandes, sean estimados, pedidos y solicitados con oraciones y gemidos, como lo hicieron todo este tiempo los padres que estaban en el limbo y los justos que vivian en la tierra. Y de camino tambien con esta dilacion probaba la confianza y paciencia de los justos, á quien estaba hecha promesa, porque es heróica virtud no perder la confianza cuando se dilata mucho el cumplimiento de la promesa. Por lo cual dijo un profeta (*Habac.* II, 3): Si se tardare, espérale, porque el que ha de venir, vendrá y no tardará; esto es, si tardare conforme al deseo de tu corazon, no tardará conforme al órden de su divina providencia, y á lo que pide tu necesidad, porque vendrá infaliblemente en el tiempo determinado, cuando su venida te entrará en mayor provecho.

3. Estas dos causas he de aplicar á mí mismo, ponderando como Dios nuestro Señor suele permitir que sus escogidos padezcan largo tiempo grandes aflicciones y sequedades, para que con esta experiencia conozcan la necesidad que tienen de ser visitados de Dios, y se funden en profunda humildad, y con la dilacion crezcan los deseos del remedio y se pruebe su fe y confianza, y así vengan á estimar en mucho el don de Dios y guardarle con gran cuidado. Y conforme á esto, considerando cuán grande dicha ha sido la mia en haber nacido despues que este soberano misterio se ejecutó, para gozar mas copiosamente de las gracias y dones que por él se comunicaron á los hombres; mis ansias y suspiros, mis deseos y gemidos han de ser, que venga Dios á mi corazon por gracia y visite mi alma con abundancia de sus dones, tomando por nombre, como otro Daniel (*Dan.* IX, 23), varon de deseos, empleándolos en desear la venida del que tomó por nombre (*Aggaei*, II, 8): el Deseado de las gentes, sin cansarme de solicitar esto, aunque me parezca que se dilata mucho, porque no hay plazo que no llegue, y cuanto fuere mayor la solicitud, tanto será menor la dilacion y mayor el premio.

MEDITACION VI.

DE LA VENIDA DEL ÁNGEL SAN GABRIEL Á ANUNCIAR EL MISTERIO DE LA ENCARNACION Á LA VÍRGEN, Y DEL MODO COMO LA SALUDÓ Y QUITÓ EL TEMOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar lo que pasó en el cielo, cuando llegó el tiempo señalado por Dios nuestro Señor para hacerse hombre, imaginando como la santísima Trinidad, estando en el trono de su gloria, queriendo dar noticia de esto á la que habia de ser madre del Verbo encarnado, determinó enviarla una embajada muy gloriosa para que lo aceptase; cuyo principio cuenta el Evangelista, diciendo (*Luc.* I, 26): *Fue enviado de Dios un ángel que se llamaba Gabriel, á una ciudad de Galilea que se decia Nazareth, á una vírgen desposada con un varon por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la vírgen era María.* – En esta embajada se ha de ponderar quién la envia, quién la trae, á quién viene y sobre qué, sacando de todo, provecho para mi alma. – El que la envia es Dios omnipotente, que sin tener necesidad de sus criaturas, solo por ser bueno y por hacer bien á los hombres, gusta de comunicar con ellos y enviarles recados y embajadas, sirviéndose para esto, como de criados, de criaturas tan nobles como son los Ángeles, los cuales, como dice san Pablo (*Hebr.* I, 14), son ministros de Dios para bien de los que han de recibir la herencia de la eterna salud; y su continuo ministerio es andar por la escalera que vió Jacob (*Genes.* XXVIII, 12), bajando recados de Dios para los hombres, y subiendo recados y peticiones de los hombres á Dios. Ó Dios de inmensa majestad (*Psalm.* VIII, 5), ¿quién es el hombre para que te acuerdes de él? ó el hijo del hombre para que le envies á visitar? Alábente tus mismos Ángeles, por el amor tan tierno que tienes á los hombres.

2. El que trae la embajada es un arcángel tan excelente, que tiene por nombre Gabriel, que quiere decir (*D. Greg.* Hom. 34 in Evang.) fortaleza de Dios, para significar la fortaleza que resplandece en el Señor que le envia y en el que ha de encarnar, y en las obras que el Verbo encarnado ha de hacer, y en los ministros que ha de tomar para publicarlas, á los cuales representa este embajador, el cual en virtud de Dios era fuerte (*Psalm.* CII, 20) y poderoso para cumplir todo cuanto le mandase, no solo en este caso que

era tan glorioso, sino en cualquier otro aunque fuese humilde, como despues verémos (*Medit.* XIII), porque su gloria es hacer lo que Dios quiere; y á su imitacion procuraré yo, con la divina gracia, vestirme de su fortaleza, para cumplir en todo la voluntad divina.

3. Á quien viene la embajada es una doncella pobre, olvidada del mundo, desposada con un pobre oficial que vivia en una ciudadilla tan apocada, que apenas se podia creer que de ella saliese cosa buena (*Ioan.* I, 46); pero era santísima y purísima, y por esto tan estimada de Dios, que fue preferida á las hijas de los reyes y emperadores del mundo; porque en los ojos de Dios no hay otra grandeza que la santidad, ni en los mios la ha de haber, estimando solamente lo que Dios estima.–El intento de la embajada es, pedir consentimiento á esta Vírgen para ser madre de Dios, porque este Señor es de tan noble condicion, que con ser Señor absoluto, no quiere servirse de sus criaturas en cosas tan graves, sin el consentimiento libre de ellas. Y aunque el ser madre de Dios era cosa muy excelente, habia de tener anejos grandes trabajos, y era bien que la Vírgen de su voluntad aceptase la dignidad con la carga, para que mereciese mas y se le hiciese mas suave y llevadera; así como tampoco quiere entrar á morar por gracia en los hombres, ni levantarles á la dignidad de hijos de Dios, sin su libre consentimiento, cuando tienen uso de razon.

4. De aquí pasaré á considerar esta embajada espiritualmente, aplicándola á mí mismo, y ponderando como Dios nuestro Señor me envia cada dia invisiblemente muchas embajadas con sus inspiraciones, las cuales, como dice san Buenaventura, son nuncios y mensajeros invisibles de Dios (Tractat. de 7 donis Spiritus Sancti, *c.* 6, *ex Ricardo de Sancto Victore, et D. Bern.* Serm. 1 de Pentecost.), y por ellas me habla y descubre su voluntad, y solicita á que le dé entrada en mi alma, y á que me ocupe siempre en cosas de su servicio. Y así en sintiendo dentro de mí estas inspiraciones, las he de venerar como á embajadores de Dios, y darle muchas gracias porque se digna hablarme por ellas, consintiendo luego á todo lo que me pide, y suplicándole que otras muchas veces me hable. Ó Padre amorosísimo, que solicitas mi consentimiento con tanto amor y cuidado, como si te importara á tí lo que me importa á mí; inspírame lo que quisieres, que aparejado estoy á consentir con cuanto me inspirares.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la entra-

da del Ángel á la Vírgen, y el modo con que la saludó, ponderando como tomó del aire un cuerpo de figura humana hermosísimo. Y de esta manera entró donde estaba la Vírgen con rara modestia, reverencia y gravedad, y con un semblante exterior de santidad, que declaraba bien la que tenia el que dentro de aquel cuerpo estaba, para enseñarnos cuáles han de ser en lo exterior los varones apostólicos, que, como dice san Pablo (II *Cor.* v, 20; *Ephes.* vi, 20), son embajadores de Cristo; y cuáles tambien han de ser los religiosos que profesan vida angélica, cuyo exterior ha de representar santidad y mover á ella á todos los que les vieren. –En entrando el Ángel saludó á la Vírgen, no con salutaciones vanas, sino con palabras divinas que Dios le puso en la boca, diciéndola: *Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres.* Esta salutacion (*S. Ambr.*; *Beda* in Luc. i), como dicen los Santos, fue nueva y nunca oida en el mundo, inventada por la santísima Trinidad para honrar á la Vírgen, y declarar su rara santidad y nueva dignidad, como era nuevo el misterio á que se ordenaba. Porque como Cristo era hombre nuevo, contrario al Adan, así la Vírgen que le concibió (*Ierem.* xxxi, 22), era mujer nueva contraria á la antigua Eva. Con este espíritu y estima se ha de decir y meditar esta nueva salutacion, ponderando en cada palabra la grandeza que significa, con afectos de gozo y agradecimiento, gozándome de que la Vírgen tenga tal grandeza, y dando gracias á Dios porque se la dió, pidiéndole alguna parte de ella y proponiendo de imitar lo que es imitable.

2. *Ave.*—Primeramente, el Ángel para manifestar su gozo y la nueva gozosa que traia, y asegurar á la Vírgen, entra diciendo: *Ave*, que quiere decir Dios te salve, paz sea contigo, alégrate y asegúrate, porque la nueva que traigo es de paz y prosperidad. Ó Vírgen soberana, con todo el afecto de mi corazon te saludo y digo: Ave, Dios te salve, pues por tí comenzó nuestra salud, concibiendo al que es Autor de ella. Tú has trocado el nombre de Eva, deshaciendo sus miserias y llenándonos de misericordias. La otra Eva fue principio de la culpa, tú eres principio de la gracia. Por la otra entró en el mundo la muerte, por tí entró la vida. (*Genes.* iii, 6). La otra nos sujetó á la serpiente, tú la has quebrantado la cabeza. Alégrate, ó Vírgen bienaventurada, por la buena suerte que te ha cabido, y renueva mi corazon para que cada dia te cante este nuevo cántico de alabanza con nuevo fervor de espíritu. (*Psalm.* xxxii, 3). Amen.

3. Lo segundo, se ha de ponderar la causa porque el Ángel en esta primera salutacion no nombró á la Vírgen con su nombre propio diciendo: Dios te salve, María, sino Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres. Esto hizo para que entendiésemos que la ponia Dios nuevos nombres gloriosísimos (*Isai.* IX, 6), como puso al Mesías, los cuales por excelencia se le habian de atribuir en la Iglesia; y como llamamos á Salomon el Sábio, y á san Pablo el Apóstol, así llamemos á la Vírgen la llena de gracia, y la bendita entre las mujeres. Y como el nombre de Mesías es Emanuel, que quiere decir: Dios con nosotros (*Isai.* VII, 11), así el nombre de la Vírgen sea por excelencia: el Señor contigo. Ó Vírgen benditísima, llámenos otros vara de Jesé, puerta del cielo, casa de la sabiduría, y otros nombres semejantes; yo ahora os quiero llamar como el Ángel: llena de gracia, morada del Señor, y bendita entre las mujeres, y declarar para vuestra gloria las grandezas que estos nombres significan.

4. *Gratia plena.*—Lo primero, ponderaré qué plenitud es esta, y como la Vírgen estaba llena de gracia, con todos los modos que hay de plenitud. Estaba llena de la gracia que justifica: llena de caridad, fe y esperanza, de humildad, obediencia y paciencia, con las demás virtudes. Llena otrosí de sabiduría, de ciencia, de piedad y temor del Señor; con los demás dones del Espíritu Santo. Su memoria estaba llena de santos pensamientos; su entendimiento de grandes ilustraciones de Dios; su voluntad de fervientes actos y afectos de amor y celo, con entrañables deseos de la gloria de Dios, de la venida del Mesías, y de la redencion del mundo. Y esta plenitud tenia actualmente cuando entró el Ángel á saludarla, porque estaba ocupada en la contemplacion de estos misterios, que era su ocupacion cási continua. Demás de esto, estaba llena de gracia en sus obras, porque todas ellas eran obras llenas, enteras y macizas, con la plenitud que podian tener de pura intencion, fervor y amor. De modo, que no la diria Dios lo que dijo al otro obispo (*Apoc.* III, 2): No hallo tus obras llenas en mi presencia.

5. Luego ponderaré la grandeza de esta plenitud, porque muchos vasos están llenos de licor precioso, pero el mayor tiene mucha mas cantidad. Así muchos Santos estuvieron llenos de gracia, pero la Vírgen, como dice santo Tomás (3 *p. q.* 27, *art.* 5), sobre todos, porque era vaso mucho mayor, y su plenitud era conforme á la dignidad de madre de Dios, que excede grandemente á las dignidades y oficios de los otros Santos; y ella cada dia, con el uso de las gra-

cias, ensanchaba el vaso y se hacia capaz de otras mayores. Ó Vírgen santísima, ¿quién podrá decir la plenitud de gracia que teneis sobre todos los Santos, que estuvieron llenos de ella? Ellos fueron como rios; pero Vos, conforme á vuestro nombre, estais llena como mar. Gózome de que por excelencia os llame san Gabriel llena de gracia, pareciéndole que no hay otra tan llena como Vos; y que él y sus compañeros, en vuestra comparacion, se pueden llamar vacíos. Gracias os doy, Trinidad beatísima, por la plenitud de gracia que dísteis á esta Vírgen soberana, por cuyos merecimientos os suplico me deis alguna parte de ella, para que el vaso de mi ánima, aunque pequeño, quede lleno conforme á su capacidad. Ó Madre de misericordia y mar inmenso de la gracia, pues los rios salen de la mar (*Eccles.* I, 7), á donde entraron, salga de Vos algun rio de gracias que llene los vacíos de mi alma, para que mis obras sean llenas y perfectas delante de Dios. Amen.

6. *Dominus tecum.*—Con esta tercera palabra sube el Ángel de punto la salutacion diciendo: El Señor es contigo; esto es, está en tí por excelencia, con todos los modos que puede estar en sus puras criaturas. Está contigo, no solo por esencia, presencia y potencia, como está con todos los hombres; ni solamente por gracia, como está con todos los justos, sino con eminencia de gracia, asistiendo dentro de tí con especial gracia y amistad, y con estrecha familiaridad. Está contigo en todas tus potencias, uniéndolas consigo; está en tu memoria, arrebatándola, para que siempre de él te acuerdes; en tu entendimiento, ilustrándole, para que siempre le conozcas; y en tu voluntad, encendiéndola, para que siempre le ames. Está contigo tambien, asistiendo á todas tus cosas con especial providencia y proteccion, gobernándote con sus inspiraciones, y enderezándote en cuanto haces. Está en tí, como en su cielo, en su templo, en su tálamo, en su casa de recreacion; y de aquí á poco estará en tu vientre como hijo tuyo; y así por excelencia y á boca llena digo de tí: *Dominus tecum.*

7. Tambien ponderaré, que no dice el Ángel: El Señor es, fue ó será contigo, sino el Señor contigo: para significar que fue, es y será siempre con ella, como quien dice: Desde tu creacion fue Dios contigo (*Psalm.* XLV, 6), y ahora es y será por toda la eternidad. No se apartará de tí, ni se mudará de tí, ni en tí habrá mudanza que menoscabe la divina Providencia. Ó Vírgen bienaventurada, gózome de tan gran bien como teneis en tener con Vos al mismo Dios, gozando con firmeza de su dulce compañía. Suplicadle que

esté por gracia conmigo, poseyéndome con tal amor, que nunca se aparte de mí, ni yo me aparte de él para siempre jamás. Amen.

8. *Benedicta tu in mulieribus.* — Con esta cuarta palabra concluye el Ángel la salutacion, diciendo: Bendita eres entre las mujeres, porque serás libre de la maldicion de la esterilidad, sin daño de la virginidad; y tambien serás libre de la maldicion de parir con dolor, porque no concebirás con deleite. — Serás bendita entre las mujeres, porque como una mujer dió principio á todas las maldiciones que comprendieron á los hombres, así tú darás principio á todas las bendiciones celestiales que vendrán sobre ellos, por el fruto bendito de tu vientre, por quien has de quebrantar la cabeza de la serpiente (*Genes.* III, 15), y librarlos de las maldiciones que su maldita sugestion les acarrea. — Por lo cual tú serás bendita y alabada entre todas las mujeres, y te darán mil bendiciones los Ángeles del cielo y los hombres de la tierra, así los justos como los pecadores, porque á todos cabrá parte de tu copiosa bendicion. Y yo tambien, indigno siervo tuyo, te alabo, bendigo y glorifico, y me gozo que todos te alaben, bendigan y glorifiquen; y te suplico me hagas participante de las bendiciones que tu Hijo dulcísimo, nuestra cabeza, por tí, como por su cuello, comunica á su Iglesia. Líbrame, Señora, de las maldiciones de la culpa y pena á que vivo sujeto, para que pueda bendecir á tu Hijo, y servirle por los siglos de los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar el modo como recibió la Vírgen esta salutacion; porque *en oyéndola se turbó, y pensaba dentro de sí, qué salutacion era aquella.* En lo cual descubrió cuatro excelentes virtudes, en que podemos imitarla; conviene á saber, castidad, humildad y prudencia con silencio. — Mostró su excelente castidad, turbándose, como dice san Ambrosio (Lib. II de Virginib., et in exhort. ad Virgines), con la vista repentina de un varon en medio de su aposento, estando sola; porque propio es de la vírgen recatada turbarse de cualquier vista y palabra del varon. Así como es propio del varon casto cerrar como Job sus ojos, por no tener pensamiento malo contra la vírgen (*c.* XXXI, 1).

2. Pero mas principalmente mostró su rara humildad, porque al tiempo que entró el Ángel en forma de varon, estaba esta Señora recogida en su aposento, en grande contemplacion de las grandezas de Dios y del Mesías, y de la que habia de ser su madre. Tenia de sí muy bajo concepto por su profunda humildad; y cuando oyó una salutacion tan nueva y tan gloriosa, turbóse, no tanto por la

vista del Ángel, cuanto porque no hallaba en sí fundamento de tales alabanzas y grandezas como la decia.—Y luego mostró su prudencia en pensar bien qué salutacion era aquella, y á qué fin se podia ordenar; y así no quiso abalanzarse á responder precipitadamente, hasta que el Ángel se fuese declarando mas.

3. Por lo cual se abrazó con su amado silencio, callando por entonces, y dando por respuesta el semblante exterior de su humildad y vergonzosa turbacion. Ó Vírgen purísima, ¡cuán bien os cuadra en este punto lo que vuestro Esposo dijo (*Cant.* I, 9): Hermosas son tus mejillas como de tórtola, ave casta y vergonzosa, porque en ellas resplandece la hermosura de vuestra castidad, y el resplandor de vuestra humilde sabiduría!—Estas virtudes de la Vírgen campean mas, comparándola con la primera mujer Eva; la cual, aun cuando era vírgen, andaba vagueando por el paraíso; y á la primera pregunta que le hizo el mal ángel en figura de serpiente (*Genes.* III, 1), respondió y trabó largas pláticas con él, en las cuales descubrió soberbia, curiosidad, imprudencia, ganas de parlar y otros vicios, en que la imitamos sus hijos. De lo cual me tengo de confundir, suplicando á esta Vírgen prudentísima me ayude, para que en semejantes ocasiones siga sus virtudes.

Punto cuarto. — 1. Conociendo el Ángel la santa turbacion y temor de la Vírgen, la dijo: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.* En lo cual se ha de considerar lo primero, como es propio del buen espíritu sosegar cualquier temor y turbacion del corazon, para que con quietud reciba la revelacion y visita de Dios; y aunque la turbacion de la Vírgen fue sin género de culpa ó imperfeccion, pero por ella se puede sacar el cuidado con que el buen Ángel procura quitar las turbaciones que nacen de culpa ó flaqueza nuestra, y de mi parte tengo de procurar quitarlas porque no me impidan las visitas de Dios, acordándome de la reprension que Cristo nuestro Señor dió á Marta cuando la dijo: Marta, Marta, solícita estás y turbada en muchas cosas, no siendo necesaria mas que una sola. Y esto mismo tengo de pedir al Ángel de mi guarda, diciéndole: Ó Ángel benditísimo, quitad de mi corazon todo temor vano, para que sea capaz del amor divino; sosegad la turbacion que padece en las cosas terrenas, para que pueda contemplar las celestiales, contentándome con aquel Uno, en quien está mi descanso eterno. Amen.

2. *Cuán gran bien es hallar gracia cerca de Dios.*—Lo segundo,

ponderaré aquella dulcísima palabra que añadió el Ángel, para persuadir á la Vírgen que no temiese. Porque has hallado, dice, gracia delante de Dios; que fue decirla: No tienes que temer demonio ni infierno, ni enemigos visibles ó invisibles; ni hay por qué te receles de las grandezas que te he dicho en esta salutacion, ni de otras mayores que luego te diré; porque te hago saber que has caido en gracia á Dios, y esto basta para que estés segura, y de aquí te viene que estés llena de gracia, y que el Señor sea contigo, y que seas bendita entre todas las mujeres; porque quien halla gracia delante de Dios, ¿qué bienes no recibirá de su larga mano? ¡Oh dichosa, y mil veces dichosa el alma que halla gracia delante de Dios! Si se tiene entre los hombres por suma felicidad caer en gracia al rey terreno, ¿cuánto mayor será caer en gracia al Rey celestial? De aquella gracia procede abundancia de riquezas, honras, dignidades y otros muchos bienes de la tierra que da el rey á su privado, y á veces todo suele parar en desgracias. Mas de esta gracia procede gran abundancia de virtudes y dones del cielo que da Dios á sus queridos. Por lo cual de los muy grandes santos se dice en la Escritura, que hallaron gracia delante de Dios, como de un Noé, Moisés, David (*Genes.* VI, 8; *Exod.* XXXIII, 12; *Act.* VII, 46), y otros tales; pero sobre todos, la Vírgen sacratísima halló muy mayor gracia cerca de Dios, y tan cerca, que siempre estuvo con él, y él con ella, hasta tenerle en su vientre como madre. Ó Madre dulcísima, gózome de que hayais hallado gracia delante de Dios con tan singular privanza. Y pues la reina Ester, porque halló gracia delante del rey Asuero (*Esther*, II, 17), fue causa de que su pueblo tambien la hallase y fuese de él muy favorecido, sed Vos nuestra medianera, para que hallemos gracia delante de Dios, y alcancemos la gracia consumada que es la gloria eterna. Amen.

3. Pero tengo de ponderar muy mucho, que aunque este favor no le hizo Dios por merecimientos del hombre, sino por su sola misericordia, mas grandemente dispone para alcanzarle la humildad, por la cual le alcanzó la Vírgen. Y por esto dijo el Espíritu Santo (*Eccli.* III, 20): Cuanto fueres mayor, tanto mas humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios, porque solo su poder es grande, y los humildes son los que le honran. Dice que los humildes le honran, porque le atribuyen la honra y gloria de todo lo que tienen; por lo cual Dios les honra mucho mas y hallan mayor gracia delante de él. Por tanto, alma mia, si quieres hallar gracia cerca de Dios,

como la Vírgen, humíllate en todas las cosas como ella, porque Dios resiste á los soberbios, y da su copiosa gracia á los humildes. (*Jacob*. IV, 6).

MEDITACION VII.

DEL MODO COMO EL ÁNGEL ANUNCIÓ Y DECLARÓ Á LA VÍRGEN EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

PUNTO PRIMERO. — 1. Habiendo el Ángel sosegado la santa turbacion de la Vírgen, propuso su embajada de esta manera: *Mira* (*Luc*. I, 31), *que concebirás y parirás un Hijo, y le llamarás Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.*—En estas palabras se han de ponderar las grandezas y excelencias del Hijo que el Ángel promete á la Vírgen.—La primera es, que será Jesús y Salvador del mundo, con mayor excelencia que todos los demás que tuvieron este nombre, como despues dirémos.—La segunda, que será grande á boca llena, sin limitacion alguna; grande en la divinidad y humanidad; grande en la sabiduría y en la santidad; en la vida y en la doctrina; en el ejemplo y en la palabra; y grande en la potestad, porque la tendrá sobre todas las cosas, con facultad de hacer tambien á otros grandes delante de Dios, con participacion de su grandeza.—La tercera, que de tal manera será su Hijo, que tambien será Hijo del Altísimo Dios.

2. La cuarta, que su eterno Padre le dará el trono y el imperio sobre todos los escogidos, figurado por la silla de David y por la casa de Jacob, de quien desciende segun la carne.—La quinta, que su reino será eterno y no tendrá fin. ¡Oh embajada gloriosa! oh nueva gozosísima! Dichosa Vírgen á quien tal Hijo se promete. Bienaventurado Hijo, en quien tantas grandezas caben. De todas ellas dió noticia el Ángel á la Vírgen, para que conociese como este Hijo, que habia de concebir, era el Mesías prometido por los Profetas, de quien tantas excelencias estaban escritas. De donde sacaré una grande estima y amor á este soberano Mesías, gozándome de cada una de estas cinco excelencias referidas, acordándome de las cinco llagas que recibió en la cruz, para que se aplicase á sus escogidos y á mí mismo el fruto de ellas; y así en la cruz se manifestaron todas, como en su lugar verémos.

3. Ahora solamente ponderaré, como estas grandezas tuvieron principio en la profundísima humildad del Hijo unigénito de Dios vivo, que está encerrada en la primera palabra que dijo el Ángel á la Vírgen: *Ecce concipies in utero.* Mira que concebirás en tu vientre; como quien dice: Con ser tan grande este Salvador y este Rey eterno, se quiere humillar tanto, que se estrecha á la pequeñez de un niño, concebido en el vientre de una mujer. Y de esta pequeñez tomará principio su grandeza, cumpliéndose lo que habia dicho el profeta Isaías: Un niño (*Isai.* VII, 6) pequeño nos ha nacido, y un hijo se nos ha dado, cuyo principado estará sobre su hombro, y se llamará el Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz, cuyo imperio se dilatará mucho por el mundo (*Dan.* II, 34), y su paz no tendrá fin. Ó Príncipe soberano, que bajaste del cielo como piedra sin manos, siendo concebido sin obra de varon en el vientre de una vírgen; y despues llegaste á ser monte tan grande que llenaste la tierra, dilatando por ella tu reino, que es reino eterno sin fin: gracias te doy por haber escogido tan extraña pequeñez por principio de tan soberána grandeza. Concédeme, Señor, que estribando yo, no en mis manos, sino en las tuyas, conciba tales propósitos de tu servicio, que crezcan en obras muy grandes de tu gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Oida esta embajada, dijo la Vírgen al Ángel: *¿Cómo puede ser esto, porque no conozco varon?* Como si dijera: No dudo de la omnipotencia de Dios, ni de tu promesa, mas quiero què me informes, ¿cómo puedo yo obedecer en esto que se me manda, pues tengo hecho voto de no conocer varon?—En esta respuesta descubrió la Vírgen grande prudencia con excesivo amor á la virginidad, y así con mucha razon la Iglesia la llama Vírgen prudentísima, porque, con ser tan grande la promesa del Ángel, no se cebó luego en ella, hasta ver cómo se concertaria con el voto que tenia hecho de castidad, á la cual estaba tan aficionada, que con detrimento suyo se le hacia muy dificultoso ser madre, aunque fuese de tal Hijo. Y aunque sabia por la profecía del profeta Isaías (*Isai.* VII, 14), que la Madre del Mesías seria vírgen, quiso con prudencia examinar la revelacion del Ángel, para ver cómo concertaba con la revelacion del Profeta. De donde sacaré un entrañable amor á la castidad, huyendo, cuanto es de mi parte, todo lo que puede ser ocasion de menoscabarse, aunque tenga apariencia de piedad y religion. Y á imitacion de la Vírgen santísima, tengo de examinar bien el espíritu que me inclinare á cosa en que pueda haber peligro, temien-

do no sea espíritu de Satanás; el cual, como dice el apóstol san Pablo (II *Cor.* XI, 14), se transfigura en ángel de luz para engañar á los que son muy sencillos, ó demasiadamente confiados, ó muy celosos del bien ajeno, sin mirar tanto por el própio.

2. *Regla para hablar con prudencia.*—Lo segundo, se ha de considerar en estas palabras, por ser las primeras que leemos de la Vírgen, cuatro circunstancias con que las dijo, en las cuales está dibujada una admirable regla para hablar con prudencia; porque estas palabras fueron pocas, y no mas que las necesarias, y en caso de gran importancia, y con modo muy humilde y muy decente. Parece que tenia la Vírgen muy en la memoria el consejo del Eclesiástico, que dice (*Eccli.* XXXII, 10): Mancebo, hablarás no mas que en tu propia causa, cuando fuere necesario, y esto apenas y con dificultad; si fueres preguntado dos veces, tu respuesta sea breve y muy recogida, pasa por muchas cosas, como quien no las sabe: *Habeat caput responsum tuum:* oye callando, y preguntando cada cosa en su tiempo. Todo esto guardó maravillosamente la Vírgen en estas breves palabras, las cuales dijo despues de haberla el Ángel hablado dos veces. Y aunque tenia ocasion para alargarse en la pregunta, no tocó mas que el punto necesario con grande brevedad, declarando el voto de castidad que tenia hecho con palabras humildes y castas, bastantes para que el Ángel la entendiese, diciéndole: No conozco varon. Ó Vírgen benditísima, con mucha razon se agradó el divino Esposo de vuestros labios, diciendo (*Cant.* IV, 3), que son como cinta de grana y como panal de miel que destila poco á poco, porque vuestras palabras son ceñidas y muy miradas, dichas con reposo, dulzura y caridad. Y pues tanto le agrada esta regla en el hablar, suplicadle que la estampe en mi corazon, para que salgan de él mis palabras bien arregladas.

PUNTO TERCERO.— 1. Á esta pregunta de la Vírgen respondió el Ángel (*Luc.* I, 35): *El Espíritu Santo vendrá de lo alto sobre tí; y la virtud del Altísimo te hará sombra; y por tanto, lo que nacerá de tí, siendo santo, se llamará Hijo de Dios.* En estas palabras se han de ponderar tres excelentísimas promesas que hizo el Ángel á la santísima Vírgen.–La primera, que esta concepcion no seria por obra de varon, sino por virtud del Espíritu Santo, el cual desde el cielo vendria sobre ella para hacer esta obra. Y porque las obras del Espíritu Santo son perfectas, juntamente vino sobre ella con nueva plenitud de gracia, para disponerla á obra tan soberana.–La segunda, que la virtud del Altísimo la haria sombra, preservándola de

deleite sensual en la concepcion, y formando de su purísima sangre el cuerpo de este Niño, como el que cubriendo los huevos con sus alas les da vida con su calor.

2. La tercera promesa fué, dando razon de las dos pasadas, porque lo que habia de ser concebido tan santamente, seria Hijo de Dios, no por adopcion, como los demás justos, sino por la union de la naturaleza humana con la persona divina; y así seria santo, no por privilegio, sino por virtud de su santa concepcion. ¡Oh qué alegría tan grande causarian estas tres promesas en la Vírgen! Ó Vírgen santísima, si cuando entró el Ángel estábais ya llena de gracia, ¿cuánto mas llena quedaréis viniendo el Espíritu Santo sobre Vos con esta nueva plenitud? Si antes estaba el Señor con Vos para vuestro gobierno, amparo y consuelo, ¿cuánto mas lo estará ahora viniendo la virtud del Altísimo á haceros sombra? Ya podeis, Señora, decir con nuevo título: Á la sombra del que deseaba me sentaré, y su fruto es dulce á mi garganta. (*Cant.* II, 3). Sentada estais á la sombra del Altísimo, ella os quitará el deleite sensual en concebir; y el fruto de vuestra concepcion será agradable á Dios, suave á los Ángeles, dulce para Vos, y saludable para nosotros. Sea para bien, ó Virgen purísima, tanta plenitud, tan dichosa sombra, con esperanzas de tan dulce fruto. Y pues tal gracia habeis hallado en este dia delante del divino Espíritu, suplicadle que venga de nuevo sobre mí, y con su virtud me haga sombra, para que sentado debajo de su amorosa proteccion guste los dulces frutos de su divina presencia.

3. De aquí tengo de sacar, que así como para que la Vírgen concibiese al Hijo de Dios fue menester que el Espíritu Santo viniese del cielo sobre ella para hacer esta obra, y que la virtud del Altísimo la hiciese sombra; así tambien para que yo conciba en mi alma el espíritu de salud (*Isai.* XXVI, 18), por el cual soy hijo de Dios adoptivo, es necesario que venga en mí la inspiracion del Espíritu Santo (*D. Fulgent.* De incarnatione, c. 20), y que la virtud y omnipotencia de Dios me haga sombra, templando el ardor de mis concupiscencias sensuales, y amparándome en todas las tentaciones y peligros; y con esta fe tengo de clamar al cielo y decir: Ó Espíritu santísimo, ven de lo alto á mi pobre alma, siembra en ella la semilla de tu divina inspiracion, para que conciba dentro de sí al Espíritu de salud. Ó virtud del Altísimo, ampárame con la sombra de tus alas (*Psalm.* XVI, 9); cúbreme con ellas en el dia de la tentacion, para que los milanos del infierno no prevalezcan contra mí,

ni yo pierda por mi flaqueza lo que tú has comenzado con tu gracia. (*Psalm.* CXXXIX, 8). Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Á lo dicho añadió el Ángel: *Sabe que Elisabet* (*Luc.* I, 36) *tu prima ha concebido un hijo en su vejez, y está ya en el sexto mes, aunque era estéril, porque ninguna cosa es á Dios imposible.* Con estas palabras pretendió el Ángel tres cosas maravillosas.–La primera, revelar á la Vírgen una cosa que le daria mucho gusto por su grande caridad, cuya propiedad es llorar con los que lloran, y (*Rom.* XII, 15) alegrarse con los que se alegran. Y como la Vírgen sentia la esterilidad de su prima, por la pena que ella recibia, así se alegró con la nueva de su preñez, por la alegría que á ella la daria.–La segunda fué, confirmar su embajada con alguna señal sensible, como quien dice: Pues ha concebido la que era vieja y estéril, bien puedes creer que concebirá la Vírgen, porque Dios todo lo puede; y con la facilidad que puede lo uno, podrá lo otro. Por donde se ve, como es propio del buen espíritu castigar á los incrédulos que piden alguna señal ó milagro, con afecto de incredulidad, como castigó el mismo san Gabriel á Zacarías porque le pidió señal (*Luc.* I, 18) para creer que tendria hijo, siendo él viejo y su mujer estéril; y al contrario da esta señal á los que tienen fe, aunque no se la pidan, como la dió á la Vírgen nuestra Señora, por alegrarla y consolarla, y de camino confirmarla mas en su fe. De donde sacaré cuánto importa creer con gran firmeza las cosas de la fe, porque á los tales suele dar Nuestro Señor interiormente mayores señales de su verdad, y las niega á los incrédulos, conforme al dicho del profeta Isaías (*Isai.* VII, 9, *iuxta* 70): Si no creeis, no entenderéis.

2. Lo tercero, pretendió el Ángel descubrir la razon fundamental de todo lo que habia dicho, añadiendo aquella palabra tan gloriosa: *Ninguna cosa es imposible á Dios;* que es decir: Puede hacer todo lo que quiere y cumplir lo que promete, especialmente las dos cosas milagrosas que te he dicho; es á saber, que la estéril y la vírgen pueden concebir y parir. De donde sacaré yo otras dos para mi consuelo espiritual.

3. La primera, que por la omnipotencia de Dios nuestro Señor, cualquier alma que haya sido mucho tiempo estéril de buenas obras, por mas arraigada que esté la esterilidad en ella, puede trocarse y hacerse fértil. Y como Elisabet estéril concibió á Juan, que quiere decir gracia, así podrá concebir en sí los frutos de gracia y bendicion muy graciosos y agradables á Dios. Y con esta esperanza me

tengo de alegrar y alentar á pretender esta dichosa fertilidad, acordándome de lo que dice Isaías y el apóstol san Pablo: Alégrate, ó estéril, que no parias, y alaba á Dios la que no solias concebir; porque mas hijos tendrás tú que eras estéril como Sara, que no la que era fecunda como Agar. (*Isai.* LIV, 5; *Galat.* IV, 27).–La segunda es, que así como la Vírgen nuestra Señora, por virtud del Espíritu Santo, pudo concebir y tener un Hijo que valia por cien mil, así los que prometen y guardan virginidad concebirán hijos espirituales que les valdrán incomparablemente mas que los carnales, cumpliéndoles Nuestro Señor la promesa que de esto les hizo por Isaías (*Isai.* LVI, 5),

—como se declaró en la parte I, meditacion XX.—

MEDITACION VIII.

DE LA ÚLTIMA RESPUESTA QUE LA VÍRGEN DIÓ AL ÁNGEL, CONSINTIENDO Á SU EMBAJADA.

PUNTO PRIMERO.— 1. Habiendo la Vírgen oido todo lo que el Ángel la decia, respondióle: *Ves aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.* Aquí he de considerar el deseo con que estaria el Ángel esperando la respuesta de la Vírgen, y no solo el Ángel, pero el mismo Espíritu Santo su esposo, el cual la diria al corazon aquello de los Cantares (*Cant.* II, 14): Suene tu voz en mis oidos, porque es dulce para mí. Y él mismo la inspiró las palabras que habia de decir, ejercitando algunas excelentísimas virtudes, con las cuales acabó de disponerse para ser digna madre de Dios.–La primera fue, grande fe, dando crédito á las palabras del Ángel, y creyendo que podria ser madre y vírgen, sintiendo altamente de la omnipotencia de Dios.–La segunda fue, profunda humildad en medio de tantas grandezas que se le ofrecian, llamándose esclava del Señor, y por consiguiente juzgándose por indigna de ser su madre, poniéndose cuanto era de su parte en el último lugar, cual es el de las esclavas.

2. La tercera fue, grande obediencia y resignacion en las manos de Dios, ofreciéndose á cumplir lo que el Ángel decia, y á todo lo que Dios le mandase. Ó Vírgen sapientísima, ¿quién os ha enseñado á juntar con tal primor cosas que tanto distan? Si creeis que habeis de ser madre de Dios, ¿cómo os llamais su esclava? Y si os

teneis por esclava, ¿cómo os ofreceis á ser madre de Dios? ¿Qué tiene que ver madre con esclava? ¿Y cómo se compadecen fe de tanta bajeza con fe de tan grande alteza, y humildad tan profunda con magnanimidad tan alta? ¡Oh alteza de la sabiduría de Dios! oh milagros de su omnipotencia! Vuestras son, Señor, estas maravillas; y Vos sois el que sabeis y podeis juntar madre y vírgen, esclava y madre, humildad y magnanimidad, y fe de todo esto con entendimiento humano. Ó Padre celestial, que escondeis vuestros secretos á los soberbios, y los revelais á los humildes (*Matth.* XI, 25); y por esto, donde está la humildad, está vuestra sabiduría (*Prov.* XI, 2), enseñadme á escoger con humildad lo mas bajo de la tierra, y á pretender con magnanimidad lo mas alto del cielo, juntando la nada que soy de mi cosecha, con lo mucho que puedo con vuestra gracia.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Por ser muchos los misterios que se encierran en estas palabras de la Vírgen, es bien meditar cada una por sí, ponderando el espíritu que tiene para nuestro provecho. — *Ecce.* — De esta palabra *Ecce* usa la Escritura para señalar ó significar alguna cosa grande, digna de mucha ponderacion, y usó de ella el Ángel en el principio de su embajada diciendo: *Ecce concipies.* Mira que concebirás un Hijo. Y así quiso tambien la santísima Vírgen usar de ella en su respuesta, diciendo: *Ecce ancilla Domini:* mira la esclava del Señor, porque como el Ángel tenia grandes ganas de que la Vírgen nuestra Señora ponderase las grandezas que la prometia de parte de Dios; así la Vírgen tenia grandes ganas de que el Ángel ponderase la bajeza de esclava, que ella tenia de su cosecha, y las ganas que tenia de obedecer á lo que Dios mandaba; porque los humildes, cuando se publican los dones que tienen de Dios, desean con grandes ansias que se sepan las miserias que tienen de sí mismos, para que no se atribuyan los dones á sus merecimientos, sino á la bondad del que se los dió, á quien desean ser muy agradecidos, y por esto muy obedientes.

2. *Ancilla Domini.* — En esta palabra, esclava del Señor, declaró la Vírgen el concepto que tenia de sí muy de atrás, desde que tuvo uso de razon; y aunque el nombre de siervo y esclavo, por la parte que significa servir á Dios con espíritu de temor y miedo por fuerza, es vituperado en la divina Escritura; pero cuando se junta esclavo con amor, es nombre gloriosísimo, porque el esclavo no es suyo, sino de su señor; no tiene libertad para hacer lo que quiere, sino lo que su señor le manda; no le sirve por salario ni jornal, sino

porque está obligado á ello; no trabaja para sí, sino para su señor; ni sirve solamente á él en su persona, sino á todos los de su familia y casa, en la cual tiene el mas bajo lugar, y siempre le dan lo peor y mas desechado.

3. Todo esto sentia en sí la Vírgen nuestra Señora cuando se llamaba esclava del Señor. Primeramente, no se tenia por suya, sino por cosa propia de Dios nuestro Señor, y hacienda suya, así porque la habia criado, como porque ella totalmente se habia dedicado á su perpétuo servicio, diciendo en su corazon aquellas palabras que refiere el profeta Isaías del justo (*Isai.* XLIV, 5): Este dirá: Yo soy de Dios, y con su propia mano escribirá y firmará que es del Señor. Y así como el fiel esclavo no huye de su amo, ni se aparta de él en ningun tiempo, ni quiere servir á otro amo, porque ninguno puede servir juntamente á dos señores (*Matth.* VI, 24), así la Vírgen nunca se apartó un punto del servicio de Dios, ni sirvió á otro señor que á Dios, cumpliendo perfectísimamente aquel precepto: Adorarás á tu Señor Dios, y á él solo servirás. (*Deut.* VI, 13).

4. Á mas, en todas las cosas no hacia lo que ella queria, sino lo que Dios la mandaba, porque no tenia voluntad propia, ni libertad de carne; y estaba tan asida con la voluntad del Señor, como si no tuviera libertad para desviarse de ella, preciándose de esclava que siempre tiene puestos los ojos en las manos de su señor (*Psalm.* CXXII, 2), para dejarse menear de él y moverse á cualquier seña que le hiciese. – Demás de esto, no servia á Dios por salario ni jornal, pretendiendo principalmente galardon alguno, sino porque estaba obligada á ello como esclava y gustaba de hacer placer á su Señor; y así en su corazon tenia muy asentada aquella verdad, que despues enseñó Cristo nuestro Señor á sus discípulos: Cuando hubiéreis hecho todas las cosas que os han mandado, decid: Siervos somos sin provecho; lo que estamos obligados á hacer, eso hicimos. (*Luc.* XVII, 10).

5. De aquí procedia, que todo lo que hacia y trabajaba, no lo queria para sí, sino para su Señor; porque aunque es verdad que el merecimiento y premio era para ella, pero todo lo queria para gloria de Dios y no para la suya, diciendo aquello de los Cantares (*Cant.* VII, 13): Todos los frutos de mi huerto, nuevos y añejos, guardé para tí, amado mio; esto es, todas las obras de mi vida, presente y pasada, quiero que sean para tu gusto y gloria, porque no (*Rom.* XIV, 7) quiero vivir ni morir para mí, sino para tí, pues soy tuya. – Finalmente, no solo se tenia la Vírgen por esclava del Señor,

para servirle á él, sino para servir á todos los de su casa y familia; y así se dedicaba al servicio de sus padres cuando estaba en el templo, y de su esposo cuando estaba en su compañía. Y mucho mejor que Abigail, diria lo que ella dijo á David (I *Reg.* xxv, 41): Ves aquí á tu criada aparejada para ser esclava, y lavar los piés de los siervos de mi señor; y con este espíritu de humildad siempre escogió para sí el lugar mas bajo en la casa de Dios, y lo peor y mas desechado del mundo, como adelante verémos.

6. Todos estos sentimientos tuvo la Vírgen cuando se llamó esclava del Señor, y preciábase mucho de este nombre, porque sabia cuán agradable era á Dios, el cual solia llamar con el mismo nombre de siervo al Mesías su Hijo (*Isai.* XLIV, 1), en cuanto hombre; y él mismo se preciaba de ello, como consta por lo que dicen los Profetas. (*Zach.* III, 8). Y si yo deseo ser devoto de Nuestra Señora, he de preciarme del mismo nombre y del espíritu que encierra en las cosas dichas, diciendo á Dios con David (*Psalm.* cxv, 16): Ó Señor, que yo soy tu siervo, soy siervo tuyo, é hijo de tu esclava; rompiste mis ataduras, yo te sacrificaré sacrificio de alabanza, é invocaré tu santo nombre. Ó Dios de mi alma, préciome de ser tu siervo, porque me criaste; y de ser otra vez tu siervo, porque me rediміste; hijo soy de tu esclava, porque de herencia me viene ser esclavo; pero en especial me tengo por hijo de tu esclava la Vírgen santísima, madre tuya, por cuyos merecimientos te suplico desates las cadenas de mis pecados y pasiones, para que libre de esta mala servidumbre te sirva con libertad de espíritu, y alabe y glorifique tu santo nombre por todos los siglos. Amen.

7. *Fiat mihi.*—No sin misterio la Vírgen no dijo al Ángel, haré lo que dices, sino esta palabra *fiat*, hágase; de la cual usó Dios nuestro Señor cuando crió este mundo, diciendo: Hágase (*Genes.* I, 3) la luz, etc. Porque entendia la Vírgen, que la encarnacion era obra de la omnipotencia de Dios, como la creacion del mundo; y que con un *fiat* de su omnipotencia se habia de hacer, sin que de su parte hubiese merecimiento alguno de cosa tan gloriosa, aunque juntamente lo aceptaba diciendo *fiat*, como quien dice: Aunque no era menester mi consentimiento, pues soy esclava de Dios, y él puede hacer de su esclava lo que quisiere; y aunque por esclava yo no mereciera que tal cosa se hiciera conmigo, con todo eso, pues Dios así lo quiere, *fiat*, hágase así, que yo gustaré de todo lo que él quisiere. Por donde se ve la soberana obediencia y resignacion de la Vírgen, fundada en el conocimiento de su nada, ofreciéndose á no

resistir al *fiat* de Dios, como no resisten las criaturas insensibles, ni resiste lo que es nada, cuando Dios dice, hágase.

8. Mas para que se entienda la alteza de este consentimiento he de ponderar, que no solamente puso los ojos en las grandezas que el Ángel la dijo, sino tambien en los terribles trabajos que habia de padecer aquel Hijo que la ofrecian, los cuales sabia bien por las Escrituras sagradas, y de ellos habia de caber muy gran parte á su Madre. Y sin embargo de esto aceptó la dignidad de madre, con la carga pesadísima del oficio, y por esto se llamó esclava, como quien la aceptaba, no para ser servida como señora, sino para servir y padecer como esclava. Gracias os doy, Vírgen santísima, por este generoso ofrecimiento que haceis con tanta magnanimidad de corazon; os alaben los Ángeles del cielo y los justos de la tierra, y los que estaban esperando en el limbo. Y pues á todos ha cabido parte de vuestro consentimiento, suplicad á vuestro Hijo me conceda tal resignacion, que no resista á cosa que me mandare, ni á trabajo que me enviare, sino que á todo diga *fiat.* Dios es mi Señor; lo que fuere bueno en sus ojos, eso haga en mí su siervo. (I *Reg.* III, 18).

9. *Secundum verbum tuum.* — Tambien tiene gran misterio no haber dicho la Vírgen al Ángel: Hágase en mí lo que Dios manda ó quiere, sino hágase en mí segun tu palabra, porque con esto declaraba la perfeccion de su fe y obediencia, porque la perfecta fe cree lo que Dios revela, por sí mismo, ó por medio de otros; y la perfecta obediencia obedece á Dios en lo que manda por sí sólo, ó por medio de sus ministros; pues quien á ellos oye, á Cristo oye. (*Luc.* x, 16). Aunque tambien puedo contemplar que la Vírgen en este punto se levantó sobre sí misma, y sobre todos los Ángeles, y sobre todo lo criado, enderezando su respuesta no tanto al embajador, cuanto á Dios que enviaba la embajada, diciendo al Padre eterno: Ves aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra, no solamente segun lo que mandas, por esta palabra que habla el Ángel, sino segun el deseo del Verbo, y palabra que tú hablas dentro de tí mismo en tu eternidad, que es tu Hijo, el cual desea serlo mio; y pues él así lo quiere, hágase como lo manda. Á imitacion de la Vírgen, diré yo tambien muchas veces á Dios, con el sentimiento que ella tuvo: Ves aquí el esclavo del Señor; hágase en mí segun tu palabra, porque aparejado estoy á poner por obra todo lo que me ordenares con tu divina palabra.

PUNTO TERCERO. — 1. En oyendo el Ángel la respuesta de la Vírgen, se volvió al cielo: *Et discessit Angelus ab ea.* — En esta partida

se ha de considerar lo primero, cuán contento y alegre quedó el Ángel con la respuesta de la Vírgen, admirado de su prudencia y virtud tan soberana, y gozoso de haber cumplido lo que Dios le habia encargado, porque estas dos cosas son materia de sumo gozo á los Ángeles y á los justos; porque no hay gozo que iguale á lo que es cumplir la voluntad de Dios, y ver que otros la cumplen, porque en ella, como dice David, está nuestra vida. (*Psalm.* XXIX, 6).–Lo segundo, se ha de considerar como el Ángel se partió luego al cielo, sin detenerse un punto mas, para darnos á entender que los Ángeles, en cumpliendo el ministerio que Dios les ha encargado en la tierra, no se detienen en ella, sino luego se vuelven á su centro que es el cielo, enseñándonos á nosotros, especialmente á los religiosos, que cumplidos los ministerios con los prójimos, no nos detengámos sin causa entre ellos, sino que luego nos recojamos á nuestro oratorio, que es nuestro cielo, á descansar con Dios.

2. Y como imaginamos, á nuestro modo humano, que el Ángel entrando en el cielo dió cuenta á Dios de su embajada, y se presentó aparejado para tornar á salir á cuanto le mandase; así nosotros, cumplidas nuestras obligaciones, hemos de presentarnos delante de Dios, aparejados para cumplir las que de nuevo nos pusiere y encargare, segun aquello qué dijo por Job (*c.* XXXVIII, 35): ¿Por ventura mandarás ir los rayos, y luego te obedecerán, y volverán luego diciendo, aquí estamos? Ó Rey eterno y todopoderoso, hazme como uno de estos rayos celestiales resplandeciente con tu luz, encendido con el fuego de tu amor, ligero en obedecer á tu santa voluntad, y agradecido en volver á darte gracias por el cumplimiento de ella.

3. Tambien puedo piamente contemplar, como el ángel san Gabriel, entrando en el cielo, predicaria á sus compañeros la excelente humildad, sabiduría y santidad de la Vírgen, alegrándose todos de que tuviese Dios en la tierra persona que le agradase tanto como los moradores del cielo; porque propio es de los santos gozarse de que haya otros muchos que suplan lo que á ellos falta en amar y servir con gran fervor á Dios nuestro Señor, á quien se honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION IX.

DE LA EJECUCION DE LA ENCARNACION Y DE ALGUNAS CIRCUNSTANCIAS DE ELLA, CUANTO AL CUERPO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar como en dando la Vírgen su consentimiento, en el mismo instante el Espíritu Santo formó de su sangre purísima un cuerpo perfectísimo, y crió una alma racional excelentísima, y las juntó entre sí, y con la persona del Verbo eterno, quedando Dios hecho hombre (*Ioan.* I, 14), y el hombre Dios; y Dios desposado con la humana naturaleza en aquel tálamo virginal, y la Vírgen levantada á la dignidad de madre de Dios (*D. Thom.* 3 *p. q.* 32 *et* 33). En este hecho hemos de ponderar el contento de todas las personas que intervienen en él, principalmente el contento de la santísima Trinidad en ver cumplida su promesa, y en haber hecho esta muestra de su omnipotencia y de su bondad y caridad. ¡Oh cuán alegre estaria el Padre eterno, por habernos dado á su Hijo; y con qué amor tan infinito amaria á este niño Dios y hombre verdadero; y cómo se agradaria en él sobre todo lo criado! pues, como dice santo Tomás (I *Part. q.* 20, *art.* 4 *ad* 1), mucho mas ama Dios á solo Cristo, que á todos los Ángeles y hombres, y á todas las criaturas juntas, porque le quiso dar un nombre sobre todo nombre (*Philip.* II, 9), que es el nombre y ser de Dios; y así mucho mas se goza y agrada de mirarle, que de mirar á todo el resto de lo criado y por criar. Con esta consideracion me gozaré de este gozo del Padre, y le agradeceré la merced que nos ha hecho, suplicándole que, pues tanto ama á este Hijo, por él me ame y me dé su santo amor. ¡Oh Padre eterno, protector nuestro! mirad el nuevo rostro de vuestro Cristo (*Psalm.* LXXXIII, 10), en quien tanto os agradais; y pues se hizo semejante á nosotros en nuestra naturaleza, hacednos semejantes á él en su gracia.

2. Luego ponderaré el contento que tendria el Verbo eterno en verse hecho hombre, y el amor tan entrañable con que amaria aquella santísima humanidad y la abrazaria consigo, con propósito de no dejar lo que una vez tomó: y por su respeto desearia abrazar y meter dentro de sus entrañas á todos los hombres, como á deudos suyos. Y así puedo decirle confiadamente lo que dijo Ruth á Booz (*Ruth*, III, 9): Extiende tu capa sobre mí, porque eres mi pariente. Ó Verbo divino, verdadero Booz y fortaleza del Padre, pues has

emparentado con los hombres, extiende sobre mí la capa de tu divina proteccion, y júntame contigo en fe y caridad, y dame beso de paz con el beso de tu boca (*Cant.* I, 1), y abrázame con la mano derecha (*Cant.* II, 6) de tu omnipotencia, para que ninguna cosa criada me pueda apartar de tu amistad.

3. Tambien hemos de ponderar el contento del Espíritu Santo en haber hecho esta obra, que se atribuye á él, por ser propio de esta persona la bondad y el amor; y entonces parece que hartó su deseo, habiendo hecho la suprema obra de amor que podia. Por lo cual dijo Isaías (*Isai.* XI, 1), que saldria una vara de la raíz de Jesé, y de ella una flor, sobre la cual descansaria el espíritu del Señor; porque en este Verbo eterno encarnado, figurado por esta vara y flor de Jesé, halló el Espíritu Santo descanso y gozo perpétuo, como en la cosa que mas amaba.–De aquí pasaré á ponderar el gozo de aquella santísima Humanidad cuando se vió levantada á tanta grandeza, y que del profundo de la nada habia subido á lo mas alto del ser divino; diria con grande regocijo aquello de la Esposa: Hallado he todo lo que mi ánima podia desear, tenerlo he con gran firmeza, y no lo dejaré. (*Cant.* III, 4). Ó Humanidad santísima, gózome de vuestro gozo y de vuestra buena suerte; y pues tan contenta estais con vuestro amado, dadnos parte del amor que le teneis, para que juntamente le gocemos con Vos.

4. Luego ponderaré el contento de la Vírgen sacratísima en aquel instante de la encarnacion, porque la dió Nuestro Señor una luz extraordinaria con que vió el modo como se obró este misterio en sus entrañas; y cuando vió á Dios hecho hombre dentro de sí, y á sí se vió vírgen y madre, y madre de tal Hijo, fue llena de inefable gozo. ¡Oh qué agradecimiento, qué alabanzas y qué júbilos tendria! ¡Oh qué plenitud de bienes recibió en aquel momento! Porque como este sol visible, luego que fue criado en este mundo, le llenó de su luz, y le comunicó su calor é influencias; así el Sol de justicia, Cristo nuestro Señor, en el mismo instante que fue concebido y formado en el mundo abreviado de su Madre, la llenó de grandísima luz y calor celestial, con influencias de vida eterna. Y la que antes estaba llena de gracia, entonces quedó mucho mas llena y colmada de todas gracias y de inestimable gozo con la posesion de ellas (*D. Thom.* 3 *p. q.* 27, *art.* 5 *ad* 2). Ó Vírgen santísima, sea para bien el ser madre de Dios humanado; y pues tambien comenzais á ser madre de los hombres, repartid con nosotros de la luz y gozo que os han dado, para que conozcamos, amemos y sirvamos al que ha-

beis concebido.—Últimamente ponderaré la razon que tenemos los hombres de estar contentos con vernos emparentados con Dios, y levantados á tal dignidad, por lo cual tengo de darle gracias, y pedir á los Ángeles se lo agradezcan, y cobrar un corazon nuevo y generoso, proponiendo, como dice san Leon papa, vivir como deudo de tan gran Rey, sin admitir cosa que se desdiga de esta nobleza. (Serm. 1 de Nativ.).

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar las circunstancias de esta encarnacion, cuanto al cuerpo de este Dios y Hombre, mirándole como es cuerpo mortal y pasible, y las causas de esto; porque segun lo que naturalmente se debia á la persona de Cristo nuestro Señor, su cuerpo no habia de ser mortal ni pasible, por dos causas.—La primera, porque Cristo nuestro Señor fue totalmente libre de la culpa original, no por privilegio, sino por derecho, por ser Hijo de Dios natural, y por haber sido concebido, no por obra de varon, sino por virtud del Espíritu Santo. Y por consiguiente, no le tocaba la pena de la mortalidad y pasibilidad, debida al pecado original; pero con todo eso, quiso este Señor, para mostrar su humildad y caridad, dejar la culpa y tomar la pena; y sin ser pecador, tomar, como dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 3), carne de pecador, sujeta á todas las penalidades y miserias que tienen los pecadores, para pagar con su muerte y con sus penas nuestras culpas. ¡Oh bendita sea caridad tan inmensa, de la cual nació humildad tan profunda. ¡Oh cuánta razon tengo de confundirme por mi soberbia! pues al contrario de este Señor, quiero la culpa, y no querria la pena; soy pecador, y no querria sufrir las penalidades de los pecadores. Anímate, ó alma mia, á imitar este ejemplo de humildad; y pues te has sujetado al pecado, gusta de padecer la pena que tu pecado merece.

2. La segunda causa por que el cuerpo de Cristo nuestro Señor no habia de ser mortal, es porque su alma era gloriosa y bienaventurada; y así por derecho habia de tener su cuerpo las cuatro dotes de gloria, que tiene ahora en el cielo, que son claridad, impasibilidad, sutileza y ligereza; pero con todo esto, quiso este amorosísimo Señor hacer este nuevo milagro y renunciar este derecho, privándose de estas dotes de gloria, y vistiéndose de mortalidad y de ignominia, con las demás miserias nuestras, para que su cuerpo, como él mismo dijo, fuese apto para (*Psalm.* XXXIX, 7) ser hostia y sacrificio por nuestros pecados en el ara de la cruz. Bendígante, Señor, tus Ángeles, y mi alma te alabe siempre, por

la caridad que mostraste en hacer milagros para poder morir, y en renunciar todo lo que te podia excusar el padecer. ¡Oh cuán confuso y avergonzado estoy viendo las ansias con que huyo los trabajos, pidiendo á veces milagros para librarme de ellos! Deseo de hoy mas renunciar todo lo que fuere honra y regalo, por imitarte en padecer ignominia y tormento, y pues me das tal deseo, dame tambien gracia para cumplirlo.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las causas porque quiso Dios hacerse niño, y ser concebido en vientre de mujer (*Isai.* IX, 6), pudiendo tomar cuerpo de varon perfecto, como formó el cuerpo de Adan. Las causas de esto, -dejando las que se tocaron en la meditacion III, -fueron estas. —La primera, para hacerse, como dice el Apóstol (*Hebr.* II, 17), semejante en todo á sus hermanos los hombres, y obligarlos con esto á que le amasen mas tiernamente. Ó Dios amorosísimo, que como madre nos traes en tus entrañas, ¿quién te ha hecho niño metido en las entrañas de tu Madre? Tu amor sin duda es la causa de esto, y el deseo grande que tienes de ser amado, para que si no te amáremos por la grandeza que muestras en cuanto Dios, te amemos por la ternura que muestras en cuanto niño.

2. La segunda causa fue, para darnos ejemplo de humildad y aficionarnos á ella cuando viésemos con los ojos de la fe al Dios de la majestad hecho niño pequeñito; y al que no cabe en cielo ni tierra, estrechado en el vientre de una mujer. Y así comparando la grandeza de Dios con esta pequeñez, prorumpiré en afectos de admiracion y de imitacion, diciendo á este Señor: Ó Verbo divino, que en cuanto Dios estás en el seno inmenso de tu Padre, y en cuanto hombre te encerraste en el seno estrecho de tu madre; esclarece los ojos de mi alma, para que considerando la grandeza que tienes en un seno, y la pequeñez que tienes en el otro, admirándome de ambas, venere tu grandeza con temblor, y abrace tu pequeñez con humildad.

3. La tercera causa fue, para entrar en el mundo dándonos ejemplo de paciencia y mortificacion muy perfecta, sufriendo una cárcel horrible, oscura y estrecha de nueve meses, cual es el vientre de la mujer, en la cual está el niño estrechado y apretado, sin poderse menear á un lado ni á otro, ni mover pié ni mano, ni ver, ni oir, ni oler, ni gustar cosa alguna. Y aunque los demás niños no sienten esto, por no tener uso de razon; pero este niño benditísimo, como le tenia muy perfecto, sentíalo, y sufriá de buena gana aquella

cárcel y aquella mortificacion de sentidos, para librarnos de la cárcel eterna, y para pagar la libertad y desenvoltura de Eva, que salió á pasear por el paraíso, y miró la fruta del árbol, y la gustó, contra el precepto divino; y asimismo para pagar las libertades y liviandades de mis sentidos, y para animarme con su ejemplo á mortificarlos, y sufrir algun encerramiento y estrechura en la habitacion y cama, y en lo demás que pertenece al regalo de mi carne. Gracias te doy, Verbo eterno encarnado, por esta entrada que hiciste en el mundo, sufriendo tan estrecha cárcel, tan horrible prision, y tan larga y prolija mortificacion de tu carne; por ella te suplico me libres de la cárcel eterna del infierno, y de la molesta prision de mis vicios, ayudándome á mortificar mis pasiones y á enfrenar con espíritu el uso desordenado de mis sentidos.

MEDITACION X.

DE LAS EXCELENCIAS DEL ALMA SANTÍSIMA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y LOS ACTOS HERÓICOS DE VIRTUD QUE EJERCITÓ EN EL PRIMER INSTANTE DE SU ENCARNACION.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar las gracias y excelencias de Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, por estar su alma unida con la divinidad (*D. Thom.* 3 *p. q.* 34; *q.* 7, *et seqq.*), las cuales fueron inmensas; porque, como dijo de él su Precursor, no le dió Dios el espíritu con medida (*Ioan.* III, 34), porque el Padre ama al Hijo, y puso todas las cosas en su mano; que fue decir: Á los demás santos dáseles el espíritu con medida, y divídense entre ellos, como dice san Pablo (I *Cor.* XII, 4), las gracias del Espíritu Santo, dando unas á unos y otras á otros; pero á Cristo dióle su Padre el espíritu sin medida, porque se las dió todas juntas, no solamente para sí, sino con potestad de repartirlas entre otros, dando á cada uno su medida (*Ephes.* IV, 7), porque le ama con singularísimo amor, como á Hijo unigénito suyo; y así le comunicó tanta plenitud de sabiduría y gracia, cuanta convenia á la gloria de tal Hijo. Por lo cual dijo el evangelista san Juan (*Ioan.* I, 14): Vimos su gloria, como gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Demás de esto, habiendo el Verbo eterno comunicado á esta alma benditísima lo sumo que tenia, que era su mismo ser personal, á su honra pertenecia comunicarla tambien la inmensidad de gracias y dones que convenian á quien tenia tan noble ser.

2. Estas gracias podemos reducir á siete cabezas.–La primera fue pureza inmensa, de modo que ni pecó (I *Petr.* II, 22) ni pudo pecar, ni errar ni engañarse, ni tener imperfeccion alguna que desdijese de esta pureza y limpieza de corazon, porque era Cordero de Dios, no terreno, sino celestial; Cordero inocentísimo sin mancha alguna (*Ioan.* I, 29), cuya venida fue á quitar los pecados del mundo, y así por derecho estaba libre de todos ellos.–La segunda es la gracia de santidad, la cual excedió incomparablemente á la de todos los hombres y Ángeles juntos. Y á esta medida tenia la caridad, humildad y obediencia con las demás virtudes; de modo que por excelencia se llama el Santo de los Santos (*Dan.* IX, 24), en quien el Espíritu Santo descansó (*Isai.* XI, 2), llenándole de sus siete dones con inmensa plenitud.–La tercera fue la gracia consumada, que es la bienaventuranza y vision beatífica, porque desde aquel primer instante vió su alma la divina esencia con mayor claridad que todos los bienaventurados juntos, y á esta proporcion amó á Dios, y se gozó con inmenso gozo; por lo cual se dice de él, que le ungió Dios con óleo de alegría sobre todos sus compañeros. (*Psalm.* XLIV, 8).

3. De aquí procedió la cuarta gracia, que abraza los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, no divididos sino todos, como dice san Pablo (*Colos.* II, 3), para que conociese todas las cosas criadas, pasadas, presentes y por venir, sin que ninguna se le encubra, como quien habia de ser juez de todas las cosas, para premiar las buenas y castigar las malas.–La quinta es la potestad de hacer milagros sin tasa alguna, con solo su querer, con el cual podia dar vida á los muertos, sanar á todos los enfermos, echar los demonios de los cuerpos, mandar á los vientos y al mar, y á todos los elementos, sujetándose todos á su imperio.–La sexta es la potestad de excelencia en perdonar pecados (*Matth.* IX, 2), convertir pecadores, trocar sus corazones, ordenar Sacramentos y sacrificios, y en repartir gracias y dones sobrenaturales á los hombres.

4. La séptima es (*Colos.* II, 10; *Ephes.* I, 10) la gracia de cabeza, así de la Iglesia militante, como de la triunfante, de hombres y Ángeles, siendo superior á todos, y fuente de todas las bendiciones celestiales, y de todas las dádivas y dones que proceden del Padre de las lumbres, para bien del cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo. De aquí es que este Señor fue el primero y principal de todos los predestinados, por cuyo respeto Dios nuestro Señor predestinó á otros para que tuviese muchos compañeros en la gloria; y en

especial para que fuese primogénito, como dice el apóstol san Pablo (*Rom.* VIII, 29) de muchos hermanos, semejantes y conformes con él en los dones de gracia, como lo eran en la naturaleza; y así entró primero que todos los hombres en esta gloria, y vió la divina esencia, y abrió las puertas del cielo para que los demás entrasen á verla.

5. Considerando estas siete suertes de gracias que tiene Cristo nuestro Señor, y cada una de ellas, tengo de sacar varios afectos, ya bendiciendo y alabando al eterno Padre por los bienes que dió á su Hijo en cuanto hombre, ya gozándome de los bienes que tiene este Señor, y dándole el parabien de ellos, ya suplicándole que reparta conmigo de lo que tiene, pues de su plenitud reciben todos (*Ioan.* I, 16); y así le puedo decir con grande amor: Ó Hijo de Dios vivo, gózome de veros tan hermoso sobre todos los hijos de los hombres, blanco y colorado, escogido entre millares. (*Psalm.* XLIV, 3). Ó Piedra viva y angular, ¡cuán vistosa estais con estos siete ojos de inmenso resplandor, que puso en Vos la mano de vuestro Padre! Ó Hijo del hombre, ¡cuán bien os parecen estas siete estrellas (*Cant.* V, 10; *Zach.* III, 9; *Apoc.* I, 16), que os han dado para vuestra gloria y para repartir de su luz con todo el mundo! Ó Verbo encarnado, lleno de gracia y de verdad (*Ioan.* I, 14), pues de esta vuestra plenitud reciben los hombres una gracia por otra, cada uno la suya; llenad mi alma de esta gracia, para que con ella os agrade y merezca el premio de la gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar los heróicos actos de virtud que esta ánima santísima de Cristo ejercitó en aquel primer instante para con Dios nuestro Señor; porque como vió claramente la divina esencia con tanta claridad, como hemos dicho, y por otra parte vió los innumerables beneficios que graciosamente habia recibido sin méritos suyos, al punto brotó con grande ímpetu cuatro excelentes afectos, como cuatro rios que salen del paraíso; es á saber, un amor encendidísimo á Dios, un agradecimiento grandísimo á tales beneficios, una humillacion profundísima en su presencia, viendo la nada que de sí tenia, y un ofrecimiento prontísimo de obedecerle en todo cuanto quisiese, deseando se le ofreciese ocasion de mostrar todo esto por la obra. ¡Oh qué coloquios tan dulces tendria entonces esta bendita alma con toda la santísima Trinidad! Ya con el Padre, que la juntó con su Hijo; ya con el Hijo, que la tenia junta consigo; ya con el Espíritu Santo, que hizo la junta, dándolas una música celestial de cuatro voces, con los cuatro

afectos dichos, enderezándola en [illegible] maestro de capilla el Verbo eterno, con quien estaba uni[illegible] divino, dad á mi alma parte de la luz que dísteis á la [illegible], y uníos con ella con union de caridad, para que pueda haceros otra música como esta; inclinad mi corazon á lo mas bajo con la humildad; levantadle á lo alto con el agradecimiento; adelgazadle en el espíritu con el amor; y concertadle en todas sus obras con la prontitud de la obediencia, para que siempre os glorifique y cumpla vuestra santa voluntad. Amen.—Estos cuatro afectos tengo de ejercitar en esta consideracion, ponderando con la luz que tengo de la fe, la infinita bondad de Dios, y la muchedumbre de mercedes que me ha hecho sin yo merecérselas.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, consideraré los excelentísimos actos de virtud que Cristo nuestro Señor ejercitó para con los prójimos en aquel mismo instante. Porque primeramente vió los pecados de los hombres y las gravísimas injurias que hacian á Dios, y como el demonio estaba apoderado del mundo, y el infierno se poblaba de almas. Y todo esto le dió terribilísima pena y dolor; parte por ver injuriado al Padre que tanto amaba, y cuya gloria tanto deseaba; parte por ver como los hombres, hermanos suyos segun la naturaleza humana, se perdian. Y este dolor interior fue el mayor que jamás ha habido ni habrá en esta vida, juntándose en una misma alma sumo gozo por la vista de Dios, y suma tristeza por la vista de nuestros pecados. Ó Verbo encarnado, ¿qué dolor es este que teneis? Si es cosa molesta juntar música con llanto (*Eccli.* XXII, 6), ¿por qué juntais tanto gozo con tanta tristeza? Apenas habeis entrado en las entrañas de vuestra Madre, ¿y ya el celo de la casa de Dios come las vuestras? (*Psalm.* LXVIII, 10). Haced, Señor, que tambien coma las mias, atormentándome con dolor por haberos ofendido, y consumiendo en mí todo lo que puede ser ocasion de ofenderos de nuevo. De aquí sacaré cuán terrible mal es el pecado mortal, pues con ser pecado ajeno, bastó á causar suma tristeza en alma llena de sumo gozo; y cuánta mas razon es que yo me entristezca por mis pecados, pues así se entristeció Cristo nuestro Señor por ellos; y no dilató esta tristeza para el fin de la vida, sino en el primer instante de ella, para que yo no dilate la penitencia y dolor de mis culpas, sino que luego en cayendo me duela de ellas.

2. Lo segundo, ponderaré como este Señor en el mismo instante vió tambien que la voluntad de su Padre era que fuese Redentor y Remediador de los hombres; y que en esto queria le pagase

los dones que le habia dado en amarlos y remediarlos; y que por este fin le habia dado cuerpo mortal y pasible, para que pudiese morir por ellos. Y al mismo punto que esto entendió, con la misma fuerza que amaba á su Padre nos amó, y se ofreció á redimirnos y á morir por nuestro remedio, alegrándose de que se le ofreciese ocasion de mostrar el amor que tenia á su Padre, y el celo que tenia de su gloria y de hacer bien á sus hermanos. Y así le dijo aquello del Salmo (*Psalm.* XXXIX, 7): No aceptaste el sacrificio y ofrenda de los antiguos, ni sus holocaustos bastaron para remediar los hombres; pues me diste cuerpo apto para ser sacrificado, yo me ofrezco de buena gana á ello (*Hebr.* X, 7): *Ecce venio ut faciam voluntatem tuam, Deus.* Véisme aquí he venido al mundo para hacer en esto y en todo tu santa voluntad, poniendo tu ley en medio de mi mismo corazon. ¡Oh cuán agradable fue al eterno Padre esta ofrenda y voluntad de su Hijo! pues por ella, como dice san Pablo (*Hebr.* X, 10), fuimos todos santificados, mereciéndonos la gracia y santificacion. En agradecimiento de esta generosa voluntad, con que Cristo nuestro Señor se ofreció á ser mi Redentor, le ofreceré yo una voluntad de servirle tan eficaz, que por ella me disponga á recibir la santificacion que me ganó; y á imitacion suya diré: *Ecce venio ut faciam voluntatem tuam, Deus.* Véisme aquí, Señor, aparejado para cumplir tu voluntad; tu santa ley estará de hoy mas en medio de mi corazon. Quisiera haber hecho esto en el primer instante que tuve uso de razon, como tú lo hiciste en el primer instante de tu vida; mas ya que no lo hice, ahora digo (*Psalm.* LXXVI, 14): *Nunc coepi.* Ahora comenzaré á servirte, con propósito de hacerlo hasta la muerte.

PUNTO CUARTO.— 1. Últimamente, para conocer mejor la grandeza de la caridad y obediencia de Cristo nuestro Señor en aquel instante, se ha de considerar como entonces el Padre eterno le descubrió todos los trabajos que habia de padecer desde que encarnó hasta que espiró en la cruz, diciéndole: Hijo mio, mi voluntad es, que para redimir á los hombres, y para darles ejemplo de toda virtud, nazcas en un pobre portal; seas circuncidado y perseguido de Herodes y de los judíos; y que seas preso, azotado, coronado de espinas y muerto en una cruz con grandes dolores y desprecios. Por tanto, pues me amas, acepta estos trabajos por mi amor y por el bien de tus hermanos. Á esta voluntad del Padre, que Cristo nuestro Señor llama mandamiento y precepto de su muerte (*Ioan.* XIV, 31), respondió al punto, ofreciéndose á padecer todo aquello con pron-

tísima voluntad; y entonces se cumplió lo que dice san Pablo (*Hebr.* XII, 2): Que dejando el gozo de esta vida, y mirando el gozo eterno de la otra, abrazó la cruz, sin hacer caso de que era muy ignominiosa. Entonces tambien, con la voluntad eficaz, bebió el cáliz amargo de su pasion, y fue bautizado con el bautismo de sus ignominias y dolores, perseverando, como él mismo dijo (*Psalm.* XXXVII, 7), en la amargura de esta bebida y de este bautismo todos los dias de su vida, hasta que al fin de ella con efecto le bebió, cumpliendo todo lo que su Padre le habia ordenado.

2. Pero mas adelante pasó su caridad y obediencia, porque con ser tanto lo que habia de padecer, no contento con esto, se ofreció con un corazon muy generoso y con una sed muy ardiente á padecer mucho mas, si su Padre lo ordenase y fuese menester para nuestro bien; porque si san Pablo, cuando le dijo el profeta Agabo (*Act.* XXI, 11), que habia de ser preso en Jerusalen, respondió: Que estaba aparejado no solo á ser preso, sino á ser muerto por el nombre de Jesús; cuánto mas nuestro dulce Jesús, cuando su Padre le dijo los trabajos de su vida y muerte, responderia luego que estaba aparejado no solo para sufrir tales trabajos, sino otros muy mayores por su amor.

3. Y para que yo vea lo mucho que debo á este Señor, tengo de considerar como en aquel instante tenia presentes en su memoria á todos los hombres, y á mí entre ellos, y se ofreció á padecer todo esto por cada uno en particular y por mí mismo, como si yo solo fuera el necesitado de su remedio. De suerte, que entonces cumplió lo que dijo de sí san Pablo (*Galat.* II, 20): El que me amó y se entregó por mí á la muerte, ofreciéndose á ella por mi amor. O niño tierno y gigante valeroso (*Psalm.* XVIII, 6), ¿con qué os pagaré yo el ánimo con que os ofreceis hoy á correr vuestra carrera, aceptando por junto los trabajos que habeis de pasar en el discurso de ella? Alábenos los Ángeles por esta merced tan señalada que hicísteis á los hombres, y mi ánima os glorifique por el amor que entonces la tuvísteis, por el cual me ofrezco á padecer lo que me sucediere en la carrera de mi vida, favoreciéndome vuestra gracia para no faltar en ella.

MEDITACION XI.

DE LA JORNADA QUE HIZO EL VERBO ETERNO ENCARNADO EN LAS ENTRAÑAS DE SU MADRE Á CASA DE ZACARÍAS, PARA SANTIFICAR Á SU PRECURSOR JUAN.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, consideraré como el Verbo encarnado, estando en las entrañas de su Madre, con el entrañable deseo que tenia de salvar los hombres, luego puso los ojos en Juan, que estaba en el vientre de santa Isabel, y habia de ser su precursor, y viendo que estaba en pecado original, se dolió de él; y se determinó de librarle luego de aquella miseria y santificarle, tomando posesion del oficio de Redentor que tenia á su cargo; y para esto inspiró eficazmente á su Madre, que con presteza fuese á visitar á su prima, para de camino hacer esta obra.–En lo cual se ha de ponderar lo primero, el gran deseo que tiene este Señor de nuestra salvacion, agradeciéndosele, y confundiéndome yo del poco que tengo de la mia.–Además, cuán cuidadoso es del bien de sus escogidos, y cuán vigilante en ejercitar su oficio de Redentor, pues le comenzó desde el vientre de su Madre, sin querer estar ocioso un punto.

2. Tambien ponderaré, cuán grave mal es la culpa y lo mucho que siente Nuestro Señor que sus escogidos estén en pecado un momento; pues por esta causa inspiró á su (*Luc.* I, 39) Madre que con tanta prisa hiciese aquella jornada, para librar de pecado á su escogido Juan. Ó Verbo divino, que te hiciste hombre por librarnos del pecado, y deseaste hacer este oficio con tanta presteza, que tomaste por renombre (*Isai.* VIII, 3): Date prisa, apresúrate, roba y quita los despojos, pues tus nombres no son vacíos sino llenos; ven, Señor, con prisa á librarme de mis pecados; apresúrate á santificarme con tu gracia; roba mi corazon para tu servicio, y tómale por despojo de tu victoria, para que desde luego comience á servirte con fervor.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como pudiendo Nuestro Señor santificar al Bautista desde el lugar donde estaba, quiso inspirar á su Madre le llevase á casa de Elisabet, y allí hacer esta santificacion milagrosa, por causas admirables y muy provechosas para nuestra enseñanza.–La primera, para dar nuevas muestras de su humildad y caridad; porque como estas virtudes le movieron á salir del cielo y venir al mundo para visitarle y

sacarle de las tinieblas y sombra de muerte en que estaba; así tambien le movieron á salir de Nazaret para visitar á Juan (*Luc.* I, 31; *Bed.* ib.), y sacarle de pecado, viniendo el mayor á visitar al menor para honrarle, y el médico al enfermo para sanarle.

2. La segunda causa fue, para que su Madre santísima tuviese parte en esta obra, tomándola por instrumento de la primera santificacion que obraba en el mundo, justificando por su medio al niño Juan que estaba en pecado, y llenando de Espíritu Santo á su madre que era justa, á fin de que los pecadores entendiésemos como la Vírgen habia de ser nuestra medianera para alcanzar perdon de nuestros pecados, y los justos entendiesen que por su medio habían de alcanzar la plenitud del Espíritu Santo y de su gracia, con las virtudes y dones que vienen del cielo; y así todos procurasen amarla y servirla y serla muy devotos. Ó Vírgen soberana, pues hoy juntamente con vuestro Hijo tomais posesion del oficio que os han dado para nuestro bien, proseguidla conmigo en este dia, alcanzándome perdon de mis culpas y abundancia de las divinas gracias. Amen.

3. *Inspiraciones de Cristo nuestro Señor.*—La tercera causa fue, porque es propio de Cristo nuestro Señor, en entrando en el alma, inspirarla ejercicios de virtud y moverla á que suba con fervor á la alteza de la perfeccion. Unas veces la inspira que ejercite la oracion y contemplacion y las demás obras de la vida contemplativa. Otras, que salga de recogimiento y ejercite las obras de la vida activa con los prójimos. Y así en el punto que entró en las entrañas de la Vírgen, la movió á subir á las montañas de Judea, para ejercitar insignes obras de caridad, misericordia y obediencia. Diríala dentro de su corazon aquello de los Cantares (*Cant.* II, 10): Levántate, date prisa, amiga miã, paloma mia, hermosa mia, y ven. Ó Paloma fecunda, que tienes tu nido en los agujeros de la piedra y en la abertura de la pared, contemplando los secretos de mi divinidad y humanidad, y viviendo siempre debajo de mi proteccion, levántate con presteza, sal de este lugar tan secreto, sube á las montañas de Judea, para que allí me confieses y glorifiques con obras de caridad en bien de las almas que crié. De aquí sacaré como tambien es propio de Cristo nuestro Señor, cuando entra en los justos por la comunion del santísimo Sacramento del altar, inspirarles semejantes ejercicios de virtud, para que suban á la perfeccion de ambas vidas, contemplativa y activa, inspirando á cada uno lo que mas le conviene. Y si yo no siento tales inspiraciones cuando comulgo, es por

mi ruin disposicion y por mi mucha tibieza, con la cual me hago indigno de esta merced. De lo cual me tengo de confundir, y suplicarle use conmigo de su misericordia, inspirándome eficazmente lo que es conforme á su santa voluntad.

PUNTO TERCERO. —*Obediencia perfecta á las inspiraciones de Dios.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar la perfecta obediencia de la Vírgen á esta inspiracion, la cual apunta el Evangelista, diciendo: *Levantándose María, fué con apresuracion á las montañas de Judea.* — Porque lo primero, no aguardó á precepto ni ordenacion expresa, sino en sintiendo que Dios gustaba de que visitase á su parienta, esta inspiracion bastó para que lo hiciese; porque el perfecto obediente cumple cualquier cosa que entiende ser mas conforme al gusto de Dios y de su superior. —Lo segundo, fue muy pronta y puntual, porque no dilató muchos dias la visita, sino con la brevedad que pudo la hizo, y fué con gran prisa, por la eficacia del Espíritu que la movia, á cumplir presto su obediencia, porque la divina gracia es enemiga de dilacion y tardanza.

2. Lo tercero, fue muy pura en la intencion, pretendiendo solamente la gloria de Dios y el cumplimiento de su voluntad, sin mezcla de los fines terrenos que suele haber en semejantes visitas; y como dice san Ambrosio (Lib. 2 in Lucam), no fué á casa de Elisabet por curiosidad ó duda para probar si era verdad lo que el Ángel habia dicho, sino antes porque estaba cierta de ello, y queria glorificar á Dios en ver la obra que habia hecho. —Lo cuarto, fue mezclada con mucha caridad, paciencia y humildad; porque sin reparar en la dignidad que se le habia dado de Madre de Dios, gustó de visitar á la que era menos que ella, para servirla y darla el parabien de la merced que Dios la habia hecho; y aunque el camino era largo y áspero, y ella tierna y no acostumbrada á tales trabajos, no dudó dejar su recogimiento y salir á público, porque así lo queria Nuestro Señor.

3. Últimamente ponderaré el modo como esta Señora caminaba: llevaba rara modestia, sin divertirse curiosamente á mirar los que pasaban por el camino; de tal manera, que si algunos ponian en ella los ojos, quedaban movidos á santidad y pureza. El corazon llevaba enclavado en el Hijo que tenia dentro de sus entrañas, con quien trataba dulces coloquios por todo el camino; y con él iba tan contenta, que no sentia el trabajo ni la pobreza y falta de lo necesario. Ó Vírgen soberana, ¡cuán llena vais de Dios y cuán gustosa en cumplir su voluntad! ¡Oh cuán bien os cuadra en este camino ser

litera del verdadero Salomon (*Cant.* III, 9), fabricada con admirable artificio para llevarle de una parte á otra! Las colunas de plata son vuestras virtudes; el reclinatorio de oro, vuestra contemplacion; la subida de púrpura, vuestra humildad y paciencia; y lo de en medio, que es vuestro corazon, está adornado con caridad, porque dentro de Vos va el mismo Dios que es caridad. Y pues todo esto se os ha dado por causa de las hijas de Jerusalen, que son las almas flacas, suplícoos, Madre piadosísima, me alcanceis otro adorno semejante, para que imitando vuestras virtudes, pueda mi alma ser litera de vuestro Hijo, en la cual descanse y por la cual se dé á conocer á todo el mundo. Amen.

MEDITACION XII.

DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA VISITA DE LA VÍRGEN Á SANTA ISABEL.

Punto primero. — 1. Lo primero, consideraré la entrada de la Vírgen en casa de Elisabet, y los grandes bienes que entraron con ella; porque la Vírgen como mas humilde, la saludó primero; y el Verbo eterno encarnado que estaba en sus entrañas tomó las palabras de su Madre por instrumento para hacer obras maravillosas en el niño que estaba en las de Elisabet. Limpióle del pecado original; justificóle con su gracia, llenóle de Espíritu Santo, aceleróle el uso de razon, hízole su profeta, dióle luz y conocimiento del misterio de la encarnacion, y comunicóle tanta alegría que daba saltos de placer en el vientre de su Madre, manifestando de la manera que podia el gusto que tenia con la venida y visita de su Señor; y todo esto fue en un momento, en lo cual tengo de ponderar dos cosas de gran consuelo.

2. La primera es, la omnipotencia y liberalidad del Salvador que ha venido, pues tan de repente hace obras tan grandiosas de pura gracia, sin merecimientos del que las recibe, cumpliéndose aquí lo que dijo el Sábio (*Prov.* XX, 8): El rey que está sentado en su trono con su vista deshace todo mal, porque este Rey de reyes sentado en el trono del vientre virginal, miró con ojos de misericordia á su Precursor, y con sola esta vista en un punto deshizo todo el mal de culpa que tenia. Con lo cual tengo de cobrar grande confianza de que usará conmigo de misericordia, acordándome de lo que dijo el Eclesiástico (*Eccli.* XI, 22): Confia, hijo, porque en los ojos de Dios fácil cosa es remediar al pobre. Ó Rey omnipotente, muestra

conmigo tu omnipotencia, librándome de mis males y llenándome de tus bienes, para que se descubra la grandeza de tus misericordias en quien tan indigno es de ellas. Dame, como á tu Precursor, perdon de mis pecados, luz y conocimiento de tu encarnacion, y alegría espiritual en tu servicio. Amen.

3. La segunda cosa que se ha de ponderar es, la eficacia de la palabra de la Vírgen, por ser madre de Dios, y lo mucho que podrá alcanzar de su Hijo en un momento, pues por su medio tantos bienes juntos se dieron tan de repente al Bautista, que fue las primicias de Cristo y de su redencion, el cual quiso madurar este primer fruto antes de su propio tiempo por medio de su Madre, para darnos confianza de que por su intercesion serémos prevenidos y ayudados de la divina misericordia; y así tengo de suplicar á esta Reina soberana use conmigo de este poder que tiene, alcanzándome algo de lo mucho que por su medio se dió á este dichoso Precursor.

PUNTO SEGUNDO. - *Propiedades de las visitas interiores de Dios.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar como santa Isabel juntamente fue llena de Espíritu Santo, comunicándola Dios, por medio de esta salutacion, luz y conocimiento de este misterio y el don de profecía, con el cual descubrió maravillosamente cuatro efectos, que estos dones causaron en ella, en los cuales resplandecen cuatro propiedades de la visita interior de Cristo nuestro Señor, y de la presencia del Espíritu Santo cuando llena las almas con sus dones. - Lo primero, santa Elisabet con grandísimo afecto, movida del Espíritu Santo, prorumpió en alabanzas de Dios y de su Madre, diciendo con grande voz: *Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.* Como quien dice: Verdad fue lo que te dijo el Ángel, que eres bendita entre todas las mujeres. Á lo cual añado yo, que tambien es bendito el Hijo que traes en tu vientre, y porque él es bendito, lo eres tú, porque de él, como de fuente, proceden todas las bendiciones celestiales; por donde se ve como es propio del Espíritu Santo movernos á glorificar á Cristo y á su Madre con grande fervor de espíritu, por lo mucho que le agradan tales alabanzas.

2. Lo segundo, humillóse grandemente con un profundo conocimiento de su bajeza, y con otro muy alto de la grandeza de aquella Señora que la visitaba, diciendo: *¿De dónde á mí, que venga á visitarme la Madre de mi Señor?* Y luego con afecto de agradecimiento confesó las grandezas de Dios, y publicólas á quien sabia que por ellas le habia de alabar y glorificar, diciendo á la Vírgen: *Luego*

que tu voz entró por mis oidos, se alegró con grande gozo el infante que tengo en mis entrañas. Donde ponderaré que propio es tambien del divino Espíritu causar humildad y agradecimiento en medio de los favores que nos hace, para que nos entren en provecho y estén seguros sus dones, teniéndonos por indignos de ellos y agradeciéndolos á quien nos los dió. Y así á imitacion de esta Santa, cuando Dios nuestro Señor interiormente me visitare, ó cuando fuere á recibirle en el Sacramento, tengo de avivar estos dos conocimientos, el de mi vileza y el de su alteza; y mirando el orígen de donde me viene tan grande bien, que es la bondad del mismo Dios, con grande pasmo diré: ¿De dónde á mí, que venga mi Señor á visitarme? ¡Á mí tan vil esclavo! á mí tan ingrato y miserable pecador! á mí viene mi Señor, que es Señor de infinita grandeza y majestad, para visitarme y entrar dentro de mi pobre casa! ¿De dónde á mí tal favor? ¿Por ventura de mis servicios ó merecimientos? ó por mi naturaleza ó propia industria? ¡Oh, bendita sea la inmensa caridad de Dios, que se digna de visitar á tan baja criatura por sola su infinita misericordia!

3. Lo cuarto, santa Isabel confirmó á la Vírgen en sus propósitos y en la fe que tenia, diciéndola: *Bienaventurada tú que creiste, porque sin duda tendrán efecto todas las cosas que te ha dicho el Señor.* En las cuales palabras descubrió el soberano don de profecía que recibió, conociendo todo lo que pertenecia á la Vírgen, así lo pasado que dijo el Ángel, como lo presente de ser Madre de Dios, y el cumplimiento de lo que estaba por venir. Por donde se ve cuán propio es del Espíritu Santo inspirar á los justos que se aprovechen de sus dones en bien de los prójimos, confirmándolos en su fe y en el amor que deben á Dios. En estos cuatro afectos maravillosos procuraré imitar á santa Isabel, suplicándola me alcance de nuestro Señor gracia para ello. Y últimamente ponderaré, como en este dia se publicó el nombre mas glorioso que tiene la Vírgen que es Madre de Dios, el cual ella oyó con grande humildad y gozo, y con él tengo de saludarla y darla el parabien de este nombre, alabando al que se le dió.

PUNTO TERCERO. – *Que se medita el cántico del* MAGNIFICAT. — 1. El tercer punto será considerar lo que la Vírgen respondió en oyendo las palabras de santa Isabel, porque tambien ella fue luego llena de un espíritu altísimo de profecía, y compuso el soberano cántico del *Magnificat.* – Cerca del cual se ha de ponderar lo primero, como la Vírgen, habiendo oido tantas cosas de su alabanza, no enderezó su

respuesta á santa Isabel que la alababa, como lo suelen hacer comunmente los hombres, á título de mostrarse agradecidos, sino todas sus palabras enderezó á Dios nuestro Señor, enseñándonos el modo como nós hemos de haber con los hombres cuando nos alaban; porque lo mejor y mas seguro es, mudar la plática y hablar con Dios, de quien proceden los dones de que somos alabados.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como la Vírgen, que tan corta y tan medida era en sus palabras cuando hablaba con los Ángeles y con los hombres, se alargó mucho mas cuando habló con Dios, contando sus grandezas; porque lo primero es prudencia y cautela; mas lo segundo es exceso de amor y agradecimiento, conforme á lo que dice el Sábio (*Eccli.* XLIII, 33): Los que bendecís al Señor, alabadle cuanto pudiéreis, porque mayor es que toda la alabanza. Y como el que está lleno de Dios, todas sus pláticas son de Dios, para engrandecerle y glorificarle con todo cuanto tiene; porque de la abundancia del corazon habla la boca (*Matth.* XII, 34); así la Vírgen nuestra Señora, como estaba llena de Dios, echó por la boca este soberano cántico, lleno de afectos de Dios, el cual tiene diez versos, y es como un salterio ó arpa de diez cuerdas, semejante á los que David nos manda tocar (*Psalm.* XXXII, et alib.), para glorificar á Dios; y así será bien meditar todas sus palabras, para que sepamos rezarle con espíritu, á honra de la Vírgen, juntando con cada palabra ó verso algun afecto santo ó algun gozo de las virtudes de esta Señora, con su peticion y coloquio sobre ella.

3. *Mi ánima engrandece al Señor.* —En este verso primero nos enseña la Vírgen el espíritu de alabar á Dios, sintiendo alta y magníficamente de él, y engrandeciendo todo lo posible sus cosas; esto es, su bondad y misericordia; su sabiduría y caridad, y la excelencia de su señorío. Y esto, no con solas palabras corporales, sino con el ánima y con todas sus potencias interiores, convidándolas como David (*Psalm.* CII, 1), para que alaben al Señor. Y no dijo: Mi ánima engrandeció ó engrandecerá, sino engrandece; para significar que su principal oficio y su perpétua ocupacion era engrandecer á Dios, haciendo en la tierra lo que hacen los Ángeles en el cielo. ¡Oh si mi ánima engrandeciese siempre á su Señor! Ó Señor de infinita grandeza, poco puedo yo engrandecerte con mis alabanzas; mas del modo que puedo te alabo y engrandezco, y confieso que eres mas grande de lo que yo puedo decir y sentir. (*Eccli.* XLIII, 33). Ó Vírgen soberana, cuya alma siempre engrandeció al Señor, y como otro David (*Psalm.* XXXIII, 2), convidaba á todos que le engrandeciesen,

alcanzadme que la mia le engrandezca, ocupándose continuamente en cantar sus grandezas por todos los siglos. Amen.

4. *Y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador.*—(*Modo de alegrarse en Dios*).—En estas palabras descubre la Vírgen el modo de gozarnos en Dios, apuntando cinco condiciones de este gozo, para ser puro y perfecto. -Porque lo primero, no hemos de poner nuestro gozo y alegría principal en las cosas espirituales, ni tanto en los dones recibidos, cuanto en el dador de los dones que es el mismo Dios. -Y aunque nos hemos de gozar en Dios, segun que es Criador nuestro; pero principalmente que es nuestro Salvador y Santificador; porque de esta manera es fuente de la alegría espiritual, que se funda en la salud del alma santificada con la divina gracia. -Y este gozo principalmente ha de ser en el espíritu ó parte superior del alma, para que sea mas limpio de todo lo que tiene resabio de carne; cual suele ser el gozo sensible del cuerpo, aunque algunas veces el gozo del espíritu redunda tambien en la carne, segun aquello de David (*Psalm.* LXXXIII, 2): Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo.

5. Finalmente, nuestro espíritu no se ha de gozar en sí mismo, como si tuviese por sus merecimientos todos los dones de que se alegra, sino su alegría ha de ser en Dios su Salvador, que se los dió, en quien ha de estribar su alegría, como dijo David (*Psalm.* XXXIV, 9): Mi alma se alegrará en el Señor y se deleitará en su Salvador. Tal fue el gozo de la Vírgen, la cual en este punto miró al Salvador que tenia dentro de sus entrañas, y arrebatada de su amor, dijo: Mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador. Ó alma mia, levántate sobre tí misma en espíritu como la Vírgen, y alégrate puramente en Cristo Salvador tuyo, poniendo en solo él toda tu alegría. Si deseas gozo (*Psalm.* XXXVI, 4; *Ioan.* XVI, 24; *Matth.* XXV, 21), gózate en Dios, y él te cumplirá los deseos y peticiones de tu corazon, para que tu gozo sea lleno y ninguno te le pueda quitar, hasta que despues entres en el gozo eterno de tu Señor.

6. *Porque miró la pequeñez de su esclava.*—En este verso y en los siguientes declara la Vírgen diez soberanos beneficios, tres especiales y siete generales; los cuales son las principales causas y títulos que tiene para engrandecer á Dios y alegrarse en él, y mostrársele tan agradecida. -El primero es, porque miró la humildad y pequeñez de su esclava; en las cuales palabras la Vírgen apunta dos raíces de los divinos beneficios; una principal de parte de Dios, y otra de parte nuestra. -De parte de Dios es, dignarse de mirarnos

con buenos ojos y acordarse de nosotros para hacernos bien. Porque aunque es verdad que ve todas las cosas; pero no se dice mirar, ni hacer caso de las que deja en el abismo de la nada ó en el profundo de su miseria, sino de las que mira para usar con ellas de grande misericordia.

7. La raíz de parte nuestra es el reconocimiento de nuestra pequeñez, por el cual nos disponemos á recibir los dones de la divina largueza; y así la Vírgen, como tan ilustrada de Dios, juntó ambas cosas, engrandeciendo á Dios porque se dignó mirar la humildad de su esclava. Por las cuales palabras no tanto confiesa de sí que tiene la virtud de la humildad, cuanto la ejercita; porque como verdadera humilde, no se tiene por tal ó lo callara, sino con humildad confiesa que es pequeña, vil y despreciada como esclava; y que sin embargo de esto, no se desdeñó Dios de mirarla. Con lo cual nos enseñó, que el fundamento de las alabanzas de Dios y de la accion de gracias por los beneficios que nos hace ha de ser el reconocimiento de nuestra pequeñez é indignidad, porque de esta manera no habrá peligro de mezclarse vana complacencia, como le sucedió al soberbio Fariseo (*Luc.* XVIII, 11); antes esta pequeñez ha de ser título para pedir á Dios que me mire con buenos ojos y me haga grandes mercedes; porque su condicion, como dice David (*Psalm.* CXII, 6), es mirar las cosas pequeñas en el cielo y en la tierra, y hacerlas grandes misericordias. Y así lo experimentó el mismo David, diciendo de sí (*Psalm.* XXX, 8): Porque Dios miró mi humildad y pequeñez, libró á mi alma de todas sus miserias. Ó Dios altísimo, que habitas en las alturas del cielo (*Psalm.* CXII, 5), mira la pequeñez de este vil esclavo, y usa con él de tu acostumbrada misericordia, levantando del polvo á este mendigo, y del estiércol á este pobre, para colocarle con los príncipes, haciéndole santo como á ellos. Amen.

8. *Mirad que desde este punto me llamarán bienaventurada todas las generaciones.* — Este es el segundo título que tuvo la Vírgen para engrandecer á Dios, porque desde aquel punto que miró su pequeñez, y porque la miró, la llamarian bienaventurada todas las naciones de los hombres que creyesen en Cristo, las presentes y las por venir, por todos los siglos. Con lo cual no toma la Vírgen por motivo de gozo sus propias alabanzas, sino las grandezas que Dios la dió, en que se fundan, y el bien que resultaria á todos los que la sirviesen y alabasen. Ó Vírgen soberana, yo de mi parte quiero cumplir vuestra profecía y ser uno de los que os llaman bienaven-

turada. Vos sois bienaventurada (*Luc.* I, 46), porque creísteis, como dijo vuestra prima; y sois bienaventurada, porque trajísteis en vuestro vientre al Salvador; y mucho mas bienaventurada, porque oísteis su palabra y la guardásteis. Tambien sois bienaventurada con las ocho bienaventuranzas que vuestro Hijo predicó en el monte (*Matth.* V, 3): sois pobre de espíritu, y es vuestro el reino de los cielos; sois mansa, y poseeis la tierra de los vivos; llorásteis los males del mundo, y así sois consolada; tuvísteis hambre y sed de la justicia, y ahora estais harta; sois misericordiosa, y alcanzásteis misericordia; sois pacífica, y así por excelencia sois hija de Dios; sois limpia de corazon, y ahora estais viendo claramente á Dios; padecísteis persecuciones por la justicia, y ahora es vuestro el reino de los cielos, como reina suprema de todos sus moradores. Ó Reina soberana, gózome de que seais bienaventurada por tantos títulos. ¡Oh si todas las naciones del mundo se convirtiesen á vuestro Hijo, y os llamasen con grande fe bienaventurada, para que por vuestro medio llegasen todos á ser bienaventurados, imitando aquí vuestra vida, y gozando despues de vuestra gloria! – De aquí tambien sacaré, cuán gran motivo de alegrarnos en Dios es la esperanza cierta de ser bienaventurados; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor á sus discípulos (*Luc.* X, 20): No os alegreis de que los demonios se os sujetan, sino de que vuestros nombres están escritos en el cielo. Y san Pablo dice (*Rom.* XII, 12), que nos gocemos con la esperanza de alcanzar la bienaventuranza que nos está prometida.

9. *Porque ha hecho en mí cosas grandes el que es poderoso, y su santo nombre.* —Este es el tercer título que alega la Vírgen para glorificar á Dios, porque en este punto revolvió por su memoria las cosas milagrosas que Dios habia obrado en ella, y los grandes beneficios que la habia hecho desde el instante de su concepcion hasta entonces; especialmente aquel gran milagro de ser Vírgen y Madre; y no cualquier madre, sino del mismo Dios y admirada de tantas grandezas, alabó á Dios por ellas, atribuyéndolas á su omnipotencia y á la santidad de su nombre, porque con su omnipotencia las hizo, y con su santidad quiso hacerlas, para que su nombre fuese santificado y glorificado por todos los siglos. Y en decir que hizo Dios en ella cosas grandes, da tambien á entender que la hizo grande en las cosas que hacen á los hombres grandes delante de Dios, que es la santidad y dones celestiales; porque siendo el Hijo grande, tambien lo habia de ser su Madre. Por donde consta que no es contra la humildad reconocer en sí los dones de Dios; antes, como

dice san Pablo (I *Cor.* II, 10), el mismo divino Espíritu nos los descubre, para que se los agradezcamos, atribuyéndolos no á nuestros merecimientos, sino á la potencia y santidad de Dios, haciendo junta de estos dos atributos, como los cuatro santos animales que daban la gloria á Dios, diciendo (*Apoc.* IV, 8): Santo, Santo, Santo el Señor Dios todopoderoso, que era, es y ha de venir.

10. *Y su misericordia se extiende de una en muchas generaciones, para con los que le temen.* — Este es el cuarto título porque la Vírgen engrandece á Dios, no solamente por los beneficios recibidos, sino por otros muchos que esperaba recibir; y no solo por los beneficios propios, sino por los que reciben todas las naciones del mundo, alegrándose de que la misericordia de Dios sea continua, infinita y sempiterna, y se extienda á todos los que le sirven y temen, de cualquier nacion que sean. Porque propio es de los santos, cuando reconocen las mercedes que Dios les ha hecho, esperar de su misericordia les hará otras muchas, como dijo san Pablo (II *Cor.* I, 10): Dios nos ha librado de tantos peligros y nos libra, en quien esperamos tambien que nos librará. Y tambien es propio de los santos no pensar que solamente amanece el Sol de justicia por sus casas, sino sentir altamente de su misericordia, y que se extiende á otros muchos y por todos los siglos; por lo cual dan gracias á Dios, tomando por propios los beneficios de todos los hombres, gozándose de tener un Dios tan misericordioso, que á ninguno que le teme, niega su misericordia, como lo confiesa David en el salmo CII, 2, en el cual no hace otra cosa, que glorificar á Dios por estos dos títulos de misericordia para con él y para con los demás justos.

11. *Hizo obras poderosas con su brazo.* — El quinto título para glorificar á Dios es, las obras de su omnipotencia que ha hecho con su propia virtud y fortaleza, sin ayuda de otro, las cuales pasó la Vírgen por su memoria, acordándose de la creacion del mundo, de su conservacion y gobierno con tanta providencia, de las cosas prodigiosas que hizo, sacando á su pueblo de Egipto, y llevándole por el desierto á la tierra de promision, con todas las demás que cuenta la Escritura; y principalmente se acordó de la obra de la encarnacion, en la cual mostró Dios su poder y la virtud de su brazo. Por todas estas cosas engrandeció á Dios, diciendo en una palabra lo que David hizo largamente, contando todas estas obras poderosas de Dios muy por menudo. — Demás de esto, en este verso y en los siguientes, no solo cuenta la Vírgen lo que Dios ha hecho, sino lo que suele hacer, ó lo que tiene costumbre de hacer, conforme á su bondad,

y así le glorifica, porque con su brazo suele obrar poderosamente y hacer obras poderosas cuando quiere y como quiere, y con quien él quiere; y como las hizo en el tiempo pasado, las hace en el presente, y las hará en el futuro. Todo lo cual me ha de ser motivo de grande alegría en Dios, confiando que tambien hará en mí cosas poderosas con su fuerte brazo.

12. *Desbarató á los que son soberbios en su mente y corazon.*—El sexto título para glorificar á Dios es, no solamente la omnipotencia que muestra en las obras de su misericordia, sino tambien la que ha mostrado en las obras de justicia, castigando á los soberbios, deshaciendo sus trazas y los pensamientos de su corazon. Esto revolvia la Vírgen en su memoria, acordándose como Dios habia deshecho las trazas del soberbio Lucifer, que decia (*Isai.* xiv, 13): Subiré al cielo, pondré mi silla sobre las estrellas, y seré semejante al Altísimo. Y las trazas de los soberbios que querian edificar la torre de Babilonia (*Genes.* xi, 4); y los castigos que hizo en Faraon, en Nabucodonosor (*Exod.* x; *Dan.* iv, 30), y en otros semejantes soberbios. Y por todo esto engrandecia tambien á Dios, pues por ello es digno de ser alabado, así como lo hizo Cristo nuestro Señor cuando dijo (*Matth.* xi, 25): Alábote, Padre celestial, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sábios y prudentes, y las revelaste á los pequeñuelos.

13. *Echó de su silla á los poderosos, y ensalzó á los humildes; hinchó de bienes á los hambrientos, y dejó vacíos á los ricos.* — Estos dos versos abrazan otros dos títulos de alabar á Dios, por la junta que hace de su misericordia con su justicia, mostrando su poder en echar de sus tronos y sillas á los poderosos del mundo, quitándoles los reinos ó dignidades, y las grandezas que tenian; y en su lugar suele ensalzar y entronizar á los pequeñuelos y bajos. Así como echó del trono celestial á los Ángeles soberbios, y en su lugar levantó á los hombres humildes; y del trono de este mundo echó á su soberbio príncipe Satanás que le tenia tiranizado, y en su lugar levantó á Cristo, maestro de la humildad; el cual siendo pequeño, como una china bajada del cielo sin manos, ni obra de hombres, derribó la estatua (*Dan.* ii, 34), que significaba las cuatro monarquías del mundo, y por humildad creció y llegó á ser un gran monte; y esta costumbre ha guardado siempre, como se dice en el libro de Job, cumpliendo lo que está escrito, que quien se ensalzare (*c.* v, 11) será humillado, y quien se humillare será ensalzado. Y de la misma manera á los hambrientos y pobres, que se tienen por necesitados y

tienen hambre y sed de la justicia, los llena de bienes espirituales, cumpliendo sus deseos, y por el contrario, deja vacíos á los ricos, que se tienen por abundantes y piensan que no tienen necesidad de otros, conforme á lo que dice David (*Psalm.* III, 11): Los ricos tuvieron necesidad y hambre; mas los que buscan á Dios tendrán abundancia de todo bien. Ó alma mia, engrandece á tu Señor por la nobilísima condicion que muestra en favorecer tanto á los humildes y hambrientos de la tierra. Ó espíritu mio, alégrate en Dios tu Salvador, porque te corona con misericordias, y llena tu deseo de innumerables bienes. (*Psalm.* CII, 4). Préciate de ser pequeño, hambriento y menesteroso, para que Dios te levante, harte y llene tus deseos; y tiembla de ser soberbio y rico fastidioso, porque no te arroje de tu silla, ni te deje vacío de su gracia.

14. *Recibió á Israel su siervo acordándose de su misericordia, como lo habia dicho á nuestros padres, Abrahan y á sus descendientes, por todos los siglos.* — Estos dos versos abrazan otros dos títulos poderosísimos para regocijarnos en Dios y movernos á alabarle. - Uno es el cuidado y providencia que tiene de mirar por los que ha tomado á su cargo, como hijos y domésticos suyos, acudiendo personalmente á remediarlos; y aunque parece que por algun tiempo se olvida de ellos, pero á su tiempo se acuerda de su misericordia, y los remedia, como se acordó de Israel y del mundo todo, y vino á remediarle cuando se hizo hombre. - El otro título es, la fidelidad grande que tiene Dios en cumplir las promesas que tiene hechas á nuestros padres, cumpliéndolas fielmente en todos sus descendientes hasta la fin del mundo; así como cumplió la palabra que dió á Abrahan y á David, de que vendria á remediarlos, y á dar salud y vida á todos sus hijos, por todos los siglos. Con estas dos consideraciones se encendió el ánima de la Vírgen, para engrandecer á Dios, y su espíritu se alegró en Dios su Salvador, y con ellas mi ánima y mi espíritu se han de encender con semejantes afectos, pues cada dia veo esta providencia que Dios tiene con sus hijos, y la fidelidad con que cumple lo que prometió á los Apóstoles, padres nuestros, no olvidándose de los fieles que son sus descendientes, hasta la fin del mundo. — Estos son los diez títulos y causas que en este cántico alega la Vírgen para glorificar á Dios, inspirada por el Verbo eterno encarnado que tenia en sus entrañas, de los cuales puedo yo hacer otro salterio y arpa de diez cuerdas para el mismo fin, alabando á Dios, ya por un título, ya por el otro; y porque no sé hacer esto como debo, tengo de suplicar al Verbo encarnado me lo

enseñe, como lo enseñó á su Madre, y á ella que me lo alcance para gloria de su Hijo. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Últimamente se ha de considerar, como se quedó la Vírgen con su prima cási tres meses, ponderando el grande bien que haria á todos los que allí moraban, con sus pláticas y con sus ejemplos de modestia, humildad y caridad, porque si tanto hizo en la primera entrada, de creer es que en los tres meses iria aumentando lo que hizo; en especial con santa Isabel, platicando de estos misterios, y ambas se exhortarian á la oracion y trato con Dios, y á varios ejercicios de virtud. Y si por haber estado el Arca del Testamento tres meses en casa de Obededon (II *Reg*. VI, 11), llenó Dios á él y á sus cosas de tan grandes bienes, que David con santa envidia quiso traer el Arca á su casa, para que Dios la echase su bendicion; ¿cuánto mas se ha de creer, que por haber estado esta divina Arca del Nuevo Testamento, dentro de la cual estaba el mismo Cristo, tres meses en esta casa, la llenaria de mil bendiciones? Y si yo con viva fe las entendiese, luego desearia traerla á mi casa, y que la devocion de esta soberana Señora morase en mi alma, no solamente tres meses, sino toda la vida, para que me llenase de bendiciones celestiales.

2. Pero no carece esto de misterio, que con haber hecho Nuestro Señor por medio de la Vírgen tantas misericordias á san Juan y á su madre, no quiso sanar á su padre Zacarías, ni dispensar en la sentencia del Ángel, que le dijo estaria mudo hasta el nacimiento del niño, porque Dios es justo, y así convenia para guardar el órden de su justicia, y porque guardaba esta misericordia para otro tiempo mas conveniente: de donde aprenderé á venerar los secretos juicios de Dios, y á humillarme, y pasar por sus trazas, esperando el tiempo conveniente de su visita, pues no hay plazo que no llegue; y lo que en este dia concedió á santa Isabel, despues lo dió mas largamente á Zacarías.

MEDITACION XIII.

DEL NACIMIENTO DE SAN JUAN, PRECURSOR DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, consideraré lo sucedido antes de la concepcion de este Santo; porque como Dios le tenia escogido para su precursor, quiso honrarle para mostrar en él las grandezas de su misericordia y la alteza del oficio que le encargaba, todo para

gloria de Jesucristo, cuyo precursor era. Primeramente quiso que fuese concebido milagrosamente de padres estériles, y que fuese hijo de padres santos, é hijo de oraciones y santos deseos; porque la oracion es medio que toma Dios para ejecutar las trazas de su eterna predestinacion, como (Lib. III dialog. c. 14) dice san Gregorio, hablando del nacimiento de Isaac. Con lo cual nos mueve á tener grande aficion y confianza en la oracion, aunque sea sobre cosas que parecen dificultosas, pues para todas vale. Tambien quiso fuese su concepcion anunciada por el ángel san Gabriel, que anunció la de su Hijo, y con un mismo espíritu de obediencia prontísimo vino el Ángel á declarar la una y la otra, por ser Dios el que lo mandaba. Al modo que san Rafael vino á servir á Tobías en cosas muy bajas, no con menor gusto que si le mandara Dios cosas muy altas, porque todos los Ángeles ponen su gloria en cumplir la voluntad divina.

2. Luego ponderaré las grandezas que san Gabriel dijo del niño para que fuese estimado de todos, y para enseñar á su padre el modo con que le habia de criar para tan alto oficio. –La primera fue, ponerle el mismo Ángel de parte de Dios el nombre que habia de tener (*Luc.* I, 13), diciendo, que se llamase Juan, que quiere decir gracia, para significar que todo él seria un retrato de gracia, en quien se mostraron las riquezas de la divina gracia; porque verdaderamente halló gracia delante de Dios, el cual sin sus merecimientos le escogió y llamó, y se acordó de su nombre desde el vientre de su madre. (*Isai.* XLIX, 1). –La segunda, que seria grande delante de Dios en las cosas que Dios tiene por grandeza, que son virtudes y dones de santidad; y así seria grande en la humildad, obediencia y paciencia; grande en la oracion y contemplacion; y grande en el oficio que tienen los grandes de la casa de Dios. –Lo tercero, que seria templadísimo, sin beber vino ni sidra, como hombre nazareno, y dedicado totalmente al servicio divino; y porque las promesas divinas no son vacías, sino llenas, dando caudal bastante para todo lo que prometen.

3. Añade la cuarta excelencia, que seria lleno de Espíritu Santo desde el vientre de su madre, con la plenitud que pedia la dignidad del oficio para que estaba escogido, comenzando desde el vientre de su madre, y prosiguiendo hasta la muerte. –La quinta, que iria delante del Señor, como precursor suyo, con espíritu celoso de Elías, convirtiendo á Dios muchos israelitas, y aparejándole un pueblo perfectamente industriado, para recibir la ley nueva que habia de

enseñar. De suerte que, segun la sentencia del Ángel, este niño seria perfecto, con todos los modos que hay de perfeccion para con Dios, para consigo, y para con sus prójimos; porque para con Dios, seria grande en los dones de su gracia; para consigo, riguroso en las obras de mortificacion y penitencia; y para con los prójimos, seria celoso en buscar su salvacion, no contentándose con ser él perfecto, sino procurando que todos fuesen perfectos, y ordenando todo esto para gloria de Cristo nuestro Señor. Este dechado de perfeccion, que es la misma que nos enseñó el profeta Micheas (*c.* VI, 8), tengo de poner delante de mis ojos para imitarle; y de estas grandezas, que tanto Dios estima, he de pretender para mí las que dicen con mi estado, suplicando á su divina Majestad se digne de dármelas por el amor que tuvo á este Precursor, á quien tan liberalmente se las concedió.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se han de considerar los favores que hizo Nuestro Señor á este santo niño, estando en el vientre de su madre, al sexto mes de su concepcion; viniendo el mismo Verbo encarnado en las entrañas de la Vírgen á visitarle y santificarle (*Luc.* I, 39), como queda referido en la meditacion pasada, de la cual podemos recoger tres excelencias de este Santo.–La primera, que san Juan fue las primicias de todos los Santos que Nuestro Señor hizo despues que encarnó; y así le santificó con grande excelencia, dándole grande santidad, muchas gracias gratis dadas con modo muy perfecto, concediéndole el uso de razon y libre albedrío; ilustrándole el entendimiento para conocer su encarnacion, y encendiéndole la voluntad con fervorosos afectos de admiracion y amor, con júbilos y gozos en el Espíritu Santo.

2. La segunda excelencia fue, que como los dones de Dios, segun dice san Pablo (*Rom.* XI, 29), son sin arrepentimiento, es de creer, como dice san Ambrosio (*In Luc.* I), que no le quitó el uso de razon que le habia concedido; y por consiguiente, que como la Vírgen los tres meses que estuvo en casa de Zacarías ayudaba á santa Isabel, para que creciese en toda virtud; así el niño Jesús, que estaba en el vientre de la Vírgen, ayudaba al niño Juan, que estaba en el vientre de Isabel, para que creciese en la santidad que le habia concedido, prosiguiendo con nuevos actos de su libre albedrío, inflamado con la divina gracia por el Espíritu Santo, de que estaba lleno.–La tercera excelencia fue, que como dicen los Santos (*Amb. et Bed.* In Luc.); por respeto del niño Juan hizo Dios tantos favores á su madre, que la llenó de Espíritu Santo, y de espíritu de profecía, para que entendamos lo mucho que estima á este niño, y

el bien que nos hará por él. Por lo cual he de procurar grande amor á este Precursor, gozándome de los favores que recibió, y dando gracias á Dios que se los hizo, y suplicándole que interceda por mí para que yo tenga alguna parte en ellos.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las cosas mas señaladas que sucedieron en el nacimiento de san Juan. – La primera fue, que viniendo á circuncidarle sus padres, por inspiracion de Dios, contra el gusto de sus deudos, dijeron que su nombre habia de ser Juan, que quiere decir gracia; para significar, que cuando este niño, por la circuncision, se cargaba de la pesadísima carga de la ley vieja, le daba Dios muy copiosa gracia para llevarla, y para ser en cierta manera principio de la ley nueva, que era ley de gracia (*Luc.* XVI, 15), de la cual le cupo alguna parte, y en ella se da á todos esta gracia; y así suplicaré á Nuestro Señor, que pues me ha puesto la carga de su ley, me dé copiosa gracia para cumplirla.

2. El segundo milagro fue, cobrar el habla su padre Zacarías, al cual llenó luego de Espíritu Santo, y le dió espíritu de profecía, con que compuso el cántico del *Benedictus Dominus Deus Israel*, comenzando por las alabanzas de Dios, que tan liberal se mostró en venir á visitarnos, y luego por las alabanzas de su Precursor; porque propio es del divino Espíritu inspirar alabanzas de Dios por sus beneficios, y de sus Santos por los dones que en ellos ha puesto. Pero resplandece mucho la excelencia de este niño, y lo mucho que Dios le ama en haber concedido esto á su padre luego que escribió en una tabla el nombre de Juan, para que se vea la gracia y favor que hará por su respeto á los que con devocion veneraren su santo nombre. Ó glorioso niño, gózome de que seas tan amado del Señor; y pues estás lleno de gracia, conforme á tu nombre, alcánzame del mismo Señor, que me llene de ella para que perpétuamente le sirva, y en tu compañía le goce por todos los siglos. Amen. – Lo tercero que sucedió fue, grande alegría con gran reverencia y admiracion en toda la gente á cuya noticia llegaron estas cosas, cumpliéndose lo que el Ángel habia dicho, que muchos se alegrarian en su nacimiento, para significar que le daba Dios nuestro Señor á su Iglesia como abogado de la alegría espiritual, que es efecto de la devocion y prendas de la vida eterna.

3. Lo último y mas glorioso es, lo que dice el Evangelista por principio de su vida, que la mano del Señor estaba con él; esto es, que su omnipotencia le favorecia y obraba por él cosas grandiosas, y le movia y enderezaba en todas sus cosas, y le amparaba en todas

sus necesidades; por lo cual le aplica la Iglesia aquello del santo profeta Isaías (*c.* XLIX, 1): Desde el vientre de mi madre me llamó el Señor, y se acordó de mi nombre, amparóme con la sombra de su mano, hízome como saeta escogida, y escondióme dentro de su aljaba. ¡Oh dichosa saeta, que no te movias por tu propio ímpetu, sino por el impulso del Todopoderoso! oh saeta escogida, arrojada por el Espíritu Santo á cosas grandes, sin dejarte nunca de su poderosa mano! Ó mano del Todopoderoso, que movias á tu Precursor, muéveme con ímpetu á cumplir tu santa voluntad, y asiste siempre conmigo, pues sabes que sin tí ninguna cosa puedo.

MEDITACION XIV.

DE LO QUE SUCEDIÓ CUANDO SAN JOSÉ QUISO DEJAR Á LA VÍRGEN POR VERLA PREÑADA, Y DE LA REVELACION QUE LE HIZO EL ÁNGEL DE ESTE MISTERIO.

Punto primero. — 1. Por fundamento de esta meditacion se ha de considerar la grande santidad de san José, y las virtudes y gracias que Nuestro Señor le concedió para ser digno esposo de su Madre, y digno ayo suyo, tal, que fuese tenido por su padre, y lo fuese, cuanto al oficio de criarle y sustentarle; porque como Nuestro Señor llenó de gracia y de Espíritu Santo al Bautista y á los Apóstoles, con la abundancia que convenia para ejercitar dignamente los oficios que les encargó; así llenaria á san José de dones y gracias excelentísimas, con las cuales pudiese llenar los misterios que le encomendaba; y él supo tan bien negociar con los dones recibidos, que cada dia los acrecentaba, y por esto se llamó José, que quiere decir *Accrescens* (*Genes.* XLIX, 22), el que cree ó acrecienta.

2. Lo primero, acrecentó su santidad sobre todos los Santos que le habian precedido, porque tuvo mayor fe y obediencia que Abrahan; mas tolerancia en los trabajos que Jacob; mas castidad que su hijo José; trato mas familiar con Dios que Moisés; mas caridad con su pueblo que Samuel; y mas humildad y mansedumbre que David. En estas y otras virtudes resplandecia, y cada dia las acrecentaba, cumpliéndose en él lo que dijo David (*Psalm.* LXXXIII, 6): Bienaventurado el varon á quien tú ayudas, porque con tu favor trazó acrecentamientos en su corazon, subiendo de una virtud á otra, hasta ver al Dios de los dioses en Sion.

2. En especial crecia este dichoso Santo, subiendo por la esca-

lera espiritual de la leccion, meditacion, oracion y contemplacion, como dijimos — en la meditacion IV, punto 4.°, — que subia su Esposa, de cuyo ejemplo se ayudaba, provocándose estos dos serafines á volar con sus alas, y á glorificar al Santo de los Santos en su oracion. (*Isai.* VI, 2). Y para hacer esto con mas libertad de espíritu, por inspiracion del Espíritu Santo escogió guardar perpétua castidad; la cual, como dice san Pablo (I *Cor.* VII, 35), quita los estorbos de la oracion, y en ella se esmeró tanto, que por especial favor ningun mal movimiento sentia, aunque conversaba con una vírgen muy bella, pero tan casta, que solo mirarla ponia deseos de castidad; y en esto mismo descubrió el grande amor que tenia á Dios, por el cual renunció los deleites del matrimonio, aceptando las cargas del estado sin los deleites de él. Con estas virtudes juntó otras, que luego dirémos, en las cuales he de procurar imitarle, suplicándole sea mi abogado con su Esposa, y con Cristo nuestro Señor, porque sin duda puede mucho con ambos, por los grandes servicios que les hizo. Ó glorioso Patriarca, de cuya hermosura se admiran las jerarquías del cielo, suplicad al Deseado de los collados eternos (*Genes.* XLIX, 6), que derramó sobre vuestra cabeza su copiosa bendicion, la derrame tambien sobre la mia, para que á imitacion vuestra crezca en buenas obras y aumente las virtudes, perseverando con firmeza hasta ganar la corona. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Despues que la Vírgen vino de casa de Zacarías, viéndola su espóso preñada, sin saber la causa, sintió gran afliccion; y como fuese justo, no quiso llevarla á su casa ni infamarla, sino dejarla secretamente.* — Sobre esta verdad se ha de considerar los secretos juicios de Dios en no querer revelar este misterio á san José, como le reveló á Zacarías y á santa Elisabet, cuyo fin fue tomar de aquí ocasion para ejercitar á la Vírgen y á su Esposo; porque san José viendo á su Esposa preñada, pudo sin culpa, como dicen muchos Santos (*S. August.; S. Chrys. et alii*), juzgar que era adúltera, ó dudar de cosa para él tan nueva; y esto le afligió mucho, por ser caso de tanto deshonor suyo; pero muy mayor fue la afliccion de su Esposa, á quien esto no se encubriria, por ser grave infamia de una vírgen tan pura ser tenida de su mismo Esposo por adúltera, y verse por esto á punto de ser desamparada.

2. Todo esto trazó Nuestro Señor por el grande bien que hay en estas aflicciones y humillaciones, con las cuales pretendió perfeccionar á estos esclarecidos Santos, y disponerles para cosas mayores. Porque como habia recibido la Vírgen grandes favores en la anun-

ciacion del ángel san Gabriel, y en casa de Elisabet, quiso Dios nuestro Señor que pasase por esta infamia y humillacion, para ejercitarla en mayor humildad, y disponerla para los favores que habia de recibir de ahí á poco en la ciudad de Belen: porque la humillacion es vigilia de la exaltacion, y la afliccion (*D. Bern.* Serm. 34 in Cant.) es víspera de las buenas pascuas. Y quizá por esta causa canta la Iglesia el Evangelio de este misterio en la vigilia del nacimiento. Y por la misma razon ejercitó Dios á san José, para disponerle á recibir la revelacion de tan alto misterio, y para que fuese su testigo abonado.

3. De donde sacaré, que aunque uno sea muy santo, y trate siempre con Santos, y se ocupe en obras santas, no le han de faltar en esta vida humillaciones y aflicciones, ocasionadas á veces de las mismas cosas santas en que trata; porque la vida del hombre es guerra (*Iob,* VII, 1), y el justo ha de estar aparejado para la tentacion (*Eccli.* II, 1); antes ha de tener por merced de Dios las aflicciones, especialmente cuando vienen sin culpa suya; y muy mucho mas si vienen por cosa que merecia honra: al modo que la Vírgen, por lo que era en ella excelentísimo, vino á padecer esta humillacion, como tambien despues las padeció su Hijo. Y alentado con estos ejemplos, diré á Nuestro Señor como David (*Psalm.* XXV, 2): Pruébame, Señor, y tiéntame: abrasa mi cuerpo y mi corazon, porque tu misericordia está delante de mis ojos, y me alegro con tu verdad; que es decir: ejercítame en varias tentaciones y aflicciones de cuerpo y alma, porque cierto estoy de tu misericordia y de tu fidelidad, que las medirás segun mis fuerzas, y las convertirás en aumento de nuevos dones.

PUNTO TERCERO. — 1. Luego consideraré las excelentes virtudes que en esta ocasion y prueba descubrieron y ejercitaron estos dos esclarecidos Santos para imitarlos, pues para este fin permitió tambien Nuestro Señor las aflicciones que padecieron. – Primeramente, san José mostró grande paciencia y prudencia. La paciencia mostró en sufrir esta injuria con silencio, sin querer vengarse de su Esposa por justicia, ni quejarse de ella á sus padres y parientes, y sin murmurar de ella, ni decirle palabras injuriosas; antes como justo que no se contentaba con lo lícito, sino que buscaba lo mas perfecto, se resolvió en callar y sufrir su pena dentro de sí. La prudencia mostró en buscar y hallar medio como por una parte conservar la honra de su Esposa, y por otra parte no traer á su casa á la que sospechaba ser adúltera, ó dándola de secreto libelo de repudio, que era lícito

en la ley vieja, ó con alguna buena ocasion ausentándose de allí. Y tambien mostró la prudencia en no hacer esto precipitadamente y de presto, sino primero pensarlo y mirarlo bien, como se saca de aquellas palabras: *Haec autem eo cogitante*. Porque tenia escrúpulo de morar con la que parecia adúltera, y tambien le tenia de dejar á la que parecia santa. Con esta consideracion tengo de confundirme de mi poca paciencia en las afrentas; de mi mucha indignacion contra los que me injurian; y de la facilidad con que murmuro, é infamo á mis prójimos, y descubro sus faltas secretas; y de la furia con que arrebatadamente y sin deliberacion me arrojo á todo esto. Y confundido de esta manera suplicaré á Nuestro Señor que por los merecimientos de este Santo me ayude á imitar su esclarecido ejemplo.

2. Pero la Vírgen, como era mas santa, descubrió virtudes mas esclarecidas, ejercitando cuatro muy insignes, propias de los muy perfectos en tales cosas; es á saber, rara humildad y silencio, gran confianza en la divina Providencia y continua oracion.–Por humildad calló, no queriendo manifestar los secretos misterios de Dios, de que tanta honra se le seguiria, ni consintió que santa Isabel ó Zacarías los descubriesen. Y con ser muy ordinario entre los bien casados comunicarse sus secretos, ella no comunicó este á san José, aunque adivinaba lo que podia suceder si su Esposo no le sabia. Por humildad tambien calló cuando se vió afrentada en la opinion de su Esposo, no queriendo excusarse ni volver por sí, ni alegar testigos de abono, sino totalmente con gran confianza se arrojó en la divina Providencia, poniendo su honra en las manos de Dios, haciendo continua oracion á su Majestad para que remediase aquel daño por el modo que mas convenia.

3. Con este ejemplo me confundiré tambien por la soberbia y jactancia con que publico lo que es honra mia, y por la protervia con que excuso mis culpas y vuelvo por mi honra vanamente, y por la poca confianza que tengo en Dios, con poco recurso á la oracion. Tengo de imaginar que habla conmigo aquello de Ezequiel (*c.* XLIII, 10): Hijo del hombre, muestra este templo á los hijos de Israel para que se confundan; midan su fábrica, para que se avergüencen de las cosas que han hecho. (*D. Greg.* Lib. XXIV Moral. c. 6). Ó alma mia, mira este templo vivo de Dios, que es la Vírgen, contemplando las virtudes maravillosas con que está adornado, para que te confundas de los vicios en que has caido. Mide su maravillosa fábrica, ponderando la excelencia y concierto de sus obras, para que te avergüences de la vileza y desconcierto de las tuyas. Ó templo del Ver-

bo encarnado, suplicad á este gran Dios que teneis en vuestras entrañas, me adorne con tales virtudes para que sea digno templo en quien él more por su gracia. Ó alma mia, mira que los justos han de ser como grano de mostaza (*Matth.* XIII, 31), el cual cuando es molido descubre el calor y virtud que tiene; y si Dios te quisiere moler con aflicciones, anímate á ejercitar con fervor estas virtudes.

PUNTO CUARTO. — 1. *Estando en estos pensamientos san José, se le apareció en sueños un Ángel, y le dijo: José, hijo de David, no temas de recibir á María tu esposa; porque lo que está en su vientre no es por obra de varon, sino del Espíritu Santo. Parirá un Hijo y le llamarás Jesús, porque salvará á su pueblo, librándole de sus pecados.* — Aquí se ha de ponderar la fidelidad de la divina Providencia en acudir á remediar las aflicciones de los suyos, cuando han llegado al punto mas agrio, tomando medios divinos cuando faltan los humanos. Y como vió Nuestro Señor que san José no podia caer en la cuenta de lo que fue causa de aquella preñez, envió un Ángel que se lo revelase con modo muy suave; porque llamándole por su propio nombre José, añade hijo de David, para traerle á la memoria que á David se habia hecho la promesa del Mesías, que seria su descendiente. Dícele que no tema, para quitarle el escrúpulo y congoja, lo cual es propio de los buenos Ángeles. Dice que la Vírgen concibió de Espíritu Santo, para quitarle la sospecha y volver por la honra de esta Señora. Y para convertir del todo su llanto en gozo, añade que parirá un Hijo, del cual ha de tener un cuidado como si fuera suyo, y que á él tocará ponerle nombre, el cual será Jesús, que quiere decir Salvador, porque ha de ser Salvador del mundo. Y todo esto se lo reveló con tanta luz, que luego le dió entero crédito.

2. De aquí subiré á ponderar la alegría del santo José con estas nuevas, cumpliéndose en él lo que está escrito en Job (c. XI, 17): Cuando pensares que estás hundido, saldrás como lucero. ¡Oh qué contento estaria en verse libre de la sospecha! qué corrido de haberla admitido, aunque fuese sin su culpa y por ignorancia! qué avisado para no juzgar mal de nadie! qué agradecido á Dios por haberle dado Esposa tan santa y de tanta dignidad, y por encargarle el cuidado de su Hijo unigénito! y qué alegre de ver que se llegaba ya la redencion del mundo!

3. Y asimismo ponderaré, cuán alegre quedaria la Vírgen por ver la quietud de su Esposo; cuán confirmada en la esperanza de la divina Providencia; cuán agradecida á Nuestro Señor por haber vuelto por su causa, cumpliéndose en ella lo que dice el mismo Se-

ñor por el profeta Oseas (*c.* II; 15): Pondréla en el valle de Achor; esto es, de la afliccion, para confirmarla de nuevo en la esperanza, y renovará sus cánticos cuando se vea libre de sus penas. Gracias te doy, Dios eterno, por el cuidado que tuviste de estos dos gloriosos Santos, convirtiéndolos, como sueles, el valle de Achor en pasto y aumento de su espíritu. Por sus merecimientos te suplico me hagas digno de gozar el fruto de tu paternal providencia, fiándome de ella con gran seguridad en medio de mis aflicciones, pues es cierto que á su tiempo acudirás á remediarlas.

Punto quinto.—*Obedeciendo José al mandamiento del Angel se levantó luego, y llevó á su casa á la Vírgen, y vivió con ella castísimamente hasta el parto, y mucho mas despues.* En lo cual he de ponderar, no tanto la obediencia de san José, porque no era mucho llevar á su casa mujer tan excelente, cuanto el modo de ella; esto es, con qué reverencia la llevaria, diciendo unas palabras semejantes á las de santa Isabel: ¿De dónde á mí, que entre en mi casa la Madre de mi Señor? ¡Oh qué amor tan grande cobraria á esta Señora! qué cuidado tendria de ella! qué pláticas tan santas habria entre los dos! qué pureza de vida mas que angélica, y qué conformidad de voluntades! ¡Cuán sujeta y obediente estaria la Vírgen á san José, como á cabeza; cómo le revelaria lo particular que le habia dicho el Ángel en la anunciacion, y lo que le habia pasado en casa de Zacarías! porque entonces ya era tiempo de hablar, para informarle del misterio, á honra y gloria del que le habia obrado. ¡Oh dichoso Santo, á quien tan buena compañía le cupo en suerte! oh dichosa el alma que los sirve, y aprende de ellos su obediencia y caridad! Ó serafines de la tierra, tan puros como los del cielo, que con vuestras alas volais ligeramente á cumplir la divina voluntad; encended mi corazon en amor de este Señor, para que yo tambien le sirva con la obediencia que ambos le tuvísteis, y ame á todos mis hermanos con la pureza de caridad con que ambos os amásteis.

MEDITACION XV.

DE LA EXPECTACION DEL PARTO, Y DEL APAREJO PARA EL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

—Por celebrarse en España, ocho dias antes del nacimiento de Cristo nuestro Señor, fiesta de la expectacion del parto, pongo aquí esta meditacion para este dia y los siguientes: en los cuales se han

de considerar los vivos deseos que tenian de este soberano parto y nacimiento tres personas; es á saber, el Niño, la Vírgen y san José, en quien son representados los fieles que tienen fe de este misterio, y á su imitacion desean aparejarse para dignamente celebrarle. —

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar el encendidísimo deseo que tenia Jesucristo nuestro Señor, estando en el vientre de su Madre, de perfeccionar y llevar al cabo el negocio de nuestra redencion; y por consiguiente, de nacer en el mundo, para irle entablando conforme á la voluntad de su Padre; porque desde el vientre de la Madre fue verdadera aquella sentencia que despues dijo (*Luc.* XII, 50): Con bautismo tengo de ser bautizado; ¡oh cómo me aflijo hasta que se haga! Y por muy apretado y estrechado que tenia su cuerpo en aquel estrecho vientre, tenia mas apretado y estrechado el corazon con la fuerza de este vehemente deseo, por el cual debo darle infinitas gracias, y corresponderle con otro entrañable deseo de servirle muy de veras. Sin embargo de este deseo, no quiso nacer antes de los nueve meses, que es el tiempo en que comunmente nacen los demás niños. — Lo primero, por conformarse con todos, y padecer aquella cárcel enteramente, sin dejar un dia; porque en lo que era padecer, no quiso usar consigo de dispensacion, ni excepcion ni privilegio; y así no quiso nacer á los siete meses, ni á los ocho, sino á los nueve cumplidos. — Lo otro, porque tomó todo este tiempo, como de un recogimiento para la entrada en el mundo, gastándole en perpétua oracion y contemplacion. Así como se recogió cuarenta dias en el desierto, antes de manifestarse al mundo por la predicacion, avisándonos con esto el recogimiento que hemos de tener dedicando algun tiempo á oracion retirada y á vacar á solo Dios, antes de salir á lo público y comenzar grandes empresas, y el que debíamos tener para celebrar con devocion su santa natividad.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré los encendidos deseos que tenia la Vírgen santísima de ver nacido á su Hijo, y de que llegase ya la dichosa hora de su parto. — Lo primero, por conocer de vista al que no solo era Hijo suyo, sino tambien de Dios, y ver aquella Humanidad sacratísima que habia tomado de sus entrañas, y gozar de su hermosura. — Lo segundo, por adorarle, servirle y regalarle, y hacer con él oficio de madre, en agradecimiento de la merced que la habia hecho de escogerla para ello. Y así con gran ternura diria aquello de los Cantares (*c.* VIII, 1): ¡Quién me diese, Hijo mio, *ut inveniam te foris, et deosculer te,* que te viese yo fuera de este

encerramiento que tienes, para besarte, regalarte y servirte como mereces!

2. Lo tercero, para que el mundo gozase del bien que ella tenia; porque aunque le amaba mucho, no le queria para sí sola, sino para todos, pues habia encarnado para todos; y como la esperanza que se dilata aflige al corazon (*Prov.* XIII, 12), cada dia se le haria un año; aunque por otra parte estaria contentísima de tenerle dentro de sí, entendiendo que él gustaba de ello. Con estas consideraciones tengo de mover mi corazon y despertar en él unos encendidos deseos de que este Hijo de Dios nazca espiritualmente en mi alma y en la de todos, para que de todos sea adorado, servido y amado, repitiendo para esto algunos versos de los Salmos y de los Profetas, de que usa la Iglesia en tiempo de Adviento, como es decirle: Despierta, Señor, tu potencia, y ven para que me hagas salvo. (*Psalm.* LXXIX, 3; *Isai.* LXIV, 1). ¡Ojalá rompieses esos cielos, y vinieses! para que en tu presencia se deshiciesen todos mis vicios. Ó cielos, enviad de lo alto este divino rocío; ó nubes, lloved para mí al Justo. Y tú, tierra, ábrete y brota para mí al Salvador. (*Isai.* XLV, 8). Muestra, Señor, tu misericordia, y dame graciosamente tu salud. Á este propósito puedo hacer algunas oraciones jaculatorias, á semejanza de las que estos dias hace la Iglesia en las siete antífonas que se cantan en las Vísperas, llamando á Cristo nuestro Señor con los nombres que tiene en cuanto Dios, ó en cuanto hombre, por razon de los oficios que hace en las almas á quien visita. Y así puedo decirle: Ó Sabiduría infinita, ven á gobernarme en el camino del cielo; ó Resplandor de la gloria del Padre, ven á ilustrarme con el resplandor de tus virtudes; ó Sol de justicia, ven á dar luz y calor de vida al que está sentado en la sombra de la muerte; ó Rey de reyes, ven á regirme; ó Salvador del mundo, ven á salvarme. Y á esta forma se pueden hacer otras peticiones semejantes, conformándome con el espíritu de la Iglesia en este tiempo.

3. Finalmente, puedo espiritualizar los deseos de la Vírgen, y del Hijo que tenia en las entrañas, avivando el deseo de que los buenos propósitos que hubiere concebido por inspiracion del Espíritu Santo salgan á luz, y se pongan por obra en el tiempo, lugar y coyuntura que Dios quisiere, conformándome en todo con su santísima voluntad; porque como el niño concebido desea naturalmente salir á luz á su tiempo; y si no sale, atormenta á la madre y viene á morir, con peligro de que tambien muera ella; así el buen propósito que el Espíritu Santo me inspira de mudar ó mejorar la vida está

como clamando y deseando salir á luz á su tiempo; y si por negligencia ó desprecio no se pone por obra, atormenta la conciencia con remordimientos, y suele ser ocasion de graves caidas, permitiéndolas Dios en castigo de haber ahogado el espíritu, y el buen propósito que procedió de su inspiracion. Y por esto dice el Espíritu Santo que los deseos matan al perezoso; esto es, deseos concebidos en virtud de Dios, y no cumplidos por pereza propia.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la esperanza certísima que tenia Nuestra Señora de que su virginidad no habia de padecer detrimento alguno en el parto (*véase la Med.* XVII, *punto* 1.°), creyendo firmemente que como fue vírgen en el concebir al Hijo de Dios sin obra de varon, así lo seria en el parir, sin perjuicio de su entereza virginal; porque la experiencia de lo pasado la certificaba de lo futuro, acordándose que ambas cosas estaban profetizadas juntamente por Isaías, diciendo (*c.* VII, 14): Mirad que una vírgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emanuel, que quiere decir: Dios con nosotros. (*Matth.* I, 23). Revolveria estas palabras dentro de sí, y con grande admiracion diria: ¿De dónde á mí tanto bien, que sea yo esta milagrosa vírgen? Qué ¿es posible que haya yo concebido en mis entrañas al mismo Hijo que el eterno Padre tiene dentro de las suyas? y que está conmigo el Emanuel que tantos han deseado tener consigo? y que sin daño de mi virginidad saldrá de mí para estar y morar con todos? Gracias te doy, ó Emanuel benditísimo, por haber escogido á esta humilde vírgen por tu madre. ¡Oh si llegase ya la hora de que nacieses! porque aunque salgas de mí en cuanto hombre, siempre te quedarás conmigo en cuanto Dios. Con estos afectos estaria la Vírgen, en este tiempo, dándola grande alegría esta esperanza por el grande amor que tenia á la virginidad.

2. De aquí procedia, que como estaba libre de los temores que tienen otras mujeres preñadas, y de los cuidados del parto que suelen darles grande pena; ella solo tenia cuidado de aparejar su alma con esclarecidos actos de virtud para servir mejor á su Hijo, y tambien de prevenir lo que era menester para su nacimiento, conforme á su pobreza. Y á su imitacion he yo de aparejarme para el nacimiento que espero del Hijo de Dios, quitando los estorbos que hubiere en mi alma, y adornándola con esclarecidos actos de virtud; conforme á lo que hemos dicho en los puntos precedentes, y á lo que la Iglesia encarga en estos dias, con aquellas palabras que decia san Juan Bautista (*Luc.* III, 4; *Isai.* XL, 3): *Aparejad el camino para el Señor; todo*

valle se hinche; todo monte y collado se abaje; los caminos torcidos se enderecen y los ásperos se allanen, porque toda carne ha de ver al Salvador; que es decir: Quitad de vosotros los vicios contrarios al Salvador que nace, y adornaos con virtudes semejantes á las que trae; quitad honduras de pusilanimidades, altivez de soberbias, intenciones torcidas y costumbres ásperas, procurando todo lo que fuere posible levantar vuestro espíritu á lo alto con la confianza, y abajarle á lo profundo con la humildad, enderezando vuestras intenciones á lo celestial, sin mezcla de lo terreno; y siendo mansos con todos, sin dar ocasion de tropezar á ninguno; porque tal es el Salvador que ha de nacer, y con tales disposiciones le habeis de recibir. Estas cuatro virtudes, contra los cuatro vicios contrarios, he de procurar para el fin dicho, por medio de la Vírgen nuestra Señora, diciéndola: Ó Vírgen santísima, que con fervorosos deseos esperabas el nacimiento de tu Hijo, y con excelentes obras te disponias para verle y abrazarle, negóciame que quite de mí los estorbos de su venida, y con gran diligencia me apareje para ella. Amen.

MEDITACION XVI.

DE LA JORNADA DE LA VÍRGEN NUESTRA SEÑORA DESDE NAZARET Á BELEN.

Punto primero. — Lo primero, consideraré, por fundamento de las meditaciones siguientes, como el Verbo encarnado, estando en las entrañas de su Madre, quiso hacer una entrada en el mundo, la mas nueva, admirable y santa que jamás hubo ni habrá, penosa para sí, y provechosa para nosotros, asentando los cimientos de la perfeccion evangélica (*D. Thom.* 3 *p. q.* 35, *art.* 7 *et* 8) que habia de predicar. De modo, que su primera entrada en el mundo, como dice san Cipriano (*Serm. de Nativ.*), fuese dechado de nuestra primera entrada en la religion cristiana, para que entrasen sus discípulos por donde él entró, ejercitando las virtudes que ejercitó. Y para este fin dejó todo lo que el mundo ama y busca, y buscó todo lo que el mundo aborrece y huye. Y así para nacer, dió traza como salir de Nazaret, por dejar las comodidades que pudiera tener, naciendo en casa de su Madre y entre sus deudos y conocidos, á donde no le faltara el abrigo de un aposento, y brizo y algun regalo, como no le faltó al Bautista por nacer en casa de su padre; pero todo lo dejó, mostrando cuánto aborrece los regalos de la carne, y cuán amigo es de pobreza, pues deja lo poco que tiene su pobre Madre; y como

peregrino, quiere nacer en Belen en tal coyuntura, que todo le faltase. Con este ejemplo me confundiré por verme tan amigo de mis comodidades y regalos, que no solamente no huyo de ellos, pero con ansia los busco; y si no los hallo me aflijo. Ó Jesús Nazareno, florido con flores de virtudes celestiales, que sales de Nazaret por huir las flores de los regalos terrenos; suplícote por esta salida, favorezcas mi flaqueza, para que renuncie las flores y blanduras de mi carne, deseando solamente las flores de tus virtudes, con las cuales adornes mi alma, para que te dignes de nacer en ella. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré la ocasion que tomó Cristo nuestro Señor para hacer esta jornada y salir con su intento (*Luc.* II, 1); *porque en aquellos dias salió un edicto de Augusto César, que todo el orbe se empadronase, acudiendo cada uno á la ciudad de donde tenia su orígen. En cumplimiento de esto fué José desde Nazaret á Belen, para encabezarse allí con María su esposa que estaba preñada.* — En este hecho ponderaré, cuán diferentes son los pensamientos de Dios y los de los hombres; los del Rey del cielo, de los del rey de la tierra, porque este edicto estaba fundado en soberbia, ambicion, jactancia y avaricia, mandando mas de lo que podia; esto es, que todo el orbe se encabezase, como si todo fuera suyo, y deseando que todos profesasen ser sus vasallos y le pagasen pecho, aunque fuesen pobres y necesitados. Pero al contrario el Rey del cielo, Jesucristo, todos sus pensamientos tenia puestos en humildad, pobreza y sujecion, y en hollar pompas, riquezas y vanidades. No viene á mandar ni á ser servido, sino á obedecer y servir á todo el mundo. Y en confirmacion de esto, quiere que su Madre, y él en ella, se encabecen y profesen ser vasallos de Augusto César, y le paguen tributo, para confundir con este ejemplo la soberbia y codicia del mundo; porque si el Rey de reyes y Monarca de todo lo criado entra en el mundo humillándose (I *Petr.* II, 15), y protestando vasallaje á un rey terreno y malo, ¿qué mucho me humille yo, y me sujete á toda humana criatura por su amor? Y ¿qué soberbia será no humillarme al mismo Dios, reconociéndome por su vasallo, y pagándole con obediencia el tributo que le debo? Ó Rey del cielo, no permitas en mí tal soberbia, pues te humillaste tanto para remediarla.

2. Lo segundo, ponderaré que aunque este edicto se fundaba en soberbia y codicia, quiere Dios que sea obedecido de los suyos, porque gusta obedezcamos á nuestros superiores en todo lo lícito que nos mandaren, aunque lo manden por sus propios intereses y

dañados fines, reconociendo en ellos á Dios (*Matth.* XXIII, 5), cuyo lugar tienen. Y así Cristo nuestro Señor levantó de punto esta obediencia, haciendo esta jornada por cumplir la voluntad del eterno Padre, que habia ordenado naciese su Hijo en Belen de Judá (*Mich.* V, 2; *Matth.* II, 6), aunque su providencia tomó este edicto del emperador Augusto, como medio para conseguir su intento. Y como Cristo nuestro Señor venia al mundo á cumplir (*Ioan.* VI, 38) no su voluntad, sino la del que le enviaba, quiso nacer en el lugar donde su Padre habia ordenado, y nacer obedeciendo, como murió obedeciendo, para que todos aprendamos á obedecer. Ó amado mio, pues mi vida está en hacer tu voluntad, mis entradas y salidas en cuanto hiciere sean conformes á ella por siempre jamás. Amen.

PUNTO TERCERO.—Lo tercero, se ha de considerar la jornada de la Vírgen, el modo como caminaba, y las virtudes que ejercitaba, con deseo de imitarla en ellas; ponderando, como por ser ella pobre, el camino largo y el tiempo del invierno riguroso, no la faltaban trabajos; pero todos los llevaba con admirable paciencia y alegría. Iba con gran modestia de sus ojos, y el corazon puesto en Dios y en el Hijo que llevaba en sus entrañas, con quien tenia sus coloquios y entretenimientos, como arriba se dijo (*Medit.* X, *punto* 3.°). Si algun rato hablaba con su esposo, todo era de Dios, con gran dulzura; y no se cansaba, aunque iba preñada, porque el Hijo no era cargoso, y la esperanza de verle presto nacido la daba grande alegría y gusto salir de Nazaret, porque con mayor quietud gozaria de su Hijo, naciendo fuera de ella. Ó Vírgen benditísima, no es menester deciros como á la Esposa (*Cant.* II, 10): Que os deis prisa á caminar, pues ya pasó el invierno y cesó la lluvia, y han salido las flores del verano, porque las ganas de padecer y obedecer os hacen caminar en el rigor del invierno, para que nazca la flor de Jesé, en quien está nuestro descanso. ¡Oh quién pudiera imitar las virtudes que en este camino ejercitásteis, acompañando vuestros pasos con espíritu, ya que no me fue concedido hacerlo con el cuerpo!

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, consideraré la entrada de la Vírgen en Belen, la cual fue en ocasion de tanto concurso de gente que no halló quien la hospedase, ni en el meson hubo aposento donde estuviese; y así le fue forzoso recogerse á un pobre establo de animales, trazándolo así la divina Providencia para que el Hijo de Dios entrase en el mundo mendigando y padeciendo, sin haber quien se compadeciese de su trabajo.–Sobre este paso se ha de ponderar la excelencia del Señor que busca posada para nacer y no la halla;

la ceguedad de los hombres que no le conocen, ni se la dan; los bienes de que se privan por no dársela; y como escoge para sí lo peor del mundo, sacando afectos y sentimientos tiernos de todo esto.–Lo primero, ponderaré como los hombres del mundo tienen palacios y casas muy acomodadas, y los ricos de Belen estaban muy abrigados y aposentados á su gusto; y el Hijo del eterno Padre, Señor de todo lo criado, viniendo á buscar posada y en su propia ciudad, donde era natural, y entre los de su tribu y familia (*Ioan.* I, 11), no halla quien le hospede. Ó Verbo eterno encarnado, ¡cuán presto comienza el mundo á desecharte, habiendo tú venido á remediarle! Ya puedes decir que las raposas del campo tienen cuevas y las aves del cielo nidos, donde pongan sus huevos y crien sus hijuelos; pero el Hijo del hombre y su pobre Madre no hallan donde reclinar su cabeza. (*Luc.* IX, 58). Las raposas te echan de sus cuevas, porque los astutos y ricos de la tierra aborrecen tu simplicidad y pobreza. Las aves no te admiten en sus nidos, porque los nobles y soberbios del mundo desprecian tu humildad y bajeza; y así te vas al pobre y humilde establo, donde el buey conocerá á su poseedor, y el jumento dejará su pesebre (*Isai.* I, 3) por darle á su Señor. Ó Señor de los señores y poseedor de todo lo criado, echa de mi alma las raposerías astutas y las volaterías soberbias que la ocupan, para que tú halles posada dentro de ella.

2. De aquí subiré á considerar, como la causa de no hallar posada Cristo en Belen era la ignorancia de aquella gente; porque llegando Dios á sus puertas, no le conocian, ni sabian el bien que les viniera si le admitieran, admitiendo otros huéspedes de quien podian recibir poco ó ningun provecho. ¡Oh cuán dichoso fuera el que hospedara á este Señor, para que naciera en su casa! qué de riquezas espirituales le diera! cuán bien le pagara el hospedaje, como le pagó á Marta y á Zaqueo! ¡Oh cuán dichosa seria mi alma si acertase á hospedar á este Señor, y darle lugar para que naciese espiritualmente en ella! Ó Dios infinito, que rodeas las puertas (*Apoc.* III, 20) de mi corazon, llamando con inspiraciones para que te abra, con deseo de entrar en él para enriquecerle con los dones de tu gracia, no permitas que te cierre la puerta por no conocerte, ó te despida por no estimarte. Ven, Señor, ven y llama que yo te oiré; toca á mi puerta, que yo te abriré y te daré la mejor pieza de mi casa, que es mi corazon, para que descanses á tu voluntad en ella.

3. Finalmente, tengo de ponderar la paciencia con que la Vírgen y san José llevaron aquel trabajo y desamparo, y con cuánta

alegría sufrieron los desvíos de los que los desechaban por ser pobres, y con qué gusto se recogieron al establo, tomando para sí el lugar mas desechado de la tierra. Con lo cual maravillosamente hermanaron humildad y pobreza con paciencia y alegría; á cuya imitacion procuraré desear para mí lo peor y mas despreciado del mundo, llevándolo con alegría cuando me cupiere en suerte; pues no hay suerte mejor que imitar á estos gloriosos Santos, como ellos imitaron á Cristo, al módo que luego verémos.

MEDITACION XVII.

DEL NACIMIENTO DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR EN EL PORTAL DE BELEN.

PUNTO PRIMERO. — 1. Primeramente se ha de considerar lo que hizo el Verbo eterno, encarnado en las entrañas de su Madre, cuando llegó la hora de salir de ellas. Ponderando lo primero, que así como no quiso anticipar el tiempo de su nacimiento, tampoco quiso dilatarle, sino nacer puntualmente cumplidos los nueve meses, para manifestarse al mundo con un entrañable deseo de comenzar su carrera con gran fervor y alegría de corazon, cumpliéndose lo que dijo David (*Psalm.* XVIII, 7): Alegróse como gigante para correr su carrera; de lo sumo del cielo es su salida, sin parar hasta el otro extremo; porque aunque sabia cuán áspera habia de ser la carrera desde su nacimiento hasta su muerte, se alegró con fortaleza para comenzarla, saliendo del vientre de la Vírgen, que era su cielo, poniendo luego los piés en el lugar mas vil y bajo que habia en la tierra; por lo cual debo darle gracias y suplicarle me dé luz para conocer y sentir lo que en esta su entrada pasa. Ó Niño mas fuerte que gigante, pues como nuevo sol resplandeciente quereis salir por el oriente á correr vuestra carrera hasta el occidente de la cruz, alumbrad mi entendimiento y encended mi voluntad, para que vea y contemple vuestra salida, y ame con gran fervor las virtudes que descubrís en ella.

2. Luego ponderaré cuán liberal se mostró entonces con su Madre, á la manera que un hombre poderoso y rico, cuando se ha hospedado en casa de un aldeano pobre (*D. Thom.* 3 *p. q.* 35, *art.* 6), y le ha hecho buen hospedaje, no por interés, sino por servirle, suele á la despedida pagárselo muy bien y darle alguna preciosa dádiva, ó por agradecimiento ó por limosna; así tambien como la Vírgen habia hecho á su Hijo tan buen hospedaje nueve meses, al tiem-

po que quiso salir de la posada la dió dones riquísimos de gracia, una altísima contemplacion de aquel misterio, y unos júbilos de alegría extraordinarios, en lugar de los dolores que otras mujeres suelen sentir cuando están de parto. Porque no era razon que quien no tuvo deleite sensual en el concebir, tuviese dolor en el parir; y aunque consigo no dispensó en lo que era padecer dolores, quiso que su Madre en este caso no los padeciese. De la misma manera puédo considerar, que cuando entra Cristo nuestro Señor sacramentalmente en nosotros, á la primera entrada nos da la gracia sacramental, y si le hacemos buen hospedaje, antes de la salida nos da ricas joyas de afectos de devocion y contemplacion, y júbilos de alegría, como quien paga el buen hospedaje que le hacemos. Por tanto, alma mia, mira cómo hospedas á este Huésped soberano, para que te deje rica y harta con los dones del cielo.

3. Lo tercero, ponderaré como Cristo nuestro Señor por la misma causa quiso salir del vientre de su Madre con un modo milagroso, sin que ella padeciese detrimento en su virginidad, porque no era razon saliese de la casa donde tan buen hospedaje le habian hecho, con daño de la entereza que tenia, honrando con esto á su Madre, y avisándonos á todos, que por hospedarle y servirle no recibirémos detrimento, haciendo, si fuere menester, para ello algun milagro; porque quien no le hizo para preservarse á sí de padecer, suele hacerle para preservar de ello á sus escogidos cuando les conviene. Ó Maestro soberano, ¡cuán bien me enseñais con este ejemplo la condicion del verdadero amor, que es riguroso para sí, y blando con otros! para sí quiere los rigores por afligirse, y para el prójimo los favores por regalarle; ayudadme con vuestra copiosa gracia, para que en ambas cosas imite vuestra encendida caridad.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar lo que hizo la Vírgen santísima cuando por aquellos júbilos conoció que era llegada la hora del parto, ponderando sus afectos, sus obras y sus palabras. Porque recogiéndose á un rincon del portal, puesta en altísima contemplacion, parió á su Hijo unigénito, y luego le tomó en sus brazos. ¡Oh qué contento y alegría recibió con aquella primera vista, no parando en la hermosura que miraba por defuera en el cuerpo, sino pasando á la belleza del alma y de la divinidad! Por una parte le abrazaba y besaba con amor, como á su Hijo, y por otra se encogia y retiraba con humildad, mirando que era Dios, porque con estos dos brazos quiere Dios ser abrazado; esto es, con caridad y humildad, con amor y reverencia; y lo mismo tengo yo de ha-

cer espiritualmente, tomándole como en mis brazos, amándole y reverenciándole, acercándome con amor y encogiéndome con humildad.

2. Hecho esto, la Vírgen envolvió á su Hijo en los pañales y mantillas que tenia aparejadas, y reclinóle en un pesebre con afecto de humildad, teniéndose por indigna de tenerle en sus brazos, é hincadas las rodillas le adoró como á Dios y Señor suyo, y hablaria con él amorosamente, porque estaba cierta que la entendia. Dióle gracias por la merced que habia hècho al género humano en haber venido á redimirle. Tambien le dió gracias por haberla tomado por Madre suya, sin sus merecimientos, y allí se ofreció de servirle con todo su cuerpo y alma; y fuerzas, empleándolas todas en su servicio; y todo esto diria con unas palabras y afectos amorosísimos y tiernísimos, los cuales son mas para sentir que para poderse explicar.

3. Lo mismo haria el santo José adorando al Niño, agradeciéndole la merced que le hizo en tomarle por su ayo, y ofreciéndose á servirle muy de veras. Y lo mismo tengo de hacer yo en compañía de estos Santos, con entrañable agradecimiento, ofreciéndole mi cuerpo y alma con todas mis potencias. Ó dulcísimo y soberanísimo Señor, ¿qué gracias os podré dar por tan gran merced como me habeis hecho, en venir á remediarme hecho niño en tanta pobreza? ¡Oh quién se hallara presente en aquella hora, para serviros en vuestra niñez! Aquí me presento en espíritu delante de vuestra majestad, y os ofrezco lo que soy, puedo y valgo, para emplearlo todo en vuestro servicio; aceptad esta buena voluntad y dadme gracia para ponerla por obra.

PUNTO TERCERO. — *De la persona del Niño.* — 1. El tercer punto y principal es, considerar las grandezas milagrosas de aquel divino Niño puesto en el pesebre, ponderando la dignidad de su persona, las palabras que diria con el corazon, las obras que hacia y las cosas que padecia, y por quién y cómo, y las heróicas virtudes que allí ejercitaba. Todo esto he de ponderar, como lo ponderaria la Vírgen sacratísima, en esta forma. — Lo primero, miraré la persona de aquel Niño, haciendo comparacion de lo que tiene en cuanto Dios, á lo que tiene allí en cuanto hombre, con un afecto de admiracion y amor, el mayor que pudiere, ponderando como este Niño es aquel Dios de la majestad, cuya silla es el cielo (*Isai.* LXVI, 9; XXXVII, 16; *Psalm.* LXXIX, 2), y cuyo trono son los Querubines, y cuyos criados son las jerarquías de los Ángeles, estando en medio de ellas como

emperador á quien todos adoran y reconocen vasallaje; y por otra parte está puesto en vil pesebre en medio de dos torpes animales. Y el que es Verbo y palabra del eterno Padre, por quien crió todas las cosas (*Ioan.* I, 3), y las sustenta con su virtud, está hecho infante sin hablar, y fajado piés y manos sin poderse menear. Y el que tiene por vestidura la lumbre (*Psalm.* CIII, 2; *Hebr.* I, 3) infinita de la divinidad, por ser resplandor de la gloria de su Padre, y viste de hermosura á sus criaturas, y las da mantenimiento con mano larga para conservar su vida, ese está vestido de pobres pañales y mantillas, y tiene necesidad de ser sustentado con la leche de su Madre. ¡Oh Niño excelentísimo y abatidísimo, y en todo venerable, y en todo amable (*D. Bern.* Serm. 1 in Epiphan.); pero *quanto pro me vilior, tanto mihi carior:* cuanto por mí estás mas despreciado, tanto eres mas digno de ser amado; y cuanto mas abatido, tanto mas ensalzado, porque en los abatimientos muestras las grandezas de tu inmensa caridad. ¡Oh quién te amase como tú mereces! oh si me apocase y humillase como yo mismo merezco! porque apocarme en mí, será engrandecerme en tí. ¿Cómo no te confundes, ó alma mia, de ver esta persona tan grande y tan humillada, y la tuya tan vil y tan envanecida? Aprende de este Niño á humillarte, porque quien se humillare como él en la tierra, será por él engrandecido en el cielo.

2. *De las palabras que diria.*—Lo segundo, ponderaré las palabras que diria este Niño, no con la lengua, sino con el espíritu; no con voces, sino con ejemplos. Con su eterno Padre hablaria, dándole gracias por haber llegado aquella hora, y haber querido que esté reclinado en aquel pesebre, ofreciéndole con grande amor todos los trabajos que habia de padecer en el mundo; y diciéndole otra vez aquello que pondera el Apóstol, en entrando en el mundo dijo (*Hebr.* X, 3; *Psalm.* XXXIX, 8): Véisme aquí, Señor, que he venido á cumplir tu voluntad. Pero con los hombres hablaba tambien, y daba voces con sus ejemplos, diciendo desde aquel pesebre lo que despues dijo predicando (*Matth.* XI, 29; XVIII, 3): Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon; y si no os convirtiéreis y os hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos; y el que se humillare como este niño, este será el mayor en el reino de los cielos. Estas y otras palabras está allí predicando con el ejemplo, las cuales tengo de oir con gran devocion, suplicándole abra los oidos de mi corazon para entender este lenguaje y ponerle por obra. Ó soberano Niño, que desde ese pesebre me estais convi-

dando á que me haga niño, y siempre fuísteis tan amigo de niños (*Marc.* x, 16), que los abrazábais con amor, hacedme como Vos niño en la inocencia, pequeñuelo en la humildad, infante en el silencio, y tierno en la caridad. En estas cuatro cosas consiste hacernos niños, para ser en los ojos de Dios grandes.

3. *De las obras que hace.*—Luego miraré las obras que hace, en lo cual hay una cosa maravillosa que ponderar, porque siendo varon tan perfecto en el juicio, como cuando era de treinta años, hacia todas las obras, meneos y semblantes de niño, no contrahechos ni fingidos, sino real y verdaderamente como los demás niños, con una armonía admirable para quien sabe ponderar la junta de estas dos cosas. En particular ahora ponderaré aquel llorar del Niño, y las causas de sus lágrimas; llora, no tanto de dolor por lo que padece como los demás niños, cuanto por lo que nosotros padecemos por nuestros pecados, llorando con amor por ellos; así con aquellas lágrimas juntaria interiormente oraciones fervorosísimas al eterno Padre, haciendo lo que dijo san Pablo (*Hebr.* v, 7), que en los dias de su carne ofreció ruegos y oraciones á Dios con gran clamor y lágrimas. Y es de creer que la Vírgen lloraria viendo llorar á su Hijo, y ponderando las causas por que lloraba. Ó dulce Jesús, ¿por qué llorais tan amargamente mis miserias, olvidado de las vuestras? Ó alma mia, ¿cómo no lloras viendo llorar á este Niño, que así llora por tí? Llora tú de compasion por verle llorar; llora porque eres causa de su llanto, y llora por tus pecados que afligen su corazon; y si no lloras por esto, llora porque eres tan dura que no sabes llorar, teniendo tanta razon de derramar copiosas lágrimas. Ó Vírgen sacratísima, alcanzadme don de lágrimas, siquiera para acompañaros con ellas, por el consuelo de vuestro Hijo que se consuela con vernos llorar, y dice que son bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. (*Matth.* v, 5).

4. *De las cosas que padece.*—Últimamente miraré las cosas que padece este Niño, que son pobreza, desprecio, frio y dolor (*D. Thom.* 3 *p. q.* 35, *art.* 8), con otras incomodidades. Todo lo cual padece, no por necesidad ó fuerza, sino por voluntad y de grado; porque como es Dios y varon en el juicio, él escogió todo lo que padece. Escogió nacer en el tiempo mas riguroso del invierno, en la hora mas fria de la media noche, en el portal mas vil y despreciado de toda la ciudad, con la mayor pobreza y desamparo y olvido de los hombres que era posible, y todo con tanto disfraz de humildad, que siendo voluntario parecia forzoso; y por consiguiente mas vil y aba-

tido. Finalmente, desde el pesebre, como él mismo lo dijo en un Salmo (*Psalm.* LXXXVII, 16), tomó por compañeros inseparables hasta la muerte á la pobreza, desprecios, dolores y trabajos, y en todas estas cosas padeció mil géneros de aflicciones, escogiendo tal modo de vida, contraria á la del mundo, para descubrir con su ejemplo los engaños y errores de los mundanos que le siguen; pues como dice san Bernardo (*D. Bern.* Serm. 3 de Nativ.): Evidente cosa es que el mundo yerra, escogiendo por sus compañeros riquezas, honras y regalos; pues Cristo, sabiduría infinita, que ni puede engañarse ni engañarnos, escoge sus contrarios. Con esta consideracion tengo de confundirme en la presencia de este Niño benditísimo, viendo cuán al revés he vivido de lo que él enseña, y proponer de imitarle de aquí adelante, escogiendo padecer lo que él padece, suplicándole me haga digno de padecer con él y como él, no por necesidad, sino por voluntad, de grado y por amor. Ó Niño soberano (II *Reg.* XXIII, 8), que como otro David eres príncipe sapientísimo entre tres, porque de las tres divinas Personas tú eres la segunda, á quien se atribuye la sabiduría; ¿qué haces sentado en esta cátedra del pesebre callando, sin decirnos nada? Tú eres el gusanito tiernísimo del madero, que con un ímpetu matas ochocientos, porque con el desprecio y humillacion que tienes en el madero carcomido de tu brizo, matas con el ímpetu de tu amor divino los innumerables ímpetus del amor mundano. Ó Príncipe sapientísimo y fortísimo, que callando enseñas y callando matas, enséñame á seguir con silencio tus desprecios, y mata en mi corazon los afectos mundanos, para que haciéndome gusano, á imitacion tuya, merezca subir á verte en el trono de tu gloria. Amen.

MEDITACION XVIII.

DEL REGOCIJO DE LOS ÁNGELES EN EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS, Y DE LA NUEVA QUE DIERON Á LOS PASTORES.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero, consideraré lo que (*Luc.* II, 10; *D. Thom.* 3 *p. q.* 36) pasaria en el cielo al tiempo que nació Cristo nuestro Señor en el suelo; porque las jerarquías de los Ángeles, como veian claramente la infinita majestad y grandeza de Dios, y por otra parte le miraban tan humillado, arrinconado y desconocido de los hombres, quedaron admirados en extremo de tanta humildad, y con grandes ansias de que fuese honrado y venerado

de todos, deseando, si Dios les diera licencia, bajar al mundo á manifestarle y darle á conocer. Entonces el Padre eterno mandó á todos aquellos que pondera san Pablo (*Hebr.* I, 6): *Et cum iterum introducit Primogenitum in orbem terrarum, dicit: Et adorent eum omnes Angeli eius:* cuando entró á su Primogénito en el mundo, dijo: Adórenle todos sus Ángeles; todos dice, sin faltar ninguno, y todos desde el cielo le adoraron con suma reverencia, viéndolo este Niño desde el suelo. Los Serafines, encendidos en amor mirándole, se tenian por helados, y con profunda humildad le reconocian por su Dios. Los Querubines, llenos de ciencia, en presencia del Niño se tenian por ignorantes, y con grande temblor le adoraban y reverenciaban como á su Señor. Y lo mismo hacian los otros coros angelicales. Gózome, ó bien mio, de veros adorado de vuestros Ángeles, y pésame grandemente de veros tan olvidado y desconocido de los hombres. Yo, Señor, os adoro juntamente con estos espíritus bienaventurados, deseo de corazon que todos los hombres os conozcan y adoren; y si valgo para darles noticia de esto: *Ecce ego* (*Isai.* VI, 8), *mitte me,* véisme aquí, enviadme; porque si me enviais, yo volaré con las alas que me diéreis, y como los Serafines daré voces por el mundo diciendo: Santo, Santo, Santo eres, Dios de los ejércitos, llena está la tierra de tu gloria; aunque con el humo de la humillacion que tienes en este pobre portal parecé que está oscurecida.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como el Padre eterno quiso manifestar el nacimiento de su Hijo á los pastores, que estaban en la comarca de Belen velando y guardando su ganado, enviando para esto un Ángel que se cree fue san Gabriel, vestido de un cuerpo resplandeciente, y rodeándoles con una luz celestial les dijo: *Mirad que os traigo una nueva de grande gozo para todo el pueblo, porque ha nacido para vosotros el Salvador en la ciudad de David; esto tendréis por señal, que hallaréis al infante envuelto en pañales, y puesto en un pesebre.* — Sobre este paso, consideraré lo primero, como no quiso Dios manifestar este misterio, ni enviar este Ángel á los sábios de Belen, porque eran soberbios; ni á los ricos, porque eran codiciosos; ni á los nobles, porque eran regalados, sino á los pastores, porque eran pobres, humildes, trabajadores, y estaban en vela atendiendo á su oficio, porque tales disposiciones como estas quiere Dios en aquellos á quien ha de dar parte de sus misterios; y si á mí no me la da, es porque me faltan; pues por esto dijo, que los encubre á los sábios y prudentes, y los revela á los pequeñuelos y humildes. (*Matth.* XI, 25).

2. Lo segundo, consideraré como es materia de sumo gozo que el Salvador nace para nosotros; no nace para sí, porque no viene á salvarse á sí mismo; ni nace para los Ángeles, porque no viene á salvarlos, sino nace para los hombres y para mí, porque viene á salvarme; para mí nace y es circuncidado, y todo cuanto hizo y padeció, para mí es; y lo que pasa en el pesebre todo es para perdonar mis pecados, para encenderme en amor de las virtudes y para enriquecerme con aquellos merecimientos. Ó dulce Jesús, lo que para Vos es materia de dolor, es para mí materia de gozo. Gózome de que seais tan bueno que abraceis mis dolores, por darme vuestros gozos (*D. Bern.* Serm. 4 de Nativ.): no sea yo Señor, tan desdichado, que habiendo nacido para bien de todos los hombres, viva como si no hubiérais nacido para mí, buscando con soberbia la grandeza, olvidado de vuestra pequeñez.

3. Lo tercero, ponderaré como las señales para hallar al Salvador nacido son infancia, pañales y pesebre. Ó grandeza infinita de Dios, ¡quién tal pensara que cosas tan bajas habian de ser señas para hallar y conocer al Dios de la Majestad! Pero ya sé, Señor, que gustais de estas bajezas y que estais en medio de ellas para moverme á procurarlas, enseñándome de camino, que las señales para conocer que habeis nacido en mí espiritualmente son inocencia de niño en la vida, silencio en la lengua, pobreza en el traje, y humildad en escoger para mí lo mas vil y desechado de la tierra. Imprimidlas, Salvador mio, en mi alma, para que sea semejante á Vos, y gusteis de nacer y morar en ella.

PUNTO TERCERO. — 1. *Estando el Angel diciendo esto á los pastores, de repente apareció allí la muchedumbre del ejército celestial, bendiciendo y alabando á Dios, diciendo: Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.* — Sobre este punto se ha de considerar quién envió á estos Ángeles y para qué fin, y el himno ó cántico que dicen. Quien les envia es el Padre eterno para honrar á su Hijo, que tan humillado estaba por su amor, porque siempre tuvo cuidado de ensalzarle cuando él se humillaba, y para que los Ángeles enseñasen á los hombres con su ejemplo lo que habian de hacer en este caso. Gracias os doy, eterno Padre, por este cuidado que teneis de honrar al que se humilla. Bien os tiene merecido que le honreis, pues se ha humillado por honraros; y pues es justo que yo le honre y le alabe, enseñadme á cantar este himno de los Ángeles con el espíritu que le cantaron ellos.

2. *Gloria in excelsis Deo.* — Gloria á Dios en las alturas. Por esta

palabra nos enseñan los Ángeles que toda esta obra de la encarnacion es gloria de Dios por excelencia; de modo que ninguna de sus obras le da tanta gloria como esta, por la cual merece ser alabado de todos los que profesan alteza de vida, en los cielos es por ella especialmente glorificado, y es razon que lo sea en nuestra tierra, pues por esta causa está llena de la gloria de Dios, como lo dijeron los Serafines cuando Isaías (*c.* VI, 3) vió la gloria de este Señor. Ó Rey de la gloria de Dios, levantad mi corazon á las alturas, para que glorifique vuestro nombre en la tierra, como le glorifican los Ángeles en el cielo. Cuanto hiciere y dijere será para vuestra gloria, sin buscar la mia; y de mi boca no se apartará esta palabra: Gloria sea á Dios trino uno. Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Gloria al Padre, porque me dió á su Hijo. Gloria al Hijo, porque se hizo hombre por mi remedio; y gloria al Espíritu Santo, de cuyo amor esta obra procedió.

3. *Et in terra pax.*—Y en la tierra paz; que es decir: Con esta insigne obra viene la paz á los moradores de la tierra, y no paz limitada, sino muy cumplida; paz con Dios y con los Ángeles; paz á cada uno consigo y con los demás hombres, porque este Salvador trae la reconciliacion del mundo con su Padre, el perdon de los pecados, la victoria de los demonios, la sujecion de la carne al espíritu, la union y concordia de las voluntades entre sí y con Dios, de la cual procede la alegría de la conciencia y la paz que sobrepuja á todo sentido. (*Philip.* IV, 7). Ó Príncipe de la paz, pues está escrito que en tus dias naceria la justicia y la abundancia de la paz, hasta que se acabe la luna (*Psalm.* LXXI, 7); suplícote humildemente quites de mí toda la mutabilidad mundana, y me fortalezcas con la santidad y paz divina.

4. *Hominibus bonae voluntatis.*—Á los hombres de buena voluntad. En esta tercera palabra se ha de ponderar que la paz, aunque originalmente nace de la buena voluntad que Dios nos tiene, con lo cual la ofrece á todos los hombres; pero con efecto solamente la gozan los que tienen buena voluntad, bien intencionada, conforme con la de Dios y sujeta á su divina ley. De suerte, que no se promete la paz á los hombres por ser de buen entendimiento ó agudo ingenio, ni de grandes fuerzas ó insignes talentos y partes naturales; porque con todas estas cosas puede haber mucha guerra y discordia y enemistad de Dios; y aunque falten, no me faltará la paz si tengo buena voluntad, y así he de hacer mas caso de ella que de todo lo demás; porque, como dice san Gregorio (Hom. 5 in Evang.):

Nihil ditius bona voluntate: ninguna cosa hay mas rica ni mas amable ni mas pacífica, que la buena voluntad; así como al contrario, ninguna cosa hay mas miserable ni mas turbada ni mas aborrecible, que la mala voluntad. Y por esto con gran fervor he de pedir al Salvador que nace, me libre de la mala y me dé la buena, pues es dádiva suya. Y así dice otra letra: *Hominibus bona voluntas:* á los hombres sea buena voluntad. Ó Salvador dulcísimo, dame esta buena voluntad que nos ofreces, para que niegue mi voluntad propia y siga la tuya, buena, agradable y muy perfecta (*Rom.* XII, 2), pues la tuya es principio de todos los bienes, y la mia, dejada á su albedrío, es raíz de todos los males.

PUNTO CUARTO. — 1. Habiendo estado los Ángeles un rato con los pastores, volviéronse al cielo; y puédese creer piadosamente que se irian por el portal de Belen sin ruido sensible, y que allí renovarian su cántico, de modo que la Vírgen y san José le oyesen, y adorarian al Niño recien nacido con suma reverencia, como á su Dios y á su Rey. ¡Oh qué contento recibiria la Vírgen con esta música, y cuán agradecida quedaria al Padre eterno, por la honra que hacia á su Hijo, y cuán gozosa de ver tan gran ejército angelical, y cuán confirmada en la fe, acordándose de lo que está escrito: Adórenle todos sus Ángeles! (*Hebr.* I, 6). Yo, Dios mio, os adoro con ellos y os canto la gloria en ese vuestro pesebre, y deseo que todo el mundo os la cante dentro de vuestra Iglesia, para que de todos seais glorificado por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XIX.

DE LA IDA DE LOS PASTORES Á BELEN, Y LO QUE ALLÍ LES SUCEDIÓ, Y LO DEMÁS HASTA LA CIRCUNCISION.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Partidos los Angeles, exhortábanse los pastores unos á otros diciendo: Vamos á Belen, y veamos con nuestros ojos lo que se nos ha dicho; y así con gran priesa comenzaron á caminar hasta el portal.* (*Luc.* II, 15).—Sobre este punto he de ponderar lo primero, como los pastores no echaron en olvido la revelacion, sino con caridad se animaban unos á otros á esta jornada, porque las inspiraciones y mandatos de Dios no se han de olvidar, sino ejecutar, exhortándonos con palabras y ejemplos al cumplimiento de ellos; al modo que los santos cuatro animales, siguiendo el ímpetu del espíritu, se herian unos á otros con las alas, como quien se provocaba á

seguirse con mas fervor. (*Ezech.* III, 15; *Greg.* Lib. XXIV Moral. *cap.* 6).

2. Lo segundo, tuvieron grande obediencia; porque aunque el Ángel no les mandó expresamente ir á Belen, contentáronse con que mostró ser este gusto de Dios, pues para esto lo revelaba é inspiraba; y al perfecto obediente bástale tener cualquier significacion de la divina voluntad para ponerla luego por obra, aunque sea menester dejar por esto, como los pastores, el ganado y cuanto tiene.

3. Lo tercero, ejecutaron con grande fervor lo que Dios queria, y por esto se dice que iban aprisa, movidos del divino Espíritu, con deseo de ver la palabra que el Ángel les dijo, que era la Palabra eterna de Dios, hecha carne por nosotros; y su fervor les hizo dignos de hallar lo que buscaban, guiándoles el Ángel al lugar del pesebre, donde estaba. ¡Oh quién pudiese imitar la obediencia y diligencia fervorosa de estos santos pastores, para buscar y hallar al Salvador! Ó Pastor soberano, cuyas ovejas son los demás pastores, descúbreme con tu divina ilustracion el lugar donde estás recostado y te apacientas en tu santo nacimiento, para que te busque y halle, de modo que te conozca y ame por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Entraron los pastores en el portal de Belen, y hallaron al Infante con su Madre.* Aquí se ha de considerar lo que hicieron estos devotos pastores cuando hallaron lo que buscaban.—Lo primero, es de creer que en entrando saldria del rostro del Niño benditísimo una luz y resplandor que penetraria sus entendimientos, y les descubriria con viva fe como el que allí estaba era Dios y hombre, Salvador del mundo, y el Mesías prometido en la ley, y con esta luz, encendidos en amor suyo, con gran reverencia, postrándose en tierra, le adorarian y agradecerian su venida al mundo, suplicándole llevase adelante esta obra y se compadeciese de su pueblo de Israel, y tambien se ofrecerian á servirle con palabras muy llenas de devocion.

2. Tambien es de creer, que le ofrecerian algo de lo que tuviesen, conforme á su pobreza; porque nuestro Señor les traeria á la memoria aquello del Deuteronomio que dice (*Deut.* XVI, 16): No aparecerás vacío delante del Señor. ¡Oh con qué aficion se lo ofrecerian, y con qué amor lo aceptaria el Niño, y les volveria en retorno copiosos dones de su gracia, de modo que no saliesen vacíos de su presencia!

3. Tambien es de creer, que la Vírgen se lo agradeceria con hu-

mildad, y ellos la hablarian con gran respeto admirados de la santidad que en ella resplandecia, y la contarian todo lo que les habia pasado con los Ángeles, de lo cual recibió grandísima alegría por la gloria de su Hijo. Ó dulce Jesús, yo te adoro con estos santos pastores, y deseo adorarte con la devocion que ellos te adoraron; y por no venir á tu presencia vacío, te ofrezco mi corazon y libertad, y cuanto tengo. Suplícote, Dios mio, que no salga vacío de tú presencia, mas lléname de tu gracia para que con ella te sirva, y alcance la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Los pastores se volvieron alabando y glorificando á Dios por lo que habian visto, y publicábanlo á cuantos topaban, causando grande admiracion en todos; pero María conservaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazon.* Cerca de esta verdad, es bien ponderar cuatro suertes de personas que hubo en Belen y su comarca, y el modo como se hubieron cerca de este nacimiento del Hijo de Dios, aplicándolo á mí mismo para mi provecho. – Unos no asomaron al portal de Belen; y aunque oyeron lo que decian los pastores, y se admiraban de oirlo, con todo eso no leemos que se moviesen á ir á verlo, embebidos en sus ocupaciones y negocios, como muchos ahora no acuden á contemplar estos misterios, de pereza y por acudir á otras cosas de su gusto. – Otros acaso entraban en aquel portal como de paso; pero ni conocian al Niño, ni á la Madre, ni reparaban en mas de aquel exterior que veian, y pasaban adelante. Tales son los que asisten á estos misterios con fe muerta, sin reparar ni ahondar lo que hay en ellos, y así ningun provecho sacan.

2. Otros, como fueron los pastores, entraron movidos de Dios, y con viva fe adoraron al Niño y sacaron grandes provechos; pero no se quedaron allí, sino volviéronse á su oficio, alabando á Dios, y pregonando sus maravillas. Tales son los justos, que á tiempos se dan á la oracion y contemplacion de estos misterios, y de allí salen á cumplir sus obligaciones y predicar lo que han conocido de Dios, moviendo á otros para que le busquen y conozcan.

3. Otros finalmente, como san José y la Vírgen, siempre estuvieron en el portal, asistiendo al Niño y sirviéndole con amor, y conservando en la memoria todo lo que veian y oian, confiriéndolo en su corazon. ¡Oh qué conferencia tan divina haria la Vírgen de todo esto! Conferia lo que era Dios en el cielo, con lo que tenia aquel Niño en la tierra; lo que dijeron los Profetas, con lo que miraba con sus ojos; lo que el Ángel y pastores le habian dicho, con lo que tenia presente en aquel pesebre; y esta conferencia no era seca, sino

tierna, llena de grande admiracion y de afectos fervorosos de devocion, y en esto gastó los ocho dias hasta la circuncision. Á esta Señora imitan los que se dedican despacio algunos dias á la contemplacion de estos misterios, haciendo estas conferencias espirituales dentro de sus corazones. ¡Dichosos los que de esta manera pueden y saben asistir al Niño en el pesebre! Ó Vírgen soberana, enseñadme á conferir dentro de mí mismo lo que la fe me dice de vuestro Hijo, y lo que Vos conferiríais de él en vuestro corazon, para que imprimiéndolo en mi espíritu, nunca me aparte de su presencia, ocupándome en conocerle, amarle y servirle por todos los siglos. Amen.

—En la meditacion XXVI se pondrá otro modo de meditar este misterio.—

MEDITACION XX.

DE LA CIRCUNCISION DEL NIÑO AL OCTAVO DIA.

Punto primero. — 1. Lo primero (*D. Thom.* 3 *p.* *q.* 37, *art.* 1), se ha de considerar como al octavo dia del nacimiento la Vírgen y san José determinaron de circuncidar al Niño, en cumplimiento de la ley que ponia precepto de ello á los padres. (*Levit.* xii, 3). — En lo cual se ha de ponderar lo primero, la obediencia de la Vírgen y de san José, tan puntual y pronta á este precepto, con saber que la ejecucion de él habia de ser penosa y dolorosa al Niño que tanto amaban; pero la voluntad de Dios ha de ser sobre todo, la cual estimaba tanto la Vírgen, que si fuera menester, ella misma, como otra Séfora, tomara el cuchillo y circuncidará á su Hijo. (*Exod.* iv, 25). Algunos dicen que ella le circuncidó: otros, que san José; lo cierto es que estaban aparejados para hacer todo lo que juzgaran ser mas agradable á Dios.

2. Lo segundo, ponderaré la caridad y devocion de la Vírgen; la cual sin duda quiso hallarse presente á este espectáculo; lo uno, para acariciar á su Hijo y curarle la llaga, como quien tanto le amaba. Lo otro, para recoger la preciosísima sangre que allí se derramaba, y guardar el pedacico de carne que se cortaba, porque sabia que era sangre de Dios y de inmenso valor. ¡Oh con cuánta devocion la besaria con su boca y la guardaria en su pecho! oh qué requiebros de amor diria á esta sangre preciosísima, y cómo pediria al Padre eterno que por ella perdonase al mundo, suplicándole, si era posible, se contentase con esta sola, pues tanto valia. Tambien haria sus coloquios con el Espíritu Santo, cuya Esposa era, diciéndole

lo que dijo Séfora á Moisés, estando en un meson con su hijo. Ó Espíritu santísimo, como sois para mí Esposo de sangre (*Exod.* IV), queriendo que se derrame la sangre de mi Hijo, bañando con ella sus sagrados piés, mas no por eso os dejaré yo, como Séfora dejó á Moisés, porque estimo mas vuestra voluntad que la mia, aunque sea menester derramar mi propia sangre por cumplirla.

3. Por otra parte estaria la Vírgen atravesada de compasion y de dolor por lo que su Hijo padecia. Lloraria con él por verle llorar, y por la causa que lloraba, diciendo: Ó pecado original, ¡cuán caro cuestas á mi Hijo! Ó culpa de Adan terreno, ¡cuán amarga eres á este Adan celestial! ¡Oh Vírgen benditísima, si pudiese yo acompañaros en este lloro, llorando mis culpas para alcanzar remedio de ellas, por virtud de la sangre de vuestro Hijo!

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, consideraré los heróicos actos de virtud que Cristo nuestro Señor ejercitó en su circuncision, la cual en él no fue ejercicio solo de padecer como en los demás niños, que carecen de uso de razon, sino obra de virtud excelentísima. – La primera fue obediencia á la ley; porque dado caso que, como Dios y supremo Legislador, pudiera dispensar consigo en ella, y habia causa bastante para ello, ó de rigor no le obligaba, por no haber sido concebido por obra de varon, ni con deuda de contraer pecado original; con todo eso quiso de su voluntad obedecer á este precepto áspero y penoso, y juntamente protestar que guardaria toda la ley vieja; pues, como dice san Pablo (*Galat.* V, 3), quien se circuncidaba era deudor, obligado á cumplir toda la ley por mas cargosa que fuese; y así este benditísimo Niño se ofreció entonces á llevar esta carga, poniendo toda esta ley en medio de su corazon, como él mismo lo dice por David (*Psalm.* XXXIX, 9), á fin de darnos un perfecto dechado de obediencia. Ó alma mia, ¡cómo no te ofreces á llevar la carga y el yugo suave de la ley nueva, pues tu Salvador se ofrece á llevar por tí la carga pesadísima y el yugo incomportable de la ley antigua! Si él obedece por tu ejemplo en las cosas duras á que no estaba obligado, ¿por qué huyes de obedecerle en las cosas fáciles que te ha mandado? Perdonad, Señor, mi desobediencia, y ayudadme á seguir el ejemplo que me dísteis, guardando vuestra ley, al modo que Vos siempre la guardásteis.

2. La segunda virtud fue humildad, porque ya que este Señor no podia tenerse por pecador, pues ni lo era, ni lo podia ser, quiso ser tenido por tal, sujetándose á la circuncision que era señal de niños pecadores; y quien le viera circuncidar dijera de él que tenia

pecado; lo cual ordenó para confusion de los que siendo pecadores no queremos parecerlo, sino tomar disfraz de justos. Por tanto, alma mia, pues te humilla la verdad (*D. Bern.* Serm. 24 in Cant.), humíllete tambien la caridad, y pues conoces ser digna de la humillacion por tus pecados, desea como tu Señor ser humillada, aunque carecieras de ellos.—La tercera virtud fue paciencia, porque los demás niños, por carecer del uso de razon, no temen la circuncision, ni el cuchillo, ni la herida; y hasta que descarga el golpe no le sienten; pero este Niño benditísimo, como varon perfecto; sabia lo que se trataba, y naturalmente temia el golpe y la herida; pero con todo eso se estuvo tan quedo, y tan sin menearse, como si no lo supiera; y cuando sintió la herida, aunque lloró como niño y le dolió grandemente, por la delicadeza de su complexion; pero en su corazon se alegró por derramar su sangre con tanto dolor, gustando de este trabajo por cumplir la voluntad de su Padre para bien nuestro.

3. La cuarta virtud fue una caridad ardentísima, derramando aquella poca sangre con tanto amor, que si fuera menester derramarla toda luego, así lo hiciera; y si conviniera recibir luego otras muchas mas y mayores heridas, á todo se ofreciera por el amor de su Padre y por el bien nuestro. ¡Oh caridad inmensa! oh paciencia invencible! oh humildad profunda y obediencia perfecta de mi Redentor! oh virtudes soberanas, de las cuales se teje la vestidura sacerdotal de nuestro sumo sacerdote Jesús, mucho mas preciosa que de grana y púrpura, de hiacinto y holanda retorcida! (*Exod.* XXXIX, 2). Ó sumo Sacerdote que os vestísteis hoy esta vestidura para ofrecer el sacrificio de la mañana, y os la vestiréis despues en la cruz para ofrecer el sacrificio de la tarde; vestidme con otra tal, para que ofrezca mi cuerpo y alma en hostia viva (*Rom.* XII, 1), santa y agradable á vuestra soberana Majestad. Avergonzado estoy, Señor, viéndome tan desnudo de estas cuatro virtudes; ayúdeme vuestra gracia, para que cubra mi desnudez (*Apoc.* III, 18), y me vista de ellas. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la circuncision espiritual que me pide Cristo nuestro Señor con el ejemplo de esta circuncision corporal (*Rom.* II, 29), con el cual me mueve y enseña á que circuncide y corte de mí todas mis demasías en regalo, honra y comodidades de la carne, mortificando los vicios y aficiones desordenadas, en razon de cumplir la ley de Dios, aunque sea menester para esto derramar sangre, porque de esta manera se alcanza el verdadero espíritu, y en este sentido decia un Santo, que refiere san Doroteo (Serm. 10): *Da sanguinem, et accipe spiritum.* Da san-

gre, y recibirás espíritu; porque la perfeccion del espíritu no se alcanza si no es á costa de sangre, mortificando y circuncidando todas las aficiones de carne y sangre.

2. Demás de esto, he de llevar de buena gana que otros me circunciden y ayuden á quitar estas demasías, ora lo hagan con buena intencion, ora con mala y por injuriarme, llevando con paciencia cuando me circuncidaren y quitaren algo de mi regalo, de mi honra ó comodidad, aunque sea con derramamiento de sangre; pues como dijo san Pablo (*Hebr.* XII, 4), no hace mucho quien pelea contra el pecado, cuando no llega á resistir derramando su propia sangre, como Cristo derramó la suya, á quien he de decir (*Exod.* IV, 25): *Sponsus sanguinis tu mihi es:* Amado mio, tú eres para mí Esposo de sangre, porque por tu causa quiero sufrir de buena gana cualquier circuncision y mortificacion que me viniere, aunque sea derramando por tí mi sangre.

3. Para esto me ayudará considerar, que Cristo nuestro Señor derramó su sangre preciosa en tres lugares, y á manos de tres suertes de personas. Lo primero, en la circuncision por el ministro de Dios, que la obraba con santo fin. Lo segundo, en el huerto por sí mismo, con la consideracion de los trabajos de su pasion, la cual le hizo sudar sangre. Lo tercero, en casa de Pilato y en el monte Calvario por mano de los verdugos y ministros de Satanás; para que yo me persuada que tengo tambien de estar aparejado á dar mi sangre y padecer de estas tres maneras.—Lo primero, sujetándome á lo que los ministros de Dios ordenaren, aunque sea cortando y circuncidando lo que mucho amo.—Lo segundo, siendo yo el verdugo de mí mismo, moviéndome con la consideracion á obras de penitencia y mortificacion, castigando mi carne, y quitándome lo que me estorba servir á Dios, aunque duela.—Lo tercero, sufriendo los dolores y daños que me vinieren por manos de mis enemigos con dañado ánimo. Ó buen Jesús, por la sangre que derramaste en estas tres ocasiones, te suplico alientes mi corazon, para que se ofrezca, si fuere menester, á derramarla en las mismas; y pues tiene tanto que circuncidar, y el amor propio le detiene para no hacerlo, tú, Señor, por tu mano le circuncida, y da traza como otros le circunciden, para que no haya en él cosa demasiada que desagrade á tu divina Majestad.

—De este derramamiento de sangre, que sucedió en la circuncision, se puede hacer otra meditacion muy devota, al modo que se hará en la parte IV, en la meditacion XXIII, cerca de la sangre que Cristo nuestro Señor derramó en su pasion.—

MEDITACION XXI.

DE LA IMPOSICION DEL NOMBRE DE JESÚS.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar (*Luc.* I, 31) quién pone este nombre al Niño, y por qué causa, y cómo le acepta. Ponderando, como el que principalmente puso este nombre ni fue la Vírgen, ni san José, ni el Ángel, sino el Padre eterno (*D. Thom.* 3 *p. q.* 37, *art.* 2); porque es tan grande la excelencia de este Niño, que ninguna criatura de la tierra ni del cielo podia por sí misma ponerle nombre que le cuadrase, sino solo su eterno Padre, que conocia y sabia el fin para que encarnaba, y el oficio que le habia de hacer en cuanto hombre. Y á esta causa entre muchos nombres que podia ponerle, quiso que se llamase Jesús, que quiere decir Salvador; porque su venida al mundo fue principalmente para salvarnos, y este fue su oficio. Y aunque otros tuvieron este nombre, pero no fue mas que por figura y sombra de este soberano Niño; el cual á boca llena y por excelencia merece ser llamado Jesús, Salvador y Libertador, no solamente de los cuerpos, sino tambien de las almas, lo cual hace con tres excelencias admirables.

2. La primera, que nos libra de toda suerte de males de ignorancias y errores, de culpas y de penas, así temporales como eternas. De suerte, que ningun mal hay tan grave, del cual no pueda librarnos este Salvador. — La segunda, que no solamente nos libra de males, sino tambien nos concede excelentísimos bienes, para que nuestra salud y salvacion sea copiosa y muy perfecta; y así nos comunica la gracia y sabiduría celestial, las virtudes y dones del Espíritu Santo, con abundancia de merecimientos para ganar la corona de la gloria, hasta entrarnos en la tierra de promision (*Deut.* XXXI, 20), no como Jesús Navé en la tierra que mana leche y miel de regalos temporales que recrean el cuerpo, sino en la tierra que mana leche y miel de regalos eternos que recrean y hartan sin fin el alma.

3. La tercera excelencia es, en el modo de salvarnos, por razon del cual este nombre de Jesús ni puede convenir al que fuere solo Dios, ni á puro hombre, ó Ángel de cuantos hay criados, sino solamente á Cristo, cuyo es propio, por razon de ser Dios y hombre verdadero; porque solo hombre no puede salvarnos, solo Dios puede

salvarnos con sola misericordia, pero Dios y hombre nos salva tambien con rigor de justicia, ganando por punta de lanza y por sus merecimientos la salvacion que su nombre significa. Y así preguntándole á este Señor quién era, respondió (*Isai.* LXIII, 1): *Ego qui loquor iustitiam, et qui propugnator sum ad salvandum.* Yo, que hago justicia, y soy fuerte guerrero para salvar. Ó dulcísimo Jesús, sea para bien el nombre tan glorioso que hoy os ponen. Gózome que no sea nombre vacío ni de sombra, como otros le han tenido, sino lleno de verdad y de toda perfeccion. Alégrate, ó alma mia, con las excelencias de este Salvador tan soberano, y dí con el Profeta (*Habac.* III, 18): Yo me gozaré en el Señor, y me alegraré en Dios, mi Jesús y mi Salvador, porque él es mi fortaleza, y me dará piés como de ciervo para huir de los pecados, y como vencedor me llevará con sus Santos sobre los cielos, donde le alabe con cánticos y salmos por todos los siglos. Amen.

4. Tambien se ha de ponderar, como la Vírgen nuestra Señora declaró en la circuncision el nombre que su Hijo habia de tener, cuyas excelencias conoció perfectísimamente despues que el Ángel se le reveló, y en su corazon las rumiaba y conferia; y así en este dia con suma reverencia y devocion le tomó en su boca, y dijo: Jesús será tu nombre. ¡Oh qué alegría tan grande sintió la Vírgen sacratísima cuando esta primera vez pronunció este dulcísimo nombre de Jesús, y no solo ella, sino el glorioso san José y los demás que estaban presentes y oyeron este nombre, sintieron una suavidad y fragancia celestial, porque entonces comenzó á cumplirse lo que está escrito en los Cantares (*Cant.* I, 2): Su nombre es como oloroso ungüento derramado, y por esto las doncellas le amarán. Hasta esta hora este suavísimo nombre no echaba olor de sí, por haber estado encerrado y encubierto; ahora que se manifestó, derramó suavísima fragancia, alegrando, confortando y aficionando las almas puras y castas que le pronunciaron ó le oyeron, las cuales se encendieron en amor de este Señor, por la dulzura de su santo nombre; pero mas que todas la Vírgen sacratísima nuestra Señora, por ser mas pura y limpia, y conocer mejor los misterios soberanos de este nombre. ¡Oh con qué gusto repetiria esta Señora aquellas palabras de su cántico: Engrandece mi ánima al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi Jesús, y mi Salvador, porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y su santo nombre! Ó Vírgen soberana, suplicad á vuestro Hijo imprima en mi corazon la estima y amor de este santo nombre que imprimió en el vuestro. Ó nombre dulcísimo, derrama

sobre mí tu fragancia celestial, para que mi alma flaca, enferma y miserable, se conforte y sane con ella, y sea libre de las miserias en que está, gozando el fruto de su copiosa salvacion.

5. Lo último, se ha de ponderar, como este Niño benditísimo aceptó el nombre y oficio de Salvador, y se gozó con él, ofreciendo con sumo gusto á su eterno Padre de volver por la honra de este dulcísimo nombre, y de cumplir enteramente todo lo que significaba para bien de los hombres. Gracias te doy, ó buen Jesús, por esta voluntad que tuvísteis de salvarnos, aceptando el oficio con el nombre de Salvador; cúmplela, Señor, en mí con eficacia; y pués eres Jesús, *Esto mihi Iesus*, sé para mí Jesús, sé mi Salvador.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré las causas porque le pusieron este nombre al octavo dia en la circuncision (*Luc.* II, 21), porque aunque el Ángel le declaró antes de la encarnacion á la Vírgen, y despues á san José; pero en la circuncision se manifestó por dos causas principales. – La primera, para honra del Niño; porque viéndole su Padre tan humillado, y que tenia imágen de pecador, quiere que entonces sea ensalzado, dándole un nombre sobre todo nombre, que es el nombre de Jesús: para que se entienda que no solo no tiene pecado (*Matth.* I, 21), sino que es Salvador de pecadores, y perdonador de pecados. Esto me ha de mover á dar muchas gracias al Padre eterno, porque así honra á su Hijo cuando por él se humilla; con lo cual me da prendas ciertas, que si yo me humillare, él me ensalzará (*Apoc.* II, 17), y me dará un nombre nuevo, tan glorioso, que ninguno le sepa estimar como conviene hasta que le reciba, y Dios comunique sus grandezas en la gloria.

2. La segunda es, para que se vea que el nombre y oficio de Salvador le habia de costar derramamiento de sangre; porque sin derramamiento de sangre, dice el Apóstol (*Hebr.* IX, 22), no hay remision de pecados. Y así nuestro dulce Jesús, en tomando el oficio de Redentor, da por señal del precio que ha de pagar en el rescate, una poca de sangre que derrama en su circuncision, con determinacion de pagar todo el precio enteramente en la pasion, derramando toda su sangre por nosotros. Verdad es que esta poquita era bastante precio por todos los pecados del mundo, y de otros mil mundos que hubiera, por ser sangre de Dios; pero su caridad y liberalidad quiso que el precio fuese toda ella. Para esto dió licencia á todos los instrumentos que hay en la tierra para derramar sangre que sacasen la suya con gravísimo dolor y desprecio; es á saber, el cuchillo, los azotes, espinas, clavos y lanza. El cuchillo abrió hoy la

primera fuente de sangre, pero luego se cerró. Los demás instrumentos abrieron despues otras, las cuales no se cerraron hasta que salió toda. Ó Salvador dulcísimo, cuyas fuentes, aunque son de sangre derramada con grande dolor (*Isai.* xii, 3), son tambien fuentes de agua viva de inmensas gracias, que han de ser cogidas con grande gozo y amor; alábete mi ánima por esta infinita caridad con que abres estas fuentes, y me mandas que acuda con alegría á gozar del precio que derramas con tanta pena. Ó alma mia, ¿qué será razon hagas tú por tu propia salvacion, si tanto hace tu Salvador por ella? Si á él le cuesta su sangre, ¿qué mucho que te cueste á tí la tuya? Véisme aquí, Señor, aparejado para derramar mi sangre por vuestro amor, con tal que me hagais participante de la vuestra. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, consideraré las grandezas de este dulce nombre, los provechos que por él nos vienen, y el modo como hemos de aprovecharnos de él; pero antes de entrar en esta consideracion he de suplicar al Padre eterno que por la gloria de este santísimo nombre me dé luz para conocer sus grandezas; porque si, como dice san Pablo (I *Cor.* xii, 3), ninguno puede decir debidamente Jesús, si no es en virtud del Espíritu Santo; tampoco podrá dignamente ponderar y sentir lo que está dentro del nombre de Jesús, si no fuere prevenido y ayudado del mismo Espíritu Santo. — Presupuesto esto, consideraré como el nombre de Jesús es una suma y memorial de todas las grandezas que hay en Cristo nuestro Señor, reduciéndolas á tres cabezas, porque es suma de todas las perfecciones que le convienen en cuanto Dios, y de todas las gracias y virtudes que tiene en cuanto hombre, y de todos los oficios que en cuanto Dios y hombre hace con los hombres. De suerte que puedo bien inferir, si es Jesús, luego es infinitamente bueno, santo, sábio, todopoderoso y misericordioso, y la misma bondad, santidad y sabiduría de Dios, porque todo esto es menester para cumplir con el nombre de Jesús; el cual, como dice san Pablo (I *Cor.* i, 30), para nosotros es sabiduría, justicia, santificacion y redencion. Tambien si es Jesús, luego es sumamente humilde, manso, paciente, fuerte, modesto, obediente y caritativo, porque de todas estas virtudes ha de ser dechado, y de su plenitud han de recibir todos (*Ioan.* i, 16) las gracias y virtudes con que se han de salvar. Á mas, si es Jesús, luego es maestro, médico, padre, juez, pastor, protector y abogado nuestro. De modo, que en solo Jesús tenemos todas las cosas (*D. Ambros.* Lib. de Virg. *ad fin.*); y así le puedo decir: *Iesus meus et omnia:* ¡Oh mi Jesús y todas mis cosas! Si estoy enfermo, tú eres mi

salud; si hambriento, tú eres mi hartura; si estoy pobre, tú eres mis riquezas; si flaco, tú eres mi fortaleza; si soy ignorante, tú eres mi sabiduría; si soy pecador, tú eres mi justicia, mi santificacion y redencion. Ó Jesús y todas mis cosas, concédeme que te ame sobre todas las cosas, y que en tí solo busque mi descanso y hartura perfecta, pues en tí solo está por junto todo lo que me puede hartar; porque tú solo eres mi único, sumo y todo bien, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

2. De aquí puedo tambien discurrir, como en este nombre dulcísimo están encerrados todos los nombres gloriosos que los Profetas ponen al Mesías, cuales son aquellos que refiere Isaías (*c.* IX, 6), diciendo, que será llamado Dios, Fuerte, Admirable, Consejero, Padre del siglo futuro y Príncipe de la paz, ponderando como á Jesús conviene el nombre de Dios; porque si no fuera Dios, no pudiera remediarnos; y el nombre de Fuerte, porque ha de pelear y vencer á los demonios; el nombre de Admirable, porque todo lo que hay en él, su encarnacion, vida y muerte, fue nuevo y maravilloso. Tambien Jesús es Consejero y Ángel del gran consejo, porque su doctrina está llena de admirables consejos. Jesús es Padre del siglo futuro, engendrándonos en el ser de gracia, y dándonos la herencia de la gloria. Es Príncipe de la paz, pacificándonos con Dios y con los hombres, con abundancia de toda paz. Ó gran Jesús, ¡cuán bien os cuadra la grandeza de estos nombres! y pues no son nombres vacíos, sino llenos, obrad en mí lo que todos significan, para que yo os glorifique por la gloria que os viene de ellos. Amen.

3. De aquí tengo de subir á ponderar los bienes que tengo en el dulcísimo nombre de Jesús, el cual es único medio para alcanzar perdon de todos mis pecados; es título para ser oido en mis oraciones; es medicina de todas mis enfermedades espirituales; es arma ofensiva y defensiva contra los demonios en todas las tentaciones; es amparo en todos mis peligros; es luz y guia en todas mis ignorancias; es para mí dechado y ejemplo de todas las virtudes; y finalmente es fuego y estímulo que me enciende y guia á procurarlas. De estas consideraciones he de sacar un gran deseo de que este nombre santísimo esté fijo siempre en mi memoria, para acordarme de él; en mi entendimiento, para pensar en él; en mi voluntad, para amarle y gozarme con él. Tengo de imprimirle en mi corazon, para que esté siempre unido conmigo, y tenerle en mi lengua, para alabarle y bendecirle, gustando de publicar sus grandezas, tomándole por principio y fin de mis pláticas, y nombrándole con su-

ma reverencia interior y exterior; pues, como dice el Apóstol (*Philip.* II, 10), al nombre de Jesús hinean la rodilla todos los moradores del cielo y de la tierra y del purgatorio; y aun los del infierno, mal de su grado, le han de respetar. Ó dulce Jesús, sed Jesús para mí en todas mis potencias, ejercitando en ellas el oficio de Jesús, para que ellas tambien se ejerciten en todo lo que es honra vuestra por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXII.

DE LA SALIDA DE LOS REYES DE ORIENTE PARA ADORAR AL NIÑO, Y DE SU ENTRADA EN JERUSALEN.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar la aparicion de la estrella en Oriente, ponderando cuándo apareció, por qué fin, y qué efectos obró en los tres Reyes magos. – Primeramente ponderaré, como deseando el Padre eterno (*D. Thom.* 3 *p. q.* 36, *art.* 5 *et* 6) que su Hijo recien nacido en Belen fuese conocido y adorado, no solamente de algunos judíos, sino tambien de algunos gentiles; habiendo enviado un Ángel que diese nueva de este nacimiento á los pastores, el mismo dia crió en el Oriente una estrella hermosísima y muy resplandeciente que fuese señal de haber nacido el Mesías y Rey de Israel, que Balaan habia profetizado (*Num.* XIV, 17), con deseo de que acudiesen á reconocerle y adorarle, pues para bien de todos habia nacido. Gracias te doy, Padre soberano, por el cuidado que tienes de que tu Hijo sea conocido y adorado de las gentes, así por su gloria y honra, como tambien por el provecho de los mismos que le han de conocer y venerar. ¡Oh si todos le conociesen y adorasen, para que todos participasen el fruto de su venida!

2. *Pereza en buscar á Cristo, y su castigo.* —Lo segundo, ponderaré como muchos del Oriente vieron aquella estrella, y se admiraron de su hermosura, y entendieron lo que significaba; pero solos tres reyes se movieron y determinaron de salir en busca de este Rey, cuya estrella habian visto. Los demás no quisieron, porque se les hizo de mal dejar sus casas, haciendas, mujeres y amigos, y salir de su tierra por camino tan largo y trabajoso, y á tierra de extranjeros, y á lugar incierto, aumentando la carne y el demonio todas estas dificultades para no comenzar esta jornada, cumpliéndose en ellos lo que está escrito (*Prov.* XXII, 13; XXVI, 13): Dijo el perezoso: Un leon y una leona están en los caminos, en medio de las pla-

zas tengo de ser muerto: no quiero salir de casa por huir este peligro. Pero los miserables, huyendo del leon encontraron con el oso (*Amos*, v, 19); y huyendo de la muerte temporal cayeron en la eterna; porque es de creer, que de aquí resultó su eterna condenacion, permaneciendo en las tinieblas de su infidelidad. Esto tengo de aplicar á mí mismo, ponderando cuántas veces la estrella de la divina inspiracion aparece dentro de mi alma, solicitándome á que busque á Cristo, y abrace su pobreza, humildad y sus virtudes; y aunque entiendo lo que dice esta estrella, no quiero menearme ni dar un paso en su busca, por no perder mis comodidades, ni dejar las cosas que mucho amo, y por no padecer un pequeño trabajo, fingiendo dificultades donde no las hay; y así como se dice en el libro de Job (*c.* VI, 16), huyendo del hielo, que es el trabajo de la tierra, caerá sobre mí la nieve, que es el castigo del cielo, dejándome Dios helado y desamparado: y la estrella que salió para mi salvacion será testigo contra mí para mi condenacion.

3. Lo tercero, ponderaré la gran merced que hizo Dios á estos tres Reyes en inspirarles con tanta eficacia y con tanta luz interior la resolucion que tomaron en dejar sus tierras y casas, y salir á buscar á Cristo, dejando á los otros en su ceguedad y miseria; y por aquí conoceré la eficacia de la divina inspiracion, y suplicaré á Nuestro Señor me prevenga con ella, y me diga (*Genes.* XII, 1) como dijo á Abrahan: Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y vé á la tierra que yo te mostraré; pero si Dios ya me ha hecho tal merced, que con luz de otra estrella eficazmente me haya sacado del mundo, para que le busque en la Religion, dejando á otros en medio de aquellos tráfagos, tengo de darle muchas gracias, y suplicarle que á menudo envie dentro de mi alma semejantes estrellas é ilustraciones que me muevan á dejar todo lo que me estorba el amarle y seguirle con perfeccion.–Últimamente ponderaré, como se cumplió aquí la verdad de aquella temerosa sentencia (*Matth.* XX, 16): Muchos son los llamados, y pocos los escogidos, pues entre tantos varones del Oriente, solos tres fueron escogidos para esta empresa, tomándolos la santísima Trinidad por primicias de los escogidos de la gentilidad. Ó Trinidad beatísima, hazme del número de estos tres, para que siguiendo tu divino llamamiento, te confiese, adore y glorifique por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la salida de los Reyes de Oriente, y su jornada hasta llegar á Jerusalen. Ponderando lo primero, como los Reyes, con la fe viva que tenian, ar-

rejándose en las manos de Dios, comenzaron á caminar llevando consigo dones que ofrecer al Niño; y en entrando en el camino vieron á deshora moverse la estrella como quien queria serles guia en aquella jornada; con lo cual se alegraron grandemente, alabando y glorificando á Dios por la providencia y cuidado que tenia de ellos. De donde sacaré, que si fiado de Dios y estribando en la fe comienzo á buscarle, su providencia acudirá á proveerme de guia y ayuda para proseguir mi jornada; y el Espíritu divino y la gracia de mi vocacion irá siempre delante como estrella, guiándome y enderezando mis pasos, al modo que guió á los israelitas por el desierto, yendo delante de ellos, mostrándoles el camino de dia en una columna de nube que les defendia del sol, y de noche en una columna de fuego que les alumbraba, para ser su guia en ambos tiempos. Así tambien Nuestro Señor me guiará amparándome en el dia de la prosperidad y en la noche de la adversidad, defendiéndome de los ardores de las tentaciones sensuales y mundanas, y tambien de las frialdades, tibiezas y pusilanimidades.

2. Lo segundo, ponderaré como visto esto los Reyes iban caminando, siguiendo siempre la estrella, sin apartarse á un lado ni á otro, parando donde ella paraba, y andando cuando ella se movia, procurando no hacer cosa indigna del Señor que en la estrella reconocian; y á esta imitacion he yo de tomar por estrella y guia de mi vida la lumbre de la razon y la lumbre de la fe, la inspiracion ó ilustracion del divino Espíritu, y la direccion de mis prelados ó confesores. Estas cuatro estrellas se reducen á una, que es Dios (*Apoc.* XXII, 16), el cual nos guia por ellas; y á mi cuenta está seguirla derechamente, sin torcer á un lado ni á otro de lo que esta estrella me dice, procurando no hacer cosa que ofenda sus ojos.

3. Lo tercero, ponderaré como prosiguiendo su camino los Reyes, y llegando cerca de Jerusalen, de repente, por ordenacion de Dios, se les encubrió la estrella, quedando tristes y afligidos por esto; lo cual ordenó así la divina Providencia para probar su fe y lealtad, y para darles ocasion de ejercitar grandes virtudes en la entrada de Jerusalen; y para que faltando la guia del cielo, buscasen la que Dios ha dejado en la tierra, que es la de los sábios y doctores de la ley, y de los prelados y superiores en su Iglesia. Y así los Magos no desmayaron ni se dieron por engañados, ni dejaron su empresa volviéndose á su tierra, sino determinaron de entrar en Jerusalen á buscar lo que deseaban, enseñándome con este ejemplo lo que yo debo hacer cuando se me esconde Dios, y cuando me falta la devocion

sensible y me hallo en tinieblas y tentaciones. Porque en tales casos no tengo de desconfiar ni volver atrás de lo comenzado, sino poner los medios que pudiere para buscar y hallar á Dios; acudiendo á sus ministros, al modo que se dice en el libro de los (*Cant.* III, 1) Cantares; que la Esposa, esto es, el ánima justa, cuando por la ausencia de su Esposo está en tinieblas y oscuridad de noche, se levanta á buscarle por las calles y plazas de la ciudad, ejercitándose en santas obras, y mirando los ejemplos que de ellas le dan los otros justos; y luego pregunta á los que velan guardando la ciudad, que son los prelados: si han visto al que su ánima desea, para que la informen y enseñen á dónde y cómo le ha de hallar; y por este camino le halló, como tambien le hallaron los Magos. Ó Dios eterno, dame la fe y constancia de estos varones, para que te busque con la lealtad y perseverancia que ellos te buscaron, acudiendo con humildad á tomar los medios humanos cuando se me escondieren los divinos.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la entrada de los Reyes en Jerusalen, y la pregunta que hicieron diciendo: *¿Dónde está el que es nacido rey de los judíos?* En la cual resplandecen grandes virtudes de estos varones. - Porque lo primero, mostraron grande fe, creyendo lo que no habian visto, confesando que habia nacido un Niño, que era Rey y Mesías prometido á los judíos, y no dudaron de esto, sino solamente del lugar dónde habia de nacer; porque quien les reveló lo primero no les reveló lo segundo. - Tambien mostraron grande magnanimidad y fortaleza, porque con adivinar el peligro á que se ponian de ser muertos por Herodes, preguntando en su tierra y corte por otro rey; con todo eso no entraron á escondidas, y preguntando por los rincones con secreto, sino públicamente y en su mismo palacio. ¡Oh heróica confianza y animosa fortaleza, inspirada por este mismo Rey recien nacido! el cual, aunque escondió á los Magos la luz de la estrella visible, no les escondió la luz invisible de la fe (*Hebr.* XI, 33), con cuya virtud los santos vencen los reinos, obran justicia, y alcanzan cumplimiento de todas sus promesas. Ó alma mia, ten fe viva en tu Dios, y en su virtud romperás los muros (*Psalm.* XVII, 30); anímate á romper dificultades, no temas acometer peligros, que él te amparará y te sacará libre de ellos.

2. De esta fe y fortaleza de los Magos procedió que, aunque se turbó Herodes oyendo esta pregunta, y con él toda Jerusalen, no se turbaron ellos. En lo cual ponderaré como se turbó Herodes,

porque era tirano y ambicioso, y así temia no hubiese nacido quien le quitase el reino. Pero lo que mas admira es, que tambien se turben los judíos por lo que debian holgarse, atendiendo mas á lisonjear y dar contento al rey tirano, que al Rey celestial que les estaba prometido. Por donde echaré de ver cuán peligrosa cosa es tener estrecha amistad con personas poderosas y viciosas, que se turban fácilmente con pasiones de odio, ira, venganza y ambicion, porque en turbándose me turbaré yo con ellas; pero si confio en Dios, como los Magos, no me turbaré aunque se turben todos, antes diré con David (*Psalm.* xxvi, 1): El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es guarda de mi vida, ¿quién me hará temblar? Si estuvieren contra mí huestes de enemigos, no temerá mi corazon; y si se levantare contra mí grande guerra, en él esperaré.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar *como Herodes, oida esta pregunta, consultó sobre ella á los sábios; y respondiéndole que este Rey habia de nacer en Belen de Judá, porque así lo habia dicho el profeta Micheas* (*Mich.* v, 2), *dijo á los Magos que buscasen al Niño, y en hallándole se lo avisasen.* En lo cual resplandece la providencia de Dios por muchos caminos. –Lo primero, en que se sirve de los malos para favorecer los intentos de los buenos, como se sirvió de Herodes para descubrir á los Magos el lugar del nacimiento del Salvador, cumpliéndose lo que está escrito (*Prov.* xi, 29), que el necio servirá al sábio, y á los que aman á Dios todas las cosas ayudan para su bien. (*Rom.* viii, 28). –Lo segundo, resplandece en que por medio de sus ministros, aunque sean malos, descubre la verdad de la divina Escritura á los que desean saberla para su provecho, como en este caso no consintió que los sacerdotes y doctores de la ley encubriesen esta verdad á los Magos; y si yo con buen celo deseo saber la divina voluntad, Dios me la descubrirá por medio de sus ministros. De los cuales dice por un profeta, que sus labios guardan la ciencia (*Malach.* ii, 7), y la tienen como en arca de depósito, para enseñar las cosas dudosas de la ley á los que las preguntan, porque son ángeles y mensajeros del Señor, manifestadores de su voluntad.

2. Tambien resplandece la providencia de Dios en haberno[illegible] do la Escritura divina, en la cual hay bastantísima luz para co[illegible] cer á Cristo, buscarle y hallarle, de suerte que no es menester [illegible] trella milagrosa, ni revelacion nueva, sino oracion fervorosa y meditacion profunda, conforme á lo que Cristo nuestro Señor dijo á los judíos (*Ioan.* v, 39): Escudriñad las Escrituras, en las cuales creeis

que está la vida eterna, porque ellas os darán testimonio de quién yo soy. Ó dulce Jesús, que dijiste (*Luc.* XI, 9): Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis; dame luz para que te busque en tus sagradas Escrituras de modo que te halle; y para que escudriñe la vida eterna que está en ellas, de modo que la alcance.

3. Finalmente, me han de atemorizar y poner grima los secretos juicios de Dios que en este caso resplandecen; porque viniendo los gentiles de tierras tan distantes, y con tanto trabajo á buscar á Cristo, los judíos que tantos años le habian esperado, con estar tan cerca no se movieron á buscarle. Y aunque dieron aviso á los Magos dónde le hallarian, no le tomaron para sí, para que se vea la verdad de lo que despues dijo este Señor (*Ioan.* VI, 44): Ninguno puede venir á mí, si mi Padre no le trajere. Pero estos miserables no fueron traidos del Padre, porque gustaron mas de aplacer al tirano; y dilatando esta ida para cuando los Magos volviesen, nunca la hicieron. Por lo cual, escarmentando en cabeza ajena, quitaré los estorbos que pongo al Padre eterno para que con sus inspiraciones no me llame y junte con Cristo, no dilatando el obedecer á las que me diere para otro tiempo, porque quizá la dilacion será causa de mi perdicion. Ó Padre eterno (*Psalm.* LXV, 5), cuyos juicios sobre los hijos de los hombres son terribles pero justos; por el amor que tienes á tu Hijo, te suplico que, pues tienes tanto deseo de que sea conocido y adorado de todos, no me desampares por mis culpas y tibiezas, dejándome sumido en ellas, sino que con eficacia me arranques y traigas, para que te busque y halle, conozca y adore para gloria tuya. Amen.

MEDITACION XXIII.

DE LA SALIDA DE LOS MAGOS DE JERUSALEN, Y ENTRADA EN EL PORTAL DE BELEN, Y LO QUE ALLÍ LES SUCEDIÓ.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Oida por los Magos la respuesta de Herodes, salieron de Jerusalen camino de Belen en busca del Rey nacido; y al mismo punto se les tornó á descubrir la estrella, con cuya vista se alegraron con gozo muy grande: Gavisi sunt gaudio magno valde.* (*Matth.* II, 10).-Aquí tengo de ponderar lo primero, el cuidado de estos Reyes en proseguir su empresa, porque al mismo punto que supieron lo que deseaban, se salieron de Jerusalen y de la corte del rey Herodes, huyendo del bullicio que allí habia, con lo cual nos enseñan la puntualidad con que debemos acudir al negocio de nues-

tra salvacion, saliendo de los bullicios del mundo, y huyendo al lugar donde hemos de hallar á Dios, diciendo con David: ¡Oh quién me diese alas de paloma para volar y descansar! y en habiéndoselas dado, dice: Mirad que luego huí y me alejé, y moré en la soledad y en el lugar de la quietud y paz, donde suele Dios morar. Y si el rey David deseaba huir el tráfago de su propia corte, y los reyes Magos el de la corte de Herodes, ¿cuánta más razon será que yo, si soy religioso ó si deseo ser varon espiritual, huya de las cortes de los reyes y príncipes, si no es cuando la precisa necesidad y voluntad de Dios me obligan á estar en ellas?

2. Lo segundo, ponderaré la providencia amorosa de nuestro Dios, y su fidelidad en premiar el trabajo de los que le buscan; porque dado caso que pudieran estos Reyes, pues ya sabian el lugar donde nació el Niño, ir á Belen sin la estrella; pero quiso Nuestro Señor que se les apareciese segunda vez y les causase gozo, no cualquiera, sino grandísimo, para premiarles con esto los trabajos que pasaron en Jerusalen, los peligros á que se pusieron, las diligencias que hicieron para saber dónde hallarian al Rey que buscaban, y para convertir la tristeza pasada en grande gozo, cumpliéndose lo que David habia dicho (*Psalm.* XCIII, 19), que segun la muchedumbre de los dolores, fue la grandeza de los consuelos que alegraron su alma. Ó gran Dios y amoroso Padre, ¡quién no te buscará con cuidado! quién no sufrirá tus ausencias con paciencia! quién no hará diligencias para hallarte, pues así tratas con tanto amor á los que te buscan con perseverancia!

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Llegando los Magos á Belen, paró la estrella sobre el lugar donde habia nacido el Rey que buscaban; y entrando, hallaron al Niño con su Madre.*—En este suceso consideraré lo primero, la novedad y admiracion grande que causó en los Magos ver parar la estrella sobre un lugar tan pobre y vil como aquel establo, porque como hombres y tan principales, pensarian que aquel Rey habia nacido en algun palacio ó en la mejor casa de la ciudad, donde suelen aposentarse los demás reyes; pero ilustrados con la luz interior, reconocieron que la grandeza de aquel Rey no se mostraba en las cosas pomposas de este mundo, sino en el verdadero desprecio de ellas, y así rindieron su juicio al testimonio de la estrella exterior. Ó Rey benditísimo, pues ya comenzais á triunfar del mundo, cautivando los entendimientos de los sábios en servicio de vuestra fe, cautivad el mio con gran fuerza, para que yo triunfe del mundo, despreciando cuanto hay en él por vuestro amor.

2. Lo segundo, ponderaré el misterio de aquellas palabras: *Hallaron al Niño con su Madre;* lo cual se dijo tambien de los pastores, para significar que regularmente no se halla Jesús sin su Madre, ni su Madre sin Jesús, porque quien es amigo de Jesús, luego es devoto de su Madre, y quien es devoto de su Madre, alcanza la amistad con Jesús; y pues los dos andan tan unidos, tengo de señalarme en el amor y servicio de ambos, para que el amor del uno me confirme y perfeccione en el amor del otro.

3. Lo tercero, tengo de ponderar como en el mismo punto que los Magos vieron al Niño, salió de su divino rostro un rayo de luz celestial que penetró sus corazones y les descubrió como era Dios y hombre, Rey y Mesías prometido á los judíos, y Salvador del mundo, y les causó un gozo interior excesivo que les llenó toda el alma; porque si la vista de la estrella material tan gran gozo les causó, ¿qué gozo causaria la vista de Jesús (*Apoc.* XXII, 16), Estrella de la mañana y Señor de las estrellas? ¡Oh qué contentos y hartos quedarian con la vista de esta divina Estrella, cumpliéndose en ellos, en su tantò, lo que dijo David (*Psalm.* XVI, 15): Quedaré harto cuando apareciere tu gloria. Ó Gloria del Padre, Estrella resplandeciente de la mañana, ilústrame con tu luz, hártame con tu vista, alégrame con tu resplandor, y lléname de bienes con tu celestial influencia. Dichosos los que te hallan, aunque sea en el pesebre, porque la bajeza del lugar no oscurece la grandeza de tu gloria, antes templa la inmensidad de tu resplandor para que te contemplen con mas gusto.

PUNTO TERCERO. — 1. *Postráronse los Magos en tierra, adoraron al Niño, y abriendo sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra.* — Tres cosas señaladas hicieron aquí los Magos en servicio del Niño, las cuales estaban profetizadas por David. La primera, fue (*Psalm.* LXXI, 9) postrarse en tierra, en señal de la suma reverencia exterior é interior que le tenian; porque como el cuerpo se humilló lo mas que pudò, hasta postrarse y coserse con la tierra, así el ánima se humilló delante de este Rey, reconociéndose en su presencia como polvo y nada. Comenzándose á cumplir aquí la profecía de David, que dice (*Ib. v.* 11): Delante de él se postrarán los de Etiopia; y los que antes eran sus enemigos besarán la tierra en señal de sujecion.

2. La segunda, fue adorarle no solo como se adoran los reyes de la tierra, sino con la suprema adoracion que se da á solo Dios, y se llama latría, reconociendo con viva fe que aquel Niño era su

verdadero Dios y Criador, que habia nacido para remedio de todo el mundo; y con esta fe hablarian con él y le darian gracias por la merced que les había hecho en haber venido á remediarlos, y en especial en haberles traido con su estrella para que le conociesen, y allí se ofrecieron por sus vasallos perpétuos, con determinacion de servirle para siempre, cumpliéndose lo de David: Le adorarán todos los reyes de la tierra, y le servirán todas las gentes. Ó Rey de reyes y Señor de señores, gózome de veros tan reverenciado y adorado de estos reyes y sábios de la tierra. ¡Oh si todos los demás os reverenciasen y adorasen como ellos! Haced, Señor, que se cumpla luego lo que dijísteis por los Profetas, que todos hincarian las rodillas delante de Vos (*Isai.* XLV, 24): Vengan, vengan todas las gentes que hicísteis, y postradas os adoren, y glorifiquen vuestro santo nombre. Amen.

3. La tercera cosa que hicieron los Magos fue abrir los cofres de sus tesoros, que habian traido cerrados por todo el camino, y ofrecer dones al Niño en señal de su vasallaje, y en protestacion de que le servirian con sus personas y con todas sus cosas; y con los mismos dones protestaron la fe que tenian, porque le ofrecieron oro como á rey, incienso como á Dios y sumo sacerdote, y mirra como á hombre mortal. Pero mucho mayores fueron los dones interiores con que acompañaron los exteriores, ofreciéndoselos con oro de amor, y con incienso de devocion, y con mirra de mortificacion de sí mismos, por servir á su Señor, cumpliéndose lo que habian dicho los Profetas (*Psalm.* LXXI, 10), que los reyes de Arabia y de Sabá le ofrecerian dones y presentes de incienso, mirra y oro, con (*Isai.* LX, 6) alabanzas del Señor.

4. Luego puedo ponderar, cuán agradable fue al niño Jesús la ofrenda de estos varones, viendo la fe, devocion y amor con que se la daban; porque si tanto le agradó la viuda (*Luc.* XXI, 2) que ofreció dos moneditas, por la voluntad con que las ofrecia, ¿cuánto mas le agradarian estos Reyes que con tanta voluntad le ofrecieron, como Abel, de lo mas precioso que (*Genes.* IV, 4) tenian? ¡Oh qué agradecido se les mostraria, no con palabras exteriores, porque no hablaba, sino con palabras interiores de inspiraciones, comunicándoles grandes dones celestiales! Piamente puedo considerar, que en retorno de estos tres dones les dió otros tres, aumentándoles grandemente el oro de la sabiduría y caridad, y el incienso de la oracion y devocion, y concediéndoles la mirra de la incorrupcion, preservándoles de caer en culpas graves, con perseverancia en su amor.

5. Á imitacion de estos santos Reyes tengo de postrarme delante del niño Jesús con la humildad posible, y adorarle como él quiere ser adorado, en espíritu y en verdad (*Ioan.* IV, 25), y abrir los tesoros de mi corazon, no en presencia de los hombres por agradarles, sino en la presencia de Dios, por solo darle contento y ofrecerle oro encendido y acendrado de caridad y amor para con Dios y para con mis prójimos; incienso muy oloroso de oracion, con afectos muy levantados de devocion; y mirra muy escogida de perfecta mortificacion de mí mismo, ejercitando obras virtuosas, sin abrir los tesoros de modo que me los roben los ladrones de la soberbia y vanagloria; y en particular cada obra exterior que hiciere ha de llevar estos tres dones por compañeros, haciéndolo por amor, con oracion y devocion, y con la mortificacion necesaria, para que vaya bien hecha, confiando en la liberalidad de este Señor, que tambien premiará esta mi ofrenda, volviéndome en retorno grande aumento de estos dones; pues por esto dice el Espíritu Santo (*Eccli.* XXXI, 27), que quien es veloz y diligente en sus obras, no tendrá enfermedad, y alcanzará privanza con los reyes. (*Prov.* XXII, 29).

6. Además de esto, si soy religioso tengo de ofrecerle de nuevo los tres votos, el de la castidad con la mirra de las mortificaciones de la carne; y el de la pobreza con el oro de todàs las cosas temporales que hay en el mundo, deseando dárselas todas si fueran mias; y el voto de obediencia, negándome á mí mismo, y deshaciéndome como incienso en el fuego del divino amor, para darme todo á Dios. Ea, alma mia, ofrece tus votos y presentes al Señor, mirándole, no como David (*Psalm.* LXXV, 12), en cuanto es terrible y espantoso, que quita el espíritu y vida á los príncipes y reyes de la tierra, sino en cuanto es Niño amable, que da á los mismos reyes el espíritu divino, quitando de ellos el mundano. Ó Rey del cielo, aceptad los votos y dones que os he ofrecido, quitando de mí el espíritu propio que me engaña, y dándome vuestro espíritu que me aviva.

PUNTO CUARTO. — 1. Luego tengo de considerar el coloquio tan dulce que tuvieron los Reyes con la Vírgen, dándola cuenta de la estrella que habian visto en Oriente y de lo que les habia pasado en Jerusalen, ponderando como se ofrecerian á su servicio, cuán admirados estarian de ver la santidad que en aquella Señora resplandecia, y de ver la pobreza del lugar en que estaba. Y aunque san José no estuvo presente á la primera entrada, para que entendiesen los Magos que el Niño no tenia padre en la tierra; pero poco des-

pues vendria y tratarian con él de las mismas cosas. ¡Oh qué contenta estaria la Vírgen oyéndolas! ¡Y cómo las conservaria en su memoria para conferirlas á sus solas! cómo agradeceria á los Magos el trabajo que habian tomado en venir á adorar á su Hijo, y qué cosas tan divinas les diria para confirmarlos en la fe! Ó Reina de Sabá (III *Reg.* x, 4-8), que en persona de estos Reyes, hijos tuyos, vienes de nuevo con dones á ver al verdadero Salomon, ¡cuán admirada quedaste contemplando la infinita sabiduría que resplandecia en su pobre casa y en su pobre compañía! oh con qué afecto dirias, mirando á la Vírgen y á José: Bienaventurados son, Señor, estos siervos tuyos que asisten siempre delante de tí, aprendiendo de tu infinita sabiduría! Ó Vírgen soberana, mas sábia que la reina de Sabá, que como maestra enseñábais hoy á los sábios la sabiduría del cielo que no alcanza el mundo; enseñádmela para que acierte á servir á vuestro Hijo, como estos nuevos discípulos suyos y vuestros le sirvieron.

2. Finalmente, consideraré como estando los Magos dudosos si volverian á Herodes, por la palabra que le habian dado de ello, y deseando saber la divina voluntad, se echaron á dormir con este cuidado: *Y en sueños tuvieron respuesta de Nuestro Señor, que no volviesen á Herodes, y así se volvieron á su tierra por otro camino.* En lo cual resplandece la providencia y cuidado que tiene Dios de los que le sirven, avisando á estos Magos de lo que les convenia, no solo por librar al Niño de la persecucion de Herodes, sino por librarles á ellos de las vejaciones que aquel tirano cruel les hiciera si volvieran á él. Por donde puedo ver, cuán dichoso seré si me fio de Dios, pues no me faltará su providencia en los trabajos, atajando los peligros antes de caer en ellos.

3. Oido este mandato, luego le cumplieron los Reyes, queriendo mas obedecer á Dios que á los hombres, estimando en mas oir la palabra que les decia Dios, que guardar la que ellos habian dado al hombre, porque no hay mayor cordura ni acierto que oir la voz de Dios y estar por su gobierno, pues como el mismo Señor dijo por Isaías (*Isai.* XLVIII, 18), todo va ordenado para nuestra justicia y abundante paz. ¡Oh cuán contentos volverian los Reyes por su camino, y por cuán bien empleados darian los trabajos que habian padecido! porque las cosas de Dios, aunque son trabajosas en los principios, tienen buenos dejos; y así es gran prudencia comenzar por el trabajo, cuyo fin será descanso temporal y eterno, gozando de Dios por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LA PURIFICACION DE LA VÍRGEN, Y PRESENTACION DEL NIÑO EN EL TEMPLO.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Mandaba la ley antigua que la mujer que hubiese concebido por obra de varon, si paria niño, estuviese cuarenta dias recogida en su casa como inmunda, y al fin de ellos fuese al templo á purificarse, ofreciendo por su pecado un cordero y una tórtola, y si era pobre, un par de tórtolas ó palominos, pidiendo al sacerdote que rogase á Dios por ella.* (*Levit.* XII, 2). Esta ley cumplió la Vírgen con ejercicio de admirables virtudes; especialmente ejercitó seis, como seis hojas de azucena blanquísima, por las cuales le cuadra muy bien lo que dijo el Esposo celestial (*Cant.* II, 2): Como el lirio y azucena entre las espinas, así es mi amiga entre las hijas.

1. *Virtudes heróicas de la Vírgen.*—La primera virtud fue, grande amor al recogimiento, con tanto gusto, que cuando la ley no lo mandara, gustara ella de estar aquellos cuarenta dias en su rincon, atendiendo solamente á contemplar las grandezas de su Hijo y á criarle, con el cual estaba tan harta y contenta, que no echaba menos la compañía de todo el mundo.–La segunda virtud fue, grande amor á la pureza y limpieza de corazon, dando de ello muestras en que con ser purísima gustó de purificarse mas, guardando la ley de la purificacion, para que pudiese decir de ella su Amado (*Cant.* IV, 7): Toda eres hermosa, amiga mia, y no hay en tí mancha alguna.

2. La tercera virtud fue heróica obediencia; porque con saber que no estaba obligada á guardar esta ley, pues no habia concebido por obra de varon, quiso con todo eso cumplirla enteramente, como cumplió su Hijo la ley de la circuncision, por conformarse con las demás mujeres y por guardar las leyes comunes de todas, sin querer exencion ni privilegio ni dispensacion, ni usar de epiqueyas ó interpretaciones, aun en lo que pudiera lícitamente usarlas. Y así cumplidos los cuarenta dias, con gran puntualidad y presteza se puso en camino para Jerusalen, con rara modestia y alegría, gozándose con el Hijo que llevaba en sus brazos, de cuyo ejemplo aprendia este modo de obediencia.–La cuarta virtud fue, rara humildad en querer ser tratada como inmunda y como quien tenia necesidad de purificarse, como si no fuera vírgen, mostrando en esto grande amor á la pureza y humillacion, con cuyo ejemplo me confundiré

de verme tan soberbio y deseoso de que me tengan por limpio y santo, siendo por otra parte pecador, y tan súcio y abominable, que mis justicias, como dijo el profeta Isaías (*Isai.* LXIV, 6), son como paño manchado con asquerosa sangre.–La quinta virtud fue, grande amor á la pobreza, hermana de la humildad; porque pudiendo quizá con el oro que le dieron los reyes Magos comprar un cordero y ofrecerle, como las mujeres ricas y nobles lo hacian, ella quiso tratarse como pobre, y ofrecer el sacrificio que estaba señalado para los pobres, que era dos tórtolas ó dos palominos.

3. La sexta fue gran devocion y reverencia con que dió esta ofrenda al sacerdote, pidiéndole con grande humildad rogase á Dios por ella, siendo ella tal, que podia rogar por todos; y como la azucena dentro de las seis hojas encierra otras seis varicas con sus pezones dorados, así la Vírgen con estas seis virtudes juntaba varios afectos de intencion pura y derecha de la gloria de Dios, encendidos con el fuego de la caridad y resplandecientes con el oro de la celestial sabiduría. Ó Vírgen sacratísima, gózome de veros tan rica de virtudes y tan diligente y cuidadosa en ejercitarlas; ahora veo con cuánta verdad sois azucena entre las espinas (*Cant.* II, 2), porque en vuestra comparacion nosotros estamos denegridos y afeados con las espinas de nuestros pecados; y Vos sois azucena blanquísima y purísima, con las seis hojas de estas soberanas virtudes. Bien se ve, ó Reina soberana, que siempre contemplábais al Rey recostado en su pesebre y en vuestro regazo, pues vuestro espíritu, como nardo (*Cant.* I, 11), dió su acostumbrado olor por imitarle, brotando olor suavísimo de pureza, humildad y obediencia, encendidas con fuego de caridad. Alcanzadme, Señora, que yo le mire y os mire con tal espíritu, que brote semejante olor. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Mandaba tambien la ley, que todos los primogénitos de los hebreos fuesen ofrecidos á Dios como santos, en reconocimiento de la merced que les hizo en sacarles de Egipto, matando en una noche todos los primogénitos de los egipcios. Y en cumplimiento de esta ley la Vírgen nuestra Señora llevó á su Hijo al templo para ofrecerle al eterno Padre.* (*Exod.* XIII, 2). Aquí he de considerar lo primero, el espíritu y devocion con que la Vírgen hizo esta ofrenda en su nombre y en nombre de todo el linaje humano, diciendo al eterno Padre: Veis aquí, ó Padre eterno, á vuestro Hijo unigénito en cuanto Dios y primogénito mio en cuanto hombre, el que era representado por todos los primogénitos que hasta aquí se os han ofrecido y cuya ofrenda habeis tanto deseado. Yo os le ofrezco con todo

mi corazon en hacimiento de gracias de habérmele dado, pues no tengo cosa mas copiosa que ofreceros; vuestro es, tomadle para Vos, en quien estará mas bien empleado que en mí. Tambien os le ofrezco por la salud y redencion de todo el mundo en olor de suavidad. Recibid, Dios mio, esta ofrenda mas copiosa que la de Abel, mas suave que la de Noé, mas santa que la de Abrahan, y mas excelente que todas las que ordenó Moisés, y por ella os suplico perdoneis á todos los mortales y los admitais en vuestra gracia y amistad. ¡Oh cuánto se agradaria el Padre eterno de esta oblacion, así por la devocion de la persona que la hacia, como por la santidad de la ofrenda que le daba.

2. Lo segundo, consideraré el espíritu con que este Niño benditísimo se ofreció á sí mismo en el templo á su eterno Padre. Veis aquí, diria, Padre eterno, á vuestro Hijo unigénito que se hizo hombre para obedeceros, y viene al templo por honraros; aquí me presento delante de vuestra Majestad, y me ofrezco á vuestro servicio y al cumplimiento de vuestra voluntad. Y porque ni la muerte de tantos primogénitos como perecieron en Egipto, ni la ofrenda de los primogénitos de Israel os ha sido acepta por la salud de los hombres, yo me ofrezco á morir por ellos, para que mi muerte y el sacrificio de mi sangre aplaque vuestra ira, y libreis á vuestro pueblo de la servidumbre del pecado. De este modo cumplió aquí lo que dice san Pablo (*Ephes.* v, 2): *Qui dilexit nos, et tradidit semetipsum hostiam et oblationem Deo in odorem suavitatis.* El que nos amó y se entregó á sí mismo en hostia y ofrenda á Dios en olor de suavidad. Y es de creer que esta ofrenda sucedió por la mañana, al tiempo que en el templo se ofrecia el sacrificio del Cordero (*Exod.* XXIX, 39; *Num.* XXVIII, 4), que llamaban matutino, para que tuviesen correspondencia la figura con lo figurado. ¡Oh cuán suave fue esta ofrenda al Padre eterno, y cuán contento quedó con ella, como quien la estaba deseando! porque las ofrendas de los otros primogénitos no eran de valor alguno, sino en cuanto representaban esta.

3. Lo tercero, he de imaginar que aunque Cristo nuestro Señor hizo esta ofrenda por todos los hombres; pero tambien la hizo particularmente por mí, teniéndome presente en su memoria y corazon. Y con esta consideracion dentro del templo de mi alma me presentaré en espíritu delante del Padre eterno, y en compañía de la Vírgen y del mismo Niño, se le ofreceré en hacimiento de gracias de habérmele dado por Redentor y maestro, suplicándole acepte esta ofrenda, y por ella me reconcilie consigo y me haga participante

de sus dones. Ó Padre soberano, con todo el afecto de mi corazon os ofrezco á vuestro Hijo unigénito; y aunque por ser yo el que le ofrezco merezco ser desechado, pero por ser tal la ofrenda espero ser admitido. Recibidla, Señor, en olor de suavidad, y por ella concededme perdon de mis pecados, para que con limpio corazon pueda parecer en vuestra presencia en el templo de vuestra gloria. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Mandaba tambien la misma ley que estos primogénitos se redimiesen por cinco siclos, y así redimió la Vírgen el suyo pagándolos al sacerdote, el cual los tomó, y la volvió á dar su Hijo.* (*Exod.* XIII, 13; *Levit.* XXVII). Sobre este paso se ha de considerar quién hace esta venta del Niño, quién le compra, con qué precio y para quién, y qué bienes resultan de ella. – Lo primero, consideraré como el Padre eterno, á quien se ofreció este Niño, no quiere quedarse con él, ni alzarse con lo que se le dió, sino de nuevo quiere darle al mundo y á los hombres, y vendérsele para su bien, mostrando en esto su infinita liberalidad y bondad; la cual está tan léjos de arrepentirse de habernos dado lo que nos dió, que ratifica la donacion, inventando nuevos títulos para darnos lo que nos ha dado. – Quien le compra y redime es la Vírgen, para criarle como á Hijo suyo; pero tampoco se quiere alzar con él, sino criarle para nosotros y comprarle para que se ocupe en nuestro bien.

2. El precio es no mas que cinco siclos. Ó Padre eterno, ¡qué barato vendeis cosa tan preciosa! ¿Por qué igualais este primogénito en el precio con los demás? Si los demás se redimen por cinco siclos, este se habia de redimir por muchos millares, pues vale infinitamente mas que todos. Pero ya veo, Señor, que esto es avisarme, que aunque el nombre de este rescate suena venta y precio, mas no se da sino de balde y por gracia sola, para que yo os dé gracias sin cesar por esta nueva gracia, por la cual seais glorificado y alabado de todas vuestras criaturas por todos los siglos. Amen. Tambien puedo ponderar el espíritu que está encerrado en el precio de estos cinco siclos, por los cuales se significa el precio (*Apoc.* I, 18) con que se compra el oro preciosísimo de la divina sabiduría que es Cristo, del modo que puede ser comprada. Este precio es la mortificacion de los cinco sentidos, y los actos de las cinco virtudes que nos disponen para alcanzar la gracia y la perfeccion de ella, es á saber, fe viva, temor de Dios, dolor de pecados, confianza en la divina misericordia, y propósito eficaz de obedecer á Dios y cumplir en todo su santa voluntad. Por tanto, alma mia, si deseas

tener por tuyo á Cristo, mira que no se compra con oro ni plata (*Isai.* LV, 1), sino con estos cinco siclos del espíritu; ofrécelos al Padre eterno, y él te le dará.

3. Lo cuarto, ponderaré el fin para qué se redime y compra, que es para ser esclavo y siervo de los hombres, y para que se entregue á la muerte por ellos. Ó dulce Jesús, ¡cuán de buena gana os dejais vender y redimir, por deshacer con vuestra venta la que yo pecando hice de mi alma, y por rescatarla con vuestro rescate, para que sea siempre vuestra! pero no parará en esto vuestro amor, porque aparejado estais á ser otra vez vendido de un falso discípulo y comprado de vuestros enemigos para quitaros la vida, dando fin á nuestra redencion con vuestra muerte. Bendita sea vuestra inmensa caridad, que nunca se harta ni cansa de hacernos bien. Ó alma mia, alégrate porque la Vírgen ha comprado á su Hijo para tí; gózate de que Jesús es ya tuyo, pues su Padre te le ha dado por cinco siclos. Ó buen Jesús, mio sois por esta nueva compra; pues yo me doy por vuestro, y con grande confianza quiero decir (*Cant.* II, 16): Mi amado para mí y yo para él. Sea, Señor, así, que ni Vos me dejeis á mí, ni yo jamás os deje á Vos. Amen.

MEDITACION XXV.

DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA PRESENTACION CON SIMEON Y ANA PROFETISA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *En aquellos dias habia en Jerusalen un hombre llamado Simeon, hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba la salud de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él, de quien habia recibido respuesta, que antes de su muerte veria al Cristo del Señor.* (*Luc.* II, 25). Sobre este punto consideraré lo primero, como queriendo el Espíritu Santo manifestar á Jesucristo recien nacido, levantó dos profetas que le conociesen y manifestasen, así como hizo profetas á Zacarías é Isabel para que le manifestasen antes de haber nacido. Para esto echó mano de Simeon, aparejándole para su oficio con admirables virtudes, que cuenta el Evangelista.-Diciéndole lo primero, que era justo y temeroso de Dios, puntual en la observancia de toda la ley, sin admitir quiebras contra ella, porque no se llama temeroso sino el que huye de las culpas muy pequeñas, conforme al dicho del Sábio (*Eccli.* VII, 19): Quien teme á Dios *nihil negligit,* ninguna cosa desprécia haciendo poco caso de ella. - Lo segundo, tenia grande esperanza, y con ella fervientes deseos de la ve-

nida de Cristo para la salud del pueblo.—Y lo tercero, juntaba con ellos oraciones fervientes y continuas, pidiendo esta venida, y que le hiciese digno de gozar de ella. En esto gastaba su vida, y con estas virtudes se hizo digno de que el Espíritu Santo morase en él. De donde sacaré como la grande pureza y santidad de vida dan al hombre grande confianza para desear y pedir á Dios grandes cosas, como Moisés que dijo á Dios (*Exod.* XXXIII, 13): Muéstrame tu gloria y descúbreme tu rostro. Y la Esposa que dijo (*Cant.* I, 6): Muéstrame, ó amado de mi alma, adónde apacientas tu ganado, y sesteas al mediodía. Y este santo viejo deseó ver al Mesías con sus ojos, y así lo alcanzó; porque, como dice san Bernardo (Serm. 32 in Cant.), la grande fe merece grandes cosas, y cuanto dilatares el pié de la confianza en los bienes del Señor, tanto los alcanzarás mayores de su liberal mano.

2. Lo segundo, ponderaré como el Espíritu Santo, que hace la voluntad de los que le temen, y oye los deseos de los pobres que le aman, quiso consolar y premiar á este santo viejo, respondiendo á sus peticiones con una regalada promesa de que veria á Cristo antes de su muerte; para que se vea cuán grande dicha es saber tratar con el Espíritu Santo, y tenerle dentro de sí con plenitud de gracia; porque él mismo, como dice san Pablo (*Rom.* VIII, 26), pide en nosotros y por nosotros, con gemidos inenarrables, dándonos prendas de que la oracion que de él procede será oida y despachada á su tiempo, aunque se dilate algo el cumplimiento de ella. Como sucedió al santo Simeon, porque quiere Dios que seamos longánimes en esperar, y de este modo nos dispongamos á recibir lo que esperamos.

3. Lo tercero, ponderaré como lo que se promete á todos los justos para despues de la muerte, se suele algunas veces conceder en parte á los muy fervorosos antes de la muerte; esto es, que vean en esta vida á Cristo con la vista de la contemplacion, cumpliéndoles aquí aquella promesa que dice: Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Ó Dios eterno, que dijiste (*Exod.* XXXIII, 20): No me verá hombre que vive: *Moriar ut te videam, videam ut hìc moriar* (*August.* in Soliloq. c. I): muera para verte, y véate para que muera. Véate en esta vida con la contemplacion, para que muera á mí mismo con la perfecta mortificacion; y muera con esta dichosa muerte, para que despues te vea en tu soberana gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *El mismo dia que la Vírgen llevó á su Hijo*

al templo, el santo Simeon, inspirado y movido por el Espíritu Santo, fué tambien allá, y viéndolos entrar, conoció con luz del cielo que aquel niño era Cristo, y tomándole en sus brazos, bendijo á Dios diciendo : Ahora, Señor, dejas á tu siervo en paz, segun tu palabra, porque han visto mis ojos á tu Salvador, etc. Aquí ponderaré lo primero, la fidelidad y liberalidad del Espíritu Santo en cumplir su palabra y consolar á este justo, dándole mas de lo que prometió. Prometióle que veria á Cristo, y dale licencia de tomarle en sus brazos, abrazarle y besarle, y tenerle consigo con grande amor ; porque como dijo el Apóstol (*Ephes.* III, 20) : Dios es poderoso para hacer todas las cosas mas abundantemente de lo que pedimos y entendemos ; con lo cual tengo de alentarme á servir muy de veras á este Señor, que es largo en prometer y muy liberal en cumplir mas de lo que promete, si hay fidelidad en el que recibe ; pero aplicando esto á lo que ahora pasa, ponderaré que así como al tiempo que la Vírgen entró en el templo, aunque estaban allí muchas personas de todos estados y condiciones, letrados, sacerdotes, nobles y plebeyos, á solo Simeon abrió Dios los ojos con su luz celestial para que le conociese, en premio de su buena vida y del espíritu con que fué al templo ; y los demás no hicieron diferencia de aquel niño á los otros, porque en lo exterior no se diferenciaba de ellos ; así tambien ahora entre muchos que vienen al templo, pocos conocen con luz celestial la presencia de Jesús en el Sacramento y le veneran con devocion, mereciendo recibirle en sus corazones y ser participantes con gozo de sus dones ; porque aunque Cristo nuestro Señor desea darse á conocer á todos, pocos se disponen, como Simeon, para que cumpla su deseo en ello. Ó alma mia, ven con espíritu al templo donde está Jesús, para que goces de su dichosa vista y le abraces con los brazos de su dulce amor.

2. Lo segundo, ponderaré la grande alegría de este santo varon, y las avenidas de gozo que recibió con la vista y tocamiento de aquel santo Niño, y la hartura grande que recibió su alma, dándose por bien pagado de todos los trabajos pasados en la vida larga que habia vivido ; y como le parecia que no tenia mas que desear ni mas que ver en esta vida, habiendo visto al Salvador, todo él se convirtió en glorificar á Dios y alabarle por esta merced, protestando que ya moriria en paz, cuando Dios quisiese. Ó alma mia, busca la eminente ciencia de Jesús, con la cual tendrás por estiércol todo lo criado, para ganar á Cristo (*Philip.* III, 8), en quien tendrás cuanto puedes desear. Si le miras con viva fe, ¿qué mas quieres

ver? Si le abrazas con estrecha caridad, ¿qué mas quieres poseer? Y si le tienes por tuyo, ¿qué te puede faltar? Concédeme, ó buen Jesús, por los méritos de este Santo, algun rayo de la luz que le diste en este dia, para que te conozca y ame como él te reconoció y amó por todos los siglos. Amen.

3. De este ejemplo del santo Simeon he de sacar dos cosas muy provechosas para tener buena muerte.–La primera, que los santos fervorosos experimentan en esta vida el cumplimiento de las divinas promesas, como es el ciento tanto de lo que dejaron por Cristo, el ser oidos en sus oraciones, el ser amparados de la divina Providencia en sus necesidades y peligros, y con esta experiencia cobran grande esperanza de que Dios les cumplirá las promesas de la otra vida; y alentados con esta esperanza, desean la muerte para gozar de ellas, diciendo con David (*Psalm.* IV, 9): En paz dormiré y descansaré, porque tú, Señor, singulármente me has confirmado en la esperanza.–La segunda es, que los Santos que han llegado por la contemplacion á ver á Cristo y sus grandezas, y han gustado la suavidad de las cosas eternas, luego se cansan de las temporales, como de cosas viles é indignas de su vista; y así tienen la vida en tormento y la muerte en deseo, diciendo con san Pablo (*Philip.* I, 23): Deseo ser desatado y estar con Cristo, para verle y gozarle para siempre. Por tanto, ó alma mia, si te agrada la paz y quietud con que los santos mueren, imita el fervor y espíritu con que viven, porque la fervorosa vida es causa de la sosegada muerte.–Finalmente, ponderaré el contento que tenia la Vírgen viendo á su Hijo conocido y reverenciado, oyendo las maravillas que de él se decian, pues, como dice el evangelista san Lucas, ella y san José se admiraron de oirlas, glorificando al eterno Padre por el conocimiento que de ellas daba á los hombres.

PUNTO TERCERO. — 1. *Estando la Vírgen en medio de este gozo, bendiciéndola Simeon, con espíritu profético la dijo: Mira que este Niño está puesto para caida y levantamiento de muchos en Israel, y por señal á quien se ha de contradecir, y tu misma alma será traspasada de un cuchillo, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.* Acerca de esta profecía consideraré lo primero, las trazas de Dios en aguar los contentos de la Vírgen; porque cuando estaba mas gozosa de la honra que se hacia á su Hijo, quiere descubrirla los trabajos que ha de padecer el Niño, y el cuchillo de dolor que por su causa ha de traspasar su alma, para que desde luego comenzase á traer atravesado aquel cuchillo, y gustase la amargura de la pa-

sion. Ó Dios sapientísimo y amorosísimo, ¡cuán amigo sois de dar á vuestros escogidos estas mezclas de consuelos y desconsuelos! Una vez los levantáis hasta el cielo, y luego los abatís hasta el abismo (*Psalm.* CVI, 26); ya llagais su corazon con heridas de amor, ya con cuchillo de dolor, mostrando en lo uno y en lo otro la profundidad de vuestra sabiduría y la dulzura de vuestra caridad; y pues así lo habeis trazado, véisme aquí aparejado para todo; atravesad el cuchillo como quisiéreis por mi alma, con tal que sea contado en el número de vuestros escogidos. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré las dos cosas memorables que Simeon profetizó del Niño.–La primera, que está puesto para resurreccion y caida de muchos, porque muchos por su causa se levantarian del pecado á grande alteza de santidad (*Isai.* VIII, 14); y otros, por no querer aprovecharse de su venida, vendrian á caer en el abismo de la maldad. De lo cual ellos tienen la culpa, porque Cristo nuestro Señor, cuanto es de su parte, para todos queria ser piedra de resurreccion y no piedra de tropiezo para alguno.–La segunda es, que seria señal nueva, prodigiosa y admirable; pero señal á quien contradirian sus enemigos, resistiendo á su doctrina, calumniando sus milagros, y persiguiendo su vida, hasta ponerle en una cruz (*Isai.* XI, 10), á donde seria señal de vida para los escogidos y de condenacion para los reprobados, en cuya virtud se descubriria la fidelidad y lealtad de los discípulos, que estaba encubierta en sus corazones.

3. Ponderando estas dos cosas que hasta hoy duran, tengo de espantarme de los juicios de Dios en este suceso, y compadecerme de la perdicion de tanta multitud de infieles y malos cristianos, procurando que el cuchillo de dolor traspase mi alma como traspasó la de la Vírgen; y juntamente suplicando á este Señor, que su venida no sea para mi caida sino para mi resurreccion; y que sea para mí señal de vida á quien crea, espere, ame, é imite en ser uno de los discípulos, que él llama por Isaías (*c.* VIII, 18) señal y prodigio, procurando que mis palabras y obras sean admirables como las suyas. Y si de aquí se siguiere que muchos me contradigan y persigan, tengo de gozarme de esto, tomándolo por prendas de ser muy favorecido de Dios, pues tan semejante me hace á su Hijo.

PUNTO CUARTO. — 1. En este mismo tiempo quiso tambien el Espíritu Santo manifestar el Niño á otra mujer santa, como le manifestó á un varon santo, escogiendo para esto á una viuda anciana por nombre Ana: *La cual gastaba la vida en ayunos y oraciones, sir-*

viendo á Dios en el templo de dia y de noche. Y por inspiracion del Espíritu Santo, fué al templo cuando el Niño entraba; y conociendo con luz del cielo que era el Mesías, prorumpió en alabanzas de Dios y en decir maravillas del Niño á todos los que esperaban la redencion de Israel. Aquí se ha de ponderar los varios modos que tiene Nuestro Señor de regalar y consolar á sus siervos; porque á Simeon, primero que viese al Salvador, le prometió que le veria, para atizar el deseo que tenia de verle y entretenerle con la promesa; pero á Ana no sabemos que la hiciese tal promesa, sino de repente le inspiró que fuese á ver á Cristo nuestro Señor, con cuya vista la consoló, y premió los buenos y largos servicios que le habia hecho en su larga edad, que era de ochenta y cuatro años.

2. Lo segundo, ponderaré seis virtudes de esta santa viuda, con las cuales se hizo digna de esta merced; es á saber, castidad, oracion continua, ayunos, observancia de la divina ley, devocion á las cosas del culto divino, con perseverancia en todo por largos años. En estas virtudes he de procurar imitar á esta Santa, si deseo alcanzar lo que por ellas alcanzó. Ó Rey de gloria, dame estas seis alas de los seis Serafines que te sirven en el templo de tu Iglesia, para que vuele con ellas en tu servicio, hasta que llegue á gozarte en el templo de tu gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVI.

EN QUE SE PONE UN MODO DE ORAR, APLICANDO LOS SENTIDOS INTERIORES DEL ALMA Á LA CONTEMPLACION DE LOS MISTERIOS QUE SE HAN MEDITADO.

—En el párrafo XI de la Introduccion de este libro hice mencion de un modo de orar, por aplicacion de los sentidos, sobre los misterios de nuestra fe, y es un modo mas de contemplacion que de meditacion; porque, como allí se dijo en el párrafo X, la meditacion discurre de una cosa en otra, buscando las verdades escondidas, como hasta aquí se ha hecho; pero la contemplacion es una vista sencilla de la verdad, sin variedad de discursos, con grandes afectos de admiracion y amor. Y como regularmente se alcanza despues de la meditacion, así despues de haber meditado estos misterios de Cristo nuestro Señor es bien dar otra vez vuelta sobre cada uno con este modo de contemplacion afectuosa, que llamamos aplicacion de sentidos; porque así como los sentidos exteriores brevísimamente, sin

rodeos de discursos, perciben sus objetos, y se deleitan y saborean en ellos, así en esta contemplacion los sentidos interiores del alma, que son sus mismas potencias interiores, con la variedad de sus actos, sin nuevos discursos, presuponiendo los que se han hecho en otros tiempos, perciben estas verdades, y sacan de ellas afectos maravillosos de devocion, previniéndolos Nuestro Señor con su especial gracia, sin la cual no acertarémos á entrar en tal modo de contemplacion, como se dijo en el lugar citado, aunque de nuestra parte podemos ayudarnos algo, en la forma que se sigue.—

Punto primero.—El primer punto será, ver con la vista interior del alma, ora sea la imaginativa, ora la intelectual, las personas que están en aquel portal de Belen, ó en el templo de Jerusalen, y lo que hacen, con las circunstancias que son objeto de la vista, sacando de ellas afectos de admiracion y amor, de gozo ó compasion é imitacion; y si de ellos procedieren algunas nuevas ponderaciones y meditaciones, como suele Nuestro Señor comunicar en estos casos, he de admitirlas, deteniéndome en ellas el tiempo que durare la luz que se me dió. La práctica es esta: Mirando á Dios hombre aposentado en un establo con las bestias, encogeré mis hombros con admiracion y pasmo de tan profunda humildad como resplandece en un Señor de tanta majestad. Mirándole hecho niño tierno para hacerse mas amable, porque los niños son amables, me desharé en amor de Niño tan precioso y hermoso, regalándome con él como con mi hermano mayor, mayorazgo de mi Padre, y tan mio, que nace para mí y para bien mio. Mirando el corazon del Niño ardiendo en amor y en deseo de mi salvacion, y brotando lágrimas de dolor por mis pecados, y ofreciéndose al Padre eterno por ellos, juntaré mi corazon con el suyo, para que le pegue aquel amor y aquel dolor, trabando coloquios con él, para que me junte consigo. Asimismo mirando sus virtudes, su pobreza, humildad, mansedumbre y paciencia, he de cogerlas para mí, como quien coge un ramillete de mirra para traerle delante de su pecho y entrañarle en su corazon, diciéndole con gran ternura (*Cant.* I, 12): Ramillete de mirra será mi amado para mí, delante de mis ojos le traeré para nunca perderle de vista, ni echarle en olvido.—Lo mismo se puede hacer mirando á Nuestra Señora vírgen y madre con afectos de admiracion; mirando la modestia, devocion y reverencia con que está delante del Niño, con deseos de imitarla; mirando la compasion que tiene de las lágrimas del Niño, con espíritu de acompañarla, compadeciéndome con ella; mirando tambien á san José ó al santo Simeon, y el fervor y espíritu

que en ellos resplandece, me admiraré de los dones que Dios les dió, con deseo de imitarlos en lo que puedo y debo, conforme á mi caudal. —

Punto segundo. —El segundo punto es, oir con los oidos del alma las palabras que allí se dirian, atendiendo á oir las palabras interiores é inspiraciones que Dios me hablare al corazon. En lo cual se ha de advertir no solo para este punto, sino para cualquier otro modo de oracion mental ó vocal, que, como se apuntó en el párrafo III de la Introduccion de este libro, puesto delante de Dios y mirando estos misterios, es bien un breve rato parar con reverencia, como quien espera oir lo que le dicen ó recibir la limosna que suelen darle, poniéndose, como decia la Cananea (*Matth.* xv, 27), al modo que está un cachorrillo junto á la mesa enclavados los ojos en los que comen en ella, esperando que le echen un pedacico de pan para comer. Ó como dice David (*Psalm.* cxxii, 2), al modo que el buen esclavo tiene puestos los ojos en las manos de su señor, esperando ver lo que le manda, como lo hacia el profeta Habacuc cuando dijo (*Habac.* ii, 1): Pondréme sobre mi atalaya con firmeza, y allí contemplaré para ver lo que se me dice y lo que responderé al que me arguyere; que es decir: Puesto en mi contemplacion, escucharé lo que Dios me inspira y me habla dentro de mi corazon, ó reprendiéndome y corrigiéndome de lo malo que tengo, ó consolándome y exhortándome al bien que debo hacer, ó dándome alguna respuesta interior á lo que deseo, al modo que el Espíritu Santo la dió en la oracion al santo Simeon; y habiendo estado un rato en este silencio, si no sintiere inspiracion del Señor, no tengo de estar ocioso, sino provocarle á que me hable, hablándole yo y diciéndole como Samuel (I *Reg.* iii, 10): Habla Señor, que tu siervo oye. Ó como él dijo á la Esposa (*Cant.* ii, 14): Suene tu voz en mis oidos, porque tu voz es muy dulce para mí. Ó Dios eterno, que dijiste por tu Profeta (*Osee,* ii, 14): Yo la llevaré á la soledad y la hablaré al corazon; causa en mi espíritu soledad interior de varios pensamientos, para que tú solo me hables con tus inspiraciones, y yo oiga y cumpla lo que por ellas me dijeres. —Puesto, pues, en la presencia del niño Jesús, con el oido del alma oiré las palabras que habla con su eterno Padre y los amorosos coloquios que tiene con él sobre el negocio de nuestra salvacion, alegrándome de oirlos y aprovechándome de ellos; oiré tambien los gemidos exteriores que da, y aprenderé á gemir mis pecados; oiré lo que este Niño me dijera, si quisiera hablarme allí donde estaba; como reprenderia amorosamente mi soberbia y vanidad y curiosidad en el

vestido; como me exhortara á que me hiciera niño y me presentara y ofreciera al servicio de su eterno Padre. Todas estas palabras tengo de recibir y oir, suplicándole me las inspire dentro de mi espíritu, con determinacion de cumplirlas. Asimismo procuraré oir lo que decia la Vírgen, y lo que el Espíritu Santo dijo á Simeon, y el mismo Simeon cuando vió su deseo cumplido, aprendiendo de aquellas palabras á hablar yo con Dios otras tales.

PUNTO TERCERO.—El tercer punto es, oler con el olfato interior el olor suavísimo y la fragancia celestial que sale del niño Jesús y de sus virtudes, mirando cuán bien huelen á Dios, á los Ángeles y á los justos, y de cuánta honra y gloria son para Dios nuestro Señor, y de cuánta edificacion para la Iglesia.–Y con este olor me tengo de conformar y alentar á imitarlas. Para sentir mas esto, ponderaré como el olor suavísimo que salia de las obras y virtudes de aquel Niño sumamente recreaba al Padre eterno; el cual diria lo que Isaac dijo de su hijo Jacob (*Genes.* XXVII, 27): El olor de mi hijo es como de un campo lleno de flores á quien bendijo el Señor.–Luego ponderaré cuánto recrea este olor á las almas justas que le huelen, como aquella que decia (*Cant.* I, 3): Correrémos en pos de tí al olor de tus ungüentos; porque la pobreza de Cristo, su humildad y mansedumbre echan de sí tanta fragancia que arrebatan el corazon, y le llevan tras sí para juntarle con él.–De aquí vendré á contemplar, cuán bien huele á Dios y á los hombres la obediencia y modestia, la humildad y paciencia, y la caridad en cualquiera persona que las tiene con excelencia, y cuánto edifica á la Iglesia y á los prójimos; por lo cual dice san Pablo de los justos, que son buen olor de Cristo (II *Cor.* II; 15): y al contrario, cuán mal huele á Dios y á los hombres la soberbia y desobediencia, la inmodestia y cualquier otro vicio; ponderando cuán lejos estaba este mal olor de aquel santo lugar donde estaba el Niño y su Madre, y cuán lejos ha de estar de mi alma, por no dar disgusto á quien tanto debo. Ó dulce Niño, cuyas vestiduras, que son tus obras, son como un campo de flores olorosas, vísteme con ellas, para que yo huela bien á tu eterno Padre, y por tí me dé la bendicion que por ellas mereciste. Sienta mi alma la fragancia de tus divinos olores, para que corra tras tí imitando tus virtudes, hasta que llegue á gozar el premio de ellas. Amen.

PUNTO CUARTO.—El cuarto punto es, con el gusto interior gustar la suavidad y dulzura de aquel Niño benditísimo y de sus virtudes, y cuán dulces eran para Dios y para él mismo, y cuánto lo son para

todos los que las ejercitan á su imitacion, aplicándome á probar lo que dice David (*Psalm.* XXXIII, 9): Gustad, y ved cuán suave es el Señor. ¡Oh qué gusto sentiria el Padre eterno en mirar las virtudes de su Hijo, y qué gusto tenia el Hijo en darle contento en todo! ¡oh qué dulzura sentia este Niño benditísimo en verse pobre, despreciado y echado en un pesebre de animales! ¡Cuán dulces y suaves le eran las lágrimas que derramaba; y cuán sabroso le era cumplir en todo la voluntad de su Padre, mucho mas sin comparacion que la leche que mamaba á los pechos de su Madre! Y á su imitacion procuraré sentir altamente de esta dulzura y de la suavidad que pone Dios en los desprecios y trabajos, en la pobreza y lágrimas endulzoradas con el ejemplo de este Niño benditísimo; y con este afecto despertaré en mi alma una grande hambre de gustar estas cosas y de percibir los gustos del espíritu, para que se me haga desabrida la dulzura de la carne. Con este afecto miraré la dulzura que sintió el santo Simeon con la presencia del Niño; la cual fue tan grande que le puso fastidio de ver y gustar cosa de esta vida, y le endulzuró la misma muerte. Ó Dios eterno (*Psalm.* XXX, 20), ¡cuán grande es la muchedumbre de dulzura que tienes escondida para los que te temen! Y ¡cuánto mayor será para los que te aman! Dame, Señor, á probar alguna parte de ella, para que renuncie de buena gana los gustos de la tierra, y solamente guste de buscar los del cielo. Amen. –Al contrario puedo ponderar cuánta amargura está escondida en el vicio y en el alma que sigue su propia voluntad y se rinde á sus pasiones; y haciendo reflexion sobre lo que pasa por mí mismo cuando peco, gustaré esta amargura que en mí siento, y luego la abominaré y escupiré, con deseo de nunca mas probarla, acordándome de lo que dice Jeremías (*Ierem.* II, 19): Tu malicia te argüirá, y tu culpa te reprenderá; por tanto, aprende y ve cuán malo y cuán amargo es haber dejado á tu Señor Dios.

PUNTO QUINTO.—El quinto punto es, con el tacto interior tocar espiritualmente las vestiduras de aquel Niño, el heno de aquel pesebre, la tierra de aquel portal, besándolo y abrazándolo con mi corazon, engendrando en mí una grande estima, aprecio y amor de todo ello, escogiéndolo para mí como cosa de grande precio; y como si me hallara presente á todo, tengo de llegarme al Niño y pedirle licencia para tocarle los piés, besárselos y abrazarme con ellos, llorando allí mis pecados, y pidiéndole, como la Magdalena, perdon de ellos. Luego con mas confianza le pediré licencia para tocarle las manos y besárselas, y regalarme con ellas, suplicándole me dé su

bendicion; ó como el santo viejo Simeon, le tomaré en mis brazos y le abrazaré con grande amor, pidiéndole que me abrace consigo, sin dejarme apartar de sí. Y si hubiere llegado á la perfeccion de la Esposa, que decia (*Cant.* I, 1): Béseme el beso de su boca, podré aspirar al deseo de tocar aquel divino rostro, y unirme con su divinidad con union de perfecto amor, hartándome con solo verle y amarle. ¡Oh qué dulzura y suavidad se siente con este tocamiento espiritual, con el cual, como dijo la misma Esposa, se conmueven y enternecen todas las entrañas (*Cant.* v, 6), deseando meter dentro de ellas á su amado!–Tambien he de tocar la dureza de la cama del Niño, el rigor del frio que padecia, la estrechura de aquellas mantillas en que estaba envuelto y fajado, y me aplicaré á desear que mi tacto toque siempre cosas duras y ásperas por este Señor, huyendo las blandas y regaladas que él tanto aborreció.–Esta meditacion se ha de concluir con un coloquio á Jesucristo nuestro Señor, suplicándole purifique y aclare los sentidos de mi alma, para que yo le sienta y ame como él quiere, deseando reformar y renovar mis sentidos, como dice san Pablo (*Rom.* XII, 2), para probar y aprobar con la obra la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta para gloria suya, por todos los siglos. Amen.

OTRO MODO DE APLICAR EN LA ORACION LOS SENTIDOS INTERIORES CON ACTOS DE VARIAS VIRTUDES.

—Entre las virtudes que perficionan nuestro entendimiento y voluntad, que son los sentidos espirituales del alma (*D. Bonav.* in Itinerario mentis ad Deum, *c.* 4), cinco son las mas excelentes que corresponden á los cinco sentidos del cuerpo, con cuyos actos se practica un modo de orar muy provechoso, ejercitándolos cerca de los misterios que se han puesto en esta forma.—

1. La vista es la lumbre de la fe, con la cual vemos, aunque por espejo y con oscuridad, lo que Dios ha revelado en cada misterio, actuándola en creerlo con admiracion y páusa (al modo que se dijo en la meditacion XXXIV de la parte I), diciendo al niño Jesús (*Luc.* XVII, 5): *Domine, adauge mihi fidem.* Señor, aumenta en mí la fe, y avívala, para que viva delante de tí, como si te viera delante de mí.

2. El oido es la virtud de la obediencia, con la cual tengo de oir todo lo que Dios manda ó aconseja en aquel misterio, por palabra ó por ejemplo, ofreciéndome á cumplirlo con gran presteza y

prontitud diciéndole (*Psalm.* LVI, 8): Aparejado está, Señor, mi corazon para obedecerte, manda lo que quisieres, y dame lo que me mandas para que pueda obedecerte como quisieres.

3. El olfato, que percibe por el olor las cosas ausentes y distantes, es la virtud de la esperanza que nos conforta con la seguridad de las divinas promesas antes que se vean y cumplan, esperando que oirá mis oraciones, que me ayudará con los socorros de su gracia, que tendrá cuidado de mis cosas, y que podré seguir sus ejemplos y alcanzar sus premios; y lo demás que en el misterio se representa que sea objeto de esta virtud, como se dijo en el lugar citado, diciendo á Nuestro Señor aquello del Apóstol (*Rom.* XV, 13): Dios de la esperanza, lléname de gozo y paz en el creer, para que crezca en la esperanza y en toda virtud, con plenitud de Espíritu Santo. Amen.

4. El gusto es la devocion con el amor, á quien toca hallar sabor en las cosas de Dios, gozándome de que Dios sea quien es, y de las grandezas y virtudes que en aquel misterio se representan, aplicándome á gustar de imitarle y servirle con toda la devocion que pudiere, diciendo con el Profeta (*Habac.* III, 18): *Ego autem in Domino gaudebo, et exultabo in Deo Iesu meo.* Yo me gozaré en el Señor, y me alegraré en Dios, mi Jesús y mi Salvador.

5. El tacto es la perfecta caridad que se junta con su amado, y le abraza con sus dos brazos, que son amor de Dios y del prójimo, y de todas las cosas que le dan gusto, poniendo el mio en que mi espíritu esté unido con el suyo (I *Cor.* VI, 17) y su corazon esté como sello impreso en el mio. Ó amado de mi alma, pues me mandas que te ponga como sello sobre mi corazon y brazo (*Cant.* VIII, 6), para que mis afectos y obras sean semejantes á las tuyas, júntate conmigo para que yo pueda estar unido contigo por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVII.

DE LA HUIDA Á EGIPTO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar la persecucion que se levantó contra Cristo nuestro Señor, recien nacido (*Matth.* II, 13), las causas de ella, y el medio que escogió para defenderse. – Ponderando lo primero, como Dios nuestro Señor permitió que el rey Herodes, instigado del demonio, y por su ocasion los judíos persiguiesen á Cristo, Rey recien nacido, con deseo de qui-

tarle la vida, aunque con diferentes fines. Herodes, como tirano, temiendo que le quitaria su reino temporal. Los judíos, como lisonjeros, por agradar á su rey terreno. El demonio, como príncipe de este mundo, temiendo que este Niño tan milagroso le habia de hacer grande daño. Mas el Padre eterno ordenaba esto á mas altos fines, queriendo que su Hijo caminàse desde su niñez por camino de persecuciones y trabajos, comenzándose á cumplir lo que Simeon habia profetizado, que seria señal á quien todos contradirian, para que se entendiese que su venida era contraria á los intentos del mundo, el cual no aborrece ni persigue á los que son de su bando, sino á los que son contrarios á él. Y para que en este ejemplo se viese estampado el estado de la primitiva Iglesia y de las almas justas; las cuales, en concibiendo dentro de sí á Cristo, queriendo manifestarle por las obras, han de ser perseguidas del dragon infernal. El cual, como dice san Juan en su Apocalipsis (*Apoc.* XII, 4), desea en ellas matar el espíritu de Cristo, para que no crezca en sus corazones con ejercicios de esclarecidas virtudes. Esto me ha de servir de aviso y consuelo, si me viere perseguido por razon de la virtud, acordándome de lo que dijo Cristo nuestro Señor á sus discípulos (*Ioan.* XV, 20): No ha de ser el siervo mayor que su señor; si á mí persiguieron, tambien perseguirán á vosotros. Ni es razon que yo quiera excepcion de aquella regla universal que dice el Apóstol (I *Tim.* III, 12): Todos los que quieren vivir santamente en Cristo Jesús, padecerán persecuciones, despertándolas el demonio por sí y por sus ministros los mundanos.

2. Lo segundo, ponderaré como pudiendo Cristo nuestro Señor librarse de esta persecucion por muchos medios muy fáciles, ó matando á Herodes ó haciéndose invisible, no quiso sino tomar el medio de huir; argumento de flaqueza y miseria, y esto hizo principalmente por dos causas.—La primera, porque como para nacer en el mundo dejó las comodidades que podia tener en la ciudad de Nazaret, así tambien quiso dejarlas por toda su niñez, alejándose de sus deudos y parientes. Y por esta misma causa, ya que queria huir, aunque pudiera ir á la tierra de los Magos, donde fuera conocido y venerado, no quiso sino ir á Egipto, entre extraños y enemigos, para tener ocasion de padecer mas, enseñándome con este ejemplo á huir de lo que es blando á la carne, y de ser conocido y venerado de los hombres, gustando de encubrirme y esconderme hasta que Dios quiera manifestarme.

3. La segunda causa de huir á Egipto fue, para de camino ha-

cer bien á aquella gente idólatra y desamparada de Dios, comenzando á cumplir lo que estaba profetizado (*Isai.* XIX, 1): Que el Señor subiria sobre una nube muy ligera y entraria en Egipto, con cuya presencia caerian en tierra sus ídolos; porque entrando Cristo nuestro Señor en Egipto, vestido de la nube ligera de su humanidad, en los brazos de la nube resplandeciente de su Madre, comenzó á hollar los ídolos que adora el mundo; es á saber, riquezas, honras y regalos, abrazando allí la pobreza, desprecio y trabajo. Y con este ejemplo echó los cimientos de la perfeccion, que despues resplandeció en Egipto, y la que plantó en todo el mundo, caminando por él en la nube ligera de su primitiva Iglesia, y de la congregacion de sus Apóstoles y discípulos; y hasta el dia de hoy no cesa de plantarla. Ó dulcísimo Jesús, que en la nube ligera del santo Sacramento del altar entras cada dia en tus fieles, entra en este Egipto tenebroso de mi corazon, y derriba los ídolos de las aficiones terrenas que adora, para que de hoy mas solamente ame lo que tú amas y aborrezca lo que tu aborreces. Amen.

4. Tambien en esta huida de Cristo nuestro Señor á Egipto, por la persecucion de Herodes, se representa como la primitiva Iglesia, huyendo la persecucion de los judíos (*Apoc.* XII, 6), iria á la gentilidad, llevando consigo la fe y ley de Cristo. Y generalmente, si un hombre le persigue con sus pecados, suele huir y buscar otro que le acoja; por lo cual si Cristo nuestro Señor ha nacido en mi alma, he de procurar no perseguirle con mis pasiones y tibiezas porque no me deje y se vaya á otro que reciba mi corona. (*Apoc.* III, 11).

PUNTO SEGUNDO. — 1. *El Angel del Señor apareció á José en sueños y le dijo: Toma al Niño y á su Madre y huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te diga otra cosa, porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle.* Sobre esta revelacion se ha de ponderar quién pone esta obediencia, quién la intima, á quién se pone, y con qué palabras. Quien principalmente pone este mandato es el Padre eterno, para manifestar la providencia que tiene de su Hijo unigénito; porque puesto caso que habia determinado que muriese por los hombres, pero no era llegada la hora de esto, tuvo cuidado de defenderle, en señal de que tambien le tenia de los demás hijos adoptivos, por el amor que tiene á este Hijo natural. — El que declaró esta ordenacion fue un Ángel en nombre del mismo Dios, porque quiere su Majestad nos acostumbremos á obedecerle en sus ministros, cuyo oficio es no solamente hacer la divina voluntad, sino declarar-

la á otros en su nombre. Y por esto dijo de ellos (*Luc.* x, 16): Quien á vosotros oye á mí oye; y por esta causa tambien dice por Malaquías (*c.* II, 7), que el sacerdote es el Ángel del Señor, de cuya boca se ha de oir lo que Dios manda.

2. De aquí es que esta obediencia se intimó á san José y no á la Vírgen, porque José era cabeza de aquella familia, y queria Dios que la Vírgen obedeciese al santo José en lo que él decia haber oido del Ángel, y se dejase gobernar por él. Y así lo hizo, porque, como era humilde y obediente, no reparó en que no se hubiese dado el aviso á ella sino á su Esposo, ni vanamente se preciaba de que la hablase Dios ó sus Ángeles, como la otra María que dijo (*Num.* XII, 2): ¿Por ventura habla Dios por Moisés solo y no tambien por nosotros? En lo cual he de aprender este modo de humildad y obediencia de Nuestra Señora, gustando de ser gobernado por otros, y que de otros se haga mas caso que de mí, teniendo por suma dicha saber la divina voluntad y cumplirla, ora la sepa por revelacion de Dios ó de sus Ángeles, ora por dicho y ordenacion de los hombres: porque lo primero parece mas glorioso, pero en lo segundo se ejercita mas la humildad, sujetando nuestro juicio y voluntad no solamente á Dios, sino al hombre por el mismo Dios. Y así no resplandeció menos la Vírgen en obedecer á san José, que san José en obedecer al Ángel, y que el Ángel en obedecer á Dios. Ó Dios eterno, concédeme que me sujete á toda humana criatura por tu amor (I *Petr.* II, 13), obedeciendo á lo que me mandares por los hombres como eres en el cielo obedecido de los Ángeles, cumpliendo tu voluntad en la tierra con el fervor que se cumple en el cielo. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Luego consideraré las palabras con que el Ángel declaró el mandato de Nuestro Señor, las cuales fueron graves, breves, imperiosas y con circunstancias muy convenientes para probar la obediencia del Santo á quien se decian, porque de esta manera suele mandar algo á los varones perfectos para ejercitarlos y para que dén muestras de su obediencia; así como otro Ángel usó de semejantes palabras en la obediencia que intimó á Abrahan (*Genes.* XII, 1), de salir de su tierra y de sacrificar á su hijo Isaac. Y á esta causa no entra usando de circunloquios ó preámbulos, de que comunmente usa el mundo, ni rogando sino mandando: *Levántate,* dice, *toma al Niño y á su Madre y huye á Egipto, y estáte allí hasta que otra cosa te diga,* etc. — En estas palabras se han de ponderar las circunstancias que hacian dificultosa esta ordenacion, y declaran el valor de la obediencia.

Modo de poner obediencias á los perfectos. — Lo primero, intimóse de noche, estando san José durmiendo y descansando, cuando los hombres suelen tener mas horror al trabajo, para significar que en medio de los descansos hemos de estar aparejados á los trabajos, y en todo tiempo hemos de estar á punto para dejar la cama y el reposo, cuando Dios mandare que le dejemos para obedecerle en otra cosa, como probó á Samuel (I *Reg.* III, 4), llamándole tres y cuatro veces de noche, y haciéndole levantar de la cama en que dormia, por ejercitarle en la obediencia y en la abnegacion de su propia voluntad.

2. Lo segundo, le mandó el Ángel tomar á solo el Niño benditísimo y á su Madre, dejando la compañía de otras personas, y las alhajas y cosas temporales que tenia en casa, para poder huir y escaparse mas libremente del riguroso intento del rey Herodes, y salir con menos ruido y sin que le sintiesen, en figura de lo que debo hacer cuando Dios me manda huir del mundo y del pecado, dejando todas las cosas temporales que me pueden trabar, contentándome con llevar conmigo á solo Dios. Pero si llevo al niño Jesús y á su Madre, ¿qué me faltará? Ó Jesús dulcísimo, huir contigo no es trabajo: dejarlo todo, quedándote tú conmigo, no es tormento; porque teniéndote á tí, donde quiera estaré contento, y en todo lugar estaré rico. Ó alma mia, toma al Hijo y á su Madre, poniéndote debajo de su proteccion, y sirviéndoles muy de veras; porque donde están los dos, no hay soledad; y cuando ellos acompañan, no hay peligro.

3. Lo tercero, le señaló la provincia donde habia de ir, que era Egipto, tierra de bárbaros, y enemigos de los hebreos, porque gusta Dios de que sus escogidos, especialmente religiosos, moren donde él quiere, y no donde ellos por su vano antojo desean, persuadiéndose que á donde Dios les pusiere estarán seguros, contentos y aprovechados, aunque parezca lugar trabajoso y peligroso. Y al contrario, quizá donde ellos desean, estarán con gran peligro, aunque les parezca lugar seguro; porque la verdadera seguridad del alma no la da el lugar ni el rincon, sino la proteccion de Dios, y con su proteccion estaré seguro en Egipto por su obediencia, y sin ella pereceré en Israel por mi propia voluntad. Y por esto dice David (*Psalm.* LXXXIII, 6): Que es bienaventurado el varon á quien Dios ayuda; el cual trazó sus crecimientos en virtud, en el lugar donde le puso en este valle de lágrimas; que es decir: Trazó de crecer, no en el lugar donde él se puso por su antojo, sino donde se puso por traza de Dios, que le ayudó á ello.

4. Lo cuarto, dejóle suspenso, cuanto al tiempo que habia de estar en Egipto, diciéndole: Estáte allí hasta que te diga otra cosa; porque no gusta Dios, como dijo la santa Judit (*Judith*, VIII, 11), que nosotros señalemos el tiempo que han de durar las cosas que él dispone, especialmente en materia de trabajos y desconsuelos, y en las ocupaciones y oficios que nos encarga, sino quiere que le dejemos el cargo de esto, resignándonos á estar donde él quiere, todo el tiempo que él quisiere, sea mucho ó sea poco; pues mucho mejor sabe Dios lo que nos conviene, que nosotros. Y desea grandemente que nos fiemos de su providencia y gobierno; porque en decir, estáte ahí hasta que te avise otra cosa, claramente da á entender que tendrá cuidado de avisársela á su tiempo. Pues ¿qué cosa puede ser mas segura y acertada, que perder yo cuidado de mis cosas, si Dios y sus Ángeles se encargan de ellas? Ó Dios cuidadosísimo, ¡cómo no arrojaré toda mi solicitud en tí, pues sé que tienes tanto cuidado de mí! (I *Petr*. v, 7).

5. Lo quinto, dióle razon de la obediencia que le ponia, diciendo: Porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle. En lo cual confirma el cuidado que tiene de los suyos, atajando los peligros antes que vengan, é inspirándoles el medio que han de tener para librarse de ellos. Verdad es que otras veces Nuestro Señor manda algo á sus siervos sin darles razon de lo que manda, como á Abrahan en los casos referidos, para que aprendan á obedecerle, no por razones ni comodidades propias, sino puramente porque él lo manda: porque como la fe no estriba principalmente en razones, sino en la revelacion de Dios; pero supuesta la divina revelacion, ayudan las razones para creer con mas suavidad, y fortificarse mas la fe; así tambien la perfecta obediencia no ha de estribar principalmente en mas razon que mandarlo y quererlo Dios; pero supuesto este principal motivo, algunas veces da Nuestro Señor razon de lo que manda, como la dió á san José, para que se le obedezca con mas suavidad; y si no alcanzare á entender la razon, he de rendir mi juicio á ella, como este Santo lo hizo, segun que luego verémos. De estas consideraciones he de sacar, si deseo ser perfecto, mostrarlo en tener tal disposicion, que puedan mandarme los superiores y confesores lo que juzgaren conveniente, con el modo que quisieren, sin recelo de que faltaré en lo que me encargaren. Al modo que san Pablo dijo á Filemon: Confiando en tu obediencia, te escribo y pido que recibas á Onésimo, sabiendo que harás aun mas de lo que te digo.

PUNTO CUARTO. – *Cuatro grados de perfecta obediencia.* — 1. *En oyendo esta ordenacion José, luego se levantó, y tomó al Niño y á su Madre, y huyó á Egipto.* En lo cual se ha de ponderar la obediencia perfectísima de san José para imitarla, porque tuvo los cuatro grados de perfeccion que puede tener esta virtud. – Lo primero, tuvo grande rendimiento de juicio, sujetándole sin réplica á la divina ordenacion; y aunque pudiera alegar á Nuestro Señor, que por otras vias mas suaves podia librarle, ó á lo menos que habiendo de huir, no fuese á Egipto, sino á Arabia ó Samaria; nada de esto replicó, sino rindió su juicio y calló, venerando la divina ordenacion, sin hacer pregunta ninguna, ni dar muestra de curiosidad en querer saber mas de lo que el Ángel le decia, cumpliendo á la letra aquel consejo del Sábio, que dice (*Eccles.* III, 22): No escudriñes las cosas que exceden á tus fuerzas, sino piensa siempre en las cosas que Dios te manda, y en muchas de sus obras no seas curioso.

2. Lo segundo, tuvo grande prontitud de voluntad en cosa que era bien áspera, como era dejar su tierra y casa, y la comunicacion de los suyos, y salir como desterrado á tierra extraña con grande pobreza; pero con todo eso gustó mas de cumplir la divina voluntad, dejando la propia con mas perfeccion que Abrahan; el cual, aunque salió de su tierra y parentela por obedecer á Dios, pero llevaba consigo gran muchedumbre de criados, con muchas riquezas y bienes temporales. – Lo tercero, en la ejecucion fue puntual y presto, porque no se detuvo en la cama á proseguir el sueño lo restante de la noche, sino luego se levantó, y dando parte de la revelacion á la Vírgen santísima, se pusieron en camino, dejando lo que tenian allí; y salieron de noche para cumplir con mas perfeccion la obediencia de huir con secreto, porque para esto es mas á propósito la noche.

3. Lo cuarto, ponderaré el gozo y contento con que caminaban sus jornadas, aunque trabajosas y largas, sin comodidades temporales; pero no las sentian, por la grandeza de la alegría interior, la cual estribaba en dos cosas. – La primera, en que aquella era la voluntad de Dios nuestro Señor, la cual tenian por sumo consuelo. – La segunda, en que llevaban consigo á Jesús, y esta compañía bastaba para consolarlos en cualquiera soledad y desamparo, sin divertirse á mirar ni procurar otros alivios que suelen buscar los caminantes. Ó Dios omnipotente, que tal obediencia diste á estos Santos queridos tuyos; por sus merecimientos te suplico me ayudes, para que te obedezca con rendimiento de juicio, con prontitud de voluntad, con pres-

teza en la ejecucion y con alegría de corazon, por solo cumplir tu voluntad, fiándome de tu providencia, que tendrá de mí cuidado, si de este modo te obedezco.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar como estuvieron en Egipto hasta la muerte del tirano Herodes, que fueron cinco años, ó siete, ponderando las cosas señaladas que en este tiempo pasaron. - La primera es, la grande pobreza con que allí vivian, sustentándose del trabajo de sus manos, en pobre casa, y entre gente bárbara y extraña, llevando todo esto con sumo gozo por las dos causas dichas. - De donde procedia la grande quietud que allí tenian, de modo que ni deseaban la muerte de Herodes, ni se congojaban con la dilacion de su vuelta, remitiéndolo todo á la divina Providencia.

2. Además, como eran tan celosos de la gloria de Dios, vivian allí en continuo dolor por las idolatrías de aquella gente, y su perdicion: de modo, que de cada uno se puede decir lo que san Pedro (II *Petr*. II, 8) dice de Lot, cuando estaba en Sodoma, que era justo en el mirar y en el oir, viviendo entre aquellos que cada dia atormentaban su santa alma con malas obras. Así es de creer, que la Vírgen santísima y san José estaban atormentados en su espíritu con los pecados de aquella gente; pero siempre en medio de ellos conservaban su pureza y santidad, resplandeciendo como lumbreras del cielo en medio de aquella nacion mala. Y es de creer, que la santidad, modestia y conversacion celestial de la Vírgen nuestra Señora y de san José ablandarian los corazones de aquellos bárbaros, y les causaria admiracion y respeto; y algunos con su ejemplo se convertirian á Dios, y acudirian á favorecerles con limosnas y dádivas, las cuales aceptarian como pobres para su sustento. ¡Oh quién se hallára en este destierro para acompañar y servir al Niño y á la Madre! Ayudadme, Dios mio, con vuestra gracia, para que en mi destierro viva con alegría, conformándome con vuestra voluntad, y dando buen ejemplo á los que conmigo vivieren, para que muchos por mi medio os sirvan con perfeccion. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DE LA MUERTE DE LOS INOCENTES, Y DE LA VUELTA DE EGIPTO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar (*Matth*. II, 16), *como el rey Herodes, temiendo que el Rey que los Magos anun-*

ciaron no le quitase el reino; y viendo que ellos le habian burlado, mandó con gran crueldad matar á todos los niños de dos años abajo, que hubiese en Belen y en su comarca. En lo cual se ha de ponderar lo primero, cuán abominable es el vicio de la ambicion y deseo de reinar y mandar, del cual se siguen tan atroces maldades; y la suma de todas, que es desear quitar la vida á Cristo, para alzarse con su reino, y reinar á solas. Además, cuán propio es de los ambiciosos ser sospechosos y tímidos, sospechando que otros les quieren quitar su grandeza; y temiendo donde no hay que temer, como temió el tirano Herodes sin causa, porque Cristo nuestro Señor no venia á quitar reinos temporales, sino á dar los celestiales.

2. Lo segundo, ponderaré el grande sentimiento que tendria Cristo nuestro Señor en Egipto, viendo desde allá la muerte de los inocentes por su causa. Es de creer que el cuchillo que heria el cuerpo de cada uno, traspasaba su alma con dolor de compasion, por lo mucho que les amaba, padeciendo tantos martirios en su espíritu, cuantos padecieron todos juntos en el cuerpo. O Rey gloriosísimo de los Mártires, que vences hoy en ellos y padeces con ellos, compadécete de mi tibieza, y ayúdame con tu gracia, venciendo en mí todo lo que es contrario á tí.

3. Lo tercero, ponderaré el grande bien espiritual que se recreció á estos niños por la muerte temporal que padecieron, asegurándose por ella su eterna salvacion; y así fue providencia amorosa la que Cristo usó con ellos, aunque á costa de la vida del cuerpo, que vale menos que la del alma. Y en esta razon se alegraba Cristo nuestro Señor de la gloriosa muerte de sus Mártires, de la cual les resultaba tan gloriosa y eterna vida, cumpliéndose aquí lo que el santo Job (*c.* IX, 23) dice de Dios, que se rie de las penas de los inocentes, porque se recrea en los bienes que les vienen por ellas. Ojalá, Dios mio, padeciese yo por vuestra causa, para que mis penas fuesen vuestras risas y alegrías, arrebatándome como á estos niños, antes que la malicia mude mi corazon, y el engaño trastorne mi alma (*Sap.* IV, 11); porque mas quiero morir que vivir para ofenderos.

Punto segundo. — 1. *Muerto Herodes, se apareció el Angel á José en Egipto, y le dijo: Levántate, y toma al Niño y á su Madre, y vete á tierra de Israel, porque ya son difuntos los que buscaban al Niño para matarle.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Herodes, buscando á Cristo para matarle, murió sin salir con su intento, y murió desastrada muerte de cuerpo y alma; porque la justicia de Dios, aun-

que disimula, al fin castiga; y los malos, aunque se les dilate la pena, al fin llega, y cuando menos piensan les coge la muerte, donde pagan todo su mal por junto. ¿Qué provecho le trajeron á Herodes su ambicion y crueldad, y las ansias de conservar su reino? Todo lo perdió en un dia, y con ello perdió su alma, llorando esta pérdida sin remedio, como lo lloran los demás condenados, que dicen (*Sap.* v, 8): ¿De qué nos aprovechó la soberbia? y la jactancia en las riquezas ¿qué bien nos trajo? Todo se pasó como sombra, y ahora en nuestra maldad somos consumidos, pagando la pena que por ella merecimos.

2. Lo segundo, ponderaré la providencia de Dios en enviar luego su Ángel á dar esta nueva á san José, y alzarle el destierro, mandándole volver á su tierra. ¡Oh qué confirmado quedaria en la confianza en Dios, y qué contento de ver el cuidado que tenia de ellos! De donde sacaré, cuán seguramente puedo descuidar del suceso de mis cosas, arrojando mis cuidados en las manos de Dios (*Psalm.* xxx, 16), en las cuales están mis suertes, y mis tiempos, y sucesos prósperos y adversos, tomando él á su cargo disponerlos como conviene para bien mio. Ó Padre cuidadosísimo de tus hijos, yo arrojo todos mis cuidados en tí, pues tú le tienes de mí. Uno solo deseo tener de servirte, para que tú le tengas de remediarme.

3. Lo tercero, ponderaré que así en esta revelacion, como en la pasada, el Ángel no llama á la Vírgen por su nombre, ni le dice: Toma á tu Esposa y al Niño, sino toma al Niño y á su Madre; para enseñarnos que el nombre mas glorioso de esta Señora es ser Madre de Dios. Con este le llama el Ángel y los Evangelistas, y la hemos de llamar nosotros, venerando la grandeza de tal nombre, y gozándonos de él. Ó Madre de Dios, sea para bien tal nombre, hacednos hijos dignos del que os tiene á Vos por Madre.

Punto tercero. — 1. *Obedeciendo José al mandato del Ángel, se partió para tierra de Israel, y temiendo de ir á Judea, fue amonestado en sueños, que fuese á Nazaret, para que se cumpliese lo que habian dicho los Profetas, que Cristo se llamaria Nazareo.* – Aquí se ha de considerar lo primero, el sentimiento que tendrian los de aquella ciudad, donde estos Santos vivian, cuando se despidiesen de ellos, por lo mucho que gustaban de su santa conversacion, y porque es de creer que dejarian á muchos convertidos á la verdadera fe. – Lo segundo, ponderaré como san José en sus dudas acudia al remedio de la oracion, teniendo siempre recurso á Dios, y cuán á punto estaba Dios para oirle y sacarle de sus dudas, sacando yo deseos de acudir tam-

bien á Dios en las mias, con oracion y confianza, porque si de verdad deseo acertar con la divina voluntad, Dios me dará luz para conocerla.

2. Lo tercero, ponderaré el nombre de Cristo Nazareo, el cual tomó de la ciudad donde fue concebido y criado, y quiere decir santo ó florido, significando por este nombre, que habia de ser Santo por excelencia, y Santo de los Santos, florido en todo género de flores de admirables virtudes, y dedicado todo á Dios, sin ocuparse en esta vida mortal mas que en las cosas del divino servicio, dándonos ejemplo de ser espirituales Nazareos, esclarecidos en virtudes á su imitacion. Ó dulcísimo Jesús, con todo mi corazon deseo, por imitarte, guardar las leyes de los espirituales Nazareos (*Num.* VI, 3), apartándome de toda cosa criada que me pueda embriagar con amor desordenado, y no tocando cosa muerta que pueda manchar mi alma, ni admitiendo navaja sobre mi cabeza que corte los altos pensamientos y afectos de mi espíritu, conservándolos todos enteramente para tu servicio. Ó Nazareo floridísimo y santísimo, ayudadme á salir con mi pretension, pues sin vuestra ayuda no puedo comenzarla, ni llegar al fin deseado de ella.

MEDITACION XXIX.

DE LA IDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR AL TEMPLO DE JERUSALEN, Y DE SU QUEDADA ALLÍ ENTRE LOS DOCTORES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar la costumbre que tenian san José y la Vírgen sacratísima con su Hijo (*Luc.* II, 42) de subir cada año al templo de Jerusalen á celebrar la Pascua del cordero, y el espíritu con que subian todos tres. - San José subia con espíritu de obediencia, porque la ley obligaba á los varones subir tres veces al año al templo de Jerusalen (*Exod.* XXIII, 17; *Deut.* XVI, 16), especialmente á celebrar la Pascua principal del cordero. - La Vírgen, aunque no obligaba esta ley á las mujeres, subia con san José con espíritu de devocion, por celebrar aquella festividad y glorificar á Dios en ella. - El niño Jesús subia con espíritu de obedecer á sus Padres, que querian llevarle consigo, y mucho mas con espíritu de amor de su Padre celestial, para glorificarle dentro de su templo; y todos tres iban con espíritu de agradecimiento, que era el fin de la ley, para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos, y así era maravillosa la santidad que mostraban en

esta obra, grande reverencia á la entrada del templo, grande devocion estando en él, y grande espíritu en todo cuanto hacian; porque aunque tenian costumbre de hacer estas jornadas, no las hacian por sola costumbre, y á poco mas ó menos, sino cada vez con nuevo espíritu y sentimiento interior, como si aquella vez fuera la primera. Y en esto he de imitar á estos Santos, procurando guardar las buenas costumbres de la Iglesia y hacer costumbre en todas las cosas de virtud; pero de tal manera, que no las haga por sola costumbre, y porque otros las hacen, sino con el espíritu que ellas piden. Adviértase que san José se llama padre de Cristo, porque era tenido por padre.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar *como el niño Jesús, siendo de doce años, habiendo subido al templo con sus padres, y volviéndose ellos á Nazaret, se quedó en el templo sin que ellos lo supiesen*, ponderando algunas causas que tuvo para esto. — Lo primero, se quedó en el templo para significar cuán de buena gana estuviera siempre, cuanto era de su parte, en la casa de su Padre celestial, ocupándose allí en cosas de su servicio, mucho mejor que el niño Samuel. Y este testimonio dió á los doce años, cuando los demás hombres comienzan á tener mas perfecto uso de razon, para enseñarnos lo mucho que importa aficionarnos á estos ejercicios de virtud desde la tierna edad, conforme al dicho de Jeremías (*Thren.* III, 27): Bueno es al varon llevar el yugo desde su mocedad.

2. Lo segundo, con divina prudencia no quiso pedir á sus padres licencia de quedarse solo en el templo, por quitar ocasion de parecer desobediente, si negándosela no les obedecia; y porque si quisieran quedarse con él fuera impedimento para ejecutar libremente lo que pretendia para gloria de su Padre celestial; y así determinó dejarles, sin decirles nada, enseñándonos con este ejemplo dos cosas muy importantes. — La primera, cuán descarnado estaba, y cuán descarnados hemos de estar todos de lo que es carne y sangre, y del amor carnal á los padres, amigos y conocidos, dejándoles, cuando fuere necesario, por atender con mas cuidado á las cosas del Padre celestial; y para que entiendan los padres carnales y los amigos, que no hemos de estar con ellos mas tiempo de lo que fuere voluntad de Dios.

3. La segunda, que cuando presumo que mis padres ó amigos me han de impedir el cumplimiento de lo que Dios quiere; ora sea ignorancia ó buen celo, ora por malicia ó mal celo, es mejor dejarles sin decirles nada, aunque lo sientan y lloren, y despues me hayan de reprender, atropellando todo esto con ánimo varonil, por hacer lo que

Dios quiere, conforme á lo que está escrito: El que dijo á su padre y á su madre (*Deut.* XXXIII, 9), no os conozco, y á sus hermanos, no sé quién sois, ese guarda tu palabra y cumple tu santa ley. De otra manera me dirá Cristo nuestro Señor (*Matth.* X, 37): El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí. Ó Niño dulcísimo, confúndome de verme cuán pegado estoy á lo que es carne y sangre, dejando de hacer la voluntad de tu Padre celestial, por no entristecer á mis amigos y padres carnales. Dame, Señor, pecho varonil para dejarlos por tu amor, escogiendo mas obedecer á Dios que á los hombres (*Act.* V, 29), y entristecer al espíritu humano (*Ephes.* IV, 30) antes que al divino.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, con el celo que tenia de la salvacion de las almas, quiso entonces dar alguna muestra de la sabiduría y grácia de que estaba lleno, descubriendo algo de ella á los doctores de la ley; lo cual hizo con admirable modestia, humildad, discrecion y celo de amor divino, manifestando estas virtudes con modo acomodado á su edad. —Mostró la modestia en el rostro y en la gravedad de sus palabras y meneos, la cual era tan grande, que movió á los doctores que le admitiesen á su disputa. - La humildad, en que pudiendo ser maestro de todos, se entró entre ellos como discípulo, preguntando y oyendo, como quien aprendia. - La discrecion en responder maravillosamente á lo que le preguntaban, de tal manera, que todos estaban admirados de su prudencia. - El celo en que ordenaba todo esto, no para vana ostentacion de su sabiduría, sino para gloria de Dios y bien de las almas, y en especial para confundir á los letrados soberbios que allí estaban, y para ilustrar á los letrados humildes y abrirles los ojos para que conociesen como estaba ya cerca su redencion. Ó buen Jesús, niño en edad, pero varon en la sabiduría; cordero en la mansedumbre, pero pastor en la discrecion, gózome de veros pastorear este ganado mayor, dándoles pasto de vida eterna, cumpliéndose lo que está escrito: Un niño (*Isai.* XI, 6) pequeño los pastorea. ¡Oh quién se hallara presente á oir vuestras preguntas, y á gozar de vuestras admirables respuestas! Repetídmelas, Señor, dentro de mi corazon, para que goce el fruto de ellas. De esta consideracion he de sacar tambien un gran deseo de imitar estas cuatro virtudes de Cristo nuestro Señor, confundiéndome en su presencia por la falta que tengo de ellas, especialmente por ver mi poca modestia y humildad: y que con palabras y meneos quiero mostrar la ciencia que no tengo; y siendo ignorante, me desdeño de aprender lo

que no sé, y presumo de enseñar á los otros lo que no aprendí.

Punto cuarto.—Lo cuarto, se ha de considerar lo que haria este Niño benditísimo los tres dias que estuvo en el templo sin sus padres, ponderando como fuera del tiempo que gastó con los doctores, lo demás gastaria en una perpétua vigilia y oracion delante del eterno Padre, por la salud del mundo y de la gente que allí entraba. -Á mas, es de creer se quedaria allí de noche, tomando por cama el suelo, y por arrimo algun poyo, y que comeria de la limosna que algunos le darian, ó se pasaria sin comer, porque de todo esto temporal hacia muy poco caso.-Tambien es cierto que le daria grande pena las irreverencias de algunos que allí entraban, y los pecados que allí se hacian, porque tenia tan encendido celo, como cuando dijo de él san Juan aquello del salmo (*Ioan.* II, 17): El celo de tu casa me comió las entrañas; aunque por entonces disimularia. De todo esto sacaré afectos y propósitos de imitacion en lo que debo imitarle, compadeciéndome de su pobreza y soledad, aunque no echaba menos á los padres terrenos, como estaba en casa de su Padre celestial.

MEDITACION XXX.

DE LO QUE HIZO LA VÍRGEN CUANDO VIÓ QUE HABIA PERDIDO Á SU HIJO, HASTA QUE LE HALLÓ.

Punto primero. — 1. *Habiendo caminado san José y la Vírgen una jornada de Jerusalen á Nazaret, pensando cada uno que el Niño iba con el otro*, porque iban por el camino apartados; *á la noche en la posada echaron menos al Niño, y buscándole entre los conocidos y amigos no le hallaron.* Cerca de este paso he de ponderar la traza de Dios en querer affigir á estos Santos sin culpa suya, y en ocasion de una buena obra que hacian por honrarle, y en la cosa que mas podia lastimarles, que era perder tal Niño. Todo lo cual trazó para ejercitarlos en paciencia, humildad y diligencia fervorosa, y en otras virtudes que resplandecieron en la sacratísima Vírgen y en san José, en este caso, para nuestro ejemplo.-La paciencia resplandeció en que no se turbaron, ni se quejaron de Nuestro Señor, sino sintieron esta pérdida con rendimiento á la ordenacion de Dios, con ser pérdida tan grande.-La humildad, en que como buenos temian culpa ó descuido donde no le habia, ó por lo menos atribuian esto á su indignidad; temian si los queria este Señor dejar y seguir ya otro modo de vivir, ó si habian tenido algun descuido en mirar por él, y

confesaban que no eran dignos de tenerle consigo.—La diligencia, en que luego anduvieron buscándole con cuidado y pena por cumplir con su obligacion, y porque el amor les solicitaba, aunque le buscaron entre los deudos y conocidos, y por eso no le hallaron; porque si Cristo quisiera estarse con sus deudos, mejor se estuviera con su Madre.

2. Á estas tres cosas añadieron la cuarta, de fervorosa y prolija oracion; y en especial ponderaré cuán triste noche fue aquella para la Vírgen, y cuán sola se hallaba sin su Hijo, como la gastaria toda meditando y gimiendo como paloma, orando con gran fervor, suplicando al Padre eterno no la quitase tan presto el cuidado de este su Hijo, y que mirase por él donde quiera que estuviese, y que no dilatase mucho el volvérsele á dar. Ó Vírgen soberana, habeis entrado en los peligros del mar, no os queda otro remedio sino orar. Mar ha sido para Vos amargo y tempestuoso la pérdida de vuestro Amado; las olas de la tristeza han entrado en vuestro corazon, y le traen afligido con varios cuidados; las tinieblas de la noche atajan vuestros pasos, y estais como atollada en el abismo del desconsuelo; no hallais alivio en la tierra, y así arrojais luego el áncora de vuestra esperanza en el cielo, con las cuerdas de la oracion, esperando de allá el remedio, y no saldrá en vano vuestra confianza; porque el Piloto celestial, que es vuestro Padre, no sabe amar y desamparar, ni deja para siempre á los que esperan en él.

3. *Ausencia de Dios en el alma.*—De este suceso y de la causa de él, tengo de levantar el espíritu para considerar el misterio que significa, ponderando como Dios nuestro Señor muchas veces se ausenta y esconde de los hombres, sin que ellos lo conozcan, ni lo echen de ver, conforme á lo que dice el santo Job (*c.* IX, 11): Si viniere á mí, no lo entenderé; y si se fuere, no lo conoceré; y si fuere justo, esto mismo ignorará mi alma. Y esta ignorancia suele durar todo el dia, hasta que se descubre á la noche, como sucedió en este caso á la Vírgen nuestra Señora y á san José, lo cual sucede en muchas maneras.—Primeramente sucede por el pecado mortal oculto que se hace con ignorancia culpable; ó por ilusion del demonio con capa de virtud. Entonces se ausenta Dios sin saberlo el hombre, y esta ignorancia suele á veces durarle todo el dia de esta vida, hasta que á la noche de la muerte, pensando que tiene á Dios, se halla sin él. Por lo cual dijo el Sábio: Hay un camino (*Prov.* XIV, 12) que parece al hombre derecho, y sus postrimerías son la muerte; y esta ausencia es terribilísima, porque tras ella se sigue la eterna, y así ten-

go de suplicar á Nuestro Señor que no se ausente de mí de esta manera, y decirle con David (*Psalm.* XVIII, 13): Líbrame, Señor, de mis pecados ocultos, y no te acuerdes (*Psalm.* XXIV, 7) de mis ignorancias.

4. Otras veces sucede por una secreta soberbia y vanagloria, la cual consume la devocion sustancial, y quita la presencia favorable de Dios en el alma; pero no se conoce mientras dura el dia de las cosas prósperas, porque la vanagloria suele poner gusto en las cosas buenas; mas en viniendo la noche de la adversidad y humillacion, echa el hombre de ver la ausencia de Dios, y la falta de la verdadera virtud, y se halla desconsolado y pusilánime.

5. Otras veces sucede, por secreta providencia de Dios nuestro Señor, que se ausenta, y nos quita la devocion sensible para ejercitarnos en humildad; y esto suele suceder en dias solemnes de fiesta, y en ejercicios de obras buenas exteriores; y aunque algunas veces no lo echamos de ver mientras dura la ocupacion exterior, despues lo sentimos en el recogimiento. En tales casos siempre es mas seguro presumir que esta ausencia es por mis pecados, y en castigo de mis descuidos y negligencias, aunque yo no los conozca, diciendo con David (*Psalm.* CXVIII, 67): Antes que fuese humillado pequé, y en tu verdad me humillaste, porque de justicia merecia por mis culpas esta humillacion. Pero sin embargo de esto he de creer que cuando me falta la gracia de la devocion y las visitas regaladas de Dios, ora sea sin culpa, ora con ella, todo viene por traza de la divina Providencia para mi mayor bien, segun aquello que dice David (*Ib. v.* 75): Bueno es para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones.

6. En todos estos casos tengo de ejercitar las cuatro virtudes que resplandecieron en la Vírgen y en san José, echando hondas raíces en humildad, animándome á buscar á Dios con diligencia, y solicitándole con fervorosas oraciones, porque escrito está: Pedid, y recibiréis: buscad, y hallaréis. Ó dulce Jesús, que generalmente dijísteis (*Luc.* XI, 9): Cualquiera que busca halla, concédeme tal fervor en pedir tu visita, que la alcance; y ayúdame á buscarte de modo que te halle por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Otro dia por la mañana san José y la Vírgen se volvieron á Jerusalen en busca del niño Jesús; y al tercer dia, entrando en el templo, le hallaron sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, de lo cual se maravillaron grandemente.* Sobre este punto se ha de considerar por menudo el tiempo y lugar donde

la Vírgen halló al Niño, la compañía y ocupacion en que estaba, y el gozo que tuvo con su vista, sacando de todo esto el espíritu que está encerrado en esto. -Lo primero, el tiempo fue el tercer dia despues que se perdió, en el cual tiempo padeció la Vírgen tantas horas, poco mas ó menos, de afliccion y soledad; como en los otros tres dias que hubo desde la pasion á la resurreccion, en que se le apareció vivo y glorioso; y el misterio de esto es, significarnos que cuando el alma pierde á Dios y la gracia de la devocion, no luego le halla; antes se suele esconder por algun tiempo, ó en castigo de haberle perdido, si tuvo culpa, ó para ejercitarla en paciencia y humildad, y para que con esta dilacion crezcan las ansias y diligencias en buscarle, y se haga digna de hallarle mas presto, y con mas copiosa gracia; y esto significa el número de tres dias para alentar nuestra esperanza, porque no desmayemos, pensando que se dilatará mucho nuestro remedio, conforme á lo que decian los justos afligidos (*Osee*, VI, 3): Despues de dos dias nos vivificará, y al tercero nos resucitará, y vivirémos en su presencia.

2. Lo segundo, el lugar donde fue hallado es el templo y casa de Dios, que es casa de oracion y de recogimiento, dedicado al culto y obras del divino servicio, para significar que Cristo nuestro Señor no se halla entre carne y sangre, ni entre los regalos y vanidades del mundo, sino dentro de la Iglesia católica, y dentro del templo vivo de nuestro corazon, haciéndole casa de oracion, y ocupándole en ejercicios de santidad; pues por esto se dice en el libro de los Cantares (*Cant.* III, 1), que la Esposa no halló á su Amado, que es Dios, en el lecho y quietud de los regalos de la carne, ni en las calles y plazas de los tráfagos del mundo, sino en la renunciacion de todo esto, dejando el consuelo de las criaturas por hallar al Criador. Por tanto, ó alma mia, mira dónde buscas á Dios, si quieres hallarle; porque como dice el santo Job (*c.* XVIII, 13), no se halla en la tierra de los que viven suavemente.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la compañía con quien estaba, y lo que hacia al tiempo que la Vírgen entró en el templo: con especial providencia estaba entonces en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, para que por aquí entendiese la causa de haberla dejado, y quedádose en el templo: y para que yo entienda que Cristo nuestro Señor se halla entre los doctores de la Iglesia, los cuales con su enseñanza y direccion son medio para hallarle; y ellos tambien entiendan que Cristo está en medio de ellos, oyendo lo que hablan y enseñan, para castigarles si hablaren mal;

y tambien para ayudarles á hablar bien si por su culpa no queda.

4. Lo cuarto, ponderaré el sumo gozo de la Vírgen nuestra Señora cuando vió á su Hijo, y halló lo que habia perdido y buscado con tanto dolor. Parece que en este tercer dia resucitaria como de muerte á vida, y como otra Ana, madre de Tobías (*Tob.* x, 4), que lloraba la ausencia de su hijo con lágrimas irremediables cuando le vió, lloraba de puro gozo; así es de creer, que á la medida de su pena fue su alegría, cumpliéndose lo que dijo David (*Psalm.* xciii, 19): Segun la muchedumbre de los dolores de mi corazon, tus consuelos alegraron mi alma. Ó Vírgen soberana, gózome del gozo que tuvísteis en esta hora con la vista de vuestro Hijo. (*Prov.* xiii, 12). La esperanza dilatada afligió vuestra alma, pero el cumplimiento de vuestro deseo fue para Vos árbol de vida, hallando al que es árbol de vida para todos. Alcanzadme, Vírgen benditísima, que le busque de modo que le halle, para que goce de la vida que de tal árbol procede. Amen.

5. Pero juntamente ponderaré la modestia con que la Vírgen acompañó este gozo; porque aunque vió á su Hijo en medio de los doctores, con tanta admiracion de todos, no hizo los ademanes que otras mujeres suelen hacen, jactándose de tener tales hijos, sino admirándose de verle allí, veneró lo que veia; con lo cual nos enseña á juntar modestia y alegría, conforme al dicho de san Pablo (*Philip.* iv, 4): Gozaos en el Señor siempre; y otra vez os digo que os goceis; vuestra modestia sea manifiesta á todos los hombres, porque está cerca el Señor, como quien dice: De tal manera alegraos que no perdais la modestia, porque el Señor está cerca de vosotros y os está mirando, y en su presencia no ha de haber gozo inmodesto.

Punto tercero. - *Modo de oracion con amorosa queja á Dios.*— 1. *En viendo la Vírgen á su Hijo díjole con una amorosa queja: Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu Padre y yo te hemos buscado con gran dolor.* Todas estas palabras están llenas de misterio, y así será bien ponderar cada una de por sí.-Lo primero, se ha de ponderar aquella palabra: *Fili, cur fecisti nobis sic?* Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? En la cual no pretendió preguntarle ó pedirle la causa de lo que habia hecho, porque esto fuera curiosidad excusada, sino solo declarar el sentimiento de su corazon; y así los santos usan de este modo de hablar con Nuestro Señor cuando están afligidos: y es un modo de oracion en que tácitamente le piden remedio de su afliccion, porque por una parte atribuyen la afliccion á la divina Providencia, que la ordenó ó permitiò para su bien; y

por otra parte confiesan que á él toca remediarla y atajarla. De esta manera puedo orar algunas veces diciendo á Nuestro Señor con Job (*c.* VII, 20): ¿Por qué me has puesto contrario á tí, y soy pesado á mí mismo? ¿Por qué no quitas mi pecado y no perdonas mi maldad? (*Iob*, XIII, 24). ¿Por qué escondes de mí tu rostro, y me tratas como á enemigo?

2. Otras veces puedo decir con el mismo Cristo nuestro Señor, puesto en la cruz (*Psalm.* XXI, 2; *Matth.* XXVII, 16): Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Y no sin misterio no dijo la Vírgen: Hijo, ¿por qué lo hiciste así conmigo, sino con nosotros? Porque propio es de los santos, cuando padecen alguna necesidad que es comun á muchos, no quejarse de su solo daño, ni pedir para sí solos el remedio, sino dolerse del daño de todos, y pedir que todos sean remediados; porque la caridad no busca su solo bien sino el de muchos, diciendo con David (*Psalm.* XLIII, 24): ¿Por qué apartas tu rostro, y te olvidas de nuestra pobreza y de nuestra tribulacion? Pero en estas quejas hemos de procurar que no se pierda el amor y confianza en Dios; y así se ha de juntar con ellas alguna palabra que descubra esto, como la Vírgen usó de esta palabra, Hijo; y Cristo nuestro Señor en la cruz de esta palabra: Dios mio, Dios mio, que son palabras de confianza y amor.

3. Lo segundo, se ha de ponderar aquella palabra, *Pater tuus et ego,* tu Padre y yo, en la cual resplandece la humildad de la Vírgen, no solamente en nombrar primero á san José que á sí misma, por el respeto que le tenia, sino tambien en llamarle delante de todos Padre de Cristo; de donde podian imaginar que le habia concebido por obra de varon; lo cual era humillacion suya; mas la Vírgen santísima, como humilde, mas estimaba la honra de su esposo dándole nombre tan honroso, que la suya propia, enseñándonos con su ejemplo el modo de honrar á nuestros prójimos, aunque sea con algun menoscabo nuestro.—Lo tercero, se ha de ponderar aquella palabra: *Dolentes quaerebamus te,* con gran dolor te buscábamos; en la cual se nos avisa que hemos de buscar á Dios con dolor que proceda de amor, cual era el dolor de la Vírgen; porque el verdadero amor causa todos estos efectos (*Psalm.* XLI, 4); conviene á saber, dolor y lágrimas, por la ausencia de su amado; pureza de intencion en buscarle con sinceridad (*Sap.* I, 1), no por su propio interés ó gusto sensible, sino por estar junto con él; diligencia en todos los medios y ejercicios que se ordenan para hallarle, con perseverancia en ellos hasta conseguir su intento, segun aquello de

David (*Psalm.* CIV, 4): Buscad al Señor, y estad firmes en esto, buscad siempre su rostro. Y lo que dice Isaías (*Isai.* XXI, 12): Si buscais al Señor buscadle; esto es, buscadle con las veras que tal Señor merece ser buscado, y así le hallaréis; porque él ha dicho (*Ierem.* XXIX, 13): Cuando me buscáreis me hallaréis, si me buscais con todo vuestro corazon. Y si yo no le hallo, es porque falto en alguna de las cosas dichas; y haciendo reflexion sobre ellas miraré cuál sea, para enmendarme y procurarla.

4. Últimamente, en todas estas palabras se ha de ponderar la brevedad y precision con que habló la Vírgen, no solamente excusando palabras supérfluas, pero aun callando algunas que parecian necesarias para declarar mas su ánimo, cifrándolas todas debajo de aquella brevísima palabra, *Sic;* ¿por qué lo hiciste así? En lo cual se confirma el cuidado que esta Señora tenia con guardar la lengua y medir sus palabras, como otras veces se ha ponderado. Pero esta vez hay algo especial, porque declaró cuán mortificados y enfrenados tenia los ímpetus de hablar, que en tales casos salen del corazon.

PUNTO CUARTO.— 1. *A este dicho de la Vírgen respondió Cristo nuestro Señor: ¿Para qué me buscábais? ¿No sabíades que convenia estar en las cosas que son de mi Padre?* Esta respuesta no fue menos grave y admirable que las que este Señor daba á las preguntas de los doctores; y así se ha de ponderar como dada por la infinita sabiduría de Dios.–Lo primero, ponderaré aquella palabra: *Quid est quod me quaerebatis?* ¿Por qué causa ó para qué me buscábades? La cual palabra á prima faz parece seca, desabrida, áspera y de reprension; como quien dice: ¿Para qué me buscábais con tanto dolor, pues siendo quien soy no podia estar perdido? Y esto dijo, para que se entendiese que era mas que hombre, y para que la Vírgen diese muestras de su heróica paciencia y humildad, callando y sufriendo esta respuesta desabrida, y venerándola con grande reverencia y amor. Y de camino nos enseña Cristo nuestro Señor, que los que gobiernan á personas religiosas, ó deseosas de perfeccion, algunas veces han de ejercitarlas con respuestas ásperas y con reprensiones de cosas que no son culpa, para que descubran la humildad y paciencia que tienen (*S. Juan Clím. gr.* 4) y aprovechen en ellas; porque callar cuando soy reprendido con culpa no es mucho, pues mi conciencia tambien me reprende; pero callar cuando la conciencia me está excusando, es indicio de virtud heróica.

2. Lo segundo, ponderaré la palabra que dijo: ¿No sabíades que

me convenia estar en las cosas de mi Padre? Como si dijera : Pues me conoceis y sabeis quien soy, tambien sabeis que habia de estar ocupado en las cosas que pertenecen á la honra de mi Padre celestial, pues no tengo padre terreno. En lo cual nos enseñó Cristo nuestro Señor, como su total ocupacion y empleo era atender á todo lo que era servicio de su Padre celestial, sin divertirse á otra cosa, confirmando lo que dijo despues (*Ioan.* VI, 38), que bajó del cielo no á cumplir su voluntad, sino la voluntad del que le envió, y que le convenia obrar las obras del que le envió mientras duraba el dia de su vida.

3. Á imitacion de este Señor, he de procurar que toda mi ocupacion sea, no en las cosas que son del mundo ni de la carne ni del amor propio, sino en las cosas que son de Dios y para (*Ioan.* IX, 4) Dios, confundiéndome de ver cuán léjos he vivido de guardar este aviso, ocupándome en todo lo que es propio, con descuido de lo divino. Ó buen Jesús, pues tan puesto estabas en las cosas de tu Padre, que tenias por llano que los que te conocian te habian de hallar en ellas, suplícote me ayudes, para que nunca me halle fuera de ellas, ocupándome en amarlas y cumplirlas. Justo es, Señor, que mi memoria, entendimiento y voluntad, mis sentidos y todo yo me ocupe siempre en tí y en lo que es honra tuya, pues tú te empleas siempre en lo que es provecho mio.

Punto quinto. — 1. Lo quinto, consideraré como dicho esto, sin mas réplica el Niño se volvió con su Madre y con san José á Nazaret. Y es de creer que por el camino la Vírgen le preguntaria todo lo sucedido aquellos tres dias, y el Niño se lo diria. Y ella, como dice san Lucas, conservaba y guardaba todas estas cosas dentro de su corazon, haciendo memoria de ellas, rumiándolas y ponderándolas con grande consuelo y provecho suyo. De donde aprenderé á recoger en memoria lo que Dios me enseñare, para aprovecharme de ello; porque de otra manera me sucederá lo que dice un profeta (*Aggaei*, I, 6) : Que comiendo mucho estaré siempre flaco; y allegando muchas riquezas estaré pobre, porque las echo en saco roto.

2. Finalmente ponderaré la grande cautela y recato con que andaba la Vírgen desde entonces en no perder de vista á su Hijo, porque no le acaeciese otra tal, escarmentando en la pasada. Y la misma cautela he yo de tener para no perder á Cristo ni sus dones, avisado con los sucesos pasados. Ó Vírgen santísima, gózome del gozo que tuvísteis hallando á vuestro Hijo, y del que tendríades en

tenerle siempre en vuestra compañía; ayudadme para que nunca yo le pierda, ni jamás me aparte de él hasta que con Vos le goce en su eterna gloria. Amen.

MEDITACION XXXI.

DE LA VIDA QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN NAZARET, HASTA LOS TREINTA AÑOS DE SU EDAD.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor en todo este tiempo, segun dice san Lucas (*Luc.* II, 52): ***Proficiebat sapientia, aetate, et gratia apud Deum, et homines.*** Como crecia en edad así crecia en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres. Cerca de lo cual se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor aunque estuvo lleno de sabiduría y santidad inmensa desde el primer instante de su concepcion, de modo que ella no podia crecer, pero crecia en los ejercicios de ella, dando cada dia mayores muestras de ciencia y virtud, de sabiduría y santidad, como el sol; el cual, aunque no crece en sí mismo, pero la luz que de él procede cuando nace á la mañana, va creciendo siempre hasta el mediodía. Esto trazó nuestro Señor, para enseñarnos con su ejemplo el deseo que tiene de que sus hijos crezcan y aprovechen cada dia en la virtud. Porque hay entre los hijos del Adan terreno y los del Adan celestial esta diferencia, que (*Genes.* VIII, 21) aquellos desde su mocedad están inclinados á lo malo; y como crecen en edad crecen en vicios, cumpliéndose en ellos lo que dice David (*Psalm.* LXXIII, 23): La soberbia de los que te aborrecen crece siempre. Pero estos, como dice Jeremías (*Thren.* III, 27), desde su mocedad llevan el yugo de la divina ley, y se levantan á sí sobre sí; porque como crecen en los años, crecen en las virtudes, levantando cada dia su espíritu sobre sí mismos y sobre lo que antes tenian, para que olvidados de las cosas pasadas se extiendan á otras mayores (*Philip.* III, 13), hasta llegar á la perfeccion. Este favor tan singular hizo Cristo nuestro Señor á su Madre y á su precursor Juan, como queda dicho, y le ha hecho á otros esclarecidos Santos; los cuales desde su niñez comenzaron á servir á Dios, y fueron creciendo como la luz de la mañana hasta el perfecto (*Prov.* IV, 18) dia.

2. Pero particularizando mas esto, puedo tambien ponderar varias suertes de hombres que comienzan á servir á Dios ó en la niñez

ó en otra cualquier edad. Unos hay que en lugar de ir adelantando vuelven atrás, dejando la vida virtuosa que comenzaron; de los cuales dijo Cristo nuestro Señor, que (*Luc.* IX, 62) quien echa mano al arado y vuelve atrás, no es apto para el cielo, y por consiguiente lo será para el infierno. Y así he de temblar de volver atrás de esta manera (*Luc.* XVII, 32): Escarmentando, como dice el mismo Señor, en la mujer de Lot, que por haber vuelto atrás mirando á Sodoma, de donde salió, se convirtió en estatua de sal y en mojon de escarmiento para los que no prosiguen el camino de la virtud. Otros hay que comienzan con fervor, y en lugar de crecer en él descrecen, dejando algunos ejercicios virtuosos ó el fervor con que los hacian; y estos aunque sean justos corren gran peligro de perderse, como aquel obispo á quien Cristo nuestro Señor alabó por su buena vida, pero dijo que tenia contra él algunas cosas, porque habia dejado la primera caridad (*Apoc.* II, 4), esto es, el fervor de la caridad que solia tener; y luego añade: Acuérdate de dónde caiste y haz penitencia, volviendo á hacer las primeras obras; porque sino vendré á tomarte cuenta, y te quitaré la dignidad que tienes; como quien dice: Mira que perder el fervor es caer del lugar alto á otro bajo; y si no le reparas, no mereces estar en lugar tan alto como te he puesto. Otros hay que comienzan y prosiguen á un paso tibio, sin ganas de crecer ni pasar adelante; y estos, aunque en lo exterior parece que no desmedran, pero en lo interior de ordinario vuelven atrás, y faltarán en todo; porque, como dicen los santos Padres (*D. Bern.* Ep. 91; *D. Greg.* Lib. I in I Reg. II; *Aug.* Serm. 15 de verb. Apostoli, et alibi), en el camino del cielo no hay parar, sino ir adelante ó volver atrás.

3. Otros finalmente luego que comienzan con el ayuda del Señor como dice David (*Psalm.* LXXXIII, 6), proponen en su corazon de ir creciendo, mientras vivieren en este valle de lágrimas; y ayudándoles el Legislador celestial con su copiosa bendicion, cumplen sus propósitos, subiendo de virtud en virtud hasta ver el Dios de los dioses en Sion. Estos son los verdaderos imitadores de Jesucristo, á quien es razon que yo imite, confundiéndome de las veces que he vuelto atrás en el camino de la virtud ó por haber caido del primer fervor con que le comencé, ó estancado ya en un modo de vida tibia, alentándome de aquí adelante á crecer con gran fervor, diciendo á Cristo nuestro Señor: Ó Sol de justicia, ilustra y enciende mi alma de tal manera, que sus pasos sean como la luz de la mañana, que camina y crece hasta el perfecto dia. Ó Legislador soberano, da-

me tu copiosa bendicion para que crezca, como tú deseas, en virtud y santidad, subiendo de un grado en otro, hasta verte claramente en la celestial Sion por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — *Modo de crecer en las virtudes.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar delante de qué personas y en qué cosas crecia Cristo nuestro Señor al modo dicho. — Lo primero, dice el evangelista san Lucas, que crecia delante de Dios y de los hombres, enseñándonos con su ejemplo á huir de dos extremos viciosos. — Un extremo es de fervorosos indiscretos, los cuales presumen crecer delante de solo Dios, sin hacer ningun caso de los hombres ni de su edificacion ó desedificacion ó escándalo, no acordándose que quien ama á Dios tambien ha de amar á su prójimo, y que ha de buscar su provecho propio sin daño del ajeno, atendiendo, como dice san Pablo (*Rom.* XIV, 19), á la edificacion de todos. — Otro extremo es de los fervorosos fingidos ó hipócritas que ponen todo su cuidado en crecer delante de los hombres, haciendo lo que les ayuda para crecer en opinion de santidad delante de ellos, sin atender al verdadero crecimiento, que llama David crecimiento en el corazon. (*Psalm.* LXXXIII, 7). Pero Cristo nuestro Señor con su ejemplo nos enseña que abracemos ambas cosas, sin que una perjudique á la otra, poniendo en primer lugar crecer delante de Dios con crecimiento verdadero en sus ojos; y en segundo lugar crecer delante de los hombres, haciendo tambien, como dice san Pablo (*Rom.* XII, 17; II *Cor.* VIII, 21), lo que es bueno delante de ellos, no porque nos honren ó alaben, sino para que glorifiquen á Dios y se edifiquen y aprovechen; y si haciendo lo que debo de mi parte algunos por su culpa se desedificaren ó escandalizaren, no por eso dejaré de crecer delante de Dios y delante de los cuerdos y santos que merecen nombre de hombres.

2. Lo segundo, dice san Lucas que crecia Cristo nuestro Señor en sabiduría y gracia, porque en estas dos cosas se ha de hacer el verdadero crecimiento. — Lo primero, en la sabiduría y en los actos que de ella proceden, que son la meditacion y contemplacion de las cosas celestiales; la prudencia y discrecion en las obras y negocios; el aprecio de todas las cosas en el grado que merecen, estimando en mucho las eternas, y en poco las temporales; y hablando en consecuencia de esto de modo (*Colos.* IV, 6), que nuestras palabras vayan saladas con esta sabiduría. — Lo segundo, se ha de crecer en la gracia y en los actos de las virtudes que nos hacen graciosos y santos delante de Dios y amables á los hombres, en los cuales se ejer-

citaba Cristo nuestro Señor en este tiempo ; como eran actos heróicos de amor de Dios y de celo ardiente de su gloria y de la salvacion de las almas; dolor intenso de las ofensas que se hacian contra Dios y de las almas que se perdian ; y oracion continua para que no se perdiesen. Con esto era tan gracioso y agradable á Dios, que, como él mismo dice por Isaías (c. XLII, 1), se agrada en él su espíritu. Demás de esto, edificaba á los hombres con raros ejemplos de modestia, humildad, paciencia, mansedumbre y sujecion, por lo cual era agradable á las personas con quien trataba ; porque, como dijo el mismo Isaías (c. XLII, 4), su trato no era triste ni áspero, no turbado ni ocasionado en ofension ó desabrimiento de otros. Ó dulcísimo Jesús, pues estás lleno de sabiduría y gracia, y de tu plenitud reciben los justos aumentos en la una y en la otra, lléname copiosamente de ambas, y ayúdame á crecer cada dia en ellas.

3. Últimamente, para animarme á mí mismo, ponderaré como la Vírgen santísima se aprovechaba de estos ejemplos de su Hijo; porque contemplando en ellos, á su imitacion crecia tambien ella en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres, gozándose Cristo nuestro Señor de ver la santa emulacion que de él tenia su Madre. Ó Madre benditísima, ayudadme con vuestra intercesion para que crezca como crecíades, imitando al que imitábades.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, consideraré como todo este tiempo Cristo nuestro Señor, segun dice el mismo Evangelista (*Luc.* II, 51) : *Erat subditus illis*, estaba sujeto á su Madre y san José, obedeciéndoles en todo lo que le mandaban.–Aquí he de ponderar quién es el que obedece y se sujeta, y á quién y en qué cosas y con qué modo. El que obedece es Dios infinito, criador y gobernador supremo del mundo, á quien todos están obligados á obedecer y sujetarse ; y aunque no era mucho que en cuanto hombre obedeciese al eterno Padre, pero admira que se sujete y obedezca á su Madre y á un pobre oficial, sujetándose el Criador á las criaturas, el Señor á sus siervos y el Rey á sus vasallos ; con lo cual confunde mi soberbia y rebeldía. Ó vil gusano, ¿cómo no te sujetas al hombre por Dios, pues Dios se sujeta al hombre por tí? Si Dios obedece á la voz del hombre, ¿cómo tú, miserable, no obedeces á la voz de Dios? Ó Sol de justicia, que te movias y parabas á la voz de estos dos hombres á quien te sujetaste por mi amor, concédeme que me sujete á los que me has dejado en tu lugar, gustando de negar mi voluntad por hacer la tuya.

2. Luego ponderaré las cosas en que obedecia ; conviene á sa-

ber, en cosas tan bajas cuales suelen hacerse en casa de un pobre carpintero; de la manera que los hijos suelen servir en casa de sus padres cuando son pobres. Y esto hacia Cristo nuestro Señor con grande humildad y puntualidad, con maravillosa prontitud y alegría, y con toda la perfeccion que pide la perfecta obediencia; la cual igualmente abraza lo grande y lo pequeño, lo fácil y lo dificultoso, lo honroso y lo despreciado; porque despues que el mismo Dios se humilló á obedecer en cosas tan bajas, todas en su estima son muy altas, y ninguna cosa tiene por vil en la casa de Dios si él la manda; pues basta mandarla Dios, para que sea honra hacerla, como san Rafael tenía por suma honra servir á Tobías en cosas muy bajas, porque se lo mandaba Dios. (*Tob.* v). De donde sacaré que la excelencia de la vida espiritual no consiste tanto en hacer obras de suyo muy gloriosas, como es predicar, gobernar, enseñar, cuanto en hacer las que Dios manda, aunque sean de suyo bajas, pero con modo muy excelente; esto es, con mucho amor de Dios, con pura intencion de su gloria, con gran prontitud y alegría de corazon, y con encendido deseo de darle gusto en todas estas cosas. Y en este sentido dice èl Sábio (*Eccli.* xxxiii, 23), que procuremos ser muy excelentes en todas nuestras obras, haciéndolas con tal modo que en los ojos de Dios sean muy excelentes. Y así Cristo nuestro Señor, cuanto al modo de obrar con espíritu de santidad, no era menos excelente en la obra de aserrar que en la obra de predicar ó hacer algun milagro. Y la Vírgen nuestra Señora no mostraba menos la excelencia de su santidad cuando hilaba que cuando servia á su Hijo, ó padecia algo por su causa; y en esto he de procurar imitar á Cristo nuestro Señor y á su Madre, si quiero por un breve atajo alcanzar grande perfeccion.

Punto cuarto.— 1. Lo cuarto, consideraré como Cristo nuestro Señor hasta los treinta años ejercitó oficio de carpintero, como se saca de lo que decian los de su tierra, segun refiere san Marcos (*Marc.* vi, 3): *¿Por ventura no es este aquel carpintero hijo de María?* Aquí ponderaré las causas que tuvo Cristo nuestro Señor para escoger este oficio y proseguirle, aun despues de muerto san José, si es verdad que murió antes de cumplir Cristo los treinta años.—La primera, fue por huir la ociosidad y darnos ejemplo de trabajar y andar siempre bien ocupados; porque el ocio, como dice el Sábio, (*Eccli.* xxxiii, 29), es orígen de todos los males.—La segunda, por sujetarse de su voluntad á la maldicion que Dios echó á Adan (*Genes.* iii, 19) cuando le dijo: Con el sudor de tu rostro comerás tu

pan. Y así todo este tiempo ganaba la comida con el trabajo de sus manos; de donde san Pablo y otros (*Act.* xx, 34) Santos tomaron ejemplo de trabajar para comer de su propio trabajo.

2. La tercera, para ejercitar la humildad, ocupándose en oficio vil y despreciado; porque Cristo nuestro Señor, á juicio del mundo y de los suyos, no hacia este oficio de su voluntad, como gente sábia y noble suele aprender algun oficio mecánico para entretenerse, sino de pura necesidad y por ganar de comer; y así seria tratado de los nobles y principales como ahora son tratados semejantes oficiales mecánicos. De todo esto sacaré afectos de admiracion y de imitacion, ponderando tambien el espíritu con que Cristo nuestro Señor hacia este oficio, trabajando con el cuerpo y orando con el corazon para imitarle, cuando hiciere obras corporales; al modo de aquellos soldados Macabeos, de quien dice la Escritura (II *Mach.* xv, 27) que peleaban con las manos, y oraban con los corazones, y así alcanzaron gloriosa victoria. Pues, como dijo san Agustin (De opere Monach.), en el tratado que de esto escribió á los monjes: Bien se compadece que la mano trabaje, y el corazon y lengua ore.

Punto quinto.— 1. Lo quinto, consideraré como Cristo nuestro Señor, con tener en sí todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y todas las gracias y dones y potestad de hacer milagros, que arriba se contaron, quiso por todo este tiempo de los treinta años dar un raro ejemplo de humildad, encubriendo todo esto con extraordinario silencio, sin querer predicar ni enseñar, ni acudir á las disputas y juntas de letrados, ni á las escuelas ó universidades, como se saca de lo que dijeron de él los judíos (*Ioan.* vii, 15): ¿Cómo este sabe letras sin haberlas aprendido? De donde resultó que algunos de los suyos le tenian en opinion de idiota; y así cuando despues le vieron salir á predicar, pondera san Marcos que le querian prender, diciendo (*Marc.* iii, 21): *Quoniam in furorem versus est:* Porque se ha vuelto loco ó frenético ó arrepticio de algun demonio; no pudiendo creer que tales palabras y tales obras saliesen de hombre que habian conocido siempre en oficio bajo de carpintero.

2. De este ejemplo tan raro he de aprender á callar y á encubrir los dones y talentos, cuando no es menester publicarlos para gloria de Dios. Además, á no creerme á mí mismo ligeramente, en querer antes de tiempo manifestar mis cosas para mi honra, gustando de no ser conocido y de ser tenido por loco si Dios lo permitiere. Y

finalmente á echar hondas raíces en humildad y silencio, pues por todo esto quiso pasar mi Redentor; el cual con tener grandes ansias de la salvacion de las almas, reprimió este deseo callando tanto tiempo; y aunque pudiera predicar á los veinte y cinco años ó antes no quiso, porque con este ejemplo de mortificacion y silencio nos predicaba y enseñaba el camino seguro de la humildad. Y juntamente nos avisa que ninguno ha de comenzar á ser predicador y maestro hasta tener edad perfecta, en la cual haya aprendido con silencio lo que ha de manifestar con la palabra, echando hondas raíces de humildad en lo secreto, primero que salga á manifestarse en lo público. Y tiene misterio (*D. Greg.* hom. in v Eccli. 1) estar en silencio treinta años para predicar poco mas de tres, que era el diezmo de los treinta, para que se vea cuánto mas tiempo hemos de dar á los ejercicios de humildad para nuestro aprovechamiento, que á los que van enderezados al aprovechamiento de otros, para que sin daño nuestro hagamos bien á los demás. Ó Maestro soberano, cuyo silencio me predica, no menos que la palabra, confieso ser tanta mi soberbia, que siendo ignorante quiero ser tenido por sábio, y por vanidad quiero manifestar lo poco que tengo. Enséñame, Señor, á caminar por el camino de la humildad, siguiendo tus pisadas, para que humillándome contigo, reine contigo por todos los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

PARTE PRIMERA.

De las meditaciones de los pecados y postrimerías del hombre, con los modos de orar, propios de los que caminan por la via purgativa, para purificarse de sus vicios.

PARTE SEGUNDA.

De las meditaciones que pertenecen á la via iluminativa, sobre los misterios de la encarnacion é infancia de Jesucristo nuestro Señor hasta el Bautismo. Con ellas van mezcladas meditaciones de la vida de Nuestra Señora, hasta el mismo tiempo.

FIN DEL ÍNDICE.




Biblioteca Episcopal de Barcelona
1303000008419

